



la AGENCIA BORJA CABRERO

Solo un pasado tan atroz podía forjar a los asesinos más
cruels y precisos. Solo la Agencia podía recibirlos.

Lectulandia

El asesino profesional Lander Bō, contrariamente a lo que se podría pensar, tiene principios... y objetivos. Para poder cumplirlos ha creado la Agencia, un equipo que reúne a los mejores sicarios del mundo. Si algo tiene en común esta caterva de desalmados es la sed de venganza fruto de un pasado desolador. Un exdeportista de élite, un policía homosexual, el hijo de un mafioso o un camarero ruso son solo parte de una organización en la que la confianza es el arma más letal...

No aceptan cualquier misión, y tienen su propia filosofía: evitar los daños colaterales. Con los años, este grupo potencialmente explosivo ha llegado a un equilibrio que de pronto se ve amenazado. Sobrevivir no es una prioridad; hacer justicia, sí.

Lectulandia

Borja Cabrero Daunert

La Agencia

ePub r1.0

Titivillus 14.01.15

Título original: *La agencia*
Borja Cabrero Daunert, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los leales

—La muerte, señores, la muerte. La muerte es nuestra moneda, nuestro servicio. Si la vida implica un peso, la muerte lo retira. Esa es la función de la Agencia, conseguir que la balanza se mantenga equilibrada.

»Sabemos matar, y matamos. Retiramos piezas para que nadie gane. Así el juego continúa. Y la vida con él.

—¡Y la vida con él! —respondieron todos al unísono.

Era el único discurso que Lander había dedicado a la Agencia. Lo hizo en su primera reunión y lo repetiría cada vez que se iniciara un trabajo. La respuesta a la proclama surgió de Bill en esa ocasión primera, y todos se le sumaron con fe y esperanza. Ni una cosa ni otra habían menguado desde entonces.

El gran serbio, Nenad Krkic, examinó a los presentes como solía, para recordar su circunstancia, su presente. Tenía cuarenta y seis años y necesitaba a todas horas un ancla. Fue a fijarse directamente en su hijo.

Marko... si con dieciocho ya era tan alto y fornido como él, ahora con veintiséis transmitía su misma fiereza, o casi: un aire dulce evocaba la belleza de su madre.

Repartidos por la mesa, el resto:

Lander; pese a su tez morena, lo sabía nacido en Alemania. La mandíbula cuadrada, el pelo rizado a media melena y una modélica nariz aguileña componían más un atractivo cincuentón vendedor de alfombras que lo que realmente era: el mejor asesino conocido.

Yukio, de Okinawa. Todo él parecía hecho de piedra. Dos detalles sugerían una genealogía marcada por el hambre: su baja estatura y un rostro de lo más desagradecido que empeoraba una dentadura de disposición aleatoria. Su edad era un misterio, aparentaba entre veinticinco y cuarenta.

Tampoco se conocía la de Sergey, pero era evidente que sería de unos cuarenta y cinco. También ocultaba su origen, o lo intentaba... Sus ojos azules, pelo graso, rasgos curtidos, aire melancólico y acento terrible hacían apostar claramente por Rusia.

Checky; texana, estratega impecable, gran maestra de ajedrez a los catorce años. Ya tenía cuarenta. Su cuerpo menudo y carita de ardilla le restaban unos cuantos.

Mario; calabrés, veintiocho años, clásico italiano del sur, moreno y altivo.

Siracusa; diez años mayor. Pese a ser lombardo parecía hermano de Mario, igualmente moreno y aún más altivo.

Bill; irlandés, lucía unas entradas injustas a sus treinta. La mirada tranquila y la desarreglada barba rubia le conferían un aspecto de lo más afable.

Paulo; carioca de treinta y dos años. Su porte masculino contrastaba con los finísimos rasgos de su cara. Mulato, ojos verdes, pelo rizado castaño con reflejos rubios.

Quince veces se había repetido la escena, pero esa decimosexta sería especial, porque, además del objetivo, había otro punto en el orden del día.

—Agencia —dijo Lander—, tenemos una solicitud de ingreso que deberíamos estudiar.

Las reacciones al anuncio fueron dispares. Solo Yukio, a quien únicamente el alcohol le forzaba a mostrar emociones, y Sergey, quien por su condición de secretario ya debía de estar al corriente, no cambiaron de rictus.

—Yo os alisté a todos —continuó el germano—. Empezamos juntos desde el principio. El mismo equipo, misión tras misión. Sin bajas, como debe ser. Entiendo

cierta desconfianza ante la perspectiva de integrar un nuevo miembro. Esa desconfianza es necesaria, en innumerables ocasiones nos ha mantenido vivos. Por eso no estoy hablando de un futuro miembro, sino de un posible.

Un haz de luz surgió del centro de la mesa oval y se extendió verticalmente, formando la figura de una joven de metro setenta, constitución atlética, rasgos árabes y muy bella. Su mirada divertida era el detalle que la hacía más atractiva. Una vez proyectado, el holograma empezó a girar sobre sí mismo y a cambiar levemente de postura, como si estuviera posando y le agradara la situación.

—La candidata —explicó Lander— se llama Layla Idriss Ali. Nació hace treinta y cinco años en Gaza, en el seno de una familia importante de Palestina. Todos (padre, madre y dos hermanos) murieron en un ataque con misiles de una facción judía cuando tenía nueve años. Su gobierno no respondió al ataque, consiguiendo así frenar la espiral de violencia que asolaba la zona, además de una cuantiosa recompensa de la ONU. Pero a Layla eso no le pareció bien y empezó a dedicarse en cuerpo y alma a la destrucción de sus enemigos, quienes para ella no solo eran los que la dejaron huérfana sino también los judíos que no condenaron el atentado, los moderados de su gobierno y cualquiera que tuviera trato con ellos, juntos o por separado. En resumen: todo el mundo.

»Insaciable, cruel y perfeccionista, ha aprendido disciplinas de lo más variadas. El informe que Sergey os ha dejado en vuestras habitaciones es más específico. Ha realizado encargos para todo tipo de organizaciones y parece que disfrutó con cada uno de ellos. Ha sido selectiva e indiscriminada, sutil y escandalosa, ha demostrado ser capaz de adoptar cualquier estilo y siempre con éxito: nunca falló un objetivo. Y de golpe, tras ser la espada más popular de Asia Menor, desapareció hace cinco años.

»El mes pasado alcanzó nuestro último escalón de seguridad. No la descubrimos nosotros, se entregó ella pidiendo una entrevista. Eso implica dos cosas: la primera, no somos tan invisibles como creíamos; la segunda, el talento que ha demostrado merece que nos planteemos su incorporación.

El holograma se desvaneció. Lander se inclinó levemente hacia delante y su tono se tornó sombrío.

—Ha tardado tres años en llegar hasta la Agencia. Sabe que si no la aceptamos, la mataremos. Creo que eso demuestra motivación suficiente.

Se echó para atrás y continuó con voz tranquila:

—La mantendremos encerrada en la celda durante los próximos meses, suficiente para que nuestro aparato nos asegure que está limpia. Mientras tanto, señores, tenemos un trabajo que hacer. Nos vamos a Tailandia.

Durante las horas que siguieron, Lander fue desgranando los pasos para alcanzar el objetivo, a quién correspondía cada tarea, ya fuera de investigación, desarrollo o acción, y las razones que le habían llevado a aceptar esa misión. Siempre dejaba esa

parte para el final, así conseguía acabar las intensas reuniones en un clima de alta motivación.

Jin Won, un exmandatario del fútbol coreano, se había movido con suficiente habilidad como para convertirse en el hampón más importante del sudeste asiático. Empezó con apuestas y diversificó sus actividades hasta llegar a lo más alto. Él solo controlaba el cuarenta por ciento de los negocios ilegales que se extendían entre la India y el sur de Japón. Era cuestión de tiempo que se hiciera con el sesenta restante, aún en manos de organizaciones enfrentadas. Enfrentadas hasta entonces, porque se habían unido para conseguir los servicios de la Agencia. Y el precio que iban a pagar era más alto del que se imaginaban. Por un lado, estaba la fortísima suma a desembolsar y por otro, el gasto humano que le sucedería. Una vez eliminado Jin Won, un sinfín de lugartenientes iba a despedazar su imperio. Los seis clientes también intentarían sacar provecho, pero su falta de liquidez limitaría sensiblemente sus posibilidades. El poder de la zona iba a ser atomizado. Pasarían un mínimo de cinco años antes de que alguien se hiciera con una influencia digna de consideración. Y mientras los tiburones se comieran entre sí, el mar en gran parte estaría tranquilo.

Una vez acabada la reunión, Lander los emplazó para la hora de la cena. No iban a coincidir todos de nuevo hasta poco antes del trabajo. Checky, como táctica, sería la primera en marchar; a la mañana siguiente tomaría un avión para empezar a detallar actuaciones in situ. Bill la seguiría en breve, los explosivos que necesitaba se los administrarían los clientes, quería comprobar su calidad y, a ser posible, hacer algunas pruebas. Paulo y Yukio, en funciones de apoyo, no tenían prisa por llegar; debían localizar algunos puntos desde los que supervisar y cubrir a los ejecutores, dos semanas les bastarían. En este caso los ejecutores serían las parejas Mario-Siracusa y Nenad-Marko; llegarían en barco pocos días antes. Mientras tanto se quedarían en la base entrenando y, sobre todo, compitiendo entre ellos. Sergey ejercería de árbitro. Él era el único de los presentes que no era un asesino; si lo había sido antes, nadie salvo Lander lo sabía; hacía las veces de secretario para todo y para todos; él se encargaría de la logística desde la base.

Respecto a Lander... tenía una frase para referirse a sí mismo: «Soy vuestro comodín, espero que nunca me utilicéis». Se suponía que supervisaba la actuación desde la parte más vulnerable. Hasta el momento nunca había sido necesaria su ayuda.

A medida que la gente llegaba al comedor, se abalanzaba sin demora sobre los aperitivos que surtían el centro de la mesa. La reunión había sido larga y, tras la ducha, un hambre voraz hacía acto de presencia.

El ambiente era increíblemente distendido. El mismo grupo de personas que esa tarde había preparado tan profesionalmente un asesinato ahora departía animado, felicitándose por la comida.

—¡Sergey! ¿Has hecho tú estas croquetas? ¡Están buenísimas!

—No, Bill, yo no cocino.

—Pero preparas el menú ¿no? Es igual, tú pon siempre croquetas. ¿Las has probado, Marko? ¿Marko?

—No te oye —respondió Checky con su voz chillona—. Es que se ha enamorado.

—¿Pero qué dices?! —se revolvió Marko.

—Digo que nunca había visto a nadie babear así frente a un holograma.

—¿Es que estás celosa? —apuntó con malicia Mario, provocando la risa de Siracusa.

—Vosotros seguro que no.

—Pues no, nosotros no —zanjó Siracusa, y Mario le devolvió la mirada cómplice.

Nenad, algo incómodo, se había alejado de esa conversación para unirse a Lander y Yukio. También ellos hablaban de Layla.

—No me gusta —sentenció el serbio.

—No me creo que hayas leído el informe. No has tenido tiempo —comentó jocoso Lander.

—¿Tú qué piensas, Yukio?

—No puedo juzgar rápido como tú, Nenad.

—¿Que no puedes juzgar rápido?! ¡Por favor! ¡Te he visto juzgar y condenar más rápido que la luz!

—Eres muy amable —reconoció Yukio con una afectación imperceptible y una leve reverencia.

En ese instante llegó Paulo, espléndido, con el pelo brillante y la ropa más informal de la última pasarela de moda. Agradecido por la atención que recibió, dijo a la sala:

—Es que si no llego el último, no luzco. ¡Vamos, a cenar!

Todos tomaron asiento. Un servicio tan rápido como imperceptible retiró las fuentes semivacías y las sustituyó por otras con guisos humeantes. La gente se sirvió, pero esperarían a que Lander hiciera lo propio antes de coger los cubiertos. Frente al único plato vacío, se levantó para dirigirse a todos:

—Solo una cosa antes de que nos separemos: estudiad el informe de Layla, pensad en ella como miembro, preguntaos si nos ayudará y si lo creéis conveniente; buscad más información, aunque sepáis que las investigaciones de Sergey son difícilmente mejorables. Antes de celebrar el éxito de nuestra próxima misión os quiero con una opinión... —Dirigió la mirada a Nenad—. Bien fundada. Entonces emitiremos un juicio. Nada más. A comer.

La competición entre las dos parejas comenzó esa noche con una partida de dardos. Quedó fijado que el primer punto se lo llevaría la pareja a la que perteneciera el primer clasificado. Era una medida a favor de los italianos ya que, sumando puntos,

Nenad y Marko eran imbatibles. Sergey iba a tener que esforzarse muchísimo adulterando la competición sin que fuera demasiado evidente. Quedaban más de once semanas antes de partir hacia Tailandia y, si no hacía algo al respecto, la pareja serbia podía haber humillado a la italiana en menos de un mes.

—*Bravissimo!* —exclamó Mario.

Siracusa acababa de ganar la partida un turno antes de que lo hubieran hecho Nenad o Marko. A estos dos se les notaba el enfado. El vencedor se dirigió a ellos:

—No deberíais beber antes de lanzar dardos.

—No habrás bebido —señaló Marko—, pero has ganado por una sola tirada. Y tu compañero ha estado penoso.

—¡Es que usaba la mano mala! —mintió Mario; todos sabían que era ambidiestro.

Nenad aprovechó la conversación para escabullirse hacia la salida. De camino, paró un momento y le deseó suerte a Checky. Fue el primero en abandonar el Patio.

Así es como llamaban a su zona de relax: un gran espacio con ventanales tintados a través de los que podía verse el tráfico perezoso y nocturno. De las paredes colgaban enmarcados pósteres de películas que nadie había visto. Había mesas bajas y sofás, una barra, una mesa de billar, una pantalla gigante que permanecía apagada y varias máquinas recreativas de diferentes generaciones. En una de ellas estaba Yukio, concentrado.

—Tengo juegos mejores —comentó Marko poniéndose a su lado.

—No.

—¡Sí, sí!, en serio, tengo un...

—No hay juegos mejores —sentenció Yukio con la seriedad de una roca.

Marko se retiró dos pasos instintivamente. Bill le puso una mano sobre el hombro y se dirigió a él, sin dejar de mirar la pantalla iluminada.

—Lo que quiere dejar claro Yukio, mi joven amigo, es que *Space Invaders* es «el juego», y que los demás solo han intentado acercarse sin éxito.

—Pues los que yo tengo no se parecen en nada...

—Porque son mucho peores.

—Pero ¿qué dices? ¿Has visto esos gráficos?

Bill sonrió. Yukio hizo lo propio, acababa de pasar de nivel. En el intervalo entre una pantalla y otra alcanzó su vasito de sake, le dio un sorbo y lo volvió a dejar sobre el alto taburete que tenía al lado.

—No se trata de gráficos —explicó Bill—, ni de sonido ni de efectos. Se trata de una idea que implique diversión. Cuanto más simple, más genial. Mira esto: dieciséis colores, una escuadrilla de marcianos y una nave para defender la Tierra. ¿No te parece glorioso?

Bill parecía exultante, estaba disfrutando al oírse.

—¿Y no crees que una tercera dimensión le haría bien al juego?

—¡Bah! Puro maquillaje. Sería como esos muñecos a los que les cambian el

uniforme y te los venden como un juguete distinto. La idea no mejora, así que la diversión tampoco aumenta.

—¿Y tan divertido lo encuentras, bueno, lo encontráis?

—No te imaginas hasta qué punto. Este juego es el alma de la que los tuyos care...

—Perdona —le cortó Marko—, me voy a servir algo. ¿Quieres que te traiga...?

Bill negó con la cabeza rápidamente. Mantenía la sonrisa, pero parecía importunado por no haber podido continuar con su disertación y, antes de que se le notara, se fue hacia el billar. Marko se metió en la barra y se sirvió una Pilsner Urquell.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Lander, que junto a Sergey le miraba desde el otro lado.

—Nada, es que me estaba metiendo un rollo sobre...

—*Space Invaders* —se adelantó Sergey.

—¿A ti también...?

—¡A mí y a todos! Verás, Marko, en este mundo hay gente rara, pero los más raros de todos son los japoneses. Si crees que Bill se puede haber molestado, te equivocas, pero a Yukio lo has decepcionado, Bill solo hablaba por boca de él. —Lander asintió con media sonrisa—. Si se les mete algo entre ceja y ceja se obsesionan de una manera inigualable. Cuando en Japón aparecieron las máquinas con el *Space Invaders*... ¡se agotaron las monedas en todo el país! Tuvieron que fabricar millones más con urgencia.

—¿Y con eso qué me quieres decir?

—Que Yukio —respondió Lander relevando a Sergey—, como buen japonés, también cae en obsesiones, pero son muy pocas, y para él son importantes. Tú escúchale hablar sobre *Space Invaders*, aunque lo haga a través de Bill, y con el tiempo te enseñará a usar la espada como un maestro.

—O los dardos —añadió Sergey.

—¡Oye! ¡Que si perdimos fue por...!

—¡Tranquilo! ¡La sangre serbia te pierde! —trató de calmarle Lander, burlón—. Tienes mucho tiempo para demostrarles a esos dos lo que vales.

Esos dos a los que se refería estaban en un lado de la sala, frente al menú de la *jukebox*. Siracusa escogía y Mario, bastante borracho, bailaba el tema frente a él. Ambos se reían con ganas. Marko no se veía entrando en un juego así y, por cambiar de ambiente, fue hasta la zona del billar. Se apoyó en la pared junto a Paulo, que le rodeó los hombros con el brazo amigablemente, atrayéndolo hacia sí.

—¿Qué tal, chaval? ¿Cómo vas?

—Yo bien, ¿y ellos? —preguntó señalando la partida entre Bill y Checky.

—Pues por una vez Checky no le está vapuleando y solo se limita a ganarle.

—¡Pero estoy mejorando! —apuntó el irlandés.

—Sí, mucho... —murmuró Checky.

La chica dio una tacada y metió una bola. Cambió de posición, metió otra, luego otra y otra y la negra donde debía, todo en un minuto.

—Te he mentido, Marko, Checky ha vuelto a apalizar...

—¡Bueno, chicos! —exclamó victoriosa—. ¡Me voy a la cama! ¡Nos vemos en Tailandia! —Su exagerado acento americano la hizo sonar aún más estridente.

La chica fue hacia Marko y Paulo y les obsequió con un beso en la mejilla, después le dio un par de palmadas en la espalda a Bill, que se hallaba circunspecto observando un tapete verde en el que solo quedaban seis bolas rayadas y una blanca. Mientras Checky se alejaba para despedirse del resto, el irlandés se lamentaba:

—No lo entiendo, os juro que no lo entiendo, ¡se supone que soy un genio de la física! ¡Soy un genio de la física! Sé exactamente dónde irá a parar cada bola tras un golpe, pero Checky... ¡Joder, parece que adivina el futuro!

—En cierto modo lo hace —le consoló Marko—. Te ha estudiado, Bill, te conoce y sabe por dónde vas a atacar, antes incluso de que lo hayas decidido. En realidad haces lo que ella quiere que hagas, es como si estuviera jugando por los dos.

A Marko le había pasado lo mismo cuando empezaron a jugar al ajedrez. Estaba claro que iba a perder, solo faltaba comprobar cuánto aguantaría. Y fue en la primera partida en la que más duró. A partir de entonces le fue conociendo más y más y, aunque él también aprendía, cada vez duraba menos sobre el tablero. Intentó copiar la táctica de Checky y se encontró con un muro impenetrable. Nunca consiguió adelantarse, vislumbrar su intención. El chico no se dio por vencido. Pasó dos años sin jugar con ella, desarrollando otro estilo de juego. En el reencuentro frente a las piezas ocurrió lo que la primera vez, sobrevivió bastante en situación igualada. Luego Checky fue superándolo cada vez con más autoridad. Marko se rindió: no pensaba invertir dos años más para lograr media partida igualada. La parte positiva era que había mejorado lo suficiente como para superar a su padre. Eso le llenaba de orgullo. Por fin era mejor que él en algo.

Lo que no sabía era que Nenad, por la misma razón, estaba aún más orgulloso. En ese momento le observaba desde la pantalla de su habitación. El gran serbio se había cansado del partido de balonmano que estaba viendo poco antes, tampoco estaba de humor para leer el informe sobre Layla, así que, tumbado en la cama, fue buscando entre los canales del circuito cerrado del edificio hasta encontrar el de la cámara que incluyera en plano a Marko. Allí estaba, tan joven, tan puro, tan fuerte. Y tan parecido a su madre. Nenad se acurrucó, apagó la pantalla y despidió el día susurrando:

—Te quiero, hijo.

Bill seguía con los ojos más abiertos que las troneras de la mesa y hacía aspavientos

en actitud cómica.

—¡Pero, pero...! Entonces, ¿cómo lo hago? ¿Cómo la gano?

—Sorpréndela —le sugirió Marko.

—Pero ¿cómo? ¿Meto sus bolas?

—O coge el taco al revés —propuso Paulo.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo riendo Bill—. Si no me queréis ayudar, ¡sufriréis mi ira! ¡Venga! ¿Quién juega? ¿Quién de vosotros quiere que le machaque como a un gusano pequeñito y asqueroso?

—¡No me apuntes con el taco, sucio irlandés! —le advirtió Paulo, exagerando su ofensa—. Yo mismo me dejaré ganar para que duermas tranquilo.

—¡Así me gusta! —aceptó Bill—. Y tú, Marko, no te vayas muy lejos porque eres el siguiente.

—No sé dónde quieres que vaya... —murmuró el joven con amargura.

Sin hacer caso a su comentario comenzaron la partida. Marko observaba apático. «No te vayas muy lejos», qué remedio; solo en la Agencia podía considerarse a salvo. Le costaba recordar una vida anterior a su ingreso. Nada esperanzador le aguardaba más allá de esas paredes, solo la emoción tensa de las misiones y la calma infinita de las vacaciones con su padre. Se sentía a gusto con sus compañeros, pero a veces le apenaba darse cuenta de que no pudo escoger, y le habría gustado. Excepto él, todos tuvieron otras opciones, incluso su padre. Todos excepto él. Cuando le invadían estos pensamientos, la vida le parecía una mierda.

—¡Marko! —gritó Bill—. ¡Que te toca!

—Ah, sí, claro...

Esa noche la pasó intranquilo. Aprovechó el desvelo para abrir el informe sobre Layla. Al cabo de diez minutos ya no pudo dejarlo. Lo acabó en tres horas y durmió sereno, atizado por un punto de excitación extraña.

Nenad se levantó a las seis y media. Abrió el armario en calzoncillos y descolgó un pantalón militar. Lo dejó encima de la cama. De un cajón sacó unos calcetines finos y otros gruesos. Tras un segundo de indecisión también sacó una cajita forrada de terciopelo azul. Se sentó en la cama, soltó los calcetines y abrió la caja. Ni las formas, las letras o el relieve le llamaban la atención en esa medalla, eran los colores de la bandera central los que le hipnotizaban y le transportaban ocho años atrás...

Era el capitán del mejor equipo de balonmano de la historia. Nada podía privarles de su sexta Copa de Europa consecutiva, nada excepto un robo arbitral. Y eso era exactamente lo que estaba sucediendo. Ni la federación ni las televisiones estaban interesadas en que repitieran corona, los largos reinados provocaban descensos de audiencia, así que todo estaba arreglado para que cedieran el cetro continental esa

tarde.

Debido a su pasado chetnik, Nenad era la persona más odiada en el pabellón olímpico de Zagreb. Los dieciocho mil espectadores no habían dejado en ningún momento de insultarle a él y a su familia. Marko se encontraba junto al banquillo visitante, rodeado de unos policías que tímidamente pedían al público que dejaran de increpar con tanta violencia. Ante ese panorama, Nenad se congratulaba de haber convencido a su mujer de quedarse en el hotel junto al resto de esposas.

A pesar de que el partido estaba amañado, el equipo de Nenad, con un juego inmaculado y valiente, había conseguido llegar al final con una posibilidad de victoria. Tenían la posesión y el tiempo suficiente para buscar el gol que les daría el título. Los árbitros, deliberadamente, advirtieron juego pasivo. Obligado por la circunstancia, el serbio, que acababa de recibir el balón a diez metros de la portería, amagó el pase y soltó un latigazo que se coló por la escuadra. Quedaban cuatro segundos, los suficientes para que el pivote contrario recibiera y fingiera un penalti que iban a pitar sí o sí. Entonces, pese a su metro noventa y cinco y sus ciento veinte kilos, Nenad se anticipó a la jugada y con un salto increíble interceptó el balón. Cayó sobre el parqué hecho un ovillo, protegiendo la pelota contra su vientre. Los jugadores croatas se abalanzaron sobre él, propinándole toda clase de golpes para que la soltara, pero pasaron los segundos y a los árbitros no les quedó más remedio que pitar el final. Los rivales, resignados, dejaron en paz al héroe del partido. Este se levantó y lanzó un grito repleto de rabia y orgullo desde el centro de la cancha que resonó en todas las televisiones de la extinta Yugoslavia, enardeciendo a una audiencia millonaria para bien y para mal. En ese momento Marko se abrazó a su padre y sacó de debajo de su camiseta una bandera de Serbia.

Después de lo sufrido, tras ganar ese título imposible tragando una tras otra todas las provocaciones imaginables, Nenad se sintió con derecho a ondear los tres colores más repugnantes para los asistentes. Siempre se preguntaría si fue eso, mostrar tres colores, lo que desencadenó los acontecimientos. Las monedas empezaron a volar al instante, y con ellas llaveros, mecheros, anillos, móviles y sillas recién arrancadas. Un espectador saltó dispuesto a golpear a padre e hijo, pero el resto del equipo se lo impidió rodeándolos. Media docena más saltaron después.

Nenad y Marko seguían allí, en medio de todo, sintiéndose dioses, alzando su amada bandera en ese campo enemigo recién conquistado, escoltados por el mejor equipo de balonmano de todos los tiempos. A los policías, con buen criterio, no les pareció suficiente protección; la invasión del campo era inminente, así que forzaron a los campeones a seguir el camino hacia el túnel de vestuarios. Al no disponer de tiempo para discutir, se emplearon con fuerza, ello implicó utilizar las porras contra esos gigantes a los que pretendían salvar. Esa imagen televisada no contribuyó a sosegar los ánimos. Tres horas más tarde, subieron a los jugadores en furgones policiales y los llevaron al aeropuerto, donde tomaron un avión que les devolvió a casa. Sus esposas, les dijeron, ya habían partido en un vuelo anterior, lo cual era casi

cierto.

Pocos minutos después del partido, una cincuentena de exaltados habían entrado en el hotel de concentración con la intención de saquear las habitaciones de los jugadores. «Sexto piso», dijo el conserje amenazado. Las mujeres, insultadas con saña, salieron corriendo y bajaron a recepción, todas menos Nadja Vujovic, que se encaró a los asaltantes. Les dijo que se largaran, que no tenían derecho a estar ahí. Era tan dura que Nenad solía decir que era ella quien llevaba los pantalones en casa; pero Nadja nunca llevaba pantalones. Por principios, vestía faldas cortas que mostraran sus perfectas piernas de exwaterpolista olímpica. Alguien la reconoció, su actitud la delataba y era un rostro popular. Se hizo un corro a su alrededor. La zarandearon. Alguien soltó un puntapié. Una mano le tiró del pelo. Otra le rompió la blusa. Instintivamente se llevó las manos a los pechos, ello la privó de defenderse del primer puñetazo. Aturdida, cayó al suelo. Una patada en la barriga le robó todo el aire; aunque hubiese querido, ya no podía pedir ayuda. Boqueando como un pez fuera del agua fue recibiendo golpes hasta que le partieron la mandíbula y quedó inconsciente. Le arrancaron lo que le quedaba de ropa. Dos integrantes de la turba intentaron violarla, sin éxito. Con la respiración muy débil y el cuerpo ensangrentado y maltrecho, creyeron que estaba muerta y perdieron la erección. Para compensar, vejaron lo que creían un cadáver con la pata rota de una silla. Entre risas y ánimos la lanzaron por la ventana. Pocos segundos después de impactar contra el suelo, Nadja Vujovic murió por hemorragia interna. Los asesinos bajaron para escupir y orinar sobre su cadáver. Se felicitaron mutuamente antes de escapar para siempre. Esa escena también la captaron las cámaras.

Unos días más tarde se inició oficialmente la segunda guerra de los Balcanes. Muchos consideraron a Nadja su primera víctima.

¿Debía culpar a la bandera? ¿Habrían ido esos locos al hotel si no la hubiera mostrado? En ese punto Nenad se quedaba bloqueado, meneaba un poco la cabeza y volvía al presente. Guardó el estuche con la medalla. Se puso los calcetines finos, luego los gruesos, el pantalón y las botas que, aunque limpias, repasó con un trapo. Por último cubrió su enorme torso con una camiseta verde de tirantes. Tenía la forma física de un campeón mundial de los pesos pesados.

Pasó el día entero intentando, con éxito, mantenerse aislado. Tras desayunar, se ejercitó en el gimnasio y a continuación en la piscina. Se duchó. Almorzó en su cuarto y se quedó dormido leyendo el informe «Layla». Al despertar, bajó a la galería de tiro a practicar. No estuvo fino. Comió algo más y volvió al gimnasio. Después, otra ducha. Un plato precocinado le acompañó el poco rato que retomó el informe. Se tumbó en la cama y se concentró en el tablero de ajedrez que había a su lado. Era una

partida calmada, sin límite de tiempo. Su oponente era Sergey. Habían comenzado un año antes, llevaban dieciocho movimientos y era su turno. Nenad se concentró. Quería volver a asegurarse de lo que quería hacer, pero lo tenía claro; lo tenía claro desde hacía un mes. Estaba esperando, más que una iluminación, la oscuridad imperfecta de un día feo como el que acababa de vivir. *Al menos habré movido*, se consoló. Con el mando conectó la pantalla, en el canal de mensajes grabó la nueva situación de su caballo. Sergey se enteraría en cuanto se fuera a dormir. *Conociéndole*, pensó Nenad, *esta noche se le hará muy larga*, y sonrió con un deje de maldad amable.

Sin darse cuenta, ya estaba cambiando de canal, buscando a su hijo. Lo encontró en el Patio, observando a Sergey agitar la coctelera; parecía muy interesado. Desde hacía un tiempo tenía la sensación de que su hijo estaba cambiando. Con este último pensamiento cayó dormido.

—¿Qué estás preparando?

—¡Ah, Marko Nenadovich! ¡Este es el mejor manhattan del mundo! Muy parecido al original ¡pero mejor! ¿Quieres uno? ¡Es una bomba!

—No. Prefiero cerveza —contestó Marko balanceando su botella.

—¡Tú te lo pierdes!

Sergey destapó la coctelera y vertió el contenido en un vaso cónico que había sacado de la nevera. Añadió unas gotas de angostura y dio un primer sorbo.

—¡Ooooh! —exclamó.

Luego esperó un par de segundos, tomó otro trago y soltó aún más alto:

—¡Ooooh!

Paulo apareció preguntando:

—¿Quién te la está chupando detrás de la barra, *tovarich*?

—Mi querido Pavlovsky, ojalá la mitad de las mamadas que me han hecho fueran tan buenas como este manhattan...

—Pues ponme uno, desde que no piso Francia no me la chupan como Dios manda.

—¿Tan bien lo hacen, digo, las francesas? —intervino Marko tímidamente.

—Las francesas, amigo, cuando usan la boca son inigualables. ¡Pueden hacer que te corras con un beso!

—¿De verdad?

—Te está tomando el pelo —terció Sergey—. Inventa más que habla.

—No me quites mérito, camarada, ¿qué hay de malo en mejorar las historias? Y tú, Marko, ¿qué me dices de las serbias?

—Eh, sí... están bien —contestó azorado.

Las serbias... no había estado con una desde que una enfermera le vendó un brazo durante la guerra, y antes tampoco tuvo demasiados contactos. A los doce años lo matricularon en una escuela militar de altísimo nivel. Solo coincidían con chicas durante el baile de primavera. Eran las alumnas del exclusivo liceo Skrvic para señoritas. Había profesores de ambos centros rondando, así que en una noche poco se podía hacer, pero se intentaba. Con trece años bailó agarrado a Maria Mirkovic y al despedirse se dieron un largo beso en los labios; al año siguiente se escondieron por los jardines y durante dos horas se besaron con lengua y se frotaron el uno contra el otro. A los quince, Marko tenía más posibilidades de éxito que nadie, pero al aparecer las chicas, Maria Mirkovic no estaba. La habían expulsado. Una amiga suya aceptó bailar con él y pasear alrededor del lago, pero nada más. A los dieciséis, con Ivana Teletovic llegó al mismo punto que con Maria. A los diecisiete, en su último año de colegio, cuando la rumorología aseguraba que lograr un triunfo sexual era más fácil que nunca, el baile coincidió con la quinta final que iba a jugar su padre de manera consecutiva, igualando la mejor serie de la historia. Nenad consiguió que permitieran a su hijo asistir. Él hubiera preferido quedarse. Al año siguiente también obtuvo permiso para ir, pero las circunstancias no tenían nada que ver: se encontraba en el ejército, en el durísimo curso para oficiales. Su comandante le llamó al despacho, le habló sobre lo orgulloso y afortunado que debía sentirse por ser hijo de quien era y le conminó a mostrarse fuerte y seguro frente a la televisión croata. Le dio treinta y seis horas y una bandera, «Por si ganáis a esos cabrones».

Si el contacto femenino era mínimo durante la escuela, en vacaciones no mejoraba. Los tres integrantes de su familia se aislaban en alguna cabaña perdida en la montaña, a mucha distancia de cualquier signo de civilización o congregación humana. Sus padres creían que era lo que necesitaba tras todo un año alejado de ellos. Cazaban, pescaban, cortaban leña y una vez por semana caminaban veinte kilómetros para comprar suministros en el pueblo más cercano. Marko soñaba con encontrar en una de esas visitas a la nieta de un algún aldeano que quisiera pasar unos días con ellos. Otra posibilidad era la de que apareciera una excursionista perdida. Esto segundo sí ocurrió, lo malo fue que la excursionista apareció acompañada de su novio. En una de las noches que pasaron acampados junto a su cabaña, Marko fantaseó con la idea de matar al chico, enterrar el cadáver y a la mañana siguiente explicar a su novia que la había abandonado por fea, pero que él estaba allí para consolarla. En su cabeza ella aceptaba.

Por suerte, Nadja y Nenad le mantenían suficientemente activo como para ignorar casi siempre la caótica situación hormonal que vivía. Pero al reiniciarse el curso, al escuchar las vivencias de sus compañeros, se preguntaba por qué sus padres no serían normales.

Luego llegó la guerra, tres años más pendiente de conservar su sexo que de utilizarlo.

En la unidad donde sirvió, comandada por su padre, no había mujeres y sí reglas muy estrictas en cuanto a derechos de pernada. «¡Nosotros no violamos!», gritaba Nenad antes de capturar una plaza. «¡Somos mejores que ellos!» En la práctica ese «ellos» comprendía la totalidad de los ejércitos enemigos y el resto de la tropa serbia. Era a estos a los que oía fanfarronear sobre formas y cantidades: en una mezquita, madre e hija, hermanas vírgenes con los padres mirando tras arrancarles los párpados... Marko odiaba a los que hablaban, y en ocasiones se odiaba a sí mismo por querer emularles. Con frecuencia venía algún soldado satisfecho a comentarle que en tal o cual pueblo se había encargado de vengar a Nadja. Le hacían sentir fatal. Él solo quería una chica en quien pensar, y con el tiempo, adorar como a su madre.

Tanta frustración derivó en fanatismo marcial y absoluta lealtad hacia su padre. Se convirtió en el mejor soldado de la unidad, y la unidad, la mejor entre las combatientes. No había nombre bravo que les hiciera justicia, por eso cuajó «Анђели», «Los Ángeles», como antilogía redonda.

En el bar de un cuartel donde pasaron la noche, alguien opinó que mejor deberían llamarse «Los Maricones», por lo que se sabía de su política sexual. En ese momento se encontraban presentes solo diez Анђели, Marko incluido, frente a veinticinco locales. La pelea duró minuto y medio, se saldó con diecinueve soldados en la enfermería, seis huidos que juraron no haber visto nada y los diez Анђели formados frente al barracón dando parte; Nenad simuló abroncarles y les hizo entrar. Luego fue a ver al coronel del batallón, quien le hizo saber que el descontrol de sus hombres iba a retrasar la ofensiva del día siguiente. Nenad anunció que no iban a retrasar nada: ellos se encargarían del ataque que tenían que llevar a cabo los bocazas que en ese momento yacían en camillas, además de su propia operación de limpieza. El coronel no le creyó pero tampoco tomó medidas disciplinarias.

De vuelta con los suyos explicó la situación, estudiaron los mapas, cargaron el equipo y se pusieron en marcha justo al anochecer. Nadie en la base se inmutó, gozaban de un alto grado de independencia, sin duda ganada a pulso. Tras la pelea en el bar, algunos Анђели padecían lesiones de diferente signo. Entre todos repartieron su carga y algunas tareas, pero no les dejaron atrás.

A las dos de la madrugada, la mitad de los soldados de la compañía estaba a un movimiento de neutralizar centinelas enemigos. Cuando Nenad lanzó la bengala, todos miraron al cielo. En el momento en que empezó su descenso, los cuchillos penetraron cuellos, riñones y bazos. Fue una entrada limpiísima, dieciocho muertos y el pueblo aún dormía. El resto de las secciones entró con sigilo, colocó cargas y las detonó simultáneamente. Apostados en lugares seguros, se dedicaron a matar a todo aquel que saliera de una casa armado o vistiendo alguna prenda mimetizada.

La mayoría de los civiles salió corriendo carretera abajo y los Анђели lo permitieron. Todos los que permanecieron en el pueblo fueron eliminados. Nenad se desprendió de diez soldados para asegurar el emplazamiento. Treinta continuaron hacia el siguiente objetivo, atravesando el bosque que flanqueaba la carretera, viendo

de lejos la caravana de miedo que habían puesto en fuga. Los francotiradores enemigos salían de sus escondites para preguntar qué había pasado, pero nadie les dio una respuesta clara, así que decidieron escoltar a sus paisanos hasta un refugio decente. Al fin y al cabo, con los serbios tan cerca, lo más prudente era hacerse fuertes un paso atrás. Al llegar, aún no había amanecido.

Las tres escuadras de morteros de Marko iniciaron un ataque feroz contra los atrincheramientos frontales. Por la cara este, Nenad guiaba alternativamente a las ametralladoras ligeras y a los lanzagranadas que consiguieron abrir brecha. Mientras, por el oeste, los francotiradores causaban bajas aleatorias. Los refugiados que acababan de llegar se pusieron a correr de nuevo hacia el sur, la única salida restante. Sus vecinos, al verlos huir desesperados ante el sorpresivo ataque, se contagiaron del pánico. A esa marea humana se unieron gran parte de los defensores, incapaces de resistir una ofensiva a gran escala como la que creían que se estaba dando.

Meticulosamente, los Анђели limpiaron su segundo pueblo en cinco horas. Todo había ido tan rápido que ni siquiera les habían dejado bombas trampa. El descubrimiento de un pequeño arsenal les acabó de arreglar el día, ya que estaban prácticamente sin munición. Entre las armas halladas había varios lanzacohetes antitanque; con ellos frenaron una columna blindada que acudía a recuperar el pueblo. Tras perder su segundo tanque, la fuerza de reconquista dio marcha atrás.

Ni los mandos más optimistas esperaban controlar esos dos enclaves en menos de una semana. Tuvieron que redistribuir tropas a toda prisa para desplegar un dispositivo de defensa eficaz. Esa noche, la cantina que habían destrozado veinticuatro horas antes fue territorio exclusivamente angelical, un reservado para los nuevos héroes.

La hazaña fue exagerándose de boca en boca excepto en un detalle: durante esa misión no sufrieron ni una baja. Tampoco hubiera sido grave, a partir de entonces se acumularon miles de solicitudes de soldados con experiencia ansiosos por entrar en la compañía, rebautizada popularmente como «Анђели истребљивачи», «Los Ángeles Exterminadores». Tras esa jornada, como tras tantas otras, Marko se sentía feliz, junto a su padre, sus compañeros, sus armas y la convicción de que estaba cumpliendo con un deber forjado por la desgracia.

Como miembro de la Agencia, esa convicción no le había abandonado, pero los años alargaban un rastro de pesadumbre que parecía atado a su sombra. Se estaba acostumbrando a considerar la fatalidad como guía de su destino.

Paulo seguía contando historias de amoríos. Sergey reía a menudo porque la mitad de lo que oía tenía todos los puntos de ser mentira; esas eran las partes que Marko disfrutaba. Las partes realistas las aborrecía, le inspiraban un rechazo equiparable al

que sentía al oír las vilezas de la guerra, y no entendía por qué: Paulo solo hablaba de relaciones consentidas. Quizá fuera la sensación de que el mundo lo había dejado al margen y ya fuera demasiado tarde para integrarse en él. ¿Qué chico se encontraba a gusto únicamente durante el transcurso de misiones en las que se mataba a gente? Un chico con muy mala suerte, se respondía.

—Tengo ganas de entrar en acción —dijo sin mirar a nadie.

—Nuestro Marko siempre dispuesto, ¿eh, Sergey? —comentó Paulo, nada importunado por la interrupción.

—Pues —comenzó Sergey—, por lo que sé, tendrás trabajo. Todavía está por decidir, pero apuesto a que Checky os enviará a ti y a tu padre al búnker. Dejará la casa para los Sex Pistols.

Los tres sonrieron, tenían fresco el momento en que los italianos escogieron ese nombre en clave para la misión precedente.

—¿Por qué lo crees así? —inquirió Paulo.

—Nenad y Marko se mueven mejor con gases y humo, y en el búnker las salidas de aire son deficientes. El ambiente estará más despejado en la casa, allí enviará a la pareja feliz.

Paulo asintió, convencido por el argumento.

—La parte buena —continuó— es que es casi seguro que dentro del búnker no habrá civiles; así no os tendréis que preocupar por las bajas.

Las bajas, siempre presentes, siempre recordadas... En la Agencia se consideraban bajas no solo las eventuales pérdidas en el seno del equipo, sino también muertes innecesarias de personas ajenas a la actividad del objetivo. Eso incluía desde transeúntes hasta personal de servicio, pasando por los miembros más jóvenes de la familia del futuro difunto, y lo complicaba todo exponencialmente. Las variables multiplicadas ampliaban el margen de error, pero este disminuía a base de entrenamiento, planificación y talento.

—Por contra —concluyó Sergey—, Mario y Siracusa deberán ir con cuidado.

—¡Lo que les va a costar! —exclamó Marko—. ¡Esos dos vacían cargadores más rápido que nadie!

—Bueno, bueno... tú tampoco destacas por dejar supervivientes, que digamos. En cambio, Paulo...

—Lo mío es acertar y salir corriendo. Como Yukio, pero en ruidoso. Y es que no sé cómo lo hace, pero a su lado, incluso con dobles silenciadores, parezco una fresadora.

—Eres muy amable —dijo una voz a su espalda.

—¡Joder, Yukio! —gritó Paulo sobresaltado—. ¡Qué susto! ¡Odio que hagas eso! ¡Sabes que no soporto que aparezcas de repente como un puto ninja fantasma!

—¡Pero es divertido verte la cara! —dijo Marko riendo.

—Perdón. Solo quería relax. No tensión.

—Ya está, perdonado, aunque sé que lo volverás a hacer, lo sé...

—¿Y cómo es que has bajado? —preguntó Sergey—. ¿No podías dormir?

—Más o menos. La candidata. Hay algo raro.

—¿A qué te refieres?

Yukio se tomó unos segundos, con la mirada perdida, antes de responder.

—Sus motivos. No entiendo. Bueno, sí entiendo, pero no sé... me parecen poco... me parecen pocos. Y extraños.

Se hizo un largo silencio que todos invirtieron en procesar de manera meticulosa lo que acababan de escuchar. Yukio, sin la ayuda del sake, solía hablar tan poco que sus intervenciones podían considerarse un acontecimiento.

—No importa —confesó rompiendo su propia pausa—. Es la primera vez que puedo juzgar. Puedo equivocarme.

Las últimas palabras relajaron la atmósfera. Sergey atacó:

—Vamos, que has venido a que te sirva una copa.

—No. Gracias. Solo agua.

La cogió y se fue hacia una de las máquinas recreativas que lucía, con letras enormes, la palabra «Asteroids» en un lateral.

Bill entró en el Patio.

—¡Camarero! ¡Una pinta! —exclamó con un tono más de exigencia que de ruego.

Sergey, ofendido, le gritó:

—¡Que esté tras la barra no significa que esté a tu servicio, gordo irlandés!

—De gordo nada, sois vosotros los flacuchos —se defendió sonriendo.

Ciertamente, Bill no estaba gordo, tenía un poco de barriga, nada raro a su edad, pero ese detalle, unido a una calvicie galopante, le hacía parecer muy bajo de forma comparado con el resto.

—Venga, chicos —trató de animarlos—, alegrad esas caras: en breve una chica preciosa beberá con nosotros.

—Todavía no es seguro —apuntó Marko.

—¡Oh, por Dios! ¡Pero si es perfecta! ¡Esa chica es justo lo que necesitamos! ¡Si hasta fue entrenada por las Beatas!

El grupo de hombres se tensó un segundo. Incluso Yukio se detuvo un instante en el incesante pulsar de su partida. Bill había abierto un tema que todos estaban ansiosos por comentar.

—Eso de las Beatas... —inició Sergey—, ¿es cierto todo lo que se dice?

—Todo, todo, no lo sé. Esperaremos a que Paulo se la ligue y nos lo explique.

—No contéis conmigo. A esa chica no la obligaron a ir, ¡fue voluntaria! Eso significa que aprendió a conciencia. Una noche con ella y hasta yo me podría enamorar. No me la jugaré, no, no, no.

—Pues a mí no me importaría que me mostrara alguna técnica aprendida en esa escuela de concubinas —replicó Bill.

—¡Concubinas! ¡Preciosa palabra! —bromeó Paulo.

—No es cuestión —continuó Bill— de empezar a llamarla «puta» sin conocerla.

—¡Pero si es lo que es! —intervino Marko contrariado—. ¿Qué chica se apuntaría a las Beatas por gusto? Solo una...

—Profesional —atajó Bill con firmeza. Su tono y su semblante habían cambiado drásticamente. Estaba claro que iba a explicar algo y acaparó la atención de todos—. Algunos de los SAS tuvimos ocasión de viajar a Israel para unas maniobras con el Tzahal. Allí conocí a Raquel, la tipa más dura con la que me he cruzado. Era increíble, experta en todas las armas, una piloto impecable y una estratega que se salía, pero le faltaba músculo. Treinta kilos más y habría sido el soldado perfecto. Se pasó al Mosad, pero mantuvimos el contacto. Continuó aprendiendo y, cuando tocó techo, me explicó lo que iba a hacer. Su patriotismo y ambición eran inigualables, se sentía obligada a dar un paso más, posiblemente el último que le quedaba por dar: ingresar en las Beatas. No creo que Raquel ni Layla puedan llamarse «putas», si acaso «perfeccionistas».

»Además, atontados, parece que olvidáis lo más importante: ¡es una chica!

—Cierto —aceptó Paulo—. Un mayor equilibrio sexual no nos puede hacer daño.

—Brindo por eso —celebró Sergey despreocupadamente—. Y dime, Bill, ¿no había en el SAS ninguna chica que quisiera hacer lo mismo que tu amiga?

—¡Ay, Sergey, Sergey! ¡Tú no has estado en mi tierra! Las Beatas exigen ciertos requisitos... estéticos. No debe de haber más de una docena de chicas en toda Gran Bretaña a las que aceptarían, y esas no se alistan en el ejército.

—Bill tiene razón —aseguró Paulo—. De hecho, tengo la teoría de que el imperialismo británico se debió al deseo de aparearse con mujeres menos feas.

Tras ese comentario, Paulo apenas podía contener la risa, cuando conseguía atajar una carcajada, otra le pedía paso.

—¡Lo que no entiendo es cómo no se extinguieron antes de las conquistas! —voceó antes de explotar de nuevo.

—Yo me río —confesó Bill con seriedad—, pero lo triste es que no se equivoca.

Marko también reía, pero menos. Se sentía tan alejado de esos hombres, se sabía tan diferente a cualquiera... Aprovechó el momento para coger otra Pilsner y acercarse a Yukio. No dijo nada, se quedó a su lado mirando cómo jugaba. En la pantalla, un triángulo disparaba puntos de luz sobre polígonos que, al ser acertados, se dividían en piezas de menor tamaño, y así hasta desaparecer. A pesar de su simpleza visual, Marko, que había ignorado esa máquina durante años, sintió el impulso de jugar.

—¿Pueden jugar dos?

—Sí —afirmó el japonés—. Por turnos.

Pasaron horas enganchados. Marko disfrutó alternando gritos de emoción y maldiciones. Yukio se guardó de dar consejos y le permitió aprender a su ritmo. Ya de madrugada convinieron seguir otro día.

Las mañanas de Nenad se sucedían sin cambios. Se impuso una rutina de soledad y esfuerzo que solo quebraba al atardecer. Entonces combinaba entrenamientos de balonmano con Lander, de tiro con los italianos y Paulo, de lucha con Yukio o cualquier actividad con su hijo. Con Bill coincidía para tomar una cerveza antes de cenar y con Sergey después para un ajedrez rápido. Descontando algunos arranques de rabia y nostalgia, el ritmo premisión le gustaba. No tenía que preocuparse por el plan, Lander y Checky lo hacían mejor que nadie; ni por el dinero, tenía suficiente para retirarse dos veces; ni por su familia, la única que le importaba se encontraba entre esas paredes. Pero lo mejor de todo era la tranquilidad impagable de no tener que odiar. Había dedicado media vida a odiar, era una carrera agotadora y, lo que es peor, inacabable.

De todo ello se había dado cuenta en la Agencia, con la perspectiva que da un aislamiento absoluto del mundo exterior. O del «mundo real», como diría Checky. Era una imagen muy apropiada. «En el mundo real» explicó una vez, «están las víctimas y los verdugos; nosotros nos encontramos en otro lugar, el que pertenece a los jueces». En otra ocasión Lander dijo algo similar, muy parejo a su clásico discurso: «En este tablero no somos blancas ni negras, somos el reloj que debe seguir avanzando». Hasta el final de la guerra, Nenad jamás supo acerca de una tercera vía, y aún menos hubiera esperado encontrarse cómodo en ella.

Por otra parte estaban las vacaciones, esos lapsos de tiempo en los que Lander les daba permiso para desaparecer. Entonces una bomba H asolaba la Tierra, dejándolos a él y a su hijo como únicos supervivientes. Compartir más de tres frases con alguien ajeno a la Agencia se había convertido en un peligro inaceptable, por eso se perdían en zonas remotas y eludían todo contacto. Salían adelante por sus propios medios, eran montaraces expertos, nómadas ganándose el derecho a estar en la cúspide de la cadena alimentaria, hombres en toda su primitiva pureza. Nenad asumía ese limbo compartido como la cota más cercana a la felicidad que alcanzaría en lo que le quedaba de vida. Y sin embargo... de vez en cuando revisaba en la red si algo había cambiado, si su apellido había desaparecido de esa lista grotesca negociada por los auténticos culpables; pero siempre estaba allí: «Krkic, Nenad y Marko: buscados por crímenes de guerra y delitos de lesa humanidad». Detestaba la ironía de la última parte: si alguna unidad de combate mostró humanidad durante el conflicto, fue la suya.

La cara de su mujer, deformada por los golpes, fue portada en todos los periódicos de Europa. La foto estaba tan bien tomada que se advertía el brillo líquido que había dejado el orín de sus asesinos. Esa imagen, que sirvió para enardecer definitivamente los ánimos de un país que llevaba tiempo esperando una excusa, fue para Nenad la causante de su condena.

En las postrimerías de la guerra, la moral era baja. La intervención de un ejército

multinacional se daba por segura, en cuestión de días cesaría la lucha y nadie quería ser el último muerto del conflicto. Pero los Анђели buscaban una victoria final. Esa conquista significaba una baza ganadora en las futuras negociaciones. La localidad llevaba sitiada tres meses y, sabiéndose tan cerca de la paz, no iba a rendirse, así que a los serbios solo les restaba una opción: entrar y hacerse con el control casa por casa. Teóricamente, otra compañía más numerosa y descansada debía ocuparse de la mitad del trabajo por la cara opuesta.

Los Анђели iniciaron la ofensiva más desagradecida. Tras setenta y dos horas de avance metódico alcanzaron a ver lo que parecía la base de sus aliados, un hotel en el que ondeaba la tricolor serbia. Nenad estaba furioso, esos cobardes habían tomado un centenar de casas desperdigadas y se habían hecho fuertes en el primer gran edificio que habían encontrado. Calculaba que habrían invertido menos de medio día; desde entonces se habían dedicado a esperar que su unidad hiciera lo más difícil. En esos días, seis Анђели habían caído y era muy probable que tres más se reunieran con ellos. Tantísimas bajas por falta de ayuda exigían una aclaración urgente.

No había tapado los prismáticos cuando Marko se le aproximó. Con una mirada supo que su hijo sentía su misma indignación. Asintió quedamente para aceptar su compañía. Distribuyó a sus hombres y, con la rabia guiando sus pasos, padre e hijo caminaron sin escolta y al descubierto hacia la puerta del hotel. A medida que se acercaban, Nenad no dejó de gritar sus nombres, graduaciones y destino; fue suficiente para que no los abatieran, ninguno de los centinelas quería arriesgarse a matar al capitán más popular de su bando cuando iba a todas luces desarmado. Al entrar en la recepción encontraron lo esperado: un puñado de soldados bebiendo y jugando a las cartas.

—¡Qué gran honor! ¡Nenad Krkic en persona! —exclamó desde el fondo de la sala un capitán demasiado joven—. ¡Por favor! —continuó diciendo mientras se levantaba y servía dos vasos—. ¡Beba conmigo, capitán! ¡Parece que la guerra ha acabado!

Nenad se acercó a él sin saber muy bien qué hacer.

—Capitán Dragan Lovic —se presentó el anfitrión—. Tome, beba, se lo ha ganado —dijo ofreciéndole un vaso pequeño.

Superado por la furia, el héroe serbio parecía aturdido. Cogió el vaso, se lo acercó a la nariz y mientras lo dejaba en la mesa dijo:

—No me gusta la borovicka.

—¡Ah, no hay problema! Por aquí tengo una rakia de ciruela que le encantará... ¡esos bosnios, se supone que son musulmanes y vaya licores destilan! ¿Eh?

El tono educado y jovial del capitán era más pretendido que sincero. Marko así lo percibió, por eso se mantuvo alerta. Cuando Lovic pasó al lado de su padre para abrir el mueble bar captó la seña que envió a un soldado apostado frente a la escalera; este no tardó ni un segundo en subir hacia el primer piso.

—¡Padre! —exclamó, y con un gesto indicó que fueran hacia arriba.

Nenad salió de su ensimismamiento y subió con su hijo. Oyeron al soldado que se les había adelantado abrir una puerta y avisar: «¡Rápido, los Анђели han llegado, deshaceos de esa mierda!». El tipo se quedó lívido al girarse y comprobar que los Krkic le habían seguido. Solo se le ocurrió seguir subiendo pisos.

Nenad y Marko entraron en la habitación para toparse con una escena desastrosamente familiar: dos hombres lanzaban en ese momento el cuerpo de una chica por la ventana. La mirada de Nenad dejaba muy a las claras cuáles eran sus intenciones. Los dos soldados estaban petrificados. Uno de ellos aún llegó a balbucear: «Ya... ya... ya estaba muerta...». Nenad le pegó un puñetazo en el estómago, una vez doblado le cogió por la mandíbula y el pescuezo y le rompió el cuello. Él sí que estaba muerto al salir volando hacia la calle. El otro había corrido desesperadamente hacia la puerta y se había ensartado en el esternón los quince centímetros de hoja que Marko puso en su camino. Murió lentamente, retorciéndose en el suelo.

Sobre la cama de la habitación yacía el cuerpo inerte de una joven en una postura imposible, le habían deshecho los huesos. Demasiadas manchas de sangre sobre las sábanas hacían sospechar que ese era el lecho oficial. Nenad abrió una puerta que comunicaba con otra habitación. Allí encontró veinte caras aterradas de mujeres, chicas y niñas prepúberes, apretadas unas contra otras como queriendo permanecer lo más lejos del vano desde el que el serbio las contemplaba, ese vano a través del que les habían llegado los gritos de sus amigas, hermanas, madres o hijas durante los dos días anteriores.

Volvió junto a Marko, que había encontrado un arma corta de gran calibre conocida como «escoba», nombre idóneo que había hecho olvidar el original. Sus cartuchos, al explosionar, producían tal dispersión de metralla que de un disparo barrían cualquier habitáculo. «Es perfecta», dijo Nenad retirándosela a su hijo de las manos.

Lovic se esperaba una reacción airada, pero no tenía miedo, se sentía seguro rodeado de cincuenta soldados. Además, creía a los Krkic desarmados.

—Vamos, Nenad —dijo en tono tranquilizador mientras este se le acercaba con el arma oculta entre sus enormes manos—. Los chicos solo querían divertirse un po...

No acabó la frase, el gran serbio le acababa de volar los huevos.

Así finalizó la carrera militar de Nenad y Marko Krkic. Esa noche ya durmieron en prisión. Podrían haberse salvado de no ser por ese apellido, «Lovic». Nenad debió habérselo imaginado, no se llega a capitán tan joven sin un poderoso padrino. El tío de Dragan era Miroslav Lovic, general de división, subsecretario de Defensa y vocal en la mesa que negociaría la paz; como militar podría haber ocultado la muerte de los soldados, pero como montenegrino no iba a perdonar la castración de su sobrino. Al hacer la lista de cabezas de turco que entregarían a La Haya ofreció a los Krkic en primer lugar. El resto de partes aceptó con entusiasmo. Más Анђели cayeron en la ignominia de falsas acusaciones. El descrédito que sufrió su unidad fue lo que más le

dolió a Nenad. El hecho de no haber matado a ese cobarde, por el contrario, le hacía bastante feliz. Ser eunuco en Podgorica era peor que la muerte.

Estaba en su celda hermética, apoyándose en este triste consuelo, cuando recibió la visita más inesperada de su vida: un capellán castrense de los cascos azules, o eso creyó antes de que Lander se presentara. La propuesta incluía a Marko y era sencilla: matar criminales a cambio de dinero, solo matar, sin bajas colaterales. Esa era la parte que enganchó a Nenad y, solo por comprobar si algo así era posible, ya se habría alistado en la Agencia. Por otra parte, la alternativa para los Krkic era injusta: asistir a una farsa de juicio, escuchar y cumplir una sentencia a perpetuidad, encontrarse en el patio de la cárcel, envejecer juntos a la espera de una amnistía improbable, y morir.

—¿Cómo saldremos de aquí?

—De la única manera posible —anunció Lander—. Con los pies por delante. El oficial de guardia sabe que lo que se dice de los Анђели es mentira y cree que merecéis la posibilidad de ahorraros un juicio humillante, por eso ha accedido a que os facilite píldoras de cianuro. Luego llegará el forense y os declarará difuntos.

—¿Colabora en el plan?

—Sí, pero sin saberlo. Realmente creerá que estáis muertos.

—¿Cómo es posible?

—Digamos que se me da bien la química. Escucha, cuando vuestros cuerpos vayan de camino al depósito municipal, interceptaremos el vehículo. Para entonces ya habréis recuperado pulso, consciencia y movilidad.

—Entiendo... ¿y Marko?

—Llegará enseguida.

La puerta de la celda se abrió y el joven entró como una exhalación para abrazarse a su padre. Los soldados que lo habían acompañado desaparecieron, dejándolos solos. Lander se dirigió a los dos:

—Lo siento, pero no hay tiempo para explicaciones o debates. En menos de una hora hay cambio de guardia y debemos haber acabado antes. Mascad esto, os insensibilizará la boca.

—Padre, ¿de qué está hablando este cura?

—Haz lo que te diga, hijo. Créeme. Está aquí para ayudarnos a escapar.

Marko abrió los ojos desmesuradamente. No estaba preparado para semejante revelación. Al igual que su padre, empezó a masticar la tableta que les había entregado Lander, quien sacó unas tenazas de ortodoncista y continuó:

—Ahora os arrancaré un diente para simular que llevabais una funda con veneno.

Nenad se ofreció primero. Marko no entendía nada pero se dejó hacer.

—Aquí tenéis las cápsulas. Tragadlas una vez me haya ido. Y cuando recuperéis las constantes vitales, permaneced quietos en vuestra bolsa para cadáveres hasta que yo mismo la abra.

Lander se asomó a la mirilla y llamó al guardia, quien le permitió salir y cerró con premura. Marko vio que su padre se metía la píldora en la boca y le imitó. La lealtad

que le profesaba era tal que aunque ese sacerdote les hubiera suministrado auténtico cianuro, y lo hubiera sabido, también se lo hubiera tomado. Se sentaron en el suelo, cogidos de la mano, a la espera de unos efectos que tardaron pocos minutos en dejarse sentir.

—Ahora emularemos a Lázaro, hijo.

—O a Rommel —apuntó el joven con una pequeña sonrisa.

Lo siguiente que Nenad recordaba era el sonido de un estallido, un big bang, el primer latido de su corazón resucitado. Poco a poco los nervios se fueron despertando a lo largo de su cuerpo. Fue un proceso sensitivo extraordinario, el inicio de su nueva vida.

Unas horas después, Lander abría la cremallera de su bolsa, cegándole con la luz entrante. Nenad Krkic renacía.

Desgraciadamente, su anterior existencia no iba a ser olvidada. Su nombre entró en la lista de los más buscados por La Haya. Nadie creyó al médico que declaró su defunción y la de su hijo. Nadie creyó que sus cuerpos fueran robados por desconocidos. Y menos aún Miroslav Lovic; el general que les había vendido pasó el resto de su vida parapetado entre medidas de seguridad asfixiantes a la espera de una venganza de la que se sabía merecedor. Ese miedo continuo lo mató a los pocos años. Los Krkic brindaron con la mejor rakia.

Dos semanas después de que Mario y Siracusa se adjudicaran el primer punto, Sergey había preparado en la sala de tiro una prueba con figuras móviles. Las dos parejas contendientes bromeaban entre sí a la espera de su turno.

—Dime, Mario, ¿volverás a cargarte a la niña del yoyó?

—Verás, Nenad —se adelantó Siracusa—, en su origen el yoyó se ideó como arma, así que, técnicamente, cada vez que Mario le vuela la cabeza a la puta niña debería contar a nuestro favor. Y así ganaríamos siempre —concluyó con resignación.

—¡Marko! ¡Tú empiezas! —avisó Sergey desde el puesto de control—. ¡Y recordad: como en los dardos, el equipo del ganador se lleva todos los honores!

El aludido se dirigió a la entrada del camino. En total eran unos sesenta metros de trayecto urbano en forma de ene. Los maniqués aparecían de detrás de los árboles, las farolas, los coches y cualquier otro elemento que formara parte del decorado; también podían asomarse por las ventanas de los edificios bajos que limitaban la calle. Algunos hasta disparaban bolas de pintura, pero la mayoría no hacía nada excepto tentar el gatillo fácil de Mario. Se sumaba un punto por acierto, se restaban tres por cada baja, se eliminaba al que recibiera un impacto y se entregaba un bonus al más rápido en finalizar el circuito.

Marko consiguió seis dianas en un tiempo muy difícil de superar, con ese extra acumulaba nueve puntos. A continuación, Siracusa salió dispuesto a robarle esos tres

puntos de premio. Tan veloz quiso ir que, en vez de esperar a que una figura dejara de disparar, siguió adelante saltando sobre la carrocería de un coche de atrezo. Uno de sus zapatos Paciotti del 44 atravesó el endeble capó de madera y quedó atrapado, con media pierna en el espacio donde debería ir el motor. Otro monigote armado empezó a tirotearle desde una ventana, dejándolo completamente rojo de pintura. Como no conseguía sacar la pierna, recibió no menos de veinte impactos antes de que Sergey se apiadara y abortara el ejercicio. Los serbios, en el mirador de la sala, se morían de risa; Mario, a su lado, también, aunque tratase de ocultarlo tapándose la cara con las manos. Tras muchos esfuerzos e imprecaciones, Siracusa se liberó y se fue enfadado hacia las duchas. Nenad consiguió ocho aciertos pero quedó lejos del tiempo de Marko. Con todo en contra, Mario se dispuso a batir récords. Se santiguó tres veces. Sacó sus pistolas y besó sus culatas nacaradas. Con las armas en alto inició la prueba. Como era de esperar, avanzó rapidísimo, y del mismo modo disparó contra todo aquello que se movía. Un segundo antes de cruzar la meta y pulverizar el tiempo de Marko, apretó el gatillo por última vez. En ese momento llevaba dieciséis aciertos y tres bajas; de haberlo sabido se habría guardado esa bala para asegurar el triunfo, pero estaba más pendiente de correr que de contar. El plomo fue a alojarse entre las cejas de la niña más popular de la galería. La pareja serbia, al ver esa cabeza con trencitas volando, suspiró aliviada. Mario, ya en zona neutral, reconoció a su postrer blanco.

—*Ma porca mignotta!* ¡La puta niña otra vez!

—Mírala bien —ordenó Sergey a través de los altavoces.

Mario entró de nuevo en el circuito y se acercó al pequeño maniquí decapitado. En su mano derecha, allí donde solía haber un yoyó, el calabrés descubrió una granada. Eso la convertía en blanco. Diecisiete aciertos, tres bajas y bonus, once puntos. Había ganado. Contentísimo, le arrancó el brazo a la niña y lo alzó para que lo vieran sus contrincantes desde su posición elevada. Marko y Nenad no lo podían creer y fueron hacia Sergey, que seguía tras la consola de mandos.

—¡La niña con una granada! ¡Por favor, Sergey! —protestó el padre.

—¿Por qué no? Justamente vosotros deberíais saber que eso es bastante común, ¿o me equivoco? —Era una buena defensa, los había dejado callados—. ¡Y no me negaréis que Mario ha estado soberbio! Por otra parte... esto os puede consolar —dijo entregándoles un minidisco—. Es la actuación de Siracusa. Desde todos los ángulos.

Esa noche, en el Patio, las pantallas repetían sin parar los veinte segundos del lombardo atrapado recibiendo pelotitas de pintura. Los planos, las perspectivas y la velocidad de reproducción variaban cada vez. Bill y Paulo se desternillaban. Hasta Yukio, tras un primer sorbo de sake, se unió a las risas. Marko había preparado el montaje y, contrariamente a lo que esperaba, no se encontraba mejor.

—Tendría que haber ido más rápido —comentó con Sergey.

—Lo hiciste bien, lo que pasa es que Mario hizo el recorrido de su vida.

—Ya... —concedió el chico, poco convencido.

Lo peor de todo era que, de haber ganado, tampoco creía que se hubiera sentido mucho más animado.

De repente, alguien empezó a aplaudir y pronto se sumaron el resto de los presentes. Era la bienvenida a Siracusa, que entraba acompañado de Mario. Este último saludó exageradamente, como si el recibimiento se lo tributaran a él. Su pareja, al mismo tiempo, bajaba la vista y se tapaba la cara con una mano, con la otra fingía apartar una muchedumbre.

—No haré declaraciones, nada de autógrafos, *no photos* —iba diciendo.

Y a pesar del ambiente, Marko prefirió marcharse. De camino, se acercó a Mario:

—Buen recorrido, *stronzo*. Y tu compañero, increíble.

—*Grazie*, Marko. Lo peor es que por su culpa nadie recordará cómo lo he hecho esta tarde... Venga, yo te sirvo...

—No, déjalo. Me voy a dormir.

Una vez en su cuarto, retomó esa afición que cada día le robaba más minutos. Encendió la pantalla y puso el canal 112 del circuito cerrado. Desde detrás del espejo una cámara abarcaba la totalidad de la habitación de invitados. La inquilina se encontraba colgada como un murciélago, las piernas dobladas en la barra de ejercicios, los tobillos enlazados y las manos tras la nuca. Respiraba lenta y pesadamente. En la cara le brillaban perlas de sudor, acababa de realizar una serie de abdominales. Llevaba el pelo recogido en un moño, vestía pantalón de deporte y un top ajustadísimo. Sus tetas ofrecían un aspecto neumático algo irreal provocado por el efecto de la gravedad. *Gracias a Dios que no está de espaldas*, pensó Marko. No la esperaba en una postura tan sugerente. Amplió la imagen hasta que el cuerpo de Layla ocupó toda la pantalla, luego la invirtió para que quedara bocarriba. Por un momento creyó que ella podía verle; su mirada, voluptuosa, parecía estar atravesando el falso cristal que la reflejaba hasta llegar al objetivo espía y, lo mejor de todo, daba a entender que le agradaba ser contemplada. Eso era lo que más excitaba a Marko. Hacía años que no disfrutaba tanto al masturbarse. No tenía demasiada imaginación, sus fantasías eran mediocres, los recuerdos a los que acogerse eran mínimos, el recurso de Checky cada vez le inspiraba menos y las películas porno nunca le acabaron de gustar. Desde la llegada de Layla, su pobre vida sexual le parecía menos patética.

—¡Mira! ¡Mira, Lander! ¡Ahí se ve claro! ¡Lo que yo te decía!

Nenad se había levantado del sillón y golpeaba con el dedo una esquina del monitor. Estaban viendo una grabación de los dos serbios jugando al baloncesto.

—Desde luego, tienes razón: falla deliberadamente. —Lander se quedó pensativo—. Y dices que hace tiempo que su actitud es... defectuosa.

—Cada vez más, ¡pero solo conmigo! ¡No sé lo que le pasa a mi chico!

—¿Has hablado con él?

Nenad resopló.

—No. No sabría cómo empezar. Marko y yo nunca hemos «hablado», ¡nunca nos ha hecho falta! ¡Esto es nuevo para mí! No sé qué puedo hacer. Me preocupa.

El gran serbio se dejó caer sobre un sillón con la mirada perdida. Segundos más tarde Lander retomó la conversación:

—No soy psicólogo, pero creo que esos errores son una forma de... protestar.

—¿Protestar?! ¡¿Por qué?!

—Amigo mío, fíjate en él —dijo señalando la pantalla—. Tiene veinticinco años, está en la flor de la vida, ¿y qué es lo que conoce? ¿Qué es lo que sabe?

Nenad asintió con pesadez; entendía lo que el jefe quería decir y se rindió:

—Nada. No sabe nada...

—Desde que tiene uso de razón no ha hecho más que seguir órdenes, tus órdenes, Nenad. —Ante el amago de protesta continuó—: ¡No me malinterpretes! Siempre has procurado su bien, justamente se trata de eso. —Lander cogió uno de los dos pequeños fósiles que decoraban su mesa y lo mostró con la palma hacia arriba—. Has ejercido de señor, de dominus, en sus dos acepciones, lo has protegido... —Cerró la mano—. Al tiempo que lo apresabas.

Nenad se puso en pie.

—¿Y qué sugieres? —preguntó de espaldas a Lander.

—Quizás sea buena idea que en las próximas vacaciones... —Lander dejó el final en el aire.

El serbio se giró como un rayo.

—¿Qué? ¿Que se marche solo? No puedes estar hablando en serio, ¡nos buscan! —Volvió a resoplar y empezó a dar vueltas, tenso, por el despacho, fijando la vista alternativamente entre Lander y las paredes—. Los demás pueden ir prácticamente adonde les plazca, saben que si algo les pasa, les vengaremos. ¡Ellos sí están protegidos! Pero nosotros... ¡nosotros somos presas!

»Hay un mundo legal que nos persigue, todos los policías del planeta sueñan con darnos caza, ¡y lo entiendo! La recompensa es cojonuda. Y en nuestro caso la gente no teme represalias porque mi equipo, mi Agencia, no mata a funcionarios honrados... —Nenad suspiró y se enfrentó a la dura mirada de Lander—. Lo siento. Lo siento. —Miró al suelo y prosiguió—: No he dicho más que tonterías. Todo eso ya lo sabía cuando nos sacaste de Vlasenica.

—¿Quieres renegociar nuestro contrato?

Nenad se enfrentó a Lander:

—¡No me ofendas, alemán! ¡Todavía soy serbio! Todavía tengo palabra, es solo que... —Volvió a clavar los ojos en el suelo, tomó aire y lo soltó lentamente—. No

me hago a la idea de separarme de él. Es lo único que tengo.

—Es natural que no te atraiga esa perspectiva, pero si no le das libertad, acabará huyendo de ti, resentido. Y no es eso lo que quieres.

—Claro que no. Pero... ¿y si lo cogen? ¡Solo le quedaría esto! —exclamó Nenad señalándose un colmillo. Era el diente que le repusieron tras la huida, y que esta vez sí que contenía una carga letal.

—Marko ya lo sabe. Creo que asumiré el riesgo con gusto.

—Pero, pero... —Nenad exhaló con fuerza—. No... no me perdonaría si le pasara algo. Sería mi final, ¿entiendes?

—No. No lo entiendo. Solo tú puedes. Yo simplemente te creo, y trato de ayudar. Fíjate en él —dijo Lander señalando otra vez la pantalla; Marko seguía jugando contra su padre—. Ya no es tu soldado de confianza, es mucho más. Es un hombre. De momento, todo lo que sabe lo ha aprendido de ti. Quizás le convenga cometer y solucionar sus propios errores.

—¿Y si pasa como en Grecia? ¡Casi nos descubren!

—Nenad, Nenad, Nenad... Deberías confiar más en él. Háblale. Además, eso fue hace ya mucho...

Eran sus primeras vacaciones tras ingresar en la Agencia. Cierta nerviosismo infantil presidía cada actividad, todo era tan novedoso... En menos de un año habían protagonizado una huida de la que aún se hablaba, ingresado en una organización temida y consentida por todas las hampas, participado en dos misiones que hasta el Vaticano habría aprobado... y ahí se encontraban, padre e hijo, soltando las amarras de un viejo Nautor's Swan 38 en el puerto de Egina, rumbo al Peloponeso.

Nenad sabía navegar desde joven, y Marko, como siempre, aprendía rápido. Ambos se reían con disimulo cada vez que llegaban a un pequeño puerto y mostraban su falsa documentación. Tras años de guerra les parecía gracioso convertirse en eslovenos. Lo cierto es que tras años de guerra, prácticamente todo les parecía gracioso. Merecían ese descanso, y lo disfrutaban. Hasta que llegaron a Elafonisos.

Fondearon cerca de la orilla, un par de barcos ya estaban allí. A lo lejos, un puñado de tiendas de campaña moteaba el paisaje. Algunas personas se repartían a lo largo de la idílica playa. Nenad se fue a bucear, Marko nadó hasta tierra firme y se puso a tomar el sol. La tranquilidad que se respiraba era tal que no dudaron en dejar solo el barco. No había viento, el mar era una balsa de aceite y la poca gente que había alrededor parecía aún más relajada que ellos. Sentían que el mundo les acogía de nuevo, como hijos pródigos.

—Παρακαλώ, Θέλεις να παίξουμε? Ο πατέρας μου είναι κουρασμένος.

Marko se giró bocarriba para saber quién le hablaba. Era una chica morena, gorda y bajita de unos veinte años. Ayudada por el contraluz y la abstinencia, al chico le pareció una diosa.

—Θέλεις να παίξουμε ρακέτες? —repitió ella blandiendo dos palas de madera.

Sin entender nada, balbuceó un «no» alargado. Se había puesto más rojo que un austriaco que andaba cerca. La chica se fue y él se sintió aliviado. Acalorado por el encuentro, se tiró al agua y regresó al barco. Esa noche, tras la cena, le dijo a su padre que se iba al bar de la playa, a leer y a tomar algo. Se puso unos pantalones cortos, la camiseta más decente que tenía y montó sobre el bote hinchable. Remó hasta la orilla, metió un poco la barquita y se sentó en una mesa del chiringuito. Pidió una cerveza y sacó un libro del bolsillo. Mientras fingía leer, observó a su alrededor, había cinco personas, pero no la que buscaba. Estaba nervioso, no sabía muy bien qué estaba haciendo, y aún menos sabía lo que haría si esa chica apareciera. Entonces, lo que temía y buscaba, ocurrió. La chica de las palas fue a sentarse en la mesa de al lado, y también se puso a leer, o a fingirlo, porque tardó poquísimo en dar el primer paso.

—Τι διαβάζεις? —preguntó.

El joven serbio le sonrió. La noche camuflaba su sonrojo. En inglés, le dijo que no entendía. Ella contestó que de inglés muy poquito. Se rieron y se siguieron riendo hasta que apagaron las luces. El camarero se fue y los dejó solos. Hasta ese momento lo único que les había quedado claro era que Marko dormía en un barco y Yevgenia en una caravana con sus padres a un kilómetro de ahí. Ella le cogió de la mano. A él se le aceleró el pulso. Incómodo, se dejó guiar hacia las dunas. Tras unos arbustos se tumbaron y empezaron a besarse.

Minutos después, un Marko empapado despertaba a su padre:

—¡Corre, padre! ¡Nos tenemos que ir!

—¡¿Pero qué ha pasado?! ¡¿Qué haces mojado?! ¡¿Y el bote?!

—¡En la playa! ¡He venido a nado para llegar antes! ¡Nos tenemos que largar! ¡Ya!

Mientras levaban el ancla, Marko le explicó que el padre de la chica les había descubierto y le había perseguido gritando que iría a la policía o «algo así».

—¿Qué quieres decir con «algo así»?

—¡No sé, padre! ¡No sé griego!

Nenad conocía suficientemente bien a su hijo como para saber que estaba asustado; en sus ojos se leía una alarma real. Sin más dilación, huyeron. El simulacro de normalidad había finalizado. En adelante, la constante de sus vacaciones iba a ser la soledad, como antaño.

Marko agradecería de por vida la discreción de su padre, que nunca reclamó mayores explicaciones sobre un asunto repleto de lagunas. Le quedaba la duda de saber qué habría pasado si le hubiera explicado la verdad, cómo hubiera reaccionado. A veces sentía ganas de explicárselo a alguien, a Paulo quizás, pero la vergüenza le podía. Al final solo le quedaba arrepentirse...

En cuanto la lengua de Yevgenia entró en su boca, algo incendió sus entrañas. Las manos iban como locas entre los pechos y el culo de la muchacha; de tan ansiosos, sus movimientos eran ridículos. La chica parecía divertida con la situación. Entonces

le tiró de la camiseta hacia arriba y del top del biquini hacia abajo, descubriéndole las tetas. Empezó a chuparlas desesperado, con violencia. De igual modo colocó su mano entre las piernas de ella, que se había quedado quieta. Marko estaba fuera de sí. Con agresividad, intentó bajarle los pantalones sin esperar señal alguna de colaboración. Yevgenia protestó tímidamente. Al verse con los tejanos en las rodillas, trató de incorporarse para quitarse a Marko de encima. Él la empujó a la arena. Asustada, gritó, y recibió un guantazo. Ambos callaron un segundo. Su labio inferior empezó a sangrar profusamente. Marko reaccionó y fue a atenderla, en vano. La chica salió corriendo hacia su caravana, pidiendo ayuda. Él se quedó helado, arrodillado frente al hueco que había dejado su víctima; se sabía culpable.

Tardó poco en convencerse de que no era un violador sino un ignorante que había crecido entre hombres y guerra, pero el daño estaba hecho. *Si pudiera volver atrás...*, se lamentaba, *si la hubiera tratado bien...* Ese error le había condenado al onanismo sine día. Los remordimientos le torturaban hasta tal punto que había jurado, si algún día llegaba a tener la posibilidad, encontrar a la griega, disculparse y regalarle lo que más quisiera; una forma de gastar su salario acumulado. No podía ser difícil, si había cursado una denuncia lo habría hecho en Neápolis, los expedientes de la comisaría se abrirían con silenciosos billetes, también debía existir un registro de acampados. Los datos existían, seguro, y permanecían a la espera de ser consultados; solo necesitaba un nombre. Un nombre y una libertad impensable hasta que el mundo entero se olvidara de su existencia, incluido su padre.

Meter a Nenad en el mismo saco era un pensamiento injusto, pero cada vez más recurrente. Por eso se molestó cuando le llamó para jugar al balonmano. De todas las actividades posibles era la que menos le apetecía. Como de costumbre, tragó y se dirigió a la cancha.

—Espero no haberte molestado —saludó el gran serbio.

—Ya dormiré esta noche —respondió Marko simulando un bostezo.

—Muy bien. Hijo: hoy a muerte. ¿Me entiendes? A muerte.

La vehemencia de su padre le cogió por sorpresa. Algo había detrás de ese énfasis que le sugería hacerle caso.

Un plafón de madera bloqueaba la portería, salvo en sus cuatro ángulos. Esos huecos eran las únicas opciones de gol. Por turnos de treinta segundos, uno atacaba y el otro defendía. Marko arrancó desde la línea de medio campo y su padre le frenó en seco, haciéndole caer de espaldas. A pesar de medir lo mismo, Nenad le ganaba en peso y, al parecer, en motivación.

—¡Vamos! ¡Levántate! ¿O te vas a dejar ganar por un viejo retirado?

Marko aceptó el reto. La lucha fue dura. En un partido normal ambos habrían acumulado exclusiones, pero nadie se quejó. Solo el cansancio redujo la intensidad, la violencia camuflada. Al final Nenad paró el ejercicio y fue a sentarse junto a la pared.

Extenuado, con una botella de agua entre las manos, se vio capaz de afrontar el tema.

—¡Hijo! ¡Ven aquí!

Marko, que seguía tirando contra la portería, respondió:

—No tengo sed. Estoy bien.

—Hijo... Por favor...

Un escalofrío recorrió el espinazo del joven. Ese «por favor» sonaba a grito de socorro y, presto a auxiliar a su padre, Marko se acercó preocupado.

—Siéntate. —El chico obedeció—. No sé cómo decir esto... verás... ya hace tiempo que tendría que habértelo dicho, supongo. Bueno, el caso es... el caso es que... ¡Joder! ¡Parezco idiota! Verás... durante las próximas vacaciones me gustaría, mmm, ir a los Andes. Contigo. Si quieres.

—Me da igual, padre. Donde tú digas es...

—¡No! ¡No! ¡No me he explicado bien! Lo que quiero decir es que si no quieres venir... no hace falta. Puedes ir donde quieras. Estoy seguro de que no harás ninguna tontería.

—¿Yo solo? ¿Por mi cuenta?

Nenad asintió sin mirarle. Marko procesaba a toda velocidad la trascendencia de la noticia. El gran serbio volvió a hablar:

—Pero... por última vez, me gustaría ir de supervivencia acompañado de mi hijo.

En este punto se giró hacia él; Marko, feliz y agradecido, se abrazó a su padre.

Paulo y Yukio partían hacia Tailandia a la mañana siguiente. Bill ya lo había hecho. Antes de que se fueran todos, Sergey programó la tercera parte de la competición para que hubiera público, y presión. Los italianos estaban en disposición de conseguir un 3 a 0 humillante e irresoluble; se sentían a gusto ante la oportunidad de finiquitar el concurso. Los serbios se sentían aún mejor, iban a demostrar cómo se templan los nervios en situaciones límite.

No era más que la clásica prueba de tiro, sin contacto, y aun así Mario se las ingeniaba para interrumpir el ritmo de sus adversarios con pullas, comentarios y provocaciones cada vez más ofensivas. A todos estos ataques, Marko y Nenad respondieron con una serie de disparos digna de final olímpica. No hubo color ni emoción. Fue una exhibición balcánica.

—No es posible —se quejaba Mario—. ¡Vuestra puntuación no es humana!

—Deberías practicar más —dijo Marko mientras salía de la cabina, y le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Ey! ¿Lo has visto, Siracusa? ¿Has visto eso? ¡A este chico le ha pasado algo! ¡Está más guapo que nunca!

—¡Cuidado con mi hijo, Mario! —exclamó Nenad detrás de él, riendo y palmeándole

la espalda—. ¡Es un asesino entrenado!

Tiempo. Tiempo y libertad. Dos conceptos unidos por vez primera. Marko flotaba en su cama ante la perspectiva. Aún faltaba cerca de un año y sin embargo... era otro. Esos meses que solo él debía planear le abrían las puertas del mundo, de la esperanza. Su existencia cobraba sentido por momentos. Dejó de espiar a Layla continuamente y pasó más tiempo con su padre, que en cuestión de días pareció envejecer diez años.

Nenad también se enfrentaba a un cambio y no veía cómo encararlo. Estaba triste por él pero feliz por su hijo. Lander tenía razón, el chico ya era un hombre y podía arreglárselas solo, y él... él no sabía muy bien cómo catalogarse. En cualquier caso, aún era pronto para la autocompasión, la vida seguiría igual por algún tiempo. De hecho, había mejorado: la alegría de Marko era patente.

Las dos parejas pasaron las últimas noches en la base jugando a las cartas. No se trataba de ganar, era imposible contra los italianos, sino de descubrir sus trampas. Sergey, como espectador, daba la impresión de conocer todos sus trucos por la manera en que sonreía de vez en cuando. Nenad perdía la paciencia enseguida y se marchaba a dormir. Marko no quería ser el único primo y cambiaba el tapete por los *Space Invaders*. Estaba mejorando, pero aún se encontraba a años luz de las puntuaciones de Yukio. «Cuestión de tiempo», se decía. Lo gracioso era que el japonés tenía razón, el juego le divertía.

La cuarta prueba suponía otro punto de partido para los italianos. Lander ejercería de árbitro. El escenario, la cubierta del barco pesquero que les transportaba, era tan pintoresco como incómodo. A nadie le atraía probar sus habilidades bajo la lluvia, mecido por el vaivén del alto oleaje, y encima, de noche. Por contra, Lander sí disfrutaba. La débil luz de proa silueteaba su figura.

—Equipos, cada uno de vosotros tiene sus cuchillos. ¿Cierto?

—Síiii... —respondieron con desgana.

—No entiendo esa desidia, con la maravillosa tormenta que nos visita... ¡deberíais disfrutarla! —Rio un poco para sí y continuó—: Venga, será una prueba rápida. Aquí, en mi mano, una naranja. Punto para el primero que la atraviese...

¡Thuk!

Lander interrumpió su explicación, pretendía lanzar el objetivo al aire y decir «¡Ahora!», pero en su mano la fruta ya había sido alcanzada. Estaba atónito, y los demás también, excepto Nenad, que dijo:

—Tenías razón: una prueba rápida. Punto nuestro.

—Pues... —farfulló Lander— ¡me temo que sí! —Y soltó una carcajada.

—Sin comentarios —declaró Mario antes de volverse hacia los camarotes seguido de su compañero. Marko estaba maravillado por el audaz movimiento.

—¡Ha sido increíble, padre! ¡Te has quedado con el jefe!

—Pero el jefe se vengará, hijo, ¡siempre lo hace! —dijo Nenad dirigiéndose a

Lander, que andaba tras ellos para cobijarse.

El director de la Agencia le dedicó una mueca reveladora.

—Por supuesto que me vengaré, capitán Krkic. Pero lo de hoy ha estado bien. Muy bien.

Una semana antes del día señalado se encontraban todos reunidos para la tradicional elección de nombre. Era una velada agradable, la última ocasión para relajarse frente a las ciento cincuenta horas de máxima concentración que seguirían. Cada uno escogía su seudónimo para la misión ciñéndose al tema propuesto, y este lo dictaba quien, según Lander, hubiera estado especialmente hábil en el trabajo anterior. La última vez, Bill les había hecho buscar alias entre los grupos musicales británicos. En esa ocasión deberían adoptar el nombre de «un blanco deseado». El jefe tomó la palabra:

—Atención, es hora de bautizarnos. Checky lo dejó claro, aunque va a ser difícil llamarse como aquel que querías ver muerto; pero Check manda, y empieza.

—Urkel, Steve Urkel.

—Me encanta. Realmente odioso. Lo habríamos hecho gratis. ¿Siracusa?

—Sting.

—Ja, ja. Es tu elección... ¿Mario?

—Céline Dion.

—Fantástico. ¿Algún cantante más?

—Phil Collins —anunció Nenad.

—¿No lo mataron ya?

—Sí, pero me habría gustado que nos lo hubieran encargado a nosotros.

—Se acepta, por supuesto. ¿Bill?

—Jar Jar Binks.

Se oyeron algunos aplausos.

—Paulo, te toca.

—Escojo al director de esas pelis coñazo que me dejaste, Checky. Ese que pasa del trípode para ir de moderno. Me llamaréis... ¡Lars von Trier!

La solemnidad exagerada con la que habló hizo reír hasta a la americana.

—Y ahora tú, Marko.

—Es un poco raro, pero si hubiera podido me hubiera cargado a Lancelot.

—Sí... ese cabrón hundió Camelot por su picha inquieta... Da igual... ¿Yukio?

—Su cómplice. Me gustaría matar a Ginebra.

—Ginebra adjudicado. Yo me llamaré como el mayor asesino de la historia.

Miró a todos para que intentaran acertar.

—¿Hitler?

—¿Truman? ¿Bush?

—¿Atila?

—¿Gilles de Rais?

—¿O. J.?

Lander, relamiéndose, aclaró el tema: Ronald McDonald.

La reunión se alargó hasta que todos se habituaron a sus nuevos nombres. Marko se mostró encantado con la elección de Yukio, no esperaba que ese pequeño japonés conociera la historia de Arturo y pudieran mantener una charla sobre las diferentes fuentes. Una vez se acostaran, cualquier rasgo de humor desaparecería. La misión, y solo la misión, iba a existir para todos.

Lander y Checky habían trazado un plan que apenas difería del de la presentación del objetivo. La base de Jin Won era una herida en el corazón de la selva. Constaba de dos estructuras principales: una soberbia mansión de varios pisos exageradamente iluminada y, a quinientos metros, un búnker cuadrangular y chato que se extendía hacia abajo en varios niveles subterráneos.

La tierra baldía entre las dos zonas se convirtió de repente en un infierno. A la hora señalada, Bill hacía estallar numerosas cargas repartidas para provocar caos y división de fuerzas. Camuflado en la copa de una palmera, Yukio sonrió al ver a través de su mira telescópica cómo los explosivos causaban el efecto deseado. Él se había encargado de colocarlos la noche anterior en una incursión de las que adoraba: invisible y solitaria. A cierta distancia, sobre una pequeña colina, Paulo empezó a disparar enseguida, tratando de evitar el repliegue ordenado del enemigo. Tras ese breve instante de feliz observación, el japonés se sumó a la misma tarea. Checky se encontraba a varios kilómetros, en el interior de una furgoneta, encerrada entre pantallas con mapas, rumbos, lecturas térmicas e imágenes vía satélite. Tras sopesar los datos, rompió el silencio por radio:

—Aquí Urkel. Sting y Céline Dion pueden entrar. Lancelot y Phil Collins, aguardad a que salga más gente.

Nenad y Marko, escondidos cerca de la entrada al búnker, veían salir guardias que intentaban encontrar el camino a la mansión. Era una señal inequívoca de que los italianos tendrían más trabajo. Si el objetivo estaba ahí, las fuerzas de seguridad no se habrían movido.

Mario y Siracusa avanzaban rápida y discretamente, los silenciadores y las indicaciones de Checky les permitían un paso vivo desde la bodega trasera por la que habían entrado hasta las habitaciones principales del coreano diana.

La texana siguió ordenando:

—Lancelot y Phil Collins, entrad. Jar Jar, aísla la mansión. Ni rastro de bajas.

Una serie de bombas frenó la llegada de refuerzos a la casa. Una barrera de fuego y humo les impedía acercarse. Mientras tanto, los serbios se habían colado a su espalda en el búnker, menos protegido. Su paso era lento, llevaban un ancho blindaje además del equipo antigás. Yukio también se había colado entre las bombas de

ventilación, ahí había dejado minibidones de gas nervioso que ahora liberaban su contenido a través de los conductos del aire. El ataque había cogido desprevenidos a casi todos, sin tiempo para ponerse las máscaras. El gas se extendía provocando espasmos, confusión y la mayor de las prisas por salir al exterior. Marko se preguntó cómo lo habría hecho Yukio para colarse en una instalación exterior tan sensible.

—Buenas noticias —anunció Checky—. Detecto a los hijos del objetivo encerrados en la habitación de juegos. En el dormitorio, cinco figuras, presumiblemente tres guardaespaldas, el objetivo y su mujer. Todos armados. No hay posibilidad de bajas.

Mario y Siracusa llegaron al lugar indicado y vaciaron sus cargadores contra las cerraduras de la doble puerta lacada. A un paso del final, se miraron mutuamente, recargaron y desmontaron los ya innecesarios silenciadores. Estaban disfrutando.

—Déjame al chino y a su esposa —le pidió Siracusa—. Serán los más alejados.

—*Va bene* —aceptó Mario.

—Aquí McDonald. Usad una cerilla —ordenó Lander, que desde algún lugar seguía la acción.

Siracusa desenganchó un disco fino y estrecho de su cinturón, lo activó y lo coló bajo la puerta. Un segundo después se advertía un fogonazo en la habitación que debía cegar a sus ocupantes; fue entonces cuando entraron los dos asesinos. Mario hizo tres blancos mortales en otros tantos disparos, luego repartió el resto de su munición sobre los cuerpos antes de que se desplomaran. Siracusa, en cambio, disparó a desarmar.

—¿Qué haces, loco?! ¡Es el objetivo! ¡Está confirmado! ¡Mátalo! —le apremió Mario mientras recargaba.

—Este cabrón fue el que nos robó en el Mundial de Corea. Me lo dijo Urkel —explicó Siracusa con calma mientras se acercaba a Jin Won y a su mujer; ambos compartían postura, sentados contra la pared, doliéndose de sendas manos agujereadas y sangrantes.

—¡No me jodas! —se entusiasmó Mario—. ¡Mi padre moriría por estar aquí! ¡Toma, cabrón! —gritó disparándole en una rodilla—. ¡Me parece que no vas a volver a jugar al fútbol!

El hombre más poderoso del hampa asiática lloraba y suplicaba sin parar. Siracusa le voló un codo. Siguió pidiendo clemencia cuando Mario se ensañó con la otra rodilla.

—Creo que ya se ha arrepentido lo suficiente. Acabemos. Los dos a la vez —dijo Siracusa apuntándole a la cabeza.

Hubo un doble trueno y luego el sollozo semiahogado de la señora Won, en estado de shock junto al cuerpo acribillado de su marido.

—¡Atención, McDonald! ¡Aquí Urkel! —chilló la texana—. El ordenador me ha traducido las últimas palabras del objetivo y son... interesantes. Rogaba por su vida a cambio de unos planos. No ofreció dinero, solo habló de los planos. Pensaba que

veníamos a por eso. Según él, están en la caja fuerte del búnker, y tuvo tiempo de cantar la combinación. Creo que deberíamos echar un vistazo si no es demasiado difícil.

—Aquí McDonald. ¿Cómo lo ves, Phil Collins? ¿Accesible?

—Afirmativo. Nos adentramos.

—Tenéis cinco minutos para localizarla.

La lealtad no era el punto fuerte de esa organización. La muerte del jefe había sido radiada enseguida y la reacción mayoritaria era la de saquear la casa o largarse con algún vehículo. Un ejército de ciento cincuenta hombres se desmembraba, inseguro frente a un enemigo que había logrado llegar limpiamente hasta su amo.

En el búnker, padre e hijo habían alcanzado el último nivel. Ahí sí que les había dado tiempo a los defensores a protegerse contra el gas. El fuego experto de los serbios debería estar haciendo estragos entre ellos, pero su número no menguaba sensiblemente.

—Lancelot, hay demasiada gente. Se suponía que muchos habían sido enviados a la mansión.

—¿Abortamos?

—Negativo. Aturdidoras y peces globo.

Marko tragó saliva. Odiaba esas armas, como todo el mundo. Unas te agujoneaban el cráneo hasta hacerte sangrar los oídos, las otras te reventaban por dentro. El alcance de sus frecuencias y cambios de presión era difícil de calcular. Las víctimas amigas en lugares cerrados se contaban a la par que las rivales. Cualquier rebote resultaba fatal. El joven se cargó de furia, y la focalizó en los mercenarios que le obligaban a usar ese último recurso. Esos cabrones ya no saldrían de ahí, habían perdido la opción de huida.

Dispararon aturdidoras con sus cilindros lanzagranadas por los pocos pasillos que se ramificaban delante de ellos y volvieron atrás, a apostarse junto a la única salida. Se acomodaron los fusiles y esperaron a que su regalo hiciera efecto. Aquellos que carecían de protección sintieron la ultrafrecuencia aumentando en intensidad, de insoportable a mucho peor. A los más afortunados se les deshizo el aparato auditivo, los demás corrieron a alejarse y cayeron, prácticamente agradecidos, bajo los balazos de los serbios. Pasó un minuto sin que nadie más se abalanzara sobre ellos. A una señal, Marko hizo como su padre y cambió de munición. Sintió que el pez globo se aposentaba en el ánimo, calculó la trayectoria tras el impacto en una pared y en el techo, cruzó los dedos mentalmente, disparó y apretó el culo con fuerza. No lo suficiente, los esfínteres se le descontrolaron.

Nenad asintió y levantó el pulgar satisfecho. Se adelantó hacia otro corredor y emuló a su hijo. La onda expansiva de su pez globo apenas les provocó arcadas. Se relevaron dos veces más y llegaron a la entrada de la cámara acorazada que esperaban encontrar. Por el camino sortearon cuerpos inertes, engañosamente indemnes. Apenas un hilillo rojo salido de sus oídos delataba sus heridas internas, las máscaras de gas

habían taponado sus vómitos ensangrentados y frenado la explosión de sus globos oculares.

—Aquí McDonald. Un minuto para que salgáis de ahí.

—Recibido.

En un panel lateral, Marko se apresuró a introducir los dígitos y letras que Checky le fue dictando, colocó frente al sensor una copia del iris de Jin Won y la gruesa puerta de acero se abrió. Dentro, varias estanterías alternaban fajos de billetes, lingotes de oro, valores bursátiles y papeles extraños; y sobre la única mesa, unos planos extendidos.

—Deben de ser esos. Cógelos, Lancelot. Yo saldré primero —dijo Nenad.

Lander ordenó retirada y todos desaparecieron por diferentes caminos. En medio de la desbandada enemiga, esa parte fue fácil.

Días después, ya en la base, se mascaba la celebración. Era un momento delicioso durante el que cada uno se acicalaba sin prisas y a conciencia, como autohomenaje por otro trabajo bien hecho. Nenad, contento, se probaba las últimas camisas que le habían llegado. El hecho de ser tan grande aumentaba el desagradable efecto de los estampados. Definitivamente, eran horribles. Poder vestir como le viniera en gana era lo único positivo que le encontraba a la viudedad, y a fe suya que lo aprovechaba. Por suerte, Marko no había heredado sus gustos en ropa; él seguía el estilo de Paulo para las grandes ocasiones, como esa noche.

Su hijo, tan puro, tan bello. Y tan mayor. De algún modo se sentía más unido a él que nunca. Desde que le dijo lo de las vacaciones, su actitud era más cariñosa y atenta, de enorme respeto, como el que se tiene a un rey que abdica a tiempo. Le iba a costar habituarse a esa nueva etapa, pero cada día se sentía más seguro de haber obrado correctamente.

Marko se retocaba el pelo, había tardado más que su padre en escoger camisa. Estaba nervioso y sabía perfectamente por qué, solo esperaba que no se le notara demasiado; era posible que esa noche conociera a Layla en persona. La voz de Lander a través de los altavoces le pilló por sorpresa. Citaba a todos en la sala de reuniones en quince minutos.

Una vez allí, el holograma de Layla reapareció brevemente. Lander lo apagó y empezó a hablar.

—No creo que sea necesario, ya habéis tenido tiempo de estudiarla.

El alemán miró en derredor. Marko, por un segundo, se sintió acusado. Una gota de sudor recorrió su espalda. Mientras el jefe continuaba, él trató de tranquilizarse. Poco a poco lo fue consiguiendo; muy poco a poco. De manera fría y directa, Lander exponía lo que todos sabían; nada hacía pensar que se estaba juzgando entre la aceptación o la muerte de una asesina experta. Mencionó las sospechas subjetivas de Nenad y el atisbo de intranquilidad de Yukio. Anunció que, según la red de

Inteligencia, Layla estaba limpia y así debían creerlo, porque de no ser cierto, apuntó la superdotada Checky, ya les habría vendido y podían darse por muertos. Con el «sí» de la mayoría se acordó el ingreso del nuevo miembro.

—Ahora vayamos al Patio —concluyó el alemán—, la comida y bebida que nos esperan hará la presentación más cordial. Además, me muero de hambre.

Los canapés tuvieron un éxito espectacular. Bill felicitó a Sergey por las croquetas y este, exasperado, se limitó a resoplar. Paulo se había situado tras la barra y se ofrecía a servir caipiriñas, Checky y los italianos aceptaron. Los demás deambulaban entre las mesas, buscando alguna delicia que no hubieran probado. Entonces entró ella.

Lucía un vestido de hilo blanco con vuelos, de aspecto sencillo y fresco, pero había algo más. Quizás fuera el contraste con su piel morena, o la forma en que le caía el largo cabello sobre los hombros, quizás fuera otra cosa que simplemente se siente, imposible de identificar. El caso es que en la sala nadie respiró hasta que Lander rompió el silencio.

—¡Bienvenida, Layla! ¡Bonito vestido!

Checky se adelantó a los chicos:

—Mientras los demás babean, me presento. Yo soy Checky, aunque por lo que sabemos ya debes de estar informada.

—Encantada de conocerte, en persona —dijo sonriendo.

Los italianos saltaron detrás.

—¡Estás divina! —admiró Mario atropelladamente, repasándola de arriba abajo.

—¡Y tus sandalias son preciosas! —señaló Siracusa, pasmado de su propio atrevimiento.

—Eh... ¡gracias!

—¡Hola, yo soy Bill! El soltero más... soltero de los presentes.

—Y yo Paulo, el más guapo.

—¡Y yo Nenad, el más hombre! —intervino socarrón, colándose con habilidad felina para besarle la mano.

Layla reaccionó sorprendida:

—Capitán Krkic... nunca imaginé este recibimiento por su parte.

Nenad se irguió con pompa y formalidad.

—No te mentiré. Por mí habrías muerto en la celda de visita, pero una vez dentro... ¡bienvenida seas, diablos! —Y le dio un abrazo que la hizo desaparecer.

Marko estaba anonadado y celoso. Pocos minutos antes, su padre votaba por gasear a esa chica que ahora estrujaba. Él llevaba dos meses soñando con acercarse tanto. Se sentía atribulado, aunque casi consiguió actuar con coherencia cuando le tocó el turno. Layla, que se había separado, ilesa y despeinada, se dirigió a él:

—Y tú debes de ser el fiel lugarteniente, ¿no es así?

—Emm, sí, supongo. Digo... sí.

La risita de fondo de Checky le puso rojo de ira y vergüenza. Por suerte, Layla ya había pasado de largo hasta llegar a Yukio, que se encontraba en un discreto segundo plano.

—Es un honor, Yukio «Wakizashi» Kawabata san.

El japonés devolvió la media reverencia, afectado por la perfección con la que Layla había ejecutado la suya y por un nombre que hacía una vida que no escuchaba.

—Y este es Sergey —le indicó Lander—. Él te ayudará con todo lo que necesites.

—Es un placer, Sergeyyy... —dijo alargando el nombre en busca de un apellido.

—Sergey a secas —zanjó el mentado—. Y por cierto, Lander, queda una cosa pendiente.

—Sí, claro, el desempate. ¡A ver, parejas! Antes de que os emborrachéis: la prueba final. ¡Los perdedores servirán a todos el resto de la noche!

—¡No nos hagas eso! —se quejó Nenad—. Perder contra ellos ya sería lo suficientemente duro.

—Vamos, capitán, no te des tan pronto por vencido —le tranquilizó Siracusa medio en broma.

Sergey colocó a Mario de espaldas a una pared y con tiza marcó el contorno de su tronco y cráneo.

—Esta vez —explicó el árbitro— se sumarán las distancias de los dos lanzamientos. Por si no está suficientemente claro: tenéis que acercaros lo máximo a la cabeza de vuestro compañero.

Le dio un cuchillo a Siracusa y le mostró el punto desde el que debía lanzar. Mario puso cara de espanto, pero no se movió, se limitó a cerrar los ojos. El lombardo, sin vacilar, hizo volar la hoja. Al oír que se clavaba, Mario soltó aire y salió repelido hacia delante, como si la pared fuera un imán de polaridad semejante, e intercambió posiciones con su pareja. Sergey midió cinco centímetros entre el arma y la silueta de tiza. Encajó a Siracusa, arrancó el cuchillo y se lo dio a Mario, que lo clavó a cuatro centímetros de la marca blanca. Nueve centímetros era una buena puntuación. Se alejaron de la línea de fuego dándose palmadas en sus respectivos traseros.

Nenad tuvo que agacharse para quedar bien enmarcado. Su hijo estaba concentradísimo, quería demostrar lo bueno que era. Lo iba a conseguir. Tres centímetros. No estaba demasiado satisfecho, creía poder hacerlo mejor. Se puso en la diana, también algo agachado, sin cerrar los ojos. Podía estar tranquilo, su padre era el mejor lanzador de los cuatro. Pero su padre tenía un problema. Lanzar con un margen de cinco centímetros era fácil para él. Lanzar a cinco centímetros de herir a su hijo, no. Nenad veía esos tres dedos de frontera encogerse por momentos. Se puso a mirar el cuchillo para reiniciar la concentración. Apuntó a ese espacio y el brillo de los ojos de Marko volvió a despistarle. Esos ojos... la misma mirada arrebatadora de su madre. No iba a herirle. No iba a dañar algo tan perfecto. Lander se estaba cobrando su pequeña venganza y el serbio se lo iba a permitir. Hizo girar el cuchillo

en el aire y lo cogió con la izquierda, lo lanzó rodando hacia arriba y lo volvió a sujetar con la derecha, demostró más pericia con un par de malabarismos complicados y acabó dejándolo unos segundos en equilibrio con la punta sobre su índice derecho. Lo retomó por la empuñadura y dijo:

—Marko, tú no te preocupes. —Se giró hacia la barra—. Yo me encargo de las caipiriñas.

Se oyeron risas y algunos aplausos. Alguien se apresuró a poner música. Nenad se dispuso a cortar limas, feliz pese a la derrota; las cosas estaban cambiando y él se sentía inesperadamente sereno. Su hijo fue a ayudarlo con las bebidas. No había entendido la rendición, pero sabía que, sin duda, había sido necesaria. Además, detrás de la barra se sentía más protegido frente a la nueva presencia. Era mejor mantenerse ocupado y no concebía mejor plan que servir copas con su padre. Se miraron, extrañados por la inesperada alegría que les inspiraba la situación. En ese momento, la vida les parecía definitivamente buena.

El pelo oscuro se mantenía intacto y brillante, tal como se lo había arreglado una hora antes. Para lo corto que lo tenía, le dedicaba un tiempo exagerado. Se sentía capaz de matar a quien le despeinara. Era probable que lo hubiera hecho, en otra época de recuerdos difusos. Las cejas arregladas al milímetro también seguían en su sitio. El rímel ultrafino potenciaba sus pestañas tal como esperaba y esas arruguitas en los ojos no se marcaban demasiado. El tiempo le estaba alcanzando, no cabía duda. Se observó la nariz y le pareció bellísima, luego el perfil de los labios, truncado levemente por una cicatriz de la infancia. Se preguntaba a menudo si sería posible borrarla con cirugía. *La edad no perdona, pero aún es pronto para cirugías*, se dijo a sí mismo. Comprobó su dentadura perfecta, se hidrató los labios y volvió a la fiesta. Paulo le agasajó al verlo:

—A veces creo que no soy el más elegante.

Siracusa, agradecido, le lanzó un beso.

—Sí, muy elegante —concedió Mario, indulgente—. Como todo un señor maduro.

—Te odio —lanzó Siracusa.

Mario se acercó hasta su oído para susurrarle:

—Mi señor maduro... —dijo, y le besó levemente el lóbulo.

—Lo que no esperaba, Siracusa —intervino Paulo— es que Mario lanzara el cuchillo mejor que tú.

—Será que Sergey no ha medido bien, o que yo le quiero más...

—Eso me ha encantado, moreno —reconoció Mario—. Te has ganado una copa.

—Pero cortita. Nenad no controla las medidas.

—Desde luego —confirmó Paulo mirando su caipiriña con suspicacia—. Mañana todos desearemos que hubierais perdido vosotros.

El brasileño no se equivocaba. Por buena que fuera la cachaza, los efectos de su ingesta fueron dolorosos. Mario se alegró de no haber vuelto a su cama a dormir, con suerte podía convencer a su amante de que fuera a por aspirinas.

—Sir... Siiiiir... ¿Sir?

—¿Mmm? —ronroneó a su lado.

—Me muero. Necesito una aspirina —dijo en tono lastimero.

—Pues tendrás que ir hasta el almacén. Me tomé la última antes de dormir.

—No jodas. Podrías haberme dado un trozo al menos, ¿no?

—Ya roncabas.

—Te recuerdo que eres tú el que ronca.

—Lo que tú digas —contestó Siracusa, y se puso de lado, dándole la espalda.

—Me cago en la puta. ¡Me recago en la puta! —gruñó Mario, malhumorado.

Se levantó y fue a su habitación. En su lavabo tampoco quedaban pastillas.

—¡Me recago en todas las putas!

Esa maldición le despejó un poco. La resaca era de las gordas, y antes de la tarde necesitaba estar en plenas facultades: había reunión. Se puso algo encima y fue donde Siracusa le había sugerido. Al pasar frente a la enfermería oyó un grito, entró sin pensárselo y se encontró con Lander, que le miró sorprendido. A su lado, Layla escupía sangre sobre el lavatorio.

—Buenos días, Mario. Tu compañera acaba de romper la funda de prueba, ahora ya sabe cuánto apretar para morir, o matar.

—¡Aj! ¡Es superdesagradable!

—Y que lo digas —gruñó Layla.

—Recuerda que el veneno se encuentra en estado gaseoso —explicó Lander—, en cuanto partas el diente aspira para un final instantáneo o expira para cargarte a quien tengas delante, aún te quedarán unos treinta segundos para verle la cara de susto. Luego caerás tú por culpa de los residuos. Tardarás más en morir, pero no será doloroso.

—¿Cómo lo sabes, jefe? —preguntó Mario alegremente—. ¿Lo has probado?

—No. Me lo confesaron en una sesión de espiritismo.

Una risa amortiguada se adivinó tras las gasas que tapaban la boca de Layla.

—No te rías. Tengo contactos en el otro mundo.

—No me extraña —dijo Mario—, con la cantidad de clientes que les enviamos...

—Puede que exista —farfulló Layla—. Algún día te explicaré la historia de Houdini.

—Pero antes será mejor que el jefe te complete la dentadura, bonita. Ese hueco en tu sonrisa me da escalofríos.

Ambos rieron. Lander permaneció serio contemplando el instrumental.

—Otra cosa que has de saber —enfaticó— es que no hay más antídoto que ese —dijo, y señaló un inhalador que colgaba junto a la vitrina de medicamentos—. Introduces el tubo en tu boca, o en la boca del eventual accidentado, y aprietas para que salga la carga. Entonces a esperar. Es útil hasta tres minutos después de haber respirado el veneno. Espero sinceramente que nadie tenga que utilizarlo jamás. Solo yo conozco la fórmula y es bastante difícil de elaborar. El primero que necesite esa dosis se va a pasar un año sirviendo copas.

»Muy bien, siéntate en el sillón camilla. Es hora de colocarte el “seguro antitortura”.

—Según dicen, Layla, eres quien más lo necesita —comentó el italiano—. Se rumorea que sabes más de la Agencia que el ordenador de Sergey.

La chica no contestó, alzó un poco las cejas como disculpándose, luego cerró los ojos y abrió la boca para que Lander ejerciera de dentista.

—Os dejo solos. Esto es muy duro para mí.

Y con estas palabras se fue hacia el almacén.

Media hora antes de la reunión, Mario ya estaba preparado. Vestía ropa italiana de arriba abajo excepto por la camisa Paul Smith que le había regalado Siracusa. Su dolor de cabeza había desaparecido por completo. Suerte que se había limitado al alcohol, si hubiera tomado algo más habría necesitado una inyección de Lander para recuperarse y solo su mirada reprobatoria ya le habría dolido más que el pinchazo. Con el tiempo se había apoyado en él como la figura paterna que necesitaba, una figura paterna escogida libremente. Salió de su cuarto y golpeó en la puerta de delante. Siracusa le abrió semidesnudo; le saludó, contento de verle:

—¿Cómo te encuentras, querido?

—Vestido —respondió con sequedad bien fingida—. No como tú. ¿No sabes qué ponerte?

—Estás enfadado. Mira... esta mañana estaba muerto de sueño y...

—¡Calla, idiota! —dijo, y le dio un besazo en la boca.

Siracusa le abrazó y alzó un palmo del suelo; sin despegar los labios, cayeron sobre la cama, aún deshecha.

—Eres idiota, ¿lo sabes? —dijo riendo—. Y muy guapo.

Empezó a besarle la cara hasta que Mario le frenó:

—No te animes, no tenemos tanto tiempo.

Siracusa le dio la razón y se levantó. Sacó dos camisas del armario para que su pareja escogiera desde la cama. Una vez vestido del todo, empezó a retocarse el pelo.

—No te esfuerces —dijo Mario—. Al acabar la reunión pienso despeinarte.

—De acuerdo, entonces lo deajo. Espero que no sea muy larga —comentó mientras salían de la habitación.

—Larga o no, me da que será importante. Bill y el jefe estuvieron muy serios anoche. Creo que pasa algo.

—¿Como qué?

—No sé. Solo espero que no cancelen las vacaciones. Tengo unas ganas locas de desaparecer. —Siracusa torció microscópicamente el gesto, Mario lo detectó—. Ya sabes a qué me refiero. Necesito un poco de marcha. Tú deberías hacer lo mismo.

Yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer, se dijo el mayor. En esa respuesta yacía implícita la diferencia de edad, no había día en que no lo recordara al menos una vez. Se quitó el tema de la cabeza al llegar a la sala. Era el momento de escuchar.

Mientras esperaban a Paulo, el resto comentaba el poder devastador de Nenad como barman y apostaba por quién seleccionaría tema para la siguiente misión. Lander sonreía, era el único que lo sabía. Llegó el que faltaba, se sentaron y con su voz grave el director inició la junta:

—Buenas tardes a todos. En la última acción nos llevamos una sorpresa. Aún es pronto para asegurarlo, pero puede que poseamos algo extremadamente valioso, y peligroso. La... espontánea tortura a la que nuestra pareja italiana sometió al objetivo dio un fruto inesperado. —Lander miró fijamente a los dos—. Que conste que se os permitió ese retraso estúpido porque ibais muy bien de tiempo. Quiero confiar en que

ya lo sabíais. —Siracusa asintió como responsable—. El caso es que los planos que los Krkic localizaron son cuando menos un misterio, pertenecen a un arma que ni siquiera sabemos si funcionaría. Bill y yo vamos a estudiarlos y en los próximos meses trataremos de construir un prototipo; no será hasta entonces cuando podamos determinar su efectividad.

»Lo que sospechamos es importante, por eso ya hay proyectada una nueva misión. Las vacaciones se posponen hasta que concluya. —Excepto por un parpadeo de Mario, nadie pareció inmutarse, no obstante Lander concedió una pausa para que digirieran la noticia—. Ahora bien, durante la próxima semana puedo prescindir de Yukio, Mario y Siracusa. A los demás os necesito en mayor o menor medida. ¿Preguntas?

El joven calabrés estaba esperando ese pie:

—¿Eso significa que podemos desaparecer?

—Sí. Pero volved en siete días.

Siracusa preparaba el equipaje. Su maleta abierta describía unos planes que entendió tristes. Se iba a ver a sus padres, solo. Pasaría unos días en el lugar donde creció, recordaría la cantidad de años transcurridos y haría balance. Se sintió anciano y estúpido. Más de doscientas muertes en su haber y aún no se había atrevido a explicar en su casa que era gay. Le daba un miedo atroz. Quería tanto a esos viejos que se pasaban el día discutiendo... no se veía dándoles esa noticia, no lo entenderían. Y sin embargo, fantaseaba con un día en el que poder presentarles a Mario y ver a su madre atiborrándole de *gnocchi* hasta hacerlo vomitar. Pero eso no iba a ocurrir. Los enterraría sin haberles dicho nada sobre su amor.

Mario lo tenía claro: Londres. Tres días de MDMA, dos de tripi y uno de coca. No había quedado con nadie, esperaba que todo fuera nuevo: camellos, amigos y polvos. Tan solo pretendía repetir locales; había dos que eran sus preferidos tanto por la música como por los lavabos, amplios y cómodos para lo que se terciase. Deseó con fuerza que no hubieran cambiado de estilo, hacía un año y medio de la última visita. Calculó que, cogiendo el primer vuelo de la mañana, llegaría al after sobre las once de la mañana. A las dos de la tarde ya debería haber conseguido drogas para toda la semana. Y luego, a disfrutarlas. Pero antes le esperaba otra noche con Siracusa. Una de las malas.

Su novio le había hecho pasar momentos inigualables. Cuando se soltaba era el único que le hacía sentir como siempre había soñado, le dejaba temblando durante horas. Ese estremecimiento definitivo solo lo conseguía él. Pero las noches de despedida, llenas de caricias y ternura, se le hacían larguísimas. *Con un poco de suerte, pensó, estará depre y se dormirá rápido.*

Era la quinta vez ese día que el señor Siracusa le explicaba a su hijo lo bien que iba el nuevo coche.

—¡Y casi no gasta! ¡Un litro a los cien! ¿Te lo puedes creer, hijo? ¡Un litro!

—Es por el motor, padre —explicó aburrido—. Es un motor híbrido.

—¡Será de la marca que tú digas, pero gasta muy poco!

—¡Déjalo en paz, viejo chocho! ¿No ves que está harto de oírte? —le reprendió su madre, que entraba en el salón con una bandeja—. Mira, Luigi: galletas.

Ese olor, esas pastas, ese mantel... nada había cambiado. Nada iba a cambiar. A veces le parecía exasperante, pero no le quedaba otra que rendirse y tratar de superar los días con tranquilidad monacal. El mero hecho de que lo llamaran Luigi le encerraba aún más en ese refugio de amor agobiante. Extramuros siempre fue Siracusa; en el barrio no había posibilidad de confusión, era hijo único. Ya lo llamaban así en el colegio y la academia acabó de cimentar el nombre. No se reconocía de otra manera. «Luigi» le hacía sentirse... pequeño.

—¡Come, Luigi, que estás en los huesos!

—¡Tu madre tiene razón! ¡Seguro que trabajas demasiado y no te alimentas!

—¡Lo que necesitas es una chica que te cuide, hijo!

Calma. Respira. Asiente. Sonríe. Si al menos hablaran más bajo... Iban a ser unos días muy largos.

—¡Me encantan los italianos! —gritaba al oído de Mario un chulazo inglés bastante masculino con marcas en la cara que le conferían un aspecto fiero.

Le dio el visto bueno y continuó el juego. También gritó para hacerse oír sobre la música de la discoteca.

—¡A mí me encantan los ingleses! ¡Sois muy divertidos!

—¿Te apetece divertirte?! —preguntó mostrando discretamente un minúsculo hatillo de plástico.

Mario señaló con la cabeza el lavabo y se dirigieron hacia él. El inglés preparó dos rayas cortitas. Mario se metió ambas con decisión. Al escocerle tanto el tabique, entendió que no era coca, era speed. Ya podía olvidarse de dormir en muchas horas. La confusión le dio risa. Besó a su anfitrión y se largó a bailar sobre un podio.

El tiempo se hizo elástico y las pocas veces que salió al exterior un cielo encapotado a perpetuidad le negó cualquier referencia. La semana fue pasando como el efecto de las drogas. Por el camino dejó besos, mamadas y dos polvos con preservativo; el morbo extremo del sexo a oscuras sin protección se lo reservaba ya únicamente a Siracusa. También había rechazado una orgía que prometía. Les había cogido miedo desde que en Málaga, dos años antes, acabara con un desgarró que le hizo pasar por el hospital. Escuchar a los médicos españoles hablar entre ellos sobre su ano le pareció frustrante, y aún más intentar explicar lo sucedido mediante signos. Por momentos creyó que se reían de él, y no era para menos. Lo peor fue la

intervención, muy dolorosa. Lo mejor, la acogida de su novio. No le culpó, ni le recriminó nada, simplemente le cuidó hasta que estuvo del todo curado.

Salió del último garito con una idea clara: no podía más. La llovizna que caía y el frío intenso le despejaron medianamente. La mejor opción era recoger sus cosas y volver a la base. Iba a llegar con casi un día de adelanto, así podría pedirle a Lander una de sus inyecciones reconstituyentes y pasar las siguientes veinte horas durmiendo.

El jefe, al verlo, le recibió con un lacónico «Vaya pupilas». Mario le siguió hasta el laboratorio y se sentó en un taburete. Delante de él, Lander, de espaldas, seleccionaba ingredientes para el compuesto a medida que recibía respuestas:

—¿Speed?

—El primer día.

—¿Popper?

—Claro.

—¿Éxtasis?

—Tres días.

—¿Tripis?

—Medio, anteayer.

—Nexus.

—No. Creo que no. Una puntilla máximo.

—¿PCP?

—No, no, no. Nada de PCP, ni keta, ni éxtasis líquido ni nada más duro. Solo lo que ya he dicho. ¡Ah! Y el gramo de coca de ayer. Bastante decente, por cierto.

El comentario no le hizo gracia a Lander, que se giró de golpe.

—¡«Bastante decente»! ¿Cómo lo sabes? ¿Venía con el sello del Ministerio de Sanidad?

—Lo siento —admitió Mario con la vista baja.

Lander retomó la alquimia. Al cabo de unos segundos volvió a hablar:

—A veces creo que sería mejor que te preparara yo mismo las drogas. Te juro que me quedaría más tranquilo.

Y a mí me saldría más barato, pensó Mario, pero aún estaba lo suficientemente cuerdo como para no tentar la ira de su jefe, que se giró blandiendo una jeringuilla pequeña y le dijo, afable:

—Además, te saldría más barato.

Mario le dedicó una sonrisa emocionada y le ofreció el brazo.

Siracusa buscaba una frase final con la que poder separarse finalmente de sus padres. Odiaba las despedidas, odiaba las conversaciones repetidas y odiaba el aeropuerto de Malpensa.

—Pero, hijo —preguntaba por enésima vez su madre—, ¿no sabes cuándo

volverás?

—No, mamá, ya te lo he dicho. Creo que pronto, pero no lo sé.

—Es que, hijo, te echamos de menos —dijo acariciándole la mejilla.

Siracusa trató de alejarse sin parecer grosero.

—Tu madre tiene razón. ¿No podrías pedir un traslado, o algo?

—Ya sabéis que tengo que viajar todo el año. Es mi trabajo.

—Si estamos muy contentos por ti, Luigi. Estamos orgullosos de que te vayan tan bien las cosas, pero con todo lo que sabes de armas, ¿no podrías buscar algo aquí? ¿En una tienda, quizás?

—Mamá, en una tienda no os podría comprar el coche, o la casa en la Toscana, o...

—¡Si no es eso, hijo! —le cortó su padre—. Es solo que te añoramos. La casa y el coche están muy bien, pero estarían mejor si vinieras a vernos más a menudo.

—Vale, papá, pero no pongas esa cara. Me haces sentir fatal.

—Es la mía, hijo, es la mía. Venga, prométenos que lo pensarás. Llevas años en esa empresa de las pistolas. Seguro que con tu experiencia hasta podrías reclamar tu puesto en los Carabinieri.

—Es verdad —le apoyó su madre—. Aún no sé por qué lo dejaste. Con lo bien que estabas.

Llegados a ese punto, Siracusa hijo llegaba al límite de su paciencia, les daba dos besos a cada uno y decía sencillamente «adiós».

Sentado en la zona de embarque siempre se sentía idiota; no soportaba a ese par y ya les echaba de menos. Quería a toda costa mantenerlos felices y en pos de eso no había dejado de acumular mentiras.

De los Carabinieri no se fue, lo expulsaron, y con toda la razón del mundo. Había entrado en la academia rebotado, fue lo único que se le ocurrió tras quedarse a años luz de la nota mínima para estudiar Medicina. A sus padres solo les dijo que había cambiado de idea. Ellos le apoyaron sin ambages, como en todo lo que se había propuesto hasta entonces (fútbol, teatro, guitarra y, desgraciadamente, etcétera).

Rebuscando en su interior, lo único que le atraía de ser policía era la posibilidad de enseñarle la placa al primer portero de discoteca que no le permitiese entrar. Con una vocación tan nimia tardó poco en desviarse. Pero antes descubrió su talento, posiblemente el único: la puntería.

Gracias a unas extraordinarias marcas de tiro consiguió licenciarse sin demasiados apuros. Durante el periodo de prácticas vislumbró las posibilidades que le otorgaba el uniforme; como agente no tardó en aprovecharlas. Empezó con las apuestas ilegales cuando recibía un soplo; era un sobresueldo inocente, se convencía a sí mismo, y no hacía daño a nadie. Su colección de camisas se amplió de manera escandalosa, así como la de zapatos. Al año necesitó un piso mayor para que le

cupiera el armario, y ya puestos, escogió uno con vistas. Los gastos de comunidad los cubría con un impuesto a los camellos del parque Sempione; gas, luz y agua con su mísero sueldo; vestuario y regalos a sus padres con las apuestas de toda la vida; el alquiler iba a cargo de los proxenetas del barrio viejo.

Algunos días todo su trabajo consistía en recoger sobres. Y aun así no era el peor poli de su comisaría, los había malos de verdad, aquellos que participaban activamente en extorsiones, secuestros y tráfico de drogas, pero esos no se aventuraban tan alto sin cubrirse las espaldas, tenían contactos en cada esfera. Luigi Siracusa no era más que un basurero que recogía la mierda que sobresalía del cubo. Por eso cayó en la clásica redada anticorrupción quinquenal. Como no tenía amigos, no se sintió traidor al soltar algunos nombres; con ello logró una expulsión discreta y evitar la cárcel. En comparación con el resto que pringaron, salió muy bien parado.

Perdió el piso. Se mudó a un cuchitril infecto, era lo único que se podía permitir con sus escasos ahorros. No se atrevió a explicar nada a sus padres, antes esperaba encontrar otro empleo para decirles que había cambiado voluntariamente. Probó suerte en las agencias de escoltas; le rechazaron al instante, tenían acceso a su expediente. En las empresas de seguridad ocurrió exactamente lo mismo. Siracusa se hundió. Era un expolicía entrenado que conocía la calle y con una puntería exquisita y aun así no podía ni aspirar a ser vigilante de párking.

Se estaba mirando las manos, esas manos cuidadas y bonitas que podrían haber sido de pianista si no hubiera fracasado también en eso, preguntándose qué tipo de callos se avecinaban, cuando alguien llamó a su puerta. Su experiencia, milagrosamente, había sido valorada en positivo. El tipo, Yago, se presentó como director de recursos humanos de una empresa familiar. Siracusa captó enseguida que quien venía a ofrecerle trabajo era la mafia. El tal Yago llevaba su discurso muy bien preparado. Las palabras «ilegal», «amenaza» o «cárcel» no aparecieron ni de cerca, todo versaba sobre «protección», «confianza» y «seriedad» aderezado con un sueldo suculento.

—¿Solo proteger?

—Solo proteger —aseveró Yago, convincente.

Y, sin pensárselo demasiado, Siracusa se dejó llevar.

Lo primero que agradeció de su nueva empresa fue el cambio de arma. Estaba cansado de esas mundanas Berettas que siempre se encasquillaban en tiro automático, ahora disponía de un arsenal completísimo donde elegir. Se agenció dos SIG Sauer P-226 que solo permitían llevar a inspectores de policía y a guardaespaldas de celebridades. Su jefe era de los segundos. O lo había sido.

Giuseppe Marangi, otrora mandamás de la Sacra Corona Unita, fue perdiendo poder durante la última década. Un negocio ruinoso en la costa valenciana le había dejado en números rojos. Más hundidos se encontraban los políticos españoles que le convencieron para invertir en ese parque temático, todos yacían enterrados bajo una mítica montaña rusa a la que casi nadie subía. No obstante, conservaba suficientes

recursos como para ser respetado, y envidiado. Nuevos halcones ambicionaban esa parcela que aún era suya, y ahí entraba Siracusa junto al resto de escoltas. Era un pequeño ejército de matones bocazas y supermusculados en el que Luigi destacaba por elegante y educado. No hizo falta más para que *il capo* le cogiera cierto cariño. Dos meses después de entrar en la nueva compañía, se sentaba con el jefe a comer y dormía en la habitación más próxima.

Los responsables de seguridad habían ido retirándose, despidiéndose o simplemente desapareciendo, conscientes de estar en el bando perdedor. Casi sin darse cuenta, Siracusa se vio diseñando perímetros de defensa e itinerarios de viaje con excelente criterio. Para su sorpresa, los años en la policía le habían dejado un bagaje práctico. Lejos de amedrentarse ante inequívocos indicios de fatalidad, Luigi se sintió despejado, más vivo que nunca. Iba a quedarse allí, protegiendo a ese abuelo con el que pasaba las horas, esa primera persona a la que no tenía que ocultar nada, esa especie de padre distópico. Además, el hecho de encarar un final, aunque fuera incierto, le sumía en un estado de liberación.

Como don Marangi resultaba inaccesible e ilocalizable durante salidas y trayectos, sus impacientes enemigos decidieron irlo a buscar a casa. Una noche de agosto aconteció la gran ofensiva.

El milanés vestía un traje de color blanco roto y falso corte informal sacado de la última pasarela de su ciudad. Patillas, barba y bigote delineados a la perfección decoraban un rostro tostado bajo el sol de Otranto. Se sentía bello, perfectamente preparado para la velada decisiva.

El repiqueteo lejano de dos helicópteros le avisó con tiempo de sobra para llevar al don a las bodegas. Luego fue a la armería, cogió todos los cargadores que pudo y se apostó tras las jardineras de la entrada principal a esperar. Desde allí vio cómo morían estúpidamente muchos de sus compañeros. Esos gigantones sobredimensionados salían al patio creyéndose dioses con la única protección de un fusil automático y dos bíceps enormes. Su cerebro, tan minúsculo como unos testículos encogidos a base de nandrolona, no concebía que los proyectiles del ataque aéreo iban a perforar sus pechos de toro como si fueran de mantequilla. Así se perdieron la mitad de las fuerzas defensoras, la otra mitad se dispersó sin orden alguno. Seis rancheras, con ametralladoras al descubierto montadas sobre las cajas, entraron en la villa y arrasaron el exterior. A excepción de la casa, todo parecía conquistado. Los helicópteros aterrizaron a las puertas de la hacienda, a ochocientos metros de la edificación. El grueso de los invasores se dispuso en formación de cuña inversa, caminando hacia la posición del lombardo; este trató de distribuir a los cuatro compañeros que se habían refugiado junto a él, pero no le entendieron. Dos saltaron al encuentro del enemigo disparando a lo loco y fueron abatidos sin problemas. Los otros dos salieron de su escondite con las manos en alto. Con menos

problemas aún, fueron también abatidos.

Siracusa se retiró unos pasos. Ya bajo techo, colocó unos pocos muebles a modo de trinchera frente a los enormes portones de madera abiertos de par en par. Respiró hondo y se dispuso a matar. Nunca antes tuvo necesidad.

Un espejo de pie colocado junto a una columna lateral le llamó la atención; comprobó la imagen reflejada: su aspecto seguía siendo impecable; lo curioso era esa sonrisa que cruzaba su cara. No entendía muy bien por qué, pero ese era sin duda el mejor momento de su vida.

El grupo invasor se abalanzó tan apiñado que Siracusa pudo disparar a bulto. Su confianza aumentó tras quemar dos cargadores, a partir de entonces solo apuntó a la cabeza. Los asaltantes vieron reducido su número drásticamente y no acertaban a comprender lo que estaba sucediendo. Estaban habituados a tiroteos cegados donde había más ruido que disparos precisos; si alguien hacía blanco a media distancia era más por acumulación de intentos que por técnica. Se enfrentaban a un rival desconocido que tenía la sangre fría de alinear punto de mira y visor y, para su desgracia, condenadamente rápido.

Siracusa mantuvo una calma suicida hasta que se dio cuenta de sus posibilidades: sobrevivir era factible, solo tenía que cuidar sus pasos y cargarse a los diez que faltaban. Se habían distribuido al azar. Tres de ellos habían desaparecido, seguramente en busca de la puerta trasera. Siracusa recargó y fue a su encuentro. Desde una ventana los observó acribillar un cerrojo inocente y entrar envalentonados, copiando posturas aprendidas en la tele. Parecían tan poco entrenados como sus colegas caídos. *Si al menos hubieran echado un vistazo a los planos, se dijo, sabrían que van de cabeza a un callejón sin salida.* Y allí los esperó, agazapado en la parte alta de una estrecha escalera lateral que subía en dirección opuesta a la puerta. Pasaron frente a él y descerrajó treinta y cuatro balas en tres espaldas. Fue un gasto excesivo de munición pero valió la pena, ese festival de impactos le provocó un placer primitivo e infantil.

El escándalo atrajo nuevas dianas. Las escuchó acercarse a toda prisa mientras recargaba. Apuntó con cuidado sus armas allí donde deberían aparecer los primeros incautos, mantuvo el pulso y esperó. Pocos segundos después tenía un par de cogotes a tiro. Mientras los recién llegados se percataban de que ese distribuidor era una trampa, Siracusa corrigió levemente su postura y apretó ambos gatillos. Dos cuerpos más se acumularon sobre los anteriores.

Descubierta su posición, decidió perderse por el entramado de habitaciones del primer piso. Tras de sí escuchó cómo una granada de fragmentación estallaba. Sus perseguidores le habían cogido miedo.

Se imaginó el destrozo que habría sufrido el suelo, precioso mármol de Carrara que, según él, no merecía tal suerte. Lo que habían hecho era un delito. Se sorprendió a sí mismo por esos pensamientos de interiorista vengador. La situación era crítica y él se preocupaba por el destino de unas piedras rosáceas. No pudo evitar sonreír.

De unas fundas colgadas de su cinturón sacó los silenciadores. Los montó para dejar sus pistolas completamente mudas: el estrépito de la explosión anterior retumbando en los oídos cercanos cubriría sus silbidos amortiguados. Se acurrucó en un dormitorio con dos salidas. Los cinco supervivientes no se decidían a subir. Eran conscientes de que se enfrentaban a uno solo, pero con cada baja, más les seducía la idea de retirarse. Por fin trazaron un plan medianamente digno: lanzarían dos granadas y, amparándose en la destrucción producida, subirían al piso y se dispersarían por los pasillos. Siracusa oyó cómo los metales caían al suelo y rodaban hasta frenar a unos metros de su puerta. Se le pasó una idea por la cabeza, una de esas iluminaciones que debes llevar a cabo si no quieres arrepentirte de por vida. Lo vio tan claro como el piloto de un Zero lanzándose contra un buque americano. Se asomó al pasillo y disparó contra las piñas metálicas. Una quedó rebotando entre la pared y la balaustrada que daba al atrio. La otra volvió rapidísima escaleras abajo para explotar junto a sus lanzadores. Los que no murieron quedaron tan malheridos que Siracusa les hizo un favor al rematarlos.

Seguro de que lo peor había pasado, se propuso acabar la limpieza. Se dirigió a la armería de la planta baja, cogió un fusil de francotirador con mira de precisión y visión nocturna, un trípode y varias cajas de cartuchos de largo alcance. Subió con todo a la estancia que ofrecía mejor perspectiva sobre los jardines. Empezó por los pilotos de los helicópteros por ser los objetivos más difíciles. Estaban fumando delante de los aparatos. A ochocientos metros y con viento lateral, compensar la desviación resultó un reto atractivo. Cuatro disparos bastaron. En segundo lugar fue a por los conductores de las rancheras; estaban mucho más cerca, pero empezaban a moverse con rapidez, conscientes de que algo pasaba. Por último, liquidó a aquellos espabilados que habían optado por hacer guardia en vez de jugársela en el asalto a la casa. Corrieron como pollos sin cabeza hasta que los liquidó a todos. Tras una hora y media sin advertir movimiento, Siracusa bajó a las bodegas a sacar a su jefe de la barrica vacía donde lo había escondido. Nada más abrir la puerta, una bala fue a incrustarse en el quicio de madera, apenas a un palmo de su corazón. Se puso a cubierto y gritó mientras sacaba el arma:

—¡Don Giuseppe! ¡¿Está usted ahí?!

—¡Ah, hijo! ¡Eres tú!

El capo había estado a punto de acabar con su último escolta, que atónito se dejaba abrazar.

—Le dije que no saliera, que yo vendría a buscarle.

—¡Ay, hijo! ¡Pensé que estaba todo perdido! Solo quería llevarme a alguno por delante antes de que me tocara a mí. Pero si tú estás aquí... ¿es que hemos ganado?

Siracusa puso la cara más inexpresiva de la historia al responder: «Técnicamente».

Durante el paseo por su propiedad el viejo napolitano meneaba la cabeza sin parar. Las estrellas techaban decenas de cuerpos que se sucedían por el inmenso

jardín. La quietud era asombrosa y antinatural. Al final se dio por vencido, recogió una silla tumbada y se sentó en ella.

—Ya está, hijo. Todo ha terminado.

—Pero señor...

—No digas nada. No digas nada. Yo me quedo aquí, mi querido Siracusa. Ya no tengo fuerzas.

Calló unos segundos; con la vista fija en el suelo, continuó:

—En cierto modo, estaba esperando que llegara un día como este. Si te he de ser franco, lo deseaba. Mi hijos, mi hermanos, mi mujer, mis amigos... todos muertos. Todos. Poco a poco me he ido quedando solo.

El viejo, con parsimonia, tomó aire y lo soltó un par de veces antes de su última confesión:

—Hace años que estoy acabado, y hace aún más que quiero acabar.

Despidió a su fiel guardaespaldas con afecto, dinero y un consejo que seguiría hasta entrar en la Agencia: «No te cases con nadie, hijo. Al final todos perdemos».

El anciano retomó la silla en el jardín y allí permaneció, a la espera de un nuevo verdugo.

El pronóstico del don Marangi no iba camino de cumplirse. Según el informe sobre los planos de Jin Won, su actual equipo no tenía visos de perder. Eran los potenciales dueños de un arma nueva que les iba a abrir muchas puertas, o a desconectarlas, para ser exactos. Se trataba de un artefacto capaz de provocar un pulso electromagnético direccional a escala reducida sin necesidad de fusión nuclear. No hacía falta ser un genio para saber que aquel era un hallazgo excepcional, uno de esos inventos que se dan de siglo en siglo. Llegó a la última página y volvió a empezar por tercera vez. Estaba claro que lo había redactado Bill: su denso lenguaje técnico le delataba. Lander era mucho más literario, y Sergey, escueto. Lo que estaba leyendo se le antojaba a ratos incomprensible para alguien sin una diplomatura en Física. Capituló al poco rato y se conformó con apuntar las preguntas que necesitaba formular.

Mario había hecho lo mismo, pero al primer intento. Esas palabras compuestas de remotas raíces griegas y quince letras le mareaban desde lejos. Ni se atrevió a acercarse.

Desde pequeño había evitado sobreesfuerzos intelectuales. En el colegio nadie le censuró por ello, su apellido era sinónimo de aprobado. Los Bandettini, aparte de ser la familia mafiosa más importante de la región, eran los mayores benefactores de esa escuela religiosa. Mario solo destacaba para bien en gimnasia, dibujo y expresión corporal, una optativa en la que era el único chico. A su padre no pareció importarle. Massimo Bandettini era el menor de los cuatro hijos del gran padrino; ese ordinal

agradecido le daba tiempo y relativa seguridad para disfrutar de sus propios hijos. Los mimaba y consentía hasta lo indecible, era incapaz de ver algo malo en ellos. Los dos hermanos mayores de Mario, por tradición, estaban destinados al «negocio» y a la política consecutivamente, a él le esperaba el Derecho o en su defecto, la Iglesia. La segunda opción ganaba enteros a medida que crecía: ya tenía doce años y era prácticamente analfabeto. Con toda la fe del mundo, don Massimo lo metió a monaguillo. Eran tres tardes por semana que pronto pasaron voluntariamente a cinco, y luego a siete. Orgulloso de tal devoción, don Massimo, henchido, anunciaba a sus amigos: «Va para papa». Cierto que con los contactos de que disponía el chico podría haber llegado fácilmente a obispo, cardenal con algo de suerte. Pero su hijo no iba tan a menudo a la iglesia para servir a Dios. Lo que Mario iba a buscar era otra cosa.

Todo sucedió de manera natural, nadie le engañó, nadie le forzó, de siempre supo lo que quería. Su comportamiento afeminado nunca fue censurado. Sus padres lo ignoraban, convencidos de que cambiaría con la edad. A sus hermanos les parecía gracioso y en clase ningún alumno iba a jugarse el cuello llamando «maricón» a un Bandettini. Rodeado de chicas, entendió rápido su diferencia y, consentido por todos, la desarrolló. Se empezó a tocar a los diez años y no tardó en buscar compañía. Su instinto le guio de manera discreta, con mucho tiento. Esa sensibilidad innata le señalaría siempre la inminencia del peligro, y en esa delicada franja, colindante con el desastre, estableció su destino.

Las primeras jornadas con el padre Vincenzo no hicieron más que confirmar su primera impresión; ese cura joven y callado era el cómplice con el que compartir sus deseos. El pobre sacerdote no tenía nada que hacer, había reprimido sus impulsos fácilmente durante años, pero su nuevo monaguillo le turbaba; cada vez que le miraba, descubría en él sus peores fantasías y moría de arrepentimiento. Se enfrentaba a un monstruo de la seducción con un apellido que lo hacía intocable. Ese candor adolescente le perseguía en sueños; despierto, solo aguardaba la tarde. Cada día que pasaba se convencía más de que el chico estaba jugando con él, tratando de decirle algo; una mezcla maldita de inocencia y atrevimiento presidía cada uno de sus gestos, cada palabra. Se guardó de confesar el pecado de sus sentimientos y así empezaron a crecer.

A esas alturas, Mario conocía su cuerpo a la perfección y había experimentado introduciéndose objetos por el ano con desigual fortuna. Tenía ganas de probar el contacto humano. Cercó a su presa con más insistencia, aumentó gradualmente el número de roces, el descaro en sus ojos. El final se intuía y el proceso, aunque largo, le excitaba sobremanera.

El padre Vincenzo también advertía su caída. Varias veces se había acercado a su niño y, tras permitirse un abrazo de amor puro, había sentido en la sangre un hervor demoníaco que le cegaba. A duras penas conseguía huir y encerrarse en su celda hasta recuperar el habla. Durante estas espantadas, Mario daba rienda suelta a su imaginación y jugaba con las velas que atestaban el pequeño templo. Las muestras de

flaqueza del cura parecían relajarle el esfínter y ensancharle el pene. Con las manos bajo el hábito, arrodillado en un banco del ala más oscura, jugaba a masturbarse mientras se penetraba lentamente, cada vez más adentro, con cirios cada vez más anchos. Hasta que se pasó. Notó algo raro y retiró el cilindro de cera con cuidado y angustia. En la punta había algunas manchas marrones de origen obvio y en la mecha, sangre. Se dirigió a la pira bautismal a lavarla antes de que volviera el padre, pero este regresaba entonces. Con rapidez, reaccionó colocando el cirio en contacto con una vela viva. Afortunadamente, tras un breve chisporroteo, prendió sin problemas y acto seguido lo plantó a los pies de una imagen de san Sebastián que caía cerca. El cura le preguntó qué hacía. El niño, listísimo, apoyó la cabeza en su pecho y le rodeó la cintura con los brazos.

—Quería pedir ayuda —musitó—. Siento cosas, cosas bonitas que no sé si están bien.

Luego alzó la vista para mirar a su víctima de la manera más tierna. El sacerdote quedó petrificado. Esos ojazos, esos labios temblorosos, ese cutis virgen... era Dios con doce años rogándole un beso. Y accedió.

Mario pretendía entregarse a una vorágine de experiencias mientras que el padre Vincenzo luchaba por refrenarse con la voluntad masacrada. Ese niño le estaba mostrando el cielo en la tierra, y era delicioso. Sus besos, sus caricias, todo fue cada vez más explícito. Mario disfrutó tanto como esperaba al hacerle la primera paja. Luego fueron mutuas. Cuando se familiarizó con la envergadura del sexo del padre se atrevió a ofrecer su culo. Ante una perspectiva tan exquisita, el cura se corrió solo con verlo. Mario, sin girarse, arrastró el semen repartido entre sus glúteos hasta su ano, era algo que ya había probado en solitario y le gustaba. Esa gloriosa visión mantuvo erecta la polla que acababa de eyacular, y su dueño, dispuesto a aprovechar el milagro, penetró ese culo recién lubricado.

En los meses que siguieron profanaron todo lo profanable, desde el altar y su sacristía hasta el confesionario. Incluso las amplias casullas camuflaron escenarios de sexo, a Mario le encantaba colarse por debajo y chupársela con dulzura hasta dejarlo seco. Fray Vincenzo ni se molestó en resistirse, estaba perdido y lo asumía sin más; por eterna que fuera la condenación que le esperaba, el precio era bajo. La rutina les llevó a cometer pequeños descuidos que se convirtieron en rumores. Don Massimo actuó con diligencia e hizo sustituir al joven sacerdote por el cura más putero de Italia. A Mario ese viejo verde no le inspiraba lo mismo, y así perdió la fe.

De vuelta con los civiles pasó unos años terribles. Mientras al resto de adolescentes se les despertaba la libido, Mario se vio castrado y solo. Lo que buscaba no iba a encontrarlo en ese pueblo, no sin que lo supiesen todos. A los quince años suplicó un trabajo a su tío para escapar de ahí. Su padre, para variar, consintió, lo único que le pidió fue que no se mostrara «demasiado jovial»; la espontaneidad de su

pequeño le hacía temblar. En un mundo de hombres cortados por el mismo patrón, temía que Mario destacara para mal. Pero el chico era listo y se desenvolvió con soltura, interpretar un mafioso de pacotilla le resultó pan comido: una pose ridícula, un ego subido y un puñado de amenazas contra las faltas al respeto.

No era más que un peón, pero en la gran ciudad. Ahí conseguía el anonimato necesario para desahogarse. Su pasión por el sexo era tan grande, su actitud tan generosa y su cuerpo tan deseado que en más de una ocasión sus amantes le pagaron, convencidos de que ese chaval era un profesional. Poco a poco, lo que eran pequeñas decepciones se convirtieron en hastío. Lo compensó con prácticas más salvajes que le satisficieron mientras fueron novedad. A los diecinueve lo había probado todo y se sentía frustrado. Si no iba a sentir la euforia desbocada de su primera relación, casi prefería no haberla vivido. Gracias a su trabajo no cayó en la tentación del abuso de drogas. Había visto cómo tipos sanos y con futuro se convertían en imbéciles con depresión crónica, esquizofrénicos bipolares o esqueletos con sida. Si bien no sentía pena alguna por sus clientes, sí les agradecía el contraejemplo. Con conocimiento de causa basó su propio consumo en dos premisas: sin agujas y en vacaciones.

Ante la falta de estímulos se volcó en el trabajo. Fue igualmente frustrante: en su puesto, un mono autista sería igualmente efectivo, y encima su contrato era irrevocable y vitalicio. Aunque eso era lo de menos, ya que tampoco habría sabido qué empleo buscar. Releyendo albaranes, confirmando envíos, contando cajas y pagando a camioneros se sucedían los meses. Sentía que se le ajaba el alma. Él había nacido para algo más. Su padre, al contrario, estaba contento de ver a su hijo tan centrado. «Has madurado, has madurado», sentenciaba. Si madurar era darse cuenta de que la vida es una mierda, ciertamente, lo había hecho. Y aún le quedaban sesenta años para quejarse. A menos que ocurriera un milagro: una guerra entre familias.

Todo el mundo estaba muerto de miedo, los chicos se habían encogido en sus trajes a rayas, a excepción de Mario, que caminaba por el pasillo calmo y erguido, dispuesto a suplicar, como a los quince años, un poco de acción. En el despacho de su tío, cuatro de sus primos discutían a voz en grito. Tras un gesto de su padre, callaron. Ese señor de sesenta años parecía llevar una carga invisible y dolorosa a sus espaldas.

—Mira quién ha venido, el pequeño de Massimo —dijo en tono amable como bienvenida. Ofreció su mano y Mario se adelantó para besarle el anillo de su meñique y, a continuación, retirarse a la distancia correcta—. Te llamabas...

—Mario, señor.

—Ah, sí, Mario... Pues dime, Mario, ¿qué te trae por aquí?

—El ataque de los Rossi. Quiero participar en... la respuesta.

Sus primos le miraron con desdén.

—No es tan fácil, joven. Tu padre no lo aprobaría, no... Además, ya tenemos gente para eso. No obstante, gracias por ofrecer...

Antes de que cerrara esa frase de despedida Mario dio un paso adelante y se plantó rotundo:

—No. No, padrino, no.

Uno de sus primos le increpó:

—¡¿Pero cómo te atreves?! Sal de a...

Calló al instante a petición de su padre, que había alzado unos centímetros la mano. Mario aprovechó para enunciar su ultimátum:

—No me iré de aquí hasta pertenecer a la brigada de castigo.

El padrino mantuvo el pulso con esa mirada irreverente y sincera. Respiró con pesadez y esculpió un atisbo de sonrisa.

—Pequeño Mario... tienes más agallas que estos cuatro juntos. Y no te pareces tampoco a tu padre, no... Baja y únete al grupo de Malatesta.

—Pero, padre —protestó uno—, si ni siquiera debe saber disparar. A ver, chaval, ¿me puedes decir al menos qué arma es esta?

Desafiante, le mostró una pistola preciosa y alargada que sacó de una cartuchera lateral. Mario la cogió, la miró un segundo y sentenció: «Es el arma que acabará con Franco Rossi». Dio media vuelta y se fue con ella. «A ver si aprendéis...», dijo el padrino, atajando cualquier represalia.

Era una Colt Python de cachas nacaradas con el nombre de su primo en letras eduardianas grabado en el cañón. Teniendo en cuenta a qué se dedicaba, no era muy inteligente haberla personalizado; en cualquier caso, la jerarquía lo situaba lejos de cualquier situación de riesgo. Esa pistola, condenada a vagar entre puros y audiencias, acababa de ser llamada a filas. Ya en el pasillo, Mario se la quedó mirando y la palpó con fruición. El solo tacto contrajo sus venas, aumentando la presión sanguínea. Se sentía como un atleta tras una transfusión de su propio plasma, poderoso y sobreoxigenado.

Se había internado en un camino tan incierto como atrayente. Estaba convencido de haber obrado bien. Lo que aconteció esa noche no hizo más que confirmarlo. Él y tres pistoleros más entraron en un garito disparando a quemarropa. A sus compañeros no les sorprendió lo mucho que falló, pero sí su desparpajo. Si era valentía o temeridad les importó poco, acogieron cálidamente a ese novato con cojones y apellido ilustre. A la vuelta, el padrino reclamó su presencia.

—¿Cómo ha ido, hijo? Me han dicho que has estado muy bien.

—Exageran. Malatesta hizo casi todo el trabajo. Yo solo hice ruido.

Algo parecido a una risa brotó del don Bandettini.

—Sí, ese Malatesta es un demonio, pero tú... tú demostraste coraje, algo que falta en este despacho —dijo, repasando a sus herederos, que parecían parte del mobiliario, y como tal, ni se inmutaron—. Me gustaría... recompensarte. ¿Hay algo que desees?

—Una pistola, padrino. Quisiera devolverle esta a mi primo —contestó ofreciéndosela a su legítimo—. Gracias por prestármela —apuntó con neutralidad.

—Quédatela —graznó el dueño con desprecio mal disimulado—. Está quemada.

Y como dicen todos, parece que te la has ganado.

Si esa frase la hubiera pronunciado una serpiente, hubiera sonado más amistosa. Por primera vez Mario tenía un enemigo declarado. Lo miró y asintió en señal de aceptación.

—No hagas caso a mi hijo y deshazte de ese hierro fichado. Mañana pídele a Malatesta un arma limpia. La que tú quieras.

—Gracias, padrino.

El viejo meneó la cabeza y le mandó marchar.

Tuvo que practicar duro para no seguir siendo el peor tirador. Cada semana mejoraba ostensiblemente. Esas ganas fueron muy valoradas entre sus compañeros. A menudo, durante la guerra contra los Rossi, habían tenido que cubrirle. Unos meses más tarde se las arreglaba solo de maravilla. Al año ya era el mejor de la familia, un ambidiestro que aún no había desarrollado todo su potencial. Lo alcanzaría en la Agencia, años más tarde y bajo la tutela de Lander, formando pareja con Siracusa.

—¿Un «tecnomito»? ¿A qué te refieres? —preguntó el lombardo.

—A algo que se dice que existe, pero que nadie ha visto. Una especie de leyenda urbana aplicada a la ciencia.

—¿Como el motor de hidrógeno?

—Exacto.

—¿Y eso es lo que tenemos?

—Sus planos, al menos —intervino Lander—. Tardaremos en construir el prototipo algunos meses.

—¿Y funcionará?

—Creemos que sí.

—No quiero parecer tonto... —se excusó Mario; en esa reunión a cinco era el último que faltaba por hablar, ya que de Yukio nadie esperaba una palabra—. Pero no me ha quedado claro si ese... «minipulso» servirá para apagar una bombilla o una central eléctrica.

—Dependerá de su potencia —respondió Bill—. Y esta va ligada a su consumo energético, pero es pronto para aventurar cálculos. Es algo que se nos escapa y que solo dilucidaremos experimentando.

—Vamos, que a lo mejor ni funciona.

—Sí —le concedió Lander—, pero si lo hace debemos estar preparados. Con Checky hemos detectado un mínimo de tres ofertas que creemos tienen que ver con los planos del... como tú dices, minipulso. Y sería ingenuo pensar que nuestro último objetivo los tenía por azar. Hay gente que sabe o sospecha que existen, y si no pueden poseerlos intentarán evitar que otros los consigan. Estamos seguros de que esa fue una de las razones por las que nos contrataron los asiáticos. Hablamos de un arma que podría desestabilizar el mundo, subyugarlo incluso.

—¿Y eso en qué posición nos deja? —preguntó Siracusa.

—En aquella que da sentido a la Agencia, la de garante del equilibrio. Tenemos la responsabilidad de evitar su venta en exclusiva, algo que su creador va camino de intentar por segunda vez. Empezó a buscar comprador desde que se enteró de la muerte de Jin Won. Suponemos que nuestra actuación le liberó para revender su idea.

—Entonces, ¿se conoce al inventor? ¿Cómo es posible? —inquirió el lombardo.

—Por el rastro de transacciones y sus recientes contactos comerciales.

—Sin olvidar —añadió Bill— que es el único hombre vivo capaz de inventar algo así.

Gonzalo Manzotti acumulaba tres premios Nobel y más patentes que Edison. Le llamaban «el Leonardo del nuevo milenio», un apodo camino de quedarse corto. Tenía cincuenta y tres años y ya había, cuando menos, igualado al barbudo toscano. Su genio no tenía medida, ni su desapego por la raza humana. Podría haber elaborado vacunas para la mitad de las enfermedades conocidas, pero le era más provechosa la venta de retrovirales. Si la gente se curaba, él dejaba de cobrar, y necesitaba el dinero para su gran obra, aquella que le abriera las puertas del cosmos. Estaba asqueado hasta el tuétano de compartir planeta con esa especie mediocre basada en la duplicación deficiente de sus células. Él merecía salir de ahí y a esas alturas nadie en la Tierra dudaba de que pudiera hacerlo. Por eso llevaba años construyendo centrales nucleares alrededor de su laboratorio, donde se escondía la máquina con el encendido más caro de la historia: la máquina del tiempo. O del tiempo futuro, para ser más exactos, puesto que ese transportador era unidireccional. Y ahí es donde soñaba dirigirse Manzotti, a un futuro donde sus congéneres hubieran evolucionado hasta parecerse a él y en el que la muerte fuera un obstáculo superado. Por alguna razón que se le escapaba, no conseguía dar con un remedio eficaz para el paso de los años; en terapia génica siempre acababa fallando algo. Por eso buscó otra solución, que además de acercarle a la inmortalidad, le alejaría para siempre de esa chusma simiesca con la que compartía el aire. Solo faltaban unos cuantos trillones de voltios que, al paso que iba, podría costear en un lustro. También podía ir por la vía rápida y chantajear al mundo con una pandemia del ébola mutado y duradero que había desarrollado, pero temía las repercusiones de algo tan mal visto en aquellos que debían darle la bienvenida en el futuro. Era más seguro emular a los colonos que cambiaban a indios ilusos whisky adulterado por tierras con oro; en su caso eran armas modernas por plutonio.

Siracusa entró en su cuarto un poco atribulado: sus padres, esa misión atípica y urgente, apenas haber hablado con Mario... y en su pantalla un mensaje de Nenad. Por ser los que encontraron los planos, los serbios escogían tema. Marko había delegado en su padre y este ya se había decidido. En una grabación sugería buscar nombres entre canciones olvidadas «pero buenas», puntualizaba, algo que acabó

definiendo como «clásicos impopulares». *Este Nenad*, pensó, *cada día está más raro*. La pantalla volvió a avisar, esta vez de una llamada entrante: Mario. Al milanés le hizo ilusión, pero se propuso no demostrarlo. Indiferente, contestó:

—Ah, hola. ¿Qué tal por Londres?

—Ven.

—¿Qué dices?

—Ven a verme.

Y colgó.

Siracusa fue a la habitación de enfrente, la puerta estaba ajustada. Entró y no vio a nadie. Desde el lavabo Mario le pidió que cerrara la puerta. Obedeció y fue a su encuentro. De algún modo muy mañoso había conseguido atarse las muñecas al toallero con el cable de la depiladora, que pendía centrada entre sus manos atrapadas. Estaba desnudo e indefenso. Miró a su amante a través del espejo y con voz solícita confesó: «He sido malo».

El lombardo sintió una erección instantánea. A sus cuarenta y dos años aquel que la motivara tenía su mérito. Iba a recompensarle con un castigo delicioso.

No fue consciente de su sadismo hasta entrar en la policía. Le gustaba observar los interrogatorios más exigentes, en algunos cooperaba, pero siempre los dejaba a medias, perdía todo interés si aparecían sangre o electricidad. Sentía aversión por esta última, le parecía sucia, traidora por invisible. No toleraba atacar todos los nervios del cuerpo de manera indiscriminada, a Siracusa le gustaba ir por partes, apretar y soltar y volver a apretar. Los vídeos *snuff* a los que tuvo acceso en comisaría tampoco le engancharon; los rusos eran acelerados y chapuceros, los japoneses, crueles en demasía. Lo que a él le atraía era un punto delicado y fugaz. El problema no era alcanzarlo, sino mantenerlo. Cuando fue consciente y aceptó su afición, ya era un hombre maduro, más por experiencia que por edad. Tras una vida regalada, le habían echado de la policía, había entrado en la mafia y se había quedado sin ella.

Sobrevivía como un perfecto hedonista gracias al finiquito de Marangi, abocado a un vacío insuperable. Las prostitutas con las que trataba no le inspiraban lo que los detenidos del pasado, así que un día probó con hombres. El resultado fue tan inesperado como inadmisible. En su casa, donde siempre se votó fascista, la homosexualidad no era una desviación, era una lacra. No es que simpatizara con su padre, es que escuchar su ideario en cada comida había horadado su juicio como una gota china. Ni se planteaba que ser gay pudiera ser bueno o malo, simplemente no era una opción. Pero ese chapero atado a la silla le excitaba de manera real, no supuesta ni imaginada ni forzada como esas chicas a las que obligaba a chupársela para conseguir un miembro duro. Su primer impulso fue de negación, despidió al chico y se encerró en sí mismo. Semanas más tarde, hastiado de la depresión, fue a un bar de ambiente. Repitió el experimento en diferentes ciudades y el resultado fue el mismo:

se veía uniendo su cuerpo a algunos de los presentes en unas condiciones poco populares. Por un lado, se alegraba de no ser ese impotente de facto que había aceptado ser. Por otro, casi prefería continuar con su polla inútil.

Con el bolsillo solvente y nada más que hacer que escucharse a sí mismo, decidió probarlo. Para reunir valor no dudó en beber y drogarse hasta las cejas, así se dejó llevar. La primera vez no fue desastrosa, se atrevió con una segunda y una tercera que llevaría a una cuarta y así hasta perder quince kilos y una cifra en la cuenta corriente. Los chulos que precisaba eran caros, y la heroína que fumaba, cara y laxante. En ocasiones se despertaba vestido, con manchas de sangre ajena; otras encontraba su pistola tirada por el suelo y a duras penas recordaba cómo había llegado ahí. No fue consciente de su estado hasta verse temblando con síndrome de abstinencia sin otra salida lúcida que llamar a sus padres o suicidarse.

De vuelta a casa no le reprocharon nada, ni fue juzgado, ni siquiera se avergonzaron de él frente a un vecindario que cuchicheaba. Lo achacaron todo a una mala época, y con su ayuda mejoró paulatinamente. Hubo conatos de recaída, episodios violentos y vigiliias interminables. Tardó lo indecible, pero se rehízo. Siracusa era consciente de lo cerca que había estado de un final, cuando menos, paupérrimo. No temía a la muerte, la vacuidad de su vida se lo impedía; lo que no soportaba era la idea de acabar sus días sin el mínimo decoro estético, y no se le ocurría imagen peor que la de un expolicía yonqui. Consideraba un milagro no haberse infectado de nada durante ese periodo borroso. Se sabía idiota por lo cerca que había estado y afortunado por no sufrir secuelas. Hasta sus dientes permanecían sanos.

Por otra parte, estaba arruinado. Se miraba las manos intentando dilucidar qué tipo de trabajo penoso les aguardaba. Nada que le gustara, intuía. Confirmada su recuperación, su madre le entregó una tarjeta.

—La dejó un señor muy elegante que quería hablar contigo —explicó—. Cuando vino, no sabíamos cómo contactar contigo, y cuando volviste... pues pensé que era mejor esperar a que estuvieras bien.

—¿Vino hace dos años?

—Sí, hijo, ¿cómo lo sabes?

—Creo que sé quién es...

Yago. El cartón lo completaba un número de teléfono y el nombre de su departamento: «Recursos Humanos». Nadie más iba a llamar a su puerta, eso lo tenía claro, solo quedaba resolver la conveniencia de jugarse el cuello por dinero. Su corazón latió con fuerza en señal afirmativa.

Durante su segundo encuentro, Yago varió ostensiblemente su discurso, ya no pertenecía al cuerpo administrativo de una empresa familiar, era un agente de asesinos a sueldo radicados en seis países diferentes. No negaba la realidad e invitaba a Siracusa a entrar en ella. Dejó muy claro en qué consistía el trabajo, simplemente evitaba palabras demasiado negativas como «eliminación», que sustituía hábilmente

por «quiebra» y similares. Le explicó que tras la «debacle Marangi» decidió hacerse autónomo y representar a agentes libres. «No te cases con nadie», le soltó, parafraseando a su pretérito patrón. Lo mejor era que Yago había alcanzado un acuerdo tácito con las autoridades que le mantenía lejos de investigaciones embarazosas: sus chicos se abstendían de «silenciar» civiles, políticos y policías y estos se encargaban de enterrar el informe pertinente bajo montañas de expedientes por estudiar.

A Luigi le turbaba sobremanera la posibilidad de tener que disparar a alguien inocente, y entendía prácticamente imposible conseguir otra plaza tan limpia como con don Giuseppe. Aceptaba que su existencia no aportaba demasiado a la humanidad, pero al menos no quería contarse entre los hijos de Satanás. A esos era a los que podía liquidar. Le dio el «sí» a Yago y pronto empezó a hacerlo.

La frialdad con que actuaba era proporcional al placer que le impelía a reclamar otra actuación. Cuando no trabajaba, mejoraba. Como diestro, entrenó su mano izquierda obsesivamente hasta conseguir doblar su potencia de fuego. Yago le aumentó el sueldo y el peligro. Siracusa disfrutó el primero y se enganchó al segundo. Esta vez fue consciente de su adicción, así ponderó sus dosis para no caer en algún despiste fatal. Preparaba cada acción con rigor y sometimiento, su profesionalidad extrema era impropia de alguien que jamás peleó por nada. Y cuando llegaba el momento de la ejecución... su cuerpo era una pieza encajada con gracia en el universo, una halo indefinible envolvía su figura confiriéndole un estatus de celeste inmortalidad.

Cada vez fue más solicitado, hasta darse el caso en que trabajó alternativamente para dos bandos enfrentados. Le sobró cerebro para rechazar propuestas de riesgo intolerable. Con el tiempo su nombre se convirtió en un referente por toda Italia. El prestigio que se había ganado le permitió aumentar exageradamente su tarifa; ya no solo vendía calidad de servicio, su nombre también representaba moral para la parte contratante y temor entre los adversarios de esta. En el cénit de su carrera le bastaban un par de encargos para costearse el año entero. Tenía de sobra para unas necesidades de vestuario que aumentaban, a la vez que disminuía su apetito sexual, limitado en ese entonces a algún capricho puntual. Llevaba acumulados ciento cuarenta pares de zapatos, sesenta y dos trajes y más de trescientas camisas cuando Yago le ofertó un encargo de los Bandettini.

Tras la terapia sexual, los dos italianos se encontraban más unidos que nunca. Estaban en el Patio como el resto de la tropa, con sus copas. Se mantuvieron alejados de todos un buen rato, para poder criticar sin ofender. Era la guinda perfecta en una jornada de libres instintos.

Acabar con Manzotti era una emergencia. En los tres días siguientes marcharían a San Petersburgo, donde planearían y ejecutarían el ataque. En esas circunstancias, la

velada de despedida era poco común, y la presencia de Layla la hacía más inusual si cabe. La palestina catalizaba sin esfuerzo la atención de la sala entera. Mario le hacía notar a su amante cómo cambiaba Checky en cuanto se acercaba a ella: de bajita pasaba a enana, de llevar media melena a semirapada bollera, de pelirroja a mal teñida, de usar una 80 a tabla de planchar...

—¡Calla, por favor! —rogaba Siracusa entre risas—. ¡Eres malísimo!

—¡Mira quién habla! Lo que me has hecho en el lavabo no es que sea un ejemplo de bondad, que digamos... Te juro que como me queden marcas...

Siracusa lo miró encantado. Mario se quejaba por gusto, su media sonrisa indicaba que seguía excitado y que esa noche esperaba más. El lombardo se levantó a por bebida, guiñándole un ojo. Se cruzó con Lander y Bill, que seguían hablando de los minipulsos, pasó entre ellos para interrumpir y sugerirles: «No os obsesionéis...». Ellos sonrieron y siguieron el consejo durante dos segundos. «Y tú tampoco», le advirtió a Marko con segundas; se encontraba cerca fingiendo escuchar, con la vista fija en la palestina. Pasó junto a Yukio, concentrado en las recreativas.

—Mátalos a todos —le ordenó.

—Sí —zanjó el nipón sin inmutarse.

Llegó a la barra, donde Paulo y Nenad competían a chistes malos para captar la atención de las chicas. Estas se reían ante la grata demostración de patetismo.

—Sergey —musitó con tiento—, ¿me harías dos mojitos?

—¡Mojitos! ¡Sabes que odio hacer mojitos!

—Ya, pero como he visto que a ellas se los has hecho...

—Pero ellas son... —Y por no delatarse como sexista acabó con un—: Está bien.

—Gracias.

—... y ahora nos vamos a Rusia —se oyó decir a Layla, alzando lo justo la voz para integrar al secretario—. Tú eres de ahí, ¿no, Sergey?

El Patio quedó en silencio a la espera de una respuesta ya conocida.

—No. Yo soy zulú.

El consenso de la carcajada pilló a Layla desprevenida, pero rápidamente se unió a ella.

—No lo conseguirás —le explicó Siracusa—. No te diré de dónde es.

—¡Pero si ya lo he dicho! —se quejó Sergey, mientras machacaba menta con una expresión satisfecha que no le cabía en la cara.

Cuando el pistolero volvió con los cócteles, Mario le miraba inquieto. Siracusa temió que hubiera retomado el enfado por haber compartido tan tarde la información sobre Jin Won. Se sabía con la razón: si le hubiera dicho antes que ese coreano les había jodido el Mundial, Mario podría haber cometido algún error impulsado por la ilusión de matarlo. Sin contar el cabreo mayúsculo que habría sobrevenido de haberlo encontrado los serbios primero.

—¿Qué te pasa? —preguntó en guardia.

—Estaba pensando... qué tipo de maravilla me prepara tu cabecita malvada.

¿Sabes? No puedo bailar. Todavía tiemblo.

Siracusa, desarmado por la emoción, exhaló amoroso: «Te quiero». Mario negó con la cabeza y abrió mucho los ojos, como un fanático frente a su ídolo.

—Yo lo que quiero —confesó— es morir entre tus brazos.

Pasaron tres días de sexo extremo y continuado, no frenaron ni en el avión a Reikiavik ni en el tren a San Petersburgo. Cuando llegaron al piso franco, en el degradado barrio de Kupchino, era evidente la conexión que compartían. Lander les bajó a la Tierra de un plumazo.

—Vosotros dos, a trabajar. Se acabó la luna de miel.

Paulo les acompañó a una sala repleta de armas y en voz baja les advirtió:

—El jefe está que muerde desde que llegamos. No le tentéis.

Los italianos asintieron y empezaron a examinar sus futuras herramientas.

Esa noche de bautizo se presentaba poco animada; Lander, como moderador, podía contagiar su humor hurraño.

—Ahora que estamos todos —inició—, quiero disculparme. Me doy cuenta de que en los últimos días he estado un tanto... hosco. Debo reconocer que no estoy cómodo. Las razones son obvias: estamos actuando de oficio y a contrarreloj; no es nuestro estilo, la situación se pasa de irregular.

»La inexistencia de quejas me da a entender que veis la misión tan necesaria como yo. Me alegro, porque lo que vamos a hacer aparecerá en los libros de historia.

Un estremecimiento recorrió la sala. Tras unos segundos, Lander se relajó visiblemente.

—¡Bueno, bueno! ¡No por eso perderemos las buenas costumbres! ¿Habéis escogido nombre?

La Agencia en pleno soltó aire y destensó músculos. Nenad se adelantó al resto:

—Yo quería llamarme *Groovin' with Mr. Bloe*. ¿Demasiado largo?

—Sí, Nenad, seis sílabas es excesivo. ¿Cómo se llama el grupo que la canta?

—No la canta, es una instrumental de los años setenta... perdón: Mr. Bloe.

—Si te gusta, adjudicado. —Nenad asintió—. Perfecto. ¿Bill?

—Otra instrumental: *Cantina Band*.

—Eres un friki —le acusó Checky, sonriente—. Yo sigo con instrumentales: *This is a Seagull*.

—Buenísima, Check, pero se abreviará a Seagull —estipuló Lander.

—¿La conoces?! —preguntó anonadada.

—¡Oh, sí! Yo lo sé todo, ¡ja, ja, ja!

—Entonces —intervino Marko—, también conocerás *Process*.

—Por supuesto, de *Elegant Machinery*. No te lo esperabas, ¿eh?

—No, te aseguro que no. Estoy alucinado.

—Así pues, te quedas con Process... ¿Siracusa?

—Un espagueti clásico: *Tarzan Boy*.

—Y tan clásico... ¿Mario?

—Algo bailongo y hortera: *Despre Tine*.

—No la recuerdo —se extrañó Lander.

—Sí, hombre, salió cuando yo era pequeño; la cantaban unos rumanos, creo.

—¡Ah, sí! ¡Los rumanos de «nunca más se supo»! Ya caigo, aunque diría que eran eslovenos... da igual. ¿Layla?

—Yo no sé mucho de música, pero hace tiempo conocí a un grupo que tenía una canción que me gustaba... *Roller Disco Combo* se llamaba.

—*Roller Disco* me parece un gran nombre para tu primer bautizo. —La gente se mostró de acuerdo—. ¿Paulo?

—En honor a mi adorado Prince, seré *Electric Chair*.

—Me parece genial. Faltas tú, Yukio.

—*Flash Gordon*, de Queen.

No había acabado la frase cuando Bill y Checky ya cantaban «¡Flash! ¡Ah-aa!» muertos de risa. Yukio les miró impertérrito y ambos, en son de paz, alzaron los pulgares para demostrar que bendecían su elección.

—Y tras Flash —continuó Lander—, voy yo: *The Robots*, de Kraftwerk.

Durante la hora siguiente empezaron a entrenar la nueva nomenclatura. Al mismo tiempo, un terminal reproducía los temas escogidos. Bill y Lander fueron los que recibieron más burlas. Casi nadie bebió, y quien lo hizo se moderó a la fuerza: solo había vodka, y agua para rebajarlo. Por otra parte, la exposición del director había calado. Cuanto antes empezaran a trabajar, más tiempo para advertir imprevistos, y la única manera de acelerar el proceso era yéndose pronto a dormir.

A la mañana siguiente Layla presentaba una exposición sobre la escolta de Manzotti. El público se sentía algo desubicado escuchando a la novata en lugar de a Checky o a Lander. Las novedades en esa misión atípica se sucedían sin pausa. Tras unas horas desmembrando cada círculo de protección, llegó hasta el protegido en sí.

—Y he aquí la razón de que sea yo quien os esté dando la charla. Quiero mostraros algo. —Con un gesto, se proyectó en la pared una foto del objetivo acompañado de una chica—. Fijaos en ella. —Más imágenes se sucedieron, alternadas con algunos vídeos; al final su cara quedó fija en una ampliación suficientemente nítida como para advertir cada una de sus facciones, a excepción de sus ojos, ocultos bajo gafas de sol.

»Se llama Reffa Corà, es argentina, como Manzotti. Fue la mejor en las fuerzas especiales, llegó a jefa de seguridad de Bastanzo, el último dictador. Con el retorno de la democracia se pasó al sector privado e hizo... cursos de perfeccionamiento. No

es extraño que Manzotti la escogiera como guardaespaldas personal, no hay muchas como ella. Es una beata.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Marko—. Tenía entendido que en la Kasbah las alumnas aprenden aisladas unas de otras.

—Porque me reconocí en ella. Fijaos bien en los vídeos. —Estos se sucedían en una esquina de la pantalla gigante. Allí, Reffa caminaba, paraba, vigilante... En alguna ocasión se la veía diciendo algo escueto a Bastanzo o a Manzotti. Su figura era perfecta, no cabía duda. Las piernas largas, el vientre planísimo que realzaba el volumen de sus pechos, los hombros inmejorables, el cuello seductor, el rostro bello y el pelo brillante y cuidado de colores cambiantes, entre el negro y el rojo.

—Yo solo veo un bombón —dijo Paulo.

—¡Exacto! Y si es un bombón ahora, con el uniforme militar, los trajes sobrios, de lejos, desenfocada y pixelada, al acercaros tendréis una diosa.

—De acuerdo —aceptó Nenad—, pues será una diosa fiambre.

—Me parece que ignoráis mucho sobre las Beatas. Nuestro poder no se ciñe a la cama.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bill.

—Quiero decir esto...

Se le acercó como levitando, adoptó una postura frágil, delicada; la expresión en su rostro se tornó suplicante y su voz entregaba un pedazo de alma:

—Dime una cosa: ¿te gustan mis ojos verdes?

Bill, atolondrado e inseguro, reconoció algo obvio:

—Sí, claro.

Sin cambiar de tono ni dejar de mirarle, la palestina le corrigió:

—Pero si son azules...

—Sí, perdón —admitió el irlandés—. Me gustan tus ojos azules.

Layla se giró bruscamente y volvió al centro de la sala. Todos estaban asombrados, salvo Lander y Checky, que sonreían. Bill, a los pocos segundos, exclamó:

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo. Lo que has sentido es tan cierto como que tengo los ojos marrones.

Tras demostrar la peligrosidad de la señorita Corà, Layla sugirió que fueran los italianos los ejecutores. No era seguro, pero sí posible que con esa medida minimizaran riesgos. Checky compartió la idea.

Lander enumeró ese día las quinientas dificultades de la misión y las consecuencias prácticas a la hora de abordarlas. El equipo, abrumado por la avalancha de datos, tuvo que esforzarse como nunca. En cierto momento, mientras Lander señalaba posiciones sobre un mapa, Siracusa le envió a su amante una mirada de soslayo que le puso los pelos de punta. En ese segundo cómplice se habían citado el día clave para compartir sensaciones que solo ellos conocían. Con la esperanza del

cielo, ambos se pusieron a preparar el acto.

En lo referente a emboscadas, Malatesta les había enseñado mucho a los dos, a Mario prácticamente todo. Ese «demonio», como lo llamaba don Bandettini, era innovador y eficaz, dominaba aspectos que a otros profesionales les pasaban desapercibidos, como adónde apuntar para bloquear el motor de un coche. Era la enésima guerra contra los Rossi; Siracusa se veía más como un fichaje mediático que como refuerzo efectivo: con elementos como Malatesta su colaboración era, cuando menos, prescindible.

Mario sí que lo necesitaba. Desde que le presentaron al famoso pistolero milanés moría porque coincidieran. Su porte taimado y elegante, su cuerpo cultivado con mimo, su historial de asesino... todo le seducía, pero lo que de veras le subyugaba era el desapego por la vida que transmitía, ese aire de peligro absoluto. No había conocido a una víctima tan deseada desde el padre Vincenzo, solo que esta vez se sentía a la par cazado. Siracusa, consciente del acoso disimulado, alzó todas las barreras que supo. Su única meta era sobrevivir a sus padres, algo que no iba a conseguir flirteando con el sobrino del don.

El contrato del lombardo expiraba y este no daba muestras de flaqueza. Mario lo encontró cenando en el restaurante de la familia más cercano. Se sentó frente a él, con una botella de grapa. Siracusa terminaba sus *bucattini alla matriciana* cuando el joven le ofreció su licor.

—¿Te apetece?

—Después de la *zuppa inglese*, quizás.

—No, no, no. Tienes que combinarlo. Un sorbito de fuego seguido de un bocado dulce. El contraste mejora los sabores. Pensaba que lo sabías.

—Y lo sé. Pero ahora solo quiero *zuppa inglese*.

—Entiendo. Si no te importa, yo sí beberé.

Se quedó con él mientras tomaba su postre. Mario varió la táctica y relajó el ambiente con temas nada sospechosos. Siracusa agradeció el cambio de tercio y en cuanto acabó de comer aceptó el aguardiente. Como solo discutían sobre cuestiones laborales, se permitió un segundo y un tercer trago. Se sentía a gusto con ese chico al que había conseguido lidiar. Debatieron sobre la conveniencia de los guantes, las gafas de sol, las culatas de goma y las balas de punta roma. Estuvieron de acuerdo en casi todo; Siracusa completó la sabiduría instintiva de Mario. Al final de la botella llegaron a confesiones más íntimas.

—¿El mejor momento? —preguntó Mario.

—Oh, lo tengo claro... —Vaciló un momento antes de confesar—: Cuando el marco está limpio, tienes el blanco cerca...

—Y puedes vaciar el cargador —completó Mario con la sonrisa perfecta.

Siracusa se sintió indefenso y con la mente desnuda. Se supo tan desprotegido que huyó a su habitación tras presentar una excusa apresurada y burda. Subrepticamente, ese chico precioso acababa de sembrar en su corazón.

Una vez encerrado, trató de recuperar el juicio. Solo quedaban dos días para la batalla final, era cuestión de evitar el riesgo hasta entonces. La solución era esa, pero su cabeza volaba. Una cuña, una simple cuña le habían clavado, una cuña hueca rellena de grano, de las utilizadas en otros milenios para abrir los portones más reacios, una cuña enana e invencible capaz de separar las traviesas mejor soldadas. Y el grano creció con la humedad de unas lágrimas enamoradas.

La grieta era un hecho. En las horas siguientes no hizo más que ampliarse. El golpe de gracia para Siracusa llegó en forma de nota deslizada bajo la puerta. «Sé lo que piensas, y me gusta.» Enclaustrado en diez metros cuadrados, el pistolero fue Dios. Y luego humano. Y así alternativamente, mecido por un caudal desbocado de dopamina y serotonina.

Mario olía el triunfo pese a la falta de pruebas. Estaba ansioso por ver al milanés, quería descubrir en sus ojos algún signo de aceptación de promesa. Ardía por someterse a esa mente refinada cuajada de maravillas oscuras, pero no se encontraron hasta la noche señalada.

Siracusa se mostró distante y concentrado. Mario temió por momentos haberse equivocado, tal era la seguridad del lombardo. Este temblaba por dentro, muerto de incertidumbre por lo que pudiera suceder. Malatesta templó ánimos y los puso en grupos diferentes. Ambos compartieron decepción pese a que la orden era lógica y predecible: no iban a estar las cuatro mejores manos en el mismo flanco. «Un golpe decisivo», había ordenado el padrino, cansado ya de trifulcas periódicas. Para acabar con Franco Rossi hacía falta llegar al cuarto piso de un edificio plagado de siervos. Se había sobornado millonariamente al general adversario para que programara una *razzia* que mantendría alejado al grueso de sus tropas. En esas circunstancias, el cuartel general de los Rossi no podría rechazar un ataque a gran escala.

Mario se santiguó tres veces, sacó sus armas y las besó. «¡Vamos!», animó a su grupo, e inició el fuego por la entrada principal; eso permitió a Siracusa y los suyos entrar por detrás sin encontrar casi resistencia en la escalera, y así alcanzar el primer piso. La defensa se dividió mal y Mario continuó hasta el segundo por los accesos principales, su grupo volvió a tomar por la retaguardia a los enemigos que mantenían a raya a Siracusa. Con este nuevo relevo, el lombardo llegó al tercero. Todo salía rodado.

En ese momento, Malatesta, que se había adelantado, retrocedió gritando: «¡Retirada! ¡Es una trampa!». Siracusa le cubrió desde la boca de las escaleras, pero este llegó malherido y cayó escalones abajo, ya muerto. De las habitaciones reservadas a la familia salían hombres sin parar, hombres que teóricamente no debían estar ahí. Siracusa bajó al segundo y cruzó el piso para avisar al otro equipo. Al final

del pasillo vio a Mario mirando por la ventana.

—No hay escapatoria —le dijo—. Esos coches que acaban de llegar... nos fusilarán si salimos.

Los compañeros de Siracusa, pese al aviso, siguieron hacia abajo, arrastrando consigo al grupo de Mario. Olvidados, el chico y Siracusa se miraron fijamente.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo el joven.

—Sí. Cargarnos al máximo posible.

Mario se deshizo por dentro y le regaló al lombardo otra sonrisa perfecta. Este le guiñó un ojo. Se pusieron a cubierto y escucharon pasos perseguidores. Una vez los creyeron cerca, se descubrieron disparando a bocajarro. Diez caídos en cinco segundos frenaron la contraofensiva. De nuevo a cubierto, tras recargar, Siracusa le hizo a Mario la señal de un bucle. Este asintió y bajaron aprisa, atravesaron el primero hacia las escaleras traseras sin dejar de correr. Mario se movía como un fauno, saltando entre cadáveres, silencioso, con una gracia imposible. Siracusa no había visto cosa más bella en su vida y le siguió sin miedo con las pistolas en alto.

El tiroteo en la entrada acababa de empezar. Los chicos de Rossi en el segundo piso fueron a mirar por la ventana. A sus espaldas llegaba la pareja resistente. Se atrevieron a acercarse para asegurar más blancos. Gastaron sesenta y ocho balas en nueve cuerpos. La secuencia de movimientos espasmódicos, el tintineo de casquillos ardientes cayendo al suelo y el penetrante olor a pólvora creaban un cuadro que nunca esperaron compartir y que ahora pintaban con una sola mano despiadada y maestra. Se separaron para entrar al tercer piso. Los cráneos que asomaban eran indefectiblemente perforados por detrás. Acabaron con todos. En las habitaciones no hallaron rastro de la familia, la imaginaron de viaje para no estorbar. Solo les faltaba un nivel por conquistar. En ese punto las palabras sobraban, su coordinación era total, representaban el binomio perfecto, la unidad mínima de combate en grado ejemplar, como miembros del Batallón Sagrado, *heniochoi* y *paraibatai*.

Mario se preparó tras una de las puertas que daba acceso a la cuarta planta. Siracusa envió un ascensor cebo. Al llegar a destino, justo tras la campanita, se llenó de proyectiles. La explosión de los cartuchos dio idea a Mario de la ubicación de los causantes; aprovechando el estrépito subió a saltos el último tramo de escalera y abatió a unos cuantos cuando advertían su error. Los últimos hombres de Rossi acorralaron al recién llegado. Siracusa tomó el segundo ascensor, pulsó el cuatro y se arrojó al ángulo ciego del interior, frente al panel de botones. Al sonar el timbre de llegada, el escolta más cercano retrocedió un par de pasos para comprobar quién llegaba. Lo supuso vacío, esperó a que las puertas empezaran a cerrarse y volvió a su anterior puesto. En el último instante, por un hueco estrechísimo, Siracusa se coló con agilidad, quedando a la espalda de los sitiadores de Mario. Lo liberó del acoso con tres disparos mortales. Este no necesitó ningún aviso, salió de detrás de los muebles que lo parapetaban, sabedor de lo ocurrido. Él y Siracusa eran uno.

Entraron en el despacho de don Franco con las armas por delante. El capo se

encontraba de pie, tras su escritorio, intentando cargar un revólver con los nervios sacudiéndole las manos. Al ver a la pareja cejó en su intento. Balbució una súplica inútil. Lombardo y calabrés lo dejaron como un colador. Impelido por la cinética, fue a chocar contra el cristal blindado que daba a la calle. Allí abajo debieron ver los destellos y la sangre, porque la banda decapitada entendió que habían perdido al firmante de sus cheques.

Enseguida desaparecieron los coches de la entrada principal. Los vencedores, antes acorralados en la planta baja, salieron raudos a dar la noticia y celebrarlo. Mario y Siracusa se dedicaron únicamente a lo último, evitaron la algarabía de las zonas comunales del edificio Bandettini y se colaron sin ser vistos en la habitación del milanés.

Al día siguiente fueron citados para hablar con el padrino. Llegaron por separado pero los hicieron entrar juntos. Había algo en el ambiente que prometía encerrona, el peligro se podía mascar y ya era tarde para evitarlo. Don Bandettini comenzó:

—Ayer no vinisteis con el resto a dar parte. Lo atribuí al cansancio. Esta mañana he conocido las auténticas razones. Esto no lo puedo perdonar —anunció enseñándoles un minidisco. A través de sus reflejos arcoíris podían deducir su contenido. Mario se sintió airado y estúpido. Su primo se la tenía jurada desde que se conocieron y había intentado joderle con tretas evidentes a las que siempre se adelantó. No pensó que habría instalado una cámara en el cuarto de Siracusa, y debería haberlo hecho—. La... zafiedad de vuestros actos es indescriptible. Ese comportamiento degenerado un Bandettini no lo puede tolerar. Eso lo sabíais.

»Alguno de mis hijos aboga por haceros desaparecer ya mismo, y creo que tiene razón. —Los condenados ni pestañearon, acataban la pena con valor tebano—. Pero... me considero un hombre justo, y tras el trabajo de anoche... os daré una hora de vida. Tras esa hora, para mí estaréis muertos. Si algún día me llegan noticias de que estoy equivocado, usaré todos los medios a mi alcance para borraros del mapa de forma definitiva.

»Desapareced. El tiempo corre.

Hasta el aeropuerto no se dijeron nada. Fue Mario quien se atrevió:

—¿Sabes lo que me da más rabia? —Siracusa negó con la cabeza—. Que mi tío no nos haya pasado una copia.

Desde ese momento compartieron rumbo. Lander los encontró en Mikonos, fundiéndose los últimos ahorros de Siracusa. Les advirtió que tendrían que adecuar sus métodos a cierto tipo de ideología. El lombardo aceptó sin reservas, el calabrés a

su modo: «Será divertido seleccionar blancos, ya me aburre tirar a todo lo que se mueve».

De acuerdo con esa frase, se preveía un aburrimiento total entre los emboscados. Dificilmente habría bajas entre el séquito ultraprofesional de Manzotti. Lander se había ausentado varios días y alguna noche durante la semana previa al golpe, todo para localizar el escenario óptimo. Una vez elegido, todos refunfuñaron salvo Checky, la táctica seguiría la acción bajo techo a más de cien kilómetros de distancia.

El lugar era una aislada sección de carretera flanqueada por dos pequeñas colinas, en el camino privado hacia un palacio decimonónico propiedad de un magnate del petróleo. Lander había hecho caminar a los suyos a través de cincuenta kilómetros de estepa nevada, cargando veinte kilos de material por espalda, tapados con mantas de camuflaje térmico, de noche y a menos veinticinco grados. Por buenas que fueran las prendas técnicas que vestían, el frío calaba. Llevaban horas preparados, a la espera de una comitiva poderosa.

Al vehículo de Manzotti lo protegían cinco todoterrenos blindados por delante y cuatro por detrás. Seis motocicletas trail peinaban los laterales del camino y un helicóptero Black Hawk MH-60L DAP supervisaba el conjunto desde el aire. La caravana era digna de un jefe de Estado y su dueño la merecía. Como Bill había señalado: «Manzotti es el único argentino con cierto derecho a creerse Dios». La primera adversidad había sido tener que prescindir de circuitos eléctricos, lo cual incluía detonadores y, por extensión, explosivo plástico. Cabía suponer que el inventor, con medios ilimitados, ya habría producido su arma y se habría equipado con ella; de igual modo, Bill apostaba a que poseería un escudo que la hiciera inútil, aunque este extremo faltaba probarlo.

Mario se desesperaba, aterido por el viento. Lo más emocionante que le había pasado en las últimas seis horas había sido ver a Layla y Bill colocando a paso de babosa cargas de nitroglicerina y mecha ultrarrápida. Tumbado sobre el arcén helado, bajo una capa mimética, solo deseaba tomar la pastilla especial de Lander. Todos debían hacerlo en cuanto oyeran el helicóptero. Su organismo recuperaría una temperatura ideal y sus músculos se reactivarían.

Al otro lado de la carretera, el bulto que era Siracusa compartía pensamiento. El tiempo les dio un respiro, el viento cesó pero al rato empezó a nevar. *Bello*, se dijo el milanés; si debía caer, que fuera en aquella bella estampa con su amante y compañero.

Un ventilador gigante se aproximaba. Era la señal. Todos ingirieron su dosis. Segundos más tarde aparecieron los coches. Bill se encargó de volar los tres de cabeza, Layla encendió mechas que neutralizaron tres más de cola. Los cuatro restantes maniobraron con pericia para huir colinas arriba. Sobre un promontorio, Paulo descabalgaba con su fusil a los tres motoristas de su lado. Yukio hacía lo

mismo en posición simétrica, tumbándolos con pistola y rematándolos veloz con la espada. Nenad y Marko, levemente alejados, habían disparado con lanzagranadas al coche del objetivo. La primera vez el proyectil resbaló sobre la carrocería gracias a un movimiento maestro del chófer, la segunda ni lo tocó debido a una maniobra aún mejor. Marko respiró hondo y le pidió a su padre que lo municionara. En una secuencia entrenada, Nenad recargó tres veces para tres impactos sobre el resto de vehículos escolta. Con una agilidad de espanto, Yukio y Paulo introdujeron granadas en las aberturas creadas por las anticarro. Mientras, Mario y Siracusa sentenciaban a aquellos que intentaban salir de los coches explosionados. Bill observó cómo el objetivo se zafaba del caos y se disponía a escapar, y estuvo a punto de romper el silencio por radio para dar la alarma, o de intentarlo, en caso de que hubieran inutilizado su transmisor con minipulsos. Entonces vio a Layla plantarse como una loba sobre la cima de una colina. El helicóptero, tras entender que los únicos supervivientes eran enemigos, se dispuso a ametrallar, empezando por esa chica inconsciente que se ponía a tiro. La palestina preparó el arco que llevaba cruzado y armó la única flecha que había subido. Desde su posición podía ver el minitanque que se daba a la fuga, a un lado escuchaba el helicóptero y al otro, a más de cien metros, suponía a aquellos que debían salvarle la vida. Los serbios entendieron su papel. Nenad cargó una tierra-tierra de las antiguas, sin sensor de calor o movimiento, imposible de anular magnéticamente y poco fiable. Marko recibió una palmada en la cabeza, su turno. En apnea calculó la distancia, la parábola y se concentró para mantener el pulso para no malograr su único intento. Suavemente, apretó el gatillo.

El Black Hawk encaró a esa mujer que tensaba el arco. El copiloto se disponía a disparar cuando advirtió una bola negra que se acercaba de cara atravesando la nevada. Instintivamente, lanzó unas contramedidas que se mostraron inútiles. La granada atravesó el cristal y explotó en el interior. Al instante, los depósitos de combustible ampliaban la burbuja de fuego.

Layla soltó la cuerda. Sin pararse a mirar la trayectoria de su flecha, saltó colina abajo para evitar las aspas rotatorias que le venían encima. Se salvó por centímetros. A lo lejos, una cabeza de trilita surcaba el aire hasta encontrar freno en el culo de la berlina blindada. Esta dio una vuelta de campana y quedó con las ruedas mirando el cielo.

Los italianos saltaron de la moto con la que lo perseguían. Las puertas delanteras se abrieron. Por el lado del conductor salió una chica ágilmente; por el lado del copiloto, un señor renqueante. Reffa Corà se encontró con Siracusa; Manzotti con Mario. La primera le dedicó la mirada más poderosa de su vida, seductora e inocente, capaz de infiltrarse en cualquier corazón humano; para su desgracia, topó con uno ya enamorado. El objetivo se quedó boquiabierto, incapaz de entender que ese era su final. Sincronizados, Mario y Siracusa vaciaron al unísono sus cargadores.

Lander apareció como por arte de magia, se subió a una moto, recogió a Bill y lo llevó primero hasta los restos del helicóptero y luego al tanque de diseño que usaba

Manzotti. Eran los únicos transportes susceptibles de llevar la novedosa arma. El irlandés repartió entre ambos el resto de sus explosivos, nadie podría recomponer esa pieza inigualable de ingeniería. Le dolió en el alma destruir lo que él creía una obra maestra antes siquiera de echarle un vistazo. Pero el tiempo apremiaba, la fuerza de salvamento llegaría en breve. Se repartieron entre todos las trail enemigas y partieron a campo través, acelerando al máximo.

—¡Vacaciones! —gritaba Paulo—. ¡Vacaciones! ¡No sabéis cuánto las necesito! Los tres disparos de la última misión me han dejado agotado...

—¡Qué valor tienes! —le censuró Mario, que justo entraba en el Patio—. ¡Nosotros sí que las necesitamos! ¡Llevamos un par de trabajos que ni te cuento! La próxima vez me cambio por ti, Checky.

—Pero si te encanta el jaleo —respondió la texana—. Además, no sabrías ni encender el ordenador.

—Pues también es verdad —aceptó riendo—. Y dime, ¿te vuelves con los palurdos?

—Esos palurdos son mis paisanos. Y sí, me vuelvo con ellos.

—Y en tres meses, ¿no te entrarán ganas de suicidarte?

—Probablemente. Pero entonces recordaré a cierto tortellini incordio con el que trabajo y valoraré mi descanso.

—¡Calla, perra! ¡Y vamos a bailar!

La pequeña americana se dejó arrastrar alegremente.

—¿Y tú, Bill? ¿Qué harás? —preguntó Siracusa.

—Me quedo a montar el prototipo.

—¡Vaya putada! ¿No te puedes marchar ni unos días?

—¡Qué va! ¡Si es que aunque pudiera, me quedaría! ¡Lo que tengo entre manos es el sueño de cualquier físico! ¡De cualquier ingeniero!

—¿Te quedas solo?

—No. Layla se queda también. Dice que quiere ponerse al día sobre la Agencia. Y Yukio creo que también, pero ya sabes cómo es: aparece y desaparece. Bueno, y Lander, y Sergey, supongo.

—¿Los serbios?

—¿No lo sabes? Se van a los Andes, su último viaje juntos.

—¿Por qué? —se preocupó el lombardo—. ¿Se han enfadado?

—Al contrario, creo que se llevan mejor que nunca.

Ambos se los quedaron mirando, padre e hijo estaban frente a la barra, entusiasmados, explicándole a Sergey cómo derribaron el helicóptero. Siracusa sacó conclusiones:

—Desde luego, alguien capaz de ese disparo merece viajar solo.

—Pero creo que no lo hará. Me parece que en las próximas vacaciones se

apuntará con Paulo.

—No es mala idea. ¿Qué hace él? ¿A Brasil, como siempre?

—Dice que es el paraíso, que para qué cambiar.

—Habrá que probarlo.

—¿Y vosotros? —se interesó el irlandés.

—Nos encontraremos en Cuba de aquí a dos meses.

—¿Y antes? ¿Qué haréis?

—Yo visitar a mis padres y comprarme camisas.

—¿Y Mario?

—Lo que ahora: bailar.

Siracusa se quedó mirando a su compañero, a su mitad. Cayó de tal modo embelesado que ni oyó a Bill excusarse para ir al baño. Sus movimientos, su ritmo, su felicidad contagiosa... era perfecto, todo lo que deseaba.

—¡Ven a bailar! —le voceó el calabrés—. ¡Es mi canción!

Una melodía pegadiza cantada en rumano sonaba alto. Siracusa gesticuló que después, que prefería mirar... mirar y pensar en todo aquello que le haría esa noche para que le echara de menos. Mario atendió a su admirador con las sonrisas que le gustaban. Era un seductor irredento, un devorador de corazones, pero había uno que deseaba mantener con vida, el de ese milanés que podía transportarlo al cielo, o al infierno, o como quiera que se llamara ese lugar absoluto donde llegar es difícil y permanecer, imposible.

La soledad en el complejo era reina. Nadie se cruzaba con nadie. Las horas se hacían triples y el silencio, apocalíptico. En esas circunstancias, Bill trabajaba mejor que nunca. Su cerebro ganaba velocidad a lo largo del día, sin pausa, sin anclajes, a salvo de cualquier efecto de rozamiento. Cuando llegaba la tarde, los procesos se sucedían de manera vertiginosa; en el laboratorio se acumulaban notas, simulaciones virtuales y pizarras con esquemas. El taller parecía un desguace desordenado, pero Bill conocía su contenido al milímetro: las cosas estaban donde las había puesto. Entre un lugar y otro pasaba doce horas al día. A las nueve en punto lo dejaba todo para charlar con Sergey, Lander o Layla, quien rondara por ahí. Esa noche, sentado en el Patio, solo estaba el secretario.

—Como un reloj, Bill.

—¡Hay que ser metódico para alcanzar resultados!

—Pero ¿tanto?

—Creo en el método, Sergey. Me funciona.

—A Kant también le funcionaba. Mientras preparaba su *Discurso*, tanto él como su hermana seguían tan fielmente su rutina que, a pesar de residir en un pueblo pequeño, pasaban años sin encontrarse.

—¡No puede ser!

—Créetelo —ordenó Lander entrando en la sala—. Todo lo que dice Sergey es cierto. —El aludido le sonrió—. ¿Bueno, cómo va? ¿Nuestro aparato coge forma?

—Sí y no. Los planos no son claros. Hay pasos complicados que descifro con cuentagotas y... ¡qué coño! ¡Me está costando!

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No creo, a menos que te acabes de doctorar en Física.

—Me temo que no. Me sigo perdiendo con la transferencia de temperaturas. Lo mío es la alquimia, como Sergey. —Se dirigió hacia este—. ¿Qué, me harías uno de tus maravillosos e inigualables apple martinis de receta secreta? Es lo que más me apetece del mundo.

—Aprende, Bill. Así se piden las cosas.

Se levantó de la mesa y fue a la barra a preparar la bebida. Bill, a solas con Lander, lo interrogó:

—¿Celebras algo?

—Se podría decir que sí: estamos limpios. He investigado las consecuencias de Rusia y nadie sospecha de nosotros. Hay varios gobiernos que se acusan entre sí. Ese porteño no tenía demasiados amigos.

—Ya. Esos cabrones se bastan consigo mismos.

Bill envió su mirada al limbo mientras sentía la de Lander, intrigada, persiguiendo contacto. El jefe se estaría preguntando si con «cabrones» se refería a los genios o a los bonaerenses. Cualquiera opción era válida, sentía cierta animadversión por ambos.

—Vamos. Bebe conmigo, que hacerlo solo es triste.

—Y tan triste —confirmó Bill en el mismo tono que antes.

Sergey plantó tres vasos de cóctel helados y vertió en ellos la coctelera hasta vaciarla. Sin que lo hubiera pedido, Bill estaba servido. Probó la mezcla, felicitó al creador y la bebió rápido mientras los otros hablaban. No tardó en dejarlos solos.

En cuanto atravesó la puerta de su cuarto se sintió reconfortado. Centenares de robots con los brazos en alto, dispuestos en hileras sobre las estanterías, le dieron una cálida bienvenida. Les saludó con un «¿Qué tal, chicos? ¿Todo bien?» y fue a sentarse en su Stressless tapizado exclusivamente para él en cuero granate. La pantalla de enfrente se activó en ese instante. Bill se colocó el guante virtual y comenzó a rastrear páginas de coleccionismo. Como buscador experto, en una hora había localizado, entre la oferta mundial, todo aquello que pudiera interesarle, que concretamente era nada. Pero como decía su padre: «Hay que buscar cada día». Satisfecho por haberlo intentado, se dispuso a dormir.

En tiempos de William Wright padre, la búsqueda se reducía a las tardes del miércoles. En el mercado de Smithfield, en el centro de Belfast, él y su hijo se perdían entre los puestos de cómics. Cada uno por su lado, revisaban caja por caja atentos a alguna joya que se les hubiera pasado por alto la semana anterior. Bill no sabía exactamente cuál era su cometido, si por él fuera se hubiera quedado con todo: cromos, pósters, figuras, adhesivos y, por supuesto, cómics. Él deambulaba, sin prisa. De vez en cuando su padre corría hacia él para mostrarle su última adquisición. Tenía un talento especial para convencerle enseguida de que ese ejemplar era importante, necesario, prácticamente único y revalorizable, para acabar parafraseando a su personaje favorito: «¡En todas partes hay tesoros!». Su hijo se apuntaba a la euforia y retomaba feliz su particular ronda. Jamás logró desentrañar las claves que permitían a su padre localizar las mejores historias. Luego iban al parque Victoria a comer bocadillos mientras leían minuciosamente la totalidad de las compras. La selección paterna le parecía hasta tal punto impecable que prefería guardar su propio dinero para otro momento.

Ese momento llegó a los once años. Su padre tenía la costumbre de empezar el día friendo una barra de Mars rebozada en huevo y azúcar. «El desayuno de los campeones» lo llamaba. No era la única de sus animaladas dietéticas, pero sí la peor. Tenía treinta y nueve cuando sufrió el paro cardíaco. Su órgano quedó en tan mal estado que fue necesario sustituir el corazón agónico por uno sano de cerdo. Su cuerpo rechazó el trasplante. Hubo una segunda intervención. Los gastos se multiplicaron y Bill aportó su parte. La felicidad que mostró al ofrecer el dinero ahorrado hizo que su madre abdicara y lo aceptara, aunque no sirviera de nada. Consciente de que hacía falta más, el chico inventarió los cómics y fue a preguntar precios. En todas las tiendas tasaron su lista en una miseria; se quedó destrozado, no

se lo podía creer. Él no tenía el poder de su padre para hacerles entender a esos ignorantes que lo que estaba ofreciendo era la colección más maravillosa y perfecta que tendrían oportunidad de comprar. Al llegar a casa, rompió a llorar cuando le explicó lo sucedido a su madre. «Tranquilo, hijo, si papá se enterase de que los has vendido se habría puesto malo de verdad»; y abrazó a su hijo contra su pecho, ocultándole a su vez su llanto.

El segundo corazón tampoco resultó compatible, el estado de William Wright empeoró drásticamente y, sin dar tiempo a preparar un tercero, murió.

Su madre perdió la casa en facturas y se volvió a casar por pura desesperación. El marido era un cretino que la torturaba psicológicamente, pero ella aguantaba, contenta de haberle procurado un techo a su hijo. Fue en ese piso donde Bill conoció a las que serían sus enemigas acérrimas: las cucarachas. Para desarrollar una fobia se necesita un trauma o una angustia continuada; la convivencia con esos insectos derivó en un cuadro irresoluble de angustia traumática. Entraban en su cuarto por debajo de la puerta, por los agujeros del falso techo, por la ventana al patio interior y por más lugares que no detectaba. Su habitación era la tierra prometida, repleta de humedades y con olor a café: un tostadero que vendía a granel en el piso de abajo tenía el respiradero del patio interior dirigido hacia su ventana. Ese aroma representaba un cebo, por eso Bill lo consideraba peste. Todo lo que allí se encontrara hedía a café: su cama, su ropa, su pelo... y en todos sitios había encontrado visitantes. Cada rincón violado le hacía detestar más ese lugar. Primero se entretuvo en matarlas, luego, a medida que les fue cogiendo asco, las eliminó con insecticida, cualquier penique que cayera en sus manos lo invertía en benceno, propano, imiprotina, cipermetrina, tetrametrina, fenotrin... La atmósfera gaseada de continuo acabó afectándole; primero fueron parestesias peritricales y broncoespasmos, a continuación desarrolló una alergia a su salvación. En cuanto fumigaba se le irritaban ojos, nariz y garganta, prácticamente ni veía ni respiraba, solo lloraba, tosía y esputaba. Limitó la utilización de veneno hasta los límites que toleraba su cuerpo, ínfimos. Acumulaba cadáveres en una esquina, a veces alguno revivía y conseguía trepar por la pared, tratando de escapar de una maldición que llevaba dentro para acabar descendiendo de nuevo sobre la pila mortuoria. Cuando esta alcanzaba cierto volumen, Bill la transportaba hasta el hueco de su ventana y allí la dejaba caer. Tenía la esperanza de que al ver esa matanza sus odiadas enemigas le cogieran miedo. Pero no. Noche tras noche volvían las hordas para conquistar su espacio, nada quedaba a salvo, ni su mesilla, ni su armario, ni sus estantes, ni su cabeza. Ese era el momento más desagradable, que se repetía al menos una vez al año, cuando, tras un acto reflejo de protección, despertaba con una cucaracha aplastada en la cara. Entonces odiaba a Dios por crear bicho tan infecto y a su padrastro por ser hijo de ese Dios.

El comportamiento del hombre empeoró y su madre fue consumiéndose. Ese tipo alto y huesudo, inquietantemente desgarbado, disfrutaba con el proceso. Tenía ojeras, el pelo negro grasiento, los dientes con manchas, la barba dispersa y unas pestañas de

vileza sublime, larguísimas, completamente rectas, como patas de un exoesqueleto. Bill reconocía en él a un pérfido Kafka a media metamorfosis. La madre, oprimida hasta la extenuación, desarrolló un cáncer de estómago demoledor. En el entierro faltó el causante, se quedó en casa porque decía sentirse «demasiado triste»; sin duda mentía, pero Bill no insistió. Tras recibir unos cuantos pésames, volvió abatido a su purgatorio personal, y lo encontró vacío. Ese individuo marrón sucio, mientras daban tierra a su esposa, había saqueado el apartamento, apenas dejó unos muebles y fotos, el resto había desaparecido, incluidos los cómics. Sobre el somier oxidado de su cama, Bill se tumbó, incapaz de reaccionar, derrotado. En su cabeza se firmaba la paz, la guerra había llegado a su fin y las cucarachas la habían ganado. Permitió a las vencedoras recorrer su cuerpo durante esa noche, fueron docenas las que se pasearon. Se colaron por la pernera del pantalón hasta las rodillas, corretearon sobre su cuello, algunas tantearon con sus antenas el interior de sus orejas. Él permaneció quieto, como un prisionero sin derechos. Tenía quince años.

Con el amanecer, los animales que le poseían fueron desapareciendo. Retomó conciencia de sí mismo y decidió enfrentarse al mundo. Solo observó dos opciones: la primera era el hospicio, donde se imaginaba rodeado de pequeños delincuentes y celadores sodomitas, la segunda no era mejor, pero al menos le pagarían.

Esa mañana caminó decidido hasta el centro de reclutamiento. Debido a la falta de voluntarios habían rebajado la edad mínima; esa medida fue tan impopular entre la sociedad como agradecida por el chico. Firmó por cuatro años, esperanzado: allí donde le enviaran no habría tantas cucarachas.

A las siete despertó. A las siete y cuarto, con la segunda alarma, se levantó. Se bebió el zumo de tres naranjas, comió una manzana y bajó a la piscina. Estuvo nadando desde las siete y media hasta que en su cabeza quedaron ordenados los problemas a resolver. Entonces subió a su cuarto a cambiarse. Se puso la misma ropa cómoda de todos los días y se dirigió hacia el laboratorio. Allí se preparó la leche con cacao, y empezó a untar minicruasanes al tiempo que comprobaba que todo estuviera tal y como lo había dejado doce horas antes. Sin parar de engullir, visitó el taller por la misma razón. Una vez perfilada la idea global de la situación, comenzó el desdoblamiento. La soledad que tanto apreciaba le favorecía. Una voz preguntaba, otra contestaba, una tercera rebatía y juntas reían el chiste de la cuarta. Llegaba una quinta a poner orden y volvían a empezar. De todo el diálogo que copaba su cráneo apenas emergía una décima parte de los sonidos formando un batiburrillo ininteligible de palabras, risas y fonemas sueltos. Cualquiera que lo viera le diagnosticaría sin vacilar personalidad múltiple. Pero Bill no tenía diferentes personalidades, con una buena quintuplicada le bastaba. Lo malo es que para alcanzar ese grado de eficiencia necesitaba calma absoluta; en cuanto hubiese un espectador todas sus voces se ponían en fila y guardaban turno para expresarse. Los huéspedes de la base debían de

conocer la circunstancia, de lo contrario no se explicaba la ausencia total de interrupciones. El caso es que el proyecto avanzaba y Bill, pivotando entre dos salas, estaba ilusionado. Le habría gustado compartir la emoción del montaje con alguien, pero cualquier colaboración habría supuesto un lastre, y el mero hecho de explicar cien veces algo que a él le parecía obvio le sacaba de quicio.

En su primer año en el ejército ni lo intentó. Rodeado como estaba del estrato más bajo de la sociedad, sus cinco voces le advirtieron que no se mostrara demasiado listo. La diferencia era poco aconsejable, cuando no peligrosa. En su tercer año la situación era otra: se había ganado la confianza de los mandos, caía bien a todo el mundo y lo habían ascendido a cabo. Con los nuevos galones no se sintió tan a gusto como esperaba. La ley de Peter, según la cual las personas son promocionadas hasta el nivel en que se evidencia su incompetencia, quedó en Bill demostrada a la primera. De soldado ejemplar pasó a cabo mediocre. Nunca supo ejercer su autoridad, y es que Bill, unánimemente descrito como «un buen tío», aborrecía mandar. No obstante, seguía considerando la vida en el ejército como un regalo. El trabajo era sencillo; la comida, buena; la ropa, cómoda, y por encima de todo, apenas había cucarachas; la limpieza continua en el acuartelamiento las mantenía alejadas. Se encontraba a lo sumo una docena al mes, generalmente muertas. Para las vivas guardaba un espray hipoalérgico nada agresivo cuyos efectos eran muy lentos, así tenía la oportunidad de disfrutar con su agonía, los primeros movimientos asincopados, la escalada en busca de una salvación imposible, la caída, los últimos metros a ras de suelo, la pérdida de movilidad con los sextos traseros extendidos de puro dolor, y por último, cuando el bicho toma conciencia de que lleva dentro el demonio, sus esfuerzos por arrancárselo que lo dejan bocarriba. Durante el proceso iba diciendo «¿Qué, te gusta?», «¿Y ahora bailas?», «Sube, sube, el cielo está por ahí», «Ups, te dejaste el paracaídas», «¿Y ahora dónde vas? ¿A buscar a mamá para decirle que la quieres?», «Parece que estás estirando la pata», «¿Y ahora qué? ¿Tomando el sol?», y reía con ganas, con saña real. Compañeros de otros barracones, divertidos por las salvajadas que profería el irlandés, lo llamaban si encontraban víctimas propiciatorias. Era la única conducta cruel detectada en un tipo sencillo y estimado.

Su presencia era la más popular de la cantina, en todas las mesas le ofrecían silla y él se repartía entre todos, celoso a su vez de su independencia. Esta le permitía quedarse solo a voluntad y visitar una biblioteca desierta donde no había ni vigilante. Continuó sus estudios allí aislado, a su ritmo, que resultó mucho más veloz que el del colegio. Se dedicó a las ciencias y abandonó el resto de asignaturas; siendo su propio tutor, no creía inteligente amargarse con materias indeseadas. Poco antes de firmar por diez años más, su nivel en física y matemáticas era universitario; si fue consciente de ello, no le importó. Siguió indagando cuando los libros de los estantes comenzaron a repetirse. Por su cuenta estudió a Riemann, Newton, Leibniz, Bohr, Einstein,

Hawking... Era apasionante cómo ese grupo de hombres describía el funcionamiento de una realidad palpable y sus posibilidades futuras. Entre todos describían las reglas de un juego de rol en el que la especie humana al completo participaba. Cuanto más avanzaba, más sentía el polvo de estrellas que le correspondía. Bill entendía la existencia, y sería perfecta si no fuera por ese artrópodo que le superaba y que de un modo u otro siempre reaparecía. Pero había un espacio ambiguo en el que ni eso le turbaba, un oasis donde aparcaba su miedo más íntimo: las maniobras. Cada vez que se tiraban al monte, las posibilidades de cruzarse con cucarachas se reducían a cero. Durante las pateadas, cuando la columna se alargaba, unos se perdían y otros se rompían, el cabo Wright seguía en cabeza con una sonrisa de oreja a oreja, a salvo de su fobia, libre para respirar, libre para vivir.

Sus compañeros, que detestaban los ejercicios, ignoraban por qué el irlandés se apuntaba voluntario. Por acumulación de montaña se convirtió en el soldado más en forma del batallón. Su capitán le propuso que se apuntara al SAS. A Bill le pareció un destino atractivo, así pasaría más tiempo a la intemperie, a resguardo de su temor.

Superó las pruebas físicas con excelente marca. Faltaba la «prueba moral». Nunca entendió por qué la llamaban así, era tan solo un simulacro desfasado de tortura, tres opciones caducas que no se utilizaban desde la implantación generalizada del combo cien por cien efectivo electricidad/pentotal sódico. A saber:

—Happy Hour: series de asfixia durante sesenta minutos con el opositor atado a una silla.

—Autodestrucción: el opositor tiene cinco minutos para romperse dos huesos.

—HAL 9000: el opositor debe aguantar sin levantarse de la silla durante doce horas en una habitación oscura donde la única luz es un punto rojo en la pared de delante y el único sonido un pitido estridente.

Las dos primeras tenían un índice de superación del veinticinco por ciento; en la «hora feliz» bastaba con confiar en la pericia del examinador; en «autodestrucción» tener el coraje de hacer una sentadilla sobre dos dedos. Era la tercera posibilidad la que contabilizaba más fracasos: el noventa por ciento. La mayoría no aguantaba ni treinta minutos y salía corriendo del cuarto convencido de haber estado cerca de conseguirlo. Los que fallaban más allá de la segunda hora salían gritando, de la cuarta sollozando, de la sexta vomitando y en estado de shock. A partir de ahí solo resistían las piedras, lo que el cuerpo del SAS buscaba. A Bill le tocó convertirse en una. Pasó los primeros minutos intranquilo, tratando de buscar alguna fuga en su voluntad; como no la encontró se limitó a esperar. Era sencillo. Tras cinco años descubriendo sombras en la pared, esa luz roja le resultaba inofensiva, calmante incluso. Y el pitido, capaz de enloquecer a un sordo, no era nada comparado con el turbador repiqueteo de seis patitas de alambre contra la madera, sobre el cabezal de tu cama. Si se dejaba llevar, podía encontrarle hasta matices musicales. Cuando el tiempo se cumplió, dos instructores entraron en la sala dispuestos a llevarse a su futuro compañero a la enfermería. Siempre los encontraban temblando, meados, con las

ñas clavadas en los reposabrazos. No esperaban a un tipo simplemente aburrido. Al verlos les preguntó sin maldad: «¿Y ahora qué toca?».

—No puedes seguir haciendo eso —dijo Layla, sentada en la *chaise longue*.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bill desde detrás de la barra.

—No te das cuenta, ¿verdad?

—¿De qué?

—Cada vez que entras en un lugar examinas el suelo, los ángulos oscuros y los puntos ciegos. Lo haces siempre, aunque hayas estado en ese lugar diez minutos antes. Como ahora en la barra. Es la tercera vez que entras y la tercera vez que buscas. No vas a encontrar ninguna... ya sabes.

—Cucaracha. Puedes decirlo, la palabra no me afecta. Pero sí, no puedo evitar buscar, es una manía.

—Una manía que te roba energía, y apuesto que calidad de vida.

—Ya, pero prefiero estar atento. Nunca se sabe de dónde pueden salir.

—¿Y no te gustaría superarlo?

—¿Te crees que no lo he intentado? He ido al psicólogo, al psiquiatra, he asistido a terapia de grupo y por mi cuenta he probado remedios que te harían desencajar de risa. Hasta he visto películas donde aparecen para ver si eso me ayudaba: *Están dentro*, *Mimic*, *Mimic 2*... alguna parece hecha especialmente para mí, como esa historia de *Creepshow*, ¿sabes cuál te digo? —Layla negó con la cabeza—. Ya te la pasaré, buenísima. Como *El cuchitril de Joe*: millones de cucarachas que viven en casa del protagonista, se hacen amigas de él y le ayudan a conquistar a la chica que le gusta. Es como un musical de Busby Berkeley...

»No sabes de qué te hablo, ¿verdad? —Layla volvió a negar—. Bueno, es igual, lo que quiero decir es que nada funciona.

—¿Y la hipnosis?

—Joder, Layla, que esto no es dejar de fumar. Esas hijas de puta me tuvieron, ¿entiendes? ¡Me tuvieron! Dejaban huevos y excrementos por toda la casa, por su culpa cagué blando durante casi cinco años. Fue como una diarrea crónica. Fue... una puta mierda.

En este punto, Bill desvió la mirada y la perdió allí donde nadie ni nada llegaba; ni amigos, ni lágrimas, ni Agencia podían alcanzar esa noche de capitulación y miseria.

—Bill. Bill. ¡Bill! —A la tercera, el aludido recobró el conocimiento y miró a Layla aturdido.

—Lo siento, se me fue la cabeza —se disculpó con una sonrisa forzada.

—No hace falta que te disculpes, pero piensa en lo de la hipnosis. Yo podría ayudarte.

—Está bien. Lo pensaré.

No sabía muy bien cómo tomarse el ofrecimiento, dudaba de que pudiera arreglar algo y el hecho de que hurgaran en su psique no le hacía ninguna gracia. Ya fuera por haber hablado de ellas, ya fuera simplemente porque tocaba, tuvo una noche de las malas. En su sueño iba a la nevera a por agua y al abrirla un grupo de cucarachas trataba de salir de ella, caminando lentamente, ralentizadas por el frío. Se despertó del asco. Se levantó y vació el frigorífico para quedarse tranquilo, luego volvió a llenarlo. Echó tiza china en los rincones y detrás de los muebles. Se tumbó sobre la cama, completamente despejado, consciente de su derrota. Encendió la pantalla y escogió un canal al azar. Retransmitían un campeonato de *curling*. Le pareció bien, puestos a no dormir, ver esa tetera deslizarse era lo más parecido a desconectar el cerebro. Antes de caer en un coma pseudodeportivo se prometió darle una oportunidad a Layla.

Estaban solos en el Patio, como la noche anterior. Ella había atenuado la luz y en esos momentos le cogía de la mano.

—¿Es necesario hacer manitas? —preguntó Bill.

—Es necesario que te relajes y me hagas caso.

—Lo que tú digas, pero ya sabes que todo esto no me convence demasiado...

—Y puede que ni funcione, sobre todo si sigues a la defensiva.

—Vale, lo siento, es que estoy un poco nervioso. Solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que solo tratarás de curarme. No quiero que tras estas sesiones aparezca en algún vídeo vestido de bailarina dando brincos sobre la mesa de billar.

—Y yo que pretendía convertirte en mi esclavo... Venga, irlandés, mírame a los ojos y cuenta conmigo. Uno, dos, tres...

Decenas después caía en trance y salía de él a los quince minutos sin recordar nada. Tras lo que él llamaba «viaje diario interdimensional» se tomaba la cerveza de buenas noches y preguntaba: «¿Qué tal ha ido?». Layla respondía invariablemente: «Un pasito más». No sabía si la nueva técnica surtía efecto, pero en cualquier caso tampoco le hacía mal. Era una actividad más en su rutina como la piscina, el trabajo, el mercadillo virtual o la foto del día quince. Ese día del mes, antes de abrir el correo, volaba a las montañas de Escocia y recordaba con gozo la mejor misión de su vida.

El periodo de instrucción fue más difícil de lo esperado. Los pesos eran exagerados para un soldado, las distancias, enormes y la orografía, infernal. Las Highlands cribaban más que la falta de sueño, las fisuras, roturas, esguinces y distensiones. Cada cincuenta kilómetros caía alguien y ya llevaban más de mil. Los únicos que no se quejaban eran Bill y Polo, la mascota de la compañía, un perro mediano, lanudo y blanco que parecía un peluche. La felicidad del chucho era un comodín infalible para

la moral de la compañía. Todos lo adoraban, y no dudaban en regalarle una porción de su escasa comida; el agradecimiento que demostraba lo valía. Tras seis semanas, era con mucho el mejor alimentado. Bill envidió las reservas de lípidos de su amigo durante la penúltima prueba. Les habían ordenado rellenar sus mochilas de campaña con tierra, eran unos treinta y cinco kilos que, tras cruzar un río, se convirtieron en setenta. Al final de la marcha llegaron cuarenta de los casi cien que habían empezado. Piedras entre las piedras. El capitán les hizo soltar el equipo y luego los llamó a formar.

—¡Enhorabuena! —gritó—. ¡Podéis consideraros miembros del cuerpo más exigente de la Tierra! —El júbilo estalló entre los soldados—. ¡Silencio! —tronó—. ¡Para uno de vosotros esto todavía no ha acabado! ¡Cabo Wright! ¡Venga aquí!

—¡A sus órdenes, mi capitán! —respondió Bill. Al segundo se plantó frente a su mando.

—¡Aquí el cabo Wright ha demostrado ser digno candidato a jefe de sección! ¡Si alguien se considera más apto, que lo diga ahora!

La columna quedó en silencio. El puesto a subasta era ambicionado por todos. De igual modo era sabido que Bill lo merecía más que nadie. No se había quejado en ningún momento, su humor había ayudado en los peores, había demostrado ser un perfecto compañero, y quien más quien menos le debía algún favor. De forma unánime la gente deseaba que se llevara la distinción, un honor máspreciado que la mayoría de las condecoraciones.

—¡No me lo puedo creer! —clamó el capitán—. ¡Sois la primera promoción que bendice a su futuro líder sin discusión! ¡Solo falta que tomes posesión del cargo, cabo Wright! Pero antes, la prueba de abnegación. Coge mi cuchillo. —Bill lo tomó—. Y tráeme el hígado de Polo.

Titubeando se acercó al perro, que lo miró alegre, moviendo la cola.

—No —murmuró—. Definitivamente no.

Cogió al peludo en brazos y salió corriendo del campamento. El capitán no se giró hacia la tropa aún formada hasta haber suprimido de su cara cualquier atisbo de asombro. Entonces, fríamente, expuso: «¡La jefatura queda vacante! ¡Se la queda aquel que me traiga el hígado y mi cuchillo!». Treinta y nueve candidatos salieron corriendo en su busca.

El peor tramo fueron los tres primeros kilómetros, el perro se revolvía y tuvo que hacer fuerza para mantenerlo sujeto. Luego lo dejó en el suelo y le explicó la situación; o iba con él o moriría. Milagrosamente, el perro pareció entenderle. Siguieron huyendo por un camino fácil pero estrecho, empezaba a anochecer y no había nadie por los alrededores; era la manera más rápida de tomar distancia. El grupo perseguidor debía comprobar por el camino que no hubiera cambiado el rumbo para escapar a campo través. Para su desgracia, varios soldados se jugaron sus opciones a una carta y siguieron el camino oficial sin entretenerse en buscar pistas. Algunos, bastante cerca, probaron suerte llamando a Polo. El perro se mostró confuso

y miró a Bill dubitativo. Este, por precaución, se sacó la guerrera, lo envolvió en ella y se la ató a la espalda como una mochila.

Cuando la oscuridad fue completa, se internó en el bosque y avanzó con rapidez. Ese medio agreste era el suyo, se movía en él con naturalidad, con amor. A su alrededor todo era limpio, parte de un bello escenario, sin rastro de esas hijas del desperdicio. Y sin embargo seguía habiendo impedimentos; un aullido le recordó el peor de todos. Polo reaccionó ladrando. Bill cortó con el cuchillo prestado una manga de su camiseta e improvisó un bozal, pero no se hizo demasiadas ilusiones, creía, acertadamente, que un segundo grupo perseguidor, mucho más hambriento y entrenado, les iba a dar caza.

Siguió caminando con tiento. Veinte minutos después vio algo, una sombra que a cualquiera le habría pasado desapercibida, pero no a Bill Wright, habituado hasta la humillación a detectar movimientos indeseados. Con el cinto rodeó un tronco pequeño y, haciendo palanca, trepó hasta la base de la copa del árbol, se encaramó a ella a pulso y buscó la postura de más fácil equilibrio. Desde allí observó a varios lobos merodear hasta el amanecer. Entonces bajó y siguió corriendo. Pensando durante la noche se le había ocurrido un plan; era bastante infantil, pero no tenía más donde agarrarse. Todo contacto con el ejército suponía para Polo la extirpación sin anestesia de un órgano vital. La decisión irrevocable de salvarlo le empujaba cien kilómetros al sudoeste. Bill entendía tan bien los libros como los mapas, de igual modo los recordaba al milímetro. Conocía el rumbo a seguir y los accidentes que encontrarían. En primer lugar se dirigieron a un riachuelo; podían pasar sin comer, pero no sin agua. A mediodía imaginó a sus compañeros demasiado lejos como para tentar al perro con llamadas amistosas, así que le dejó libre. Llevaban treinta y cinco kilómetros y estaban cruzando otro bosque. El perro olió algo y se desvió. Bill lo llamó para que volviera, sin éxito; el olor del cebo fue más tentador. Enseguida llegaron los chillidos de dolor, seguidos de un sollozo agudo y continuado. Polo había pisado un cepo. Al liberarlo, una de sus patas delanteras quedó unida en el codo por apenas un tendón. Cortó ese mínimo nexo, luego vendó y ató el muñón con retales de su camiseta. También se vio obligado a usar el bozal de la noche anterior, los quejidos del perro eran demasiado sonoros. A pesar de ese filtro, no creía que los lobos dejaran de escuchar su lamento nasal. Efectivamente, aparecieron rondando en cuanto se acabó el día. Bill volvió a refugiarse sobre un árbol y resistió hasta la mañana.

Con el perro malherido y por segundo día sin comida, no le quedaba más remedio que llegar a su destino antes de que el sol se pusiera sobre el horizonte. Por vez primera estaba seguro hasta la médula de cuál era su cometido en la vida. Con el torso desnudo, la guerrera atada como mochila transportadora y un cuchillo en la mano, inició la carrera.

Un viento helado se levantó, Bill lo tomó en positivo, esas ráfagas cortantes mantendrían a raya el sueño acumulado, y los rugidos en su estómago no eran hambre, eran la prueba de que estaba vivo. Paradójicamente feliz, avanzó como un

muflón, grácil en su elemento, imparable entre vaguadas y precipicios. Todas las nubes decidieron descargar a la vez y Bill volvió a alegrarse, la lluvia ocultaría su difícil rastro ahora que pisaba piedra. Cada nuevo impedimento jugaba en su favor, pues remarcaba aún más la diferencia entre voluntades. Once horas después, tras sesenta y cinco kilómetros de risco y maleza, una cortina de agua era lo único que le separaba de su meta. Hizo sonar la campana junto a la puerta y un viejo granjero salió a recibirle. Al verlo, gritó a su esposa:

—¡Lois! ¡Otro perdido! —Y dirigiéndose a él—: Pasa, pasa, estás hecho un asco... ¡y guarda ese cuchillo! Vas a espantar a mi mujer. —Se giró y caminó hacia el comedor, con un gesto indicó a Bill que le siguiera—. Cada año aparece algún chico como tú, que o bien se ha perdido o bien ha desertado. —Le miró fijamente—. ¿Cuál es tu caso?

—Ni uno ni otro.

El irlandés descargó a Polo y explicó los últimos acontecimientos a la pareja anfitriona. Les propuso, a cambio de cuidar al perro, enviarles cada mes un cheque que cubriera la manutención. Su mirada era más suplicante que la del animal mutilado que temblaba junto al fuego.

—Chico —dijo el hombre sonriendo—, tienes tanto corazón como poco futuro en el SAS.

—Entonces, ¿aceptan?

—Claro que aceptamos, hijo —confirmó la mujer—. ¿Cómo nos íbamos a negar?

Recibió comida y techo hasta el alba, entonces se despidió del matrimonio y de su amigo. Polo, pese a su débil estado, trató de seguirle.

—No —le dijo mientras le tumbaba en el suelo—. Tú te quedas aquí. Algún día nos volveremos a ver.

El perro pareció entenderle otra vez. Con la mirada triste vio marchar a su salvador.

Bill dio un enorme rodeo para alejar a sus perseguidores del nuevo hogar del perro. Una vez distanciado, dejó marcas claras de su paso para que no le perdieran la pista y, una vez conseguido, se hizo de nuevo invisible. Sin la posibilidad de hacer fuego se alimentó de gusanos, saltamontes, caracoles y huevos de paloma. Todo le supo a gloria. Era el último paso de una misión exitosa. Llegó al campamento siete días después de haber escapado de él. En el claro se acumulaban mochilas y una sola tienda destacaba tras ellas. Enfrente, el capitán, sentado sobre un tronco, observaba la llama de un cámping-gas calentar su cafetera. No se alteró en absoluto cuando Bill se acercó a él empuñando su cuchillo.

—A sus órdenes, mi capitán. Quería devolverle esto.

El superior tomó el arma y se quedó mirando la hoja, absorto. Tras unos instantes alzó la vista hacia el recién llegado.

—¿Sabes, Wright? Tengo dos problemas: una pandilla de novatos incapaz de encontrar a un fugitivo cargado con un perro, y un irlandés de hierro que no se

lesiona jamás; que ha sobrevivido siete días de acoso sin más ayuda que mi cuchillo; que ha regresado rompiendo las líneas sin ser detectado; que, en definitiva, ha humillado a treinta y nueve comandos teóricamente de élite y que no será mi jefe de sección soñado porque el muy hijo de puta tiene demasiados escrúpulos.

»Wright, cuando los pierdas, ven a verme. Hasta entonces, te vuelves a Infantería, y como soldado raso, tu rebeldía debe ser castigada. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán.

—Perfecto. Ahora siéntate conmigo y tómate un café. Creo que te lo has ganado.

—No me gusta el café, mi capitán.

—Ja, ja, ja... ¿y cómo es eso?

—Atrae a las cucarachas.

El capitán rompió a reír desenchajado.

—¡Eres un buen tío, Bill! ¡Pero coño, qué raro eres!

Raro por no tomar café. Buen tío por haber salvado a un perro. Y al abrir su correo aparecía la prueba, un archivo con extensión .jpg, la foto mensual de esa bola de pelo coja, cada vez más gorda y, sin lugar a dudas, feliz. En cuanto las cosas le fueron bien, Bill les había regalado a los escoceses el equipo necesario para que pudieran enviarle documentos gráficos, y cada día quince desde entonces, había recibido uno. Se había prometido regresar algún día, pero por diferentes razones siempre había pospuesto el viaje. Se preguntaba, con algo de miedo y mucha esperanza, si su amigo le reconocería. Con este pensamiento se fue a la cama, convencido de que sí.

El proyecto cobraba forma, el ritmo frenético de trabajo daba los frutos deseados. Ya sumaba muchísimos días consecutivos de esfuerzo mental, y Bill era consciente, por eso no se inquietó cuando sobrevino el bloqueo. Lo tomó como algo natural, ya le había ocurrido bajo presiones semejantes; solo hacía falta dejarlo todo de lado durante un par de días. Comenzó a pasear en busca de alguien con quien despejarse. Probó en el archivo, que le caía cerca. Allí estaba Layla, rodeada de informes.

—¡Ah, hola Bill! Si necesitas el archivo yo me puedo trasladar...

—No, no, quédate. Es que no avanzo, tengo que relajarme un poco, me apetecía charlar. Ahora que lo pienso, quizás yo sí que molesto.

—¡Qué va! A mí tampoco me hará mal desconectar.

Mientras recogía, Layla hizo un movimiento mínimo, subrepticio, como si no hubiera apilado los documentos de la manera más sencilla. A Bill no se le pasó por alto.

—Estás leyendo mi expediente, ¿verdad?

—Entre otras cosas —respondió Layla un tanto azorada.

—Sabes, ni siquiera lo he leído. No sé si quiero saber lo que dice de mí —confesó

lacónico.

—Más cosas buenas que malas, créeme. —Layla acertó con las palabras, era la verdad simple que Bill necesitaba oír—. Por lo visto —continuó— eres un experto en cómics. ¿Qué le recomendarías a una profana?

Con una sonrisa triunfal, el irlandés se dispuso a conferenciar. Detalles sobre aficiones era lo poco que había en el informe que no hubiera descubierto Layla con anterioridad. Ya conocía su trayectoria marcial de forma pormenorizada.

De regreso a la tranquila base de Stormont se dedicó a apuntarse a todos los cursos posibles. Escuchas, anticarros, conducción, artillería... pero fue uno en concreto el que le subyugó: explosivos. En su primer acercamiento, los contenidos le parecieron estúpidamente fáciles, y las prácticas, un juego de niños. Pasó al grado superior exento de examen. De nuevo se encontró en la misma situación, sus preguntas elevadas ponían en aprietos al profesor. Por orden expresa de este, fue aceptado en la clase de perfeccionamiento, acotada al cuerpo de zapadores. La materia que allí tocaron ya le forzó a estudiar un poco y los ejercicios comenzaron a ser exigentes. No obstante, donde otros fallaban, Bill salía airoso. Tenía talento y las herramientas para desarrollarlo. Toda la física y matemática que había en su cabeza sacaban adelante problemas reales, solo era cuestión de aplicar la fórmula correcta (y lo hacía de memoria, con una capacidad de cálculo portentosa). La única incógnita era el grado de aceleración o dispersión energética del fulminante o del compuesto; una vez conocida, solo quedaba multiplicar la cifra por el peso utilizado. Tuvo algunos problemas con la química del napalm o los lacrimógenos, su alergia seguía latente y una sobreexposición podía causarle un choque anafiláctico. Siempre que pudo, evitó ese peligro. Además, consideraba al fuego un traidor, pues no se ceñía a sus deseos, siempre acababa escapando al rolar el viento o muriendo bajo una tromba de agua inesperada. Su cloratita, su semtex y su C4, por el contrario, siempre obedecían. La excelencia de sus planteamientos no pasó desapercibida. Fue invitado al curso superior de artificieros, que estaba reservado, en la práctica, a oficiales. Por no mancillar en demasía el aula, fue promovido otra vez a cabo. Compitió contra licenciados en Oxbridge y logró las máximas calificaciones. El maestro armero que impartía las clases no escatimó nunca elogios, y sus compañeros, lejos de odiarle, le felicitaban. Bill seguía siendo ese tipo divertido que siempre animaba los intermedios. «Un buen tío», como decían todos. Al acabar el año, su potencial era tan obvio que varios responsables de brigadas tácticas se interesaron por él. Escogió el destino que ofrecía más acción, y así fue como reingresó en el SAS. Sus escrúpulos no fueron impedimento a la hora de obedecer, su cometido era el de diseñar caos y enviar a los soldados de operaciones especiales a colocar plásticos. Esta vez, además de querido, Bill fue respetado. Por fin se sintió cómodo con sus galones.

Su mayor problema era aislarse de las cucarachas. Haciendo noche continuamente

en lugares diferentes, no podía dedicarse a exterminarlas, así que colocaba alrededor de su cama un perímetro de cinta aislante. Dos franjas paralelas sobre el suelo fijaban una tercera en el centro con el pegamento hacia arriba, así, si alguna se acercaba demasiado a su lugar de descanso, caía presa de patas. Por la mañana, al encontrarla, Bill soltaba algún comentario con inquina y la dejaba ahí, a la espera de algún reptil que aceptara comida fácil. Aparte de eso, su trabajo le encantaba. Siempre conseguía infiltrarse para observar maravillado su antiobra. La bondad de esas misiones encubiertas poco le importaba, el cinismo de su ministerio de Defensa le había llevado a atacar posiciones pakistaníes una semana e hindúes la siguiente. Así intervino en la partición de Cachemira, la secesión de Casamanza, la independencia del Sáhara... De todos esos conflictos guardaba recuerdos de belleza hipnótica: la desintegración de torretas y chamizos en Karachi, la voladura del gaseoducto de Ziguinchor, el hundimiento de cuatro buques amarrados al puerto de Nouadhibou... Cada misión se iniciaba con la promesa de una imagen, un cuadro perfecto de destrucción que permanecería imborrable en su memoria. Fueron años satisfactorios, una racha quebrada por la alerta naranja previa a una invasión.

Con la llegada al poder de un militar en Argentina, las Malvinas retomaron su papel de zona caliente. En un primer momento Bill se congratuló de la situación, sobre todo después de hundir un convoy de mercantes frente a las costas de Ushuaia durante lo que se dio a conocer como «bloqueo preventivo». Convencido por la demostración de fuerza, el general Bastanzo se olvidó de las islas y encargó al ejército controlar a sus conciudadanos. Por precaución, el alto mando británico consideró necesario mantener un equipo de acción rápida apostado en Isla Soledad, y ahí fue destinado Bill.

La humedad, la temperatura y una dejadez enquistada en la tropa local hacían de su nueva base un criadero de enemigas. Trató de evitarlas de noche durmiendo en el hangar, donde helaba, sobre una hamaca que le destrozaba la espalda; prefería esa opción a un colchón en un barracón invadido. El resto del día se las iba encontrando allá donde fuera. En una ocasión emergió una de dentro de la salsa del rancho. Desde entonces siempre removería para verificar yogures, sopas, estofados y, por supuesto, salsas. La situación de alerta, que supuso transitoria, se cronificó. Pidió traslados que le fueron negados. Su resistencia se agrietaba; la presión era insostenible. Por eso, tras cuatro años de servicio ininterrumpido, pidió vacaciones. Por no perder horas en vuelos optó por pasarlas en Chile. Tenía todas sus esperanzas depositadas en esas cuatro semanas, eran esperanzas vagas y decididas, esperanzas en nada en concreto y en todo a la vez, esperanzas en encontrar algo, con la emoción estúpida de no saber qué. O quién.

Se llamaba María Gladys. Era bajita, tetona, culona, de rasgos indígenas, piel cobriza

y pelo negro muy denso. Trabajaba de camarera en un humilde restaurante de Santiago. En el momento en que le sonrió, Bill supo dónde desembarcar el conjunto de sus ilusiones. Esa chica feílla de clase baja, sueldo mísero y perspectivas nulas acababa de coronarse reina. El irlandés la cortejó generoso y amable; ella consintió, halagada. A final de mes los dos estaban enamorados; él sinceramente, ella por saturación. Mantuvieron la relación a distancia. La conexión entre bases y una gran reserva de días libres permitieron a Bill hacerle tres visitas en seis meses. En la primera se prometieron, en la segunda conoció a su familia, en la tercera se casaron.

Durante los intervalos el irlandés resistió un poco mejor el acoso de los insectos, le costaba un mundo, pero el amor que sentía le impelía hacia delante. En una ocasión en que María Gladys le llamó por teléfono, Bill se encontró al cogerlo una cucaracha sobre la pantalla. Lanzó instintivamente el móvil contra la pared, pero acto seguido, en vez de acurrucarse con cara de asco y fracaso, cogió su cuchillo, fue a por la huidiza criatura y la atravesó. Luego clavó la hoja con el animal ensartado en el tablón de anuncios y sobre él colocó un cartel con la leyenda: «Esto es lo que le ocurre a quien se mete con mi amor». En el cuartel todos rieron, el viejo Bill había vuelto.

Tras la boda, el tiempo pasó lentísimo. Le consolaba saber que su esposa sí era feliz. Gracias a su sueldo y la gran suma que tenía ahorrada podía darle lo que nunca tuvo, desde lo más necesario como la casa, hasta caprichos como clases de tango. Por su parte, para lograr la felicidad completa, había pedido una plaza en el destacamento del agregado consular. Como no era un destino muy atractivo, contaba con que tarde o temprano aceptaran su solicitud, pero la noticia no llegaba, y las videoconferencias cada vez le satisfacían menos. Por momentos, Bill, creía que su esposa se estaba acostumbrando a vivir sin él. El tono cambiante de su voz perdía fe aceleradamente. Sus «Te quiero» sonaban lejanos y, mirándola a los ojos, inverosímiles. Dejó de llamar tanto, llegaron hasta a enfadarse. El miedo anidó en él, luego la pena y, por último, la sospecha. Su sargento, al verlo tan preocupado, le sonsacó las razones y le dio un consejo:

—Saberlo es siempre mejor que dudarlo. Ponle un detective.

Pero el capitán se equivocaba: saberlo fue peor. Un puñado de fotos, crueles por explícitas, algunos vídeos reveladores y grabaciones que parecían sacadas de una malísima película porno se acumulaban delante de él. En la cantina, las cucarachas se divertían más que los soldados, subían y bajaban de las mesas como si ese fuese en propiedad su territorio. Bill ni se inmutaba, la cucaracha más grande estaba fotografiada entre sus manos, burlándose de él, disfrutando sobre la cama que había comprado, ¡si es que era él mismo quien lo había contratado! ¡El puto profesor de tango! Se lo imaginaba descojonándose con sus amigos, en el bar, invitando para celebrar que cobraba por follarse a la mujer del pagano. No era más que un bonaerense del montón, arrogante, embaucador y bastante feo que utilizaba su única virtud, bailar, para acostarse con las más lerdas de sus alumnas. No concebía el

porqué del adulterio, quizás una mezcla de imbecilidad y aburrimiento, quizás la distancia, el bandoneón, quizás... ¡qué importaba! Ese metecuernos profesional le había vencido, le había arrancado de raíz la confianza que apuntalaba su vida, le había ganado sin siquiera verle la cara, sin enfrentamiento alguno, como los bichos que se paseaban entre el material del investigador privado. Y, como ante ellos, solo le restaba capitular.

Firmó un divorcio acelerado en el que entregaba el piso a su infiel a cambio de nada y le deseó que fuera feliz con su amante, mas le constaba que iba a engañarla los días pares. De ella solo guardó una foto dedicada que le había regalado tras ese mes de ensueño. Su principal pasatiempo a partir de entonces consistió en observarla y mostrársela a todo aquel que aceptara escuchar su deplorable relato. Al poco, nadie lo soportaba en el bar. Su mesa, otrora animada, la ocupaban cervezas, chupitos de whisky y el cuchillo con el que atravesaba a las cucarachas más intrépidas. Quedó hasta tal punto deshecho que pidió la baja por depresión. El ambiente opresor de una isla provocaba ese cuadro de manera generalizada; su demanda fue ignorada como las de los veinticinco anteriores. Combatió los problemas para dormir bebiendo más. Desnaturalizado, irreconocible, pasó a ser objeto de mofa de los más aviesos, hasta que un día perdió los estribos.

—¡Eh, Bill! —gritó uno, borracho—. ¡Explícanos otra vez lo de la puta de tu mujer!

—No la llares puta —dijo Bill sin levantar la vista, hundido sobre sí mismo.

Su aviso pasó inadvertido. Otro siguió insistiendo:

—¿Cómo fue eso, Bill? ¿Te dejó por una mierda de argentino?

Bill asintió con gravedad. La mano de alguien retiró la sagrada foto de su mesa. Embotado por el alcohol, no acertó a agarrarla. Intentó fijar la vista para localizarla. Una sombra vociferaba:

—¡Pero mira que es fea, la hija de puta!

Pidió que se la devolviera, pero las risas ahogaron sus palabras.

—¿Y esta cosa te follabas? ¡Hay que tener valor!

Bill lloraba, mareado, sin entender qué pasaba. Solo quería su foto. El tipo que la tenía se acercó a él y, frotándosela contra el pubis, exclamó:

—¡Ey, mira, Bill! ¡Tu zorra me la está chupando!

En ese instante, consiguió por fin enfocar. No fueron ni dos segundos, lo que tarda un SAS en asir un cuchillo y atravesar la cara de su objetivo de mejilla a mejilla. No era una herida mortal, era una sonrisa vitalicia.

Por ese arrebató fue condenado a diez años en la prisión de Colchester.

Vaciaba su taquilla en las Malvinas cuando descubrió una cucaracha agazapada; posiblemente llevaba meses viviendo entre sus cosas. Se despidió de ella con un «Ahí te quedas» y partió alentado por la certeza de que allí donde iba no encontraría tantas.

A pesar de perder la libertad, su calidad de vida aumentó. Le gustaba la comida, la rutina de ejercicios, el surtido de la biblioteca y los personajes que le rodeaban (exsargentos que habían agredido a su teniente, excapitanes que se habían enfrentado a su coronel, y casos afines), pero lo que más le gustaba era la limpieza enfermiza que reinaba. El porcentaje de cucarachas era el más bajo con el que había convivido. Casi durmió bien durante semanas enteras. Le entristecía un poco haber sido nuevamente degradado, era un buen cabo y veía muy improbable conseguir una nueva promoción; su fastidio era común, a su alrededor casi todos lucían una divisa inferior a la del momento de su veredicto.

Aún le restaban por cumplir nueve años, seis con buena conducta, cuando fue llamado a comandancia. El general fue conciso:

—Soldado Wright, las Irlandas se unifican. Todavía no es oficial, pero lo será de aquí a nada. ¿Sabe lo que eso significa? —Bill negó con la cabeza, deseoso de comprender—. Significa que el ejército de Su Majestad no tiene competencia sobre los nacidos en Belfast. En otras palabras: usted no es soldado británico y, en consecuencia, su carrera militar termina aquí.

—¿A pesar de la condena?

—La justicia militar es muy clara: se condenó al cabo Wright del SAS. Ese soldado ya no existe, así que se puede marchar.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó atolondrado, más para sí que para el general.

—Alístese en su nuevo ejército. Les irá bien un hombre con su experiencia. Eso es todo. Retírese.

De vuelta a su recién estrenado país, hizo caso al general. Un comité estudió su hoja de servicios. Eran tecnócratas inexpertos que, tras besar una bandera, compusieron una generación espontánea de funcionariado. El pintoresco historial les creaba dudas, y su condición de SAS, la unidad más dura y entregada, resquemor. Temían que Bill, un tipo que había hecho y deshecho fronteras sin preguntarse para qué servían, fuera fiel a la Union Jack, un inglés infiltrado. Su criterio cerril privó a la Gran Irlanda del que habría sido su mejor soldado.

Rechazado y confuso, Bill probó suerte en empresas privadas de demolición. Explicó las acciones en las que había participado y no le creyeron; al ser misiones secretas no podía aportar pruebas ni testimonios. Su cara de buenazo, su aspecto un poco desastrado y un aliento cada vez más alcohólico acabaron de dinamitar las entrevistas.

Camino de borracho profesional, estaba en su mesa apartada del pub Peadar O'Donnells, en Derry. Alguien se sentó frente a él. Creyó ver un ángel oscuro, transmisor de pureza y destrucción, como sus añoradas cargas. Se le despejó la mente en cuanto lo llamó «cabo Wright». El trabajo que le propuso aunaba los tres pilares de su felicidad: deontología, explosiones y una base sin cucarachas.

Volvió a su cuarto con la boca reseca. Se había excedido en su disertación sobre héroes y mallas, era consciente. Layla no merecía tal rollo pero había aguantado sin queja. Su estoicismo merecía reconocimiento. Entró en el mercadillo y localizó lo que buscaba: el primer tomo de *El Mercenario*, una historia narrada en viñetas pintadas al óleo, un cómic sencillo y de trazo limpio que seguro le gustaría.

No se aventuraba a predecir la reacción de Checky cuando supiera que le había hecho un regalo a Layla. No sabía si se pondría celosa para bien, para mal o le importaría tres pimientos. Carecía de los conocimientos más rudimentarios sobre psicología femenina. «Nadie sabe nada sobre eso», le había dicho Paulo. En caso de que tuviera razón, Bill sabía menos que nada. Él y la texana habían empezado de maravilla y continuaron aún mejor. Se reían, se gustaban y tenían un sexo notable. Estaban libres de esa pasión esclava del romanticismo. Bill lo llamaba «enamoramamiento cerebral», algo que podía cimentar una relación duradera. Pero Checky le decepcionó en un punto innegociable.

—¿Cómo te atreves a defenderlas? ¡Son inmundicia con patas!

—Esa inmundicia, Bill, al descomponerse alimenta a microorganismos básicos en la cadena alimentaria.

—¡Es que no me lo creo! La OMS debería guardar especímenes de cada tipo, como hace con las cepas de la viruela, y proceder a su extinción. Estoy seguro de que no pasaría nada.

—Una universidad californiana no cree lo mismo. De hecho, consiguió una subvención de tres millones de dólares para salvar una especie en peligro.

—¡Lo que faltaba! ¿Es que estáis locos, los americanos?

—Mira, adoramos nuestra fauna —había dicho Check con guasa—. Nuestra cucaracha más popular incluso vuela.

—¡Aj! ¡No me jodas! ¿Cómo no te puede... ofender que puedan volar?

—Las moscas también vuelan.

—¡Pero no se esconden! ¡Cojones! ¡Ni vienen por las noches a dejar sus defecaciones donde te puedan provocar vómitos y diarrea! Las moscas se dejan ver...

—Mira, Bill, el día que las cucarachas dejen de ser lucífugas sí que tendrás un problema.

—¡Ya tengo un problema! —había gritado rabioso.

—Hazte a la idea: nos sobrevivirán. Están aquí desde hace trescientos millones de años, eso son trescientos millones de años antes que el hombre. Pueden comer de todo, incluso madera, son muy resistentes a la radiación, se multiplican por quince cada mes y viven hasta un año entero. Son invencibles.

—Me niego. Son un error de Dios, ¿no lo ves? Si les arrancas la cabeza aguantan nueve días hasta morir de inanición. ¡Nueve días! ¡¿Qué clase de criatura obscena come madera y dura nueve días sin cabeza?! Son monstruos... y van a por mí.

En un último intento de acercarse a Check a su causa, le mostró la herida en su alma:

—Una vez, con doce años, había gaseado mi habitación a conciencia. Traté de filtrar ese aire viciado respirando bajo la sábana. No servía de mucho. Se me hacían mocos en la garganta, tenía picores en la nariz y no podía abrir los ojos, pero al menos dormiría solo. A medianoche noté algo sobre mi pecho, algo grande. Abrí los ojos a pesar del escozor y me encontré una cucaracha de diez centímetros que se movía hacia delante y hacia atrás. Era aberrante. Quise morir pero nadie me escuchó. No me podía mover, estaba paralizado por el pánico. Tampoco podía gritar, por aquel entonces mis cuerdas vocales estaban tan jodidas a causa del insecticida que mi voz era un hilo inaudible. Lo único que podía hacer era mirar con unos ojos llorosos cómo ese horror basculaba unos milímetros, adelante y atrás, adelante y atrás. Cuando recuperé la movilidad me lo saqué de un guantazo. Al caer al suelo ocurrió algo terrorífico: de debajo del bicho apareció otra cucaracha, la hembra que estaba fecundando.

Bill se llevó las manos a la cara. Confiaba en recibir apoyo. Una caricia. Un abrazo. Algo. Checky no se movió. Despreocupada, acabó:

—Estás histérico, no es para tanto.

Pero sí que era para tanto. Para tanto y más. No concebía algo peor que dos cucarachas resistentes al veneno fornicando sobre su cuerpo, y si Check no podía entenderlo, nunca acabaría de amarla.

Su relación era conocida en la Agencia, donde todos mostraban la misma discreción artificial que ellos practicaban. Bill se alegraba de esa cautela, sobre todo ahora que estaban atascados en un punto muerto.

Se miró al espejo. Cada vez se parecía más a su padre, que, como Checky había advertido, era calcado al Bill de *¿Quién Es Quién?* Como chiste no le hacía gracia, como hecho fehaciente le preocupaba un poco. Los ojos marrones, el pelo rubio, las mejillas sonrosadas, la calva incipiente... solo le faltaba en vez de barba y bigote dejarse perilla de chivo. Esa foto de familia que guardaba desde pequeño le transportaba tanto al pasado como a un previsible futuro: acabaría siendo el vivo retrato de su progenitor. Pero esa barriga... quería mantenerla lejos; la dieta y el ejercicio no impedían que comenzara a asomarse. William Wright padre se reencarnaba en su hijo; no era tan malo, pensaba este último, si heredaba también su alegría de vivir. A veces le oía felicitarle cuando encontraba un ejemplar de su antigua colección. Prácticamente la había recompuesto, además de ampliado, aunque eso era fácil. Las piezas buenas se podían conseguir con dinero, lo difícil era encontrar la cantidad de cómics mediocres que su padre le hizo adorar, esos no los tenía casi nadie, y quien los tenía raramente los ponía a la venta, convencido de su nulo valor. «Hay que buscar cada día.» Siguiendo la máxima localizó un anuncio

interesante. Parecía escrito por alguna novia posesiva que quisiera atar a su pareja robándole su pasado. Cualquier aficionado real hubiera detallado los números. En el texto se leía: «Vendo lote de cómics con Capitán América, Green Lantern, Infinity, Vengadores, 4 Fantásticos, Vigilante, X-Men y Transformers». De todas las series malas, Transformers, la peor; quizás por eso le tenía especial cariño. Tan solo le faltaba el número 10, uno de sus preferidos, lo recordaba dibujo a dibujo, más de cien veces lo habría leído de pequeño. Shockwave activando a los Constructicons y estos combinándose para formar a Devastator. Compró sin preguntar. La posibilidad de encontrar ese número 10 en el paquete le mantendría ilusionado hasta que llegara. En cualquier caso, podría utilizar las portadas de los otros ejemplares para aumentar el mural pop que decoraba una de sus paredes.

A la mañana siguiente se levantó tarde, desayunó en el jacuzzi viendo dibujos animados y volvió a su cuarto. Animado por el descubrimiento de la noche anterior, se puso a buscar a lo largo y ancho del mundo. Ningún cómic de su lista, ningún robot, alguna nave tentadora que, al mirar alrededor y no ver dónde ponerla, ignoró. Al final del día, y por miedo a arrepentirse, compró una extraña serigrafía de John Byrne firmada en la que aparecía Lobezno con su primer uniforme atravesando con sus garras a un secuaz del Club Fuego Infernal; era la ampliación de una viñeta polémica en su momento, habitual en el presente. Tampoco sabía dónde colocarla, pero estaba contento por la compra. Se metió en la cama a releer los Dreadstar de Jim Starlin; tras la explosión de Chichano, quedó dormido.

Fruta, piscina, cacao y planos. Todo encajaba. Por qué no lo vio antes, no importaba, el caso era que el conjunto de resistencias estaba bien situado, los moldes encajaban y las piezas móviles no rozaban. Solo faltaba que la célula de tungsteno se licuara al ritmo adecuado. Y prácticamente lo hizo. Aún debía reconvertir medidas, ajustar aleaciones... en resumen: meses de pruebas, pero lo importante, lo definitivamente importante, era que el minipulso era viable, e iba a funcionar. Bill, emocionado, sujetó el artefacto con ambas manos y se lo plantó frente a la cara, como un sacerdote sostendría un cáliz. Como homenaje solemne recitó a sus clásicos: «Un arma noble para tiempos más civilizados».

Y tras el cénit, la caída.

Un aplastante dolor se instaló en su cabeza. Llegó tambaleándose hasta su cama. Allí quedó, mareado, sintiendo el palpitar violento de venas y capilares. Era el precio que pagaban los genios por tocar la gloria. No es que él lo fuera, es que sabía copiarlos. Ahí radicaba el problema. Manzotti era un genio, Bill un copista. Y había colaborado en su muerte. El malestar aumentó, su cerebro contenía agujas. Nada tenía sentido. Su existencia era un equívoco, un caro equívoco para la humanidad. Ese Manzotti... con él finó el reino de las ideas, habían destruido el futuro. El artefacto que tenía entre sus manos era la última prueba. Habían secado una fuente irreplicable a

la que el género humano no debía renunciar. ¿O sí? Lander no podía equivocarse, les convenció a todos sin problemas. ¿Por qué ahora encontraba peros? ¿Qué sentido tenía? ¡¿Qué sentido tenía?! La razón se mostraba esquiva. La mente entró en un bucle. «¿Qué sentido tenía?» era la pregunta recurrente. Sintió ganas de gritar, le entraron náuseas. Se tomó unas pastillas y durmió profundamente, sin sueños. Al despertar su cabeza era de plomo, pero estaba quieta y guardaba una explicación. Atribuyó los síntomas a la resaca del descubrimiento, al vértigo natural del que llega al final del camino y se queda a un paso del vacío. El vacío era su mente; el camino, las instrucciones robadas a un coreano muerto. Llevaba semanas galopando a lomos de un caballo prestado, el ingenio de Manzotti. Desmontar para siempre era duro. Ya no iba a sentir la inspiración del salto asimétrico, del talento mayúsculo. Bill no era más que una ficha de parchís en manos de un jugador que solo sacaba unos. Leer, entender, transportar conceptos del papel a la materia, ese era su cometido. En un futuro los robots podrían sustituir a humanos como él, gente desterrada del mundo de las ideas, ajena a la inspiración. Hasta Mario le ganaba en eso; el italiano, que no resolvería una ecuación sin incógnitas, había logrado instintivamente encontrar el nombre perfecto para la nueva arma. Ese bautizo pasaría a los anales, su aportación a la ciencia quedaría grabada. Bill no habría dicho «minipulso» ni concursando mil veces. En calidad de primer constructor nadie le recordaría. Tenía que asumirlo, él aparejaba o destruía lo que otros proyectaban. Al menos destruir era gratificante, no temía reconocerlo, grandes hombres lo habían hecho, como su admirado Otomo, cuya obra maestra nació de la necesidad de arrasar Tokio. Bill se conformaba con un rascacielos, pero eso no iba a ocurrir, las empresas le habían vetado y en una misión se acumularían las bajas. Deprimido, bajó al Patio. Quería estar con Layla o Sergey, no con Lander, por alguna razón prefería evitarlo. Sin embargo, fue este quien apareció.

—¡Bill! ¿Cómo estás? ¿Cómo va?

—Va —contestó sin un ápice de entusiasmo.

—¿Y el minipulso?

—También va. Parece.

—¡Pero eso es fantástico! Te veo muy bajo, ¿pasa algo?

—Mi cabeza. Tengo que aclararla. Mañana hablamos, ¿vale?

—Claro. Cuando quieras.

Se dirigió a la piscina. Aunque no le sorprendió encontrarla vacía dio gracias al cielo por ello. En el momento de sumergirse supo que estaba haciendo lo correcto, era el ejercicio perfecto para despejarse. A medida que sumaba largos, datos inútiles se desprendían del planteamiento, como impurezas de un carenado en un túnel de viento. Con el cansancio, su cerebro soltaba lastre. La auténtica duda, como una diosa neuronal, acabó apareciéndose, tan sólida como la puerta de un templo perdido tras días atravesando una selva a machetazos. El problema era Manzotti. Siguió nadando, más lento, calmado, observando su problema introspectivamente, desde todos los

ángulos, como un golfista preparando el *putt*. Allí yacía el argentino, con el cráneo deshecho, encharcado en su propia sangre, casi negra en contraste con la nieve. Necesitaba saber más, no estaba seguro de que ese árbol irrepetible tuviera que ser talado.

En su habitación empezó a ordenar premisas, algo que tendría que haber hecho antes. El poder de convicción de Lander y la urgencia se lo habían impedido. Era un ejercicio arriesgado, pues de concluir que esa misión había sido un error el quebranto en su fe resultaría irreparable. La verdad, se dijo, está por delante del miedo. Partió de lo más llamativo. Alfred Nobel creó sus premios para compensar el daño de su invento más famoso, la dinamita. Era curioso que derivados de esta hubieran protagonizado la eliminación del triplemente galardonado. Tres Nobel. Era un hecho. Algo tenía que significar. También era un hecho que ninguno era el de la Paz. Una década atrás, los reyes de Noruega, hartos de las presiones y amenazas chinas, habían declarado el premio desierto hasta que no cambiara el orden mundial. Sus colegas suecos siguieron la tradición en el resto de disciplinas, que reconocían la brillantez de un trabajo, no la calidad humana. No obstante, eran tres. Manzotti no había erradicado ninguna enfermedad, pero había diseñado medicamentos que cronificaron algunas mortales, millones de afectados seguían respirando gracias a él. ¿Cuántas recetas curativas quedaron por descubrir el día de su exterminio? Y todo por un arma que podría calificarse de antiarma. Un objeto poderoso cuya posesión exclusiva chocaba con los principios de la Agencia: esta debía repartir poder, no acumularlo. ¿Nadie más se daba cuenta de que estaban jugando con fuego? ¿Era eso lo que Lander buscaba? Cada minuto que pasaba se convencía más de que al haber actuado de oficio, la Agencia en pleno se había desautorizado. Bill temía llevar razón. Lo mejor, convino, era dormir, dejar las soluciones en suspenso y discutir las por la mañana con Lander.

Mientras llegaba el sueño, decidió ver la tele. En su canal preferido reemitían un episodio de *Expediente X*; en él sugerían que si los extraterrestres estuvieran vigilándonos lo harían a través de cucarachas teledirigidas, y estas, teledirigidas o no, aparecían, protagonistas. Bill había visto ese capítulo tres o cuatro veces. La serie le encantaba y los bichos de ficción no le molestaban, pero había una escena en que una cucaracha atravesaba la pantalla en un plano superpuesto al de la trama, una broma del director para hacer creer que un insecto real acababa de recorrer tu televisión. Indefectiblemente, para sentirse tranquilo, Bill se levantaba a comprobar el truco. Esa vez fue diferente; se quedó quieto, sabedor de que era mentira, sin necesitar comprobación. Un rayo de esperanza cruzó su mente: la terapia de Layla podía estar surtiendo efecto.

El despacho de Lander se ensanchaba a medida que argumentaba frente a él sus reservas. El dueño lo miraba conspicuo, Bill se encogía. Cuando acabó su exposición

se creía tan pequeño como los dos fósiles que formaban en la mesa de delante. Lander le dedicó una sonrisa sutil y sincera que le hizo recuperar su tamaño.

—Lo que más me gusta de ti, Bill, es tu compromiso con... la filosofía de la Agencia. Sabía que si algún día nos desviábamos serías el primero en detectarlo. Y aunque nunca estuvimos tan cerca, todavía no hemos cruzado la línea. Te voy a explicar por qué Manzotti no es una baja.

»Todas las medicinas que elaboró sí que han salvado vidas, o mejor dicho, prolongado vidas, pero solo las de aquellos que pudieron pagarlas. Tras su muerte, las fórmulas han pasado a ser de dominio público, se están empezando a elaborar genéricos que sí ayudarán al mundo. Las centrales nucleares que envolvían su base acaban de ser nacionalizadas por uno de los países más pobres de la Tierra: media África tendrá una energía a la que no iba a acceder en los próximos cien años. Y su base... los mejores científicos están inventariando todo lo que encuentran, y no es precisamente bueno. Han encontrado cepas de virus que solo podían ser usados para chantajear a los vivos, tal y como ya hacía con los enfermos que nunca pretendió curar. Los rumores de su tan cacareada máquina del tiempo han resultado ser ciertos. Ese tipo pretendía escapar, nunca quiso compartir su sabiduría. Era un genio, sí, pero un genio loco, o sencillamente egoísta.

—¿Y el minipulso?

—Sí. Es cierto que el hecho de tenerlo nos desacredita, nos convierte en parte interesada e interesante. ¿Dices que el prototipo es operativo?

—No es muy fiable, pero lo será.

—¡Maravilloso! ¡Muy bien, Bill, muy bien!

Ese arranque de euforia por parte del siempre taimado Lander le produjo inquietud. No entendía tanta felicidad por tener algo que no debían. En un tono más moderado, su jefe continuó:

—Estoy convencido de que en menos de un año alguien lo estará construyendo en cadena. Los planos que poseemos deben de estar repetidos en alguno de esos archivos que se están registrando. Mucho me temo que el científico que los encuentre dejará de ser neutral y buscará comprador. En ese momento alguien pagará lo indecible por un diseño que nosotros, en cuanto lo sepamos, colgaremos en la red al alcance de todos. Hasta entonces será nuestro secreto y, si se tercia, nos dará alguna ventaja. ¿Qué opinas?

—Me parece bien.

—Por otra parte, deberíamos investigar ese escudo contra minipulso que Manzotti tenía preparado. Es lógico que exista: ese cabrón solo inventaba para desinventar, lo cual me lleva a un último apunte... ¿te acuerdas de esas cucarachas que habían desarrollado una enzima que las hacía resistentes a los viejos insecticidas? —Bill asintió—. Pues parece que no fue una respuesta evolutiva, fueron producto del laboratorio de Manzotti, al igual que el único compuesto que las mataba.

Todo aclarado: ese bastardo no era una baja y el minipulso representaba un

riesgo, sí, pero con fecha de caducidad. Lander le había tranquilizado la conciencia, y su frase de despedida le había devuelto el ánimo; tras agradecerle el trabajo y la auditoría moral, se refirió a él como «cabo Wright». Le gustaba recuperar un rango que nunca debió haber perdido, le hizo sentir como uno de sus héroes de película, el cabo Taylor de *Platoon*, el cabo Hicks de *Aliens* o el cabo Lyndon de Barry ídem.

Al llegar a su habitación se le despertó un hambre voraz. Empezó a devorar plátanos mientras encendía su pantalla. Había recibido un correo de Checky. Era el artículo de una revista de ciencias. Explicaba cómo un equipo de investigadores había descubierto un insecticida viral contra la especie más común de cucarachas (*Blatella germanica*); pese a no ser útil contra los huevos, esperaban conseguir que lo fuera. No era un paradigma de romanticismo pero, tratándose de Check, podía considerarse una declaración de amor. Le hizo auténtica ilusión. Pasó el resto de la tarde cambiando canales y pensando en ella. Debía notársele porque esa noche, en el Patio, antes de la sesión de hipnosis, Layla le hizo un comentario al respecto. Cuando despertó, Sergey también estaba ahí, con una cerveza preparada y un paquete que había llegado a su nombre.

—En realidad es para ti —le dijo Bill a Layla, que lo abrió y se encontró con el cómic de Segrelles.

—¡Oh! ¡Gracias!

—Hojéalo, es muy bonito.

—Sí, ya veo —reconoció la palestina—. Pero tendrías que dedicármelo.

Bill se dispuso a escribir sobre la primera hoja en blanco.

—¡No sé qué poner!

—Si no se te ocurre nada, escribe un chiste.

El irlandés aceptó el consejo: «¿Cuántas cucarachas hacen falta para enroscar una bombilla? No se sabe, porque al encender la luz se esconden». A todos les encantó: a Layla, a Sergey y a Lander, que acababa de llegar. Juntos despacharon un arsenal de chistes sobre insectos cada vez peores y cada vez con más éxito. Bill observó el belén de botellas que había montado y optó por retirarse; al día siguiente pensaba retomar su vida metódica entre laboratorio y taller. Los demás siguieron el campeonato de absurdos.

Con la risa floja se metió en la cama. No se quitaba de la cabeza el último chiste de Sergey: «Un investigador le arranca dos patas a una cucaracha y le ordena: “¡Camina!”. Luego escribe en conclusión: “Cucaracha con cuatro patas oscila levemente”. Le arranca dos más y le ordena: “¡Camina!”. “Cucaracha con dos patas pierde control de dirección y velocidad.” Le arranca las últimas y grita: “¡Camina!”. “Cucaracha sin patas, sorda.”». Con una risita final se sumió en un sueño tranquilo.

Sesgado, como el primer viento de otoño, como el tallo en el arrozal. Sesgado como el haz que atraviesa un prisma. Sesgado como fin, como forma. Sesgado, no torcido como sus dientes, como el hueso de su nariz, como la cama reflejada en el espejo. Allí el cuerpo de una prostituta comenzaba a agitarse, víctima del despertar. Yukio captó el movimiento pero no desvió la mirada, siguió escrutando el mapa de sus facciones. La imperfección se extendía cuello abajo, había detalles imperdonables. Tras seis semanas de baja humanidad había llegado la hora de purificarse.

Entró en la base y fue directo a su habitación, de ahí bajó al gimnasio en quimono y zapatillas. Confiaba en que el no saludar a nadie fuera indicativo de no querer ser saludado. Se descalzó frente al tatami e inició la primera serie de katas, coreografías preparatorias para catalizar energía. El resultado fue vago, como la claridad de su mente. Repitió el ejercicio hasta lograr una secuencia digna, luego pasó a la siguiente serie. A medida que aumentaba la dificultad, más lento avanzaba, su cuerpo no encajaba en esos moldes centenarios. Las imprecisiones se sucedían, execrables, vergonzosas y a base de sacrificio, corregibles. Sudó como un novato. Al anochecer se permitió una ducha como única recompensa y agua como alimento. Se tumbó en el suelo para dormir, a dos metros de su cama, un premio que se le antojaba tremendamente lejano.

A las cinco de la mañana empezó de nuevo, desde el principio; progresó mejor. Se permitió dos vasos de agua durante el día y todo lo que pudo beber durante la ducha final. Al tercer día sin comer comenzó a vislumbrar el camino, algún músculo se parecía a lo que debía ser, la capa más superficial de grasa había desaparecido, su estómago ya no se quejaba. El cuarto día bebió cuanto quiso, a cambio no se acostó hasta haber completado con soltura los doce katas Goju-Ryu. Eso ocurrió a las cuatro de la madrugada. Al rato se levantó, comió un poco de arroz y se enfrentó al segundo peldaño. Una vez recuperado el karate, tocaba lo propio con el kung-fu. La técnica sucia fue depurándose, cada avance implicó comida, pero el sendero, aunque acertado, era cenagoso. La sabiduría reposada de los movimientos exigía concentración, sumisión al arte; el suelo paulatinamente le fue confiriendo poder, el aire se hizo líquido donde nadar. Era el Camino, que le acogía como digno viajero. Fueron seis días de etapa recorridos a ritmo propicio. La gracia se percibía, faltaba domarla.

La tercera disciplina, kung ju mu sul, iba a exigirle un esfuerzo servil. Entró en el tatami. Saludó con respeto a los maestros del pasado y sin dilación adoptó la postura inicial: chon kimase. Las piernas abiertas, los pies en paralelo, las rodillas flexionadas, el tronco erguido, los brazos en simetría formando un rombo frente al pecho, las manos abiertas a un centímetro de tocarse, cada una con sus cinco dedos unidos siguiendo la línea del cúbito, y la cabeza controlando el dolor y enviándolo a ese punto intocado entre los dos dedos corazón. Donde no había nada, Yukio atendía una cola de quejas. Lo primero que sintió fueron las espinillas, pidiendo paso a través de la carne para salir al exterior. Focalizó la presión y la repartió a lo largo de su

torrente sanguíneo. El calor creciente en sus riñones amenazaba incendio; consiguió expandir las brasas hasta la nuca. Con cada minuto, diferentes partes del cuerpo le pedían atención y cuidado; envió fatiga y pinchazos a rincones de paz que solo una mente entrenada conoce. Resistir diez horas en esa posición fue un ejercicio de severa espiritualidad.

Superado el test básico siguió con las guardias, las defensas, los puños, las palmas, los nudillos, los codos, las rodillas, los muslos, las plantas, los empeines, los tobillos, la cabeza, los giros, los barridos bajos, los altos, los vuelos, las llaves, las roturas y la neutralización decisiva en todas sus variantes. Cuando completó los movimientos de manera correcta, el Camino llegó a su fin. Frente a él se erigía un pabellón dorado y tras este, la promesa del sesgo. Había tardado en quedar limpio tres semanas exactas. Yukio estimó la cifra intolerable; como castigo recortó en dos días sus futuras vacaciones. Dos días menos de abandono, dos días menos que remontar después.

El descenso había comenzado la misma noche de la celebración. Cuando ya estuvo cargado de sake, recogió su mínimo equipaje y se alojó en uno de los mejores hoteles; le recibieron como cliente preferente, había estado allí varias veces. La urbe que envolvía la base ofrecía a Yukio todo lo que necesitaba, no tenía que alejarse para hacer realidad sus planes. Desde la suite llamó a una empresa de servicios de las muchas que había probado; la mayoría satisfacía sus demandas con una profesionalidad que agradecía en propinas.

Pidió una japonesa, no una china ni una tai u oriental cualquiera, una japonesa especializada en *bondage* y que trajera consigo opio para tres días. Un operador serio y amable le aseguró el pedido en menos de una hora. Mandó que le subieran tres botellas de sake con un juego de vasos adecuado; diligentemente, un camarero lo trajo todo. Deshizo su maleta. Colocó la ropa en el armario. El conjunto se componía de una muda, una camisa y un pantalón. Luego sacó el estuche con la pipa y lo dejó sobre la mesa de la sala. Empezó la primera botella y encendió la televisión, a la espera de su compañía. Cuando esta llegó, Yukio le dijo:

—Te llamarás Himiko. Deja el paquete ahí encima. Quítate el abrigo.

Tres o cuatro días después cambió de hotel, fantasía y proveedor. Y así una y otra vez hasta no reconocerse en el espejo. Las chicas que venían cumplían casi todas sus peticiones con precisión. Aún faltaba encontrar una que oficiara correctamente la ceremonia del té. Para eso contaba con una surtida gama de lujosos restaurantes japoneses. Esa ciudad parecía diseñada para hombres de negocios adinerados con ganas de ir de putas (en algún lugar había salido publicado que era la que más tenía por habitante). Yukio la adoraba por eso.

Mientras fumaba y veía las paredes cambiar de textura, se le cruzaban por la cabeza más imágenes sexuales que nunca, convertirlas en realidad solo era cuestión de dinero. Había cumplido deseos de lo más escabrosos, jamás sintió remordimientos por ello, ni siquiera tras haberse corrido. La calma inducida por el humo en sus

pulmones empapaba su moral de infinito y laxitud. La cuesta abajo se iba pronunciando hasta convertirse en un salto al vacío, una caída vertical a la que Yukio se entregaba como un martín pescador demente que lanzara su picado contra tierra firme. Firme y torcida, irregular, defectuosa, repleta de ángulos incorrectos. Esa tierra en la que nada encaja, contra la que siempre se estrellaba a velocidades más y más vertiginosas. Tierra torcida, no sesgada.

Acababa de dejarla atrás. No es que hubiera llegado a destino, pero el resto del camino era placentero. Animado por la perspectiva, bajó al Patio. Allí estaban Sergey, Bill y Layla. Le agradaba que fueran pocos; cuando había más gente se sentía mareado ante el exceso de conversaciones y no tardaba en escabullirse hacia las máquinas recreativas. Al acercarse a la mesa, Layla hizo un ademán de cortesía que pasó inadvertido a los demás. Tras ser aceptada en la Agencia, Yukio olvidó sus reservas hacia ella por ser cosa juzgada. La chica le trataba con una adoración que no captaba desde su juventud kendoka. Pese a no dar muestras de ello, le encantaba esa deferencia.

—¡Yuk! ¡Mi chino favorito! —exclamó Bill como bienvenida.

—¿Siempre eres tan faltón? —preguntó Layla.

—A veces más —señaló Sergey—. Una vez lo llamó «mongol de las praderas».

—Me gustó —musitó el mentado, sonriendo levemente.

—¿Te traigo algo? —se ofreció Layla.

—Agua —aceptó cuando se sentaba.

—Oye, Layla —dijo Bill—, que por ser la nueva no tienes que hacer de camarera. ¡Para eso está Sergey! —Este le lanzó a la cara la guinda de su whisky *sour*. Tras el impacto, el irlandés soltó una carcajada—. ¡Me la merecía, camarada! ¡Lo reconozco!

La charla amigable, el ambiente despreocupado..., sus compañeros, en definitiva. Disfrutaba de la velada aunque no participara en demasía, pocas respuestas a preguntas directas eran su contribución. Mientras, el resto bromeaba, debatía o reía sonoramente. Le intrigaba sobremanera cómo lo conseguían, ese desparpajo, la libre frescura de los gestos más sencillos. Yukio, en contraste, parecía disculparse de continuo por estar respirando. Esas personas pertenecían a un mundo distinto que le atraía, que le gustaba, pero que no comprendía. Desde su asiento se sentía un mero espectador de lo que la gran mayoría del planeta llamaba «humanidad». Su existencia se basaba en parámetros diferentes.

Volvió a su cuarto y se metió en la cama. No era más que una esterilla sobre el parqué con una almohada pequeña y una sábana gruesa con la que taparse. No obstante, habituado a la madera desnuda de las noches anteriores, el cambio de lecho le pareció radical. Se arropó con el basto algodón y se quedó quieto, bocarriba, como un rey a la espera de ser embalsamado. Durmió contento por el día que se avecinaba, tenía ganas de volver a su isla. Había empezado ahí, durante los días del karate, se había trasladado a China con el kung-fu y había acabado su periplo un poco más al sur con los secretos marciales de la nobleza coreana. Aprender de sus vecinos se

consideraba una indignidad en su país, donde chinos y coreanos eran vistos como razas inferiores. Afortunadamente, Yukio había entrado en contacto con las personas adecuadas, quienes forjaron en él una aleación devastadora. El enriquecimiento de sus habilidades le hizo mejorar exponencialmente como guerrero. Era un bote de remos, como cualquier décimo dan, al que habían añadido vela y timón. Con mayor control y autonomía que nadie, era el momento de sublimar sus propias tradiciones.

Okinawa seguía siendo la región olvidada y pobre que fue seiscientos años atrás. Su padre nunca quiso un hijo, ni un trabajo como el que tenía, ni una esposa, ni esa casa donde los años pasaban tan lentos. Su padre quería pescar y vivir de ello solo en una cabaña. No entendía cómo lo había hecho tan mal como para no alcanzar un sueño tan humilde. Resentido con el universo, llenó de amargura un hogar ya de por sí triste. Su esposa se contagió de esa actitud umbría y Yukio fue el que pagó por todos. En la escuela nunca pudo competir contra alumnos cuyas familias pagaban clases de refuerzo; él quedó irremisiblemente atrás. Una vez catalogado de tonto, su asimetría facial pasó a ser coto de burla. Yukio era el blanco más accesible para todo aquel que quisiera volcar sus frustraciones. Dejó el colegio a los doce años y sus padres ni se enteraron. Entre las bandas juveniles se hizo respetar, allí reinaba la miseria, estaba en igualdad de condiciones que el resto y destacó, porque entre todos esos chavales era el que menos tenía que perder. Escapaba como una rata a todos los controles policiales, obedecía sin miedo a los líderes cambiantes y siempre estaba ahí, parecía no tener casa. Dejó por completo de pisarla a los trece, siguiendo a los primeros yakuzas que le ofrecieron un techo. El juego de la violencia aumentó de nivel, pero siguió pareciéndole fácil, no sentía aprecio alguno por esa sociedad que le había denostado. Volvió a codearse con aquellos que le humillaron por su condición de pobre. Esta vez era él quien los vejaba a base de impuestos proteccionistas. Todo el tiempo libre del que disponía, que era mucho, lo dedicó al karate. Aparte de esta obsesión, se comportaba como uno más: bebía jugando a las cartas, frecuentaba burdeles y se tatuaba un nuevo dibujo en cuanto cicatrizaba el anterior. Acababa de cumplir diecisiete y en su dermis no quedaba por cubrir más que cara, cuello, manos y pies. A esa edad se inició en el kendo por recomendación de su sensei, que había detectado en él una facilidad sobrenatural para el kumite.

En su primer día, el vestuario en pleno se fijó en las pinturas de su piel, su pertenencia al gremio mafioso era obvia, pero nadie reparó en un hecho más extraordinario aún: se había ajustado la armadura sin ayuda, sin conocimiento previo y sin error. Su progresión fue meteórica y seguida de cerca por ojeadores de los dojos más prestigiosos. Agradeció y desestimó todas las ofertas de beca para entrenar en Tokio, Osaka o Kobe. Su trabajo no concedía excedencias ni por méritos deportivos ni por ninguna otra razón.

Si llegó a la gran capital fue por una afortunada coincidencia. Otro tipo de ojeadores se fijaron en él, los temidos consultores laborales. Buscaban personal óptimo para actividades de mayor calibre. En la práctica eso se traducían en mancharse de sangre antes del primer año y pisar la cárcel en menos de tres. Ni los más ambiciosos querían cambiar una vida tranquila y de riesgo relativo por tiroteos, prisión y según cómo, muerte. Yukio fue el primero en mucho tiempo que aceptó el traslado forzoso con satisfacción.

Primero tuvo que convivir en treinta metros cuadrados con otros diez novatos de provincias. Se ganó una estancia propia en cuanto demostró su valía como cobrador. En esa megalópolis, tenderos y restauradores no colaboraban demasiado, siempre estaban quejándose, escatimando yenes o pidiendo tiempo. La sólida presencia de Yukio convencía a algunos, otros necesitaban acicates dolorosos. Lo importante, lo único importante, era volver con la suma correcta, y siempre lo conseguía.

Mientras tanto, en el dojo kendoka más exclusivo de Japón se congratulaban del imprevisto fichaje. Ese joven de veinte años era un prodigio. No había guardia, finta, ataque, defensa o contraataque que no dominara con soltura el mismo día que le fueran enseñados. No fallaba en nada, y en combate solo sucumbía ante grandes maestros cuando utilizaban técnicas que aún desconocía. A través de la máscara veía un mundo igualitario donde todos partían con las mismas oportunidades. Allí no había medias tintas, o ganabas o perdías. Un arma igual para todos y un cuerpo para guiarla. Eso era justicia, y no el azar del nacimiento. Desde que intuyó el rastro de una luz al pisar por vez primera un tatami, no se sentía tan seguro de andar por el camino correcto.

Cuando se acercaron los campeonatos regionales y en la lista de participantes no constaba el nombre de Yukio Kawabata, el director del centro, alarmado, fue a pedirle explicaciones. Él no iba a competir, no quería ser popular, únicamente le interesaba aprender. Lo dijo solo una vez, con la frialdad inapelable de sus estocadas. Implícito en la frase, constaba un mensaje más amplio que su interlocutor captó: ganar el torneo no le iba a aportar ventaja alguna, quería mantener el estatus de alumno bajo su tutela. «Mejor eso que nada», concluyó el director, y le emplazó a terminar su aprendizaje. Eso ocurrió año y medio más tarde. Nadie quedaba en Tokio con algún secreto que no conociera, mas continuó practicando cada minuto que pudo. En los círculos de aficionados se convirtió en un personaje de leyenda, algo en lo que casi nadie creía, un kendoka imbatible que absorbía los conocimientos de cada uno de sus oponentes. Pero en su dojo sí que lo creían y alumnos de todas las edades se repartían por las esquinas para verle entrenar sin causar estorbo. Era una experiencia reveladora: tras él nadie osaba deshonrar su espada de madera con imitaciones paupérrimas. Lo que acababan de presenciar era sencillamente irrepetible.

Su puntería era perfecta, pero como bien le avisaba el instructor de tiro, de nada servía si a la hora de la verdad te resistías a apretar el gatillo. No era algo que le preocupara, ejercía su trabajo sin pistola. Los cobradores no debían portarla, los más

ineptos podían caer en la tentación de usarla para facilitar la recaudación. Un disparo conllevaba indefectiblemente presencia policial, juicios y sobornos, gastos mayores que las eventuales pérdidas. Si Yukio llegó a tal extremo fue por exceso de celo en el desempeño de sus funciones.

El tipo trataba de escabullirse, eso estaba claro. Lo supo en cuanto lo vio. Al entrar Yukio, el dueño del restaurante, detrás de la barra, había amagado con eludir su obligación. Lo que el okinawense tenía aún más claro era que la cuota no quedaría impagada, fueran cuales fueran las razones que inspiraban esa cara de terror redoblado. Una de las razones habló desde una mesa sin luz:

—Puedes marcharte. Este negocio pasa a manos del clan Sameshima.

Yukio, impertérrito, siguió con la mirada fija en el extorsionado. Ubicó con precisión a los presentes en una imagen mental. Se sobrentendía que todos eran enemigos, cinco en total. Ante la nula colaboración mostrada, el portavoz se acercó.

—Repito, puedes marcharte. Dile a tu jefe que los Sameshima toman posesión de la manzana entera por derecho histórico.

Yukio miraba al morador de la barra; este, muerto de miedo, le rogaba telepáticamente que se marchara, incapaz de asumir más problemas. No hubo caso, él seguiría ahí hasta conseguir el dinero a por el que había venido.

Estaba en franca desventaja; al hombre que le hablaba y que se había acercado a dos metros había que sumarle cuatro más a medio incorporar, atentos, al final de la sala. Les suponía a todos armados. Desde su posición no encontraba una solución válida; podía inmovilizar al más cercano pero, a partir de ahí, nada le aseguraba que no le dispararan hasta acertar, a pesar del escudo humano. Si al menos tuviera una pistola para devolver el fuego podría dispersarlos y acabar con ellos uno a uno. Se giró lentamente y enfocó hacia el grupo. Por las posturas los notaba tensos, lindantes con el miedo. El único que se manejaba con determinación era el orador, que acompañó su última frase con un incentivo que le condenaría.

—Ahora vete. No tienes nada que hacer por aquí —dijo mostrando su pistola.

Un rayo le asió la muñeca y se la dobló hacia arriba, la presión se comunicó con el resto del brazo y le hizo girar en redondo, justo para ver a sus compañeros desenfundar. Con la otra mano Yukio tomó el arma y disparó al blanco más cercano a la cabeza. Los otros tres, tal como estaba previsto, se distanciaron entre sí, más pendientes de encontrar cobijo que de coordinar un ataque en superioridad. El líder se desangraba, apoyado en Yukio, blanco de un fuego no demasiado amigo. Lo dejó caer al suelo mientras apretaba el gatillo por segunda vez. La bala no salió, el cartucho se había encasquillado. «No fiarse nunca de un arma ajena» era una lección que quizás había aprendido demasiado tarde. Sin parapeto, sin plan de fuga y con los contrincantes a un par de segundos de percatarse, el isleño vio la señal, la curva divina. A un metro, colgada en la pared, una katana sin vaina brillaba solícita. No era

más que un elemento decorativo, un hierro endeble comprado por tres mil yenes en la calle Nakamise. Ese metal vulgar iba a cobrar vida en manos de Yukio.

Subió de un salto a la mesa bajo la espada. Como polos que se atraen, palma y empuñadura encajaron sus formas. Desde esa posición elevada, ya armado, saltó de nuevo hacia sus contrincantes. Tres plomos a mil kilómetros por hora subrayaron su vuelo. Clavó su caída y ensartó a uno dándole la espalda, con un golpe ciego de cadera. Este dedicó sus últimas fuerzas a taparse el fatal agujero con expresión incrédula, la misma que mostraba el que estaba ahora frente a Yukio, pues no entendía por qué sus brazos no le respondían, ni tampoco sus pulmones. Tras él, su compañero le había dividido la columna por varios puntos en su afán de hacer diana. Lo hubiera logrado de haber usado munición perforante; en cambio, sus balas del .32 se limitaron a demoler vértebras y partir costillas. Fue tan compulsivo que dejó seco su cañón. Para cuando el cuerpo de su colega se hubo derrumbado y dejó de interponerse, lo único que tenía contra Yukio eran ridículas percusiones contra el tambor vacío del revólver. Un trazo límpido y sereno atravesó su cuello de lado a lado. Fue un corte perfecto: de ningún otro modo habría sido posible, con hoja tan barata, el sesgo absoluto.

Cinco cadáveres rodeaban a Yukio; aunque solo tres eran obra directa, él se sabía responsable del cuadro entero. Permaneció quieto, con la espada baja en un ángulo incandescente, sintiendo el roce de las almas migratorias.

El dueño del restaurante se asomó ante el silencio. En vez de un asesino menudo, creyó ver algo que se le quedaría grabado: el brillo extremo de una nova destructora, refulgente por la victoria. Yukio llevaba dentro una estrella sedienta de espacio, devoradora de vacío. Después de un camino esforzado e intenso, la luz estaba ahí, la había tocado y no pensaba alejarse.

Fiel al yakuza que le dio la oportunidad de llegar, recordó su cometido. Fue hasta la caja y sacó el dinero que había venido a buscar. De regreso a la base, el subalterno con el que siempre trataba le saludó incómodo, aceptó los billetes y le anunció: «El jefe quiere verte». Yukio tomó un ascensor sin botones, accionado desde la sala de control del edificio. Este constaba de cincuenta plantas, las ocho subterráneas las componían siete de parking y una galería de tiro. La importancia de las cuarenta y dos restantes aumentaba junto a su altura. Hasta entonces, no había subido más allá del piso octavo. Los dos últimos comprendían la vivienda de los Nakata; el cuadragésimo era el del despacho de su cabeza, Saburo Nakata. Ahí paró el ascensor. La bienvenida no fue cordial.

—¡No sé qué hacer contigo, chico de Okinawa! ¡No sabes en qué lío nos has metido! —Yukio calló, a la espera de una pregunta directa que le autorizara a hablar—. La policía te busca y no son los únicos. Los Sameshima han llamado para pedirme tu cabeza. Creen que la respuesta a su intento de conquista ha sido tan desproporcionada que exigen una compensación honorable, de lo contrario se habla de guerra, ¡guerra! ¿Sabes cuánto nos costó recuperarnos de la última? ¡Años!

Años... —El jefe del clan se encogió meditabundo tras una mesa demasiado grande. Era la primera vez que Yukio lo veía; el hecho de que le estuviera abroncando en persona era un acontecimiento incatalogable, de pronóstico incierto—. Por otra parte —prosiguió mientras ojeaba un expediente—, has mostrado una lealtad absoluta y tu trabajo siempre ha sido impecable. Parece que si no has pasado de cobrador ha sido por lo mucho que mis urbanitas desprecian a los de provincias como tú. No les gusta trabajar con pueblerinos, no... —Nakata se permitió una risa corta—. Esos presumidos deben de estar preguntándose si todo lo que se está diciendo es verdad. Yo creo que sí, y eso me plantea un dilema. Puedo entregar a un cobrador y ahorrarme una guerra, o puedo jugármela por un empleado ejemplar que no se queja, no suplica y, ¡por todos los dioses!, ¡no me interrumpes! Aunque solo fuera por eso debería quedarme contigo. Sí... Me quedaré contigo.

»Te explicaré lo que va a ocurrir, chico de Okinawa: la policía no encontrará tus huellas pero los Sameshima sí te buscarán. Será mejor que pases un tiempo en nuestra delegación china, hasta que se calmen las aguas. Luego te colocaré allí donde mereces. Ve a administración y que preparen tu traslado. Hoy mismo te quiero en Shanghái.

En tierras del nuevo imperio, Yukio permaneció unido a su destino, un haz en cuyo sesgo inigualable radicaba la diferencia entre el esplendor y la más banal de las normalidades. Ayudado del kung-fu, los márgenes del Camino se perfilaron más claramente. La espada se convirtió en una prolongación de su cuerpo, la gracia definitiva en su utilización hacía impensable que pudiera desprenderse de ella. Los maestros, frente a la más soberbia muestra de talento de la que jamás fueron testigos, dejaron de mostrarse reacios a compartir toda su sabiduría. Ni siquiera la pertenencia al gremio criminal que llevaba tatuada les frenó, esa presencia divina merecía saber todos los secretos.

Si bien no podía considerarse un ejemplo de virtud, la vileza de su tarea se relajó, aunque solo fuera por enfrentar negatividades. En su puesto de enlace, Yukio coordinaba sectores y participaba activamente en todas las acciones de fuerza. En el mundo de las tríadas, la guerra de guerrillas se remontaba quinientos años atrás, no eran más que pequeñas escaramuzas que no quebrantaban una paz longeva. Yukio demostró una valía exquisita que le granjeó la estima de su jefe en China. A cada éxito le sucedían varios días de mujeres y opio. Disfrutaba tanto descendiendo con sus instintos como resurgiendo entre golpes y gritos de sus profesores guerreros. Durante esos años creyó ser jinete de un dragón, rojo, enorme, cubierto de lacerantes escamas, que estuviera tratando de hacerle caer en mitad de ese vuelo doloroso y extraordinario. Era una escena que experimentaba a veces despierto, a veces dormido y siempre que aspiraba el humo de las victorias.

El aliado pekinés de los Nakata insistió tanto en querer comprar a perpetuidad los

servicios de Yukio que su patrón japonés quedó convencido de haber acertado con él. Por miedo a que el mismo Yukio se acomodara tras la Gran Muralla, Saburo Nakata optó por enviarlo a Corea. Allí permaneció a las órdenes de un capitoste de las mafias incipientes que le acogió por obligación; como patriota exacerbado mantenía en lo imprescindible la colaboración con esos japoneses que habían asolado una y otra vez su adorada península. Las funciones de Yukio pasaron a ser meramente decorativas.

Las alas del dragón se congelaron, así cayó junto a su montura como peso muerto sobre el campo de batalla en el que más sufriría. Casi cada día se le aparecían sus víctimas con sed de venganza, todas ellas sin excepción. Sabía quiénes eran, de dónde venían, las reconocía. Si no era por la cara, difuminada, era por su vestimenta, o su postura, o su arma. Cada una poseía al menos un detalle que la convertía en única. Desde su primer grupo de cinco tokiotas hasta la última pareja de traficantes hongkoneses. Cincuenta y uno en total. Llegaban en orden, con la calma de los que han perdido, dispuestos a llevarse a su verdugo por delante, pero Yukio podía con todos y los volvía a matar. En ese sueño recurrente lo único que variaba era el escenario: monasterios budistas, fumaderos alfombrados o tugurios ilegales donde los jugadores seguían a lo suyo mientras Yukio despachaba renacidos. Para ello contaba con una espada desconocida y las diecisiete balas de su pistola, además de todo aquello que blandieran sus enemigos. Despertaba al acabar, agotado y satisfecho, dispuesto a descansar esta vez plácidamente. No se arredró ante el desafío nocturno, ni buscó ayuda o consejo, lo consideró un precio justo por la gloria de sus envites; si algún día no rechazaba a sus rivales caídos, la indignidad debía matarle. A falta de méritos, no consideró oportuno regalarse placeres, así se mantuvo alejado de los barrios tentadores de Seúl y se dedicó exclusivamente a entrenar en su piso.

Con el kung-fu adquirido su técnica inmaculada varió, desarrolló movimientos nunca vistos, nunca ejecutados; la pureza que debía perseguir se hizo presente en la cercanía, casi palpable; la incógnita de un escalón invisible le separaba de ella; el ansia por revelarla le empujó a la calle. Allí abajo, rodeado de coches anónimos y ruido perturbador, captó la pista. Era sencillo, en cada esquina un rastro de claridad diáfana le señalaba la dirección correcta, así hasta localizar el rayo sesgado al que ofreció su existencia.

Era un kwan modesto, en la planta primera de un edificio olvidable. Al entrar, su futuro maestro ni le miró, se limitó a señalar el dojan sobre el que se combatiría y un dobok enmarcado que debía ser el uniforme oficial sin el cual ya podía largarse. Compró uno igual en una tienda cercana, pasó de nuevo frente a ese señor que lo ignoraba y se cambió en un minúsculo vestuario desierto. Al salir el maestro, le mostró el saludo inicial y le hizo practicarlos hasta que cerró. Esa fue su primera clase de kung ju mu sul. Seis meses después conocía la ubicación de cada hueso humano y cómo romperlo aplicando la mínima presión. Sus clases siempre fueron particulares y sus prácticas en solitario: el control total que Yukio tenía sobre complejísimo movimientos era humillante para el resto de alumnos. Pasado un año, el maestro, un

anciano cruel y sin ganas de disimularlo, le anunció:

—Japonés, el curso se ha acabado. No puedo enseñarte más.

—Maestro, aún no conozco el uso de las armas.

El viejo coreano rompió a reír. Daba la impresión de haber entrenado a Yukio para poder saborear ese momento.

—¡Las armas! ¡Las armas! ¿Te refieres a esas armas? —Señaló toda la colección que colgaba en una pared—. Las armas de mis antepasados, la aristocracia más digna de toda Asia. Mis armas. Sí, te gustaría que te descubriera su uso... Pocos merecen ese honor, y tú, vulgar yakuza de sangre sucia, nunca estarás entre los elegidos. —Volvió a reír, con ánimo de ofender.

Yukio caminó hacia su piso, por primera vez en su vida, preocupado. No podía aceptar que su Camino quedara truncado, pero no veía alternativa. Todo había sido tan claro hasta entonces... Al llegar a su bloque, una limusina aparcada le llamó la atención. De dentro salió un miembro del clan Nakata.

—Kawabata, haz las maletas. Regresas a casa.

Bajó al gimnasio antes del amanecer, presentó sus respetos al entrar en el tatami y fue hacia el armario del kobudo. Al abrirlo visualizó el contenido en su totalidad y distribuyó mentalmente las piezas a lo largo de las dos semanas siguientes. Tonfa: un palo a modo de asa ensamblado a otro mayor en sus dos tercios, ideado para aplanar espigas de trigo, un diseño extendido a todas las porras policiales del mundo. Naginata: una cuchilla fija en el extremo de una caña larga. Bō: un palo de escoba, sin escoba. Nunchaku: dos cilindros de hierro unidos por una cadena, funcional para la siega. Todos ellos útiles de campesino, jornalero desheredado, ignorado por todos los dioses. Hombre hambriento de Okinawa, explotado hasta la locura, castrado su derecho a portar armas en tiempo de bandidos. Hasta qué punto sufrieron que se vieron forzados a desarrollar desesperadas técnicas defensivas de la nada. Cincuenta generaciones maltratadas por abusivos impuestos, abocadas al hambre eterna; hombres, mujeres y niños que no conocieron más senectud que la narrada en cuentos. Ellos, ellas, todos sin excepción desfilaban orgullosos por las venas de Yukio, clamando al cielo que los había condenado, dispuestos a exigir reconocimiento y honor de la mano de su hijo predilecto, tan bajo y feo como todos juntos, rabioso e indómito como el primer rebelde que se negó a ceder su esposa al recaudador feudal y le partió la cabeza con un golpe experto de tonfa. Fuerza y trabajo, tierra labrada en su cuerpo. Vidas perdidas que acababan de encontrar un alma a la que asistir. Un olvido que recordar, una injusticia enquistada en la base de Japón, esa pequeña isla que gritaba: «¡Restitución!». Y ahí estaba Yukio, para llenar de belleza la eternidad de su pueblo.

—Hoy te he visto practicar con esas... ¿cadenas? ¿Cómo lo haces? Nunca se te traban. Parece imposible.

Ante el comentario de Layla, Yukio simplemente se encogió de hombros. Acababa de sentarse en el Patio, con una botella de agua entre las manos, tan cerca como lejos de Sergey y la palestina. Bill irrumpió en la sala gritando:

—¡Amarillo! ¡Tostada! ¡Paliducho! ¡Ya podéis adorarme! ¡Tenemos un prototipo que funciona perfectamente!

—¿En serio?

—En serio, *tovarich*. La próxima vez que queráis apagar la televisión podréis hacerlo con un minipulso. Eso sí, la habréis apagado para siempre, a menos que cambiéis el cuadro eléctrico.

—Me parece increíble —comentó Layla—. ¿Volvemos a la Edad Media?

—No. La reacción electromagnética solo funciona a pequeña escala. Los minipulsos permanecerán «mini».

—Entonces no podrán ser utilizados contra centrales nucleares —aventuró Sergey.

—No, pero sí contra un sistema de alarma, contra la puerta de seguridad y, llegados al puesto de mando, contra el ordenador principal.

—En cualquier caso es...

—Acojonante, Layla, acojonante —apostilló Bill, henchido por una sonrisa de temerosa satisfacción—. Las consecuencias de su uso generalizado son inabarcables. Lander ha programado una reunión para debatir sobre ello tras las vacaciones. Id pensando en cómo puede cambiar el mundo. Cualquier idea que se os ocurra, por inverosímil que os parezca, apuntadla, porque es necesaria. La concepción global del descubrimiento la formarán tanto los tíos listos como yo, como los tontos como vosotros.

Layla le tiró una servilleta hecha una bola y Bill se defendió tapándose la cara con las manos, entre risas.

—La Liga del Viento Divino estaría orgullosa de ti, irlandés —dijo Sergey.

—¿Quién?

—Un grupo de samuráis de finales del XIX que se negaba a adoptar la tecnología que les invadía desde Occidente. Temían, y al parecer con razón, que fuera a suplantar su cultura, a anular sus valores.

—¿Y se revelaron?

—Creo, corrígeme si me equivoco, que primero se limitaron a evitar el contacto con esos ingenios, hasta hacían largos rodeos para evitar pasar bajo un hilo telefónico. Más tarde, cuando esto fue inevitable, pasaban bajo ellos con su abanico blanco abierto sobre la cabeza, a modo de protesta. Al final atacaron un cuartel blandiendo espadas contra carabinas; los que no cayeron y consiguieron retirarse, lo hicieron para suicidarse.

—Un cuento precioso —concluyó Bill en tono jocos—, te juro que no sé de

dónde los sacas. A veces parece que...

A media frase calló, al notar la mano de Yukio sobre su hombro. El japonés se había movido como una sombra hasta su lado y con gesto afable le dijo: «Buen trabajo». Bill, conmovido, le dedicó una sonrisa de agradecimiento antes de que los dejara. La historia de Sergey le había recordado al japonés la cita que tenía al día siguiente y, ansioso por acelerar su advenimiento, optó por retirarse a dormir.

Su vuelta a casa fue más literal de lo esperado, Saburo Nakata le iba a recibir en su refugio de Okinawa. De camino, cruzó los barrios expoliados de joven en su intento aprovechado de valer para algo. El clan le dio la única oportunidad de su vida y no dudaba en reconocerles la deuda. Esas calles cargadas de falsa modernidad y penuria oculta observaban el paso de un soldado crecido, pulido hasta el límite de los antiguos. Atrás quedaban el bautismo de sangre y reiteradas confirmaciones, figuras que vencer noche tras noche en combates oníricos; atrás la superación de todas las técnicas, un excelente mandarín, un coreano aceptable y el conocimiento cultivado de armas y leyendas. Era impensable para Nakata que su recuperado Yukio regresara más versátil que cualquier otro en su organigrama. El viejo había cambiado a peor, todo el vigor de maldad traviesa del que había hecho gala en su primer y único encuentro se había esfumado. Era resentimiento y derrota lo que transmitía desde detrás de su mesa, en ese despacho modestísimo en comparación con el de Tokio.

—Han pasado años, chico de Okinawa, durante los cuales, según me han contado, te lo has pasado muy bien. Yo, en cambio, he visto mi imperio desmoronarse, poco a poco, desde el día en que te defendí. Los Sameshima nos han expulsado de Tokio, en Kioto apenas quedan vestigios de nuestro poder, Osaka se prepara para el desmantelamiento. Nuestra plaza fuerte se encuentra aquí, en esta mísera isla que nos vio nacer a los dos. Sí, Yukio, sí, yo también fui un chico de Okinawa, posiblemente más pobre que tú, pero igual de desgraciado. Y a veces me pregunto dónde estaría hoy si no hubiera visto en ti mi reflejo, si te hubiera entregado, como cualquiera con sentido común hubiera hecho. No sé si odiarte, odiarme o pedirte consejo. Dime, Yukio Kawabata, ¿qué salida nos queda?

Con la historia cabalgando sobre su lengua, pronunció la respuesta:

—Restitución.

El fulgor de Yukio aumentaba sin cesar, a cada paso, se diría. La conexión con su tierra le hacía poderoso y eso lo notaba todo aquel que se entrevistaba con Nakata. Tras este, a un lado, marcando una diagonal indescifrable, una estrella negra amenazaba con fundir galaxias de un solo soplo. Todos los emisarios regresaban a sus guaridas con prisa por sugerir un pacto a sus señores. Nakata había vuelto y se había traído un demonio protector. En poco tiempo obtuvo control absoluto sobre la isla, así

pudo acaparar medios para el desembarco de reconquista.

En esa época Yukio no amplió el número de sus visitantes nocturnos, y rebatía a los cincuenta y uno con facilidad creciente. Seguía utilizando dos armas, su pistola y esa espada que solo desenvainaba en sueños. El kung jung mu sul y el kung-fu habían sublimado su técnica kendoka; desarrollaba nuevos movimientos basándose en una lógica intransferible. Aprovechó el contacto con sus raíces para dominar todas y cada una de esas herramientas sencillas que la plebe convirtió en letales. Fue un periodo de triunfo pacífico en el que los acontecimientos se sucedieron de manera previsible, hasta la llegada de ese policía.

Uniformado (¡uniformado!), se presentó en la base pidiendo ver al senescal de Nakata. Con evidente incomodidad traía el aviso de que la señora Kawabata estaba a punto de morir y antes deseaba hablar con su hijo. Yukio accedió por curiosidad, pero sin intención de otorgarle a su madre más de cinco minutos. Su padre abrió la puerta, con el mentón señaló la habitación donde yacía la enferma y sin haber articulado palabra volvió a la salita donde estaba viendo la televisión. Al sentarse su hijo junto al futón, la mujer empezó a hablar rápidamente por miedo a que se le acabara el tiempo. Le dio las gracias por venir y se disculpó vehemente por lo poco que le había querido, adujo que su vida no había sido fácil y entendía perfectamente que los hubiera abandonado adolescente, pero si le había pedido venir no era para confesarse, era para pedirle un favor.

—Sé que no tengo derecho alguno, pero hijo, mira esto. —Se destapó hasta dejar el torso al descubierto—. El corazón se me pudre.

Una mancha violácea recubría la zona del seno izquierdo. En realidad no sufría ninguna afección cardiaca, sino un cáncer de mama, aunque a efectos prácticos igual era un corazón pútrido que esa metástasis arraigada. Yukio desvió la mirada de la repulsiva dermis. Entonces, con fuerza inaudita, su madre le asió la muñeca.

—¡Mira, hijo! ¡Esto es lo que merezco! ¡Esto! —Yukio obedeció y volvió a fijar la vista sobre el seno terminal—. Esto es lo que merezco por no hacer nada bueno en la vida. Por eso... —Aquí su voz se convirtió en un hilo—. Quiero salvar a alguien, y solo puedo hacerlo a través de ti.

Sin soltarle la mano, clavándole uñas y ojos, le explicó la historia de una chica que vivía cerca, Kaori. Apenas habían hablado en las pocas ocasiones que se habían visto, pero su tristeza, según la señora Kawabata, solo podía deberse a las peores relaciones familiares.

—Las habladurías son ciertas, Yukio, debes creerme, ¡debes creerme! Y debes sacarla de ahí. Paga su dote y sácala. Con poco bastará, son más pobres que nosotros.

»Me voy directa al infierno, hijo, pero si me obedeces, puede que ni allí nos volvamos a ver. Aunque solo sea por eso, ¡cumple el deseo de tu madre! ¡Dime que lo harás!

Yukio quería deshacerse de esos dedos nudosos que le sujetaban, y aún le subyugaba más la idea de perder a su madre de vista en el otro mundo.

—Lo haré.

En la casa de Kaori se respiraba violencia, era un olor que Yukio sabía reconocer, pero era una violencia diferente a la que estaba acostumbrado, la que envolvía ese ambiente era de una sordidez extrema. Esperó deliberadamente que los hombres de esa familia le dieran la mínima excusa para asesinarlos, a todos; ese sentimiento le sugerían las caras atávicas, simples, malvadas que le rodeaban. Era tan fuerte el ansia que debía estar en lo cierto. Ese padre y sus tres hijos disfrutaban dañando por dañar, los delataba su aura, y como había apuntado la señora Kawabata, se podía advertir en el pozo insondable que vestía la figura de Kaori. Lejos de dar esa excusa, el cabeza de familia aceptó el dinero sin pestañear y entregó a su hija. La chica, fea, esquelética y desgarrada, siguió hasta el coche a su nuevo amo. Yukio apremió al chófer, quería llegar a su piso cuanto antes, le urgía comprobar su intuición. En cuanto cruzaron la puerta del apartamento le arrancó la ropa para descubrir un seguido de morados, quemaduras y fracturas mal soldadas. Kaori se puso a llorar. La reacción de Yukio fue señalarle su armario ropero. Al instante la dejó sola.

Lo que hizo esa noche probó su conversión en maestro. Hasta entonces solo había obedecido a sus jefes y profesores, había llegado la hora de obedecerse a sí mismo.

Saburo Nakata nunca le censuró por esas cuatro decapitaciones, ni siquiera las mencionó, se limitó a guardar el informe policial y las pruebas por si alguna vez su escolta pretendía cambiar de bando; una medida prudente a la par que inútil. Yukio se mantendría tan leal como Kaori a su salvador. A pesar de haber recibido permiso para marchar donde quisiera, la joven se instaló en un cuarto vacío de ese apartamento que su dueño pisaba en contadísimas ocasiones. A Yukio no le importó, lo mantenía limpio y le servía un té decente cuando lo visitaba. Consideró apropiado pagar algo de dinero a la chica por ello. Le sentaba bien saber que contaba con un lugar donde volver en caso de que fracasara la ofensiva en ciernes.

En 1609 el clan Satsuma invadió el reino independiente de las islas Ryukyu, invadió Okinawa. En el año 1990, Yukio Kawabata no veía el momento de igualar en dirección contraria ese derramamiento de sangre y todos los posteriores. Si todo iba bien, pasarían muchos años antes de volver a escuchar hablar en uchinaaguchi, ya no vería niños, todo huesos, orgullosos de haber nacido en la cuna del karate. Eran detalles sin importancia que parecieron cobrarla justo antes de partir. Sin querer, se encontró pensando en ello, y en Kaori.

Fue a su piso una última vez con la sensación de estar olvidando algo. Repasó sus pertenencias sin encontrar lo que buscaba; la chica se acercó a él para ofrecerle una taza de té de un modo preciso que solo se consigue con voluntad férrea, sin ocupar espacio. Yukio cogió la taza con la vista fija en sus estantes, consciente del bello

espectáculo que había acontecido. No era fácil moverse como un espectro, de manera etérea, como Kaori lo había hecho. Quizás eso fue lo que motivó en Yukio un acceso de confianza y anunciara: «Tardaré en volver». La chica dejó la bandeja vacía que portaba en una esquina del suelo y le abrazó por la espalda. Ambos quedaron inmóviles, acompasando respiraciones, incapaces de predecir cuál iba a ser el siguiente paso. Ella se apretó más fuerte, él se notó excitado; se giró, la tumbó en la cama, le alzó el quimono y le hizo el amor prácticamente vestido. Compartieron una experiencia extraña y novedosa; para él eran las primeras relaciones sexuales gratuitas; para ella, las primeras consentidas. Yukio se deshizo en la matriz generosa que se le había ofrecido. Aturdido por un orgasmo indescriptible, se fue veloz sin decir nada. Kaori, por el mero hecho de no sentir dolor, se sentía extasiada, mejor que en toda su vida. Allí postrada, inmóvil, era consciente de lo ocurrido: el único hombre que jamás la trató bien acababa de dejarla embarazada. Lágrimas de felicidad recorrieron su rostro.

La toma de Osaka fue arrolladora, despiadada. Un ejército de pistoleros sembró el pánico en los barrios más degradados. Las bases de los dos clanes principales optaron por desaparecer una temporada. Yukio pasó tres semanas eliminando mandos intermedios, a la cuarta las jerarquías desfondadas se reunieron con Nakata en busca de soluciones. El clan de Okinawa se postuló en medio de la jauría como el único macho alfa elegible.

En menos de un año se habían resarcido de los medios utilizados para esa primera conquista. Nakata adoptó la táctica alejandrina de mantener en el poder a aquellos que se sometieran voluntariamente. Las prefecturas colindantes fueron postrándose como fichas de dominó.

Durante esos meses, los sueños de Yukio alternaban lides cada vez más pobladas con paseos sobre la nieve, alrededor de una casa que poco a poco se le aparecía más nítida. Era una escena colmada de paz y quietud, como si fuera la respuesta a la masacre de la noche anterior.

En los prolegómenos del primer asalto sobre Tokio, Nakata le hizo entrega a Yukio del que sería por siempre su bien máspreciado. Gerifaltes de Kioto lo habían enviado en señal de buena voluntad. Era un estuche grande, sin ornamentar, hecho de madera de boj. Al abrirlo, Yukio fue más, creció, se completó, como si un apéndice extraviado hubiera vuelto al lugar que le correspondía y ese lugar no era otro que entre las manos de su legítimo amo.

—¿La reconoces? —preguntó Nakata, atento a la energía que desprendía el reencuentro.

—Sí.

—Dicen que es la espada corta de Ōishi Chikara. La original. Aunque eso es indemostrable. Hace mucho de los cuarenta y siete.

Nakata se refería a los cuarenta y siete samuráis, que tras perder a su señor y haberse convertido en ronins, planearon y ejecutaron venganza sobre el poderoso culpable. Cumplido su deber, se suicidaron. Yukio ignoró el comentario de su jefe. La que tenía ante sí era la espada que más conocía, la asesina de fantasmas, la devoradora de ánimas. Ardía en deseos de comprobar su valía en el mundo real. La guerra por la capital le sacaría de dudas.

Fue una campaña agotadora, los Sameshima defendían su ciudad con coraje, su organización carecía de fisuras o aliados corruptibles. El control que tenían sobre los veintitrés barrios centrales parecía inquebrantable, cada vez que los Nakata abrían una grieta llegaban refuerzos de la nada a cubrirla. Saburo-san perdió la paciencia al tercer invierno; estaba harto de sitiar una urbe autosuficiente y añoraba la despreocupación de la vida en tregua. La única manera de acelerar el desenlace era dar con la cuña maestra, alcanzar al ilocalizable y ultraprotegido jefe del clan, Kano Sameshima. Para eso movió cuantos hilos pudo, apretó en Kobe, sedujo en Fukuoka, prometió en Yokohama y pagó cuanto pudo desde el archipiélago Ryukyu. Era una táctica ambiciosa que, de no fructificar, dejaría sus finanzas seriamente dañadas. Los sobornos tiraron de lenguas desde el Ministerio de Defensa a la alta judicatura; llovió dinero en todos los ámbitos. El despliegue de medios acabó surtiendo efecto: entre los millones de datos sobre el enemigo, se pudo deducir su paradero y su distribución arquitectónica.

De acuerdo con las imágenes del satélite, el terreno que rodeaba la vivienda de Sameshima era infranqueable. Para acertar a un objetivo que se alojara en ella los estrategas aconsejaron, sin intención de causar hilaridad, el uso de una pequeña bomba atómica, y aun así no podían garantizar el éxito: el inmueble podía estar equipado con un refugio para tal circunstancia. La discusión era inútil, ni siquiera el ejército nipón contaba con el arma propuesta. Al final de la exposición, las perspectivas no eran nada halagüeñas. Nakata se giró hacia Yukio para saber si compartía el desaliento por las remotas opciones. Este, de tranquilo que estaba, parecía no haber escuchado; trasladó esa paz a su jefe con una frase: «Yo me encargo».

Saltó de un coche en marcha a veinte kilómetros del perímetro, los recorrió en diez horas, reptando y a gatas, a la altura de la vegetación. La primera alambrada la superó sin problemas, con una pirueta silente. Luego saltó una verja electrificada con igual

facilidad gracias a las cubiertas aislantes de las extremidades. Entonces afrontó el peor tramo, eran trescientos metros controlados por vigías con sensores direccionales de movimiento. El dominio de su cuerpo iba a pasar una reválida cuyo suspenso implicaba morir. El camuflaje verde pardo haría resbalar la observación humana, burlar los detectores era un reto más exigente. Pasó un día entero convertido en gusano, atravesando las hectáreas a razón de quince metros la hora, indetectable a los barridos de los guardianes. Llegó a la casa de noche, justo antes de que se conectaran las alarmas interiores; aprovechó esos segundos para colarse en el baño, en un alarde de elasticidad, a través de una ventana exterior minúscula. Era la única estancia sin cámaras de vídeo. El señor Kano Sameshima sufría una paruresis crítica: no solo era incapaz de orinar o defecar en otro sitio que no fuera su casa, tampoco lo podía hacer cerca ni a la vista de nadie, y el bloqueo incluía al controlador del circuito cerrado. Yukio se acurrucó sobre un armario, tapado por dos columnas de toallas. No se inmutó cuando el objetivo entró de madrugada a hacer pis en supuesta intimidad, el momento señalado era otro: por la mañana, con las alarmas desconectadas. Se alzó el sol y empezó la actividad en el complejo. El jefe del clan desayunó en su habitación, hojeó los periódicos y se fue a tomar un baño en el jacuzzi, ya preparado. Amparado por el burbujeante sonido, Yukio descendió de su escondite y, llegando por detrás, le rompió el cuello. Salió por el mismo lugar por el que había entrado y, con unos guantes de ventosas, cruzó la fachada como una lagartija. Llegó a una cochera bastante transitada, se deslizó al interior a través de un ventanuco poco elevado. Nadie reparó en ese rastro de sombra, los presentes solo estaban pendientes de la caravana que entraba con el relevo. De varios jeeps salieron hombres de refresco, otros tantos de aspecto cansado ocuparon sus asientos. Durante el intercambio todos se saludaron y cruzaron unas palabras. En ese instante, Yukio se colocó bajo uno de los vehículos y se sujetó al chasis con unas cintas que le envolvían el abdomen. La comitiva, que ni había apagado motores, rehizo el camino hacia el exterior; a los pocos minutos frenó en seco, estaban recibiendo la noticia por radio y se disponían a girar en redondo. Durante la breve parada, Yukio se desenganchó y rodó hasta el arcén. Enseguida pudo huir tan rápido como quiso. Ni una pista, ni una huella, ni un testigo.

El sucesor Sameshima estaba aterrorizado, no se veía enfrentado a un clan que contara en sus filas con la parca invisible; él no quería acabar como su hermano, confiado, y al segundo, muerto. Aceptó la cuota de poder que Nakata le ofreció y se supo sabio por ello. A partir de entonces, sus días se sucedieron sin mayores sobresaltos.

El estuche pulido de boj resplandecía en la oscuridad, su contenido azogado lo

cargaba de fluorescencia. No eran ni las cuatro. Yukio no aguantó más, lo abrió y sacó la espada, escogió una katana que le sirviera de pareja y bajó al gimnasio, raudo como el flujo de una presa abierta. El día había llegado, retomaba el budokan, Camino de samurái. Los golpes de derecha eran tan precisos como siempre, todos y cada uno de sus maestros los habían tildado de inigualables, pero al lado de los de su izquierda casi parecían mecánicos. Con la espada corta, Yukio pincelaba obras maestras inacabables y efímeras, el aire a su alrededor bailaba, cómplice de la excelencia. Si esa espada había pertenecido al legendario Ōishi Chikara, no podía haber caído en mejores manos. En la Agencia todos admiraban su arte. Era inevitable.

El día que se inició en su manejo, el sensei creyó ser víctima de una broma divina, le explicó que él había nacido para esa espada y nada podía enseñarle. La fusión era obvia, esa hoja constituía de pleno derecho una prolongación de su brazo. Era un don tan inusual que merecía un homenaje; los elegidos por un arma debían adoptar su nombre. Pasó a llamarse Yukio Wakizashi. Cuanto más pensaba en ello, más acertado le parecía. Wakizashi, espada corta del samurái, muchas veces denostada, invariablemente supeditada a Odachi, la clásica katana. Yukio demostró que la hermana pequeña no solo servía para defenderse, también podía cercenar corazones. En cierto modo estaba hecha a su escala; menor, despreciada, sometida, como un labrador de Okinawa en la era Edo. Yukio atravesaba el solitario gimnasio de punta a punta, seccionando oxígeno allí donde adivinaba un enemigo. Era un ejercicio incomprensible para el resto del mundo, físicamente inaudito, pues en ese espacio vacío donde clavaba sus hojas sufría la inercia de un golpe sólido.

Iba sobrado de ímpetu, esa noche no había tenido sueños de lucha, había paseado alrededor de esa casa mínima, preciosa en su sencillez, en un paraje imposible que combinaba cerezos en flor y nieve recién caída. Lo había visitado tantas veces que conocía cada rincón de la morada y de su jardín. Mucho tiempo atrás se convenció de la posibilidad de construirla, desde entonces empezó a enviar a Kaori dinero y descripciones cada vez más precisas, sin importarle si estaría cumpliendo sus órdenes o malgastando las transferencias. El mero hecho de tener esa ilusión le bastaba. Las estocadas continuaron, aderezadas con saltos y fintas, cortas carreras, guardias en minoría. Habían pasado tres horas y Yukio solo pensaba en vencer a más, a más; una vez dentro de la vorágine era difícil renunciar a la euforia de sus espadas, afiladas, sedientas, cargadas de lujuria granate. El sonido de dos golpes rompió el hechizo, era madera sobre suelo reclamando atención. En la puerta del gimnasio, el causante. Era el único capaz de sorprenderle, el único superviviente a su wakizashi, el único en tantos aspectos como sí mismo. Lander Bō.

—Mi bastón se aburre, Yukio. Si ya te has cansado de mutilar espíritus podrías enfrentarte a él. Si te atreves, claro.

Enarcó una ceja sin entender la razón de la broma. Yukio adoraba pelear contra Lander usando su arma, la que le pertenecía de tal modo como a él su espada. Perdía a menudo, y a veces empataba; ahí radicaba la maravilla. Para alguien como él,

encontrar un rival imbatible suponía la mayor de las suertes. Creía firmemente en la máxima según la cual la grandeza de tu oponente te honra. Extendió hacia delante la palma de su mano. Lander le lanzó en respuesta un palo gemelo al suyo. Solo en tales circunstancias podía vencer el germano, en el resto de disciplinas las estadísticas se invertían. No obstante, en el envite clave, Yukio falló.

La supremacía de Nakata, más que calma, trajo sufrimiento. Con la edad, el viejo sustituyó ambición por avaricia. Despreciaba cualquier otra tierra extranjera, por eso no expandió su imperio: se dedicó a estrujarlo. Yukio se mantuvo a su lado, tan fiel como siempre, sin cuestionar su política vil. En el Tokio del tercer milenio siguió descubriendo secretos del anterior, la bajeza ninja contaba con recursos de lo más interesantes y adoptó algunos de manera permanente. Desarrolló su propio estilo en el manejo de las espadas, algo del todo intransferible, pero a la hora de la verdad cambiaba la katana por una pistola. Con una Glock 17 en la mano derecha y su wakizashi en la izquierda tardaba menos de cinco segundos en asolar cualquier escenario cerrado. Por desgracia para su ardor, las ocasiones que requerían de su pericia se redujeron progresivamente hasta la nada. En un país donde la vida se convirtió en el único bien que Nakata no expoliaba, nadie quería perderla tentado a su diablo particular, el con razón temidísimo Yukio Wakizashi.

La fortuna del jefe yakuza era indecente. En el último cuarto de siglo había amasado una cifra que muy pocos vislumbraron. En los libros de historia su nombre debería aparecer junto al de otros emperadores indiscutidos como Ōjin o Hirohito. Su tiranía alcanzó un grado demencial, comenzó a desconfiar hasta de su mejor hombre. Paranoico, se hizo instalar un seguro de muerte, un brazalete que controlaba sus constantes vitales; si el contacto con el dispositivo se perdía, ya fuera por alejamiento o defunción, tres maletines nucleares repartidos por Japón detonarían. Los había conseguido de traficantes rusos. Eran las primeras armas de fusión que tocaban suelo nipón desde Nagasaki.

Yukio se aferraba a su condición de samurái, pero algo no cuadraba. En su sueño cada vez más enemigos se dejaban matar sin más, algunos hasta se reían de él. Con el tiempo, los «algunos» fueron todos y su espada y su pistola se limitaban a hacer callar una burla multitudinaria. Despertaba avergonzado, empapado en fracaso. El otro sueño también había variado: los árboles aparecían pelados, la casa ennegrecida y la nieve sucia, cubierta de ceniza; un hongo kilométrico en el horizonte daba a entender las razones. Para evitar esa escena solo le quedaba cumplir con su deber y salvaguardar el pulso de Nakata.

El gobierno local y los circundantes no daban crédito a la amenaza, estaban convencidos de que el brazalete era un farol, un cuento de brujas. Las tríadas chinas se lo tomaron más en serio, y aunque solo fuera por motivos comerciales se movieron para evitar la muerte de millones de personas. No es que la vida de Nakata estuviera

en peligro, pero al viejo octogenario le podía dar por morirse porque sí, sin más causa que la edad. Las consecuencias serían catastróficas, jamás podrían hacer fructificar sus negocios en un Japón posnuclear, y la crisis de sus vecinos les afectaría durante los lustros que tardaran en recuperarse. Los maletines existían, a ellos también se los habían ofrecido, y por todo lo anterior debían ser desmantelados. La mafia china extendió sus tentáculos a lo largo y ancho del planeta buscando un candidato interesado y capaz. El problema no era la pulsera atómica, sino el guardián de su portador. En caso de lograr aislar a Nakata, neutralizar correctamente el dispositivo requería tiempo; Yukio aparecería mucho antes de que cualquiera pudiera conseguirlo. Ni el menos supersticioso consideraba falible al célebre guardaespaldas, enfrentarse a él era sinónimo de dejar de respirar. Se trataba de encontrar a alguien igualmente infalible. Tras peinar el mundo, solo dos nombres quedaron sobre la mesa. Se convino por unanimidad desechar a la palestina; confiar en una mujer se les antojaba temerario, ridículo. Además, Lander tenía unas referencias mucho más civilizadas. El precio que pedía era exorbitante e innegociable, aunque solo debía abonarse tras el éxito de la misión, y para entonces un mercado de ciento veinte millones de habitantes solventes estaría abierto de par en par.

Una explosión rompió la vigilia de Yukio; celebró la interrupción, esa noche no soñaba, había caído en una duermevela nada reconfortante. Se asomó al balcón y vio los jardines en llamas, los intrusos utilizaban bombas incendiarias. Esperaba que fuesen varios, llevaba tanto tiempo sin dar de beber a su hoja que le apetecía compensarla. Escuchó jaleo en la planta baja, luego en el primer piso y por último en el segundo; él permaneció en el tercero. Podría haber bajado a ayudar, pero no lo consideró oportuno, si los invasores iban a conocer a Wakizashi debían acabar antes con los teloneros. Trabajó desde fuera la puerta de su señor, no fuera a asomarse en un momento inadecuado. Frente a ella aguardó a que esos pasos subieran el último tramo de escaleras y se frenaran a treinta metros, al otro extremo de la sala. Le decepcionó advertir que correspondían a una sola persona. Su opinión cambió radicalmente al verla. Medía veintiocho centímetros más que él, lucía barba de una semana, los rasgos de su rostro eran simétricos, tenía el pelo largo parcialmente recogido en un moño sobre la coronilla, vestía un ancho kimono negro bajo el cual se adivinaban las formas de una armadura de kevlar ultraligero. Su derecha empuñaba una katana clásica y su izquierda, una pistola igual a la suya; excepto por este detalle diferían en todo, y sin embargo Yukio creyó ver su más fiel reflejo hasta la fecha. La manera en que ese hombre colocaba su espada implicaba conocimiento del sesgo, de ese lugar que es una forma, de ese momento flotante en una realidad suprema, por delicada e invencible. Un escalofrío de emoción recorrió su espina dorsal. Era el duelo definitivo.

Alzaron sus Glocks simultáneamente, esquivaron los primeros disparos al tiempo

que se acercaban el uno al otro en un zigzag eléctrico. Con un semigiro, Lander esquivó el último proyectil de Yukio antes de tenerlo al alcance de su espada; soltó la pistola para ejecutar el ataque, desnudo de impedimentos, aunando velocidad y pureza. El japonés voló sobre la afilada horizontal y cayó a la distancia deseada, aquella que compensara las diferentes larguras de hoja; marcó una vertical que Lander salvó girando sobre sí mismo. Wakizashi pasó junto a su pelo, acariciándole la espalda. Yukio soltó su arma de fuego para resistir a dos manos el contraataque inminente. Siguió una secuencia vertiginosa de choques metálicos que determinó la paridad entre aceros, las respectivas forjas habían compartido tesón y cariño, millones de martillazos para esos filos livianos. Tras el primer intercambio, los contendientes saltaron hacia atrás para darse un respiro y reconducir tácticas. Durante el vuelo, Lander lanzó una cuchilla desde la funda de su cadera hacia el vientre de Yukio, que se cubrió con su wakizashi sin demasiados problemas y a su vez repetía movimiento con tres shurikens ocultos en su fajín. Lander desvió dos con la katana y permitió al tercero impactar sobre su protección pectoral. Se enviaron mutuamente miradas de reconocimiento y al instante retomaron la lucha. A Yukio le costó quince segundos alcanzar una posición ventajosa, una eternidad que honraba a su contrincante. Sus espadas estaban en contacto, filo contra filo, solo que Yukio apretaba por el ángulo propicio, su palanca era inamovible. A Lander solo le quedaba aguantar lo que pudiera, y no iba a ser mucho. Sujetaba a dos manos la empuñadura frente a la cara de su verdugo, con la hoja hacia el suelo, ralentizando una estocada lentísima e inevitable sobre su pecho. En ese momento una idea cruzó por la cabeza de Yukio: era una trampa. Sin tiempo para retirarse, vio la manos de Lander rotar en direcciones opuestas sobre el mango de su katana y de una ranura imperceptible surgió una nube de gas. Incapaz de rectificar el fatal error, invirtió el total de sus fuerzas en ese golpe que había quedado a medias. El veneno empezó a hacer efecto, sus ojos perdieron la visión; era gas nervioso de uso tópico, si no, no se entendía cómo podía afectarle tan rápido sin apenas haberlo respirado. Siguió empujando, oyó a Lander gruñir en su defensa. Su cuerpo ya no respondía, pero la wakizashi era inmune, todavía podía conseguirlo. Llegó al quimono, llegó al kevlar, luego a la carne y en el último avance, a las costillas. Entonces cayó.

En cuanto recuperó la conciencia, trató de incorporarse. Una voz le aconsejó:

—Date tiempo, el antídoto tardará unos minutos en despejarte del todo. Y, antes de que me ataques, debes saber que tu señor aún vive.

Yukio estaba ciego, casi paralítico y completamente confundido. Localizó su espada y tanteó la hoja.

—Sí, es mi sangre. Casi lo consigues. Y repito, quiero que estés tranquilo. Nakata vive. Técnicamente, no le has fallado.

Al enfocar el bulto borroso del que surgían las palabras, preguntó:

—¿Por qué no me matas?

—Porque, Yukio Wakizashi-san, necesito tu ayuda.

Una vez restablecido, fue en busca de su amo. Lo encontró sentado sobre la cama con la mirada perdida, se giró a saludarlo con una sonrisa infantil.

—¿Qué le has hecho?

—Le he quitado preocupaciones. El suero neuronal lo ha cambiado a mejor.

—Parece loco.

—Solo lo parece. Antes lo estaba. —Lander le mostró el brazalete desconectado —. Ahora podrá morir sin diezmar tu nación.

Una mezcla de alivio y tristeza sacudía sus tripas, no sabía qué decir, cómo reaccionar. Lander le expuso la situación. Primero ocultarían a Nakata en un balneario. Luego, descifrada la ultrafrecuencia, rastrearían en pos de los maletines. Con estos en su poder, Lander exigiría cobrar lo pactado. Mientras Nakata estuviera desaparecido, las tríadas alegrarían misión incompleta, entonces tendría que ponerse duro, personarse en Shanghái y enseñar la pulsera atómica en perfecto funcionamiento. Los hijos de Confucio desbloquearían cuentas y, como si nada hubiera ocurrido, le invitarían a té en señal de agradecimiento.

—¿Y mi señor?

—Quedará a tu cargo hasta el final de sus días. Cuando eso ocurra, espérame. Lo mejor está por llegar.

—¿Qué es?

—A su debido tiempo, Wakizashi.

—¿Y por qué te ayudaré?

—Porque solo así salvarás a Nakata. Además, si rechazas el plan, perderás toda opción de revancha contra mí.

—Podría atacarte ahora.

—Los refuerzos están al llegar. Sabes que en cuanto se conozca el estado de tu jefe, sus propios vasallos lo destronarán a cuchilladas.

Las verdades del extranjero eran indiscutibles. Sin otro remedio, Yukio aceptó.

Los hechos se sucedieron según lo previsto. Tras desconectar el tercer maletín, se reconvirtió en enfermero del más poderoso yakuza que Japón había dado, Saburo Nakata, ahora senil, inofensivo, disparatado y completamente feliz. La llama de su vitalidad aumentó cada día en el asilo arbolado, así hasta apagarse de golpe, cuando el viejo parecía eterno. Yukio le envidió esos tres años, ni siquiera con su pipa creía poder alcanzar ese grado de pacífica inocencia. Tras el entierro, Lander reapareció. Traía consigo una propuesta original. Como samurái sin amo, Yukio viviría atormentado. La curiosa oferta quizás fuera una solución, una salida; seguir a ese hombre que conocía el sesgo, que transmitía el brillo del bushido... Lander le inspiraba una confianza absoluta destinada a perpetuarse en sus vidas futuras, y como declaración de intenciones, una primera orden: «Si alguna vez persigo el poder, mátame con tu wakizashi». Dos razones le empujaron irremisiblemente al nuevo

clan: la sed de su espada y la posibilidad de otro combate singular.

Bajó al Patio convencido de merecerse un sake. Le apetecía escuchar el charlar animado de los que había allí reunidos. Faltaba poco para que llegara el resto, y con tantas voces alrededor, la cosa cambiaba, se perdía. Se sirvió y se sentó entre los presentes, que eran todos los posibles.

—Estábamos hablando —introdujo Bill— de reencarnaciones. Layla nos está explicando cómo averiguar quién eras en el pasado.

—Algo así —aceptó la palestina—. Pero tú ya lo debes saber, ¿no? Según la tradición budista, tras la muerte, un alma se pasea entre una y once semanas antes de decidir dónde reencarnarse, y lo hace justo en el momento de la concepción. Así que si calculas puedes deducir, como poco, más o menos cuándo moriste, y si investigas entre esos difuntos, ¡puede que hasta te encuentres!

—En conclusión —resumió Bill—, palmamos y renacemos. Lo que no se sabe es si heredas la calvicie... —comentó acariciándose el pelo con aire preocupado—. Como maldición eterna es una putada... Sí, sí, reíros, pero decidme si no es injusto... Yukio mismo, me dobla en pelo y tiene diez años más que yo.

—Veinte —puntualizó Layla.

—¿¡Tienes cincuenta!? ¡No me lo creo!

—Pues no es información confidencial —dijo Lander—. ¿No has leído los expedientes de tus compañeros?

—¡Claro que los he leído! ¡Debí suponer que era un fallo de Sergey!

—¡Yo no cometo fallos! —exclamó el secretario ofendido—. ¡Observa! —Pescó la oliva de su martini y con acierto se la lanzó a Bill entre las cejas.

—¡Piedad, camarada! ¡Soy un pobre calvo!

Yukio se desternilló: había entendido la broma perfectamente.

Aprovechando que Lander había ido a la barra y que los otros dos hombres se gritaban tonterías, Layla se aproximó al nipón.

—Vuestra lucha, esta mañana, con los bō, ha sido increíble.

Yukio no supo qué decir. Parecía un cumplido, pero por otro lado, era incomprensible, pues había perdido. Hizo un ademán indefinido con la cabeza y se levantó. Incómodo por culpa de nada se refugió en los invasores del espacio. Apretó el botón de «1 player» y se emocionó, lo que había en la pantalla era un regalo sutil, difícil y acertado. Lander, que se había acercado, preguntó qué ocurría. Yukio señaló la hilera de puntuaciones. Entre todas las pertenecientes a YUK, en octava posición, se había colado MRK. Lander comprendió:

—Podrías premiarle con unas clases de kama.

—Shuriken.

—Sí, le gustará más.

El jefe de la Agencia le palmeó la espalda y le dejó solo. A Yukio le entraron

ganas de que volviera el joven serbio. Quería recompensar su muestra de interés. Pero antes iba a desbancar su presencia de la lista de récords.

Por un momento se vio jugando con aquella máquina en la casa de sus sueños. Desintegró la idea al instante: no iba a mancillar ese lugar con corriente eléctrica, su luz no la retiene el Camino.

—Ja, ja, ja. ¡Eres un demonio! ¡Me has vuelto a ganar!

El niño sentado a su lado también reía. Compartían un tablero donde solo quedaban damas blancas.

—¿Otra? —propuso Paulo. Su contrincante asintió encantado.

—Pero antes —intervino su madre— tiene que ir al lavabo. Hace mucho que lo veo aguantarse. *Alors, Teo, va aux toilettes. Allez, mon ange!*

Teo obedeció y dejó su asiento libre. La mujer francesa repasó al compañero de juegos de su hijo y se arrepintió de no haberse colocado en su lugar, a ella también le apetecía jugar con el pasajero de la ventanilla.

—Gracias por dejarle ganar, es usted muy amable.

—¡No me dejes, créame! ¡Su hermanito es muy bueno!

Ella rio, coqueta; confundir al pequeño con su hermano era una deliberada mentira que aceptó halagada. Paulo era rápido y acertado con los cumplidos. La sonrisa perversa de la francesa lo demostraba.

—Me encanta la gente como usted. ¿Brasileño, verdad?

—¿Tanto se nota?

—Es por esa... *joie de vivre*, como decimos nosotros. Alegría de vivir.

—Me gusta más en francés. ¿Cómo era? *Je te baise?*

La mujer se vio riendo como una colegiala por el malentendido provocador. Sin importarle en absoluto, siguió jugando. Al volver su hijo, retomó de mala gana el rol que le correspondía, pero algo en ella se mantuvo chispeando hasta el final del vuelo. En un acceso adolescente, al aterrizar, le entregó a ese desconocido su tarjeta de visita, luego huyó hacia la normalidad. Paulo estaba leyendo complacido el reverso mientras entraba en el vestíbulo del aeropuerto. Esa cuarentona atractiva le había escrito: «*Joie de vivre* o *je te baise*, lo que prefieras». Era una proposición nada sutil. Lástima que tocara trabajar. Un tanto compungido, tiró la tarjeta a la papelera. Una voz chillona le inquirió:

—¿Qué tiras? ¿El teléfono de otro ligue?

—¡Checky! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo es que estás aquí?

—Mi avión salió con retraso, hace poco que he llegado, he visto que tu enlace desde París aterrizaba enseguida y he decidido esperarte. ¡Y es que me encanta la envidia que inspiro cuando me ven contigo! Mira todas esas chicas disimulando... ¡me odian! Ja, ja. Ahora en serio, guapetón, ¿cómo te ha ido?

—Como siempre. Mi país es el cielo.

—¿Y los tuyos?

Paulo sonrió con el alma. Checky se refería a su gran obra, esa que le redimía del pasado y bañaba su presente de felicidad.

—Lo mío bien, gracias. Eres un amor por preguntar. Y estás más guapa que nunca.

—Ahórrate esas palabras, a mí no me engatusas, recuerda que soy la lista del grupo.

—¿Y acaso hay algo más sexi que la inteligencia?

—¡Eres incorregible! ¡Anda! ¡Vámonos! Creo que ese trío de azafatas está planeando matarme y si algo no soporto es el intrusismo laboral.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué mala eres!

Siguieron hablando de tonterías de camino a la base. Como marcaba el protocolo, cambiaron varias veces de taxi; al quinto le dieron una dirección aproximada. Se apearon y continuaron andando medio kilómetro. Ya estaban frente a ese edificio histórico, fotografiado por turistas y supuestamente ocupado por oficinas, cuando Paulo advirtió:

—A Lander no le va a gustar que hayamos venido juntos.

—Tendrá que aguantarse, hemos coincidido por casualidad.

—Sabes que no cree en casualidades. Las teme. Y Bill... espero que no se moleste, que no crea...

—No te preocupes, Paulo. El irlandés nunca se pone celoso, y te voy a confesar algo; eso es lo que más me gusta de él. Al fin y al cabo, yo tampoco soy celosa.

—¡Ah, las chicas sin celos! ¡Son sin duda las mejores! Por eso adoro a mi madre, es la mujer perfecta, aquella que siempre ha entendido que debo acostarme con otra.

—¡Qué bestia eres! ¿Diciendo cosas así de verdad consigues sexo?

—¡Algunas hasta me han pagado! —soltó, muerto de risa.

En cuanto entró en su habitación, empezó a sonar la música. Tom Ze, Gal Costa, Jorge Ben y más clásicos optimistas fueron turnándose. Paulo, tumbado en la cama, leía el informe preliminar de la siguiente misión. Un señor de la guerra sudanés, Sugar Mbassa, había cometido el pecado de triunfar en los negocios. Comenzó en las milicias que azotaban el Chad, asesinó lo suficiente como para ser conocido. Su nombre sonó imprescindible para que las conversaciones de paz en la zona llegaran a buen puerto, pero la ONU se cansó de enviar emisarios que nunca volvían. Con veinte años tenía a su cargo tal ejército que, de habérselo propuesto, hubiera podido provocar la secesión de Darfur y convertirla en una república hermética e independiente. En vez de eso, migró con sus hombres hacia el sur. La escalada de saqueos asoló tres mil kilómetros, los que van desde Sudán hasta el este de Zambia. Allí se topó con el más serio de los obstáculos: una multinacional. En la falda del monte Kangarema se extendían las instalaciones de la mina de diamantes más productiva del mundo, propiedad de De Beers Group. Los mercenarios que la protegían ofrecieron una resistencia extraordinaria. El avance de Sugar Mbassa se vio frenado en seco. Esa tropa profesional tan equipada no se dejaba pisotear como los aldeanos armados con azadas y amuletos con los que solía tratar. Por primera vez, Mbassa aceptó escuchar a una delegación enemiga. Los holandeses le ofrecieron un arsenal nuevo y modernos vehículos todoterreno a cambio de seguir su camino. El líder aceptó, embelesado por el aumento de medios. Su caravana causaba tal terror

que con solo nombrarla la gente salía corriendo. Cansado de encontrar cada vez más enclaves desiertos, le dio por echar la vista atrás y volver a la carga sobre la única mácula entre sus conquistas. Su ejército, desde el primer intento, había aumentado notablemente, nutrido de hombres y mujeres que, amenazados por el hambre o el fusil, se habían alistado. Los holandeses se sintieron estúpidos por haber confiado en un loco analfabeto y haberlo reforzado con piezas de artillería. Sugar hizo buen uso de ellas, eliminó búnkeres y construcciones defensivas, luego ordenó a los suyos arrasar el lugar como plaga de langostas. Entre todas esas infraestructuras humeantes tuvo la revelación: los dioses le habían escogido como líder de una nueva África. A esas alturas no quedaba nadie alrededor que dudara de su caudillo. Los pobres más pobres de la Tierra se aferraron a su causa como respuesta a sus males. De todo el continente llegaron voluntarios a engrosar sus filas, y el goteo continuaba. En la actualidad contaba con cincuenta mil efectivos que enviaba de aquí para allá, conquistando en su nombre. Él se había acomodado entre las ruinas de la mina y rodeado de una corte multitudinaria. Se hacía llamar Rey Dios Sugar.

Cada misión tenía sus peculiaridades, pero esa y la anterior se pasaban de raras. Paulo no veía cómo lo lograrían. En caso de llegar hasta el blanco, escapar era imposible, y le constaba que todos los planes se trazaban desde el final hacia el principio. Dejó de preocuparse enseguida por un problema que no le incumbía, Checky y Lander estaban para eso y siempre encontraban soluciones. Lo que tenía que hacer él era ducharse y dormir un rato, quería estar fresco y descansado para la reunión informal de esa noche en el Patio.

Se presentó el último, pero no tarde. Para él era un misterio cómo los demás llegaban indefectiblemente pronto. En cuanto Lander lo avistó, inició su parlamento:

—Os he llamado para poner os deberes. Mañana a mediodía nos sentaremos a discutir sobre los minipulsos. Ahora mismo somos los únicos que los poseemos. Para no confirmar sospechas, prescindiremos de ellos en nuestra próxima misión; si llega a saberse que tenemos la exclusiva, nuestra posición neutral quedaría en entredicho. Bill ha demostrado la validez de la teoría escrita, gracias a él dos prototipos funcionales obran en nuestro poder. Primero felicítadle, luego consultad con él todas las dudas que os quedan al respecto. En nuestra próxima reunión quiero opiniones formadas, sugerencias, previsiones, recelos, todo. Hemos de tomarnos el tema muy en serio, nos jugamos demasiado.

Paulo obedeció y fue el primero en darle a Bill la enhorabuena por su trabajo. Luego le preguntó:

—¿Cómo es? ¿Como una pistola?

—Se parece más a un micrófono direccional. De hecho, comparten ciertos mecanismos.

—Sí, sí... pero se parece a una pistola, ¿no? ¿Y se apunta igual?

—No hace falta ajustar tanto. El haz magnético se difumina formando un cono ancho de frecuencia.

—Vamos, que se apunta a bulto.

—Es otra manera de decirlo.

En un corro, serbios e italianos atendían al interrogatorio iluminados por la concreción y rapidez de las conclusiones del brasileño.

—¿Y hasta qué distancia es fiable?

—A menos de diez metros es infalible, y se ha mostrado útil hasta los dieciséis.

—¿Y sirve contra todo tipo de motores?

—Todo lo que contenga resistencias eléctricas.

—¿Como el motor de una excavadora?

—Por ejemplo.

—Pero eso... eso es genial, Bill, eso es genial. ¡Eres un genio!

—Eh... gracias —dijo el irlandés, sin entender esa reacción tan efusiva.

Pasó la siguiente hora y media comentando con la plantilla las vacaciones, pero sin dejar de darle vueltas a lo que acababa de escuchar: los minipulsos servían contra las excavadoras. Ya era muy tarde para su tribu, pero no para otras, tan indefensas como la suya, si es que quedaban.

La deforestación de la selva amazónica se consideraba el mayor drama ecológico desde el meteorito que extinguió a los dinosaurios, pero nadie hablaba del drama humano, de todos esos desplazados que se quedaron sin nada en favor de las madereras. Paulo guardaba pocos y preciosos recuerdos anteriores a la invasión. Un río, una pequeña cascada, un padre de oro. Tenía grabada la imagen de ese hombre amarillo destacando entre las oscuras pieles del poblado, y esos rayos en la cara, tan bonitos... ojos esmeralda que había heredado. Su padre había sido robado de bebé a una familia de constructores. Esos secuestros constituyeron durante un tiempo una defensa bastante eficaz, muchos europeos emprendedores prefirieron quedarse en casa antes que acercarse a esos salvajes devoraniños. Pero lo que no sabían era que los niños no eran devorados, eran adoptados y criados como hijos naturales. Entre los moradores de la selva no cabía mayor venganza que robarle al enemigo su semilla para beneficiarse ellos de la fruta. Ese ejemplar raptado fue de los más activos en la resistencia, así se lo contaba a Paulo su madre. Según ella, mató a muchos, pero siempre llegaban más, y más preparados. Las flechas y dardos envenenados resultaron inútiles contra amazones de aleación ligera. En cuanto se instaló la avanzadilla, llegaron las excavadoras. Su madre pronunciaba esa palabra con tal efectismo que Paulo creció temiéndola más que nada. Luchando contra ellas cayó su padre y a continuación los demás hombres. Ancianos, mujeres y niños, forzados por el hierro, se trasladaron. Paulo recordaba bien esos días de marcha a través de la arboleda junto a su madre, su hermano y el resto de la comunidad. Lo malo fue llegar

a destino. No había visto jamás cosa tan horrible: una ciudad. El asfalto, el ruido, el cemento, todo cuanto veía le llenaba de congoja. Para un niño de cinco años que no había conocido más humo que el de la madera ardiendo, respirar el de los coches le pareció espantoso. Su hermano, que le doblaba en edad, le reconfortó sin descanso. El éxodo se eternizó, fueron de un lado a otro, en todos sitios oían la misma historia, la triple mentira que prometía, cien kilómetros más lejos, trabajo, techo y comida. Era la medida que tenían los pobres para evitar más competencia. Poco a poco el grupo original se fue disgregando hasta que Paulo, madre y hermano se vieron andando solos. La mujer, harta a más no poder, decidió súbitamente dejar de vagar e instalarse ahí mismo. Estaban en Río de Janeiro.

En el barrio chabolista de A Rosinha no fueron bienvenidos, pero a esas alturas la madre ya sabía que no lo serían en ningún lugar, así que era tan malo como cualquier otro. Sus vecinos les quemaron los cartones que les resguardaban, cuando tuvieron láminas de hojalata se las robaron, cuando consiguieron ensamblar algunas con alambre, les tiraron la construcción abajo, cuando la alzaron por enésima vez, la favela entendió que estaban ahí para quedarse y les dejaron en paz. Los jefes del lugar confirmaron la aceptación de los nuevos inquilinos haciendo uso de su derecho de pernada. No repitieron, temían a esa mujer. Ni se resistió ni les insultó, se dejó hacer mientras murmuraba oraciones en una lengua extraña. Parecía loca. Y en verdad lo estaba; el esfuerzo por salvar a sus hijos le había hecho perder el juicio, aunque eso no era óbice para dejar de mantenerlos. Conseguía dinero echando maldiciones y retirándolas a base de gritos. Su lengua nativa mezclada con portugués carioca daba auténtico miedo, vociferaba actuaciones de lo más convincente y la gente pagaba por si acaso. Nada quedaba de la joven que fue, y extendió el desarraigo a sus hijos, que fueron rebautizados con nombres comunes. Su propio nombre quedó olvidado, todos la conocían como la Santa Berradora. Apenas comía, olía fatal y vestía harapos; a modo de parches, tapaba los agujeros con cromos de jugadores de fútbol escogidos entre los de sus hijos. Estos, ayudados y forzados por los gritos de su madre, comían y se bañaban regularmente; tampoco les faltó ropa, el poder de la Santa les abastecía. Gracias a ella no tuvieron que robar ni traficar en un medio donde esas parecían las únicas opciones. Cobraron fama de honrados y el mayor consiguió trabajo de camarero. El dueño del bar estaba contentísimo con el fichaje, por su diligencia, porque de guapo que era llenaba el local de mujeres y por su madre que, agradecida, le había asegurado a berridos el favor de los espíritus. Y si el mayor era guapo, su hermano le seguía de cerca. Con solo siete años se advertía en Paulo una gracia absoluta, cada día que pasaba no hacía más que confirmarla. Con ocho no había mujer que no le admirara. Además, era un encanto, las experiencias desagradables que le había tocado vivir no habían hecho mella en su carácter. Allí donde se encontrara hacía a todos partícipes de su existencia feliz. Gente buena y gente mala gozaban de su compañía, a su paso arrancaba lo mejor de cada uno. Era un pequeño ángel. A los nueve, todavía lejos de la adolescencia, chiquillas

obsesionadas le seguían a todas partes. Con la mayor naturalidad acató sus deseos y se iniciaron juntos en el sexo. Ni siquiera en el momento de la rotura inicial dejaban de sonreír, abrazadas a esa belleza devastadora y tierna. Cada vez más niñas venían a reclamar su cariño. Su madre las espantaba a gritos, pero algunas, profundamente enamoradas, se mantenían firmes velando su amor. La Santa Berradora, apiadándose de ellas, les agarraba la cabeza e invocaba un hechizo que las liberaba del embrujo de Paulo. Tanto éxito tuvo la señora que empezaron a venir hombres y mujeres que necesitaban olvidar a otros que nada tenían que ver con su hijo; clases más acomodadas requirieron sus servicios, así las paredes de su barraca pasaron a ser de cemento. Paulo se encargó de amortizarlas satisfaciendo a sus adoradoras durante las ausencias de su madre. Las quería a todas por igual, no se ató jamás, no se guio por parámetro de belleza alguno, creía ilógico limitar voluntariamente su capacidad de dar placer si cuanto más se entregaba, más mejoraba el mundo. Nadie le censuró, y si fue envidiado fue de manera sana. Paulo llevaba consigo el edén donde nació, su presencia alejaba la miseria circundante. Cuando sus amantes empezaron a entrar en edad fértil, su hermano le conminó a usar preservativos; Paulo entendía que no era bueno tener descendencia con diez años, y aún menos caer enfermo. Le quedaron claras las cosas terribles que podía conllevar el sexo libre que practicaba, y aunque no le gustó lo que oyó tampoco lo puso en duda. La palabra de su hermano era sagrada, no había persona en el mundo que le importara más, ni tan siquiera su madre. Era con él con quien compartía techo y dimensión, la vida de la Santa discurría en otro plano.

El talento de Paulo para hacerse querer se extendía hasta los rincones más insospechados, en un país con superávit de delanteros él se reveló como excelente portero; en la elección previa a cada partido era el primer escogido. Por la calle le saludaban con la esperanza de atar un rato su simpatía, esa que hacía de un pozo insalubre el lugar más bonito del mundo.

El infierno perdía fuerza en una zona históricamente propicia y en respuesta envió a Laneiro, némesis paulista. Era un chico sin origen, que simplemente apareció, tenía diecisiete, cuatro más que el favorito de la favela. Y era cruel hasta el tuétano. Nadie recordaba personaje más malvado, detestable y peligroso y eso que de tal calaña el barrio los había sufrido a centenares. El nuevo los superaba de largo. Con extrema violencia tomó posesión del mercadeo de drogas. Se rodeó de yonquis a punto de perder el control psicomotor, esa especie subhumana capaz de cualquier cosa justo antes de tocar fondo. Era un séquito inquietante, temidísimo y esclavo de su amo. En cuanto alguno daba el paso que lo dejaba inútil, era desterrado a las puertas de la base donde se unía a los de su misma suerte, como perro tembloroso a la espera de ser readmitido. Laneiro en ocasiones les lanzaba pastillas desde el balcón de su casucha cuartel. Él y sus lugartenientes reían al ver a esa pandilla de zombis pelear por cazarlas y apostaban por quién ingeriría la envenenada; entre el tumulto, un infortunado caía doblado al suelo doliéndose de retortijones mortales; los adictos alrededor veían al finado como víctima de un mal viaje y se limitaban a disfrutar del

suyo. Cuando entre los condenados detectaban alguno con familia, le hacían pasar adentro, a la sala de juegos, donde grababan en vídeo su actuación. Le ofrecían cinco jeringuillas preparadas y le explicaban que una contenía matarratas; era libre de probar o retirarse. Indefectiblemente todos se la jugaban, unos con tiento, otros con decisión, para acabar engañados, espasmódicos, con el corazón abrasado. Luego los hombres más presentables de Laneiro llamaban a la puerta de los familiares del desdichado en nombre de un nuevo concurso televisivo. Cambiaban noticias de su hija, marido, padre o hermana por una suma considerable que iría directa a beneficencia. Al igual que el protagonista de la grabación, todas las familias aceptaban el trato, entregaban los ahorros que pudieran tener y se sentaban emocionadas frente al televisor. Mientras contemplaban la agonía mortal de su familiar, sus reacciones eran filmadas. Laneiro no vendía el material, lo colgaba gratuitamente en internet. Al contemplar su obra rompía a reír y algunos de su corte le imitaban, prueba de que en un mes o dos pasarían a nutrir el patio de abajo. Pero todo eso eran pasatiempos, lo que de verdad llenaba a Laneiro era aterrorizar paseando, tomar lo que se le antojara y recibir las gracias a cambio, de vez en cuando maltratar al azar. En estas estaba cuando se cruzó con el hermano de Paulo. No se resistió, no dio razón alguna para ofender, aceptó que Laneiro y los suyos se burlaran cuanto quisieran, pero esa tarde el virrey quería ver sangre. Mandó que le sujetaran y le preguntó:

—¿Es verdad lo que dicen? ¿Que eres tan guapo que no dejas de follar?

—No lo sé. No busco problemas.

—Pero si follas más que yo, sí que buscas problemas.

—No. No follo más. No follo nada.

—De eso me encargo yo.

Le desabrochó los pantalones, le bajó los calzoncillos, sujetó su pene y con una navaja lo cortó de base. El grito del capado se unió con la carcajada de Laneiro. Hasta el más destruido de sus secuaces se quedó helado. Dirigiéndose a ellos, avisó:

—Esto es lo que les pasa a las pollas que follan más que la mía.

Tiró el miembro al suelo y lo pisoteó con saña hasta convertirlo en pulpa. Luego volvió a reír y siguió caminando. Nadie salió a socorrer al herido. Llegó arrastrándose hasta el umbral de su casa. A Paulo, cuando lo encontró, le dedicó su postrer hálito, con el que nombró al culpable. Acto seguido, expiró desangrado. El adolescente lloró desconsoladamente abrazado al cadáver. Muchas horas después apareció una ambulancia y un enfermero separó a los dos hermanos. En ese barrio los difuntos eran recogidos y enviados a una fosa común, sin preguntas ni pésames. La Santa Berradora apareció al amanecer canturreando con la mirada tan ida como de costumbre y se acercó a Paulo, postrado en el suelo, que la recibió ingenuamente esperanzado, como si fuera portadora de alguna solución. Y lo era. Había sido informada de lo ocurrido por agentes misteriosos, de ningún otro modo se entendían los dos objetos que le entregó a su pequeño: un machete bananero y una estampa

futbolística; «Él te protegerá», prometió señalando al defensa de la foto. Paulo cortó su sollozo atónito por el bajo volumen que estrenaba su madre. Esta se dio la vuelta y desapareció silbando. Armado y bendecido se levantó, un aura infernal realzaba téticamente su belleza, allí donde se adivinaba un niveo plumaje no quedaba más que cartílago negro, en los bucles de su cabello se advertían llamas y sus ojos habían adquirido una opacidad mortal. El mundo infame que todos llaman real le había llamado a filas. Paulo, fiel a su generosidad, se enroló para darle gusto. Con el cromo en el bolsillo y el machete colgando se dirigió a la guarida del mal. Desde las ventanas y los portales surgían gritos desesperados que intentaban arredrarle. Se avecinaban tinieblas y los habitantes de A Rosinha morían de pena. La luz de Paulo, irremplazable, no es que fuera a apagarse, es que ya lo había hecho; su filamento quedó partido en cuanto abrazó a su frío hermano, segado donde la alegría explota, porque sí, por un despiste de Dios que olvidó cuidar a uno de sus hijos buenos. Ajeno a sus vecinos, ajeno al miedo y a cualquier ente celestial, ajeno a todo menos a sí mismo, Paulo iba a demostrar el doble filo de su poder.

Dos centinelas le dejaron acercarse, confiados. Cuando quisieron sacar las pistolas del cinturón, una hoja de cuarenta centímetros de largo y doce de ancho embistió imparable. No estaban preparados para un ataque tan horrible y primitivo. Como si se estuviera abriendo paso a través de la jungla, Paulo lanzó tajos a derecha e izquierda, allí donde un drogadicto trataba de interponerse. Alguno llegó a disparar con puntería defectuosa antes de perder dedos, mano o brazo entero. Los regueros de sangre manaban por doquier, las heridas infligidas a venas gruesas liberaban torrentes infectados, escandalosos. Lucifer, bellissimo y expulsado, se había reencarnado en un adolescente que, enfadado con el Creador, se entregaba a la furia con todo su ser.

Fue una matanza metódica; se aseguró a machetazos de que nadie activo quedaba a sus espaldas. Un siniestro brillo oscuro le envolvía, como una magia bizarra que subrayaba cada mancha roja, desde las ya ennegrecidas y acartonadas de su hermano hasta las más frescas y líquidas. Destacaban como medallas de esa guerra librada en el albor de los tiempos, poco después de que el verbo fuera. Y en la palma, empapada, una espada de fuego decidida a purificar ese rastro impío en su huida hacia delante, cada vez más lejos de recuperar su puesto en el paraíso. Pero si Dios es vengativo, pensó Paulo, debía estar aplaudiendo desde su trono.

En el espacio del primer piso, cubierto con alfombras, repleto de cojines y amueblado con mesas bajas y colchones mugrientos, media docena de niñas sin pecho fumaban paco compulsivamente alrededor de Laneiro. A una palabra suya saltaron en su defensa como cachorros enrabetados. Llevaban encima lo que habían recogido para agredir, por lo demás iban absolutamente desnudas; la primera en acercarse a Paulo ni siquiera iba armada, solo pretendía morder. El carioca la estampó contra la pared de una patada. A las demás las degolló raudo con desigual limpieza. Laneiro se lo quedó mirando alucinado por la exhibición de inmisericordia. Cuando fue consciente de su situación se quedó quieto, concentrado, como si fuera a

teletransportarse de manera inminente. Sin perder tiempo, Paulo le asestó el primer golpe en el cuello, de la abertura brotaron chorros intermitentes, repitió por el mismo lado, luego por el otro dos veces, como se separa una piña de plátanos de su palmera. Ya decapitado, agarró la cabeza y la mostró desde el balcón a un público desconcertado que aguardaba la próxima lluvia de psicotrópicos. Paulo la dejó caer. Los zombis, patosos, la emprendieron a chutes desacertados, riendo estúpidamente. Mientras descendía los escalones, unos gritos atajaron la desorientación que le invadía. Era su madre, loca perdida, que le ordenaba desde la calle: «¡Hazlo bonito! ¡Haz lo que quieras! ¡Pero hazlo bonito!». Paulo bajó al laboratorio del sótano, abrió el gas de los fogones, se hizo con todos los líquidos inflamables y vació los botes en la planta baja. De un inquilino que aún se movía sacó un mechero. El incendio fue terrible, y como había pedido la Santa Berradora, bonito. No obstante, había sentenciado su júbilo. Volvería a reír, a contagiar alegría, a regalar felicidad, pero a un nivel bajo, incomparable, meramente humano. En ese fuego ardía pecado ajeno y virtud propia.

Adoptó Laneiro como apellido, en honor a su deformación, a la carne y hueso falibles. No tardó en utilizarlo: la policía necesitaba un nombre completo para el atestado y la ficha de internamiento.

—Tomemos ventaja mientras podamos y donémoslos al mundo. Eso es lo que deberíamos hacer.

—Lo siento, Paulo, no estoy de acuerdo —discrepó Checky—. Los minipulsos no son como una vacuna. No van a salvar a nadie.

—¡Puede que sí!

—Te estás refiriendo a las tribus, ¿verdad? No te molestes, entiendo tu postura, pero no queda nadie en el Amazonas, los pulsos llegan tarde para eso.

El resto de la Agencia atendía al debate con respeto y un poco de tensión, Paulo se lo estaba tomando como algo personal y Checky había aceptado la desagradable tarea de bajarle los pies al suelo.

—¿Cómo lo sabes?! ¿Has estado ahí?!

—Todo el mundo sabe que lo de «el pulmón de la Tierra» es pasado. Tu selva ahora mismo no es más que un parque temático, un zoo gigantesco, como Kenia o Tanzania.

—Los indígenas no son animales de zoo.

—Pues mira, Paulo, en cierto modo sí lo son y por eso mismo están a salvo.

La texana acompañó sus palabras con una mirada repleta de compasión que atenuó la dureza de su significado. Paulo se relajó levemente. Nenad, sin dirigirse a nadie en particular, se lanzó con voz calma contra el silencio:

—Cuando sitiábamos una localidad, todo iba lento hasta que perdían la electricidad, entonces les entraba miedo. Muchos se suicidaban por... la angustia, la

angustia de no saber si al ponerse el sol, con la oscuridad, llegaría la invasión y la muerte.

»Sin luz ganarán los más fuertes, los más violentos, será un desastre para la gente normal y nosotros no podremos defenderlos a todos.

—La gente se defenderá con minipulsos —arguyó Paulo.

—No sirven contra las armas de fuego, amigo mío, y de entre los que se atreven a usarlas, nosotros somos de los más civilizados. Opino que deberíamos guardar el secreto y, si en unos años no ha aparecido indicio de que alguien más lo conoce, quemar los planos y destruir los prototipos.

—¡Con lo que me han costado! —se quejó Bill—. No, ahora en serio. Lo que dice Nenad es cierto: la ley de la jungla solo favorece a los más brutos. Por otra parte, si el ingenio obrara en poder de cualquier otro, calculo que no tardaría en hacerse con las riendas del mundo. Solo entregando los planos la gente podría defenderse. Y queda abierta la incógnita del escudo. Hoy por hoy soy el único investigador que puede descubrirlo; con la comunidad científica en pleno trabajando en ello las posibilidades de contrarrestar los minipulsos se multiplicarían por cincuenta millones.

—Hasta que ese día llegue —intervino Lander—, nos convendría que tú fueras el descubridor. Yo tengo fe en que lo conseguirás.

—Gracias, jefe, pero que conste que no es una responsabilidad con la que pueda cargar.

—Por supuesto. Y tú, Layla, ¿qué opinas?

—No sé si lo que pienso es demasiado razonable. Creo que la ley de la jungla ya rige, las desigualdades se extreman y la clase media está en peligro de extinción. Fijaos en nosotros: evitamos tomar parte, vivimos del miedo que nos tienen aquellos que ya dan miedo y admitimos que nada se puede hacer excepto sacar partido. No sé, las consecuencias se me escapan, pero algo me impulsa a regalar los minipulsos y sentarme a ver qué pasa. Sí, sí, ya he dicho que no es del todo razonable. Puede que me deje llevar como Paulo, nuestras vidas serían bien diferentes de haber podido parar un puñado de excavadoras.

Esa palabra diabólica pulsó las entrañas del brasileño, con gratitud agridulce sonrió a la palestina, a quien sentía más cercana que nunca.

—¿Algo más que decir? —inquirió Lander.

—Yo creo que no deberían usarse. —Era Mario quien hablaba; la gente no daba crédito—. Vamos, que no me hace gracia la idea. No está bien que porque a un tío no le guste la música pueda jodernos a todos y apagar la cabina del DJ.

El calabrés hablaba completamente en serio. A su lado Siracusa se tapaba la cara, Marko la boca en un intento de sellar una risotada. Los demás estaban desencajados, incluso Yukio, que había cambiado de expresión por primera vez desde que estaba sentado. Lander retomó el control:

—Gracias, Mario, pensaremos en ello. El caso es que estamos de acuerdo en compartir el minipulso si alguien diera señal de poseerlo, ¿cierto?

Todos asintieron menos Mario, que le estaba dando vueltas a otras hipotéticas situaciones.

—Bien. Si no pasa nada entre medias, propongo repetir la discusión de aquí a unos meses. Ampliemos información, imaginemos supuestos. Y, sobre todo, hablad entre vosotros. Somos un equipo. El mejor equipo.

Las palabras de Lander no lograron el efecto acostumbrado, el desacuerdo latente era demasiado grande. Pasó página rápidamente, por despistar y por obligación. Emplazó al personal a recuperar la forma durante la siguiente semana mientras recopilaban más información para la misión en ciernes. Tras ese apunte dio por cerrada la sesión.

Paulo bajó al Patio más por costumbre que por apetencia. No le motivaba la posibilidad de hablar con Checky o Bill, ni siquiera con Nenad. Necesitaba unos días para hacerse a la idea de que había otras opiniones, tan fundadas o más que la suya. Se sentó junto a Layla, que leía en una mesa arrinconada.

—Hola. ¿Molesto?

—No. Estoy cansada de este libro, habla sobre la revolución industrial; trato de ver paralelismos a la inversa en caso de que cedamos los planos, pero no lo consigo.

—No sé si vale la pena, Lander parece bastante apegado al secreto... ¡Bah! No me hagas caso, no quería decir eso.

—Tranquilo. Sé cómo te sientes. Son circunstancias extrañas.

—Muy extrañas... ¡pero ya está bien de lamentos! ¡Cuéntame algo divertido!

—Una vez maté a un hombre de una mamada.

Paulo estalló en una carcajada tremenda.

—¡No me lo creo! ¡¿Cómo?!

—Pues eso, chupándosela, pero de la manera correcta. Primero has de succionar fuerte, masajeando los testículos hasta lograr una erección completa. Luego has de tragártela entera, y abres y ocluyes la epiglotis de modo que apriete y libere la base del glande. Con un poco de práctica puedes hasta lamer los testículos, lo cual refuerza el efecto.

—Eso suena muy bien, pero tanto como para matarte...

—Espera, además hace falta un dedo en el ano en el momento acertado y con la otra mano pellizcar fuerte un pezón. El orgasmo es inigualable.

—¡Si me lo creo! Algo así ya lo he vivido, por eso digo que se necesita algo más para matar.

—Bueno. No es una práctica muy recomendable si tienes ochenta y tres años y usas marcapasos.

—Ja, ja, ja... ¡El viejo murió feliz! ¡Eso seguro!

—¡Y yo casi me la cargo! ¡En verdad solo tenía que hacerle dormir y pincharle el teléfono! Tuve que repetir el trabajo con su sustituto; el truco de la epiglotis no lo he

vuelto a utilizar.

—¡Buenísimo, Layla! ¡Buenísimo! ¡Es justo lo que necesitaba!

—¿Qué es lo que necesitabas, guapito? —Era Mario, que se había acercado con Siracusa, tentados por el jolgorio y las referencias sexuales escuchadas de refilón.

—Has de explicárselo, Layla, les encantará. Bueno, mejor no, ¡estos se matan el uno al otro!

Layla le acompañó en la risa mientras los italianos, desconcertados, tomaban asiento e insistían sin éxito.

—¡Ya está bien de guarradas! —zanjó Paulo—. ¿Qué sabéis de la misión?

—Aparte del primer informe, nada de nada —admitió Siracusa.

—Bueno —dijo Mario—, algo más sí sabemos. Lander me acaba de decir que Marko escoge tema. Debemos tener el aviso colgado en nuestras pantallas desde hace nada.

—¡Marko! —gritó el carioca—. ¡¿Qué tema?!

Desde la otra punta de la sala respondió: «¡Personajes de videojuegos!». La estatua de Yukio se tensó de emoción ante el anuncio. Paulo captó la escena y volvió a reír. No le quedaba ni sombra de enfado. Poco después estaba en el billar perdiendo y bromeando con Bill y Checky.

El juez no creyó una palabra de la confesión firmada. Uno solo no podía entrar en una casa de traficantes armado con un cuchillo largo, matar a todos y provocar el incendio y derrumbe del inmueble. Era inconcebible, y más en un chico imberbe sin antecedentes. Ese Paulo Laneiro debía de ser el miembro más estúpido de una banda que había logrado escapar de la inepta policía. Lo confinó tres años en un internado estatal y aun así temía que su severidad fuera excesiva.

Paulo entró en la prisión de menores temblando de la cabeza a los pies, y así continuó el primer año. Celadores e internos más crecidos abusaron de él a todas horas y de todos los modos. Le estaban tan encima que ni podía imaginar fugarse. Pero un día, una voz desconocida le conminó a defenderse; en su cabeza, una presencia pérfida y taimada le azuzaba en dirección agresiva, firme, protectora. Al siguiente chico que le metió la polla en la boca se la arrancó de un mordisco y la escupió a los pies del público. «¿Queréis que os la chupe también a vosotros?», les preguntó calmado; casi se le adivinaba una sonrisa. Infundió tal pavor que no recibió represalias, dejaron al mutilado suplicando un enfermero e ignoraron al chico maligno que acababa de materializarse. Quizás fuera el espíritu de Laneiro, quizás el mismo Lucifer que se había acomodado, el caso es que en el interior de Paulo algo imperdonable y fatal convivía con los restos de una bondad cegadora. Durante el tiempo que estuvo en el internado su reverso dominó, en compensación por los años generosos. Tampoco entonces pensó en fugarse, le daba vergüenza que el resto del mundo viera en qué se había convertido, mas llegó el día en que no le quedó más

remedio que afrontarlo: había cumplido la condena.

Esa realidad que temía resultó fácil y desgraciada, distinta por completo a la vigente cuando su hermano vivía. En un medio violento encajó como rapaz en el cielo. Le propusieron matar, y mató sin dudar. Fue una época teñida de grana que le reportó fama y cuatro reales. Se habituó a los disparos, suyos y ajenos, acercarse y volar, dos velocidades más rápido que los demás. Era un jaguar del asfalto, elegante, salvaje, temido más que odiado, un raro espécimen de sicario sin filiación. Las bandas iban y venían y él las sobrevivía. Pero un día llegó la punzada, su dualidad reclamaba alimento por ambos lados y uno llevaba demasiado tiempo hambriento. Reunió el dinero inútil que no sabía gastar y lo donó en persona con sencillez infantil a las Hermanitas de los Pobres. Las monjas lo aceptaron sin rechistar y Paulo encontró el equilibrio entre sus dos facetas extremas. Batió récords de longevidad en su oficio, le llovían solicitudes de todo el país, aumentó de soldada y observó el producto de sus asesinatos convertido en techos, cultura, prevención y vacunas.

Su madre seguía más loca y chillona que nunca campando por el arrabal. De vez en cuando se cruzaban, él le daba algo de dinero y ella le entregaba un cromó viejo a cambio. «Hazlo bonito. Él te protegerá. Hazlo bonito», repetía vehemente. Paulo obedecía por defecto, la belleza inherente a sus actos era universal. Convirtió la caridad en proyecto gracias a sus contribuciones, las Hermanitas sustituían sordidez por esperanza.

Sus objetivos caían en el olvido, pero no el modo en que murieron. Los pocos testigos que por temeridad o accidente habían visto al carioca operar quedaron hipnotizados por la plasticidad del ataque. Se hablaba de él como de una criatura felina que danzaba al son de la muerte, y la muerte lo adoraba por ser su mejor bailarín. Con la vitola de «señalado» se hizo acreedor de un respeto supersticioso. En la favela lo saludaban como si de un personaje inmortal se tratara. La madre superiora de la Misión, por contra, le hablaba en tono censor. Cuando iba a visitarla con un nuevo pago, esta le mostraba dónde iban a parar sus aportaciones y aprovechaba para concluir: «Gracias a tu dinero conseguiremos que crezcan menos como tú». Paulo, lejos de ofenderse, le daba las gracias por su vocación y se iba satisfecho.

El ocio lo dedicaba al sexo. Le había costado recuperar el gusto por dar placer. El odio que conservaba por haber sido violado lo orientaba hacia sus víctimas, en ellas veía las caras de los que le hicieron sangrar. Progresivamente se desprendió de sus rencores en beneficio de sus amantes. Fueron miles, de toda edad y condición; sin reparar en si eran guapas o feas, solo se preguntaba cuán bien las haría sentir, pues eso recibiría a cambio. Los traumáticos episodios en el reformatorio apuntalaron su condición heterosexual, nunca tuvo curiosidad alguna por consentir relaciones

masculinas. Se movía por bares y discotecas lejanos a su barrio y acababa con todas las chicas que quisieran compartirle en habitaciones de hotel, así se ahorrraba escucharlas en su portal rogándole más amor, como cuando era chico. Si no estaba entregándose o matando, descansaba en su modestísima casucha fumando un poco de marihuana con música de fondo, solo y en paz. En A Rosinha, donde disparar y llegar a los treinta era incompatible, Paulo Laneiro, por su obra y trayectoria, pasó de ser temido y respetado a querido, como si fuera el estandarte de la perdición superada. Era un icono valioso, intocable, que les permitía creer en la posibilidad de nadar en la mierda sin mancharse. Durante uno de los habituales partidos, alguien se acordó de sus reflejos de portero y él aceptó volver a jugar. Si se hubiera presentado a unas elecciones, el cien por cien de sus vecinos, de haber estado censados, le habría votado como representante.

Cada vez le atraía más trabajar en otras ciudades, quería distanciar cuantas balas fueran posibles de sus compañeros de fútbol, del tipo que le pasaba la maría, de los niños abandonados, del frutero cascado, de su madre loca, de las religiosas... de su hogar, al fin y al cabo. Dejó cadáveres bien pagados en Recife, Brasilia, Curitiba, São Luis, Bello Horizonte y, por supuesto, São Paulo. En la guerra de bandas que tuvo lugar en esta última se atribuyó el triunfo de los vencedores al fichaje del carioca. Su estilo cada vez más limpio destacaba entre la chapuza imperante; Paulo se colaba entre las calles, edificios o chabolas disfrazando su beldad y porte para adecuarse al escenario. Casi siempre pasaba desapercibido hasta que no disparaba, entonces desaparecía como una serpiente acuática.

Su capacidad mimética superó la reválida en Lima, su primera misión en el extranjero. Invirtió unos días observando a la gente, estudiando andares y acento. Eran más bajos, oscuros, anchos y feos; además, hablaban español. Pues a pesar de todo se transformó en peruano y tras apretar el gatillo escapó sin mayores problemas. A raíz del viaje descubrió su facilidad para los idiomas, en pocos meses dominó francés, inglés y castellano. Lo tenía todo para ser un actor sobresaliente. En vez de eso se convirtió en la pistola más cara del Cono Sur.

Llegó el último, pero no tarde. Tomó asiento y escuchó a Lander recitar su declaración de intenciones. Sin el menor resquicio de duda confirmó como todos: «Y la vida con él». El holograma de un cubo con aristas de un metro surgió desde el centro de la mesa. Giraba lentamente sobre su vertical dejando visibles sus caras, una tras otra, con la misma imagen impresa. Era una foto de Sugar Mbassa, en color sepia y poco nítida, la única que contenía el informe preliminar.

—Vais a acabar hartos de esa cara —profetizó Checky—, más que nada porque es el único documento gráfico que poseemos, el resto son retratos robot poco fiables. —Apagó el haz giratorio—. Veréis, hoy seré yo quien os explique el plan. Tras estudiar detenidamente los movimientos de nuestro objetivo y la disposición de la mina donde

se aloja, Lander y yo coincidimos en calificar la situación de nefasta. Lander aboga por renunciar y preparar con más calma nuestro siguiente trabajo. Yo no. Creo que podemos llegar hasta Sugar y volver sanos y salvos. Se decidirá por votación; sé que no es muy ortodoxo, pero el jefe considera que me he ganado el derecho de intentar convencerlos.

La texana tomó aire e inició una exposición bien preparada. La estrategia ideada dejó a la audiencia boquiabierta; por su simpleza parecía fácil, por su originalidad, una locura.

—Ya sé que se sale de lo normal —admitió—, pero, decidme, ¿alguna acción de esta Agencia puede considerarse normal?

A la manera de Lander, Checky se había guardado las razones para el final. La eventual ausencia de Sugar Mbassa no conllevaría precisamente equilibrio. El vacío de poder implicaba caos. Se preveía una peligrosa diáspora, más de cincuenta mil personas acampaban alrededor de su Rey Dios. Lo bueno era el trato con los holandeses. A estos les urgía en tal manera recuperar su yacimiento que habían cedido hasta límites nunca vistos. Ofrecían un botín que doblaba la marca anterior y además se comprometían a construir los cimientos de una ciudad para toda esa gente huérfana de soberanía. Un soplo de incredulidad recorrió la sala. Se encendió una pantalla. Los planos proyectados se superpusieron lentamente a la imagen real del satélite. Por fases se vieron entoldados, barracones y techos de adobe, canalizaciones de agua potable y gestión de las residuales. Checky señaló que no todo lo pagaría la compañía, los gobiernos colindantes aceptaban colaborar con tal de evitar esa marabunta de pordioseros armados. La envergadura de esa obra no era equiparable a nada que la Agencia hubiera impulsado con anterioridad. Iban a mejorar el mundo. Con esta frase la texana finalizó su alocución. Era innegable que había deslumbrado. Lander tomó la palabra:

—Gracias, Check. Ahora escuchadme a mí. Yo no estaré ahí de comodín, seré coordinador, ya que nuestra táctica hará trabajo de campo. Esto no es ni más ni menos que una misión de infiltración. Sabéis lo que eso significa. Un error nos arrastraría a todos. Paulo, te enfrentas al papel de tu vida, no tienes por qué aceptarlo. Una opinión negativa por tu parte sería vinculante, así que si quieres rechazar el trabajo nos ahorramos la votación.

—Me gustaría saber qué prefiere cada uno.

—Entendido. Ya conoces mi voto y el de Checky. ¿Yukio? —El japonés negó con la cabeza—. ¿Nenad?

—No me gusta. No, no me gusta.

—¿Marko?

—Creo que no.

—¿Bill?

—Lo que diga Paulo.

—¿Layla?

—Hagámoslo.

—¿Siracusa?

—Lo que diga Paulo.

—Yo igual —votó Mario.

—Pues está claro, Paulo, tú decides.

El brasileño echó otro vistazo a la pantalla con el futuro proyecto. Se tapó la cara con las manos unos segundos; al retirarlas anunció sonriendo: «Lo hacemos».

«Progreso», la palabra cobraba sentido entre los habitantes de A Rosinha. Se habían cansado de verla escrita en su bandera sin entenderla, y de golpe, con buen criterio, estaba en boca de todos. El buen hacer de las monjas cambiaba la polaridad del dinero que manejaban, y era tanto que los resultados se hacían notar. Conceptos otrora extravagantes como fe u orgullo desembarcaron sin hacer ruido en esa playa desahuciada con visos de reciclarse. El estrato más bajo de la sociedad dejaba por momentos de ser tan bajo. Pero la mejora del barrio no redundaba en todos; hubo putas que se retiraron dejando a sus chulos en la estacada, los camellos sufrieron un sensible descenso en el volumen de ventas, las bandas añoraban la cantera de antaño y todo tipo de criminales tenían problemas para encontrar colaboradores. Los sobornos a la policía comenzaron a llegar disminuidos y con retraso. Cuando los afectados vieron que la situación aún iría a peor, conminaron a los deudores a recuperar sin demora el statu quo. Para invertir la recesión decidieron destruir la base de la esperanza que tanto les debilitaba: la Misión. Como no se atrevían con Paulo rondando como un demonio de la guarda, esperaron hasta que estuvo de viaje.

Volvía contento de su primera experiencia en México, se había cargado a dos policías de Ciudad Juárez que luchaban contra el tráfico de marihuana y estaban involucrados en las matanzas de chicas. Lo mirara por donde lo mirara, su vertiente tenebrosa no había sido demasiado alimentada. Quería preguntar a la madre superiora si le supondría algún problema fiscal recibir las dádivas por transferencia en vez de en efectivo. A un kilómetro de su despacho, todo indicaba que algo había ocurrido. La gente estaba desaparecida, el aire espeso, la calle en silencio. Ya cerca, se preocupó por la columna de humo, que en un principio achacó a alguna pira crematoria de desperdicios, pero cuya base a cada paso coincidía más con el comedor social. Al llegar confirmó sus sospechas sin afectación. El total de su pena lo copó la visión de tantas figuras sin vida. Monjas con hábito, alumnos mal vestidos, profesores voluntarios y mendigos. Habían acabado con todos y nadie había movido un dedo por ayudar. El humo nacía de las brasas de un incendio que había crecido libre y que en breve se extinguiría, una vez carbonizado el maderamen de las instalaciones. Los bomberos, si habían sido avisados, no se dignaron aparecer. La policía menos. Paulo siguió paseando, comprobando el pulso de los cuerpos mejor conservados. No encontró a quien reanimar. Aparte de las heridas de bala, detectó el uso de armas

blancas, seguramente para rematar. La eficacia del escuadrón de la muerte era descorazonadora. No había visto nada igual desde que él mismo vació de alientos la casa de su apellido, pero comparar ambas masacres era del todo infame. O quizás no. Quizás él era igual que los verdugos de monjas. Quizás su altruismo no era más que una fachada. Quizás matar era matar y su gusto por escoger a quién, una afición inventada. Quizás la perdición era un hecho y el sentido una quimera. Se agarró del pelo, cerró los ojos, cayó de rodillas al suelo y se desgañitó de rabia hasta perder la voz. Luego retozó gimoteando, embadurnándose de polvo y tierra en un vano intento de ser tragado. Al poco cejó y se quedó quieto en posición fetal, esperando lo que fuera. Instantes más tarde, una mano escuálida le golpeó el hombro. Se giró para ver al sanitario o policía de su pronóstico. Se encontró a la Santa Berradora; le hacía entrega de un nuevo viejo cromo y de su discurso: «Él te protegerá. Han sido todos. Hazlo bonito. Todos. Han sido todos. Tú hazlo bonito. Con él. Él te protegerá». Paulo se levantó, guardó la estampa y se dispuso a obedecer. Era la segunda vez que le había hablado sin reventarle los tímpanos; aunque solo fuera por eso valía la pena celebrarlo a lo grande. En ese mundo sin lógica, Paulo no encontró nada mejor a lo que acogerse.

Fue hasta una gasolinera. Robó a punta de pistola el camión cisterna que llegaba para avituallar, lo condujo hasta la planta técnica de control de aguas, se coló dentro de la sala de control amenazando con su arma, allí obligó a los operarios a cerrar el suministro de A Rosinha. Prometió matar a todos los presentes si su barrio no permanecía seco al menos tres horas. Le creyeron. Volvió al camión. Escogió con tiento una calle exterior de su favela, abrió las válvulas laterales del depósito y regó hasta encharcar seiscientos metros de línea recta. Se hizo con un coche, bajó la ventanilla y tiró el encendedor eléctrico para prender la gasolina del suelo. Entonces aceleró hasta la cima del cerro de Corcovado, se puso a los pies del Cristo Redentor y observó desde el mirador cómo el viento extendía el manto de fuego, arrojando su barrio podrido, inútil, cobarde y asesino como él. La favela entera ardía. Se adivinaban los gritos. El rojo creciente hería la noche. Las llamas hipnotizaban. Su madre, dondequiera que vagara, debía sentirse complacida. Paulo cogió su arma. Recordó a su padre amarillo, se vio jugando con él y su hermano. Antes de que la escena se esfumara, pretendía suicidarse.

Frenó por curiosidad, quería poner cara a esa voz grave que le gritaba: «¡Espera!». Una palabra que no le pedía que no lo hiciera, le pedía una prórroga, un rato más, como si la decisión fuera correcta pero no el momento. El mundo estaba loco de remate y la irrupción de ese hombre lo corroboraba.

—Llego justo a tiempo. Y demasiado tarde. —Se aproximó a él—. Vengo de lejos para hablar contigo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Siguiendo el rastro del coche robado, pero el margen de error era amplio. He tenido una intuición afortunada.

—¿Qué quieres de mí?

—Contratarte.

Paulo rio con tristeza.

—No, no, no. Hoy me retiro, de matar y de vivir. ¡Mira lo que he hecho! ¡Mira! —exclamó señalando la catástrofe—. Después de esto, nada queda.

—No te culpes del todo. Me consta que el incendio podría haber sido ya sofocado. El ayuntamiento tiene los medios. Lo están aprovechando para desalojar una zona urbanizable. Créeme, Paulo, eres más peón de lo que imaginas. Todos lo somos.

El carioca se quedó pensativo, intentando comprender la vileza ajena, por qué le permitían destruir un barrio pero no rehabilitarlo. Sin respuestas rompió a llorar.

—¿Y ahora qué hago?! ¿Qué se supone que debo hacer?!

—Únete a mí. Volveremos a empezar. Para volarte la cabeza siempre estás a tiempo.

Eso era del todo cierto, y el resto de su parlamento lo parecía. Lander le habló de equilibrio y aceptación, como si hubiera leído su biografía, pero lo que de verdad le sedujo fue la demanda de ayuda, hecha desde el respeto y la honestidad. Paulo vio en ese hombre un lobo fiel y salvaje buscando integrantes para su manada, luego se vio a sí mismo convertido en jaguar cazando junto a él, una situación irreal y bonita. Le tentaba comprobar si los dos tótems podrían aunar y compartir zarpazos y dentelladas. El brasileño, hijo de la tierra más fértil, si de algo carecía era de egoísmo.

Era noche de bautizo. Se encontraban en una granja al este de Angola. No quería llegar tarde, pero la vegetación circundante era tan majestuosa que le costaba dejar de admirarla. Los ruidos que surgían de la espesura le recordaban su hogar primigenio. Sonrió pensando en la reconquista. Una vez talados los troncos, casi toda la selva amazónica se había convertido en un erial. Con el primer sueldo de la Agencia compró el terreno donde nació. Con los siguientes, lo convirtió en latifundio. A pesar de que la repoblación forestal iba a requerir décadas, ya se advertían señales de la exuberancia perdida. Dentro, una comunidad crecía sin miedo a ser nuevamente despojada. Paulo en persona había explicado a los residentes la necesidad de prevenir ataques. Con la ayuda de Lander y Checky, seleccionaron puntos donde alzar torretas de observación e instalar medidas defensivas. La hacienda Laneiro se había convertido en refugio para todo necesitado. Esclavos en mil kilómetros a la redonda se atrevían a escapar sabiendo que ese lugar existía. Algunos indígenas regresaron. La esperanza renacía donde reinaba la nada, y se extendía más allá de los límites de la propiedad. «Los míos», como solía llamarlos, aumentaban en número y poder. Ya eran autosuficientes. Ahora, lo que pretendía Paulo era comprar otras hectáreas más al sur y comenzar de nuevo. Con el dinero que cobraría por la misión en marcha avanzaría muy rápido. Su nombre en voz alta le devolvió a África. Era Marko, que le

venía a buscar.

—Lander está un poco tenso. Pensé que sería bueno que, por esta vez, no llegaras tan justo.

—Tienes razón. Creo que si no hubieras venido, habría llegado tarde. Vamos.

Ambos se encaminaron hacia la sala principal. Tras unos metros en silencio, Marko preguntó:

—¿Pensabas en Brasil?

—Como siempre. Ese lugar es el cielo. En las próximas vacaciones verás mi proyecto. Pero tranquilo, que también habrá tiempo para visitar las discos de Río, ¡con esos ojos azules me vas a dejar sin chicas! —exclamó riendo mientras entraban.

—¡Me encanta que lleguéis tan pronto! —anunció Lander como bienvenida—. Os habéis ganado que os sirva un vino de palmera.

—¡Puaj! —se quejó Paulo tras el primer sorbo—. Si lo llego a saber, me quedo en la habitación.

—Venga, nenaza, no está tan mal —continuó Lander—. Y tú, Marko, no hace falta que cuentes, estamos todos. Tú cantas.

—Seré Snake, de *Metal Gear*.

—Ese me suena. ¿Nenad?

—Yo es que solo he jugado al Pacman.

—Pues Pacman. ¿Mario?

—Hi! I'm Turok!

Marko y Checky rieron. Lander se limitó a apuntar.

—Me alegra tener a Turok. ¿Siracusa?

—Guybrush Threepwood.

—Guybrush. ¿Check?

—Lara Croft.

—¡Sí, sois calcadas! —bromeó Mario.

—Bueno, Turok no tenía demasiada pinta de gay —se defendió la texana.

—¡Al contrario! ¡Se le notaba muchísimo la pluma!

—Por favor, Turok —le reprendió Lander—, los comentarios después. ¿Bill?

—Dash Rendar.

—Dasenda.

—¡No, no! Dash Rendar, el de *Shadows of Empire*.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, Dash Rendar. Luego me lo explicas. ¿Paulo?

—El del *F-Zero*, el verde que me gusta, ¿cómo se llamaba, Marko?

—Pico —aclaró el joven—. Y me llamo Snake.

—Bien dicho —celebró el jefe—. Tenemos a Pico. Tu turno, Layla.

—Me gustó mucho ese que me enseñó Snake, el samurái cibernético del *Tekken*: Yoshimitsu.

—Yoshimitsu. ¿Yukio?

—Mario.

—¡Clásico! ¡Me lo has robado! Pero será Supermario para evitar alguna confusión. Y como te has llevado el que quería, yo me bautizo Bowser.

La memorización fue más difícil de lo habitual, excepto para Marko, que estaba encantado discutiendo sobre los álter ego de cada uno. Paulo le siguió la corriente sin esfuerzo, adoraba ver al serbio entusiasmado, era como un niño pequeño. Según lo programado, tres misiones les separaban de una convivencia temporal deseada. Se lo iban a pasar de maravilla. Antes de retirarse se lo recordó, y el chico se despidió todavía más eufórico.

Aún estaban lejos de la mina cuando un puñado de niños con Kaláshnikovs hizo parar el convoy. Se identificaron como delegación consular angoleña. El niño que parecía estar al mando les señaló dónde aparcar. Había otros vehículos semejantes estacionados en la explanada, unos todoterrenos con distintivos de Zaire, algunos jeeps desvencijados y un camión de Coca-Cola. Sugar ganaba peso en el continente y los más precavidos ya le rendían tributo. Tras ser registrados, las pocas armas que habían traído quedaron en los coches. A punta de fusil les guiaron hacia la boca de la mina. Fue un trayecto de varios kilómetros a través de un asentamiento ciclópeo y maloliente. Barracas, tendidos y basura se amontonaban por doquier, era un vertedero poblado al que solo le faltaba ponerle nombre para convertirlo en ciudad. La gente los miraba con odio por el mero hecho de ir limpios, se oían disparos aleatorios, unos adolescentes con la enfermedad del sueño se abalanzaron pidiendo cualquier tipo de limosna, los acompañantes oficiales los dispersaron a culatazos. Se asemejaba a las favelas, pensó Paulo, pero en peor. La concentración de pobreza era extrema.

Les hicieron esperar horas en un vestíbulo cochambroso. Nenad era el que peor llevaba que los mantuvieran encañonados; su pose indignada y desafiante no ayudaba a tranquilizar a nadie. El carioca relajaba ánimos cumpliendo con su papel de diplomático estúpido. Había ennegrecido su piel con maquillaje resistente, se había recortado y tintado el cabello y usaba lentillas marrón oscuro. Llevaba puesto un bubú blanco de gran calidad y lucía anillos exageradamente gruesos. Nada quedaba de su estilo arrebatador excepto sus finos rasgos. Intentaba hablar en portugués con soldados que no le entendían, pero que se contagiaban de sus sonoras risotadas. Y por fin pasó algo: un elevador de personal subió cargado de soldados con más edad y hierro. El cabecilla exigió algo en árabe. Checky, que por su baja estatura y la sobriedad de su vestuario parecía invisible, tradujo en actitud sumisa:

—Pregunta qué le traemos al Rey Dios.

—Los respetos del gobierno de la República de Angola y estos presentes.

Mientras Checky traducía, Paulo los mostró. La formación de bienvenida quedó satisfecha, les cachearon otra vez y bajaron todos juntos hasta el subnivel 30. Durante el descenso, el brasileño se imaginó a Lander en la unidad móvil, hecho un manojo de

nervios por haber perdido todas las señales del grupo: a esa profundidad ningún sistema de audio o vídeo era capaz de emitir. Abrieron el portón y siguieron al responsable por un angosto pasadizo bien apuntalado. La iluminación era temblorosa pero suficiente, tomaba la corriente de un grupo electrógeno que rugía desde alguna ramificación. Al llegar al final, el aire se aclaró tanto como el espacio. La caverna era increíble. Fugaces brillos repartidos a lo largo de la inmensa bóveda reforzaban la sensación de estar en un inmenso planetario. A un lado y a otro se abrían numerosos túneles y en el extremo opuesto se levantaba una especie de altar informe. A sus pies, un centenar de personas entre visitantes, tropa y servidumbre; sobre él, sentado en un trono hecho exclusivamente de huesos humanos, Sugar Mbassa. En cuanto estuvieron delante, Paulo y Checky se postraron. Él los miró con indiferencia. Pese a la ausencia de fotos, la docena de testimonios que habían conseguido conocer al objetivo y alejarse indemnes daban fe de su carencia de dientes; tal hecho apoyaba la teoría según la cual el apodo «Sugar» le venía de su adicción a los caramelos. El primer regalo era una dentadura postiza con todas las piezas de oro. Al abrirlo lo dejó caer con desprecio. Checky continuó su labor de intérprete: «Dice que tiene una mejor». Efectivamente, del bolsillo de su túnica sacó una prótesis hecha igualmente en oro, pero con diamantes incrustados en cada diente. Con soltura se la colocó en la boca y les dedicó una mueca brillante y desagradable. Paulo estaba preparado para un chasco así, Lander le había advertido de que la información poco actual es a la vez poco útil. Sin perder la compostura presentó el segundo obsequio: Layla. La chica se acercó a su nuevo amo contoneándose de tal manera que la mayoría de los velos que la cubrían fueron cayendo tras ella. Semidesnuda se estiró frente a Sugar, lasciva y suplicante. El agraciado aplaudió la adquisición, la sentó a su lado y volvió a hablar dirigiéndose directamente a Checky.

—Pregunta que por qué tus esclavos son blancos.

—Para compensar a los negros que fuimos esclavos suyos.

Unos segundos después el Rey Dios mostraba su cara sonrisa como premio a la contestación. Luego se interesó por «el amarillo».

—Es mi chófer. Tenía miedo de quedarse solo en el coche.

Esa respuesta no fue tan convincente. Checky anunció en consecuencia:

—Dice que no le gusta. Ni el amarillo ni el resto. Tendrán que quedarse en el p arking.

Paulo asintió reverente mientras Sugar y la texana intercambiaban palabras. Al minuto Checky explicó, hecha un t mpano:

—Por alguna razón me quiere a mí también. Te pide que me entregues. Acepta. D jale bien claro que estás de acuerdo. Y los demás, decidle a Bowser que venga en helicóptero mañana a las doce en punto, estaremos al pie de la entrada; a esa hora, huid vosotros. No dud is un segundo. Confiad en mí.

A Paulo le costó un horror maquillar el sobresalto, aun así consiguió una reacción creíble. Con gestos obvios anim  al Rey Dios a tomar posesión de la traductora. El

oro y los diamantes volvieron a asomar.

El brasileño fue invitado a una cena en su honor y alojado en una cueva apartada. Los seis restantes fueron encañonados hasta los coches. La habitación escarbada, a pesar del aire viciado, era confortable. Recostado entre cojines se puso a evaluar la situación. Era la primera vez que el ejecutor programado variaba en mitad de la misión; todo indicaba que sería Checky la invitada al lecho real. No había razón por la que dudar de ella, era una soldado bien adiestrada, tan fría como el que más, pero Paulo no le conocía víctimas directas, su función táctica la había mantenido alejada de la sangre. No era lo mismo apretar un botón que clavar un cuchillo. Por otra parte, había sido ella quien se había ofrecido, aunque mucho se temía que de otro modo todos hubieran muerto. Lo que estaba claro, presumió, era que si no lo hacía Sugar, Lander los mataría. A esas alturas ya debía de estar enterado, buscando un helicóptero con el que acudir a la cita y escupiéndole blasfemias en los micrófonos del resto.

Durante la cena estudió el lenguaje corporal del anfitrión, así como su voz y sus expresiones, todo sin dejar de interpretar su papel, con risas guturales y tocamientos a las chicas del servicio. Otros comensales se comportaban igual sin tener que fingir. En un lateral de la sala, mezclada en el harén personal de Sugar, Layla se había colocado visible a la espera de una oportunidad, pero esa noche la escogida era Checky, que estaba sentada junto al objetivo, tranquila. Cuando este se hartó de comer y beber se marchó con ella a sus aposentos, una oquedad amplia de la sala principal con unas cortinas como puerta y dos centinelas frente a ella. El serrallo presente fue conducido por una gruta donde desapareció de la vista de Paulo. Pasados unos minutos, se retiró. Dos sirvientas le acompañaron. Para evitar acostarse con ellas simuló ir muy borracho, las convenció vomitando delante de ellas. Le acomodaron en una cama rústica y le masajearon la cabeza con cuidado hasta que lo creyeron bien dormido. Cuando se fueron, se lamentó de no haber podido explotar más su hospitalidad. Fueron horas largas en las que nada podía hacer más que crisparse ante cada ruido. De tanto mirar la tela que preservaba su intimidad, creyó que se movía, minuto sí minuto también. Finalmente, la ilusión no fue tal: Checky acababa de entrar. Estaba pálida, desencajada, y habló con falsa firmeza:

—Ya está hecho. No preguntes. Ve a la habitación de Sugar. Aparte de los dos de la puerta solo me he cruzado con uno por el camino. Elimina a quien te vea y espéranos ahí. Ten, utiliza esto —dijo entregándole un puñal de hoja curva—. Yo me voy a buscar a Yoshimitsu.

—Si necesitas...

—¡Obedece! ¡No hay tiempo que perder!

Paulo temió que la estridencia de las últimas órdenes hubiera alarmado a alguien, pero nadie apareció. Escondió su túnica y sandalias en un agujero que tapó con piedras. De su cartera sacó un cromo, el de un defensa olvidado llamado Aloisio, gentileza de su madre; lo besó y se lo metió en los calzoncillos negros. Vestido únicamente con esa prenda, se acercó sin ser visto hasta las dependencias del rey

difunto. Desde un recoveco sin luz observó a los guardias y calculó sus movimientos. Tomó aire y saltó a por ellos. Clavó su arma en el vientre de uno y ahí la dejó. Mientras el otro trataba de entender, Paulo le golpeó la nariz con la cabeza, se giró, retiró la daga del primero y se la clavó esta vez en el cuello. Volvió sobre el segundo, que se dolía del tabique roto, le agarró del cuello y le golpeó el cráneo contra la pared de roca, dejándolo inconsciente. El ruido había acabado, solo se oía el gorgojeo ahogado del degollado, que intentaba sin éxito sellar su tráquea abierta. Cuando al fin murió, metió los dos cuerpos en la dependencia real, remató al que respiraba y los tapó con telas en una esquina. En la cama, Sugar Mbassa descansaba para siempre, con veinte puñaladas en el pecho. Estaba claro que Checky había perdido el control, con el tipo dormido solo hacía falta cortarle la yugular, pero no iba a ser Paulo quien la censurara; había matado y eso era lo que contaba. Llevó el cuerpo junto a los otros dos. Poco después, sus compañeras aparecieron.

—Voy a limpiar lo de la puerta —dijo Checky—. Vosotros, rápido, a lo vuestro.

—¿Y el estuche? —preguntó Paulo.

—Aquí lo tengo, estaba en el altar —respondió Layla enseñando el primer regalo que le habían hecho a Mbassa.

—¿Os ha costado conseguirlo?

—No. ¿Quién iba a robar algo si luego es registrado en el ascensor? No hay casi guardias. Todos están en el acceso de entrada.

—¿Y a ti te han dejado salir fácilmente?

—Sí, Lara Croft solo ha tenido que decir que Sugar me reclamaba. Aquí las chicas van y vienen como platos de comida. Ni siquiera nos han escoltado. Con una sola salida y tan vigilada, nadie podría escapar.

Mientras, Layla había desmontado la caja con la dentadura. De un doble fondo había sacado enseres de maquillaje, un juego de fundas dentales, lentillas y finas capas de látex negro que empezó a aplicar con pegamento orgánico sobre la cara de Paulo. Poco a poco su fisonomía fue variando a negroide hasta convertirse en un calco de Sugar Mbassa. El carioca cambió sus ojos de color y Layla retocó el de su piel además del peinado. Durante el proceso fueron repasando el vocabulario del suplantado. Paulo había aceptado el reto de aprender árabe en un mes y medio y casi lo había logrado, lo malo era que para imitar el habla desastrosa de Mbassa tenía que desaprender, y en pocas horas. Otro problema era el de la voz, la copia no era tan perfecta como esperaban. Sería cuestión de hablar poco. Para acabar, se colocó las fundas doradas que simularían la dentadura rechazada. Iba a llamar algo la atención que Sugar no usara la de diamantes, pero no les quedaba otro remedio.

La primera prueba llegó con el desayuno. Dos criadas entraron con bandejas de fruta y huevos. Paulo picó con desgana y las hizo marchar. Los tres asesinos no detectaron un atisbo de duda en las chicas. Al rato entró el capitán de la guardia, estaba todo lo lívido que podía estar pese a su negra piel, y es que no veía la manera de explicar la desaparición de dos soldados y un invitado. Paulo ordenó feroz:

«¡Buscad! ¡Buscad!». Y el capitán obedeció. Una especie de secretario anunció que las visitas estaban llegando. Paulo ni respondió, se dejó vestir por Layla y Checky y salió hacia su trono de huesos. Por el camino mandó a los primeros que encontró hacer guardia frente a su habitación y no dejar entrar a nadie. Con las chicas acomodadas a sus pies fue concediendo audiencias, emulando la desidia que le había visto a Sugar. Por delante pasaron emisarios de Leshoto, dos traficantes de armas, un tratante de blancas y un ejecutivo de la Shell. A todos les dejaba hablar y solo les interrumpía cuando no se lo esperaban. La actuación de Paulo fue soberbia. El capitán de la guardia, sin embargo, empezó a sospechar. Había revisado el entramado de túneles y todas las estancias sin hallar a los perdidos. El único escondite lógico que quedaba era la alcoba de Sugar, pero no se iba a jugar la vida entrando sin permiso. Fue a pedir la autorización en persona, pero Paulo le ignoró deliberadamente. A la espera de atención, el capitán se posicionó cerca del altar. Poco a poco fue captando detalles turbadores; sin contar el cambio de dentadura o la voz forzada, había otras diferencias entre ese hombre y el jefe supremo que había despedido la noche anterior. Notó un deje ligeramente pronunciado en su acento, también reiteraba ciertas expresiones de manera abusiva y creyó adivinar otro tipo de inteligencia en su mirada. Layla captó el peligro y se propuso despistar la atención del soldado. Este cayó en su embrujo, pero al cabo de un rato una patrulla se interpuso en el contacto visual para explicar las nulas novedades sobre el registro, así el capitán recuperó la cordura. Consciente del poder de esa chica nueva, se colocó allí donde no pudiera verla. Siguió examinando a su supuesto jefe, cada vez más alarmado. Las prótesis faciales no tenían la elasticidad de la piel genuina, algunas muecas parecían bastante antinaturales. Le llevó tiempo al capitán pero logró conjuntar todas esas imperfecciones en un solo cuadro. O estaba loco o ese hombre ahí sentado era un impostor con máscara. Necesitaba acercarse a él para demostrarlo.

Paulo miró su Rolex de refilón, el auténtico Sugar nunca se habría fijado en un reloj que no sabía leer. Vislumbró las once y cuarto. Para hacer tiempo se puso a hojear de nuevo el catálogo del tratante. El capitán intentó aproximarse disimuladamente. Checky, que iba traduciendo los elogios de los invitados, no prestó atención al movimiento. Layla sí. Se deslizó como una serpiente hasta Paulo y le rogó, a la vista de todos, que mandara tocar al músico. Paulo accedió bostezando. Al momento, un anciano de su corte comenzó a rasgar la kora en su regazo. De las veintiuna cuerdas surgieron notas que reverberaron en la bóveda mineral. El efecto era arrullador. Y luego estaba Layla para convertir esas melodías antiguas y calmantes en sexo bailado. Su estudiado arte paralizó la sala. Incluso el capitán se dejó contagiar. Media hora después, despeinada y sudorosa, acabó gateando hasta Paulo para lamerle desde los pies a la oreja. Al llegar ahí la palestina le susurró: «Larguémonos ya, y no dejes que el capitán suba».

Con un esfuerzo sobrehumano, Paulo rompió el hechizo global y se levantó. Se dirigió hasta el elevador sin pronunciar palabra. Checky, Layla y cincuenta personas

más le siguieron. Ya dentro de la plataforma, a una distancia prudencial del posible delator, le ordenó: «¡Tú no! ¡Tú a buscar!». El hombre se alejó de mala gana. De haber intentado algo, el resto de soldados se lo habrían impedido, y esa puta recién llegada siempre parecía estar en medio. Con el falso Sugar en el exterior, iba a colarse en la habitación a confirmar lo que ya sabía.

Faltaban doce minutos para que se presentase Lander. Acababan de llegar al vestíbulo de la planta cero. Paulo hizo bloquear el elevador para que nadie más subiera. El grueso de la escolta se encontraba ahí preparado, al salir a cielo abierto se desplegó a su alrededor formando un círculo protector. Sin dar explicaciones a nadie, trepó por unas rocas hasta alzarse sobre la boca de la mina, desde allí mandó subir a Layla y a Checky. El público se agolpaba en masa ansioso por ver y escuchar a su rey. Paulo, flanqueado por sus compañeras, se dispuso a hablar. Quedaban nueve minutos.

Mientras, en el piso de abajo se descubría el engaño. Tras comprobar la inoperancia del elevador, el capitán y más hombres iniciaron el ascenso por las escaleras. Ocho minutos.

El discurso de Paulo era básico. Empezó por reclamar la presencia de todos. Repetía y repetía la llamada como un energúmeno. Cuatro minutos más tarde, una muchedumbre se hallaba a sus pies. Al capitán le faltaban veinte pisos para llegar.

—¡El pájaro me vendrá a buscar! —gritó Paulo—. ¡Llamad al pájaro! ¡Pájaro! ¡Pájaro! ¡Pájaro! —La gente obedeció. La palabra «pájaro» comenzó a atronar. Paulo les hizo callar con un gesto—. Y cuando el pájaro llegue, ¡os vigilaré desde el cielo! ¡Arrodillaos! —Miles de fieles se hincaron en el suelo. El capitán, asfixiado, seguía subiendo escalones. A las doce menos dos le quedaban cinco pisos—. ¡¿Juráis obedecerme?!

Un coro brutal respondió:

—¡Sí, mi Dios!

—Pues yo os ordeno... ¡amor a la tierra! ¡Amor a la tierra! —La gente, en un principio, no acató uniformemente. Paulo siguió repitiendo—: ¡Amor a la tierra! ¡Amor a la tierra! ¡Amor a la tierra! —Poco a poco el lema fue calando hasta convertirse en un solo grito ensordecedor.

Un minuto para las doce. El capitán llegó extenuado. Intentó explicar a la tropa del vestíbulo que el auténtico Sugar había sido asesinado, pero no le entendían, era imposible con todo el jaleo de fuera. Salió en busca del jefe de la escolta, que controlaba a la multitud arrodillada. No hubo caso, solo se oía «Amor a la tierra».

«¡Amor a la tierra!»; el clamor era tan poderoso que superó al rotor del helicóptero a cien metros de los tres miembros de la Agencia. Cuando lo avistó el primer arrodillado exclamó: «¡El pájaro!». La palabra cuajó al instante. El capitán, desesperado, no podía competir. Del Black Hawk se extendió una red de cuerda que quedó al alcance del impostor y las chicas. Mientras estos se sujetaban a ella, el capitán estuvo tentado de usar su arma, pero no llegó a desenfundar, disparar contra

un dios frente a una turba de creyentes no resultaba buen negocio; extenuado, se limitó a observar cómo las tres figuras subían hasta las tripas de un pájaro de hierro que fue a perderse en el cielo de mediodía.

Cuando Paulo llegó al Patio, la Agencia lo celebró entonando:

—¡Amor a la tierra! ¡Amor a la tierra! ¡Amor a la tierra!

—Gracias, gracias —aceptó contento.

—Ahora que estamos todos —atajó de plano Lander—, quiero que quede esto claro: hemos tenido suerte, ¡y aquí no se trabaja con suerte! Ha sido lo más parecido a una misión suicida. La decisión final fue mía, así que asumo la culpa, pero que nadie piense que algo así se repetirá. Y, creedme, es una buena noticia para todos.

La charla de Lander los dejó helados. Fue Mario quien se atrevió a poner música. El jefe estuvo un rato con Checky, hablando a solas, y luego se fue. La texana tampoco iba a durar mucho a tenor de su cara mustia. Paulo se le acercó:

—No te preocupes. Lo hicimos bien. Tú sobre todo.

—Sí, claro —contestó, y se fue sin más a por cerveza.

—Ya se le pasará —dijo Bill aparentando despreocupación—. Yo la ayudaré.

—Eso está bien.

Algo incómodo, dejó esa esquina a la medio pareja y se acercó a la barra atraído por las risas.

—Escucha esto, Paulo —pidió Siracusa—. Nenad dice que eres el primer asesino hippy de la historia, ja, ja, ja.

—Y este es su primer chiste bueno, ja, ja. «Asesino hippy», me encanta Nenad. ¿Y ese escudo zulú, Sergey? —preguntó, señalando el que colgaba sobre el botellero.

—Me lo han traído los italianos, para que recuerde mis raíces. Lo miro y me siento como en casa...

Alrededor estallaron con su broma preferida. Checky y Bill desaparecieron, Yukio y Marko se limitaron a jugar, los demás fueron probando mezclas en su afán de conseguir un cóctel nuevo al que llamar «Amor a la tierra». Cuando Paulo sirvió la combinación que todos acordaron perfecta ya iba tan borracho que no recordaba qué había puesto. A la gente le pareció lógico acabar la noche brindando con esa bebida maravillosa e irrepetible.

Llegó a su cuarto agotado, cayó de bruces contra su cama sin haberse desnudado del todo y se durmió. Ni siquiera reparó en el aviso de la pantalla. Había recibido una nota de Lander que leería al día siguiente: «Querido Rey Dios, hay que reconocer que lo hiciste bonito».

Si la vida es amar, Lander nació a los treinta y cinco.

Fue entrar ella y ver la luz, la blanca, la primera. El parto, correspondido, resquebrajó la estancia; nadie allí quedó indiferente. Peter van Zeesaar, ofendido por el flechazo, mandó a la chica salir de inmediato, luego se giró sobre su guardaespaldas, que mantenía el tipo salvo por un turbio reflejo en su mirar, e ignoró el hecho por absurdo: el mejor asesino de la historia, reconvertido en guardaespaldas, no iba a enamorarse de su hija. Lander no podía estar más de acuerdo con su jefe, pero el caso es que había ocurrido.

Las fotos de Lía van Zeesaar sobre el escritorio de su padre comenzaron a moverse y parpadear en demanda de atención. Lander lo solucionó colocándose en paralelo. Lo que no podía evitar era un estremecimiento cada vez que se abría la puerta del despacho; a pesar de conocer de antemano la identidad de la visita, mantenía la esperanza de que por la puerta entrara Lía.

Afortunadamente eran días ajetreados, se dirimía la superioridad logística en Europa Occidental y las reuniones se celebraban en lugares neutrales. Van Zeesaar estaba muy satisfecho con el desarrollo de las negociaciones, sus propuestas eran aceptadas apenas retocando flecos. Iba camino de convertirse en el coordinador de toda actividad ilegal desde los Urales a Stonehenge. Todos ganaban, excepto la mafia italiana, que se había negado a participar, y los matones de base cuyo número iba a verse reducido a la mitad. La reestructuración de personal se asemejaba a la de una fusión de multinacionales. En realidad era eso. Tráfico de armas, de estupefacientes, prostitución, pornografía y apuestas controlados por un genio empresarial que sabía cómo minimizar gastos a corto plazo. Lo difícil era convencer a las partes con argumentos lógicos; cualquier cambio les causaba miedo, por eso Van Zeesaar había contratado a Lander, para causar más miedo aún. La reputación del germano era demoledora. Ya podía su jefe presentar unas expectativas económicas maravillosas que los asistentes se preocupaban solo por la nariz aguileña que asomaba tras el orador. Se preguntaban cómo el agente libre más peligroso y anárquico se había llegado a vincular a alguien de forma tan incondicional. La razón se resumía en dos palabras: daño limpio. Van Zeesaar había convencido a Lander de que, una vez constituido su proyecto, los daños colaterales podían reducirse a cero. Las víctimas de la violencia serían solo competidores, otros participantes del juego. Era difícil pero factible, y si en cinco años no se había logrado, Lander era libre de comprarse con lo ganado una isla polinesia donde olvidar. Lo que en esos momentos clave Lander no podía olvidar era la existencia de Lía.

Tras el último acuerdo, Van Zeesaar, exultante, se dirigió a su sombra:

—Hoy es un gran día, Lander, y debemos festejarlo. ¡Esta noche cenamos de gala! ¿Algún menú en especial? ¿Algún vino? ¿Alguna compañía? Ja, ja. —A Lander no le hizo gracia. Su mirada oscura se volvió más velada—. No me hagas caso.

Tómate la tarde libre, cómprate un traje o lo que quieras. ¡Prepárate para beber! Ja, ja, ja.

Con la perspectiva de verla, se vistió lo mejor que supo. Era un impulso estúpido e inesperado, irregular en todos los aspectos y, del mismo modo, irrenunciable.

La mesa alargada estaba dispuesta para cincuenta comensales, eso le hizo albergar esperanzas, el equipo directo no superaba la veintena. Empezaron a llegar los invitados, todos compañeros, algún colaborador y sus respectivas parejas, en su mayoría alquiladas. Van Zeesaar entró pletórico, saludó a los presentes uno a uno, luego tomó a Lander del brazo y le dijo en privado:

—Lo más complicado está resuelto, gracias a los dos. Sí, sí, a los dos; esos cabrones andan cagados sabiendo que estás conmigo, tu presencia ha ahorrado cientos de muertes, ¿te das cuenta? El daño limpio ya ha empezado. —Lander asintió cortés, ajeno a todas las palabras que le dedicaba su jefe—. ¡Anda! ¡Relájate un poco! Nos espera un largo camino juntos. Venga, vamos a cenar.

En cuanto Van Zeesaar se sentó, todos le imitaron. Lander se sentó a la izquierda de su jefe, que ocupaba la cabecera. Delante de él quedaba una silla vacía. Van Zeesaar le explicó: «La guardo para mi hija. Le he pedido que venga, pero no creo que se digne. Con lo pragmáticos que son los jóvenes de hoy, a mí me ha tocado una idealista. Pero aprenderá con el tiempo, ¿no crees?». En medio del vértigo, Lander acertó a mascullar: «Como todos».

Se servía el primer plato cuando llegó. Las lámparas de araña que iluminaban el salón dejaron de alumbrar frente al esplendor de Lía; su padre se había girado para verla, así se salvó Lander de ser descubierto. Durante unos segundos estudió devoto la figura delicada que caminaba hacia ellos. Lander, que en una ocasión luchó contra cinco profesionales armados valiéndose de una espada partida, se sintió completamente indefenso. Y al poco, la nada. Lía se sentó sin dar muestras de percibir persona alguna a su alrededor, excepto a su padre, que le agradecía sin parar que hubiera venido. Enseguida le presentó a Lander, este alargó la mano, inseguro. Lía la miró como si fuera el parte meteorológico de la semana anterior. A tal desprecio, el germano la retiró, incómodo. Ella tomó asiento y espetó sin contemplaciones a Van Zeesaar:

—¿Qué celebras, papá? ¿Rompiste tus lazos criminales?

—Pues algo así, hija mía —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—, algo así.

Luego trató de iniciar una conversación de a tres sin fortuna. Lía ni acercaba la mirada al guardaespaldas y este callaba sin más. Durante el resto del servicio, Lander se limitó a ingerir comida mecánicamente, concentrado en no regurgitarla. De fondo, escuchó el rumor de sus vecinos hablando del último viaje de la joven, ese del que había vuelto dos semanas atrás, el día de su irrupción catastrófica. La tortura continuó más allá del postre. Van Zeesaar, un poco bebido, soltó un discurso espontáneo y extenso que cayó en oídos borrachos. Mientras duró, Lía miró a Lander una décima de segundo, desubicándole más de lo que estaba; con el café, le dio un beso a su

padre y se fue. Lander quería desaparecer de igual manera, pero su jefe no parecía dispuesto a dejarlo marchar; varias copas después, fue el mismo Van Zeesaar el que se retiró dando por concluida la velada.

En el gimnasio, Lander trató de exudar cada rastro de sentimiento con ejercicio intenso y doloroso. Su corazón, lejos de fatigarse, parecía latir con fuerza renovada, ufano con cada pulsación. Los músculos no se quebraban, resistían y pedían mayor par de torsión. La paliza no le estaba causando el efecto deseado. Su cuerpo, declarado en rebeldía, reaccionaba como si fuera una celebración vital. El germano cambió de táctica y optó por machacar su mente. Se sentía estúpido, víctima de un sinsentido, descontrolado y, sin embargo, invencible. Esas contradicciones debían desaparecer en el laboratorio, sus paredes le servían de refugio, era entrar ahí y bucear en el líquido amniótico de una placenta impenetrable. Bajó a resolver la fórmula de su último reto, la gragea de Lázaro, un compuesto que debía matar y resucitar a la hora y que hasta el momento únicamente mataba. La tabla de los elementos, donde residía la solución, se presentó esquiva al primer vistazo. En ese póster colgado, las casillas bailaban como fichas de *Scrabble* barajándose. Lander cerró los ojos y, al abrirlos de nuevo, vio una mezcla imposible destacada, y luego otra, y otra. Litio, yodo y oro; litio, yodo y plata; litio, yodo y aluminio o arsénico o astato o argón o actinio o americio. El resto de los elementos; caídos en el olvido, convertidos en vacío. Ignoró la broma química con dificultad repitiendo las premisas de su situación: «Casi le doblas la edad. Tú no amas. Eres un cazador de hombres». De la segunda ya dudaba seriamente. Retomó el experimento sin demasiada fe, indiferente ante el resultado, con la sola intención de aparcar su obsesión un rato. Se puso la bata por inercia y se plantó ante los matraces, incapaz de encontrarle interés a sus contenidos. Con ese objetivo adoptó la postura de científico absorto, echó la cabeza hacia delante y metió las manos en los bolsillos. En uno de ellos palpó una hoja doblada. La sacó con desagrado, hasta el último rincón de su santuario había sido profanado. Al desplegarla cambió de opinión. Había sido bendecido.

«Museo de Historia Natural. Prehistoria. Sala 7» y una «L» como firma. Se encargó de desintegrarla al instante, sobre el quemador, con una punción de pena humana.

Se mudó de oscuro, cogió el cinturón de allanamientos y, tras seguir un itinerario seguro, llegó a los muros del museo. A simple vista entendió que no había detectores de rotura en los vidrios de la primera planta. Trepó hasta una de sus ventanas con garras de escalada, cortó el cristal con una cuchilla de diamante, lo retiró hacia afuera con una ventosa y lo guardó en una bolsa. A través del agujero coló una mano para alcanzar la manija, con lentitud suficiente para ser ignorado por los sensores volumétricos del interior. Así llegó hasta dentro. Localizó los detectores de movimiento. Allí donde había, los burló con la paciencia de un mimo. En menos de una hora se hallaba a un paso del lugar indicado. Sacó dos cuchillas envenenadas que intercaló entre sus dedos, si todo era una trampa no iba a caer solo. En la sala, los

aparadores de muestras estaban iluminados y al fondo una silueta femenina estudiaba los fósiles expuestos. Lander enfundó sus armas arrojadas y caminó dejándose oír. Lía se giró sobresaltada.

—¡Ah! ¡Ya no sabía si vendrías! ¿Algún problema por el camino?

Sorprendido por la cordialidad del recibimiento, tardó un segundo de más en dar su respuesta:

—No.

—Yo... apagué todas las alarmas para que llegaras antes... ¿Sabes?, trabajo aquí. Llegué hace cuatro horas, no sé, quizás más. Solo he conectado estas luces...

Lía, azorada, siguió hablando, saltando de un tema a otro hasta que Lander la frenó. Para entonces ya se encontraban cara a cara.

—¿Por qué me has citado?

La chica se envaró; con los ojos chispeantes y los labios temblorosos contestó:

—Por la misma razón por la que tú has venido.

En ese instante no advirtieron más obstáculos entre los dos que el palmo de aire que les separaba. Lo atravesaron para encajar sus bocas en el beso perfecto. La conexión se intensificó sobre la moqueta del suelo, su tacto amable les animó a desnudarse sin aguardar un porqué extendido o cavilado, una razón que llegara al resto de la humanidad. El amor se consumaba irremisiblemente rodeado de extinción. Era un mandato del destino, imperativo como la muerte del individuo, eterno como la energía. La obligación era tal que Lander no vaciló en dejar su espalda al descubierto, consciente de que cualquier arma podría apuntillarle, consciente de que era el momento idóneo para que ocurriera. Lía se entregó con más holgura e idéntica pasión. Trilobites, spatangus, graptolites y anomalocaris cortejaron el acto más bello de la era. Cientos de animales litificados fueron testigo de la materia oscura, de los vientos solares, del inicio del final del comienzo, del encuentro inmanente, de la unión, del movimiento.

Con la aurora llegó la prudencia. Se regalaron mutuamente los labios y sin palabras se despidieron. Lander escapó por la puerta de mercancías aprovechando la entrada de un vehículo. Poco después se encontraba en su puesto protector, sin síntomas de fatiga, incapaz de ocultar la satisfacción que irradiaba. Van Zeesaar achacó el exceso a un simple desahogo sexual, algo que hacía mucho que recomendaba a su escolta. Le felicitó por haberle hecho caso y haber descargado tensiones. Lander, perdido entre la felicidad y el remordimiento, esculpió una expresión abúlica.

«Ahora te tocará pasar a la acción», le expuso su jefe, «mi turno ha acabado. Habrá rebeldes que no aceptarán las reducciones de plantilla, tendrás que silenciarlos antes de que hagan demasiado ruido». El germano deseó fervientemente el inicio de esa etapa. La muerte, desde el planteamiento a la huida, ese era su verdadero hábitat, en él conseguiría deshacerse del tornado que le mareaba las entrañas. Se sentía

atorado de novedades, como un anfibio de vuelta al agua tras sus primeros pasos sobre la superficie. El cúmulo de temores era igual al de las certidumbres; sí, iba a matar, tan cierto como que volvería a ver a Lía.

Gracias a sus viajes por media Europa, los horarios de su agenda fueron un poco flexibles, gozó de libertad suficiente para encontrar horas extraviadas en las que amar y ser amado. Lía no preguntaba, se veían en hoteles de segunda y se dejaban llevar por la atracción infinita. Lander le enseñó a detectar vigilancias, siendo hija de quien era la seguían periódicamente, esos días abortaban el encuentro, era menos sospechoso que eludir una escolta preventiva. A los pocos meses, tras haberse entregado en una docena de ocasiones, los ojos de ella empezaron a indagar, y a censurar. En los momentos de máximo contacto descubría en Lander matices de su última cacería, rastros de sus últimas presas. De algún modo se sentía celosa, quería al lobo para sí, ser la única devorada; su amante carnívoro se dedicaba a otras almas; por la forma en que sublimaba la suya notaba si esa semana había liberado más a la fuerza. A Lander le afectaron esos cambios de actitud; aspiraba a apaciguar los focos de resistencia con amenazas o concesiones menores, cada vez más detestaba el mudo reproche de Lía cuando captaba la sangre derramada. Pero era su forma de vida y no concebía cambiarla. Antes de un semestre ella se soltó. Acababan de hacer el amor; mientras el sudor se enfriaba, con la cabeza apoyada sobre su pecho, le dijo sin mirar:

—Noto la bondad en ti. Existe. No sé cómo puedes...

—¿Matar?

Ella se crispó levemente ante el verbo, pronunciado con maldita seguridad.

—Sí —confirmó en voz baja.

—Busco razones para que lo merezcan, y las encuentro.

Enfadada por la respuesta, se separó hasta no tocarlo.

—¡No puede ser tan fácil!

—Más de lo que imaginas —contestó Lander desde la fosa abisal de su espíritu.

Con tal profundidad sonaron las palabras que Lía cambió su actitud indignada por otra más dialogante, casi compasiva.

—¿Hasta en mí encontrarías razones?

—Con lo que vale tu coche podrías potabilizar el agua de un poblado andino y vacunar a todos sus niños contra la malaria. Tú lo sabes, pero te da igual, prefieres tenerlo para esas tres veces que sales de la ciudad, porque el resto del año te resulta más un estorbo que otra cosa. Durante la próxima crisis de paludismo muchos indígenas desearán que hubieras muerto tú y no sus hijos.

—¿Y tú también mereces morir?

En la boca de Lander, antes de responder, se formó una sonrisa inédita.

—Sin duda.

—Pero, Lander, no se puede combatir el fuego con fuego.

—Por supuesto que se puede. Cuando un pozo petrolífero se incendia, los bomberos utilizan explosivos para apagarlo, así crean una burbuja de vacío que priva

al fuego de oxígeno, luego solo hay que taponar el chorro de crudo. Yo evito que las llamas sigan quemando recursos.

—No creo que sea un buen símil.

—Es tu opinión.

—¡Sí, Lander, sí! ¡Es mi opinión! ¡Y vas a escucharla! Esos hombres no necesitan morir, ¡ya están muertos! Porque no es vida aguardar cada minuto una bala por la espalda...

—Eso solo les pasa a los pocos que tienen conciencia, y si les pasa es porque existe gente como yo. Pero no te equivoques, la mayoría disfruta de su posición, y pretenden perpetuarla.

—¿Y acaso lo consiguen?

—Oh, sí. Los más crueles resisten. Muchos mueren en la cama, convencidos de haber sido ejemplos de esa bondad que tú dices ver en mí. Algunos siguen siendo idolatrados por la misma plebe que machacaron.

—¿Como quiénes?

—Stalin, Castro, Pinochet, Mobutu Sese Seko, Kabila, Obiang, Thatcher, Marcos, Franco, Hassan II, Berlusconi, Pol Pot, Li Peng, Mugabe...

—No es eso a lo que me refiero.

—¿Se te ocurren casos más claros? Mis objetivos solo se diferencian en que no consiguieron suficientes apoyos; por lo demás, la misma ambición despiadada.

—¿Y por eso te has unido a mi padre?

Lander no estaba preparado para esa pregunta. Se sintió estúpido, como si él mismo se hubiera acorralado hablando más de la cuenta. Calló una respuesta que tenía clara por no ampliar explicaciones. Cualquier información de más pondría a su amor en peligro. Peter van Zeesaar tenía un plan y Lander creía en él, juntos estaban depurando la desgracia de una especie deleznable.

Tras esa charla dejaron de verse un tiempo. A la glaciación sucedió una fase volcánica que bordeó la imprudencia. El enamoramiento implica drama en su desarrollo y, con toda probabilidad, en su desenlace. Conscientes de ello, se engañaron a sí mismos para soportar la pena. Lía imaginaba a su padre limpiando el origen de su dinero para hacerse respetable y consintiendo la relación. Lander buscaba la solución en el laboratorio: si lograba resucitar a alguno de sus ratones con la gragea de Lázaro, todo podría cambiar. Un descubrimiento de tal calibre le convertiría en un célebre bioquímico. Su pastilla sería utilizada en millones de operaciones, salvaría más vidas de las que podría segar en mil años como asesino. Solo necesitaba que el animal recuperara el pulso una hora después de perderlo. Era una esperanza más terapéutica que fundada, el éxito en su proyecto secreto no iba a conmutar la condena que le esperaba.

Van Zeesaar podía adaptarse a cualquier circunstancia, carecía de principios

intocables y en esa elasticidad radicaba su fortaleza, pero su hija era un caso aparte; jamás perdonaría el idilio. La solitaria duda que tenía Lander era si a ella también la castigaría. Probablemente no, su jefe le culparía completamente para eximir a la chica, nada debía manchar la imagen que quería tener de ella. Esa falta de juicio era su única concesión al mundo de los sentimientos; Van Zeesaar era un tiburón blanco. Había nacido en Sudáfrica en el seno de una potentada familia bóer. Para cuando cayó el *apartheid*, él ya tenía alternativas que les mantendrían en la cima de los banqueros por generaciones, pero su padre las desechó por demasiado innovadoras; su hermano mayor y heredero titular incluso las tildó de inmorales. Peter entendió que en ese marco no medraría. Él y su inmoralidad se subastaron *in crescendo* a las mejores consultorías y financieras. Era el genio economista más sagaz del siglo. Como le confirmaron en Japón, los negocios son la guerra, y él no paraba de ganar batallas. Su estilo era el de los grandes, libre de éticas y valores. Sus políticas provocaron millones de despidos, quiebras, dimisiones gubernamentales y hasta dos pequeñas revoluciones, además de un balance positivo en el saldo del contratante. Su propio saldo alcanzó una cifra estratosférica a la que con el tiempo encontró uso: había invertido en tejer una red de contactos que le había permitido entrar por la puerta grande en ese sector ajeno al fisco. Solo tenía que esperar un poco y observar el capital multiplicarse. Dos pequeñas reservas le impedían considerar su triunfo como absoluto. Una era Lander; envidiaba el poder disuasorio de su presencia, no entendía cómo podía nadie respetar más la figura de un sicario que sus prometedores y concisos estudios de mercado. Si no hubiera sido por el germano, toda esa purrela se habría negado a duplicar sus cuentas. Y luego estaba Lía, el activo remanente de un matrimonio fallido. Si llegó a casarse fue por inercia, cuando aún creía en los consejos de su familia. Pero no se arrepentía, confiaba en que su carga genética se haría escuchar tarde o temprano, empujando a la chica a su lado y así adiestrarla y compartir la carga del mando. Hasta entonces no podía hacer nada y eso le reventaba. Había algo en su hija que se le escapaba, algo aparte de los efímeros principios, más fuerte, más oculto. Con la esperanza de desentrañar el enigma la hizo venir, casi por diversión. Se atrevió con un buen palo de ciego:

—Hija, ¿quién es él?

Había acertado de pleno, la joven quedó forrada de escarcha. Van Zeesaar rio afable, como si hubiera descubierto una travesura menor. Continuó sus pesquisas en voz alta, jugando.

—A ver... si fuera alguien del museo sería algo público; un civil lo habríamos detectado. ¿Un policía? Sí, creo que me acerco, alguien que pueda escapar a nuestros seguimientos. Pero en el cuerpo tenemos demasiados contactos, ya me habría enterado.

—Estás paranoico, papá.

—Veo que te has sobrepuesto, lo has hecho rápido y eso está bien, pero tu frase... subraya lo que sospecho. Cuando tu adversario está equivocado tienes dos opciones;

o le das la razón o le dejas hablar mientras te ríes por dentro. Son cosas que ya aprenderás, no te preocupes.

—Lo que me preocupa es tu cabeza.

—¡Ja, ja! Me encanta, hija, sabes más de lo que pensaba. «Si te han cogido, por lo menos ofende.» Pero volviendo a lo nuestro...

Van Zeesaar circulaba por su despacho sin prisa, se lo estaba pasando bien, no le apetecía acabar, así que recapituló con calma. Lía no sabía qué hacer, moría por salir corriendo, por gritar, en cierto modo hasta por confesar, pero todo cuanto pensaba prometía catástrofe. Lo que estaba claro era que allí encerrada, en caso de necesidad, no podría avisar a Lander.

—Mientras desvarías, papá, preferiría hacer cosas...

—¡Vamos, hija! ¡Dame solo un minuto! Concluyendo, ¿quién podría eludir a tus guardaespaldas y a la vez querer hacerlo?

A Peter van Zeesaar, el mayor experto en macroeconomía desde Galbraith, descifrar la incógnita le llevó pocos segundos. De golpe se vio convertido en imbécil, luego en hoguera. Lía captó la tragedia.

—Papá, es algo...

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Con su padre obnubilado, Lía decidió ir en busca de Lander. Cuando le encontró en el laboratorio, la puerta ya estaba sellada y dos centinelas impidieron que se acercara. El alemán, con el corazón encogido, la observó desde el otro lado de la pared transparente; no tenía escapatoria, Van Zeesaar no iba a negociar, solo iba a desbloquear el acceso para dar entrada a unas ráfagas de plomo. Decidió ahorrarle trabajo a su jefe, si iba a morir sería por su propia mano. Y asimismo si se salvaba. Miró al ratón de su último ensayo; le había servido la mezcla disuelta en agua justo al quedarse encerrado. El animal ya no respiraba. Si había que probar en humanos, ese era el momento. Ajustó la dosis al peso de su corazón y al caudal de su sangre y en cuanto la tuvo licuada, se la bebió. A pesar del hermetismo, creyó escuchar el grito de Lía. Se volvió a mirarla, ella dejó de llorar, todo por regalarle una visión serena, una visión preciosa para despedir esa vida. Van Zeesaar bajó a tiempo para ver al hermano desplomarse. Hizo acordonar exageradamente la sala científica y mandó dentro a tres hombres desarmados que, aterrados, obedecieron. Voltearon el cuerpo, lo golpearon y comprobaron repetidamente las nulas constantes. El jefe entró al cuarto de hora, le dio una patada a lo que quedaba de su antiguo guardaespaldas, verificó la ausencia de aliento con una platina y le tomó un pulso inexistente. Entre apenado y furioso ordenó:

—Deshaceos de él. Llévadlo al restaurante de Choi.

Antes de que asieran el bulto, Lía se abalanzó sobre su boca. Van Zeesaar la agarró del pelo en el último instante, a un centímetro de que contactara.

—¡Idiota! ¡Todavía puede quedar veneno en sus labios!

—¡Lo sé, padre! ¡Lo sé!

Indignado por la doble traición, Van Zeesaar la apretó contra sí por no verla, ella se zafó para ver cómo su amante ya estaba siendo trasladado. Gritó con la intención de vomitar el alma, y casi lo consiguió. Se sentó en el suelo, recostada contra la pared, en actitud vegetal. Su padre, superado, se puso a rondar el espacio; cincuenta vueltas después, sucumbió, en pie, con brazos y cabeza sobre una jaula de cristal. En esa postura fijó su vista en el interior del cubo, donde yacía la esperanza de Lander, donde yacía una rata inmóvil, e igual de quieto permaneció. Media hora más tarde, ante sus propias narices, el animal renació. El susto del sudafricano casi le fulmina, peor que ver un fantasma fue ver un muerto viviente, y el rabioso horror de saber de otro. Hinchido de ira bramó: «¡Hijo de puta!».

Quince años tardó en producirse el reencuentro entre Lander y Lía. Fue en San Petersburgo, durante la reunión previa a la misión Manzotti. En el informe de Sergey constaban los notables hospedados en la ciudad donde se instalaron. Lía debía participar en alguna gala benéfica representando a la fundación de su padre. Con la misión perfilada, Lander se permitió cumplir con el mayor de sus deseos: volver a besarla. Una noche se descolgó desde la azotea del hotel hasta llegar a su ventana. Cuando la golpeó, Lía se sobresaltó, pero enseguida se sobrepuso, como si le hubiera estado esperando.

No dieron tiempo a las palabras, se entregaron como la primera vez. Esa era la carne que le completaba a él, esos los dientes y garras que precisaba ella sobre su piel. Fue al catarse mutuamente que entendieron la magnitud del desierto atravesado. Antes de que el sol del alba evaporara ese oasis, Lía le agarró del pelo y, enterrada en lágrimas, le dijo: «Tengo miedo, Lander, siempre lo tengo. Necesito saber que vives». Él asintió, la besó y trepó muro arriba hacia la arena hirviente de la separación.

La nueva misión en París podía servir para unirles más de lo que convenía. Lander repasó el procedimiento y se preguntó otras diez veces si no estaba cometiendo una locura. Volver a contactar cinco meses después era, cuando menos, imprudente. Pero ese amor inmortal, tan blanco que dolía, merecía un nexa continuo.

Lía ya no vivía en la mansión familiar, tenía su propio apartamento cerca del museo del que era presidenta de honor y al que ya raramente acudía. Como estandarte de la obra social de los Van Zeesaar acaparaba una veintena más de presidencias honoríficas y otras tantas páginas mensuales en los apartados de sociedad. A través de ellas, Lander conocía su vida, era justo que ella pudiera conocer como mínimo su muerte.

Escogió un edificio sin videovigilancia y con buen ángulo. Sigilosamente, entró, ayudado de ganzúas, en un piso habitado, esparció polvo de éter en el dormitorio de los inquilinos; nada les despertaría al menos en cinco horas. Descargó su mochila y

ensambló las piezas que contenía hasta componer un híbrido de rifle y arpón. Encajó un proyectil en forma de cohete en la boca del cañón, abrió la ventana y desde dentro de la casa, sin asomar parte alguna de su arma, apuntó a una estancia setenta metros alejada, aquella en la que Lía se disponía a acostarse. Entre los portones de su balcón quedaba un palmo por donde colar el envío. Sin gota de viento era un disparo sencillo. Apretó el gatillo con suavidad, la carga de gas se liberó con una explosión sorda, el cohete surcó el aire en perfecta recta dejando como estela el fino cable al que estaba conectado. Lía salía del lavabo cuando lo vio clavarse; un escalofrío de fe tañó en su interior. Instintivamente tocó el hilo de hierro que comunicaba con el arma de su amado, fue una caricia excitante. Luego liberó el metal de la pared y desenroscó la punta del cilindro. Ahí encontró, entre espuma protectora, una nota y un paquetito. Al abrirlo se emocionó, era un colgante sencillo con una piedra circular, achatada, de una pulgada... su fósil preferido: un erizo de mar. Se lo acercó al pecho un segundo y suspiró, luego se puso a leer:

Amor:

El spatangus contiene un emisor y un receptor indetectables. Si algo me ocurre, vibrará. Si te ocurriera a ti, pártelo, la señal me llegará. Nos encontraremos en Siwa, Egipto. Hay un lago al noroeste de la ciudad y allí un pequeño istmo con una cabaña. Memoriza la información, y si quieres, respóndeme en este mismo papel, pero escribe sobre mármol o cristal. Apresúrate, el cable que nos une es demasiado indiscreto.

Y recuerda, algún día seremos libres. Lo que tenemos es inextinguible.

L.

De manera atolondrada, registró su cuarto en busca de un boli; apoyada en un vidrio, plasmó sus palabras. Metió la nota en el cilindro e hizo señas a un fondo oscuro para que recogiera. Al instante, el metal rehizo su camino a la inversa. Lander desenrolló la contestación:

Quería explicarte algo, pero no así.

Más inextinguibles que nunca.

L.

Sin pararse a meditar, recogió los bártulos y desapareció. En cuanto llegó al piso franco corrió a examinar el nexo tecnológico con su amada. El suyo era un trilobites de cinco centímetros cebado de circuitos, partido y ensamblado a cero absoluto, sin fisuras perceptibles, una obra maestra como la que acababa de regalar y que acostumbraba a descansar sobre el escritorio de su despacho. Ahora el vínculo con Lía quedaba apadrinado por océanos de tiempo.

La ciudad bullía en contraste con la base temporal. Lander estaba solo y lo agradecía. La escapada en Rusia, con toda la Agencia activa alrededor, había sido difícil, sobre todo en cuanto a ocultación de su estado de ánimo. Había tenido que fingir seriedad en medio de un ataque eufórico y su posterior desvanecimiento; si algo se le daba mal, era eso. A menudo se preguntaba cómo había conseguido esconder su pasión a Van Zeesaar durante tantos meses. Su fama de hombre frío era del todo equivocada. Si no vacilaba en cortar cuellos era por lo bien que se sentía al hacerlo, le costaba mucho más repartir funciones entre sus afiliados. Sergey era el único que no le hacía sufrir porque siempre quedaba a salvo. Checky era un caso parecido, pero África cambió su historial; tras unos días afectada, parecía haberse recuperado. Bill le servía de apoyo. Paulo estaba encantado, las consecuencias del trabajo anterior le henchían de ilusión. Marko le seguía como si fuera Papá Noel, las vacaciones conjuntas le tenían emocionado. Su padre, entre sombrío y resignado, se mostraba más entero de lo esperado. Si se organizaba bien, Lander pretendía sustituir durante un par de semanas a su pareja oficial; le apetecía acompañar a Nenad por el monte en busca de piezas no humanas, para variar. Los italianos estaban recabando más importancia de la que en principio les había pronosticado. Con la Agencia recién formada los consideró entre todos los más prescindibles y por ende fueron los más expuestos; su papel había ido variando del de excelentes pistoleros a vertebradores de grupo. Los dos, juntos o por separado, aportaban una moral a la que nadie pensaba renunciar; si el optimismo era mayor a los cinco años de la fundación de la Agencia se debía principalmente a ellos. La llegada de Layla le había permitido apartarlos de la primera línea, pero no sabía hasta cuándo. La palestina no era un diamante en bruto, estaba perfectamente tallada, lo sabía hacer todo y en casi todo era la mejor. Su adaptación era un milagro de esos frente a los que Lander se declaraba agnóstico. La tropa la había acogido con entusiasmo, sus demostraciones de valor habían sido determinantes y su generosidad para con los demás... El germano se veía abocado a la sospecha en un momento en que ni Yukio le secundaría. Yukio, el japonés decisivo, el auténtico seguro de la Agencia... en él iba a concentrarse a la mañana siguiente.

La sala de ejercicios de ese piso franco era amplia para uno, faltaba conocer su capacidad con la plantilla merodeando. No le importaba demasiado, habían trabajado mucho y bien tras las vacaciones, ningún integrante se había abandonado, y Yukio el que menos. Aún resonaban en la cabeza de Lander los chasquidos de los bō. Había sido una victoria apurada, el yakuza no era consciente de lo cerca que había estado de desarmarle poco antes de que Lander lo consiguiera. Más que la derrota, temía la decepción de Yukio cuando venciera en el único campo que se le resistía; con el Camino completado podía optar por suicidarse, y Lander no estaba dispuesto a aceptarlo.

A pocos pasos de la panoplia, sintió la hermandad con su elemento. Fue al tomar

el bastón que se supo completo. Inició el kata Hojo Undo Ichi por tradición y homenaje a otro maestro conocedor de las mismas sensaciones con la madera humilde. Lander no dominaba el arma, la vivía. Ese palo, crecido al sol, alimentado de lluvia, era la fuerza suprema, la vara a través de la que algunos escogidos podían extender su poder multiplicado. Era una simbiosis, una alianza natural como la de Yukio con su wakizashi, del mismo modo imbatible y nominativa. Lander merecía ese apellido, merecía llamarse Lander Bō.

En el hospital donde nació acertaron con su inicial futura; pegada a la incubadora, una etiqueta rezaba: «Lander B.». Horas antes, una mujer embarazada había entrado en urgencias; la habían pateado e iba a parir prematuramente. Los morados en extremidades y espalda habían sido causados por bates y botas de puntera reforzada; los enfermeros reconocieron esos hematomas con facilidad, en ese barrio las palizas de *skinheads* eran frecuentes. Detectaron antiguas marcas de hipodérmicas en los antebrazos; conscientes de estar tratando con una posible drogadicta, extremaron las precauciones. La mujer perdía sangre por la vagina y en esputos. El doctor que fue a tratarla lo hizo contrariado, arrepentido de haberle cambiado el turno a un compañero. Tal como estaba la mujer, con hemorragias incontrolables y semiinconsciente, vio que de esa mesa camilla solo saldría, y con suerte, una vida adelante. La paciente recuperó el sentido para aclarar que el escogido era su hijo. «Lander... ¡Lander!», exclamó al doctor, pasándose sobre el vientre la mano que podía mover. Acto seguido fue atada con correas para frenar sus convulsiones. La llevaron a un quirófano donde los médicos la abrieron en canal; la cesárea fue fatal, tal como se esperaba. La sorpresa fue sacar al feto con opciones de supervivencia. El crío aguantó dos horas, seis, aguantó doce más, luego un día, tres, con una semana se vieron obligados a ponerle nombre. A los pacientes sin identidad los llamaban señor o señora «B», de «Bayerische», en referencia a la Baviera donde estaban siendo tratados. En el caso de los recién nacidos se decía que la «B» era de «Bastard». A la madre sacrificada no se le conocían vínculos afectivos; era una extoxicómana polaca reconvertida en mujer de la limpieza. Sus antiguos patronos se desentendieron por completo, no les agradaba reconocer que tenían una sinpapeles encinta trabajando por una miseria. La única herencia que esta pudo legar fueron sus ojos grises.

Ningún padre vino a interesarse por el bebé y, sin embargo, durante esa semana, todos hablaban de él sin saberlo. Era un turco con permiso de trabajo en Suiza. Ocho meses atrás había pisado Alemania para visitar a un hermano, un pequeño traficante con ojos en la nuca que malvivía como podía. Llegó tarde, se entretuvo en ayudar a una vecina del desvencijado edificio a subir la compra. Esta quedó conmovida por el gesto amable, que subrayaba uno de los días más felices de su vida; tras negarse a la dependencia, a la esclavitud, a la venta de su cuerpo, había empezado de nuevo no desde cero, sino desde mucho más abajo; había limpiado la mierda de tres casas, la

acababan de aceptar en otra y se sentía feliz de su carga: cinco bolsas de supermercado probaban que estaba saliendo a flote. Y a ese desconocido, esa primera persona que se ofreció a ayudarlo, no le quedaba otra que aceptar un café.

Poco después, el desconocido era su amor y la había dejado en estado, más por incultura que por intención. Recibieron la noticia como si de ellos dependiera la repoblación del planeta. Ella siguió fregando, él dobló turnos en un país más al sudeste, pendiente de una regularización que aniquilaría la distancia. Fueron días de teléfono y esperanza, destinados a plantar flores en sus cubos de basura. Mucha violencia hizo falta para anular el compromiso.

Ella le llamó desde una cabina trucada, reeditaron sus votos con fórmulas manidas, las pocas que él dominaba. La voz grave y segura de su hombre la hacía soñar, por eso se descuidó. Tres cabezas rapadas bloquearon la puerta del habitáculo. Un cuarto, riendo como los demás, vació un espray antivioladores a través de las rendijas de respiración. En el momento en que creyó morir de asfixia la dejaron salir para coserla a batazos y patadas de Dr. Martens. Además de vomitar, hizo lo que pudo por proteger al nonato. El auricular descolgado envió el audio macabro hasta un padre impotente. Preso del miedo y la locura, tomó un taxi hasta la frontera. Un oficial en prácticas le negó el paso, él rogó ayuda, clemencia y permiso en un idioma que nadie quiso entender. Su desesperación inflamada desembocó en histeria. Los agentes procedieron a inmovilizarle; con la fuerza de la razón se deshizo de tres, salió de la garita y se puso a correr como si así pudiera alcanzar lo que quedaba de su familia. El policía al mando apuntó su arma, pensando en la condecoración que le iban a otorgar por acertar en la pierna del fugitivo. Quizá la mira estuviera desviada, quizá fuera el alcohol de esa tarde, el hecho es que mató a un turco desarmado por la espalda.

A raíz del incidente se debatió mucho sobre racismo, inmigración y seguridad. La foto del padre se prodigó en las noticias. El gobierno otomano cursó una queja formal y repatrió el cadáver. Mientras tanto, Lander Bastard era inscrito como alemán.

El global de la tragedia anidó en él. Sus llantos sonaban tan descarnados que las enfermeras temblaban al oírle. «Ese niño no es normal», decían, «en otra cultura lo habrían ahogado para acallar a su demonio interior». Pero no era un demonio el que le enardecía, era el estigma ulcerado que marcaría su sino, un hierro candente que le atizaba contra los hombres. Toda la pena y el sinsentido que rodeó su orfandad no se perdieron entre la aduana y el hospital, quedaron concentrados en su primera palabra, aprendida entera previa a cualquier balbuceo, el solitario mandamiento de una religión verdadera, eso era y sería siempre «Venganza». Sus padres la clamaban y él reclamaría por ellos. «Justicia» también valía, en su acepción más visceral, no la común y extendida. En ese mundo homicida carecía de peso, era un mero simbolismo para tranquilizar a la masa de pobladores. La justicia de Lander iba a ser contumaz, firme y valiente. Y si ser vengativo y justo acarrearía la muerte, bienvenida sería, al fin y al cabo había nacido de ella.

En el hospicio donde creció sufrió abusos disfrazados de disciplina. El ahínco en su lucha le privó de cualquier atisbo de dulzura; eso, añadido a una piel más morena que la teutona y un rostro duro, feísimo para un niño, le relegó al último puesto entre los candidatos a la adopción. Hasta los diez años se reveló a las claras ante toda desproporción, se pasó castigado la mayoría de los recreos. Tantas horas vivió encerrado escuchando los gritos de sus compañeros jugando fuera que ideó una nueva táctica: la respuesta tardía. Al principio le costó, pero a medida que avanzaban las semanas se convencía del arma que residía en su paciencia. Con el resto de internos no tenía problemas, todos le evitaban. Eran ciertos profesores los que debían escarmentar. Se dio cuenta de que, si les daba tiempo, alguno variaba de actitud y se ganaba el perdón. Así pudo atender mejor a los reincidentes. Cuando su rutina se apaciguó, escogió al tutor que más arbitrariamente le había golpeado y humillado. Hizo un cálculo aproximado del dolor recibido y llegó a la conclusión de que debía hacerlo rodar en compensación cinco pisos escaleras abajo. El tramo era demasiado largo para ser recorrido de una vez, así que optó por fraccionar el cobro. Ató un hilo de nailon a las barras del pasamanos para que al ser tensado quedara a la altura de los tobillos. A la hora señalada el blanco tomó su camino habitual, sin compañía. Lander, escondido, tiró de su extremo y le hizo trastabillar. Fueron doce escalones, una décima parte del laudo. Oyó tras de sí el batacazo mientras encaraba su huida, la parte más importante de todo el plan; desde el primer momento observó la relación directa entre escapada y trofeo. Si le cogían, nada habría servido, sería castigado y la balanza de daños se desequilibraría aún más. Y en caso de no alcanzar el objetivo, solo en libertad tendrían cabida posteriores intentos. Sin una vía de escape, cualquier acción se le antojaba estúpida o directamente suicida. Unos minutos después se llamaba a formar. En voz alta, el director del centro explicó lo acontecido: el profesor no estaba grave pero sí magullado. Muchos no pudieron refrenar la expresión de alegría. Las sonrisas se esfumaron en cuanto se inició el castigo para todos. Los tuvieron hasta la noche desfilando, a la espera de una confesión improbable o de un chivatazo. Al día siguiente igual, y al siguiente. Consciente de estar alimentando un potencial motín, el director suspendió las medidas y se resignó a olvidar. Los compañeros de Lander también olvidaron esos días de desgaste, pero no el atentado. En los corrillos se discutía la identidad del autor al que querían declarar héroe. Nadie se vio tentado a apuntarse el mérito, su nombre trascendería y sería enviado un mes a la sala de aislamiento. Una especie de gratitud flotaba entre todos los desharrapados. La ilusión se acrecentó cuando el golpe fue repetido. Lander dejó pasar lo suficiente para que el objetivo se moviera con confianza recuperada. Actuó del mismo modo que la primera vez, pero con guantes, el tirón del tropiezo con el nailon le había dolido y marcado las palmas; le habría gustado prever ese efecto, esa eventual pista, pero asumió que no siempre podría adelantarse. Su éxito se tradujo en desfiles generalizados. Nadie pudo delatar a quien no había sido visto. El profesor quedó peor esta vez: se rompió un codo, la cadera y tuvieron que aplicarle treinta puntos de sutura por una brecha en

la cabeza. En un primer momento corrió el bulo de que podía morir y eso preocupó a Lander; él pretendía igualdad, no más injusticia. Cuando vio al maltratador en silla de ruedas, captó lo fácil que habría sido cruzar el punto de no retorno, solo hacía falta un poco de mala suerte. Siguió con discreción el tratamiento lento y torturador que su odiado soportó para recuperarse; confirmado su sufrimiento, cerró el caso. Hubo más, pero menos ruidosos. Las venganzas silenciosas comportaban desagravio, nunca había dormido tan bien, y las reservas que empezaban a mostrar los culpables a la hora de repetir sus maldades era la prueba definitiva de que su guerra era buena.

A los doce años le cambiaron de techo, pasó de ser el huérfano de mayor edad al preso más joven; su nuevo hogar era un centro de vigilancia para menores delincuentes. Sintió angustia al entrar, entre esos muros la villanía era ley. Su única oportunidad de escape consistía en ser confiado a una familia de acogida, pero para eso era necesario un buen expediente, libre de peleas. Esa puerta quedó cerrada desde el primer día. El celador guía le condujo hasta los dormitorios y allí lo dejó solo, rodeado de inquilinos veteranos ávidos de debilidad. Les disgustó terriblemente no encontrarla en el nuevo. Lander los observó uno a uno sin tacto ni compasión, eran carne de horca, futuribles de narcosala, jóvenes rendidos al odio por el odio, enemigos hasta de sí mismos. Un cabecilla se le plantó delante con ganas de afianzar su jerarquía, escupió junto a sus pies y ordenó: «Lámelo». Lander no se inmutó y le clavó una mirada cargada de bravo desdén. El chico reaccionó lanzando su puño. Lander lo esquivó, también su patada. Correr hacia las literas no era una opción, allí le esperaban los cómplices del agresor. Salió al pasillo en busca de ayuda o refugio, no localizó ni una ni otro. A su espalda, pasos multiplicados le sugerían volar. Subió un piso, dobló varias esquinas, se atrevió a llamar en voz alta al vigilante. La situación no varió. Iban a por él y le darían alcance. Tras un giro se metió en un cuarto de mantenimiento, eran dos metros cuadrados abarrotados de productos de limpieza. Se vio atrapado e indefenso. Fuera, alguien decía: «¡Está ahí dentro! ¡Seguro!». La manija empezó a girar, en un segundo quedaría al descubierto. Cogió lo primero que sus dedos alcanzaron. Al abrirse la puerta más de uno rio, se enfrentaban a un niño de doce años que blandía una mopa. Lander la agitó con ánimo amenazante. El efecto era ridículo. Como arma no funcionaba, el pie con los hilos limpiadores descompensaba sus movimientos. Pisó la pieza contra el suelo y desenganchó el palo. Algo cambió, todos lo advirtieron, pero se negaron a darle importancia. El hecho de que el niño tuviera un bastón no debía preocuparles. Uno amagó con acercarse, Lander obvió el engaño, detectó una aproximación real por el lado opuesto, simultáneamente otro se atrevió de frente. Su palo de ciento cuarenta centímetros dio cuenta de ambos como un relámpago: retrocedieron con las mejillas golpeadas y las caras sorprendidas. El que había fingido atacar se decidió. Lander le clavó un extremo en el esternón, cayó hacia atrás con la respiración cortada. La cólera se expandió. Dos se abalanzaron sin precaución, indignados por el atrevimiento de ese crío de metro y medio; el tubo de aluminio describió un arco

como el de un metrónomo horizontal, los impactos simétricos abrieron sendos pómulos. Con la primera sangre llovieron dudas entre los agresores, a Lander no le temblaba el pulso y sus golpes habían sido demasiado precisos para considerarse afortunados. La impropia seguridad que transmitía les causaba turbación. El capitán de la banda, que se había mantenido a la expectativa, sacó una navaja. Los demás se relajaron al verla, quedaban eximidos de responsabilidad. Embistió con su hoja hacia el rostro, sin piedad, buscando heridas indelebles. Su disposición le condenó, autorizando a Lander a frenarle para siempre. Esa es la parte en la que la mayoría vacila, cuando hay que atreverse a vencer. Dirigió su arresto en diagonal hacia arriba, asegurando el ángulo. La mayor parte de la fuerza necesaria la aportaba el atacante. Lander encajó el extremo en su cuenca ocular, hundió el globo y clavó hasta quebrar hueso y revolver cerebro. Tan pronto hubo llegado al fondo retiró su improvisada lanza. El enemigo cayó a plomo, occiso.

Los testigos quedaron estremecidos, colapsados de espanto. Lander los observó como la primera vez, sin tacto ni compasión, como quien mira animales en el matadero. El grupo descabezado se atrevió a mirar al niño. El horror aumentó ante su ausencia de nervios. Lander continuaba en guardia, dispuesto a empalar. El primero en reaccionar le increpó «¡Estás loco!», y se alejó corriendo. El resto del semicírculo que le tenía acorralado se dispersó en la misma dirección en busca del vigilante que Lander había llamado minutos antes. Una vez solo, respiró con calma, saboreando el aire; él podía, el chico a sus pies no. La victoria era eso. Ningún remordimiento asomó, no había razón, simplemente se había defendido de un pinchazo en el cuello y lo había hecho bien, de manera expeditiva; ese elemento hostil no volvería a preocuparle. Se supo fuerte, valiente y justo.

Finalmente apareció un celador acompañado de más personal. Le gritaron que soltara el palo. Él accedió con pesar, dejó en el suelo su extensión ensangrentada; al soltarla sintió como si estuviera deshaciéndose de un trozo de brazo. Lo llevaron a enfermería y lo dejaron a la espera del médico, pero este se hallaba demasiado atareado con el cadáver, el juez y el colega forense. Apareció muchas horas después, con la intención de atender a un mocosito traumatizado y contrito. En vez de eso se encontró a un hombre en miniatura durmiendo plácidamente sobre la camilla. Al ser despertado, Lander se incorporó, no entendía el enfado de ese tipo con bata; el mundo, en especial el cercado por las vallas del centro, había mejorado.

Se archivó el caso como un accidente, ni la prensa se hizo eco. A Lander no volvieron a escupirle cerca. Ni tan siquiera le hablaron. De vez en cuando aterrizaba un nuevo interno con ganas de notoriedad que en pos de un ascenso meteórico se decidía a domar al intocable. Al primero le hundió los dedos en los ojos, al segundo le arrancó la nariz. El tercero consiguió clavarle un cuchillo en el hombro, Lander lo dejó inconsciente de un cabezazo, colocó su cabeza junto a la pata de una litera y la chutó

contra ella decidido a partirla como una sandía; la dejó feliz, babeante y muda. Ese no volvería a levantar la mano contra nadie.

Para entonces ya estaba convencido de la bondad de algunas mentiras. Negar lo sucedido le ahorra problemas que no merecía y el resto de compañeros se adherían a la amnesia. Tras una primera fase ingenua no había vuelto a ser aislado. Lo que le soliviantaba no eran la falta de aire, las ratas o los bichos de esa celda de castigo, lo que de verdad odiaba era perderse las clases. Los maestros no eran demasiado duchos, la mayoría impartía clase en pago a infracciones de tráfico y delitos sin sangre; pocos duraban el curso entero, así que no había programa, pero entre sus palabras y las de los libros gastados Lander rozaba el conocimiento. Le costaba estudiar, se le escapaban los conceptos; se conformaba con alcanzar ideas generales. Todos esos contenidos, vastos y apasionantes, le sonaban a ciencia ficción. Ajena a él se desarrollaba una realidad paralela, con valores aceptados, corregidos a lo largo de la historia, una historia de la que solo comprendía las guerras. Según le contaban, la humanidad buscaba virtud y sabiduría. Lander atendía absorto al cuento más espectacular que había oído. Si esa humanidad existía, a él no le incluía, ni tenía idea de cómo adherirse. Su plano, el único que entendía, era el correccional, un lugar tan incoherente como su nombre. Más allá de sus puertas, sin un marco en el bolsillo, caminar era absurdo. Tampoco robar le seducía, con el contenido de un bolso no podía comprar lo único que deseaba: un espacio propio. Para ello necesitaría cuatro mil robos, antes de conseguirlos habría sido condenado a varias vidas entre rejas. Allí donde dormía no precisaba de nada excepto de sueño ligero. Había demostrado que en combate gana el que más hiera, no el que más amenaza. Muy pocos ahí se atreverían a usar sus armas blancas, y ninguno contra él.

A los catorce años, cuando se había acostumbrado a que ni osaran mirarle, un chico se atrevió a acercarse. No buscaba enfrentamiento, buscaba refugio. Era el prototipo de último mono, su resistencia había sido llevada más allá del límite. Desde que llegó le habían pegado, violado la boca, untado de mierda la cara con escobillas, obligado a todo por casi todos. Estaba tan desesperado que prefería morir, pero carecía del valor para suicidarse. Quizás Lander podía obrar algún milagro. Se quedó junto a él, a menos de dos metros, en actitud sumisa. Los acosadores optaron por ignorarle mientras estuviera tan próximo al mestizo. El pobre le siguió día y noche, durmiendo en el suelo a su lado. Casualmente, quedó libre la parte de arriba de su litera, así pudo mantenerse dentro de esa burbuja protectora sin destrozarse la espalda. Lander consintió, por curiosidad, como si ese experimento pudiera demostrar algo en lo que creer, así que se trasladó un poco más al centro del dormitorio, para ampliar su influencia. Los más débiles no dudaron en acogerse a su esfera. Entre los demás

violentos cambiaron papeles: los del penúltimo escalón pasaron a ser cabezas de turco. Algunos no quisieron superar otra vez un periodo que habían sufrido y se refugiaron junto a los que poco antes habían humillado. En un principio Lander se divirtió observando la lucha por un poder que se esfumaba, pero poco después la extorsión se reprodujo entre sus satélites. Los que orbitaban desde hacía más tiempo rechazaron a los que llegaban; lejos de compartir, trataron de sacar ventaja comportándose tan salvajemente como los rabiosos de los que huían. En alguna parte había leído que «el hombre es un lobo para el hombre»; ese tal Hobbes insultaba a los lobos. Asqueado de su género, Lander volvió al rincón habitual, fijó una separación con el resto y dejó que se atormentaran entre ellos hasta el infinito.

Al año siguiente el temario estrenó química y profesor, el señor Schumacher, que también hacía las veces de psicólogo. Lander se sumergió en la materia como un pez ahogándose, consecuentemente reconoció en ella su medio natural. Al contrario que en otras asignaturas, no se perdía jamás y fuera de clase repasaba por placer. En el aula parecía el único alumno, como casi siempre, solo que esta vez además era bueno. El señor Schumacher cogió estima a ese muchacho que interrumpía con preguntas certeras su acostumbrado monólogo. Al revisar su expediente quedó espeluznado, no le cuadraba mente tan despierta con los incidentes descritos. Durante las sesiones que siguieron intentó reconocer al psicópata en su alumno, pero no encontró rastro. Recabó más información entre los trabajadores, estos le aconsejaron que se mantuviera alejado. También preguntó entre los chicos que recalaban en su despacho, ninguno dijo nada. No entendía ese temor arraigado hacia el único de sus estudiantes digno de llamarse así. A tenor de su actitud, los antecedentes eran inverosímiles. Para cuando quiso darse cuenta, se encontraba enfrascado en una investigación. El caso Lander le retrotrajo a la facultad, justo cuando dejó su tesis a medias. Esa vez no iba a abandonar. Se entrevistó con él a la manera clásica, quería saber qué recordaba de su pasado roto. Al principio no colaboró, pero enseguida se lo ganó premiándolo con lecciones extraordinarias de química. El chico le obligó a reciclarse con premura, era rapidísimo en esa ciencia a pesar de contar solo con material teórico; mientras tanto dejaba pinceladas de su serenidad curtida.

—¿Qué sabes de tu padre?

—Mi padre soy yo.

—¿Qué quieres decir?

—Eso mismo. Y mi madre también.

—Pero tu madre murió...

—Sí, cuando nació. Ahí dejó de existir. Una máquina me dio leche. El resto lo hice yo solo. Si tus padres son los que te crían, yo soy ambos.

—¿Por eso estás resentido?

—No lo estoy. Visto lo visto, prefiero ser huérfano que hijo de un cabrón que me

abandone.

—Pero tu padre...

—Mi padre está muerto. Tan muerto como mi madre. Lo sé.

En otras ocasiones atacó el tema de sus altercados. Resultó imposible arrancarle una duda, un pero, una sombra a su prístina convicción. Lo que explicaba Lander se pasaba de práctico, no parecía humano.

—¿Crees que te excediste en alguna pelea?

—No, creo que en alguna me expuse demasiado. El tío del cuchillo...

—¿Te dolió?

—Eso no importa, el dolor se va, pero pudo haberme herido mejor y dejarme limitado.

—A él lo dejaste vegetal.

—Sí. Tuvo suerte.

Comentarios como ese enervaban al psicólogo, a pesar de ello permanecía inmutable con tal de conseguir que Lander se sintiera cómodo y hablara. Sus razonamientos tenían base firme y asocial, que esto último le afectara representaba la meta. Una vez alcanzada, el chico, inteligente, se vendría abajo y pediría perdón. Con esa palabra concluiría el tratamiento. Si sería capaz o no de adaptarse a una sociedad que ya pensaba rechazarlo, al terapeuta no le importaba, para entonces ya habría conseguido la mención honorífica que le facilitara el traslado.

A Lander no le costaba soltarse, ese profesor era diferente, le escuchaba, jamás le reprendía por ser sincero y encima le pagaba con libros avanzados de química. Se dedicaba a ella como un obseso, lo tenía todo para explotar su vocación: tiempo, soledad y textos. Solo le faltaba un laboratorio donde comprobar todas las reacciones que leía e imaginaba, un sueño inaudito y posible: el señor Schumacher se había comprometido a escribir una carta de recomendación para que le adjudicaran una plaza del cupo social en un colegio privado. En compensación debía «aplicarse», es decir, aprobar y seguir dándole coba. Quedaban seis meses de curso y todo iba según lo previsto. Con dieciséis años le concederían la emancipación técnica y un puesto de trabajo en la cadena de la Volkswagen, pero aspiraba a que no se diera el caso, quería pasar sus próximos años en un estricto internado con un completo departamento químico. Él, que había vestido prendas de beneficencia toda la vida, no ambicionaba unos tejanos, lo que quería era una bata como la de los científicos de los manuales. Si hubiera tenido algo de picardía se habría acercado a su objetivo con mayor rapidez. El psicólogo aún no había escrito la recomendación, y es que su conejillo de indias se le estaba atragantando. Ese bastardo no respetaba los silogismos más típicos, descubría tangentes por las que escapar, descarado y sólido en sus argumentos.

—¿Qué opinas del aborto, Lander?

—No lo sé... ¿que sirve para controlar la natalidad?

—No seas cínico, esfuézate un poco más.

—Está bien. Mmm... En una familia pobre da más posibilidades a los hijos ya

nacidos.

—¿Unos padres con siete hijos tienen derecho a abortar el octavo?

—Seguro que sí. Ellos sabrán si pueden criarlo o no.

—Por esa regla de tres, Bach podría no haber nacido.

—Bueno, si una madre borracha y un padre violento se hubieran abstenido de tener el cuarto, el mundo se habría ahorrado a Hitler.

—Pero eso era impredecible, Lander.

—Y lo de Bach también. Lo que pienso es que, si abortas, tanto puedes joder unas cantatas como salvar a sesenta millones. No se sabe, y nunca se sabrá.

—Interesante... Volviendo a Bach y Hitler, si pudieras escoger, que nacieran ambos o ninguno, ¿qué harías?

—No lo tengo muy claro. Mi vida sin los dos sería parecida. Habrá algún violinista fanático que dirá que la obra de Bach es inmortal y un regalo de Dios y todo ese rollo, y más de un judío sordo preferiría que a sus padres no los hubieran convertido en jabón. Todos tendrían razón, a su manera.

—¿Y tú que piensas?

—Sinceramente, creo que no me incumbe.

Todo sin una palabra malsonante o una variación de énfasis. Schumacher no veía cómo iba a hacerle reaccionar cuando el que estaba aprendiendo era él. Quizás apretando más sobre la muerte...

—¿Volverías a matar?

—Si me obligan...

—¿No crees que hay otras salidas?

—Hombre, si me pongo a correr me salvo un rato, pero si no me puedo mudar de casa, la amenaza me seguirá esperando.

—¿Y hablar?

—¿Con un tío con navaja?

—¿Desarmarle?

—Por supuesto, para siempre.

—¿Y si te atracan, Lander? ¿Y si simplemente te atracan? ¿Volverías a matar?

—No sé por qué nadie me va a atracar, si no tengo nada. Mire, señor Schumacher, yo solo tengo mi vida, si alguien va a por mí es porque va a por ella.

—¿Y no es mejor espantarlo?

—No, claro que no. Luego se recupera y vuelve con más ganas y más gente. Aunque no se lo crea, la cosa va así. Cualquier noche acabaría molido a golpes de hebilla, y cuando no pudiera ya ni moverme, me atarían, me clavarían una escoba en el culo y se mearían en mi cara. Eso es exactamente lo que pasaría; si tengo oportunidad de evitarlo, ¿por qué no voy a hacerlo?

—¿No piensas que se pueden haber equivocado? ¿O en sus familias?

—¿Qué familias? ¿Esos cabrones que le enseñaron a acuchillar? ¿A violar? Ojalá sufran también, pero dudo que les importe. Y sí, claro que se han equivocado, y a mí

me ha tocado corregirlo; no lo pedí, ellos vinieron a mí con sus errores, ya que ustedes, los profesores, no consiguieron explicarles una mierda sobre respeto, justicia o...

Lander se calló de golpe, temeroso de haber ofendido al impulsor de su beca. Schumacher achacó la interrupción a un arranque de principios, como si la dialéctica le beneficiase y Lander estuviera a punto de desmoronarse. Por eso decidió presionar.

—¡O perdón, Lander! ¡El perdón! Ahí encontrarás la respuesta. No es tarde. Nunca lo es. No te pido que olvides, creo que lo has pasado tan mal que te será imposible, pero con paciencia podrás ir aparcando todos esos malos recuerdos, dejarlos en un lugar donde no molesten. Perdonar, no olvidar. Vamos, Lander, hazme caso. Sentirás la paz.

El chico se le quedó mirando entre perplejo y decepcionado. Llevaba año y medio hablando con ese tipo y no parecía haber entendido nada. Con la mejor de las voluntades se dispuso a rebatirle:

—Eso de «perdono, pero no olvido» es una gilip..., una est..., una equivocación. O te olvidas de lo que te han hecho porque no te habrá jodido suficiente o les haces pagar por ello, porque si no pagan vendrán a por más. Y en cuanto a la paz que dice que sentiré, no se preocupe, ya la siento ahora, cada noche en que nadie se me acerca y al notar que mi punzón sigue bajo la almohada.

Schumacher resopló, abatido, y dio por terminada la sesión. Más tarde, al redactar el informe, lo hizo de memoria, sin mirar las notas. Tan claros eran los postulados de Lander que se le quedaban grabados tan solo oírlos. Repasó el dossier entero para asegurarse de lo que ya tenía: en dieciocho meses su labor psicológica no había rebajado un ápice el resentimiento del sujeto. La confesión soñada era una quimera. Había trabajado para nada. Su única posibilidad de conseguir el traslado pasaba por cambiar diametralmente de táctica. Compiló los pensamientos más escandalosos de Lander, los contextualizó a placer y presentó el resumen al departamento de Asuntos Sociales junto con una solicitud de baja por depresión. Alegaba que, tras volcarse con el chico, este le había pagado con amenazas creíbles. Ese asesino juvenil quería usar contra él un arma que guardaba entre sus cosas. La mentira dio resultado. El tribunal que se hizo cargo reubicó al señor Schumacher en un colegio público nada conflictivo y desaconsejó fervientemente la emancipación técnica de Lander a los dieciséis; propuso con éxito prorrogar la tutela del Estado hasta los dieciocho.

Lo que de verdad le dolió a Lander durante esos dos años de más no fue la reclusión, fue la estafa. Se prometió no volver a creer en la palabra de nadie y de paso alcanzó otra máxima: «Si has de pagar, que sea por algo».

Dos niños rumanos, contentos de ganarse el favor del veterano, le enseñaron a transformar hilo de alambre en una llave, memorizó la rutina del vigilante nocturno y se lanzó en busca de la dirección del señor Schumacher. Al tercer archivador la

encontró. De las mismas oficinas sacó sobre y sello. Días después, ese timador de ilusiones recibiría la preocupación hecha carta:

Estimado señor Schumacher:

Ya queda poco para mi emancipación efectiva. Tengo ganas de verle para decirle en persona que le perdono.

Atentamente,

Lander B.

Salvo el destinatario, nadie entendería la amenaza, y mucho menos un juez al que reclamarle protección. Ese psicólogo de pacotilla, convencido de la capacidad de su expupilo, no volvería a dormir tranquilo. Así Lander obraba aquello por lo que estaba pagando. Era otra forma de justicia: el agravio compensatorio.

Con la mayoría de edad le dieron puerta, doscientos marcos y una ínfima vivienda de protección oficial. Pasó los primeros días atendiendo al bloque y al barrio, no había hora sin riña por motivos familiares, de dinero o de raza; era cuestión de tiempo que alguna le salpicara. El sitio era ruidoso como un pabellón psiquiátrico sin tranquilizantes. Se gastó su escaso capital en comida, sintió vértigo ante la variedad de productos, por primera vez escogía su dieta. Incluso le sobró para comprarse un libro de química avanzada; al abrirlo descubrió el olor a nuevo. Empezó a leerlo en el parque más cercano, allí no había tantos gritos, solo unos pocos niños que jugaban y algún yonqui vagabundo, el resto eran camellos que trapicheaban en silencio. Se iba a dormir con la mente agotada de digerir estímulos, gozoso de su intimidad.

A la semana se presentó en la fábrica donde debían emplearle. El capataz le pegó un repaso con desprecio cansino y lo envió a poner tuercas. En la cadena de montaje no fue bienvenido, todos le miraban como si su incorporación implicara sus despidos. Sin la ayuda de nadie, se las arregló para aprender su tarea. Su trabajo era tan estúpido que hasta las máquinas se negaban a realizarlo. Entre rosca y rosca se preguntaba por qué esos hombres se mostraban tan celosos de sus puestos; cada hora ahí alimentaba una tristeza pulida, metálica y galvanizada. Debía de ser adictiva, de lo contrario no se entendía que quisieran seguir fichando hasta la jubilación. Lander pretendía estudiar ese fin de semana todas las ofertas de trabajo de Alemania; convertirse en un autómatas humano, en un no-vivo, representaba la opción más cobarde para alguien bendecido con el libre albedrío. Tras varias entrevistas quedó demostrado que con sus referencias le esperaban algunos años de robot antes de llegar a ser supervisor de robots; los siguientes pasos se perdían en el horizonte. «Así es la vida», le señalaron en algún momento sin ánimo de ofender. *Así será tu vida*, pensó Lander, *no la mía*.

En los trayectos del suburbio a la fábrica un ventanal opaco le llamaba la

atención; estaba en la segunda planta de un edificio ruinoso, letras de plástico pegadas componían: «Boxeo y defensa personal», pero lo que irremisiblemente le atraía era uno de los dibujos, el de un tipo sosteniendo un palo en posición de combate. La curiosidad creció hasta hacerle bajar del autobús para informarse.

La escalera hacia el piso de arriba estaba sucísima, así como el rellano y el cristal de la puerta que abrió sin llamar. El gimnasio parecía abandonado, había chorretones de humedad por doquier, las espalderas estaban plagadas de barrotes astillados, partidos o ausentes, las ventanas estaban tan guarras como las cuatro bombillas colgantes. En el centro de la sala, un ring con doce cuerdas peladas esperaba algún púgil que le sacudiera el polvo. En una esquina, un hombre golpeaba el saco de boxeo que sujetaba su entrenador. Ninguno de los dos se fijó en Lander. Este paseó entre la zona de pesas; tras ellas, en la pared, había una serie de estantes vacíos y ganchos que en otra época debieron de acomodar útiles de lucha. Lo único que quedaba, colgando torcido, era un bastón de metro noventa. Lander se vio impelido a cogerlo, reconoció el objeto de punta a punta, acariciándolo con vigor, luego se dejó llevar... Lo hizo girar en diferentes sentidos. Marcó embestidas, retrocedió ante rivales invisibles para atacar de nuevo, volteó el arma sobre su cabeza acumulando fuerza sobre el extremo decisivo y fue a impactar donde, de haber alguien, hubiera sido desintegrado. Recogió su pie avanzado y lo colocó en paralelo al otro, la madera fija entre sus manos, frente al pecho, imperceptiblemente adelantada, de abajo arriba y de izquierda a derecha, dibujando un vector irresoluble al alcance de contados maestros. El entrenador, que se había aproximado, se lo reconoció:

—Bonito kata. —Lander le miró desorientado, sin comprender—. El kata. Muy bonito. No lo había visto antes.

—¿A qué se refiere?

—¡Ja, ja! —rió el señor—. ¡No me tomes el pelo! Pero lo siento, si venías a pedir trabajo, ya es tarde. La moda de las artes marciales pasó hace mucho.

—No, yo solo quería... —dijo alargando el verbo a la espera de un predicado que no supo concretar—. Disculpe. Ya me voy.

—Tranquilo, hijo. Vuelve cuando quieras aprender a boxear. Y ya que no lo sueltas, puedes llevarte el bō. Aquí solo es un trasto.

Lander aceptó emocionado, como si en vez de madera le estuvieran regalando una barra de platino. De repente su persona había sido completada, desde su hueso más recóndito al rizo que asomaba, el primero tras una vida rapado al dos-cuatro.

Bajo la marquesina de la parada de autobús, un joven se reconocía a sí mismo. Hasta su «B» anónima cobraba sentido. Ese hombre le había dicho que se llevara el «bō»; no solo se lo llevaba, lo adoptaría como apellido.

En sus veinte metros cuadrados liberó las enseñanzas de su compañero. El control absoluto, divino por inhumano, le permitía secuencias salvajes sin rozar cama, lavabo, fogón o nevera. Los movimientos naturales fueron moldeando un cuerpo ya de por sí duro, aportándole flexibilidad y proporción. Poco después pasó a ejercitarse

en el exterior, con lluvia y frío impotentes ante su gracia cristalizada. No tardó en atraer público; en ese núcleo de desvalidos, algunos balcones se ocupaban para captar la belleza innegable de sus bailes de guerra. Sin querer obtuvo estimación, su espectáculo era reconocido con sonrisas y saludos a la intemperie. Esos combates solitarios contra la nada inspiraban esperanza en el gueto; raro era el día en que no devolviera con un movimiento de cabeza varias muestras de respaldo.

Esos signos espontáneos de fraternidad le invitaban a entrar en un engranaje desconocido, donde las piezas aceptaban sin pesar la existencia de las demás, y hasta colaboraban entre sí. Desde su habitación atendía al devenir de esas personas inclasificables que Lander sabía mezquinas en el trabajo e impredecibles para sus familias y amigos. Eran volubles, difíciles de juzgar, cambiaban de la noche a la mañana, del mediodía a la tarde. El mismo padre amante de su hijo en el parque, le cruzaba la cara a su esposa a la hora de la cena; la mujer se desahogaba salpicando con lejía la ropa que la chica de abajo colgaba en el terrado, todo por creer que se acostaba con su marido; pero no, los que se acostaban con ella eran veinte tirados, y su hijo, al que había enamorado con tal de que le pagara un aborto; el chico, por ayudarla, aumentó el amoniaco de las pastillas que vendía a las puertas del colegio, le entregó el beneficio y ella le compró un vídeo a su padre, el resto se lo inyectó en vena. Y así de continuo: por cada pecado, una eximente. No había orden ni lógica ni principios fiables en todas esas conductas. Lander buscaba una respuesta que le ayudara a integrarse y le mostrara su porqué. Y la respuesta llegó entre llamas.

Un sábado noche, varios cócteles molotov fueron lanzados contra su edificio. Algunos se colaron en el interior provocando un rápido incendio. Coincidió que los extintores que funcionaban estaban en las plantas donde a nadie se le ocurrió utilizarlos, así que en breve todo el mundo se hallaba en la calle observando el fuego. Lander hacía lo propio, bastante tranquilo, apoyado en su bō. Algunos inquilinos se arriesgaban a entrar para salvar posesiones; una abuela kurda les gritaba llorando «Torunum! Torunum!»; ellos simulaban no entenderla; el único que no hablaba turco por ahí era Lander. La vieja berreaba desconsolada frente al portal lleno de humo; a su lado se acumulaban electrodomésticos. Algunos de los que se aventuraban dentro del inmueble no lo hacían por sus bienes, lo hacían por saquear, y con el botín salían disparados antes de que el dueño reconociera su carga. A Lander no le pareció mal, alguien que se jugara la piel por una radio se hacía merecedor de ella. Pero esa señora... «Torunum! Torunum!»; un hombre al que había agarrado de la pechera se la sacudió de encima, los congregados seguían ignorándola. Su grito incansable llegó a calar en Lander; intrigado, preguntó a los chicos que tenía al lado:

—¿«Torunum»?

—Su nieto —le respondieron compungidos.

—¿Está dentro?

Asintieron con la cabeza gacha.

—¿Y por qué...?

Canceló el resto de su duda, decir «... nadie lo salva» le incluía a él en «nadie». Instintivamente, del mismo modo que para asegurar su vida, se apresuró hacia la abuela.

—¿Qué piso?!

—Torunum! Torunum!

Lander la zarandeó para que le escuchara:

—¿Qué piso?! ¡¡El piso!!

Ella entendió:

—¡Cinco D!

Se levantó el cuello de la camiseta hasta la nariz y comenzó a subir escaleras medio agachado. Al llegar al tercero, un acceso de tos inacabable le frenó, creyó sucumbir a la falta de aire pero se negó, sus pulmones podían calmarse y su sangre aguantar un minuto sin oxígeno. Convencido, continuó hacia arriba; el calor y el humo se acumulaban, apenas podía ver. En el quinto, gateando y completamente ciego, tanteó la puerta que buscaba; estaba abierta. Se incorporó un segundo para localizar la cuna, en el proceso advirtió un hueco que minutos antes ocupaba la televisión. A tientas recogió un bulto con la forma y el peso apropiados y se lanzó escaleras abajo. Al salir al exterior, llorando, ahogado y con la garganta quemada, confió el bebé a los ancianos brazos que le rodearon. Se derrumbó entre toses y lágrimas, tratando convulsamente de vomitar el fuego que le abrasaba. En cuanto las toses se redujeron llegó hasta él el sonido de la pena absoluta; era la misma anciana, era la misma frase, y sin embargo todo había cambiado. Se levantó y caminó hacia ella. Al verle, la abuela comenzó a increparle en esa lengua incomprensible y cuando lo tuvo suficientemente cerca le entregó al nieto, como desprendiéndose de un avispero. Lander observó la pequeña carita de bebé, manchada de ceniza, azulada de asfixia, carne de sepultura. A pocos metros, decenas de personas le miraban sin demasiada vergüenza; puede que alguno de ellos fuera el que estuvo en el apartamento del niño, poco importaba. Lo seguro es que todos podían haber hecho algo y los que tuvieron agallas las invirtieron en salvar teles usadas. De todos los presentes, el único con derecho a la vida reposaba entre sus brazos. Una señal, una respuesta, una verdad. El infierno era ese, repleto de culpables, no podían hacer nada para merecer peor suerte. El infortunio era estar, la condena vivir, la muerte quedaba siempre justificada.

Tras Sugar Mbassa y Gonzalo Manzotti, Eric Lama suponía un respiro. Quizás por ello lo había escogido entre las demás ofertas. Mejor esa razón que un mandato del subconsciente; Lander no podía supeditar el trabajo a sus motivos sentimentales. Recordó la recompensa y el currículum de Lama para reafirmarse. Que el objetivo viviera en París, como Lía, no era más que una coincidencia. Hasta Checky corroboraba la idoneidad de la misión. Algo más sereno, hojeó el informe preliminar.

Lama era un traficante de armas con ínfulas de poeta. Se había autoeditado dos volúmenes de las poesías que le llegaban entre viaje y viaje, vendiendo granadas en Congo o minas en Colombia. Un oficio muy inspirador. Contrataba a la Agencia un cliente insatisfecho al que había dejado de entregar medio pedido porque su rival, a última hora, le ofreció más dinero. El perjudicado superó la traición con dificultades pero, una vez recuperada (y ampliada) su posición, creía oportuno vengarse. La caída del parisino no iba a variar un ápice el orden que rige el mundo; era un caso modélico. Lo único que le molestaba era el marco de acción, el hotel Lutetia. Era el lugar preferido de Lama para descansar entre tratos, siempre la misma suite. Los accesos eran numerosos, el alemán los conocía, ya los había estudiado para que Van Zeesaar pudiera rubricar su último acuerdo seguro, y luego invitarle a una cena con presencia de Lía. Lander se reprendió por volver a pensar en ella, pero no era fácil de evitar, la ciudad entera le llenaba de recuerdos, el último de la noche anterior, intensísimo a pesar de no haberse visto cara a cara. Una ducha fría le despejó, extendió sobre una mesa el material de la misión y la volvió a planificar desde el principio. Como entretenimiento, surtió efecto. Colocó sobre un plano las iniciales de sus hombres. Paulo y los italianos en la calle, Yukio y los serbios entre balcones y azoteas, Bill en el coche, Check en base y Layla ejecutando. Sabía que Yukio se molestaría, tan cierto como que nadie lo notaría; el japonés necesitaba algún reto, y rápido. Lander le iba a dar protagonismo a la siguiente, de momento consideraba necesario probar y exponer un poco más a la palestina. Miró la distribución y buscó una falla en su plan; como era de esperar no la encontró; tampoco halló punto débil o rincón delicado. Nada. Su propia participación era de lo más prescindible. Eric Lama no tenía escapatoria. Para variar, cobrarían por un trabajo fácil.

Su primera soldada mortal fue de mil quinientos marcos. Por lo que le costó ganarlos, podrían haberle pagado un tercio. Cuando hubo comprendido el juego, Lander se ofreció para actuar donde otros no llegaban. Era mejor, insultantemente mejor, que volver a la fábrica. Fiódor Orlov, un desalmado recaudador de apuestas, fue quien le dio la alternativa: «Ese chino nos debe tres mil. Ya le hemos avisado demasiadas veces. Creo que prefiere que le rompamos todos los huesos a pagar. Si consigues que te pague la mitad, de puta madre, pero si te da menos, haz lo que creas conveniente». Lander fue a por la deuda con un puñal y sin ganas de tortura. El moroso empezó a suplicar. A pesar de hacerlo en chino, Lander lo entendió falso. Se acercó para tener controlada cualquier reacción defensiva y le mostró la hoja que traía; el otro siguió con su perorata. Lander hendió el puñal bajo la clavícula y lo retiró. Una mancha de sangre se extendió rápidamente bajo la camiseta. El chino estaba tan atónito que ni se percató del dolor, se tapó el agujero con el brazo útil y estudió al cobrador; tenía algo diferente al resto, o estaba loco o se había excedido sin querer. Pasó a gimotear en pseudoalemán pero sin soltar prenda sobre el dinero. Lander le acuchilló en el otro

lado. Eso sí le dolió; se dejó caer hacia delante. Lander le mantuvo de pie con una mano en el cuello. Pataleó brevemente, luego se quedó quieto y rogó sincero: «Por favor...». Lander no dudó y clavó de nuevo, esta vez en la base de la garganta. Lo dejó en el suelo desangrándose mientras registraba la vivienda. Antes de sus últimos estertores, encontró seiscientos marcos. Hasta qué punto, se preguntó, puede llegar la avaricia para preferir tentar a la muerte que entregarle unos billetes que ni siquiera le pertenecían. Si hubiera existido causa de remordimiento, esta se encontraría en el lugar más alejado del cosmos, a punto de ser ingerida por un agujero negro.

Orlov le cedió los seiscientos, y le dio novecientos más.

—Eso es por no haberte encogido. Creo que voy a contar más contigo. ¿Dejaste huellas?

—No.

—¿Te vieron entrar o salir?

—Probablemente.

—¡Joder! —exclamó Orlov—. ¡Eres el primer cabrón que lo reconoce! ¡Por Dios que tienes huevos! Pero no pasa nada. El vecindario ese es territorio oriental. El jodido amarillo ya habrá resucitado. —Lander se envaró, extrañado—. Ja, ja, ja, aún no sabes cómo funcionan las cosas, ¿eh, chaval?

—No sé a qué se refiere.

—Los chinos no mueren. Ni aquí ni en ningún país civilizado. Esos no se respetan ni en lo más elemental, son peores que los judíos, pero más listos que los negros. Te explico: ¿sabes cuántos chinos se han muerto oficialmente en Alemania en veinte años? Menos de cincuenta. Pero ¿sabes cuántos hay? —Lander negó. Su empleador sonreía—. Cien mil. Eso como mínimo, que yo creo que hay más, pero bueno, ¿sabes lo que eso significa?

—Que viven demasiado.

—Ja, ja, ja. Esos comedores de soja no son inmortales. Lo que pasa es que al palmar uno, otro ilegal que se le parece hereda sus papeles.

—¿Y el cuerpo?

—Joder, Lander, ¿a qué se dedican los amarillos? Saben muy bien dónde colocar carne y huesos.

Jamás había ido a un restaurante chino y de golpe tenía menos ganas que nunca.

Era difícil saber cuánta verdad había en las palabras de Orlov. Tan pronto soltaba sentencias de lo más acertadas como historias inverosímiles y viceversa. Todo el mundo sabía que provenía del enclave ruso de Kaliningrado, su propio nombre y acento le delataban, pero él se las daba de alemán puro. Toda la farsa parecía montada para despistar; mientras la gente se preguntaba si tal cosa o tal otra era cierta, nadie profundizaba en quién era realmente. Lander le escuchaba filosofar con agrado, era obvio que no pretendía convencer a nadie de nada, solo llenarse la boca de palabras

altivas o intrigantes. Entre sus perlas una la aceptó como buena: «La cultura no te hace mejor persona, sino más eficiente». Dado el trabajo de Lander, la cultura requerida la aprendió en gimnasios, tatamis y galerías de tiro. Fue tan permeable a esos estudios como lo era a los de química. No había abandonado esa primera afición; en su nuevo apartamento, un laboratorio ocupaba la habitación más grande. Allí llevó a cabo sus experimentos imaginados, investigó bases lumínicas, potenció venenos, fabricó napalm y desarrolló explosivos.

Los descubrimientos de dormitorio fueron mucho menos ilusionantes. Lander permitió la entrada a esas chicas que Orlov le enviaba como propina, hasta que se cansó. El sexo no era más que una función violenta, primitiva y debilitadora. Los orgasmos acompañado no eran más placenteros que los que se procuraba él solo para desahogarse. En general todo fue de lo más decepcionante; no vislumbró la mítica conexión física ni por accidente.

Orlov siguió encomendándole tareas muy variadas, pero con un componente decisivo. Los demás ejecutores con los que solía trabajar quedaron relegados a una suplencia permanente, eran más caros e infinitamente más ruidosos. Lander era un regalo que debía explotar mientras durara, porque, a pesar de su tutela, tarde o temprano se toparía con alguien con un apego a la vida mayor que el talento de su asesino.

Corrió el rumor del sayón imparable, el mismo Orlov lo alimentaba; con el miedo extendido, la resistencia menguaba. Continuó sirviéndose de Lander y de lo que él creía una racha. En su vorágine de éxitos no se dio cuenta de haber invadido las aguas de un pez más gordo, el traficante Kemal Kaveci, miembro destacado de la mafia turca y seguramente vinculado a los Lobos Grises. Alguien así no permite rectificaciones. Envió a sus hombres a por Orlov, que se llevó dos consigo en su viaje al otro mundo. Kemal Kaveci había dejado claro que el ataque debía llevarse a cabo cuando Lander no se encontrara presente. El germano se enteró a las pocas horas, al ver la zona acordonada por la policía. Preguntó entre los callejones, allí le indicaron un solo nombre: Kaveci. Fue a su encuentro como un turista que busca un monumento, demandando información de la manera más inocente a individuos que nunca lo fueron. Así, a las claras, se plantó frente a un restaurante de gama baja. Por la cara de los parroquianos parecía que le conocieran. Un gorila profesional disfrazado de camarero le condujo a una sala trasera. Le cachearon, esposaron e hicieron pasar a otra estancia. Kaveci era uno de esos criminales que nunca se habitúan al lujo y se pasan la vida trabajando en el mismo ambiente sórdido de sus inicios. Hasta la silla donde reposaba parecía incómoda. Desde detrás de una barata mesa plegable, explicó:

—Has hecho bien viniendo de cara por tu propio pie. De otro modo te habríamos matado. —Tras esa primera frase se encendió un cigarro—. Se dicen cosas de ti. No

me iba a arriesgar a que planearas vengar al malnacido de tu jefe. ¿Estás de acuerdo?

—Lander no se movió—. Bueno, ¿es que no crees en la venganza?

—Sí.

—Pero no has venido a vengar a nadie.

—No.

—¿Pues a qué has venido?

—A buscar trabajo.

Kaveci rio dos segundos. Luego continuó:

—Me encanta. Me gustas, sí, lo digo en serio, y tan joven... ¿qué edad tienes?

—Veintiuno.

—Veintiuno... Es lógico que aún creas en la venganza, pero hazme caso: no suele ser práctica. Mmm... ¡¿pero qué estoy diciendo?! ¡Es de las pocas cosas por las que vale la pena estar vivo! No hay nada como ir a casa de tu enemigo, atarle, coger a su hijo de un mes y triturarlo ante sus ojos en la batidora, ¡ja, ja, ja!

»No pareces impactado, ¿se te ocurre algo mejor?

—Sí.

—Tú dirás —inquirió Kaveci de mala gana.

—Matar al bebé es un error. Liberas a los padres. Tendrán otro y se olvidarán del niño-batido. La auténtica venganza pasa por secuestrarlo y criarlo como tuyo. Vas enviando fotos a tu enemigo para que sepa que vive y vea cómo va creciendo. Pasará años y años buscando la sangre de su sangre, desquiciado; puede que hasta se suicide cuando reciba un vídeo en que reconozca a su hijo y le escuche llamarte papá.

—¡Dios! ¡Es perfecto! Lástima que ya sea tarde para el inspector Steiner...

»Hoy cenas conmigo, quiero seguir hablando.

Lo que más impresionó a Kaveci del nuevo hombre fue su indiferencia. No le reía los chistes ni se crispaba ante relatos escabrosos, no le juzgaba ni le intentaba agradar, simplemente escuchaba y contestaba al ser preguntado, lo hacía franco y sin dilación, como si nada de lo que dijera pudiera empeorar su destino.

Kaveci procuró no quemar a Lander, ya había corrido demasiados riesgos en su anterior etapa trabajando tanto y en la misma zona. Por muy limpio que fuera, la frecuencia y la proximidad constituían de por sí un rastro. Lander pasó de dos objetivos al mes a cuatro anuales. En los intermedios basculaba entre varias ciudades. Allí donde se instalaba atacaba una disciplina; aprendió inglés, francés, ruso y el turco de ese recuerdo incendiado. Se paseaba por las diferentes facultades de química en calidad de oyente y perfeccionó su beligerancia corporal con ninjitsu y kyokushinkai. Eran formas de conocerse, un ejercicio sano, pero Lander sabía que si llegaba a hacer uso de esas lecciones sería por haber cometido un error fatal: quedar expuesto y alcanzable.

La clave era la preparación del golpe, con los datos suficientes no había diana

difícil; a mayor estudio, mayor sencillez. La variedad de armas también ayudaba, Kaveci le proveía de todo lo que su imaginación precisara. Luego estaban los productos de laboratorio, ingenios de uso ecléctico. Se sentía especialmente satisfecho cuando podía utilizarlos para simplificar. Como la tetrodotoxina retardada. El juez Bienenkorb fue el primero en degustarla. Se encontraba en el parque junto a su esposa e hijos, feliz por haber aceptado una oferta de la camorra, más jugosa que los periódicos sobornos de los Lobos Grises. Lander le disparó con una cerbatana cortísima un dardo impregnado. Su señoría creyó que le había picado un mosquito. Empujó columpios, subió al balancín, remó por el lago y en ningún momento dejó de reír. Doce horas después, ya en la cama, se despertó angustiado porque todos sus músculos se habían parado. No pudo ni levantar los párpados. Su mujer siguió durmiendo tranquila. Él murió casi en el acto.

El jefe le propuso misiones más exigentes y Lander las aceptó, agradecido de tener nuevos retos. Se habría podido negar o plantear reservas, pues Kaveci confiaba en su criterio, lo único que contrariaba al turco era que siendo su asesino tan brillante, tan valioso, siempre se empeñara en actuar solo. «No me fío de los demás», le expuso Lander en cierta ocasión. No podía culparle, él tampoco se fiaba.

Tras varios inviernos, Kaveci gozaba de más ánimo y respeto que nunca. Había asegurado su sector y ampliado su influencia; los jefes de la Capadocia estaban muy contentos con él. En el cénit de su carrera le ofreció a Lander un último trabajo:

—Deja que te cuente la historia de un americano, Andrew Berry. El pobre diablo tenía dolores de cabeza. Un día se cansó y fue al doctor. Premio gordo: tumor cerebral inoperable, de tres a seis meses de vida. El tío, tras una semana deprimido, se decidió a ponerle todos los huevos que no había puesto en su vida. Se compró una automática y balas de sobra. Primero se cargó a su exmujer y al examigo por el que le abandonó. Luego fue a por el gerente de la tienda de coches donde trabajaba, un gilipollas que llevaba años mangoneándole sus comisiones. Por último, se vengó de su hermana por abusar de él durante su infancia, y de su padre, un cabrón medio borracho que siempre se rio de él por no jugar bien al béisbol. Con las cuentas saldadas se entregó a la policía. A las pocas semanas ya tenía plaza en un penal de máxima seguridad. Allí son tan serios que antes de asignarte celda te hacen la revisión médica; ¿y qué pasa entonces? ¡Milagro! ¡El tumor ha desaparecido! No es que le hubieran hecho un mal diagnóstico antes, no; es que una vez eliminados los causantes de su mal, el cabrón se había curado. Así de simple. La pena es que ahora vuelve a estar condenado a muerte, y encima en prisión, pero bueno, eso da igual... Verás, Lander, estoy jodido, tengo cáncer de pulmón. El dolor se aguanta, el problema es que adoro vivir en este mundo de mierda tan cargado de hijos de puta

que no cabemos, ja, ja. ¿Qué le voy a hacer? ¡Me lo paso bien! Quiero durar algo más. Mira, del cáncer me encargo yo, pero no puedo estar pendiente del resto. Quiero que aceptes novecientos mil a cambio de cargarte a quien me meta en un ataúd antes de tiempo. Puede ser cualquiera, ya sabes que los italianos quieren entrar en el mercado, y los traidores, bueno, los hay en todas partes, yo mismo llegué hasta aquí «jubilando» a mi jefe, ja, ja. Fue hace ya tanto... Bueno, el caso es que sabiendo que me vengarás estoy seguro de poder aguantar más, puede que un mes, o un año entero, pero más de lo que me toca. Y si al final me muero solo, todos contentos, a mí me enterráis con una sonrisa y tú te quedas igualmente el dinero.

Lander se comprometió de buen grado; ese hombre al que obedecía le caía bien, al menos admitía ser quien era: uno de los peores ejemplares de la peor de las especies.

Mientras duró la fase terminal, Lander cometió sus primeros asesinatos en el extranjero. Lo hizo a petición de Kaveci, que quería impresionar a los grandes de la organización antes de morir. Disparó en Amberes, envenenó en Zurich, acuchilló en Londres... sin el menor revuelo y con la huida expedita. Regresaba a Munich sin prisa, haciendo escala en lugares aleatorios y viajando por tierra lo más a menudo posible. «La suma de veinte pequeñas precauciones conforma el más seguro de los sistemas», esa era una de las sentencias correctas que le había legado Orlov.

Lander no tuvo que vengar a Kaveci, la enfermedad se encargó de todo. De su testamento recibió novecientos mil marcos blanqueados y una carta:

Antes de nada quiero que sepas que me siento orgulloso de haberte conocido. Te considero la persona más pura con la que he tratado. Me alegro de haber participado en tu instrucción, aunque me da la impresión de que todo lo que te he explicado, o ya lo sabías, o lo ibas a deducir tú solo. No importa.

Junto al dinero quiero que aceptes algo más. No es una lección, es un consejo: no sigas con mi sustituto. Alinearte con una organización, aunque sea tan fuerte como la nuestra, acarrea tarde o temprano una bala. El día que alguien con poder suficiente quiera desbancarnos, lo primero que hará será eliminarte. Tú mereces ser libre, Lander, debes apuntar en todas direcciones. Todos te querrán a su lado: que nadie lo consiga más que a corto plazo. Aprovecha mi pago para aislarte un tiempo, búscate un refugio que solo conozcas tú, y en unos meses da voces de tu regreso. El nombre ya lo tienes, te lloverán ofertas. Mantente vivo, Lander. Eres el azote que merece este planeta.

Esa última frase quedó por encuadrar, oscilando entre la maldición y el elogio. El resto del mensaje lo siguió al pie de la letra, como si fuera palabra de Dios.

Desapareció de la ciudad sin dar explicaciones. Él no era turco, no había sido captado de base, era una herramienta que se había dejado alquilar durante cinco años. Tanto a la mafia turca como a los Lobos Grises, por poca gracia que les hiciera, no les quedaba más opción que olvidarse. En medio del traslado de poderes no era oportuno perseguir un peligro como Lander.

El germano, cargado de excelente documentación falsa, puso rumbo a oriente. En coche atravesó Austria, Hungría, Ucrania, algo de Rusia, Kazajstán, China y Nepal. En la India regaló su Volkswagen. El viento roló y se dejó llevar hacia el oeste. Cruzó Pakistán, Irán, Arabia, Jordania y casi todo Egipto. De Alejandría a Marsha Matruh y luego hacia el sur. En medio de un desierto interminable llegó el estallido verde. Acababa de entrar en el oasis de Siwa. *Es aquí*, se dijo a sí mismo. Tan cierto como que el bō era su arma.

Tras unos días reconociendo el lugar, encontró lo que buscaba. A cinco kilómetros del pequeño pueblo, en un lago precioso, un mínimo istmo reclamó su presencia; estaba unido a la orilla por una lengua de tierra de un metro de ancho y cincuenta de largo. A Lander le constaba estar a bastante distancia de cualquier otro habitante. La calma era sobrecogedora, la belleza brutal. Ese sería su sitio.

Entre las palmeras centrales alzó un cobertizo de madera y palma que en el futuro reconvertiría en casa de adobe y piedra. No pudo asegurarse la legalidad de su base, pero sí la aceptación de las autoridades; ese terreno no le importaba a nadie y por unas libras ni siquiera aparecería en los mapas.

Había seguido a rajatabla el consejo de Kaveci, excepto por los plazos; volvía a Europa dos años después de que cerraran el nicho de su mentor. Las cosas habían cambiado bastante, al menos en lo que se refería al poder turco en Baviera. Cuando Lander se presentó, lo recibieron con los brazos abiertos, sin ápice de resentimiento. Al sustituto del sustituto de Kaveci no le gustó que recalcara su condición de agente libre, pero tragó y le pasó dos encargos; eran un par de rumanos que estaban montando talleres textiles con compatriotas traídos ex profeso, quienes, privados de pasaporte, rendían de maravilla; por su culpa los turcos perdían poder en ese sector. Los tipos eran listos y nunca coincidían; Lander tuvo que idear la manera de ejecutar al primero antes de que el segundo se parapetara, advertido por la muerte de su socio. La solución pasaba por una ejecución retardada.

El germano se presentó como extra en el restaurante donde uno comía y cambió una de las copas de la mesa por otra. Con mucha paciencia había pincelado su interior con estricnina y agua destilada, la mezcla inodora, incolora e insípida que no deja manchas de cal una vez seca. La copa parecía recién lavada con abrillantador y repasada con trapo de lino. Enseguida apareció el comensal con sus guardaespaldas; se sentó donde Lander había previsto, de espaldas a la pared. Tras el primer sorbo de vino, el asesino fue a por su segunda pieza.

Se dirigió en moto hasta el domicilio del otro. Su chófer, aparcado, y un escolta en el portal indicaban su presencia. Lander se mantuvo discretamente alejado. El objetivo salió y se metió en el coche. No repararon en la moto que les seguía. A medida que se alejaban de las calles más transitadas, Lander quedaba más al descubierto. Cuando entendió que se dirigían a la zona industrial donde tenían las naves se decidió a pasar a la acción. En un semáforo se puso junto a la berlina, de un vistazo comprobó el grosor de los cristales. No eran blindados. Comprobó las pistolas. Esperó otro semáforo, saltó de la moto y fue a por el conductor. Al dispararle en la cabeza cayó hacia el asiento del copiloto; ahí, el escolta, espantado, trató como pudo de sacárselo de encima para poder manejar su arma. Durante el proceso recibió una bala en el cráneo. Lander dio un paso lateral y apretó cinco veces cada gatillo; la ventanilla desapareció entre salpicaduras de cristal, por el hueco vio al rumano finado. Levantó la moto que había dejado y se esfumó a toda velocidad. Lanzó al río las armas y se fue a tomar un helado, todo por hacer tiempo hasta que el envenenado se diera cuenta de su condición. Pasadas las horas previstas fue a por la recompensa.

—Aquí falta dinero.

—Sí, verás, creemos que por tu marcha... ya sabes... nos dejaste colgados. Te lo pagaremos con el próximo trabajo, ¿entendido?

A Lander le apuntaban varias armas. Con la espalda tan desprotegida no tenía otra opción que aceptar. Dada su nula capacidad teatral, cuando respondió «Entendido» un escalofrío crispó la espina de los oyentes. El mando sonrió y ordenó a su secretario: «Reckber, acompaña a la salida». Ese gesto cordial era más falso que la aceptación de Lander; el hecho de haber escogido a su hombre de confianza para guiarle era insoportablemente sospechoso. El tal Reckber, con el arma bien pegada al costado, le indicó que tirara hacia delante. La tensión envolvente sugería que le iban a dar «el paseo». Lander pensó rápido. Si lograba escapar, quedaría sentenciado por la organización y probablemente por los Lobos, y juntos tenían los medios para encontrarle allí donde se instalara. Necesitaba un movimiento crucial que le reafirmara como mercenario sin bandera.

Caminaban por un largo pasillo de final incierto. Antes de llegar a la mitad, Lander aminoró el paso. Cuando Reckber fue a quejarse, dio un salto hacia atrás. Entre su brazo derecho y las costillas encajó la mano armada del secretario. Con la izquierda hecha un puño le golpeó en un movimiento pendular los testículos y la nariz. Reckber, con el dolor del bajo vientre y las agujas en la cara perdió la concentración. Lander le torció la muñeca con una llave hasta que soltó la pistola, el germano la cazó al vuelo y apuntó contra las fosas sangrantes de su fracasado verdugo. «Si callas, vivirás»; el aludido se guardó de emitir sonido alguno, el trato era sincero y el premio inmejorable. Lander le hizo tumbarse bocabajo. «Quédate quieto hasta que yo lo diga.» Reckber no tenía la más mínima intención de desobedecer; había sido sargento de operaciones especiales en el durísimo ejército

turco, había tratado con pistoleros de toda calaña y ascendido hasta su puesto por méritos propios. Ese Lander le había neutralizado en un segundo como un relámpago: era mejor que él. Reconocer cosas así le había mantenido vivo.

Lander volvió sobre sus pasos con la H&K USP Compact recién sustraída. En la puerta del despacho, dos hombres se quedaron sin rodillas. Retorcidos en el suelo, amagaron con sacar sus pistolas. Sobre ellos vieron una mandíbula cuadrada algo barbada yendo de izquierda a derecha: les estaba pidiendo que no lo hicieran. A media distancia, un cañón humeante les acabó de convencer. Se dejaron desarmar sin problemas. Abrió la puerta del despacho de una patada y al momento se puso a cubierto contra la pared. Echó un vistazo rápido; al no detectar amenaza, entró. El cretino que le había escamoteado su paga y le había mandado matar tenía medio cuerpo fuera de la ventana. Estaba intentando escapar tanteando una repisa con miedo. Al ver a Lander estuvo a punto de caer. Regresó al interior, patoso, con las manos en alto.

—¡No me mates! ¡Coge el dinero! ¡La caja está abierta!

Lander agradeció la información y le disparó entre ceja y ceja. Cobró solo su deuda y volvió donde Reckber. Este había cumplido.

—Has hecho bien en no moverte. Ahora tienes otra misión. Que la calle sepa que he regresado. Los pequeños traficantes harán de intermediarios, si alguien me busca, que acuda a ellos. Y que esto quede bien claro: Lander Bō no tiene dueño.

Kaveci acertó con su pronóstico, las ofertas llovieron. Al principio trabajó a destajo en pos de notoriedad y un colchón económico. Tras esa primera etapa pudo afrontar las cosas con más calma. Se instaló en varios pisos francos, siempre en ciudades centroeuropeas secundarias, desde allí enumeraba, comparaba y escogía encargos.

Prosiguió con la química y se inició en cuatro idiomas más: italiano, español, portugués y árabe. El italiano fue el más útil, con él se ganó las simpatías de varios capos que vieron en el aprendizaje de Lander una muestra de respeto. El español y el portugués no le servirían de nada hasta que fuera a Latinoamérica, los colombianos eran los únicos inmigrantes con negocios que podrían haber precisado de sus servicios, pero nunca contrataban extraños, iban sobrados de carne de cañón compatriota.

El árabe tampoco lo usó demasiado, cuatro frases en los trayectos a Siwa y cuatro más al aprovisionarse en el pueblo; una vez en su isla ya no hablaba con nadie, todo giraba en silencio alrededor de los dátiles, la hamaca y los baños solitarios. Al ponerse el sol, sobre la arena de la orilla, Lander invocaba la magia del bō en coreografías exclusivas. La comunión con el entorno le llenaba de sosiego.

De vuelta al Viejo Continente todo seguía igual: los mismos contendientes, el mismo

equilibrio. Lo único que variaba era su tarifa, en ascenso con la demanda. Tenía capacidad técnica y material para afrontar cualquier blanco, eso la gente lo sabía. Le ofrecieron trabajos de consecuencias globales, impredecibles, de aquellos que llenan periódicos en varios países. Lander los rechazó, la publicidad le acabaría implicando, los muertos honestos suelen acarrear efectos secundarios. El hombre que se encargó de Olof Palme en 1986 fue instantáneamente silenciado por sus contratantes; sabían que tarde o temprano el ejecutor podría caer preso y señalarlos como culpables para rebajar su propia pena. En ese mundo siempre puedes descubrir quién hizo qué, todo se basa en la vehemencia con la que preguntes. Otra manera de ser ignorado pasaba por no provocar al colectivo de moral insoslayable, ese puñado de polis, fiscales y políticos que no cejaban hasta colgar la cabeza buscada. Si Lander hubiera aceptado matar a esos jueces italianos, se habría convertido en el gran perseguido. La existencia y el nombre de Lander eran conocidos, sus actos tolerados; mientras se dedicara a delincuentes, seguiría al final de su lista de tareas pendientes. En el ámbito legal se sabía que no sería fácil encontrarle, ni culparle con seguridad de nada; los manchados le temían y los honrados no pensaban invertir medios en una persecución de resultados dudosos y potencialmente suicidas.

Lander también encontró blancos inasumibles, por encima de la judicatura y los presidentes: otros individuos, los auténticos marionetistas, tan reales como el mundo que controlan. No pasan de medio millar y tan solo pensar en ellos puede considerarse peligroso. Algunos son tremendamente populares, pero la mayoría guarda celosa su anonimato. En cualquier caso, inaccesibles en un viaje de ida y vuelta. Ya durante la fase preparatoria, las posibilidades de que el objetivo se enterara del proyecto eran altas; entonces, tanto el pagador como el pagado quedarían sentenciados. Si todo fuera bien y el blanco se pusiera a tiro, las vías de escape serían mínimas, excepto en el caso de las personas notorias y sus apariciones públicas, pero esquivar la investigación subsiguiente sería imposible. Solo una vez se consiguió, con JFK, gracias a una colaboración difícilmente repetible. Alcanzar a esos personajes y salir vivo solo cabe en dos supuestos, y Lander lo sabía bien: o eres tú igualmente un inalcanzable o te retiras acto seguido y para siempre. Lander no pensaba retirarse. Le gustaba su posición, estaba donde debía. Entre la sordidez de los alientos condenados él se entregaba a la belleza, aquella inherente a la perfección: un nombre, un muerto, y cuantos menos perros le rodearan, mejor.

Dejó las llaves al aparcacoches y entró en el casino. Su director le esperaba a pie de calle. Yago, el superviviente acérrimo. Se había pasado la vida trabajando para blancos potenciales y jamás les trajo suerte, quizás la acaparara toda. Diez años atrás empezó a ejercer como enlace y triunfó. Fue él quien le sugirió a Lander el fichaje de la pareja italiana. Ahora gestionaba el casino de París y, en contadas ocasiones, cuando el objetivo y su comisión eran suculentos, ponía a las partes en contacto.

—¡Oh, señor Canaris! ¡Me alegro de verte! —le saludó sumando un sincero apretón—. ¡Vamos a mi despacho! —Mientras caminaban a través de las mesas de juego, siguió hablando—. Mira cómo me has de ver. Encerrado en este antro de lujo y estupidez, pero ¿qué querías? Todos sentamos la cabeza. Bueno, parece que tú no. Afortunadamente para mí, ja, ja.

—Parece que no te va mal.

—No, desde luego. El juego es el invento más lucrativo de la humanidad, bueno, tras la religión. Es tan fácil desplumar a estos imbéciles que por momentos me remuerde la conciencia. Mira esos tarados —dijo señalando la ruleta—, aún creen en las martingalas. No hay semana en que algún desesperado no suplique por una pistola tras zambullirse en la ruina. Prefieren pegarse un tiro a reconocerse matemáticos gilipollas. He ideado un sistema que nos da más dinero y me hace sentir mejor; solo hunde a los tramposos más ambiciosos. Verás, prohibimos las martingalas individuales, así picamos al respetable, que como se cree más listo la intenta en equipo. Por miedo a que les detectemos apuestan más rápido y mucho más fuerte. Me encanta verles la cara de incompreensión cuando se quedan sin fichas, ja, ja, ja. Ya estamos. Es aquí. —Yago abrió la puerta camuflada de una gran sala tapizada de monitores. Se sentó tras un bello escritorio y le ofreció a Lander la butaca de enfrente—. Lo primero: la mitad en metálico más los cincuenta mil para gastos. Aquí tienes —dijo al abrir sobre la mesa un maletín—. ¿Quieres unas esposas?

—No, llaman la atención.

—Eres increíble, Lander. Algún día un gitano te pegará un tirón y me reiré.

—No tanto como él, eso seguro —añadió Lander mientras revisaba las cubiertas del maletín.

—Bueno, la otra mitad como siempre, por transferencia encriptada en cuanto se confirme el éxito. ¡Vaya! Hacía tiempo que no te soltaba el rollo, ¿eh? ¿Cuándo fue la última vez que me aceptaste un encargo? Recuerdo que fue aquel griego...

—Hace dos años.

—¡Dos años! Casi nada... ¿Y cómo está Luigi? Me gustaría verlo... ¡eh! ¿Por qué no venís a cenar?

—Sabes que es imposible.

—Sí, claro, estáis con los preparativos... pero ¿qué tal después del trabajo? Venga, tus chicos querrán divertirse y apuesto que lo merecen. Los conozco a casi todos. Os reservaré una planta del hotel, te pasaré los planos para que estés tranquilo. Sabes que no es una idea tan descabellada como parece. ¿En qué otro lugar pasaría más desapercibida tu plantilla internacional? Además, si algo ocurriera, yo sería el culpable, vendríaís a por mí, y sé mejor que nadie lo bien que se os da la caza. Vamos, Lander, piénsalo. Tendréis los bolsillos llenos y me encantaría que los vaciarais en mi casino.

—Como comercial eres un genio —le otorgó Lander levantándose—. Me encanta el paquete vacacional que nos ofreces. Lo pensaré. Tú cuídate.

—Ooooh... eso es un no. Pero me alegra haberlo intentado —se resignó Yago con una sonrisa.

—No hace falta que me acompañes, conozco el camino.

—Sabes que te acompañaré igualmente, a través de las cámaras.

—Claro.

Lander le devolvió la sonrisa, más que cordial, casi amistosa, y se marchó.

Paró el coche en un vado a medio camino. Revisó el dinero billete a billete en busca de chips o fluorescencias inusuales, fue colocándolos en otro maletín forrado de plomo y por último lanzó el de Yago al río Sena.

Era su última noche a solas en el piso y la tentación era fuerte, fuerte y cruel. Otra visita era de locos, significaba sin duda el paso en falso que nunca había dado. Van Zeesaar podía haber equipado el apartamento de su hija con sensores termales. El sudafricano era paciente y esperaba su equivocación. Todo era tan obvio como doloroso. Al confirmar la decisión de quedarse sintió que le desollaban el alma. Para calmarse pensó en el día siguiente, la llegada de unos cuantos, entre ellos Yukio, y en cómo tendría que esforzarse para mantener su bō imbatido. Pensó en la misión, pero se entretuvo poco; puede que no las hubiera fáciles, pero esa en concreto, difícil no era. Por último pensó en Yago, siempre a flote; a más neutral, más seguro. Pícaro y elegante como una cebrá con tifus pastando entre leones. Y su propuesta... insólita, atractiva. Si no la hubiera hecho él, un rey en minimizar riesgos, sería una trampa.

Recuperó la conciencia un minuto antes de que lo sacaran del maletero. Su primer estímulo verdadero fue la claridad atravesando su párpado cerrado. No tuvo tiempo de comprobar si contaba con plena movilidad, por eso rogó al diablo que no hubiera efectos secundarios. Puesto que pretendía ampliar la población del infierno era lógico esperar ayuda de su monarca. Se dejó extraer como un fardo, entreabrió los ojos y se encontró con la sobaquera del tipo que le agarraba de los brazos; el arma estaba en su funda, a un palmo de su cara. Estirar la mano, sujetarla y dispararla a bocajarro fue todo uno. El que le tenía por los pies le soltó, catatónico del susto. Lander le acertó dos veces, en el corazón y en la frente. El móvil de uno de ellos comenzó a sonar, alguien de la base trataba de avisarles demasiado tarde de lo que se les avecinaba. Lander huyó del callejón del restaurante antes de que nadie se interesara por los disparos. Caminó veloz unos minutos, luego tomó un bus cualquiera, cambió a otro unas paradas después, desde allí paró un taxi que le llevó a la estación de tren. En cuanto hubo cambiado de ciudad, cogió un bus hacia Tours, siempre pagando en metálico, gracias a las carteras de los últimos despachados.

Fue andando hasta su piso, uno de los tres que creía conservar en secreto. Llevaba la llave encima, siempre la había llevado, consciente de la bondad de esa precaución.

Se quedó unos días a la expectativa, buscó en todos los periódicos y telediarios, pero en ningún lugar se hicieron eco de lo ocurrido. Lo más probable era que aquellos desgraciados que le llevaban al restaurante de Choi le hubieran sustituido en el menú semanal. Van Zeesaar no iba a denunciarlo, eso le pondría en peligro; Lander acorralado podía volver sobre sus pasos para vengarse antes de ser atrapado. No obstante, era evidente que le seguía la pista, por eso convenía desaparecer de la manera más discreta. Cogió la documentación necesaria y todo el dinero que había. Acto seguido, partió en bus hacia Milán. En los aeropuertos italianos Van Zeesaar tenía muy difícil encontrar colaboradores. Desde allí voló a El Cairo. Veinte horas más tarde Lander se encontraba y se sentía a salvo.

Se concedió un año entero de ermitaño en el oasis. En ese tiempo Van Zeesaar no le iba a perdonar, pero sí podía relajar la búsqueda. Lander aprovechó para perfeccionar su árabe y las prestaciones de su refugio; añadió un generador eólico e ideó planes de evacuación, más por extremar precauciones que por necesidad.

Al finalizar el periodo de silencio tanteó a las mafias transalpinas. No esperaba, en su condición de renegado, un recibimiento entusiasta; esas organizaciones, a pesar de permanecer alejadas de Van Zeesaar, tampoco querrían importunarle acogiendo a su señalado personal. Todo resultó más fácil de lo previsto. La espantada de Lander había causado entre los nuevos socios del sudafricano revuelo y desconfianza. Al carecer del miedo tácito que inspiraba Lander, Peter van Zeesaar tuvo que aplicarse con dureza frente a los descontentos y aminorar el ritmo de su novedosa política empresarial. Muchos, equivocadamente, le creyeron vulnerable y trataron de sacar tajada. Esas rebeldías provocaron simples retrasos y ríos de sangre. Por debajo de los Dolomitas el proceso fue seguido con relativo interés. Ese Van Zeesaar, creían los capos, sería relevado de su puesto cuando menos se lo esperara; sin el respaldo de familia o tradición, su papel era el de un emperador atenazado por la traición. Contrataron a su primer apóstata sin el menor reparo. A los italianos les siguieron los rusos y sus vecinos del sur.

Gracias a sus facciones mestizas pudo trabajar sin maquillaje en países donde el calor acostumbraba a arruinarlo. Dubái, Emiratos, Yemen... Traficantes de todo y jeques golpistas. Fue una etapa bien pagada que aprovechó para empaparse de una cultura rica y contradictoria. Ajeno a juicios generalistas, Lander siguió durmiendo en paz.

En cierta ocasión recibió una oferta tan sospechosa como perfecta; allí radicaba el engaño, como los expedientes sin fisuras, que siempre pertenecen a infiltrados. Vio en ella la sombra de Van Zeesaar; este se había afianzado y ya tenía tiempo para

buscarle. Lander entendió su postura irreconciliable y encontró en la distancia la única salida. Enfrentarse a Van Zeesaar directamente, además de complicado, le había sido prohibido. En uno de los encuentros con Lía, tras deshacerse, frenéticos, ella le hizo prometer: «Llegado el momento, no mates a mi padre». La solicitud de su amada nació de su fondo, ese rincón incomprensible donde mora el animal que somos. Él dio su palabra, incapaz de imaginarse cómo cambiarían las cosas. No le cabía duda de que Lía le habría pedido lo mismo al otro hombre de su vida, pero este no parecía dispuesto a cumplir. En esa diferencia basaba Lander su amor y su ilógica fe en un futuro con ella.

Una vez instalado en México dejaron de tenderle anzuelos. Allí participó en la guerra por la capital que se saldó con cinco mil muertos. En un conflicto con más víctimas por balas perdidas que por disparos directos, el estilo de Lander rompió esquemas. Muchos perros que dejó sin amo se arrimaron al adversario sin tapujos, y así conseguía menguar las filas enemigas a doble velocidad; eso nunca ocurría cuando el encargado del trabajo era un pelotón de exterminio, pistoleros ansiosos por finiquitar su munición.

Enseguida recibió llamadas desde Medellín a Los Ángeles. En Latinoamérica, la inseguridad era agobiante, no se vio capaz de trabajar ahí. En cambio, Estados Unidos era el cielo, un país diseñado para asesinar a sueldo. Cualquiera podía pasear legalmente con un arma de precisión cargada. Había cursos intensivos y bien tutelados para aprender técnicas de lo más variadas: helicópteros, supervivencia, paracaidismo, odontología... La amalgama de etnias convertía a todo el mundo en invisible. El tiempo invertido en maniobras preventivas de distracción se reducía hasta casi desaparecer. El único problema era una policía impredecible, que igual aplaudía su trabajo como podía nombrarle enemigo público número uno. Por eso mantuvo su base en México, en un pueblo de la costa pacífica. Se obligó a pasar allí un mes tras cada encargo; entre los yanquis la demanda parecía inagotable, era fácil dejarse llevar y trabajar sin pausa, y ese era el modo perfecto de equivocarse.

Ese pueblo, pese a lo turístico, le servía como un Siwa americano, un lugar donde contemporizar, ver las puestas de sol y estudiar sin prisa las ofertas desde un portátil ilocalizable. Podría haberse instalado en esa plácida rutina, resignado a ser pasto de olvido por parte de aquella única alma que jamás le importó, pero Peter van Zeesaar no iba a permitírselo.

El abuelo Van Zeesaar, endiosado banquero, había decidido retirarse. Examinó los logros de sus vástagos y legó la dirección del imperio a aquel que con menos recursos había llegado más alto. Así, de repente, su hijo Peter se había convertido en uno de los quinientos intocables. Con una fortuna insondable, el lavado de imagen fue instantáneo. En menos de un año pasó de ser el coordinador criminal de media Europa a primer inversor mundial en telecomunicaciones. En su línea, acertó en el

cuándo y en el dónde. Ninguna ley antimonopolio le frenó: se hizo con el control de una de cada tres informaciones publicadas, emitidas o televisadas en el planeta. Desde su nueva posición, moldear el mundo le resultó sencillo, decepcionante incluso. Lo mejor fue recuperar definitivamente a su hija, le dio plenos poderes para actuar en nombre de la fundación Van Zeesaar. Lía quemó chequera tras chequera para comprobar hasta dónde llegaba la generosidad de su padre. En breve se convenció de ser la hija de otro hombre, otro diferente, al que poder querer sin vergüenza; valoraba tanto el cambio que no quería forzarle con el favor postrero. Van Zeesaar lo intuía, sabía que un día su hija le pediría que rehabilitara a Lander. Ese detalle mantenía inconclusa su victoria. Con el germano muerto, Lía sería suya para siempre. Tuvo que untar a un hemisferio entero, pero al final supo dónde se escondía. Once letras imposibles de memorizar cobijaban a su antiguo paladín. Zihuatanejo.

Por la cantidad de medios utilizados parecía una invasión militar. Pocos de los participantes podían entender que el objetivo fuera un solo hombre. Mientras tanto, en su fuero interno, Lander sabía que algo pasaba, algo grande. Demasiados detalles habían cambiado: la avioneta de propaganda no había pasado, faltaban siluetas de barcos en el horizonte, la guagua de Ixtapa llegaba más tarde de lo normal... Por separado, hechos imperceptibles; en conjunto, revolucionarios. Solo uno de los habitantes del pueblo podía inspirar una operación de tal calado. Lander aceptó su condición de presa por acumulación de indicios. Se encontraba en la playa, sentado junto al mar, sin nadie alrededor. A medio kilómetro, las cañas sobre el espigón habían variado de ángulo, los hombres que las manejaban no podían ser los de siempre. Por el otro lado una pareja de chicas se acercaba caminando por la orilla, charlando relajadas. Eran demasiado bellas para estar en ese lugar accidentalmente, las únicas gringas que visitaban la zona eran obesas necesitadas de sexo gratis; dos cuerpos tan esculturales rompían ahí cualquier ley probabilística. Lander las observó aproximarse, las bragas de sus mínimos biquinis estaban demasiado prietas, dedujo que sería por estar sujetando algo sobre el coxis, enganchado a la base de sus espaldas, un arma pequeña, una CZ92, una Walter PPK a lo sumo. Lander las siguió mirando, si hubiera dejado de hacerlo un segundo se habría delatado; ellas le sonrieron, convencidas de un atractivo que cumplía su cometido. A menos de cuatro metros aumentaron la picardía de su semblante y cada una de ellas deslizó una mano sobre las nalgas de su compañera. Lander asió el bō sobre la arena y se lanzó a por ellas. Casi lograron apuntarle. Él les golpeó las muñecas para desarmarlas, luego les dio en las costillas. Las chicas, con la respiración entrecortada, vieron a Lander partir el bastón contra su muslo, una mitad quedó en cada mano. Se arrodilló y les castigó rapidísimo las espinillas y el estómago en una secuencia horizontal-vertical. El ataque gemelo tuvo consecuencias similares, ambas cedieron al impulso de doblarse hacia delante. Lander aprovechó los cincuenta y pocos kilos de inercia de cada cuerpo para

facilitar el golpe final. Alzó sus brazos con fuerza, con los bordes astillados hacia arriba, localizando el impacto unos centímetros más allá del blanco real, así se consiguen partir ladrillos con la mano, así atravesó Lander sendos cuellos. Las dos cayeron tras un cortísimo espasmo y quedaron postradas en una pose grotesca. Lander recogió las pistolas que había hecho saltar y corrió hacia su hotelito en primera línea de mar. Una vez reconocido como el blanco, permanecer en campo abierto solo iba a facilitar las cosas a sus cazadores, empezando por esos francotiradores que ya debían de estar asegurando sus trípodes.

Tal como pensaba, dos CZ92; poca precisión a media distancia y una suma total de dieciocho balas. Lo bueno era tener dos cañones, el combate urbano premia la potencia de fuego. En la calle donde se hospedaba vio un coche aparcado, era demasiado moderno, y sus ocupantes iban perfectamente afeitados. Descerrajó toda su munición contra ellos y les cogió las pistolas que no llegaron a desenfundar. Eran unas .45 bastante comunes, lo significativo era que no llevaban silenciadores; si no había cuidado por el ruido era porque el pueblo entero estaba tomado. En el asiento trasero encontró una escopeta corta cargada con cartuchos perforantes; abrió la correa y se cruzó el arma en la espalda. A Lander se le iluminó la cara. Si su vida no había sido sencilla, su muerte lo sería aún menos.

Estaban vigilando el acceso al hotel y la ventana de su habitación, justo donde necesitaba ir. Anuló el ángulo de visión de los enemigos arrimándose a las paredes. Se coló en uno de los inmuebles con vigías, aquel donde el médico local pasaba consulta. Entró en su despacho del segundo piso. El doctor se giró asustado, había estado mirando por la ventana en busca de la razón de los disparos y esta se acababa de plantar en su umbral. «No, no, no me haga nada, por favor.» Los pacientes que esperaban en la sala no articularon palabra, congelados de miedo en sus sillas.

—Tranquilo, solo necesito su fonendoscopio. —El médico se lo descolgó y se lo entregó—. No se preocupen. Aquí están seguros.

El poder de la sinceridad se manifestaba en Lander. Ninguno de los presentes dudó de sus palabras.

Cogió algunos clips del escritorio de recepción y siguió hasta el último piso. Escogió la puerta adecuada. Abrió tres de las piezas metálicas y jugó con ellas en la cerradura hasta que cedió. El apartamento estaba vacío. Sigilosamente, acercó una silla a una pared exterior, subido a ella se colocó el fonendo y fue auscultando el techo. Movié la silla metro a metro hasta encontrar los latidos del tirador en el tejado. Se liberó del aparato de escucha, descolgó la escopeta e interpuso entre el cañón y el techo un cojín que apenas amortiguaría los proyectiles, pero sí el ruido del cartucho al explosionar. Se apoyó firmemente la culata en el hombro y apretó el gatillo. A través de los maderos empezó a gotear sangre. Salió al pasillo, abrió una trampilla en el techo y se encaramó al descubierta. Como una serpiente, se acercó al enemigo destripado que intentaba, silencioso, recomponer su barriga. Sin que se diera cuenta, Lander le quitó el cuchillo que llevaba. Para cuando el moribundo detectó su

presencia, ya le había cortado el cuello. El germano apartó el cuerpo, adoptó su rifle y se colocó en posición. A unas manzanas, el otro francotirador buscaba el blanco desaparecido; para verificar qué zona vigilaba su compañero enfocó hacia Lander su mira; dedujo que estaba igual de perdido, porque había tenido la misma idea; lo siguiente que se le pasó por la cabeza fue un proyectil 7.62 de punta hueca.

Localizó un equipo de control ubicado en otra azotea, dos hombres con prismáticos y walkie-talkies. Al primero le pudo apuntar bien en la frente, con el segundo tiró a dar; con esa munición, que al penetrar en un cuerpo se abre como una rosa metálica, casi cualquier acierto en el tronco iba a ser mortal. Lander logró dos. Tras esa limpieza, mucho personal de tierra iba a ser redistribuido. Se fijó la carabina profesional en la espalda y se llenó los bolsillos de esa maravillosa munición. Bajó a la calle con las .45 amartilladas.

Lander se sentía extremadamente bien, estaba matando a gusto, con placer, del modo que se mata a los peones de tu adversario absoluto, ese que no cejará en su empeño por eliminarte. Nadie excepto Van Zeesaar tenía las ganas y los medios para tal ofensiva. Solo pensar en su cara en caso de fracasar llenaba a Lander de gozo. Su vida recobraba sentido en la medida en que el sudafricano le daba caza: si tanto le temía era que Lía aún le amaba. El corazón le latió fuerte y taimado, como recuerdo de esos besos interminables que se alargaban más allá de un simple adiós. El único obstáculo entre él y su diosa se hacía presente en forma de atentado. Era una partida atascada que volvía a estar en juego, y el germano, con todas las de perder, estaba dispuesto a divertirse.

Había advertido dos manchas negras flotando sobre el horizonte, antes de confirmar su naturaleza corrió hacia su hotel. Al entrar, el dueño, un americano nonagenario duro de oído y medio ciego, le saludó desde el mostrador.

—¡Señor Smithee! Esos hombres preguntaban por us...

Lander comenzó a disparar a diestro y siniestro sobre las tres sombras que poblaban el vestíbulo. A esas alturas toda persona visible en Zihuatanejo era una amenaza real, excepto el pobre viejo del hotel, que se había quedado lívido. Lander se dirigió a él:

—Señor Dufresne, escúcheme atentamente. Esos hombres venían a matarme y, de haberlo conseguido, después le habrían matado a usted. Debe decirme: ¿hay más? —El anciano negó con la cabeza—. ¿Han subido a mi habitación?

—¡Por supuesto que no! —exclamó indignado—. ¡Jamás les daría las llaves de un cliente a unos desconocidos!

—Eso está muy bien, señor Dufresne. Muy bien. Ahora le explicaré lo que debe hacer: refúgiense en otro edificio y no salga hasta la noche. Cuando después le pregunten puede permanecer callado o decir que Peter van Zeesaar intentó matar a Lander Bō. Sé que parece extraño, pero es la verdad. ¿Lo ha entendido? —El abuelo asintió—. Perfecto. Siento haberle mentado sobre mi nombre. Gracias por alojarme y por las partidas de ajedrez. —El hotelero le dedicó una sonrisa afable, como si solo

hubiera atendido a la última frase—. ¡Venga! ¡Salga del hotel!

El señor obedeció y Lander subió escaleras arriba hasta su cuarto en el tercer piso. En una bolsa impermeable colocó todas las armas que llevaba encima y la dejó sobre la cama. Cogió una mochila que ya tenía preparada, la afianzó bien a su espalda, se calzó unas botas de trekking, se fijó dos musleras con cuchillas arrojadizas, en un tobillo aseguró el puñal en su funda y en el otro el estuche de la cerbatana y sus dardos impregnados.

Con la infraestructura de Van Zeesaar al servicio de la encerrona en un día tan despejado, Lander se suponía marcado nítidamente por al menos dos satélites. Tras las muertes en los tejados ya no le iban a perder. Sabían en qué edificio había entrado y ya temía por la utilidad de esos puntos antes lejanos. Se asomó al balcón. Sus peores pronósticos se hicieron realidad. El sudafricano había alquilado al ejército mexicano como mínimo dos helicópteros Apache. Lo que no esperaba Lander era que dispararan tan pronto sus misiles aire-tierra. El brillo que surgió de la boca de las baterías prometía la destrucción de su piso al completo. Lander saltó con todas sus fuerzas hacia delante por encima de la barandilla. En el aire sintió el roce ardiente de la estela de los cohetes. Medio segundo más tarde y la onda expansiva le habría impelido más allá de su destino; fue por poco, pero alcanzó la pequeña alberca, una bañera grande que el señor Dufresne llamaba exageradamente «piscina». Su metro de agua sirvió apenas para frenar una caída de más de diez metros. Mientras salía de ella, el resto del hotel se venía abajo; con la tercera planta desintegrada, la cuarta y final había caído en su lugar como el naípe apresurado que derrumba el castillo. Un helicóptero se adelantó hacia el desastre que acababan de provocar; el otro se mantuvo a más altura por miedo a cruzar fuegos en su búsqueda de un objetivo tan pequeño.

Envuelto en la nube de polvo, tosiendo y palpando, Lander se acercó a la calzada; montó en lo primero que encontró: un ciclomotor. Salió del área a cincuenta por hora. Enseguida lo detectaron. Los helicópteros se turnaban en las pasadas y cuando coincidían de dirección con Lander abrían fuego con las ametralladoras. Lo único que podía hacer el germano era girar en cada esquina o callejón. Las ráfagas cada vez se acercaban más, los pilotos se estaban haciendo al terreno. La presión ya era insostenible cuando llegó a cien metros de la única solución imaginada: el interior de la iglesia. Tras el penúltimo quiebro aceleró rogando a sus cuarenta y nueve centímetros cúbicos que por una vez corrieran un poco. Dobló entre dos bloques y encaró la calle adecuada. Antes de haber recorrido la mitad, escuchó el sonido de un Apache alineado, el preámbulo de la muerte; lo creyó todo perdido. Esquivó una ráfaga de disparos avanzando en eslalon. El piloto, harto del jueguecito, disparó dos misiles que casi le alcanzan de pleno; cayeron justo a su espalda. El explosivo levantó la parte trasera de la moto y la convirtió en un amasijo de hierros aceleradísimo. Lander consiguió mantener el equilibrio del invertido y llegó disparado a la entrada del templo. Solo perdió el control al topar con la escalinata. Dio una vuelta de

campana en el aire y aterrizó junto a su destino. Entró cojeando y entumecido. El cura y algunos feligreses le miraron con espanto.

—¡A las catacumbas! ¡Vayan a las catacumbas! —ordenó Lander, pero de tan extenuado su voz era débil. El único que sabía a qué se refería, el sacerdote, ignoró sus palabras y se acercó.

—¿Qué ha ocurrido, hijo? ¿Te encuentras bien?

—Padre —jadeó Lander—, van a volar la iglesia.

El religioso entró en pánico. «¡Venga! ¡Salgan todos!», gritó. Lander, desplomado en el suelo junto a los bancos, trataba de recuperar el aliento; todo el cuerpo le ardía. No consiguió frenar a los salientes. Tan pronto estuvieron en el exterior, el zumbido de una ametralladora se levantó para dar noticia de una masacre. Lander no se dio tiempo para lamentaciones y se arrastró hasta la sacristía. Detrás, una trampilla oculta de madera conducía a un túnel poco conocido. Solo el cura y los más mayores sabían de su existencia. Unía la iglesia con el antiguo convento, reconvertido en colegio. Se decía que lo habían construido para escapar de los guerrilleros marxistas, pero lo cierto era que ahí ningún comunista se había acercado jamás y sí más de un cura lascivo. Dufresne le había regalado la historia a Lander como pago de un jaque mate notable; haber ganado esa partida le iba a salvar la vida.

Sacó una linterna de la mochila y se internó en el pasadizo. Recorridos cien metros escuchó el estruendo. Los pilotos, un tanto reacios a destruir una iglesia, acababan de recibir órdenes tajantes; la casa de Dios se venía abajo, demolida. Lander alcanzó el otro extremo y se escabulló del edificio y del pueblo sin ser visto. Una vez en el desierto se permitió una revisión física. Tenía toda la piel del cuello, lumbares, tríceps y gemelos abrasada. El pelo por la parte trasera de la cabeza estaba chamuscado; no era un problema de salud, pero sí un detalle importante a la hora de atravesar fronteras. Por lo demás estaba en condiciones aceptables.

Debía permanecer ajeno a cualquier contacto humano. Tenía treinta y seis horas, las que iban a durar las tareas de desescombros. A partir de entonces la ausencia de un cadáver se achacaría a una más que posible fuga y la caza se reemprendería. Día y medio para labrarse una oportunidad.

Comenzó la marcha hacia el interior de país. El calor era sofocante, y a su paso captaba el movimiento de escorpiones y serpientes de cascabel. Por la noche la temperatura bajó en picado; de su mochila sacó una camiseta técnica que se puso bajo la destrozada camisa que aún vestía. La fatiga la combatió con tabletas hidratantes y pastillas de testosterona. Tras veinticuatro horas y noventa kilómetros, llegó a un núcleo urbano con visos de ser seguro. Se aseó lo suficiente para que le dieran una habitación barata. Desplegó en la cama el contenido de la mochila de emergencia. Con la rapadora se cortó el pelo al 2-4. Se afeitó casi del todo, dejándose únicamente un bigotillo. Se colocó lentillas marrones. Con unas prótesis se alargó el mentón y amplió la frente. Sobre una mejilla aplicó un postizo que simulaba una cicatriz. En el brazo se puso un tatuaje temporal de intensidad degradada, con aspecto de antiguo.

De entre los diferentes documentos de identidad escogió aquel en el que el tipo de la foto coincidía con su nueva imagen y quemó el resto. Salió a la calle sin que le viera el recepcionista, preguntó y encontró una tienda de coches usados. Se gastó ochocientos dólares en una ranchera bastante correcta y con ella se plantó en la frontera texana. Seguir México abajo era menos recomendable. Si Van Zeesaar había podido comprar al ejército también contaría con la policía. Demasiados efectivos que eludir.

La policía de Texas era estúpida, quisquillosa, y hasta cierto punto imprevisible, por eso ni Van Zeesaar iba a confiar en ella. En la aduana buscó el puesto con el agente más prototípico, un tipo con bigote, gafas de espejo, mascador de chicle, que llevaba escrito en la frente ser socio preferente de la Asociación Nacional del Rifle. El hombre le hizo bajar y mostrarle los papeles. Puso muy mala cara al ver que la ranchera había sido comprada apenas unas horas antes. Lander le señaló sobre la documentación un dato inútil dejando bien visible su falso tatuaje. De pronto el tono del oficial cambió:

—¿Sirvió en los Rangers, amigo?

—Tercer Batallón, Regimiento 75.

—¿No fue ese el que enviaron a...?

—Somalia. Sí. Nos dieron bien por el culo esos cabrones.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Me licenciaron: una granada me dejó sordo de un oído.

—¡Mala suerte! —comentó el policía, desviando la mirada a la documentación.

—Cosas que pasan. Cumplía con mi deber.

—¡Joder, soldado! ¡Así me gusta! ¡Esa es la actitud! Unos cuantos más como usted y seríamos los mejores por siempre.

—Gracias, señor.

—No, gracias a usted. Siga adelante, ranger —le ordenó mientras le devolvía los papeles—. ¡Uh-ha! —exclamó como despedida junto a un saludo militar.

—¡Uh-ha! —respondió Lander imitando el gesto.

Condujo hasta Midlands, aparcó en un suburbio, se deshizo de los postizos faciales, que empezaban a despegarse, y fue andando hasta la estación de autobuses. Cogió el primero de larga distancia. En la butaca por fin pudo dormir. Se despertó poco antes de llegar a Detroit, donde se apeó. Se compró ropa de abrigo y cruzó en tren la frontera canadiense. Van Zeesaar tardaría en reconstruir su itinerario, pero lo haría. Si había conseguido encontrarle en México, también lo haría en el resto de Norteamérica. Habían seguido las huellas de sus trabajos, algún empleador había colaborado con el sudafricano. Una vez conseguida cierta información, les había bastado paciencia y pericia para situarlo en Zihuatanejo.

Todavía no tenía claras las ideas. Se sentó en un banco a leer el periódico. Un pequeño artículo de internacional hablaba de una batalla campal entre narcotraficantes en un pueblo costero mexicano. Se daba a entender que la gente del

lugar estaba loca pues un testigo presencial culpaba de todo al magnate de las comunicaciones Peter van Zeesaar. Lía se habría enterado, sabía leer entre líneas, su padre tendría que mentir y no cabría en sí de rabia. Al pensar en ello, a Lander le inundó una especie de alegría infantil y pura. No obstante, su situación era crítica. El magnate iba a echar el resto, la foto de su obsesión iba a ser distribuida entre todos los policías con interés en ganarse un sobresueldo, aduaneros de varias naciones y cualquier tipo de cazarrecompensas. Por el momento, buscar trabajo implicaría descubrirse. Lander debía encontrar un espacio donde rehacerse y esperar, y durante el viaje la soledad era la única aliada segura. Descartó Norteamérica como refugio; Van Zeesaar lo presumía ahí, y ahí reforzaría el cerco. Ir a Europa era una opción demente; Latinoamérica no le ofrecía confianza; llegar a África sin ser detectado era hartamente imposible; así que por eliminación se dirigió hacia el oeste.

Tenía quince mil dólares en efectivo, pero no podía alquilar ni comprar un vehículo, aún menos pisar un aeropuerto y, en la medida de lo posible, debía evitar las estaciones. El dinero de sus cuentas secretas le estaba vedado; era una estupidez retirar fondos, toda transferencia deja una huella y Van Zeesaar no necesitaba más pistas. Forzado por las circunstancias, Lander se vio obligado a integrarse en el mundo, aquel del que fue desterrado el día que hicieron parir a su madre.

Se acercó a un área de servicio con ropa y equipo de montañero. Tímidamente, preguntó a las camareras si sabía de alguien que fuera hacia el Yukón. En una hora se encontraba en la cabina de un camión escuchando a su propietario explicar historia tras historia. Así llegó hasta cerca de la frontera. Compró los mapas necesarios y se dejó engullir por los picos nevados.

Dificultades aparte, se encontró a gusto, solo le hacía falta pensar en la locura creciente de Van Zeesaar, atascado en su persecución. Cargado de provisiones continuó hacia Alaska. Las condiciones meteorológicas empeoraron drásticamente y por las noches, en su tienda de campaña, escuchaba merodear animales. Empezaba a sentir el peso de la naturaleza. Siguió tenaz dirección oeste, pendiente de los aullidos, cada vez más perseverantes.

Un día, mientras marchaba, un guardabosques le avistó y le llamó. Su primer reflejo fue el de escapar, pero habría sido en vano; ese hombre uniformado, y conocedor del terreno, parecía dispuesto a darle alcance. Llevaba una escopeta cruzada a la espalda, si hubiera querido dispararle le estaría apuntando. Lander, tenso, permitió que se acercara.

—¡Amigo! ¡Eh, amigo! ¡Al fin le encuentro! —Lander se tensó aún más—. Llevo seis horas detrás de usted, ¡cómo corre! ¡Lleva un ritmo infernal! —El hombre rio campechano. Se le veía fuerte y curtido, lucía una barba descuidada que enmarcaba su sonrisa sincera—. Hola. Me llamo Dominique —se presentó. Lander aceptó su apretón sin demasiada ilusión.

—Gregor.

—Encantado, Gregor. Soy el encargado de vigilar esta parte del bosque. Nunca

pasa nada, pero de vez en cuando llega algún excursionista mal equipado con ganas de morir congelado. Verá, el invierno está al caer y quería saber qué tipo de excursionista cruzaba mi... ja, ja, mi reino.

—Gracias por interesarse, pero estoy bien.

—Sí, bueno, veo que el material es decente, y por el modo en que avanza, casi podría quitarme el puesto, ja, ja, pero ¿dónde guarda el rifle?

—¿Cómo?

—¡Sí, el rifle, el fusil, lo que lleve!

—No voy armado.

—Joder, Gregor, que aquí hay lobos, y los osos son cada vez más descarados. ¿Cómo pensaba defenderse si vinieran a por usted? ¿A palabrotas? —Lander se quedó mudo, entre ofendido y avergonzado—. ¡Vamos, Gregor! ¡No ponga esa cara y alégrese de que le haya encontrado! Esta noche dormiré bajo techo, probaré mi detestable estofado de ciervo y yo a cambio le regalaré uno de mis viejos hierros. Casi me hará un favor, solo me ocupan espacio, ¡pero no se preocupe, que funcionan!

—No se qué decir.

—¡No diga nada! ¡Soy yo el que vive aislado y tiene ganas de cháchara! — exclamó el guardabosques con una risotada.

Durante el camino, efectivamente, Dominique no calló. Era capaz de evocar dos anécdotas por cada rama seca, su entusiasmo era contagioso. Lander se dejó llevar geográfica y anímicamente. No estaba acostumbrado a hablar de manera franca, ni a tratar con civiles, ni a ser invitado a nada. En los últimos años solo había recibido un trato amigable por parte del viejo loco Dufresne, en esas veladas en que, separados por un tablero de ajedrez, el viejo le confesaba vivencias de su época en presidio. Había gente más allá de asesinos y asesinables, y Dominique era uno de ellos. A Lander le costaba imaginarle disparando contra cualquier ser vivo.

Estaban por llegar cuando captó una presencia animal.

—Dominique, creo que un lobo nos sigue.

—¡Ah, sí! Pero no te preocupes, no es un lobo. Bueno, técnicamente sí, pero como si no lo fuera. Es Valiant, mi... mascota barra compañero barra amigo. No sabría muy bien cómo definirlo. Pero repito, tranquilo, no nos atacará. No puede, el pobre.

»Verás, la primavera pasada se retrasó bastante, muchos carnívoros murieron por eso, los lobos andaban desesperados en busca de comida. Yo había acampado a unos treinta kilómetros de aquí y en estas, una madrugada, Valiant y su manada encontraron mi tienda. Primero disparé al aire. Todos se espantaron menos él. Le disparé a los pies, ¿y sabes qué hizo el cabrón? ¡Ja, ja! ¡Me enseñó los dientes! En ese momento supe que iba a saltar. Los lobos no son nada traidores. Dejan muy claras sus intenciones. Tuve que herirle, le di en una pata. Luego pensé que habría sido mejor matarlo. Cojo, en su manada, no iba a servir de nada; lo abandonaron ese mismo día. No pudo seguirles y se quedó por ahí, tan hambriento como antes y encima herido.

Vamos, el tío lo tenía mal. Yo llevaba carne de sobra, y allí donde detectaba algún rastro, le dejaba un poco, como prueba, por caridad, ¡yo qué sé! Me sentía mal, y eso que el cabrón había querido atacarme. Con los ciervos, o los conejos, no me pasa, sabes, y no hay razón. No sé. Es como con los atunes y los delfines, que la gente se hace fotos cuando pesca un atún gordo pero se queda hecha polvo al ver un delfín muerto, ¡y son peces! ¡No me jodas! Bueno, pues eso, que el tío se fue habituando al ciervo ahumado del tío Dominique. Me siguió hasta la cabaña y todo fue más tranquilo, la pata no se le infectó y simplemente se quedó cojo.

»Sé que soy estúpido, pero me siento responsable de ese cabrón, ja, ja. A veces se aproxima a menos de diez metros. No sé si quiero que se acerque más. Me gustaría acariciarlo, pero ¡qué coño! ¡Le jodí la vida! Puede que me guarde rencor y me la quiera devolver.

—Bueno, también le salvaste.

—Más o menos. No sé si me habrá perdonado, ja, ja. En resumen, que lo que nos sigue desde hace un rato no es del todo un lobo, yo lo veo más bien como un perro poco cariñoso, ¡ja, ja, ja!

Sin querer, Lander se descubrió riendo, desarmado y cómodo. Dominique le dio de comer, de beber, le habilitó un espacio para que durmiera y al día siguiente le regaló una carabina decente y cartuchos de sobra. El germano no sabía cómo afrontar la situación. Ese hombre podía hablar de él, por eso valoró la opción de degollarlo y enterrarlo. Por otra parte, como empleado estatal, lo acabarían echando en falta y buscarían su cuerpo; tanto si lo encontraran como si no, lo darían por muerto. Eso llamaría la atención: no era un traficante de L. A., era el único habitante en setenta kilómetros a la redonda. Pensó en pedirle que si alguien llegaba preguntando por él dijera que nunca le había visto, pero eso dejaría al guardabosques preocupado, sin saber a quién había alojado y qué ocultaba, y quizás, atribulado por las dudas, explicara el caso a quien pudiera interesarle. Lander debía continuar su huida, poner más tierra de por medio respecto al aparato de Van Zeesaar; hasta entonces lo había hecho bien, pero debía asumir que por más leve que fuera, la huella invisible no existe. La opción menos arriesgada por una vez era la más fácil, y teóricamente, la natural: despedirse del canadiense con agradecimiento.

—Bueno, Dominique, ha sido una suerte conocerte. ¿De verdad que no quieres que te pague por el arma? No me cuesta nada. Aunque sea algo simbólico.

—¿Después de los rollos que me has aguantado? No. Ni en broma. Gracias a ti ya puedo pasar otros seis meses sin hablar con nadie, ja, ja. Si te sientes en deuda, envíame una postal.

—Te lo prometo.

Ningún agente enemigo llegó al paraje buscando a Lander, tampoco la postal prometida.

Mucho más tarde, cuando Dominique ya había perdonado el olvido, recibió las obras completas de Harold Foster con una dedicatoria escueta: «Para que leas con

Valiant. Gregor».

Lander pasó meses añorando ese único día, rendido al calor humano de Dominique. Se juró a sí mismo que lograría, de algún modo, recuperar esa atmósfera. Definitivamente, era agradable, sin efectos secundarios. Había vislumbrado lo que el resto del mundo conoce como amistad.

En el territorio de Alaska mejoró su vestimenta; la travesía que le esperaba era bestial. En Anchorage se sintió como uno más, los transeúntes parecían fugitivos apátridas. Se mezclaban colores y nacionalidades, todos emigrantes dispuestos a congelarse pescando cangrejos por diez mil dólares al mes. Lander no les envidió demasiado. El frío extremo quemaba a la mayoría antes de medio año. Pasó unas semanas ultimando preparativos; lo hizo sin prisa, allí la presión no existía. Nadie pedía identificaciones, casi todos eran empleados sin tarjeta verde. Alaska se erigía como la última oportunidad para esos pobres con ambición.

Lander inició su expedición a través de la nieve el peor día de todos. Creyó óptimo medirse contra el temporal desde el principio; si este le vencía, mejor que fuera cuando aún podía retroceder y buscar otra solución. Descubrir a medio camino que el equipo o sus conocimientos eran insuficientes sería una equivocación fatal.

Sus comienzos fueron duros, casi titubeantes, el viento de la nevisca era más cortante de lo que habría podido imaginar. En un primer momento se sintió decepcionado por la lentitud de su avance. La verdad vino a liberarle: nadie le esperaba, el tiempo era suyo; era la vida la que transcurría, los plazos no tenían razón de ser. Fueron jornadas calcadas, llenas de esfuerzo supremo, paradójicamente fácil; días de lucha personal, de voluntad pura. En el agotamiento surgían las premisas de su nueva vida, axiomas más brillantes que el suelo que pisaba. Lía era su amor. Huir era morir lentamente. Necesitaba hacer frente a Van Zeesaar, ser más fuerte que su amenaza. No lo lograría solo. No lo lograría solo. Una sentencia recurrente y turbadora; nunca había contado con nadie y no se le ocurría cómo empezar. Afortunadamente, se hallaba en el lugar idóneo para encontrar soluciones, la inmensidad del congelado eriazo ayudaba. Los lobos y los osos hicieron acto de presencia, pero solo eso; se mantuvieron a una distancia prudente, casi pudorosa, como si no quisieran perturbar las cavilaciones de Lander.

Y una mañana cualquiera se vio necesitado de un bote que le trasladara a la otra orilla del estrecho de Bering. El tráfico marítimo era activo y en su gran mayoría, clandestino. Llegó a Rusia por un módico precio gracias a unos contrabandistas de ámbar. Siguió atravesando estepa helada lo más rápido que pudo. La primavera iba a convertir esa extensión en un lodazal impracticable invadido de mosquitos. El viento, tan animoso en la primera etapa, parecía haberle adoptado entre sus protegidos.

Lander lo sentía a su espalda como el aliento de un padre. Así guiado, llegó a un paraje asolado pero no tan baldío. Una semana más tarde oteó una tienda grande y burda. Se acercó con ganas; en ella reconocía, si no el final, sí una pequeña meta. Cabras famélicas trataban de pastar alrededor. Dos caballos sin ensillar esperaban atados a un poste. Un hombre salió de dentro y le invitó a pasar. Lander se convenció de dónde estaba por la fisonomía del anfitrión: era mongol; tras ocho mil kilómetros había llegado al desierto del Gobi.

El resto de la familia se encontraba en el interior: una abuela, dos chiquillos y su mujer; esta última tenía un ojo blanco, inútil, en medio de un tajo antiguo que le cruzaba la cara. Enseguida se puso a preparar un festín de bienvenida. Lander no entendía una sola palabra de las que le dedicaron, la comunicación era completamente gestual. Después de tanto ciervo, conejo y bayas, el cabrito que asaron en su honor fue un manjar exquisito, más por el alivio al paladar que por la calidad de la carne. Se quedó una noche, dos, cinco. Celebraba como un regalo cada día que pasaba con ellos. Su capacidad de trabajo fue aceptada con satisfacción. Aprendió sus costumbres de trashumantes y su folclore, desde el compostaje de excrementos al tiro con arco a caballo. Las reuniones con núcleos familiares similares menudearon a medida que mejoraba el tiempo. Sobre esa extensión prácticamente yerma, una veintena de seminómadas resistía anclada ahí donde la historia los había abandonado.

Tras varios meses, Lander apenas hablaba esa lengua rara, pero eso no era óbice para que no les entendiera. Algo malo se avecinaba. Las sospechas de Lander vinieron a confirmarse durante el encuentro tribal del solsticio de verano. Casi cien personas había reunidas entre niños y mayores. Todos se quedaron petrificados con la aparición de dos jeeps. Seis hombres armados con Kaláshnikovs bajaron despreocupadamente. Por su indumentaria, Lander los supuso chinos del norte. La comunidad formó delante de ellos sin que se lo hubieran ordenado, como un rebaño asustado y dócil. Los recién llegados comenzaron a pasearse con aires de suficiencia, alternando despectivamente gritos y risas. Lander reconoció a qué clase humana pertenecían. Se escabulló hacia el interior de una tienda. Desde allí escuchó los gritos de las niñas y a las madres implorando clemencia. Dado que los raptos solo contaban con dos vehículos calculó que no se llevarían más de seis cuerpos, vidas que vender en China y luego trasladar a Beijing, donde después de pasar el rodaje serían recompradas para continuar prostituidas en Shanghái, o en Hong Kong si eran especialmente bellas; eso si no se quedaban como esclavas en casa de cualquier intermediario.

Por su parco despliegue de medios, eran minoristas de carne. Posiblemente no contarán con más apoyos que sus AK47. Amparado en este análisis, Lander decidió tomar partido. Puede que el resto estuviera acostumbrado al expolio periódico de su

progenie, pero él no iba a tolerarlo.

Tal como suponía, registraron el campamento. Uno de los chinos entró en su tienda. Él le agarró por detrás, tapándole la boca, y le degolló. Lo dejó caer al instante sin cuidado de que gritara: había cortado tráquea y cuerdas vocales. Cuando dejó de moverse, le quitó el fusil de asalto. Comprobó la munición, tenía el cargador lleno. Seleccionó el modo automático como forma de disparo y salió con el arma tapada bajo una piel de cordero. Se movió hasta tener a los cinco chinos restantes en su campo visual; seguían paseando casi juntos, un par agarrando a dos niñas por el pelo; entonces apuntó el cañón y empezó a disparar. Tumbó a cuatro sin que ni ellos mismos se enteraran de qué ocurría; el quinto y más rápido llegó hasta el jeep que debía salvarle, se agachó justo para evitar el último trío de balas que le quedaba a Lander. El germano soltó el Kaláshnikov y corrió hacia él. El fugitivo había logrado arrancar, pero de tan nervioso no conseguía meter la marcha. Ese segundo permitió a Lander dar una última zancada y saltar. En el aire encogió las piernas, del tobillo derecho desenfundó el puñal que había dado inicio a la matanza y, con la fuerza de su brazo más la de la caída, se lo clavó en la cabeza como el eje de un globo terráqueo.

Los reunidos estaban anonadados. Fue la mujer tuerta la primera en romper la formación. Corrió a abrazar al salvador de las niñas. Su rostro, desfigurado en el pasado por resistirse a perder su propia hija, cobró una expresión de profunda belleza. Era admiración y júbilo. Era esperanza.

Repartió las armas incautadas entre los hombres con más vástagos y les intentó explicar la necesidad de usarlas si venían más esclavistas como aquellos. Algunos atendieron convencidos, otros se mostraron escépticos. No veían muy claro poder cambiar el orden de las cosas de la noche a la mañana, temían pagar cara la valentía del forastero.

Las semanas pasaron sin represalias. Se extendió la confianza y con ella las historias sobre la gesta de Lander. Alguien rescató una profecía que antaño ilusionaba a la gente. Ese viajero callado que vino de donde nadie aparece podía ser el enviado que les trajera la paz. Era un cuento clásico repetido en toda cultura que alguna vez ha sido sometida, un embuste inventado por la pitonisa, el sacerdote o hechicero de turno para mantener su posición segura y a la masa esperanzada pero con la cabeza gacha; la figura de un redentor les daría fuerza para resistir un día más, y así retrasar la revolución indefinidamente. Contra todo pronóstico, una especie de mesías había llegado. Poco a poco, esos infelices recuperaron su orgullo, perdido hasta entonces junto a los huesos de Gengis Khan y su imperio inigualado.

Esa fe, ese optimismo, se truncó de golpe. Un hombre llegó galopando al campamento de Lander en mitad de la noche. Descabalgó gesticulando, airado a más no poder. Lander apenas entendía. Unos minutos después, tras escuchar al hombre repetir diez veces, desconsolado y rabioso, su historia, todo le quedó claro. Los

chinos habían vuelto, cuatro hombres contra una pareja adulta sin armas de fuego. Se habían llevado a la hija de nueve años y, lo que era aún peor, habían matado al niño de diez meses que en el futuro debía hacerse cargo de ellos. El hombre hizo hincapié en lo difícil que sería para su mujer, a su edad, engendrar otro varón sano. Los chinos le habían dejado vivir para que extendiera el aviso: o dejaban que se raptase a las niñas o lo pagarían también los hijos. Por eso había venido en primer lugar a culpar al extranjero que les hizo creer en su derecho a defenderse. Lander vio en esa política de amenazas un síntoma de debilidad. Una organización potente no necesitaba dar explicaciones, lo más probable era que ese segundo grupo fuera el único apoyo con el que contaban los cadáveres que le precedieron. Con serenidad, Lander continuó interrogando al hombre. Los chinos les habían atacado a unos ciento cincuenta kilómetros al este y se movían en camión.

Lander preparó los dos caballos de su familia adoptiva para turnar monturas durante el trayecto. Cabalgó hasta encontrar a la madre deshecha, llorando sobre el cuerpecito de su pequeño. Desde allí el rastro de las ruedas era fácil de seguir. Avistó el vehículo dos días más tarde. Era de noche y los cuatro ocupantes se hallaban sentados junto a un fuego. Lander desmontó a suficiente distancia. Les susurró a los caballos que volvieran a casa, les palmeó con fuerza las grupas y estos arrancaron al trote.

El camión aparcado era un excedente militar de los años sesenta, con la cubierta de lona y la chapa roída. El plan de Lander consistía en colarse dentro y dejarse llevar hasta la base para confirmar la magnitud de la banda. Encontró el escondite perfecto entre un cúmulo de sacos infestado de pulgas. Fuera se escuchaban las risotadas de los chinos y las protestas acongojadas de la niña. Estaban intentando obligarla a que les hiciera una felación y ella se negaba. No la forzaban con más violencia para no dejarle marcas, algún jefe en destino les reprendería por abaratar la mercancía. Por la misma razón no la violaban; las vírgenes, por feas que fueran, triplicaban en precio a las usadas. Al cabo de un rato, uno de los captores, borracho de licor de arroz, subió a la chiquilla al camión, la ató de pies y manos y se masturbó en su cara; luego fue contento a explicarles la hazaña a sus compañeros. Dos más le imitaron.

Veinticuatro horas más tarde entraban en un terreno acotado por una valla de maderos podridos. Se apearon junto a una casa baja, la única construcción de los alrededores. Un chino con un cigarro en la boca y semblante serio salió a recibirles. Intercambió cuatro palabras con los recién llegados, observó a la cría con desagrado y le desató los pies. Una mujer salió de la casa y se puso a examinarla. A la niña le temblaban las piernas por la falta de riego, la deshidratación y el miedo. Desfalleció frente a la mujer, que la obligó a levantarse a base de gritos y pataditas. El hombre del cigarrillo dijo algo que divirtió al resto. Todos entraron en la casa menos uno, que fue a dejar el camión bajo un entoldado; en cuanto lo hubo hecho se dirigió donde los demás. Lander salió de debajo de los sacos y le alcanzó a medio camino. Le silenció con una mano y con la otra le clavó el puñal en el bazo y los riñones. El hombre,

instintivamente, dedicó sus últimas fuerzas a destaparse la boca, luego cayó sin aliento. Lander cogió su arma, un AK47 del calibre 7,62 con culata de madera picada. El hecho de que llevaran armas viejas y que no las soltaran ni frente a su supuesto jefe venía a confirmar la poca profesionalidad del grupo. Cientos de detalles sueltos reafirmaban en Lander la idea de que esos recolectores de niños no eran más que unos desgraciados; nadie iba a llorar su ausencia, y del modo en que iban a acabar, nadie querría sustituirles. Montó el arma con satisfacción; los engranajes, aunque sucios de polvo, patinaban correctamente. Las gruesas balas de su provisión causarían tal estropicio que matarían de golpe. De ser disparadas a un muslo podían volar una pierna, por eso en su evolución los rifles de asalto rebajaron el calibre a 5,56. Durante la guerra de Corea se demostró que herir al enemigo era más práctico que matarlo, porque a un muerto lo abandonas, pero un herido te frena, te obliga a pedir cobertura para el médico y el transporte, además, sus gritos señalan la posición y bajan la moral. Lander había utilizado la 5,56 a menudo, la única forma de asegurarse un impacto mortal con munición estándar era acertando en la cabeza. Lo que sujetaba entre los brazos era otra historia.

Vio a través de la ventana a los cuatro hombres relajados en el salón. Lander abrió la puerta de una patada y disparó cuatro veces, una por cada tórax. Acto seguido, remató al único que todavía creía poder moverse. Oyó los pasos de la mujer encerrándose en una habitación. Fue a por ella; la encontró sacando un bebé de su cuna, un hijo propio a tenor del cariño con el que lo protegía. Lander le hizo señas de que lo devolviera donde estaba. Tras unos ruegos y sollozos, obedeció. Esa mujer era cómplice de los demás, toda esposa sabe a qué se dedica su marido, y si no quiere saberlo es porque le conviene. Lander apuntó al corazón y disparó. El pequeño en la cuna empezó a llorar, pero se calló cuando Lander lo tomó en brazos.

Encontró a la niña raptada acurrucada en un rincón. Esta le reconoció y fue a abrazarle las piernas. Lander le entregó al bebé y la mandó al camión, él llegaría enseguida. Alineó los seis cuerpos en el exterior, les serró las cabezas y las clavó en estacas arrancadas de la valla. No tocó nada más, ni siquiera el dinero que pudieran llevar. La advertencia serviría durante décadas.

Mil kilómetros más tarde, Lander se disponía a apagar el motor. Antes de que lo hiciera, la niña ya había saltado. Sus padres se habían escondido, temerosos del camión. Al escuchar a su hija llamarlos, se descubrieron. La acogieron emocionados, luego miraron a Lander, intrigados por el bulto que acunaba. El germano le entregó el bebé a la mujer, que no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. El padre se apresuró a abrirla el pañal para confirmar los genitales; en cuanto vio que era un niño se puso a llorar sobre el hombro de su esposa. Poco después la pareja llenaba al germano de besos mientras la niña bailaba y cantaba loca de alegría.

Cuando se supo lo ocurrido, Lander dejó de ser hombre para convertirse en semidiós.

Recibiría gratitud y obediencia hasta el fin de sus días.

Pero lo que él ansiaba era otra cosa: la inmunidad ante Van Zeesaar. Y la muerte, como siempre, era la única moneda de cambio. La perspectiva de la muerte hacía que unos padres entregaran a sus hijas. La perspectiva de la muerte amedrentaba a futuros invasores. Todo pasaba por contratar un seguro y que Van Zeesaar lo supiera, alguien dispuesto a vengarle en caso de que el sudafricano acabara con él, un asesino tan excelente que pudiera llegar hasta el superprotegido magnate y tan entregado que se atreviera a hacerlo a sabiendas de las nulas posibilidades de escapar con vida. En resumen, necesitaba ayuda; y fidelizarla sería lo más complicado.

El primer problema logístico: encontrar una base, un emplazamiento de reunión y entrenamiento donde pasaran desapercibidos; aunque descubriera el lugar perfecto haría falta más dinero que el que acumulaba en Suiza. Había llegado la hora de volver al mercado. Tras dos o tres trabajos, Van Zeesaar retomaría su pista, el caso era no parar para no ser pillado y estar atento a sus señuelos.

Lander se presentó en China. Era el de las tríadas un ambiente desagradable, pero tan cerrado que ni Van Zeesaar podría acercarse. Mató para unos y otros, sin descanso, hasta que la noticia de su regreso llegó al mundo entero.

Durante su primer encargo en Japón visitó un dojo, atraído por la figura de un luchador cortando el aire con un bastón. Entraría en todos los que tuviese ocasión para refinar su técnica con enseñanzas antiguas. Basculó entre los dos gigantes asiáticos, tan excluido de sus sociedades herméticas como bien pagado, destacando invariablemente como cualquier caucásico de metro ochenta y cinco. En China ya se había habituado a recibir lecciones de espada con la base del taichi. Le parecían sencillas, una vez dominas un arma a la perfección, las demás fluyen detrás. Sus maestros marciales se sentían humillados, más que por su talento, por su origen mestizo y europeo; jamás le aplaudieron un solo movimiento, se limitaban a enseñarle el siguiente paso.

Al cabo de un tiempo se trasladó hacia occidente, quería comprobar en persona el poder subterráneo de Van Zeesaar. Por el camino participó en la guerra entre virreyes afganos por el control de rutas y la producción de opio. Todos pagaban sumas semejantes, así que se enroló con aquel que añadió al dinero una «deuda vitalicia». Esa sería ya una constante en Lander, siempre que pudiera, arrancaría del cliente la promesa indefinida de un favor futuro. Ninguno le negaría esa ayuda cuando la reclamara, unos pocos cumplirían por creer en el valor de su palabra, la mayoría sencillamente por no contrariar a un asesino de eficacia probada.

Una vez en Alemania, descubrió que el todopoderoso padre de Lía tenía más problemas de los que habría imaginado. Seguía controlando con maestría dos tercios

de Europa, pero su política de sobreexplotación estaba agotando los recursos; exprimía a la gente más desamparada hasta límites nunca vistos. El monopolio no resultó ser una solución, empeoraba el problema. Por desgracia para el sudafricano, cada día se gestaba una pequeña rebelión en forma de bandas que prometían ser menos agresivas para el pueblo y eran apoyadas por este. A las más respaldadas, Van Zeesaar las compraba y las incorporaba al organigrama, al resto las aplastaba; pero siempre resurgían, cada vez en menos tiempo. Lo que debía ser un nuevo modo de interpretar el hampa iba camino de convertirse en un experimento fallido, una etapa triste y muy dura para las clases más desfavorecidas.

Para Van Zeesaar el fracaso era relativo, en el apogeo de su campaña había conseguido el favor de su padre. El director del gigante económico había cedido el timón al hijo que consideró más capaz; lo hizo basándose en los parámetros con los que había mantenido y aumentado un poder que a su vez heredó, primando los dividendos sobre los principios morales. Peter van Zeesaar seguía en su cargo administrativo optimizando como podía una porción enorme de mundo criminal, pero sabía que era un puesto condenado a la desaparición. Las cosas tendían a su estado original. Tenía previsto retirarse antes de que sus socios perdieran un solo euro por su gestión. Los dejaría contentos y matándose entre ellos. A él le esperaba una guerra empresarial a escala planetaria.

Lander detectó el curso de los acontecimientos, lo podía oler en las calles, desde Kiev hasta Bruselas. Lo del «daño limpio» se le antojaba enterrado en un libro sobre quimeras. Si todo hubiera seguido el curso programado, si no hubiera conocido a Lía, los hechos habrían desembocado en el mismo punto. No creía que su aportación hubiera variado el proceso; alargado quizás, pero no arreglado. Ningún hombre por sí solo puede cambiar el mundo, no para bien.

Aprendió del error de Van Zeesaar y de sus consecuencias. El mundo podía ser más horrible, era mejor mantenerlo como estaba. La conclusión era tan sólida como sencilla, de ella nacía un principio, una base, algo grande sobre lo que construir. Casi por accidente había dado con el denominador del equipo, una razón superior a la simple cobertura de espaldas. Poco a poco perfilaría la idea, adecuándola a cada candidato, pero la clave era esa: el equilibrio.

Si en Asia no permanecía más de tres semanas en el mismo piso, en Europa rebajó el periodo a diez días. No se sentía perseguido, pero el respiro que le estaba dando Van Zeesaar podía finalizar de un momento a otro. Quizás había sucumbido a la presión de Lía, quizás no quisiera exponerse a otro chasco como el de Zihuatanejo. En cualquier caso, los motivos del sudafricano eran temporales. Aunque Lander prefería mantenerse lejos de su órbita, aceptó eliminar a dos de sus generales. Quería recabar algo de información, buscaba datos que le otorgaran ventaja, pero en su interior, al descargar las memorias de los ordenadores, ardía por una improbable referencia a

Lía. En ambos casos los resultados fueron decepcionantes. Van Zeesaar se alejaba irremisiblemente del hampa, era un personaje público, envidiado y solicitado; seguía con su imaginativa visión comercial. Acababa de comprar su sexto club de fútbol mediante testaferreros, y eso unido a la presidencia oculta de las mayores casas de apuestas deportivas implicaba ríos de dinero legal. Lía, por su parte, se dedicaba a donar grandes sumas a la investigación y abrir alas de hospital en nombre de su familia, todo tan publicitado que para conocer su agenda bastaba con leer la prensa del corazón.

Lo bueno fue que Lander se acostumbró a vaciar los discos duros de sus asesinados, un hábito del que obtuvo frutos inesperados. Los rusos querían hacerse con la prostitución del Benelux y el belga que la controlaba no estaba por la labor de negociar. Lander le liberó de toda carga y se llevó su portátil. Accedió a los archivos tras ejecutar un programa de descifrado. Lo que encontró era increíblemente jugoso. Para empezar, estaba la dirección del pederasta que tenía secuestradas a dos niñas desde hacía un mes. Constaban los pagos por cada vídeo diario y los clientes solicitantes. Esa información se la reservó. Lo demás se lo envió al jefe de la Europol por correo electrónico desde una cuenta gratuita. El policía iba a ser declarado héroe esa misma noche y Lander le reclamaría algún día su parte del mérito. Entre los fans del secuestrador había nombres muy interesantes, constaban sus preferencias pedófilas así como sus cargos políticos o su vinculación con ellos. Un apellido repetido tres veces le llamó la atención, parecía una saga unida al mismo vicio. Lander decidió ir a ver al padre de los tres y tantear su disposición a colaborar. Era el expresidente de Cataluña, historia viva de la España democrática.

Antes del encuentro se permitió unos días de descanso. Al poco de pasear por Barcelona, el germano quedó convencido de que era el lugar idóneo para instalar una base. La ciudad estaba bien comunicada, plagada de turistas, de movimiento. La policía que patrullaba tenía, por inepta, la peor fama del continente; era un cuerpo autonómico, independiente del resto del Estado español. En medio del delirio nacionalista, los políticos habían seleccionado a los nuevos agentes entre jóvenes con nombres autóctonos; una nueva generación, guapa e inútil, sustituyó a los policías bregados que no demostraron un alto dominio de la lengua regional. Los revientapisos rumanos llevaban quince años desvalijando, se sentían tan a gusto que no habían dudado en matricular a sus hijos en colegios catalanes. Si ellos, indiscretos y violentos, podían vivir tranquilos, cualquiera con más prudencia podría campar a sus anchas. Lander caminaba envuelto de optimismo cuando vio el edificio soñado, una construcción modernista que ocupaba una manzana entera. Estaba situada en una zona céntrica, miles de extranjeros la fotografiaban a diario, especialmente las pintorescas puntas que decoraban su techado, de ahí su nombre: «La Casa de les Punxes». Era un punto de interés arquitectónico, el último lugar donde alguien

radicaría una empresa de asesinos a sueldo, un alarde original y preciosista, una solución que de imposible se convertía en perfecta. Pero Lander necesitaría más espacio del que ofrecían sus plantas. Fue al registro catastral para recibir las mejores noticias: la casa era patrimonio municipal y bajo ella existía un colosal espacio subterráneo, obras abandonadas de un metro que finalmente siguió otro trazado. Ahora que sabía qué pedir, fue a ver al insigne *expresident*.

El viejecito regateó como un fenicio, no daba muestras de estar afectado por los ases de Lander. Tras varias horas llegaron a un trato satisfactorio. Ese hombrecito educado, negociador consumado, aborrecía la idea de ver a sus nietos humillados por el escándalo de sus padres. No obstante, se decía arruinado, no iba a ayudarle económicamente, pero sí en todo lo demás. Lander pagaría veinte millones de euros, la mitad como entrada, luego a razón de un millón por año. Una sociedad fantasma cubriría el papeleo. Tendría permiso para reformar interiores y habilitar subterráneos, prohibido quedaba tocar la fachada exterior. Lander dio medio millón como paga y señal y prometió el resto de la primera entrega en los siguientes dieciocho meses.

Empezó a trabajar bajo presión, incómodo por el plazo. Las urgencias le condenarían y cometería un error. El «caso Nakata» iba a solucionarle de un plumazo ese problema y otro aún mayor, el de su seguro de muerte. Dedicó nueve meses a preparar el cara a cara con Yukio; fue el tiempo mejor invertido de su carrera. Pero no sabía cómo convencer al japonés de algo que ni siquiera Lander tenía demasiado claro. Las respuestas llegarían en el enfrentamiento; si no podía desarmar al legendario japonés nunca alcanzaría una tregua con Van Zeesaar. Resultó que a Yukio le convenció eso, ni los planes de futuro ni los principios de la Agencia, sino el hecho de haber sido vencido y la posibilidad de revancha.

En los tres años que precedieron la alianza oficial con el nipón, Lander completó la base. A los comercios que daban a la calle les renovó el alquiler, pagaban puntualmente y camuflaban el inmueble de normalidad. Para construir la piscina y la galería de tiro consultó la hemeroteca. Buscaba un contratista con el perfil adecuado.

Guzmán Cayado tenía una hija con síndrome de Down. A los catorce años, cuatro chicos se la llevaron mediante engaños a un descampado. Allí la violaron, apalearon, atropellaron y quemaron viva. Todos alegaron estar bajo el influjo de las drogas. Solo uno de los asesinos pisó la cárcel, dos años en régimen abierto; el resto, por ser menores de edad, fueron enviados a un reformatorio hasta que cumplieran dieciocho, pero dormían en sus respectivas casas. Seis meses después de haber matado a la chica, se reunían en un bar para recordar lo bien que se lo habían pasado. El señor Cayado también visitaba el bar, pero solo, cada día uno diferente. Lander le abordó cuando acababan de servirle el primer whisky.

—¿Señor Cayado?

—No quiero otra entrevista. Se lo advierto.

—Es por trabajo.

—Cuestiones de trabajo en horas de trabajo. Y ahora, señor extranjero, déjeme en paz.

—Es paz lo que le ofrezco. A usted. Y a su hija. —El hombre le perforó con una mirada mezclada de indignación e intriga—. Cuatro muertes por unas obras.

—Si son las cuatro que me imagino, le construyo una catedral.

Lander fue más limpio de lo habitual. Iban todos en el mismo coche una noche de sábado. Con un todoterreno les sacó de la carretera en la curva apropiada. El que más suerte tuvo murió en el acto, los demás agonizaron entre el amasijo de hierros. Una investigación superficial liberó a Cayado de culpa. Año y medio más tarde, Sergey se presentó en el despacho del contratista con unos bocetos. Cayado le sonrió, entendió de parte de quién venía. Él mismo y dos de sus hijos tomarían parte en el trabajo. Sin cobrar ni preguntar, gustosos de pagar por el deseo cumplido.

La incorporación de Sergey fue básica en esos tiempos de actividad frenética. Lander seguía aceptando encargos y preparándolos con la meticulosidad habitual, además investigaba sin parar en busca de posibles candidatos, así que estaba demasiado atareado como para poder supervisar los progresos en la base. El secretario se encargó de todo. Su presencia influyó drásticamente en Lander. Quizás no era un asesino, pero sí un miembro del equipo, el primero, el más importante. La diferencia entre tener cero compañeros y uno es de infinito, y Lander la notaba. No se lanzó a empezar un proceso de selección hasta que hubo cerrado el fichaje de Yukio; con el formidable guerrero a su lado todo sería más fácil. Tenía muy claros los puestos que debía cubrir. Hizo un esquema basándose en simulacros de magnicidios. Con los elementos suficientes, todo blanco era asumible. Lander sabía dónde buscar, los archivos militares eran un auténtico filón, conseguir los códigos de acceso era tan fácil como entrar en un chat y pedir precio. Entre los millones de expedientes revisados encontró los de Bill, Checky, Nenad y Marko. Yago le habló de Mario y Siracusa, otro enlace como él nombró a Paulo. El proceso fue largo, muchos otros seleccionados dijeron que no. Dos de ellos trataron de infiltrarse a las órdenes de Van Zeesaar. Lander los detectó por sus informes impecables y gracias a Sergey, que tenía un sexto sentido para desenmascarar impostores.

Ocho años después del inicio de su huida, Lander pudo respirar con relativa calma.

Regresó a Mongolia para pulir el último detalle. Fue recibido por la comunidad como el héroe que sería siempre. Había venido a hacer uso de su condición. Pidió tres

mujeres adultas que fueran viudas o solteras, el elemento menospreciado de su sociedad. Les preparó la documentación y las envió a Ulan Bator en autobús, a Pekín en tren, y luego en avión sucesivamente a Singapur, Fráncfort y Madrid, allí las recogió Sergey en coche y las condujo a Barcelona, asegurándose de no tener a nadie detrás. Durante su estancia las mujeres solo hablarían con Sergey, Lander o entre ellas; aprenderían rudimentos de medicina y veterinaria que elevarían su estatus al de curanderas. Serían relevadas al cabo de un año; volverían a su tierra tras haber servido con orgullo y en silencio al hombre que salvó a su pueblo. Tras las dos primeras tandas, hasta los chicos se presentaban como candidatos. Lander escogía a las más necesitadas y regresaba dando un rodeo increíble, variando itinerarios cada vez. La constante de borrar sus pasos era lo más molesto del trabajo, para él y para el resto de miembros, pero era algo indispensable con tal de mantener en secreto la ubicación de la base.

El día de la primera reunión, la Agencia llevaba una semana conviviendo; la desconfianza reinaba con toda lógica. Lander hizo y deshizo su discurso inicial un millón de veces. Pretendía aunar voluntades, y lo consiguió. Todos querían que el juego continuara, y la vida con él.

La selección de nombres: una inocente medida preventiva que se había convertido en ceremonia familiar. Los seudónimos y los moduladores de voz garantizaban el anonimato en caso de que les monitorizaran las comunicaciones durante la acción. El peso de algunos objetivos ya era suficiente indicio para ver la mano de la Agencia, por eso había que minimizar riesgos. Minimizar riesgos, minimizar riesgos, minimizar riesgos... la letanía se había grabado a fuego en la conciencia de aquellos que aún no la tomaban como suya antes de su incorporación.

—Checky, has escogido Justicieros ilustres. Así que tú empiezas.

—Gracias, Lander. Por fin voy a ser un ángel de Charlie: Jill Munroe.

—Y yo una zorra negra —anunció Mario—: Foxy Brown.

—¿La pareja de Foxy? —preguntó Lander.

—El agente Cooper, de *Twin Peaks* —respondió Siracusa—. ¿No os encantó esa serie?

—Luego, Cooper, luego. ¿Bill?

—¿Se acepta Bobba Fett? A su modo hacía justicia contra los rebeldes.

—Checky decide.

—No, Bill, no —dijo la texana meneando la cabeza—. Por una vez tendrás que buscarte un nombre que no tenga que ver con *Star Wars*.

—Pues...

—¡Ni con *Star Trek*! —señaló rápidamente.

—¡Vaya! Así que solo terrestres... mmm... ¡Colombo!
—No estoy segura de que fuera humano, pero lo acepto.
—Muy bien —terció Lander—. Te toca, Paulo.
—En honor a los policías no blancos: Ricardo Tubbs.
—¿Yukio?
—Mike Hammer —dijo sin emoción.

Checky, Bill y Siracusa se miraron entre sí, pero se abstuvieron de decir nada, ya se reirían más tarde, durante la cena, cuando el japonés, borracho o dormido, no se pudiera ofender.

—¿Nenad?

—Harry Callahan.

—¿Marko?

—Jack Bauer.

—¡Mierda! —maldijo Bill—. ¡Se me había olvidado Jack! Te lo cambio por Colombo.

—Tú sueñas —contestó Marko riendo.

—Aquí no se cambia nada —ordenó Lander—. Layla.

—La única justiciera que llegaba a Palestina era la de *Se ha escrito un crimen*.

—Jessica Fletcher.

—Sí, supongo. No recuerdo su nombre.

—Espero que llamarte como ella no te convierta también en gafe —bromeó Checky.

—La suerte no nos afecta, Jill Munroe —la frenó Lander con sequedad—. Somos más serios que eso, aunque mi nombre no sea el mejor ejemplo: Jefe Wiggum.

La mayor dificultad de la misión fue mantenerse a la espera, dispuestos para actuar en cualquier momento. No se sabía el día exacto en el que Eric Lama llegaría a su hotel; cabía la posibilidad de que ni siquiera apareciera. Estaban preparados para mantener la guardia durante dos semanas. Afortunadamente, el objetivo llegó a París tras dos días de alerta. El resto fue sencillo. En los últimos tiempos habían apuntado tan alto que nadie daba crédito a lo que iba a suceder: despliegue, ejecución y retirada en veinte minutos sin más ruido que el de los zapatos sobre los adoquines mojados. La acción se desarrollaba de noche y en interior, por lo que piratear algún satélite se presumía inútil. Checky supervisaba en función de una recreación virtual y cambiaba la situación de los participantes de acuerdo con sus informaciones. Todos en posiciones de vigilancia y apoyo, excepto Layla, que se disponía a actuar, y Lander, libre y ajeno al plan.

Se encontraba a medio camino de la ruta de escape de Layla, en una habitación de la primera planta. Había llegado desde las plantas técnicas soterradas, usando una escalera de servicio fuera de ángulo de cualquier cámara. Conocía el hotel al

milímetro, mejor que el director, el arquitecto o los botones. Tenía muchísimas salidas discretas, era un lugar perfecto para instalar un centro de operaciones, por eso el mando nazi lo usó como tal mientras ocuparon París. Un asesino metódico, con los planos estudiados desde hacía una década, podía entrar y salir sin ser advertido del mismo modo que lo hicieron los colaboracionistas tres cuartos de siglo antes. Layla y él volverían juntos al piso franco en cuanto ella ejecutara su cometido. Lander controlaba el área más endeble del plan, si es que esta existía. Solo le quedaba esperar.

La palestina entró en el vestíbulo sin llamar la atención; si quería, podía pasar por la mujer más insulsa de la Tierra, y en eso estaba. Caminó hacia el bar, se desvió en el momento justo y tomó un ascensor hasta el tercer piso. Entró en una habitación vacía con una llave maestra. Se quitó el traje chaqueta, lo dobló y lo introdujo en su bolso, ahora transformado en mochila, que se ajustó a la espalda. Salió por la ventana vestida con el bodi negro de licra que llevaba debajo. La pared, repleta de salientes y puntos de apoyo, fue fácil de escalar, a pesar de la llovizna. Llegó hasta el balcón de la suite indicada, un piso más arriba, veinte metros a la derecha. Dentro, vio al objetivo estudiando la pantalla de su portátil. Todo salía de cara, no había ningún escolta en la habitación y la televisión estaba encendida a un volumen suficientemente alto, así pudo correr la puerta acristalada y colarse en la habitación sin problemas. Layla lo podría haber apuntillado limpiamente por la espalda, pero nunca está de más dejar pistas falsas. Los ladrones de hotel suelen ser muy chapuceros cuando se enfrentan a situaciones violentas. Sacó un punzón de su antebrazo y se lo clavó primero en la aorta y luego en el resto del cuerpo. La televisión tapó los ruidos del traficante herido tratando de huir, defenderse y frenar las hemorragias al mismo tiempo. Un minuto más tarde, yacía en el suelo temblando por última vez. Layla cogió los efectos de valor que encontró, luego copió el disco duro en uno externo, lo desmontó del ordenador y lo ocultó dentro de una almohada, así caería en manos de la policía durante el registro en vez de en las de un guardaespaldas con ganas de subastarlo. Con la información que iban a encontrar los inspectores poco les importaría quién lo había escondido, y aún menos por qué.

Lander abrió la comunicación por radio:

—Aquí Jefe Wiggum a Fletcher, si has acabado con la visita, ve al balcón de la equis más doce.

Recibido.

Una vez allí, Lander la hizo vestirse de nuevo. Pasaron una cuerda a través de la barandilla y bajaron hasta un lateral de los jardines haciéndose mutuamente de contrapeso. Recogieron la cuerda y la metieron en el bolso de Layla. De un arbusto sacó un paraguas, lo abrió y apremió a la palestina:

—Cógete de mi brazo. Vamos a caminar hasta casa. ¿Algún contratiempo?

—En absoluto. Ha sido como sacrificar una cabra.

—¿Tan fácil?

—Tan fácil.

Lander masculló una onomatopeya de contradicción.

—Creo, Layla, que hemos cobrado mucho por demasiado poco. Pero eso da igual ahora. Venga, arrímate más, somos dos enamorados paseando por París.

La chica obedeció, más convincente que nunca.

A pocos pasos de entrar en el casino, Checky preguntó:

—¿Aún crees que es buena idea?

—Dímelo tú, eres la táctica —respondió Lander, despreocupado.

La texana se quedó unos segundos pensativa y luego sonrió.

—Sí. De tan irregular me parece completamente segura. Yago no podría matarnos a todos, o dejar que otro lo hiciera. Sabe a qué se expone si alguno queda vivo. Además, ni siquiera sabe si estamos todos aquí.

—Y no lo estamos.

—Cierto. Espero que Sergey nos perdone por divertirnos sin él.

—No lo hará, pero se le pasará.

Cuando ya estaban en la escalinata del edificio, Lander se giró para dirigirse al grupo.

—Escuchad: relajaos, divertíos, pero mantened los nombres del último bautizo.

—¡Señor Canaris! —exclamó Yago a su espalda—. ¡Veo que ha traído a toda su familia! ¡Me alegro de verles! ¡Sobre todo a su primo Bossi! —concretó mirando a Siracusa. Se acercó a él y compartieron un sentido apretón de manos—. Bueno, déjenme guiarles un poco por el casino y mostrarles las mejores mesas para duplicar su última paga. En primer lugar, sepan que tienen todas las habitaciones del primer piso a su disposición.

—¿Podemos traer compañía? —preguntó Paulo.

—Naturalmente.

—Pues me voy al bar a conocer chicas. Vosotros id a perder dinero. ¡Que tengáis poca mala suerte! —les deseó alegremente mientras se separaba del grupo.

—Lo siento, Yago —se disculpó Lander—. Parece que este no te saldrá a cuenta.

—Al contrario. Las únicas mujeres que hay en el bar son prostitutas, muy caras, y trabajan a comisión. ¡La casa siempre gana!

Nenad intervino entre risas:

—Me encantaría ver su cara mañana cuando la chica le pase la factura. ¡Ep! ¡Perdonadme! ¡Esa mesa de dados me llama!

—Voy contigo, pap... Harry —dijo Marko, que inquieto se giró a comprobar el alcance de su desliz.

—Puedes estar tranquilo —le calmó Yago—. Ve con él. Aquí no entran jueces ni cazarrecompensas, ¡perderíamos a nuestros mejores clientes! —Marko, algo azorado, esbozó una sonrisa y se esfumó junto a su padre.

—Y la ruleta, ¿dónde está? —preguntó Mario.

—Excelente elección. Enseguida llegamos.

—Verá —continuó el joven italiano—, me da la impresión de que voy a hablar demasiado, pero creo que he descubierto un método para ganar. —Bill y Checky abrieron mucho los ojos, Siracusa se tapó la cara—. ¡No, no! ¡Lo digo en serio! Veréis: apuestas una ficha al rojo; si sale, ganas una ficha; si no sale, apuestas dos al rojo. Si sale, habrás ganado una ficha; si no sale, pues apuestas cuatro y así vas doblando la apuesta hasta que sale el rojo. También puedes ir a negro pero me da más mal rollo.

—¡Es usted brillante, señor! —mintió Yago.

—¡Por favor! —saltó Bill indignado—. Eso es la martingala simple, y está comprobado que no funciona. Créeme, Foxy, no funciona. Teóricamente, solo funcionaría si la banca no fija límite de apuesta y tú posees infinito dinero para cubrir doblando rachas casi infinitas de negro. Y si tienes infinito dinero, no sé qué haces en un casino.

—Bueno, bueno... —dijo Yago—. Lo del infinito dinero no lo puedo arreglar, pero voy a dar instrucciones para que le permitan apostar por encima del límite estipulado. Me intriga conocer el resultado de su teoría.

—¡Me saldrá bien! ¡Ya veréis! —amenazó Mario.

—Por favor, quédate con él —le pidió Lander a Siracusa—. Que no se arruine demasiado pronto.

—Ni hablar. Yo me voy a jugar al bacará.

—Te sigo —anunció Checky.

Lander miró a Bill en busca de colaboración. Este respondió aceptando:

—¡Está bien! Pero cuando todo le vaya fatal no me culpéis a mí.

—Solo trata de frenarle.

—¡Dejad de hablar como si no estuviera delante! —se quejó Mario—. ¡Mi plan es infalible!

—Venga, señor Infalible —dijo Bill—, vamos a reírnos.

Yukio, Lander y Yago siguieron andando. Al cabo de unos metros, el japonés, señalando una mesa, preguntó:

—¿Póquer?

—Así es. Juegan al descubi... —Antes de que el director acabara la frase, Yukio ya se había sentado dándole la espalda.

—Ese sí que los puede desplumar —avisó Lander.

—¿Es quien creo que es?

—...

—Claro. Qué me ibas a decir. Bueno, ¿y tú? No me digas que te interesan las tragaperras.

—No, prefiero el blackjack; pero antes me gustaría echar un vistazo a nuestra planta.

—Por supuesto. Te acompaño. Subamos por las escaleras.

—Gracias, Yago.

—No, Lander, no me lo agradezcas. Sabes que saco beneficio de todo lo que hago, ja, ja. Y hablando de beneficio, ¿habéis pensado pasaros a los robos? Conozco un par de mansiones.

—Ya robamos. Vidas. ¿Te parece poco?

—Hombre, visto así... —Acabaron dos tramos de escaleras y llegaron a un pasillo—. Ahí tienes, todas alineadas, trece habitaciones y dos suites, supongo que será suficiente. —Lander asintió—. Las puertas están abiertas y las llaves dentro, espero que te parezca bien.

—Sí.

—Seguridad está avisada. Solo tendréis acceso a este piso vosotros y vuestras eventuales compañías. Como supondrás, os están siguiendo con el programa de reconocimiento facial. Todos los parámetros serán borrados mañana, pero hoy nos conviene utilizarlo.

—De acuerdo.

—Solo una cosa más: si os aburrís, por favor, no hagáis tiro al blanco aquí dentro. De aquí a tres semanas organizo la gala de la Cruz Roja, estaremos de vips hasta el cuello y con todos los preparativos no tengo tiempo para obras y reparaciones.

A Lander se le cruzó la imagen de Lía. Metió la mano en el bolsillo para acariciar el fósil que lo conectaba a ella, un caparazón en piedra con circuitos en su interior, una representación original de amor puro. Animado por su tacto, alargó la conversación:

—¿Tienes muchos bailes parecidos?

—No. Solo ese. Pero es de los grandes. Y este año será peor que nunca. Todo el mundo confirmado y el doble de solicitudes de prensa.

—¿Qué regaldas?

—¡Ja, ja! Yo nada, ya lo sabes. Es por el bombazo. De momento es un rumor, pero todo indica que se confirmará en el baile. —En el fondo de su alma Lander sabía que la noticia le iba a golpear—. Es por Lía van Zeesaar.

—¿Qué? ¿Se ha prometido?

—Aún mejor. Está embarazada.

Tres meses de preparativos puliendo informaciones contradictorias. Último objetivo antes de vacaciones. Tensión máxima. El director, irascible. Nada que Checky no pudiera manejar. El plan funcionaría a pesar del humor de Lander.

La texana veía caer el chaparrón a través de los cristales tintados. Detestaba ese tiempo. La furgoneta Apolo la resguardaba del frío, y estaba lo suficientemente insonorizada para no oír las gotas impactando contra el techo, pero nada le impedía sentir la presión ambiental, ese nivel tan particular de los días de lluvia. Por eso estaba enfadada, no porque Lander la hubiera contagiado, no; ella era inmune a ese tipo de traslación empática. Tampoco se debía a la importancia de la misión; había llegado tan lejos por saber gestionar responsabilidades. Era el tiempo, buscar más allá era malgastar atención, una atención que en ese momento precisaban los monitores.

Las señales térmicas eran claras a pesar de la tormenta, procedían de un satélite ruso tan fácil de pinchar como poco fiable. Los recortes de presupuesto en el ejército exsoviético también afectaban a los que pirateaban sus aparatos. Había dos satélites más sobre el cielo de Chicago, precisos pero ordinarios, sus lentes no podían atravesar la densa capa de nubes. Etiquetó las manchas rojas identificadas y se preguntó si alguno de los caminantes anónimos sería Lander. Además del capitán invisible, solo Layla y Bill quedaban por marcar; se encontraban bajo tierra, colocando unas cargas de distracción y puenteando el circuito cerrado de televisión. Así Checky podría seguir la acción desde su puesto. Habían prescindido de los localizadores individuales por no levantar sospechas, allí donde pensaban internarse tenían el equipo necesario para detectar sus señales y adivinarlas hostiles.

Iba a ser una dura batalla, rápida e intensa, y todo se podía ir a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Resumiendo, se trataba de un asalto por dos flancos a un edificio céntrico de ladrillo rojo. El lado difícil quedaría a cargo de las dos parejas, la italiana y la serbia; por el secundario entrarían Yukio y Paulo. A partir de ahí, liquidar sin pausa hasta localizar al amo de la ciudad, Ignatius Bobcat.

Desde Al Capone ningún otro hombre había llegado tan lejos. Le habían procesado tantas veces como le habían absuelto, llevaba diez años sin tener que apretar personalmente un gatillo. Bobcat solo se dedicaba a comprar influencias y acaparar titulares, adoraba ser el centro de atención. Nadie en su país negaba que fuera un gánster, pero le querían igualmente. Las mujeres lo veían como un niño travieso enamorado: se había casado y divorciado nueve veces. Sus exesposas eran conocidas por el ordinal que ocupaban en la secuencia más que por su nombre. Ninguna le había sangrado la cartera, es lo que pasa cuando sabes que la avaricia puede acarrear un accidente. Tenía dieciséis hijos reconocidos y, como solía decir, «más bastardos que Aureliano Buendía». Para dárseles de culto solía citar *Cien años de soledad* a la menor oportunidad; lo cierto era que solo había leído ese libro, creía que mejor que leer muchos era aprenderse uno entero y vivir de frases ampulosas. Frente a una sociedad todavía más iletrada, pasaba por sabio. Lo que de verdad le sobraba a Ignatius Bobcat era ambición, grasa y dinero, pero en Estados Unidos todo

ello está bien visto; a las mujeres les caía bien por darles tema en la peluquería, los hombres gordos le necesitaban para verse delgados en comparación con su obesidad cuasi mórbida y los pobres en general lo admiraban por ser rico. Con estos apoyos, en caso de presentarse a alcalde, tenía asegurada la elección, y eso mismo se estaba planteando. Para su desgracia, el diez por ciento que no le iba a votar había contratado a la Agencia. Eran ni más ni menos que los afiliados a los dos partidos generalistas, unidos por el miedo a perder un ayuntamiento que se iban turnando.

Era un golpe de altura, cargado de riesgo. La única ventaja era la ausencia de posibles bajas. La gente de Ignatius Bobcat sabía perfectamente para quién estaba trabajando. Hasta a la última mujer de la limpieza había suponerla armada.

Decenas de imágenes de las cámaras del edificio comenzaron a poblar una serie de monitores con pantalla dividida. Checky avisó por radio:

—Aquí Mesalina, ya tengo vídeo. Fátima y Cromwell, ¿todo preparado?

—Afirmativo —contestó Bill por ambos.

—Primer binomio: Catilina y Espartaco.

Mario y Siracusa confirmaron.

—Segundo binomio: Judas y Bin Laden.

Nenad y Marco hicieron lo propio.

—Tercer binomio: Jerónimo y Buda.

—Preparado —dijo Paulo.

—Preparado —repitió Yukio.

—Y por último, agente libre, si estás preparado, iniciamos.

—Aquí Marat. Luz verde —concluyó Lander.

Checky inspiró larga y pausadamente y expiró con más calma aún. Realizó el último análisis, mínimo, global, fehaciente.

Datos: todo preparado. Relevancia: todo por hacer. Actuación: inicio fase 1.

—Mesalina a Cromwell: a mi señal, detonación.

La texana comprobó en los monitores la entrada del p arking, esperó a que no hubiera cerca m as gente que los vigilantes y entonces ordenó: «¡Ahora!». Una explosión terrible levantó el pavimento. Los cuatro hombres que guardaban la posición dieron un breve salto y aterrizaron en el suelo con las tripas reventadas por la onda expansiva. El boquete dejó al descubierto un entramado de cañerías partidas y cables chisporroteando, ese espacio semihueco por el que Bill y Layla habían reptado para colocar el C4. Cualquier coche que intentara salir del aparcamiento quedaría atascado, incluso el Hummer blindado en el que Bobcat solía pasear. El gordo tampoco escaparía por aire (tenía el helicóptero en el taller) y menos a pie, su tamaño lo convertía en un blanco demasiado fácil; solo podía esperar que su protección fuera suficiente hasta que llegaran los refuerzos de la policía.

Nenad y Marko dispararon con sus bazucas desde la calle de delante, la puerta del

párking se volatilizó. Al cabo de unos segundos llegaron los primeros efectivos a contrarrestar el ataque, tomaron posiciones en el interior y dispararon un tanto a ciegas para denotar su existencia. Los serbios se encontraban bien parapetados tras un coche con el depósito seco estacionado horas antes para cumplir esa función. Del asiento trasero sacaron más armas y un escudo antibalas transparente. El tiroteo se relajó, los defensores asomaron la cabeza, alguno salió de su escondite. Nenad colocó el escudo frente a su hijo, Marko apuntó con un lanzagranadas hacia la entrada desintegrada. Cuando estuvo a punto se lo gritó a su padre. Nenad retiró el escudo y Marko disparó su proyectil: una bomba de vacío. Explosionó entre los hombres de Bobcat; aquellos que atrapó en su esfera se quedaron sin aire, envueltos en la nada más absoluta para volver al instante a los niveles de presurización normales. El cambio tan brusco dejó burbujitas de oxígeno en su torrente sanguíneo. Algunos no notaron nada, la mayoría cayó al instante, víctima de una embolia, o quedó ciega, con los vasos capilares de los ojos reventados. No era un arma segura, pero sí tremendamente desmoralizadora.

Mario y Siracusa aparecieron caminando veloces con las pistolas en alto. Sus disparos selectivos limpiaron el acceso de supervivientes armados. Los italianos saltaron la zanja que les separaba del interior y remataron sin titubeos a los que se retorcían por efecto de la bomba de vacío: unos semiparalizados, babeando; otros arrodillados, con las manos sobre sus cuencas sangrantes.

Las dos parejas habían cumplido con la primera fase; a partir de entonces iban a afianzar su posición y, en caso de avanzar, hacerlo sin prisa. El jefe de seguridad debía enviar al grueso de su tropa hacia allí.

En la cara opuesta, Paulo y Yukio aguardaban la orden de Checky:

—Jerónimo y Buda. Adelante.

Yukio miró al brasileño para comprobar que estaba listo.

—Un momento —pidió Paulo mientras se agachaba a palpar su tobillo. Bajo el calcetín había guardado el último cromó que la Santa Berradora le había regalado. Revisó una pierna, luego la otra. Contrariado, miró a Yukio—. Qué raro. No está.

El japonés ignoró el comentario y encaró la puerta trasera. Estaba ansioso por entrar en acción, no iba a retrasarse más. Paulo lo vio tan convencido que no le quedó más remedio que olvidar el augurio y cumplir su parte. Sacó una miniballesta de debajo de la gabardina, soltó el fiador, apuntó con buen pulso y disparó. La flecha explosiva pasó rozando a Yukio, que continuó inmutable. La puerta de acero de doce centímetros se hundió hacia dentro. Antes de que nadie apareciera por el umbral, Paulo se apresuró a disparar otra flecha, que quedó clavada en el interior; dos segundos después, hizo explosión la bomba de vacío que llevaba instalada en la cabeza. Pudo observar algunos hombres cayendo alrededor, los primeros enviados a frenar la segunda ofensiva. Yukio, imparable, casi entró en el radio de descompresión antes de tiempo; los cien ensayos precedentes no habían sido en vano. Se introdujo con una pistola amartillada en la mano derecha y su wakizashi colgando en la

izquierda, señalando el suelo en una diagonal de las que solo él podía dibujar. Paulo le siguió, armado con una automática, avanzando como un bailarín, preparado para volar en cuanto silbaran las primeras balas. Una vez dentro, tomaron rutas diferentes. De acuerdo con los planos, se reencontrarían en una sala espaciosa tras limpiar los dos pasillos.

—Buda y Jerónimo están en camino. Dobles parejas, podéis empezar a hacer ruido. Y no dejéis de avanzar.

Tras escuchar a Checky, serbios e italianos comprobaron su provisión de granadas. Por una salida inútil, Siracusa lanzó dos bombas incendiarias. El fuego que provocó no pasaría de anecdótico, pero activaría los aspersores del techo en todo el edificio. Para muchos defensores iba a suponer una molestia desconcertante.

—Judas y Bin Laden, adelantad al pasillo del primer piso. Fátima y Cromwell, a la posición de apoyo. Si no veis nada raro, mantened el sil...

De repente, un crepitar intenso superó la voz reconvertida de Checky. La texana insistió varias veces sin lograr nada. En el edificio, para frenar la invasión, habían conectado un inhibidor de frecuencias de gran potencia. Las comunicaciones por radio habían sido anuladas. Checky se había quedado muda y sorda, pero no ciega. Seguiría los progresos a través del vídeo. Todo quedaba en manos de los seis en el interior y eventualmente de Lander. Pero depender, seguían dependiendo de ella, de su estudio, de su capacidad de previsión, de su plan.

Datos: seis en avance; comunicaciones cortadas; cero bajas. Relevancia: progreso adecuado. Actuación: supervisión pasiva.

La utilización del inhibidor era un buen movimiento, pero la rapidez con la que lo habían puesto en marcha sugería un jefe de operaciones experimentado detrás de la orden. *Un exCIA*, pensó Checky, *alguno de los estúpidos con los que me codeé*. Ese tipo iba a quedarse sin trabajo, su jefe iba a caer. La táctica se concentró en Paulo y Yukio. Ambos habían llegado a la espaciosa sala que daba acceso a la escalera secundaria. Yukio llevaba ventaja sobre el brasileño, que justo se asomaba. Una decena de cuerpos mutilados se repartían desperdigados por el suelo, un alfombrado con la firma del nipón; de un par de entradas surgían hombres con poco futuro. Mientras, Paulo, desde su posición segura, los tumbaba a distancia. Yukio prácticamente se dejaba envolver, hería con la pistola y mataba con la espada; se estaba recreando, dando de beber a su hoja. El flujo de guardianes decayó hasta secarse. Yukio, dando saltitos, desapareció de plano escaleras arriba. Checky no retiró sus ojos de ese monitor, siguió observando a Paulo, que, con paso prudente, atravesaba la sala. De repente, un cono de materia oscura nació de su sien; el brasileño cayó al suelo víctima de un disparo lateral. Checky le dedicó un segundo para asegurarse de lo que estaba viendo: su cuerpo inerte acompañado de un cúmulo sanguinolento de sesos y hueso. Volvió sobre Yukio, que se había detenido un piso más arriba. El japonés miraba por el hueco en busca de su compañero; harto de esperarlo bajó a encontrarlo, reconoció su cadáver y examinó la estancia. Pocos

segundos más tarde, se dio por vencido, ahí no había nadie. Hizo una mueca de pésame y retomó su camino. Checky recuperó las imágenes de la muerte de Paulo, un balazo grabado en una sola toma. Repasó varias veces la escena. La mano asesina no aparecía, estaba en un ángulo ciego. Tampoco se le veía huir y Yukio no lo había detectado. Era extraño.

Datos: Paulo muerto, Lander ausente. Relevancia: objetivo cercado. Actuación: supervisión pasiva.

El japonés dejó de perseguir enfrentamientos. Había entrado en un cuarto de maquinaria, se había subido a un generador y había salido de plano. Checky lo imaginó colándose en los conductos de ventilación. A pesar de sus setenta kilos, Yukio podía reptar por los tubos de fina chapa sin hacer ruido ni provocar abolladuras, liviano y silencioso como una mamba negra.

Checky giró su silla para enfrentarse al otro panel de monitores. Las dos parejas seguían progresando en la planta baja, turnándose en ofensivas y coberturas, haciendo caso omiso del agua que regaba todos los interiores. La texana iba alternando entre una pantalla y otra a medida que italianos y serbios afianzaban metros. Llegaron a un pasillo solitario y angosto decorado con bustos sobre pedestales. Tal como la táctica había supuesto, Marko fue el primero en pisarlo. Corrió hasta la mitad con su escopeta de dispersión bien sujeta y se pegó a una pared, detrás de la base de una escultura. Nenad fue a adelantarle cuando una plancha de acero cayó con violencia desde el techo como un portón medieval, cerrándole el paso; ahí quedó encajada, entre los quicios del acceso. Marko estaba aislado. El joven comenzó a retroceder, pero se quedó mirando el suelo, como si algo ocurriera justo delante. Checky encontró el problema que enfocaba al serbio. Dos hombres en el piso de abajo, al borde de una piscina, disparaban hacia el techo con armas de gran calibre. No tardaron en agujerearlo por varios lugares. Marko observaba los destrozos con espanto, atrapado entre el portón de acero a su espalda y un hueco al frente que crecía sin parar. El suelo acabó cediendo por completo; Marko y las estatuas se fueron abajo con él. Como no había imagen del centro de la piscina, Checky lo imaginó sumergido, sumergido entre escombros. Los hombres que habían desfondado la planta desaparecieron. En el piso superior, Nenad cargaba con todo infructuosamente, la puerta inesperada era tan gruesa y dura que resistía sin mella las granadas y la munición explosiva. Los italianos le convencieron de cejar en su empeño y buscar otra forma de llegar donde creían que se encontraba Marko. Yukio reapareció en una habitación contigua al dormitorio de Ignatius Bobcat.

Datos: Paulo muerto, Marko perdido, tres en semiretirada, uno en avance, Lander ausente. Relevancia: objetivo alcanzable. Actuación: supervisión pasiva.

El japonés ni se planteó hacer un butrón con una bomba lapa; tras golpear la pared con los nudillos detectó capas de metal entre ladrillos y cemento. Al cuarto del gordo se debía acceder por una única entrada. En el distribuidor, seis hombres hacían guardia apuntando a las escaleras y al ascensor. La puerta que no se esperaban se

entreabrió y volvió a cerrar en lo que dura un pestañeo. Yukio les había dejado un par de bolas de humo. Los escoltas de Bobcat se asustaron en exceso, creyéndolo mortal cuando era inocuo. Apresuradamente intentaron colocarse las mascarillas que colgaban de sus cintos. En el proceso Yukio salió al amparo de la gris espesura, casi a ras de suelo, y empezó su particular siega. Cuando el humo se disipó, Check comprobó la masacre. La puerta que conducía a Bobcat estaba abierta, Yukio debía de estar en esa habitación sin cámaras ni salidas de emergencia. El supuesto quedó demostrado enseguida. Algo salió rodando hasta quedar trabado en el centro del distribuidor, entre dos piernas cercenadas. La texana hizo un zum revelador: la cabeza del objetivo. Tras ella pasó el japonés como una sombra, atravesando espacios a una velocidad de vértigo, rumbo a una salida terciaria.

Checky redirigió su atención a otros monitores: Nenad también atravesaba espacios, pero lo hacía descontrolado, histérico. Mario y Siracusa le perseguían y cubrían con dificultad. El gran serbio paró en seco, acababa de escuchar a Lander. El director de la Agencia hacía por fin acto de presencia y estaba ordenando retirada, pero Nenad no mostraba intención de obedecer. Lander se acercó a él amistosamente mientras el otro gesticulaba enrabiado. Cuando lo tuvo a su alcance, le hundió una mano bajo el plexo solar. Nenad hizo una reverencia de dolor y Lander le golpeó brutalmente el cráneo con la culata de su pistola; antes de que se desplomara, lo sujetó. Siracusa corrió a ayudarlo. Entre los dos arrastraron sus ciento veinte kilos hacia el punto de escape programado, con Mario abriendo paso.

Tres días después, cuando el último miembro llegara a la base, habría reunión posmisión. Hasta ese momento, Checky podía ensayar sus disculpas. Un último análisis antes de ponerse en marcha.

Datos: Paulo muerto, Marko desaparecido, Nenad inconsciente, Bobcat decapitado. Relevancia: todos los objetivos cumplidos. Actuación: inicio fase 2.

«La cuestión es mover bien las piezas, como en la vida real.» La primera sentencia del profesor de ajedrez fue a la vez su primera mentira. El postulado no se sostenía por lado alguno, la cuestión no era mover bien las piezas, sino hacerlo menos mal que el contrincante. Y eso de comparar el juego con la vida... no había falacia mayor. Por maravillosos que fueran sus movimientos en el plano real, nada podrían contra los de piezas ajenas más poderosas, aunque estas fueran utilizadas con ineptitud. Poder demostrar con doce años el teorema de Fermat no significaba nada en el colegio, nada comparado con el último *touchdown* del capitán del equipo. El cerebro que la pequeña Helen Farrell poseía era un peón cojo entre la estupidez circundante. El peligro de destacar en clase era tan alto que se habituó a aprobar a secas. Suspender tampoco estaba exento de riesgo, había visto a su padre azotar a su hermano Stu por ello. En esos momentos, una existencia pacífica pasaba por empaparse de mediocridad. Lo que no solventó fue el problema de las amistades, Helen no

interesaba a nadie y el resto de compañeros a ella le interesaba aún menos. Los veía limitados y débiles. Se entregaban, aceptaban entre sí lealtades defectuosas sin razonar; se apoyaban unos a otros para llegar a nada. No concebía cómo el hecho de tener amigos les reconfortaba, cuando el día menos pensado estos cambiaban de grupo sin dar explicaciones. Sus padres no creyeron en el parecer de su hija y le hicieron una de sus taxativas sugerencias, órdenes camufladas de consejo: debía apuntarse a alguna actividad extraescolar. De entre todas las opciones escogió la única en que no tuviera que ser guapa, saber bailar o llevar uniforme: el club de ajedrez.

«La cuestión es mover bien las piezas, como en la vida real.» Helen atendió a la primera frase magistral del profesor con admiración fingida; por dentro pesaba la decepción. Si ese fumador amargado tenía razón, a tenor de su estatus de fracasado debía de ser un ajedrecista horrible. Como rito iniciático el hombre la invitó a jugar su primera partida contra él. Helen apenas acababa de aprender el movimiento de las fichas, ni siquiera sabía que los peones podían adelantar dos casillas de salida. La ventaja que tomó el profesor gracias a ello no fue decisiva. La menuda Helen, a partir de entonces, comenzó a labrar su leyenda. Alfiles y caballos golpearon como un martillo pilón sobre las fuerzas del señor Blonde, que no acertaba a comprender. Esa niña desarbolaba su defensa con una facilidad insultante. Sus fichas iban y venían escoltadas por una reina con el don de la ubicuidad, hasta que Blonde encontró el resquicio para cambiar las tornas. El profesor, sonriente, se enrocó.

—¿Qué es eso? —preguntó la niña.

—¿El qué?

—Ese movimiento, intercambiar las posiciones del rey y la torre.

—Un enroque.

—No me lo ha explicado.

—Lo siento, niña, así lo recordarás.

Por supuesto que lo recordaría. Una lección útil y eterna: utiliza más armas que tu enemigo.

Helen, roja de furia, respiró hondo; la sangre se atemperó y su cerebro recuperó el control. La situación sobre el tablero había cambiado drásticamente, su reina iba a morir y de la manera más triste, sin oponer resistencia, y sus torres, bloqueadas, de nada servían. Solo le quedaba alargar la agonía defensiva.

Míster Blonde chupaba su cigarrillo con satisfacción. Su ofensiva, a los ojos de Helen, era desconcertante, por no decir inapropiada. Parecía no ver más allá de ocho movimientos; si eso era cierto no entendía cómo ese individuo tenía la desvergüenza de hacerse llamar profesor. La alumna reestructuró sus líneas sin demasiada oposición. Para evitar mayores sorpresas preguntó:

—¿Me falta algún movimiento por conocer?

—No.

—¿Y si empatamos? O sea, ¿si nos quedamos los dos sin piezas suficientes para

matar al rey del otro?

—Se llama «hacer tablas», pero no debes preocuparte por eso.

—¿Por qué?

Míster Blonde sonrió como un cretino y, mirando al resto de chicos que les rodeaban, contestó:

—Porque eso no ocurrirá... Jaque.

Helen examinó el rostro pedante del adversario. Era tan desagradable que se concedió una pequeña licencia vengativa. Iba a humillarle. Con un único movimiento se liberó de la amenaza y la devolvió en el mismo grado.

—Jaque —advirtió con su agudísima voz.

El oponente puso cara de circunstancias. Se zafó como pudo. Helen atacó por otro lado. Jaque. Blonde escapó de nuevo. Estaba nervioso, comenzaba a ser consciente de la situación. La niña jugó con él como un gato con un ratón moribundo. Encadenó dieciséis jaques consecutivos. En torno a ellos, la clase entera se había percatado del sadismo de Helen y, por su actitud, todos los alumnos parecían aplaudirlo. Míster Blonde, desesperado, levantó la vista en busca de algún tipo de ayuda, y de algún modo la encontró. Señaló el reloj en la pared y exclamó:

—¡Vaya! ¡Ya casi es la hora! Será mejor que vayamos recogiendo...

Y sin más explicación abandonó la partida. No había ganado, pero consiguió que Helen Farrell se sintiera derrotada. La niña se prometió no repetir ese error. Dieciséis jaques no conformaban un mate, su valor era nulo. Los avisos eran para los débiles, los indecisos, los arrogantes que quisieran tentar a la suerte y dar más tiempo al adversario. Dieciséis jaques para nada. Prepotencia estéril, victoria fugitiva. Nunca más. Los jaques como palabras. Los mates como acciones. Y como palabra primera, recuerdo continuo, su nombre. Check. Jaque.

En el colegio cuajó el apodo, ese nacido en un club de impopulares. El señor Blonde jamás le ofreció la revancha, se autoproclamó mentor de la niña y la paseó por los campeonatos locales como un mono de feria. Una vez agotado el pequeño circuito pidió permiso a los padres de Check para llevarla a los torneos del estado. El señor Farrell se lo negó, él mismo se encargaría. Era un mecánico deficiente de sueldo volátil, sobre todo cuando le daba por beber, un prototipo de *white trash* orgulloso de serlo. Acababa de enterarse de que su hija podía hacerle ganar dinero y no iba a dejar de presionarla hasta lograrlo. Todo salió de maravilla, Checky disfrutaba con la dificultad creciente de los retos y su padre aún más con las perspectivas que se abrían cada vez que la pequeña ganaba. La cuantía de los premios aumentó poco a poco. El padre invertía todo el dinero en una sola borrachera. Al principio bebía solo, luego pudo invitar a más como él. En ese pueblito de Texas los logros de Checky suponían un acontecimiento cada vez mayor. El señor Farrell, célebre por haber patrocinado la algarabía general, llegaba a casa dando tumbos e intentaba hacerle el amor a su

esposa. Esta estaba encantada con el cambio que los triunfos de Checky habían obrado en su marido. Antes también aparecía curda, pero con ganas de pegarle a ella y, si se terciaba, a su hijo. La niña se sentía bien, la vida familiar era más soportable que nunca; lo único malo era la manía que le había entrado a su padre de llamarla «mi gallina».

Los participantes de los torneos eran tan raritos que el señor Farrell e hija no destacaban especialmente. Check no temía las clásicas risitas cuando aparcaban frente al colegio o salón de actos de turno con su ranchera despintada; de hecho, podía considerarse una ventaja, algún contrincante podía relajarse convenientemente viéndola bajar de un vehículo tan feo.

En la modalidad de partida rápida siempre ganaba, pero en cuanto los tiempos se alargaban, la resistencia aparecía. Los mejores séniors le arrancaban algunas tablas, con lo que tuvo que compartir el premio. Su padre, aunque enfadado, nunca llegó a pegarla. Check no perdió una partida hasta que no traspasó las fronteras del estado. Eran torneos mayores, plagados de superdotados, jugadores que habían cultivado su capacidad desde muy pequeños. Era difícil competir contra décadas de experiencia, difícil y atractivo.

El señor Farrell aceptó las derrotas de su hija sin excesivos problemas, siempre acaecían en las últimas rondas, cuando los gastos de viaje y alojamiento ya estaban cubiertos. «Su gallina» seguía funcionando. A él le encantaba recorrer cientos y cientos de kilómetros escuchando música country como el camionero que quiso ser de pequeño. Durante el día acompañaba a su hija y por la noche se fundía el minibar sentado frente a la tele de la habitación. No era un plan de ensueño, pero a él le bastaba.

A los catorce, Check era reconocida como un prodigio adolescente. La madurez de su táctica hacía impensable que llevara jugando solo dos temporadas. Además de defender con rigidez, poseía el arma ofensiva más demoledora: imaginación. Entró en el cuadro del Gran Torneo de Houston como cabeza de serie. Otros allí apuntados ya la habían vencido, pero ninguno dos veces. En la fase previa perdió una partida contra un profesional de Nueva York y cedió tres tablas contra otros tantos favoritos. La mayoría se enfrentaba a ella de manera conservadora, preferían no perder a intentar ganar; pese a la educada camaradería, a todos les llenaba de fastidio tumbar el rey frente a la chiquilla. Check podía estar ganando admiradores, pero no amigos. Se plantó en las finales sin presión alguna, ya había conseguido los puntos suficientes para poder participar en la siguiente cita importante del circuito. Lo que no sabía era si su padre la llevaría; era en Boston y haría falta aparcar la ranchera y tomar un avión. Pagar los billetes supondría para el señor Farrell la inversión más fuerte desde

que añadió un avance a la caravana donde vivían. Al haber alcanzado el objetivo básico, Check desarrolló un juego más alegre e improvisado. Perdió otra partida, pero ganó todas las demás. Por medio punto se alzó con el triunfo final. El premio incluía una noche en la mejor suite del hotel que albergaba el campeonato.

Durante la cena de clausura la chica fue colmada de honores y felicitaciones sinceras. Reinaba un ambiente constructivo que en nada se asemejaba al del instituto. Muchos derrotados escuchaban sin rencor las explicaciones de aquellos que les habían batido, la competitividad era elegante. Atrás, muy lejos, quedaban las escenitas de padres frustrados en los torneos juveniles. Y, sin embargo, pese al buen trato que le dispensaban, Check no sentía placer ni satisfacción. En todas esas cabezas pensantes solo interesaba un juego, un estúpido juego; nada más aprendería. Las sesenta y cuatro casillas eran eso, casillas, cuadrados a dos colores, un entretenimiento, un ejercicio mental. Treinta y dos variables móviles podían llegar a ser domadas con facilidad, pero en ningún caso arrancarían de ellas una verdad a la que asirse. El mundo seguía sin tener sentido para la chica.

Antes de los postres, el señor Farrell ya había subido a la habitación, ansioso por beber a solas y cambiar canales. Check resistió hasta el final de la gala con la esperanza de encontrar alguna emoción. Defraudada, se fue a dormir. Su padre, sentado en una butaca, mantenía el vaso de whisky en equilibrio sonámbulo, cada quince minutos abría los ojos y daba un par de largos sorbos que le mantenían estimulado un rato más. Check se metió en la cama. Al día siguiente despertaría a su padre, como de costumbre, este apagaría la tele, se levantaría de su asiento, se encendería un cigarrillo y llevaría el equipaje hasta la ranchera.

Pero esa noche no fue así. Check se despertó envuelta en una peste alcohólica, era el aliento de su padre sobre su cara.

—¿Qué haces, papá? ¿Te encuentras bien?

El hombre no contestó a las preguntas. Se limitó a fijarse en su hija y murmurar «mi gallina». Entonces fue a besarla en la boca. Check giró la cabeza y, espantada, se incorporó sobre el cabecero. El padre la agarró velozmente a la altura de los codos y la volvió a tumbar. La besó en la cara, babeando una mezcla de whisky y saliva, mientras posicionaba su cuerpo sobre el de ella, con sus rodillas separándole las piernas. La niña se resistió sin éxito, era muchísimo más débil que el agresor. Comenzó a gritar y este le selló la boca. Con la otra mano, el señor Farrell, se sujetó el pene que traía erecto del salón. Los gemidos de una película porno de fondo tapaban bastante las protestas de Check. Comenzó a golpear con las manos liberadas, pero no consiguió nada. Su padre ya tenía la polla bajo el camisón, rozando las bragas que torpemente trataba de apartar. Check hizo un último esfuerzo, en vano. El miedo le restaba demasiada fuerza. El señor Farrell rompió el himen de su hija y hundió su sexo en ella. Check creyó partirse por culpa de esa penetración tan súbita y profunda. No lograba ni respirar. Su padre eyaculó dentro casi al instante, y de tan mareado que estaba, también vomitó sobre la niña violada; acto seguido, se durmió. Check se

escabulló con dificultad y corrió llorando hacia la ducha. Se estuvo lavando hasta la mañana siguiente. El hombre sobre su cama despertó sin memoria, recogió las cosas y con absoluta naturalidad apremió a la chica: «Vamos, hija. Es hora de irse. No quiero llegar a casa cuando ya esté oscuro». Check salió del lavabo aterrorizada, se vistió como una autómatas y siguió a su padre hasta la ranchera. Nada en el comportamiento de este denotaba tirantez o incomodidad; Check no observó en él un mínimo signo de preocupación. Parecía no tener conocimiento de lo sucedido durante la noche, y si lo tenía, lo había digerido como si fuera la cosa más natural del mundo.

La texana no sabía a qué atenerse: denunciar y dinamitar la paz familiar que había imperado en los últimos años o callar e intentar olvidar. La primera opción no le iba a reportar ningún beneficio, sería marginada por chivata en un medio donde el incesto era tan habitual como innombrable. Callar, callaría, pero no olvidaría. Cada vez que mirara a su padre escarbaría en su alma, atenazándole en busca de una compensación o un breve arrepentimiento.

No tardó en conseguir lo primero. El señor Farrell no se bebió todo el premio, reservó lo suficiente para el avión a Boston. Tras Boston fue Los Ángeles, luego Las Vegas, Cincinnati y Utah. Un tercer puesto, dos segundos y otra victoria. Con esos resultados traspasó la barrera de los dos mil trescientos puntos en el sistema ELO. Entraba en el club de los mil mejores y poco después en el de los grandes maestros. Recibió el diploma acreditativo de la FIDE por mensajero dos semanas antes de cumplir quince.

Su padre siguió acompañándola y durmiendo en la misma habitación; no volvió a tocar a su hija. Check perdió poco a poco el miedo a otra violación, pero le turbaba profundamente no entender el porqué de la primera. Su padre se arrepentía, si no, hubiera repetido. Sentía cierto apego por ella, Check estaba segura, así pues, ¿qué pretendía demostrar? ¿Cuál era el objetivo de ese coito? ¿Marcar terreno? ¿Tan involucionado podía ser ese palurdo? Por más primitivo que fuera, debía conocer las consecuencias de un incesto... En este punto Check volvía sobre la paradoja del afecto. Y en cuanto al placer individual más interrogantes se le abrían, de ningún modo acertaba a comprender el ansia de un hombre por romperle a una niña una membrana carnosa. Todo conformaba un sinsentido, inquietante, molesto. Era «Gran Maestra» y no sabía desentrañar las razones que llevaron a su padre a desvirgarla. Cuando la cabeza empezaba a dolerle se desviaba hacia el único consuelo: si no llega a haber menstruado una semana antes del episodio, la podría haber dejado embarazada.

A medida que los mejores ajedrecistas se fueron acostumbrando a cruzársela en fases finales, más en serio se la tomaron. Check tenía un estilo y podía ser refrenado. Las tablas menudearon, así como las derrotas en semifinales. Estudió lo suficiente para diferenciarse de sí misma, pero fue cazada a la segunda. Podría haber probado en el

circuito internacional, y habría sido inútil, al menos cincuenta ajedrecistas siempre la superarían. Eran aquellos entrenados desde la infancia, cuando el cerebro es más dúctil. Contra esos talentos tan bien explotados desde el principio no tenía nada que hacer. Afortunadamente, Check se conocía bien y no se deprimió por eso, su maravilloso cerebro no se limitaba a variantes numéricas sobre un tablero. Su concepción espacial era gloriosa; su inteligencia práctica, devastadora; su memoria, genial. Y tenía el don de saberse retirar a tiempo. Combinar tales habilidades debía abrirle las puertas de la historia.

En su casa aceptaron su retirada del ajedrez sin dramatizar. El señor Farrell tenía claro que «su gallina» dejaría algún día de poner huevos, nunca creyó que una chica pudiera ser lista para siempre.

El siguiente campo de batalla fue el instituto. Se había fijado en las chicas más escandalosas de su clase; reían tan a menudo que debían de ser felices. Check se propuso igualar su estado. Se coló entre ellas silenciosa y discreta, como un alfil despistado. Algunas eran incultas hasta el punto de no saber qué significaba «Check», lo único que les importaba de su nombre era que no fuera ridículo. En una época en que los cuerpos cambiaban sin pausa y un simple grano podía desgraciar a la más solicitada, Check detectó las armas infalibles: acortar la falda, rellenar el sostén y pintarse como una puta. El día del baile de fin de curso había conseguido destronar a la más vanidosa; Check y no otra era la pareja del *quarterback*. El vestido era horrendo y los zapatos estaban gastados, pero nadie quiso fijarse, su acompañante era el capitán del equipo de fútbol americano y con eso bastaba. Había llegado al último escalón y no se sentía más feliz. Debía de haber algo más aparte de unos saludos repletos de envidia. El triunfo no podía limitarse a eso. A la espera de mejores conclusiones se dejó llevar por los ritos propios de la fiesta. Tras haber sido escogidos rey y reina del baile, se retiraron. A medio camino de la casa de ella, él paró la camioneta. Check no se sorprendió, contaba con ese peaje. Primero empezó a manosearla y besarla. Check se dejó hacer, sin ganas de alargar lo inevitable. Le sacó las tetas por encima del escote y se las chupó. Le bajó las bragas bajo el vestido con pericia, se notaba que lo había hecho otras veces. Se desabrochó los pantalones, se bajó la cremallera y de dentro de los calzoncillos sacó su polla bien sujeta. Con sus brazos musculados acercó a la adolescente hasta contactar sexos, entonces apretó hasta penetrarla. En un primer momento pareció extrañado, pero enseguida se puso a bombear compulsivamente. Poco antes de correrse le dijo a Check: «Tranquila, la primera vez no te puedes quedar embarazada». Check lo miró con desprecio, estaba preparada más allá de su mentira inculta. Había supuesto que el chico no querría usar preservativo, por eso durante su última visita al lavabo se había introducido en la vagina pomada espermicida. Era una pequeña precaución, posiblemente innecesaria, ya que no estaba ovulando. En cuanto a enfermedades venéreas no se preocupaba,

Check había accedido al historial médico del chico, donde aparecían los resultados de su reciente examen sanguíneo. Una vez hubo soltado su carga de semen en el interior de Check, el chico se retiró lentamente, mirando la desunión de los cuerpos. Al no ver rastro de sangre exclamó:

—¡Pero me dijiste que era tu primera vez! ¡Joder, tía! ¡No eras virgen!

—Es que...

—¡«Es que» pollas! —gritó él—. Mentirosa... Me la has colado, joder. ¡Me dijiste que nunca lo habías hecho! ¡Putra Check! ¡Hueles como todas! ¡¿Es que no sabes quién soy yo?! ¡Soy el *quarterback*! ¡El capitán! ¡Me merezco una virgen! Joder... ¡Largo de mi camioneta! Maldita folladora... ¡aún me habrás pegado algo! ¡Largo, joder! ¡Sal de aquí! ¡Pírate ya!

Check obedeció por miedo a ser golpeada, el chico ya le estaba levantando la mano. Caminó seis millas hasta su casa, con los tacones en la mano, hundida por el fracaso. No comprendía los hechos, las causas, el desenlace. ¿Qué necesidad tenía ese de que fuera virgen? ¿Le gustaba infligir dolor como a su padre o es que no soportaba las comparaciones? Todo era tan ridículo y penoso... Un final inesperado para un juego de imbéciles.

Durante las últimas semanas de clase fue objeto de las burlas más crueles. Había corrido la voz de que la chica se había autodesvirgado porque le gustaba masturbarse con los reyes de su ajedrez. Le dejaban notas sobre la mesa y dibujos en la taquilla. A plena luz del día le lanzaban piezas con violencia. Ella no entendía nada de nada. Sus compañeros no eran tales. Sus profesores no enseñaban. Su familia no la cuidaba. El mundo, sus valores, todo era una farsa y ella era la única en advertirlo.

Deambuló los dos años más de colegio como un alma en pena, cargándose de congoja ante la falta de respuestas. Solo necesitaba una razón, una sola, y cada día que pasaba el tormento de su ausencia la consumía. La vida que la envolvía era trágica e irrelevante.

Un día reunió todo el aplomo que pudo, se miró al espejo y preguntó a la imagen: «¿Eres capaz de salir de aquí?». Su mente respondió tan segura que lloró de felicidad: «Sí, Check, salgamos de esta mierda».

Solicitó becas en las mejores universidades. Su condición de «Gran Maestra» de ajedrez hizo que la atendieran, pero su pobre expediente académico era un lastre demasiado pesado. Le aconsejaron que probara en universidades más modestas, donde seguro la aceptarían. Check se negó; buscaba algo completamente nuevo, no una versión esnob del instituto. Se mantuvo en pie pese al sentimiento de extravío. El estómago se le alteraba al pensar que había sido rechazada sabiéndose más válida que cualquier otro candidato. Sus padres le dieron un ultimátum, no iban a tolerarla en

casa si no aportaba ingresos. Entonces sí se vio atrapada, rodeada por la prisa y el árido desierto de Texas. Un *borderline* vestido de uniforme le ofreció, en el centro comercial, la opción más impensada. Check casi se ríe en su cara. La campaña de reclutamiento estaba bien orquestada, soltaban la red en los bancos de estupidez. No esperaban pescar el cráneo privilegiado de la señorita Farrell, pero lo hicieron. La texana se alistó impelida por la urgencia y la curiosidad. Estados Unidos siempre estaba en guerra con alguien y necesitado de cazurros con ganas de morir. Si la vida no le ofrecía respuestas, quizás las encontrara en las fauces de la muerte.

Por su baja talla no pudo entrar en los marines, se tuvo que conformar con la infantería básica. Superó el periodo de instrucción sin mayores problemas. Al primer veterano que la intentó sobar le puso un cuchillo en los huevos y la dejaron en paz.

La enviaron a Iraq, tal como había solicitado. Allí, patrullando a la espera de un atentado, se ganó el respeto de sus compañeros. A estos, que pudiera completar el tablero de ajedrez a saltos de caballo de seis maneras diferentes les parecía un truco aburrido, en cambio valoraban profundamente que se estuviera jugando la vida por el petróleo de Cheney y Rumsfeld. Eran unos idiotas integrales.

Un día cualquiera, en la carretera de Bagdad a Basora, ocurrió lo deseado, una acción armada con la supervivencia en juego. Todo fue muy rápido, el vehículo activó una mina terrestre y, aunque no perforó los bajos, quedó averiado. Un puñado de suníes empezaron a ametrallarlos desde los arcones. El resto de los Hummers del convoy se colocaron en los flancos para proteger; en la maniobra uno topó con otra mina y quedó varado. Check disparó certera, era buena fusilera y su sangre, de hielo. Hirió de muerte a un mínimo de tres emboscados. Poco después los atacantes se retiraron. Alguien del bando americano ordenó salir corriendo hacia uno de los dos transportes útiles. Allí se hacinaron cuatro dotaciones; los vivos sentados, los muertos en el suelo o sobre sus rodillas. Check se pasó el trayecto hacia la base observando la cabeza de un soldado que descansaba en su regazo. Tenía un agujero en la frente, en su cara se había quedado fijo el último rictus, una expresión de duda, quizás la primera. Se debió preguntar por qué moría, si había valido la pena dejar la casucha de sus padres, su novia analfabeta, la batalla anual de cosechadoras... todo eso, por venir a morir al culo del mundo, a ese país que nunca supo ubicar en un mapa. Quizás sí valiera la pena. Allí le dieron un fusil de asalto y el poder de apuntarlo contra civiles. Allí se sintió poderoso. Con el traqueteo del semiblandado, el encéfalo del caído se fue filtrando por el ancho orificio de salida. La masa informe de su cerebro fue acomodándose entre las piernas de Check, que permanecía en silencio. A su alrededor la gente lloraba, rezaba o gemía de dolor. Todos parecían afectados hasta el tuétano, superados por la situación. ¿Qué esperaban?, se preguntaba la joven. Estaban en guerra. Esos árabes no se iban a dejar invadir y expoliar sin pegar unos tiros. ¿Qué tipo de ingenuidad infantil regía su entendimiento? Volvió a interesarse por el cadáver sobre sus piernas. Tenía curiosidad, desplazó la cabeza y miró la materia gris adherida entre sus rodillas. Se animó al pensar que por fin sería útil, los gusanos son

imprescindibles en el ecosistema, merecían ser alimentados. Eso era un soldado, carne dispuesta a pudrirse.

Check sobrevivió a tres escaramuzas más. Fue ascendida y condecorada por estar en el lugar y momento equivocados. Luego puso la excusa del estrés postraumático para alejarse de los combates y aprender árabe. Empezó con el coloquial, siguió con el clásico y acabó dominando todos sus dialectos. Con esos conocimientos enseguida fue solicitada como intérprete, había muchos interrogatorios y pocos traductores. Las lenguas daban poder, la importancia de su figura en el organigrama se había multiplicado. La cárcel de Abu Ghraib se convirtió en su hogar durante más de un año. Podría haber pedido un traslado, pero le gustaba estar ahí, era aleccionador; escuchaba a los detenidos describir un buen plan de defensa a nivel nacional, acceder a una derrota relámpago para desgastar a posteriori con la lucha de guerrillas. Otro punto a favor fue el grupo de espías iraníes que tenían retenidos sine die. Mientras los mandos buscaban razones para acusarles de algo, Check se ganó su confianza y aprendió persa. Poco después, ese nuevo idioma en su haber resultaría clave.

Asistió a las primeras torturas con expectación. Comprobó decepcionada que todo hombre tenía un límite: nadie moría sin haberlo contado todo. Lo que no parecía tener límite era la crueldad de los investigadores; siempre podían más. Impulsores de podredumbre, para ellos los presos no eran más que carne dispuesta a ser castigada hasta la muerte. La especie humana demostraba en ese presidio su miseria más pura. Era un espectáculo revelador, y a la larga, cansino.

Gracias a sus contactos con el personal de Inteligencia, Check supo de los problemas que tenía la división de Armas Biológicas en su base kuwaití. En el experimento que les ocupaba colaboraban americanos, iraquíes, egipcios e iraníes. Check solicitó una posición de intérprete, era una oportunidad única para introducirse en ese cuerpo hermético, cargado de secretismo, reservado a biólogos y oficiales. Comandancia accedió, estaban desesperados por la falta de resultados y cualquier mejora, aunque fuera en la comunicación interna, era bienvenida.

El acuartelamiento estaba en la costa; sus instalaciones resultaban pequeñas al lado de lo que consideraban el auténtico laboratorio: una gigantesca porción de mar limitada por un enrejado submarino. Los delfines que allí vivían eran los protagonistas. Los habían entrenado para detectar minas acuáticas y hacerlas explotar. En el morro les colocaban un cono explosivo para que al mínimo contacto detonaran la trampa localizada y a sí mismos en el proceso. Debían limpiar así la costa iraquí y eventualmente el estrecho de Ormuz. Los animales aprendían rápido y durante los ejercicios cumplían perfectamente, pero a la hora de la verdad, fallaban. Entre los conos de prueba y los auténticos no había ninguna diferencia,

tenían idéntico peso, color, olor y forma y, a pesar de todo, los delfines descifraban el momento en que eran enviados a inmolarse. Localizaban la mina y no la activaban, daban media vuelta y regresaban tranquilamente a la base. Una vez en el área acotada, se asomaban junto al borde donde estaban los cuidadores para que les desmontaran la bomba del morro. Cada vez que eso ocurría, la cabo Farrell debía reprimir una sonrisa. De acuerdo con los parámetros éticos habituales, esos animales eran buenos. Con cada fracaso científico más crecía en Check su admiración por ellos. Como tenía acceso a todos los documentos, sabía tanto del proyecto como el jefe de la investigación y, al igual que este, no entendía la negativa última de los delfines a obedecer. A esas alturas Check ya sabía que de hallar ella la solución al problema, no la compartiría. El uso de otros animales amaestrados como perros o monos para funciones similares le causaba repulsa. Estaba parcialmente desorientada por ese sentimiento, no sabía si nacía de un instinto primario o era fruto de su intelecto, el producto de un razonamiento cuyos pasos previos se habían perdido.

Pasaron algunos meses sin novedad. Se empezó a hablar de abortar el proyecto y liberar a los cincuenta mamíferos. Entonces llegaron refuerzos de la armada para la zona, dos destructores y un submarino que amarraron en las cercanías. Desde el primer día, el comportamiento de los delfines varió. Algunos se volvieron violentos y tuvieron que ser aislados, otros dejaron de comer. Los biólogos culparon del cambio de comportamiento a los potentes sonares de última generación de los nuevos navíos. Dado que estos no iban a dejar de emitir solo quedaba esperar su partida un mes más tarde. A los cuatro días, de manera casi sincronizada, los delfines empezaron a golpearse contra las paredes del puerto. Buzos y cuidadores se afanaron en evitarlo, pero solo consiguieron ser también golpeados. A los científicos, colapsados, no se les ocurrió otra cosa que mandar sedarlos. No fue posible, los animales estaban demasiado histéricos. Check corrió hasta el oficial de guardia que observaba cariacontecido:

—¡Van a morir, mi capitán! ¡Déjelos salir al mar! ¡Puede que así recuperemos algunos después!

El capitán pensó unos segundos y asintió convencido. Ordenó que abrieran el portón alambrado que los separaba de mar abierto y que guiaran a los delfines hacia fuera. Poco a poco los animales obedecieron. Check misma se lanzó al agua para ayudar. Cuando los hubieron sacado, subió a un promontorio para observar la evolución de su huida. El júbilo interior que sentía se disipó enseguida. Los delfines se alejaban cien metros de las instalaciones para luego cargar a toda velocidad contra la entrada o las rocas laterales. El ingenuo ruego de que los destructores apagaran sus aparatos fue desatendido con mofa. No había nada que hacer excepto mirar. Cincuenta delfines partiéndose el morro, destrozándose la cabeza, como si fueran arietes. Las aguas calmadas y azules se fueron tiñendo de grana. Los más afortunados se lesionaron fatalmente al vigésimo impacto, la mayoría seguía y seguía hasta el agotamiento, semiahogada y agonizante, varada entre las rocas. Cinco horas más

tarde Check veía morir al número cincuenta. Por segunda y última vez lloró de pena.

Su propio ejército era el responsable. Su propio bando. Su propia especie. Algo debía cambiar. Ella se encargaría.

De vuelta a su país se licenció con honores. Su familia al completo estuvo presente, emocionada. Check jamás pretendió perder el contacto con ellos, le interesaban, los veía como voluntarios de su estudio sociológico. Quería comprender a la humanidad y ese núcleo le aportaba infinidad de datos. Datos, que no conclusiones. Todavía no entendía el porqué de su pasmosa felicidad. Su madre se pasaba el día enganchada a la teletienda sin comprar nada, su hermano era temporero y dedicaba casi todo su tiempo a preparar una moto de cross que ni siquiera era suya para la carrera anual, y su padre no hacía más que hablar de Check, la heroína, la patriota, como si pudiera atribuirse parte de sus logros a pesar de haberla violado. La texana no le guardaba rencor, consideraba erróneo cargar con emociones que no reportaran beneficios. Por otra parte, atesoraba como su bien más preciado las lágrimas que derramó en Kuwait, estaban atestadas de significado, un principio categórico y cada vez más perfilado. El mundo debía ser mejorado. Ella se encargaría, pero necesitaba poder.

Como cabo condecorado en la reserva, sus acciones tendrían poca repercusión. Hacía falta escalar posiciones. En el ejército, por ser mujer y suboficial, nunca llegaría a puestos decisorios. Por los servicios prestados ya podía acceder a la universidad que deseaba, pero sin padrinos le sería vedada la entrada a las sociedades influyentes tipo Skull & Bones. Las puertas que de verdad se le abrían correspondían al trabajo público. Desechó la policía local por estar supeditada a la estatal, la estatal a la federal, el FBI a la CIA y la CIA a la Agencia de Seguridad Nacional. Se presentó en las oficinas centrales de la NSA en Fort Meade decidida a insistir hasta ser contratada. Por lo general son ellos los que van a buscar a sus futuros empleados, así que no le hicieron demasiado caso en recepción. Por ser veterana de Iraq exigió ver a algún responsable; este, con tal de callarla, le entregó un test psicotécnico. Check lo completó delante de él a una velocidad récord.

—Ha ido usted muy rápida. Se lo agradezco. Tras valorar sus resultados dictaminaremos una recomendación. Si deja sus datos, podremos ponernos en contacto con usted.

—No. Corríjanlo ahora y tráiganme el siguiente.

Las palabras de Check no admitían réplica. Su convicción era tan firme como la de un loco iluminado. El funcionario prefirió capear enfrentamientos y accedió a su petición. Ocho horas más tarde, un subdirector y un jefe de personal estaban debatiendo con ella qué labor se adecuaría más a su potencial.

—Táctica —dijo Check.

—¿A gran o pequeña escala?

—Ambas.

Fue como volver a los campeonatos de ajedrez, un periodo agradable de crecimiento y aprendizaje. Al año, solo dos pensadores de la NSA podían igualar sus estrategias de comando. En cuanto a macroestrategia, todo fue más frustrante. Existía un alto funcionariado que tumbaba una y otra vez las propuestas de Check por arriesgadas, innovadoras o, simplemente, porque no las entendía. Por encima de ellos solo estaba la figura decorativa del presidente; solían referirse a él como «el firmante» porque entre plegaria y plegaria de cristiano renacido no hacía más que rubricar sin chistar lo que le pusieran delante. En la cúspide del imperio, un puñado de hombres equivocados dirigía el destino de siete mil millones de personas. Trabajando duro y acertando a la hora de hacer favores sexuales, Check llegaría a ese nivel en veinticinco años. Era allí donde se gobernaba el mundo, y se hacía mal; sus políticas, ya estuvieran dirigidas a salvar el planeta o a subyugarlo, conducían a un desastre evidente. No estaba segura de que hubiera posibilidad de rectificación un cuarto de siglo más tarde. Debía encontrar una forma más veloz de influir sobre la Tierra y controlar su propio bando, su propia especie. El sector privado no le ofrecía más garantías. Solo un Gates, un Slim o un Van Zeesaar poseían los medios que precisaba. No la iban a poner al mando de nada sin haber tragado años de órdenes erróneas. Estaba cansada de eso. Prefería aprovechar un poco más su estancia en la NSA, recabar información, mejorar su formación teórica y programar puertas traseras para acceder a los sistemas una vez abandonara.

Al final dejó una Agencia por otra. La de Lander era una incógnita, una apuesta excitante. Tendría la oportunidad de aplicar sus conocimientos con un grupo heterogéneo. Los blancos eran interesantes y la filosofía del director, atractiva, delicada. Si realmente lograban convertirse en adalides del equilibrio, podrían desestabilizarlo cuando fuera necesario. Por supuesto que Lander no aprobaría tal acción, convendría quitarlo de en medio.

Y en eso estaba.

—Nenad. Nenad. Nenad, despierta.

No obedeció. Check destapó bajo su nariz un frasquito de amoníaco.

—¿Qué?! ¿Qué ocurre?!

—Estás en la base, tranquilo.

—¡Marko! ¿Dónde está Marko?! —gritó, zarandeando a la texana.

—¡No lo sabemos, Nenad! ¡Aún no lo sabemos! ¡Pero cálmate, por favor! Vamos a la sala de reuniones. Allí hablaremos. Nos están esperando.

—Lander... me golpeó...

—Él mismo te lo explicará. Venga, vístete y sígueme.

La mesa parecía mucho más grande, había dos personas menos de lo acostumbrado.

Sus asientos habían sido retirados para evitar un efecto deprimente. Nenad, en cuanto ocupó su lugar, empezó a hablar muy enfadado.

—¿Hemos de esperar a Paulo? Tengo algunas preguntas urgentes.

—Paulo no vendrá —dijo Lander—. Causó baja.

El serbio se tomó un instante para digerirlo. Luego continuó:

—¿Y mi hijo?

—Técnicamente también. Está desaparecido.

—¿Qué quieres decir? —masculló.

—Que lo perdimos durante la acción, Nenad. Eso quiero decir.

—Pero, pero... ¿cómo?

—Todavía no está claro, estamos analizando lo ocurrido minuciosamente. Hay puntos oscuros.

—¿Puntos oscuros?! ¡¿Puntos oscuros, Lander?! ¡¿Qué coño son puntos oscuros?!

—Puede que fuera culpa mía —intervino Sergey, compungido pero sereno—. Los informes que elaboré contenían errores, errores fatales. Creo que me engañaron.

—Sergey asume su responsabilidad —terció Lander—. Mientras aclaramos lo sucedido, permanecerá en excedencia.

—¿Cómo? —gruñó Nenad—. ¿La caga y le das vacaciones?

—No se va de vacaciones. Lo que quiero decir es que perderá privilegios de seguridad.

—¿¿Es que acaso es un topo?!

—Yo no... —comenzó el secretario indignado.

—¡Silencio! —le cortó Lander—. No hace falta que te defiendas. Los hechos lo harán, y no me cabe duda de tu inocencia. De todos modos, has estado sometido a mucha presión. Puede que te equivocaras.

—No lo creo —discrepó el ruso en voz baja.

—En cuanto a la acción —continuó Lander—, se nos abren varios interrogantes.

—¡Sí, Lander! —interrumpió Nenad—. Como por ejemplo: ¿dónde coño estabas? ¡¿No se supone que debías cubrirnos?!

—Y lo hice. Pero no fue suficiente. Había trampas para todos. Detecté las de gas para Bill y Layla. Acabé con un grupo que os venía por la espalda a través de pasadizos sin cámaras. Pero la forma en que cayó tu hijo fue completamente inesperada. Ni Checky supo advertirlo.

—¿Y lo de Paulo?

—Extraño. La bala que acabó con él parece proceder de una pared maestra. Es un lugar sólido, imposible. Pero bueno, ahí entra el problema de los planos. Aún estamos estudiando todas las posibilidades, incluso la de que fuera una encerrona.

Nenad no aguantó más. Se levantó y con los puños sobre la mesa gritó:

—¿¿Y mientras tanto qué, Lander?! ¡¿Cómo entierro a mi hijo?!

El director encajó como pudo la esperada pregunta. Se tomó unos segundos para

encontrar una respuesta amistosa. En ese lapso Check coló, en tono esperanzador, un comentario estudiado:

—No te precipites, Nenad. Aún...

—¡Check! —la censuró el germano. Pero ya era tarde, la chispa había prendido en el gran serbio.

—¡Déjala hablar, Lander! ¡Se trata de Marko! ¡De mi hijo! ¿Qué ibas a decir, Checky? «Aún...» ¿qué?

La texana miró a Lander en busca de autorización. Este ni se la dio ni se la negó. Nenad insistió con un grito terrible:

—¡¡«Aún...» ¿qué?! ¡¡Check!!

—Nenad, no quiero darte esperanzas, pero lo cierto es que no tenemos confirmación de la muerte de Marko.

—¿¿Cómo que no?!

—Verás, esto es lo que tenemos. —Check activó la consola táctil integrada en su porción de mesa, golpeteó brevemente y las imágenes grabadas de Marko aparecieron en las grandes pantallas de las paredes—. Fíjate, Marko cae al desfondarse el suelo. La siguiente es una toma lateral de la piscina que había abajo; por las salpicaduras y el oleaje, intuimos el impacto de su cuerpo al sumergirse. Eso es todo.

—Pero... no entiendo. ¿No hay plano de la piscina?

—No. Y los tipos que disparaban desde abajo ya no están. Si pretendían rematarle cuando cayera, carece de sentido que abandonaran la posición.

—¿Y qué, Check? Mi chico no se rindió, eso seguro. Y antes de caer prisionero rompería el diente de gas. Parece mentira que lo dudes.

—Y no lo dudo, Nenad, no lo dudo. Pero hay una tercera posibilidad: que no le dejaran... neutralizarse.

Con esa frase Check captó la atención de Mario, Siracusa, Bill y Layla, que hasta entonces no habían levantado la cabeza para nada. Yukio, más que moverse, redobló la energía que transmitía, como si algo en su interior hubiera despertado. Sergey seguía tan confuso como al principio. Y Lander, al contrario que la mayoría, bajó la vista.

—¡Explícate! —apremió Nenad a la táctica.

—Me parecía extraño que no acribillaran a Marko cuando lo tuvieron acorralado en un pasillo. En vez de eso le hicieron caer a una piscina. Lo que voy a plantear es solo una suposición, una posibilidad. Bajo el agua, Marko trató de salir a la superficie. Puede que no le dejaran, puede que allí estuvieran esperándole submarinistas con botellas. Si fue sujetado, se quedó sin aire, y estoy convencida de que no pensó en el diente, hizo lo que por instinto todos haríamos, abrir la boca desesperado. En ese momento pudieron colocarle algún tipo de molde o protección bucal que le impidiera romper la funda falsa. Luego, maniatado y sedado, con una simple radiografía podrían localizar la pieza mortal y extraérsela.

—Me parece imposible —reconoció Nenad abatido—. Si Marko estuviera vivo,

ya le habrían arrancado la ubicación de esta base con una tortura bien dirigida. Nadie aguanta un día sin confesar. Y no veo clima de evacuación.

—Tienes razón, Nenad. Quizás quieran intercambiar a tu hijo por algo que temen que destruyamos.

—¡Los planos del minipulso! —entendió el serbio.

Gran parte de la sala se tensó visiblemente. Lander fue el primero en volver a hablar.

—Nenad. Escucha, Nenad. Y esto va por todos. He permitido la explicación de Check porque debéis conocer, debemos conocer, la totalidad de los supuestos. No os dejéis seducir por una esperanza. Mantened la cabeza más fría que nunca. Lo de secuestrar a Marko suena más absurdo que cualquier otra teoría. Nadie se ha puesto en contacto con nosotros. Los hechos son que tuvimos dos bajas en una misión de máximo riesgo. Debemos asumirlo. Nuestro trabajo nos exige convivir con la muerte. Nos hemos acostumbrado a la perfección, para recuperarla debemos mejorar y repasar lo sucedido mil veces más. En diez horas nos volvemos a reunir. Quiero que vengáis con teorías, soluciones, realidades, lo que sea, pero os quiero concentrados. Ya habrá tiempo para la tristeza.

»Lo siento, Nenad, Marko era tu hijo, nuestro compañero, pero ante todo era un soldado.

—Sí —aceptó el padre, levantándose—. Y puede que aún lo sea.

En su cuarto, Check observaba las películas que guardaba: *Titanic*, *Chocolat*, *Reality Bites*, ¿*Conoces a Joe Black?*... Ciencia ficción. Todas, historias plagadas de extraterrestres, porque si a algún planeta no pertenecían sus personajes era a la Tierra. Sus tramas hablaban de amor verdadero, justicia social, esperanza. Al visionarlas sentía sosiego, simple sosiego, sería ingenuo sentir algo más; eran unas horas de fantasías imposibles, de oasis artificiales; sosiego y nada más. La realidad pertenecía a violadores no denunciados. Pero algo iba a cambiar, se estaba encargando de ello.

Lander tardó en llamarla lo que había supuesto: casi nada. El jefe, de tan enfadado, ni siquiera activó el vídeo, solo se oyó su voz crispada: «Check, por favor, ven a mi despacho. Enseguida».

La táctica se sentó frente al director. Estaban separados por un escritorio con bastantes papeles. De los dos fósiles que solían estar encima solo quedaba uno. Check sabía por qué.

—Te he llamado para que te disculpes. O para que me razones qué tenía de bueno comentarle a Nenad la teoría del secuestro.

—Sí. Creo que te debo una disculpa. No actué bien. Lo siento, Lander.

—¡No me sirve, Check! ¡De ti espero más! ¡Muchísimo más! Tú, tú no cometes errores.

—¡Pues parece que sí, joder! Parece que sí. —La chica quedó al borde de un falso

llanto; había ensayado la actuación y contaba con la plena confianza de Lander, por eso se la creyó.

—Tranquila, Checky, tranquila —la apaciguó, algo conmovido—. Debemos seguir hablando, como siempre. Lo vamos a solucionar.

La texana fingió recuperar la calma.

—Te pido disculpas de nuevo. Es por Paulo. Bueno, Paulo y Marko. Ya llevábamos cinco años. No me hago a la idea de haberlos perdido. Necesito pensar que Marko puede estar vivo. Me hace bien.

—Lo entiendo. Y puede que a Nenad también. Quizás tu teoría amortigüe el golpe, le dará unos días para ir aceptando lo obvio, pero no era el momento para exponerla. Nenad y Sergey eran amigos, buenos amigos. Ahora todo se ha complicado y te necesito para mantener el orden.

—Tienes toda la razón, Lander. Cuenta conmigo. No te defraudaré.

—Sé que no lo harás —aseguró el germano—. En cuanto a los planos erróneos, ¿qué piensas? Fue Sergey quien los dio por buenos.

—Creo que no se equivocó expresamente. Sus fuentes le hicieron error, pero para investigarlas con todas las garantías deberíamos hacerlo sin él.

—Estoy de acuerdo. Una sombra de duda ya planea.

—Sugiero que le apliquemos una cuarentena.

—¿Encerrarle?

—Solo por una o dos semanas, lo que tardemos en localizar el error.

—No me gusta —confesó Lander con el ceño fruncido—. Nunca hemos arrestado a uno de los nuestros.

—Tampoco habíamos perdido a nadie. Tú mismo lo has dicho: la duda planea. Con Sergey de por medio, el clima se enrarecerá, sospecharán hasta de sus bebidas. Si se queda en la «habitación para invitados», la gente, más tranquila, recuperará la fe en él por sí sola.

—Sí, además Nenad no está para evitar enfrenta...

Lander se quedó a mitad de palabra. Sobre su mesa, un trilobites fosilizado, sesenta y cinco millones de años después de su muerte, volvía a moverse. Lo más sospechoso que podía hacer Check era quedarse callada, la piedra vibraba también frente a ella.

—¿Qué es eso?

—Eso, Check, puede ser la pista que necesitábamos.

Una hora más tarde Lander salía de la base. Antes había ido con Sergey hasta la sala de detención. El secretario, a regañadientes, accedió al arresto preventivo. Checky quedaba al mando hasta su regreso. «Cuatro días», le dijo a su sustituta. No iban a ser cuatro días, el fundador de la Agencia jamás volvería, la texana se encargaría de ello.

Datos: Lander fuera, Sergey encerrado, Nenad motivado y los demás en grado medio. Relevancia: cero obstáculos. Actuación: inicio fase 3.

La especie humana, tan vil y brillante, contradictoria, inestable, sí... la especie humana al completo se encaminaba hacia la extinción. Casi todos sus miembros participaban en el proceso. Check había nacido para destacar entre todos. En cierta ocasión, Bill le habló sobre la necesidad de acabar por siempre con las cucarachas; la única razón lógica que esgrimió fue su condición de portadoras de gérmenes. Pero esos gérmenes son prácticamente inocuos, solo hacen mal al hombre. Por otra parte, esos bichos, al descomponerse, fertilizan activamente y funcionan en vida como máquinas de reciclado. El ser humano, por el contrario, vive como corruptor de materia, creador de residuos casi inmortales. Durante esa conversación Check ya lo tenía claro, si alguien merecía una «solución final» eran ellos mismos. Los medios para conseguirlo eran, para una *redneck* como ella, teóricamente inalcanzables. Necesitaría imaginación y gloriosa inteligencia. Tenía ambas.

Era su deber, una verdad que estuvo ahí desde el principio, una verdad que pasó de brumosa a invencible a medida que superó pruebas, con el día de los delfines como final de trayecto. El hombre iba a destruir el planeta, no cabía duda. Como un jefe irresponsable debía ser despedido. Se había pasado doscientos mil años evolucionando a costa de doblegar especies y una vez en la cúspide de la pirámide alimentaria, en vez de reinar sabiamente y procurarse un futuro sostenible, había decidido seguir en su lucha, mantener el instinto asesino y subyugar a sus congéneres. Check detestaba saber cuánta vida era aniquilada colateralmente. El resto del planeta no tenía la culpa. Y ella podía cambiar las cosas de la manera más limpia.

El ecosistema global era como una torre inestable de fichas de dominó con un piso sobrante; para que no se derrumbara entera el único que tenían que eliminar debía ser el último, aquel donde el hombre residía. Las bombas de neutrones eran demasiado agresivas para su propósito, sin contar que sus custodios eran escogidos por un presidente mongólico entre sus allegados más obtusos. Check nunca sería candidata. En cuanto a las armas biológicas, más o menos ocurría igual. La opción más viable era a través de la infraestructura de los grandes próceres, pero como le iba a tomar demasiado tiempo había buscado un atajo a través de la Agencia.

Si todo salía bien, ya podía considerarse la mano derecha de Van Zeesaar, era lo mínimo por entregarle la cabeza de Lander y los planos del minipulso. Una vez allí, hacerse con una cepa de ébola mutado parecía el paso más fácil.

Check supo que el sudafricano era su hombre cuando investigó la historia de Lander. La texana había dejado pasar el tiempo hasta convertirse en un puntal de la organización. Durante sus penúltimas vacaciones se había reunido con Van Zeesaar en persona en el pueblo de su familia. Rodeados de paletos de cogote enrojecido, el famosísimo empresario pasaba tan desapercibido como cualquier turista despistado. Fue en un tugurio country donde urdieron el plan. Duro, imperceptible, excelente. Check se congratulaba de haber previsto todos los contratiempos, ya que muchos se habían dado. El único elemento ajeno a la idea primigenia era Layla. Su aparición casi le hace abortar el plan, pero Check enseguida la vio como a una potencial aliada.

Si la debilidad de Van Zeesaar era el odio, Lander también fallaba en algo, un impulso primitivo que provocaría su debacle. En San Petersburgo, el germano actuó como estaba previsto; debía acostarse con Lía, y lo hizo. Si la fecundaba o no era un aspecto secundario; si no lo conseguía él, podían sedarla e inseminarla artificialmente, existían métodos para que nunca sospechara lo ocurrido. Lo importante era que estuviera convencida de la identidad del padre. La intervención externa fue innecesaria, bastó con sustituir las píldoras anticonceptivas de Lía por un placebo.

Aunque Lander pasó esa noche completamente desprotegido, Van Zeesaar temía demasiado al resto de la Agencia, especialmente a Yukio. La destrucción de su enemigo debía fraguarse en su propio círculo, y para lograrlo estaba dispuesto a sacrificar a su única hija. El amor de padre que sintió una vez se estancó con el tiempo, el odio hacia Lander no. Van Zeesaar despertaba cada vez más a menudo con la imagen del asesino ocupándole la mente. Era insoportable, le superaba el hecho de no haberle derrotado; también era cierto que su exguardaespaldas no había vencido, pero eso no era suficiente. Van Zeesaar era un depredador enfermizo. La prioridad era matar a Lander, recuperar el afecto de su hija se había convertido en una cuestión secundaria. Lía había cumplido de maravilla su papel de cómplice sin saberlo, y seguía haciéndolo. Lander, que tras París no había dado con la manera de volver a contactar con ella sin exponerse ante Van Zeesaar o descubrirse ante los suyos, se consolaba acariciando un nexo prehistórico en forma de piedra, un fósil que acababa de dar la señal de alarma.

Lía estaba en peligro o en una situación desesperada, eso es lo que sabía Lander. Check conocía la situación: la chica acababa de dar a luz y su padre se había quedado con el niño, no le permitía verlo. Es más, le había dejado claro que siempre sería así, era el precio por traicionarle quince años atrás. Lía estaba sola. Contra Peter van Zeesaar nada podía, tenía los medios para incapacitarla como madre y encerrarla en un sanatorio. Derrotada, se dirigía al lugar que Lander le había hecho memorizar, tras dejar atrás con facilidad a todos sus vigilantes. Lo que no sabía era que bajo su piel, aprovechando la epidural, le habían implantado un chip antisequestro. Tanto Check como Van Zeesaar controlaban su posición, solo faltaba esperar y ver dónde paraba.

La voz de Bill, nerviosísima, resonó en la megafonía de la base:

—¡Por favor, escuchadme! ¡Convoco reunión de emergencia! ¡Inmediatamente!

El mensaje, parco y apresurado, era sinónimo de malas noticias. Check respiró hondo, debía fingir sorpresa y manipular mejor de lo que jamás lo había hecho. Comprobó en la pantalla de su cuarto el canal correspondiente a la sala de detención. De acuerdo con las imágenes, estaba desierta. Había sustituido la señal del directo por una grabación. Aparte de Lander, solo ella sabía dónde se encontraba Sergey. Ya se había encargado de cerrarle las comunicaciones. Para Check, el supuesto ruso, zulé

vocacional, era un riesgo intolerable, sus reacciones frente al engaño que se estaba gestando eran impredecibles. No sabía con seguridad cómo atraerlo a su causa, por eso ideó la forma de mantenerlo apartado.

Bill, intranquilo, miraba sin decir nada a los miembros que iban entrando en la sala. Al llegar, Mario preguntó directamente:

—¿Qué pasa, Bill? No han pasado ni tres horas.

—Espera a que lleguen Lander y Sergey.

—¿No han llegado ya?

—No —confirmó Nenad malhumorado.

Al cabo de unos minutos, Bill los reclamó por los altavoces. Al no recibir respuesta conectó la pantalla y buscó por el circuito cerrado de televisión. Nada.

—Bueno, habrán salido —comentó Check.

—Lander vale —dijo Bill—, pero ¿Sergey? Sergey no sale nunca mientras estamos aquí. Joder, qué mierda más rara... pero esto no puede esperar más. Debéis verlo ahora. Me ha llegado por correo electrónico, remitente oculto. No sé cómo han conseguido mi dirección. Bueno, ahí va.

El irlandés activó un vídeo que se reprodujo en las cuatro paredes. Nada más comenzar, todos quedaron boquiabiertos. Era un primer plano de Marko. La cabeza le colgaba hacia delante como si se hubiera dormido sentado, tenía los ojos amoratados, los labios partidos y pequeños cortes por toda la cara. Pero lo más importante era el movimiento acompasado de su respiración. De acuerdo con lo que estaban viendo, el joven serbio estaba vivo. A pie de pantalla, un subtítulo apareció: «Sabéis lo que quiero. Volveré a contactar». En total fueron veintidós segundos, luego fundido a negro.

—Tienen a mi hijo —dijo Nenad; detrás de la obviedad, nadie atisbó felicidad o indignación, era más bien estupor—. Marko...

—Sí, Nenad —convino Siracusa—. Eso parece. Bill, ¿puede ser un trucaje?

—Siempre, pero lo dudo. Check sabe más de eso.

—Lo comprobaré —aseguró la texana—, pero creo que es un vídeo auténtico. No veo razón para engañarnos. Hasta que no se demuestre lo contrario deberíamos tomarlo como una prueba de vida.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Nenad—. ¿Esperar y ya está?

—Esperar y localizar a Lander —respondió Layla.

—Estoy de acuerdo —la apoyó Siracusa—. Esto es una emergencia.

El resto de los presentes asintió, convencido. Check tomó la iniciativa; tecleando sobre su porción de mesa, anunció:

—Acabo de enviarle un código blanco. Pero... ¡qué raro! El ordenador me dice que el código no es correcto. No puede ser. —Repitió la operación—. No lo entiendo —mintió—, ¿Lander os ha dicho algo sobre cambio de códigos? —Todos negaron.

—¿Solo puede cambiarlos él? —preguntó Nenad.

—Sí, bueno, no, también aquel sobre el que delega cuando se marcha para largo,

pero que yo sepa no ha delegado en nadie, ¿verdad? —Todos negaron otra vez.

—¿Y en Sergey? —inquirió de nuevo el serbio.

—Sería posible, pero...

—¡Pero nada! ¡Mi hijo está secuestrado y Lander y Sergey se han largado! ¡Eso sí que es raro!

—Tranquilo, Nenad —le pidió Bill—. Seguro que todo tiene una explicación.

—Seguro que sí, irlandés, pero, por si acaso, quiero asegurarme de algo: ¿a alguien le parece mal intercambiar los planos del minipulso por Marko? —Nadie inclinó la cabeza, las miradas de todos se mantuvieron firmes ante la de Nenad, rabiosa y angustiada; el serbio, rodeado de apoyos, agradeció la lealtad con una especie de sonrisa—. Pues, para ganar tiempo, propongo tener los malditos planos preparados.

—Hay un problema —anunció Check—. Me temo que los códigos que tenemos de la cámara acorazada serán tan inútiles como los que usé para contactar con Lander.

—Yo tengo copias en el laboratorio —dijo Bill—. ¡Voy a por ellas!

—Gracias. Mientras tanto deberíamos repasar el vídeo —propuso Check—, y tal como ordenó Lander, profundizar en los fallos de la misión de Chicago.

El irlandés se fue y volvió en cuestión de tres minutos. Llevaba la cara descompuesta de espanto.

—¡Se lo han llevado todo! ¡Han desaparecido!

—¿El qué? ¡¿Los planos?!

—¡Sí, Check! ¡Los planos y los prototipos!

—Pero ¿quién...? —inició Mario.

El silencio le envolvió a él y al resto, la solución al enigma parecía tan fácil como dolorosa. Check frenó la histeria:

—¡Alto, alto, alto, alto! ¡Ni penséis lo que estáis pensando! Los planos deben de estar en la cámara acorazada. Y la abriremos.

—¿Pero cómo? —preguntó Bill—. Los códigos han cambiado. Podría volar la puerta pero vendría la policía. ¿Podemos exponernos a eso?

—Hay otra forma —dijo la texana—. Podemos probar con el nuevo descryptador de la NSA, lo tenemos crackeado desde ayer. Se supone que es rápido.

—¿Cómo de rápido? —resopló Nenad, desconfiado.

—Entre cinco y dieciséis horas. Un día con muy mala suerte.

—Y mientras tanto, ¿qué hacemos? —continuó el serbio—. No me gusta nada quedarme aquí, con los brazos cruzados, sin saber qué está pasando.

—No estaremos con los brazos cruzados —le serenó Checky; su estado era el más entero del grupo y todos la atendían esperanzados, aliviados porque alguien tomaba el mando—. Yo me pongo ahora mismo con los códigos de la cámara. Bill, tú ve preparando explosivos por si el programa no funciona. Yukio y Siracusa, diseñad un plan de fuga que no se parezca en nada a los oficiales y preparad documentación para todos, es posible que tengamos que salir pitando de aquí. Mario, quiero que vayas a la

sala de control y estés atento a cualquier anomalía; avisa si ves cualquier cosa rara, tanto en el interior como en el exterior de la base; ¿lo has entendido?

—Sí, Check. Cualquier cosa rara.

—Layla y Nenad. Los archivos siguen abiertos, no están bloqueados. Aprovechadlo. Quiero alguna pista que nos ayude, cualquier cosa. Buscad. Podéis trabajar desde el terminal que prefiráis. Lo más probable es que Mario nos anuncie el regreso de Lander o Sergey en cualquier momento, pero mientras tanto mantened la cabeza fría. Si alguien se queda sin trabajo que venga a verme, estaré en el despacho de Lander. Vamos, moveos.

Todos se dispersaron, concentrados en cumplir las órdenes, era algo infinitamente mejor que quedarse pensando hasta la obsesión. Si les habían tendido algún tipo de trampa no iban a caer sin ofrecer resistencia.

Check se sentó, relajada, en el sillón de Lander. Desde allí el germano había hecho y deshecho, creyéndose amo de sus decisiones cuando en realidad era Check quien lo había manejado. Sabía que aprovecharía París para entregarle a Lía algún tipo de comunicador, pero se sorprendió al reconocerlo en ese erizo fosilizado. Lander había priorizado por encima de la discreción, la poesía. Otra debilidad incomprensible.

Abrió una conexión de posicionamiento global. En su pantalla un punto rojo titilaba. La línea derecha de Lía se movía hacia el sur de Francia a gran velocidad. *Un jet privado*, aventuró Check. Estaba claro que cambiaría de transporte dos veces más antes de encarar la última etapa hacia el punto de encuentro, pero la texana ya podía comenzar a elucubrar. Cuando lo tuviera medianamente claro, abriría la cámara acorazada y daría paso a la fase 3. Le esperaban unas cuantas horas tranquilas, solo debía inventarse tareas para mantener al equipo ocupado y vigilar que nadie bajara al subnivel 2 y preguntara por qué el pasillo hacia la sala de detención estaba cerrado. Su cerebro podía acometer esas funciones prácticamente en coma.

A modo de entretenimiento, le dio por pensar en sus compañeros; tres días a lo sumo les separaban de un adiós definitivo. Check sintió un pequeño hueco en el pecho. Eran escrúpulos, otra de esas estupideces que minan la eficacia humana.

Lander, un dechado de virtudes, un asesino perfecto, vocacional, corrompido y a la postre condenado por el amor. Menuda tontería. Si no fuera por Lía, habrían trabajado unidos por el fin de la humanidad. Y el tema de las bajas... una excentricidad, creía Check, pero una excentricidad útil. Solo quien busca la perfección es capaz de acercarse a ella, además era un reto divertido, le hacía exprimirse el cerebro y disfrutar más de los éxitos. Pero ese niño, esa criada, ese peatón, esa teórica víctima, seguían siendo culpables de nacer humanos; en su casi totalidad deseaban una madera con un clavo para amenazar y explotar a otro más desdichado; si se conformaban con su posición de debilidad era exclusivamente por falta de agallas. En Lander se escondía un suicida, Checky lo deducía de su

enamoramiento. Su cuerpo y su mente habían escogido a Lía van Zeesaar por el peligro que representaba. Cada beso que se dieron llevaba intrínseca la muerte. Pero bueno, para Check los suicidas eran los únicos hombres de principios. La otra gran debilidad del germano era su confianza. En los inicios de la Agencia supervisaba hasta la extenuación las actuaciones ajenas; poco a poco su vigilancia se había disipado hasta diluirse por completo. Había ganado en felicidad, eso seguro, pero el precio que iba a pagar... Confiar en una persona era insensato, pero podía funcionar. Confiar en dos o más era llamar a las puertas del fracaso. Check había aprovechado ese relajamiento por parte de Lander para tejer los mimbres de su eliminación.

Yukio era otro cómplice imposible. Su talento solo era igualado por el del director. Ambos sentían una alegría natural cada vez que seccionaban una yugular. Check no. La texana había matado y hecho matar, pero lejos de vibrar por ello se había limitado a analizar los pros de cada defunción. El japonés vivía por su espada, solo necesitaba mantenerla manchada de rojo.

Los italianos, de entre todos, eran los más normales: falibles, libidinosos y ocasionalmente solidarios, ejemplos perfectos de volubilidad. Sus cuadros psicológicos eran más sencillos si cabe que el de Nenad. En cuanto se precipitaran los acontecimientos, ni Siracusa ni Mario causarían problemas, iban camino de colaborar o desertar. En el caso de Siracusa, dependía de cuánto hubiera arraigado en él el espíritu del Patio; prácticamente trataba a todos como hermanos. Mario le seguiría o se dejaría llevar por sus ganas de disparar. Su participación era, en definitiva, innecesaria.

Nenad era el ejemplo de la maldad descarnada, del hambre por la derrota ajena, que no por el triunfo propio. Un hombre, al fin y al cabo, el mejor cómplice para su extinción; y sin embargo, con gestos ocasionales y un amor paternal irrevocable que constituía su perdición. No tenía la menor idea de lo ridículo de su angustia, estaba indignado por nada. Marko, tras la grabación, había sido ejecutado, puro y virgen, el muy idiota.

Layla, la salvaje, el puño de Alá. Podría haberse convertido en un problema mayor que Yukio y, sin saberlo, iba a colaborar más que nadie. Había aparecido en busca de redención, la Agencia la seducía y su ideólogo, en la distancia, la enamoró. Check la tenía por la peor de las patéticas; con un currículum semejante, tan aterrador, y un buen día se cansa, busca y se entrega a un estímulo elemental, el mismo que hundiría a Lander. Porque esa era la única explicación de su llegada, de su permanencia y, en consecuencia, la realidad. Parecía mentira que solo Check se hubiera dado cuenta. Podía ser que ni siquiera Layla fuera consciente.

Su adorable Bill había caído también, pero no tan bajo. Lo tenía afectado, no loco de amor. Lo importante era mantenerlo fidelísimo. Por si acaso, también había jugado con él la carta depresiva. Sugar Mbassa le dio la oportunidad de fingir un trauma y reclamarle cuidados intensivos. El irlandés era el único del grupo con auténtico derecho a vivir, formaba parte de ese cinco por ciento excepcional que anteponía la

bondad y la risa a cualquier otro interés. Sin hipocresía, era consciente de todas las muertes que causaba, consciente de estar dejando viudas y huérfanos, pero viudas y huérfanos de soldados como él. Él mismo era huérfano y no por eso se le había agriado el carácter. Check había rastreado sus movimientos bancarios: repartía su soldada entera entre organizaciones ecologistas y el proyecto de Paulo, se guardaba lo justo para unas vacaciones modestas, un cómic descatalogado o la figurita conmemorativa de una serie cancelada. Bill era excepcional, un humano defectuoso, por eso y por conveniencia le había premiado con el mejor sexo que podía dar una mujer. Check sabía que no era especialmente atractiva, su pelo mate y sus pequeños senos no aguantaban comparaciones con las chicas neumáticas de las revistas, pero su entrega bastaba de sobra. Se había dejado penetrar por todos los orificios, se tragaba a menudo su fluido salado y más de una vez se había dejado atar. Con todo, una simple conversación sobre cucarachas ofendió a Bill hasta tal punto que se autoimpuso voto de castidad y casi de silencio. Por esa torpeza Check estuvo a punto de perder un cómplice abnegado. Un mensaje reconciliatorio y ser follada por un negro demente y ya lo tenía otra vez donde quería.

El punto rojo que era Lía había dejado de volar en Roma. Se dirigía por tierra hacia la costa este italiana. Allí no había aeropuertos de relevancia, solo vuelos continentales. Seguro que Lander se movía a máxima velocidad, quizás ya estuviera en el avión que le acercara al destino final, así pues debía aterrizar allí donde fueran laxos con los reconocedores faciales o simplemente carecieran de ellos, de otro modo sería localizable. Europa eliminada, Lía no iba camino de un aeropuerto, se dirigía a un puerto marítimo. De todas las opciones, el único enlace intercontinental era el Superfast Ferry Trieste-Alejandría. Check ya podía empezar a movilizar a la gente hacia Egipto.

La voz chillona de la texana se esparció por la base: «Atención todos. Atención. La cámara acorazada está abierta. Deberíais venir aquí».

—Los planos no están —expuso Check con sobriedad. Los otros seis tragaron aire para empujar la noticia hasta las tripas—. Nuestro objetivo inmediato debería ser recuperarlos. Bill, tú trabajaste con ellos, ¿podrías reconstruirlos?

—No estoy seguro. Había secuencias de fórmulas largas como mi brazo. No tengo los prototipos para guiarme, ¡hasta las pizarras del laboratorio han sido borradas! Sería cuestión de ir probando.

—Dame una estimación, por favor.

—Sí, bueno... con el material adecuado... ¿ocho meses?

—Inadmisibile. Mmm... está bien. Atentos a mi exposición. La situación es crítica. Necesitamos los planos para negociar por Marko. Presumiblemente, se los ha

llevado Sergey o, Dios no lo quiera, Lander.

—O los dos —indicó Siracusa.

—Sí —aceptó Check con pesar—. O los dos. Todo pasa por encontrarlos. Lander sabe moverse sin ser visto. Tendremos que esforzarnos. Sabemos que se fue de aquí hace seis horas y media. La última vez que vi a Sergey fue hace más o menos lo mismo. No pueden andar lejos. Tenemos inteligencia y los equipos de rastreo desbloqueados. Solo nos falta una pista. Mantened la interlínea abierta; cuando alguien descubra algo, que lo comunique. Y tú, Mario, vuelve a vigilancia, te necesitamos ahí. Vamos, ¡a trabajar!

Media hora después, Check se introdujo en el ordenador de Layla. A la palestina se le esfumaba la razón pensando en el hombre que amaba, en el posible traidor; buscaba en archivos aleatorios, sin criterio, sabotada por sus propios sentimientos. Check iba a resucitarle la empatía y las ganas de matar. Fue repartiendo datos en su pantalla, guarismos y fechas sin conexión aparente, pero significativos al ojo entrenado de Layla. Solo hacía falta insistir hasta que el corazón cediese y asumiera lo que estaba viendo: Lander y Lía habían vuelto a contactar; un simple cálculo y el bebé apareció. La explosión visceral, los celos, el fuego en el alma. Check lo había previsto. Mientras tanto, Siracusa, guiado subliminalmente, creyó reconocer un rastro en ese pasajero que conectó el puente aéreo hacia Madrid con un vuelo de ida a El Cairo. El puzle estaba formado, cada pieza la había aportado una mano diferente, nadie en particular era responsable, lo era el equipo al completo.

En la sala de reuniones, los hechos hablaban mejor que la voz temblorosa de Check.

—A ver si lo entiendo —dijo Mario—. Decís que Lander se ha ido a ver a su amante, que la tía tenía que dar a luz un día de estos, y se ha llevado los planos para hacer las paces con un suegro que le odia. ¿Es eso?

—Creo que lo has explicado perfectamente —confirmó Layla corroída.

—Os recuerdo que es una suposición —avisó Check—. Hemos de confirmar el encuentro.

—Pero todo indica que...

—¡Layla! ¡Por favor! —le rogó la texana.

Siracusa, sombrío, disculpó a su compañera:

—Tranquila, Check, deja que lo diga, al fin y al cabo es lo que todos estamos pensando.

—Pues continúo —aprovechó Layla—. Todo indica que ha cambiado la Agencia por el imperio Van Zeesaar. Parece que busca el poder de su heredera.

Check deseaba escuchar ese comentario más que cualquier otro. En su confusión, Yukio requería la luz de esa frase. Si Lander buscaba el poder, el japonés podía

reclamar ese combate pendiente.

El clima era muy propicio para el último empujoncito de Check:

—Conclusiones: si queremos salvar a Marko, hemos de encontrar a Lander, y puede que enfrentarnos a él; si se ha vendido, supondrá que disolveremos el grupo y no esperará una visita, aunque permanecerá oculto hasta convencerse; la base, de momento, puede considerarse segura, de nada le serviría vendernos a nosotros, como grupo somos demasiado peligrosos, pero en cuanto salgamos de aquí, si lo hacemos por separado, puede ocurrir cualquier cosa. Así están las cosas. Personalmente creo que deberíamos seguir la pista de Lander sin abandonar la base. Esa es mi decisión, con todas sus implicaciones, pero que conste que es la mía. Del mismo modo que nadie me manda yo no mando sobre nadie aquí, pero necesito saber con quién cuento. ¿Nenad?

—Me insultas.

—Lo sé, pero prefería confirmarlo. ¿Yukio? —El japonés se limitó a asentir—.

¿Bill?

—Estoy contigo.

—No, conmigo no —apuntó ella—. Con Marko en todo caso. Es por él por quien te jugarás la vida.

—Tienes razón. Estoy con Marko.

—¿Layla?

—Sí, encontremos a Lander.

—¿Siracusa?

El lombardo se giró hacia su amante:

—*Cosa ne dici, Mario: rischiamo la pelle sul serio 'sta volta?*

El guapo calabrés le contestó con una mirada infantil y viciosa. Siracusa volvió sobre Check y dijo:

—Muy bien, ¿cuál es el plan?

Datos: Lander localizado, Sergey encerrado. Relevancia: la Agencia unida. Actuación: inicio fase 4.

Cincuenta horas más tarde todos estaban motivados y en sus puestos. Check había falseado vídeos de seguridad y testimonios que daban a entender que Lander llevaba encima los planos del minipulso y los prototipos desmontados. De acuerdo con el transmisor de Lía, fue cuestión de tiempo detectar por satélite un todoterreno atravesando el desierto con intención de interceptarla. En Siwa se dio el encuentro. Un despejadísimo cielo ayudó a identificar a la mujer.

El equipo de ataque ya estaba en El Cairo. Check se había quedado en Barcelona, la base era el mejor lugar para supervisar la acción, no tenían tiempo para preparar una unidad móvil in situ. Junto a ella estaban Nenad y Layla. Los había eximido de viajar por miedo a que dieran un mal paso en el momento más delicado; ambos

podían perder los nervios y lanzarse en solitario a por Lander y Lía respectivamente. Con los otros cuatro debía bastar. Y si todo fallaba, contaba con el ejército oculto que Van Zeesaar había comprado.

La única arma que habían llevado era la estúpida espada de Yukio. El nipón había insistido en la necesidad de portarla. Su tozudez provocó un retraso imperdonable que casi les cuesta el vuelo. Tuvieron que buscar y falsificar permisos especiales para la wakizashi. Una vez en El Cairo, fueron al supermercado ilegal de la Ciudad de los Muertos; allí se hicieron con fusiles, pistolas, granadas y visores nocturnos.

Copiaron en todoterrenos el itinerario de Lander e iniciaron la última aproximación a diez kilómetros del objetivo. Check les previno: debía existir un perímetro repleto de trampas, pero no encontraron la primera hasta situarse a ochenta metros de la cabaña. Se trataba de un mecanismo básico, una cuerda que al ser pisada o arrastrada liberaba el tronco tensado de una palmera joven que hacía las veces de catapulta; una piedra saldría volando hasta las inmediaciones del istmo de Lander y le alertaría con el ruido que haría al sumergirse en el lago.

El silencio era tal que por más lento que reptaran se percibían escandalosos. Habían optado por comunicarse con Check por escrito mediante terminales de muñeca. Solo la base emitiría audio.

—Aquí base. He vuelto a escanear la casa. Adobe y piedra, nada más. El generador eólico está conectado a un acumulador y este a dos aparatos de bajo consumo, seguramente un ordenador y puede que un teléfono. No hay inhibidores ni rastreadores así que mantenemos los nombres originales.

»Sí, Siracusa, a mí también me parece rara la ausencia de minas, pero debéis estar preparados para cosas peores; recuerda quién es el blanco.

»Mario: Nenad y Layla coinciden en que deberías separarte más de Siracusa para abrir el arco de fuego. Con un metro más bastará.

»Yukio: adelántate hasta la lengua de tierra.

»Bill dice que los visores son poco fiables. Prescindid de ellos. Iniciaremos la acción con la primera luz. Los animales se despiertan a esa hora, sus ruidos os darán una débil cobertura. Tomaos ahora las antifatiga.

»Bill: estás nervioso, no puedes estar sintiendo vibraciones en la tierra. Sí, todos aceptamos que eres el más sensible al movimiento, pero en cinco kilómetros a la redonda no se está moviendo nada.

—Es cierto, Bill —confirmó Nenad—. No debes preocuparte.

El serbio y Layla escudriñaban la pantalla térmica; la normal aún estaba fundida en grises por la falta de luz. Check respiró hondo. Su estimado Bill había notado el avance de piezas de artillería. Soldados egipcios las debían de estar trasladando a pulso. Pero el irlandés no insistió, sería que ya las estaban fijando y apuntando. La texana cruzó los dedos, suplicó a todo aquello en lo que no creía que la tropa local se hubiera ajustado bien el camuflaje térmico.

La voz chillona prosiguió en sus indicaciones:

—Bill: mantente alejado del grupo. Asegura la retaguardia. Os encontráis a nueve kilómetros y medio exactamente de vuestros vehículos y el camino hasta ellos permanece expedito. Puedes incorporarte a la ofensiva.

»A todos: Bill acaba de darme el “ok”. Se coloca treinta metros por detrás de Yukio.

»Pareja: abríos más.

»Cincuenta minutos para que amanezca. Veintipocos para la primera luz. Vosotros diréis. Mientras tanto, recuerdo: la casa tiene una planta única de treinta y ocho metros cuadrados. No hay construcciones subterráneas, bajo el piso la tierra se enfanga. Lander y Lía entraron solos a las 00.15 horas, presumiblemente estarán dormidos, pero no profundamente. No hay rastro del bebé. Intuyo que le han dejado el niño al abuelo. Lo que nos importa es que no hay posibilidad de bajas.

Las comunicaciones enmudecieron durante un lapso que a todos les pareció eterno. Ese rato simbolizaba el crepúsculo de la Agencia. El desencanto era palpable. Yukio envió un «listo». El hechizo de tristeza se evaporó. Había llegado la hora.

—Siracusa, Mario y Bill, ¿confirmáis inicio? Perfecto.

»Yukio: arrástrate hasta la puerta.

»Pareja: le seguís a continuación. Colocaos en la pared norte.

»Bill: tú vas detrás. Posiciónate en la isla, al final del caminito de arena. Cortarás una eventual retirada por tierra.

»A partir de ahora, todo queda en vuestras manos.

Check se llenó los pulmones y expiró lentamente. La arteria en su sien martilleaba excitada. Se moría por decirlo, por leer las palabras que invadían su mente, pero con toda lógica las guardó para sí: *Jaque mate, Lander Bō*.

Toda la vida odiando como una maestra para acabar haciendo lo contrario de manera deficiente. Era un insulto a su pasado, tanto al de asesina como al de agente.

El despecho la podía, la magnitud de su ira parecía inabarcable. Deseaba la muerte de Lía. Deseaba la de Lander. Deseaba la muerte de ambos. De la pareja. De Lía. Sí. Sí, la muerte de Lía. Pero la de Lander... no. Lander no.

Lander era su faro, amaba su luz, pero no soportaba saber que se la estaba dando a otra. Era penoso como un infierno olvidado. Era terrible y muy bajo.

La menuda silueta de Yukio avanzaba imperceptible. La luz de Lander, de su persona, controvertida y sublime, la cosa más bella que Layla imaginó, iba camino de extinguirse. Quieta, frente al monitor, veía la aproximación del equipo y la sentía como su propia sentencia. Podrida por dentro, el aire que exhalaba le sabía a gas mostaza. Y entonces la voz de su padre, Brahim Idriss, resonó en su cabeza; era el sonido cascado de una cinta de ocho pistas, la grabación de su discurso más popular, escuchado de niña y recordado hasta la saciedad. Fue pronunciado durante el entierro de unos jóvenes que se habían enfrentado a pedradas a los tanques israelíes. Su frase más célebre lo resumía todo: «Un creyente no abjura, se entrega a la fidelidad». Layla creía en Lander, su solo nombre daba sentido al oxígeno que respiraba. Y porque creía, le sería fiel.

Se escabulló del centro de control. A Check y Nenad, si lo advirtieron, no les importó, absortos como estaban frente a las pantallas. En cuanto cruzó la puerta corrió a la sala de archivos, la estancia más cercana con una línea telefónica abierta. Mientras investigó la ubicación de la Agencia, millones de datos se acumularon, falsos o inútiles en su práctica totalidad. Una vez dentro, los cotejó uno por uno para comprobar el nivel falsario de sus informadores. Tras la criba, un número de teléfono quedó en tierra de nadie. Estaba secuenciado en tantos desvíos que resultaba ilocalizable. Había llamado suficientes veces para concluir que no conducía a la Agencia ni a los pisos francos. Y, sin embargo, lo consideraba una pista auténtica. Así que por eliminación debía corresponder al refugio de Lander en Siwa.

Marcó los diecisiete dígitos cincelados en su memoria por la profesionalidad y la obsesión. Rogó al dios de sus padres que por primera vez alguien descolgara. No pasó nada, la línea se cortó como solía, tras quince timbrazos. Layla volvió a marcar. Temblaba de pies a cabeza como una estúpida cría. Se le estaban llenando los ojos de lágrimas. Podía imaginar a Yukio pegado a la casa, acariciando la vaina de su espada, a Siracusa desenfundando, a Mario besando unas culatas nacaradas, a Bill sacando los fiadores de las granadas. La línea se cortó sin que nadie hubiera contestado. Probó una tercera vez. Había empezado a llorar de rabia, de arrepentimiento, de amor. Era una cría estúpida que volvía a perderlo todo, llamando a un teléfono tan mudo como su familia tras los misiles. Sus hermanos no despertaron. Su padre no despertó. Su madre ni siquiera existía, quedó esparcida en el dormitorio. Doce timbrazos. Adiós. Trece. Sin esperanza. Catorce. Sin perdón.

—Hable.

—¡Lander! ¡Lander! ¡Sal de la casa! ¡Es una traaaaagh...

El grito se inició como un susto pero enseguida se guio por dolor. Nenad la estaba abrazando por la espalda con toda su fuerza. Con los brazos pegados al cuerpo, inmovilizados, estaba indefensa. El serbio masculló a su oreja:

—¡Putá mora! Estabas avisándole, ¿eh? Sabía que acabarías traicionándonos, perra terrorista. Prefieres salvar a Lander y a su zorra antes que a mi hijo... ¡te arrepentirás!

De la boca de Layla solo emergían sonidos guturales. La opresión la había dejado sin aire, no podía ni gritar. Sentía las costillas más hundidas que nunca, clavándose pulmones adentro, contaba un mínimo de cuatro rotas, pero lo más preocupante era su espalda. Nenad cada vez apretaba con más fuerza, de un momento a otro le partiría el espinazo. Si Lander no hubiera contestado, Layla se habría dejado matar, pero ahora que lo había alertado necesitaba saber si lograba escapar. Por eso surgió la idea.

Giró el cuello cuanto pudo hacia la cara de Nenad, encajada sobre su hombro izquierdo. Hizo acopio de fuerzas para tragar algo de aire; fue como si varios cuchillos se le clavaran simultáneamente en el pecho. Entonces partió su diente falso y sopló el gas venenoso hacia las fosas nasales del serbio. Solo por contacto con las mucosas ya podía considerarse muerto. Nenad, asustado, la liberó de su abrazo. A Layla le quedaban treinta segundos para llegar al laboratorio y alcanzar el antídoto. Nenad tardaría tres en darse cuenta de lo mismo. La palestina aprovechó la ventaja y corrió como pudo, sin respirar y con la epiglotis cerrada al máximo para limitar la llegada de gas a los alveolos. A pesar de las costillas fracturadas, Layla atravesó pasillos grácil como una jineta; sentía los huesos del pecho astillados rasgando su pleura con cada movimiento, necesitaba ir más lenta, pero ni el veneno ni Nenad le iban a conceder más tiempo. El serbio la perseguía a una velocidad impropia de un hombre de su edad y envergadura, apenas seis metros los separaban. Diez segundos antes del colapso aún les quedaba un buen trecho que recorrer. El tórax de Layla se había convertido en un globo de magma. Seis segundos y aún le faltaban un giro y cuarenta metros. Nenad ganaba terreno. Dos segundos y ganas de toser. Uno y abría la puerta del laboratorio. Quiso cerrarla tras ella, pero un pie se coló en el último instante. Nenad empujó con el hombro, Layla aguantó a duras penas. No resistiría un segundo intento, el serbio se estaba separando lo suficiente para cargar con sus ciento veinte kilos bien dirigidos. La chica se mareaba, topes verdes comenzaron a inundarle la vista. Nenad, menos expuesto, tenía unos segundos más de margen. Ella podía morir de un momento a otro. Esperó unas décimas de segundo apoyada en la puerta y, al adivinar la embestida de Nenad, abrió de golpe. El gran serbio entró desequilibrado hacia delante; por no caer, dio cuatro zancadas para acabar sobre unas mesas con material; los matraces y pipetas salieron volando y se rompieron contra el suelo. Mientras, Layla había dado los que creyó sus últimos pasos. Las piernas ya no le respondían. Se derrumbó frente al inhalador colgado, mas en su caída, acertó a arrancarlo. Entre convulsiones, escupiendo un aire que la mataba, y completamente

ciega, se acercó el tubo a la boca y apretó el botón que debía salvarla. Una ráfaga fresca se abrió paso a través de su tráquea. Entonces notó algo trepando sobre su pierna. No era un efecto de la cura, era Nenad; también estaba en el suelo, agonizando, y luchaba por alcanzar una dosis del antídoto. Layla se concentró. No podía moverse, sus músculos no existían, su conciencia se evadía... pero si Nenad se salvaba se recuperaría antes y la remataría.

Unas manos la tocaban, avanzaban a través de ella hacia su mano derecha, esa mano inerte y armada de vida. Los dedos de Nenad (lentos, gruesos, fuertes), en su ingle, en su cadera. Sobre su pecho.

La iba a rematar. Layla se concentró aún más. Se vio a sí misma sudando sangre. Necesitaba un último movimiento, sencillo, fácil y, sin embargo, imposible.

Dedos de madera, dedos de roble, como una enredadera que subía hasta su hombro, ya casi el codo.

Un movimiento, un mínimo gesto. Una razón para creerse capaz: *Soy la mejor asesina de la historia. Voy a mover la muñeca.*

Nenad hecho de hiedra, enramado sobre su codo.

La mejor asesina de la historia.

Creciendo sobre su antebrazo.

Una razón. Una última oportunidad. *Soy la mejor asesina de la historia. Voy a mover la muñeca.*

Hojas rodeándole la mano.

Voy a mover la muñeca porque debo ayudar a Lander.

De un espasmo, el escafoides de Layla se curvó hacia fuera. El inhalador salió despedido, deslizándose unos metros por el suelo embaldosado. Demasiado lejos para Nenad, no lo conseguiría. Con esa perspectiva se dejó invadir por un sueño de paz inigualable.

Minutos después, las punzadas en el pulmón la despertaron: si le dolía era que estaba viva. Abrió los ojos, giró el cuello. El cuerpo de Nenad yacía más apartado del último lugar donde lo sintió, se había arrastrado hasta casi un metro del inhalador. Layla ni se preguntó si estaría a tiempo de salvarle, aplicarle el antídoto implicaba resucitar a un enemigo. El otro que quedaba en el edificio estaba en la sala de control dirigiendo una ofensiva a más de tres mil kilómetros.

Layla respiraba pesada y entrecortadamente, las membranas que cubrían sus pulmones habían sido rasgadas. A través de los rotos estaba entrando un aire que creaba unas bolsas intermedias entre las pleuras y los pulmones que a medida que crecían presionaban más y más. No podía aventurar cuánto tiempo le quedaba antes de que el dolor le impidiera respirar. Se irguió como si estuviera sana: las cámaras vigilaban y, si Check adivinaba su estado, podía atreverse a atacar. Por eso tampoco buscó calmantes. Bajó hasta la armería, tomó dos pistolas y unas cuchillas. De un almacén cogió un spray de pintura negro y con él fue cegando las cámaras del complejo. Levantar el brazo suponía un suplicio tremendo, pero era la única opción

para cazar a Check antes de que bloqueara los ordenadores.

En el taller encontró las cargas que Bill había preparado unos días antes. Subió con ellas hasta la sala de control. Layla había supuesto que Check habría bajado el portón de seguridad, y así era. Como todas las estancias sensibles de la base, esa tenía una salida de emergencia independiente que conducía a la calle. La palestina contaba con sorprenderla comandando todavía la misión, creyéndose a salvo. Si al volar la puerta las conexiones con el satélite seguían abiertas, aún podría conocer el destino de Lander. Mientras colocaba el C4 hizo una estimación de tiempo: la policía o los bomberos no tardarían más de seis minutos en aparecer. Una explosión de ese calibre en el interior de un edificio histórico les obligaría a entrar. Sin Lander para gestionar la crisis, los organismos públicos tomarían cartas en el asunto. Si ese no era el último día de la Agencia, al menos sí lo era de su base en la Casa de les Punxes. Layla se puso a cubierto girando al final del pasillo. Antes de pulsar el detonador, un pensamiento inaudito se le cruzó por la mente: estaba leyendo en positivo que viniera la policía, porque así las mujeres del servicio podrían ser repatriadas sin demasiados problemas. Se dejó de tonterías y apretó el botón. El estruendo debió de oírse en varias manzanas a la redonda. Layla se abrió paso a través del polvo que todo lo cubría. La puerta había quedado medio abierta, retorcida hacia dentro. Con el metal al rojo, Layla tuvo que contorsionarse para entrar sin sufrir quemaduras. Las costillas la estaban destruyendo por dentro, el tormento casi la deja inconsciente.

Ya en el interior se encontró sola: Check había deducido sus movimientos y, antes de huir, como era de esperar, había cerrado las comunicaciones y cambiado los códigos. Layla reinició el sistema. No había nada operativo excepto el circuito cerrado de televisión. Pasó de canal en canal fijándose en los que daban imágenes exteriores por si encontraba a la texana. Nada; Check era una experta y su fuga un hecho. Pero de golpe, entre cámaras cegadas y algún pasillo irrelevante, apareció la sala de detención. Las sábanas de la cama estaban revueltas; Layla ordenó un barrido a la computadora. Allí había estado alguien hacía poco. Bajó hasta la sala en cuestión lo más rápido que pudo. La imagen que ella misma había comprobado antes de la misión era un fraude, o bien una congelación accidental o un montaje, y al reiniciar el sistema la emisión se había recompuesto. El olor a hombre indicaba que el inquilino había permanecido un mínimo de veinte horas. Su olfato entrenado le sugirió «Sergey»; unos cabellos rubios sobre la almohada confirmaban la impresión. No entendía por qué estaría el secretario preso, pero aún menos cómo había salido de la celda sin ser detectado, cualquier presencia en esa zona subterránea habría hecho saltar las alarmas. Nadie se había acercado por ahí desde que Lander la liberara, aceptada ya en la Agencia. Examinó el lugar en busca de pistas; seguía sin entender. Solo le faltaba comprobar la ducha, un cubículo esquinado de dos metros cuadrados limitado por mamparas traslúcidas, casi opacas.

Al abrir la puerta corredera, alucinó.

Medio plato pendía perpendicularmente hacia abajo, como una trampilla activada.

Por el agujero, una escalerilla descendía hacia un subnivel desconocido. Ese pasadizo no constaba en los planos y dudaba que, además de Sergey y Lander, otros supieran de su existencia. El mecanismo que lo había abierto se encontraba oculto bajo el monomando del agua, que reposaba desmontado en la mitad firme del plato. Layla se sintió estúpida por no haberlo descubierto durante su cuarentena, pero ¿qué sentido tiene buscar una salida secreta cuando lo que se quiere es permanecer? El cerebro solo encuentra cuando necesita. En esa «habitación de invitados», antes que ella, habían sido alojados algunos enlaces mientras se comprobaban sus credenciales. Tras haber sido registrados, amordazados, encapuchados, mareados durante un mínimo de tres días, expuestos a rayos X e interrogados con pentotal, lo último que pretendían era romper algo de la instalación.

Los problemas estaban al caer, Layla casi podía intuir las sirenas de la policía. Volvió a su cuarto, cogió algo de ropa y el dinero que guardaba. Conectó el terminal para examinar el perímetro de la base: un coche de bomberos en la cara norte y varias patrullas de la guardia urbana por los demás costados.

Respirar era un suplicio, cada paso la agujereaba y en caso de ser descubierta se sabía incapaz de correr, así que decidió jugársela por la salida de Sergey. Bajar esa escalera fue desgarrador para sus entrañas. Al llegar al último peldaño suspiró virtualmente, pues solo podía expirar y aspirar de manera muy breve. Aun así el dolor era brutal.

Encontró una linterna, la encendió y miró alrededor. Estaba en un túnel demasiado bien construido para ser una simple vía de escape. Era un tramo de línea de metro olvidado que nunca se llegó a utilizar. Buscó en el suelo, cubierto de polvo, las huellas del secretario; eran fáciles de seguir. Las ratas se apartaban asustadas por el segundo allanamiento en pocas horas. Caminó un par de kilómetros hasta una estación a medio construir. En un extremo del andén se amontonaba diverso material técnico y unas cuantas latas de cerveza vacías; algunos trabajadores utilizaban ese rellano como almacén y lugar de escaqueo. Una puerta mal cerrada daba a un pasadizo larguísimo, al final del cual había algo de luz. En ese punto, las pisadas de varios se confundían. El rastro de Sergey se perdía definitivamente al llegar al túnel donde desembocaba; ese sí estaba en uso, cuidado e iluminado. Layla caminó junto a los raíles hasta la primera estación. Afortunadamente para ella, se podía acceder al andén a través de unos peldaños, y es que no se veía capaz de subir a pulso. Necesitaba asistencia médica imperiosamente, pero no iba a exponerse ingresando en una clínica legal: el cuadro de sus lesiones era un clásico de violencia de género, el médico que la atendiera daría parte a las autoridades, comprobarían su identidad, algún enemigo (y en ese momento podía ser cualquiera) estaría en disposición de reconocerla... No era buena idea. Existían alternativas. Y una quedaba bastante cerca.

Eran casi las cinco de la mañana. El primer metro estaba a punto de pasar. Lo tomó.

Hizo transbordo. Llegó a la estación de trenes más concurrida. Cogió uno a Granollers, ciudad pequeña del extrarradio. Allí se dirigió en taxi hasta el barrio obrero. Caminó unas calles. No podía más, estaba a punto de vomitar sangre. Alcanzó la dirección, memorizada desde que trabajó con ellos. Los mártires de Al Aqsa habían sembrado el mundo de células dormidas. Layla rogó al cielo vengativo y al misericordioso que no se hubieran trasladado. Llamó al interfono.

—¿Quién es? —preguntó alguien con acento extranjero.

—Soy Layla Idriss ben Abdallah —musitó en un árabe gorjeante—. Necesito vuestra ayuda.

Abrieron. Tomó el ascensor. Al salir, un libanés bien afeitado la esperaba con los ojos abiertos como platos. La palestina, a punto de desfallecer, con un susurro cavernoso, le dijo: «Sí, soy yo. Consigue un médico. Tengo dos neumotórax». Los cuatro integrantes de la célula se pusieron manos a la obra. Hicieron venir a un neumólogo de confianza y se las arreglaron para facilitarle todo el instrumental necesario. Layla fue intervenida quirúrgicamente en el mismo piso.

Durante los primeros días del posoperatorio se limitó a reposar y dejarse cuidar en silencio. Nadie se atrevía a hablar con ella, simplemente le dedicaban furtivas miradas de admiración. A la semana, bastante restablecida, se dirigió al líder del grupo:

—Hermano, conozco las implicaciones de vuestra ayuda. Habéis invertido en mí toda la influencia ganada en diez años, ahora sois vosotros los que debéis favores a la gente. Por mi culpa esta unidad está quemada, los dos sabemos que no se os encargarán tareas decisivas en los próximos diez años. Eso os debe llenar de dolor. Quisiera saber qué puedo hacer para atenuar vuestra pena.

El hombre le cogió una mano entre las suyas y con la vista baja respondió:

—Con todo el respeto, Layla Idriss ben Abdallah, tu aparición ha sido un regalo de Alá. Nos honraste solo con pensar en nosotros. Eres la hija del mártir Brahim Idriss, y la soldado más poderosa de todos los ejércitos islámicos. Eres Layla Idriss ben Abdallah y estamos a tu servicio. Pide cuanto quieras —añadió arrodillado.

Y Layla pidió volver a Ramala, Palestina.

Primero debía ir a Marsella, allí le arreglarían los papeles. Luego a París. De París a Jordania en avión y, por último, colarse en una caravana de ayuda humanitaria. Cuando estuvo todo preparado, con Layla a punto de subirse al bus que la llevaría a Francia, el terrorista durmiente que la había cuidado con absoluta devoción reunió el valor para preguntar:

—Layla, ¿por qué has estado desaparecida los últimos cinco años? ¿Se prepara algo grande, verdad?

La palestina le miró fijamente. El tipo moría de ilusión por una respuesta sencilla. La chica, aunque fuera por agradecimiento, y creyéndosela al mismo tiempo, se la dio:

—Sí, hermano. Mayor de lo que imaginas.

Ya en su tierra, en su ciudad natal, fue alojada por los prohombres de la comunidad en un confortable subsótano, a salvo de ataques aéreos. Si media Palestina conocía su llegada, Israel al completo también, y seguía encabezando sus listas.

No la presionaron ni políticos ni integristas, se había ganado hacía mucho el derecho a actuar cuando le viniera en gana. Las facciones más beligerantes soñaban con su reincorporación a la lucha, pero Layla se limitaba a esperar. No tenía medios para saber qué le había ocurrido a Lander. En las noticias solo se habló de la súbita muerte de Lía van Zeesaar por complicaciones en su parto secreto; el abuelo Peter, a falta de un padre reconocido, asumió la patria potestad y se fotografió junto al niño. Todo era tan oscuro que no podía considerarse veraz. El Mosad sí que debía saber algo. Si nadie venía a por ella en los siguientes dos meses, pensaba presentarse voluntariamente en la sede principal de los servicios secretos israelíes en Tel Aviv y vender, a cambio de datos sobre lo ocurrido en Siwa, toda su información sobre terroristas latentes. Era posible que la arrestaran y condenaran a muerte; estaba dispuesta a eso, lo único que quería era saber de Lander.

En Ramala, mientras no hiciera ruido, su situación sería de semianonimato. Si alguien pretendía encontrarla, podía. Se imaginaba al resto de la Agencia en pleno viniendo a cobrarse su cabeza traidora. Era una posibilidad atractiva, sobre todo por enfrentarse a Yukio. Adoraba al japonés, y él a ella cuando menos la respetaba. La idea de batirse a muerte se les había cruzado a ambos desde su primer encuentro en el Patio, algo natural entre dos depredadores acostumbrados a superarse. La otra posibilidad, infinitamente más deseada, consistía en que fuera Lander el que llegara. Solo de pensarlo se le inflamaba el alma. Trataba de someter ese impulso, no era cuestión de reaccionar como una colegiala. Debía meditar y recuperar la calma. Sabía hacerlo bien. Al destino le quedaban dos meses. Unos días preciosos para desgranar su pasado mientras la colmaban de atenciones.

Brahim Idriss ben Abdallah era considerado por la comunidad internacional como un hombre de paz, una firme esperanza entre los notables de Oriente Medio. Por las mismas razones carecía del favor de una parte de su pueblo, para el que no era más que un cobarde. Lo que era, era pragmático. Palestina perdía superficie año tras año, él solo pretendía congelar definitivamente el proceso y llegar a un acuerdo con Israel. El enemigo era invencible y jamás devolvería ninguno de los territorios invadidos desde 1967. Judíos fundamentalistas vieron en él una amenaza a su sueño de un Gran

Israel que ocupara en su totalidad una Palestina borrada del mapa.

El ataque a la residencia Idriss fue violentísimo. El primer misil estalló en el salón y tiró abajo casi todas las paredes. En ese momento la madre de Layla la estaba arrojando, su cuerpo amortiguó la onda expansiva y la protegió contra la metralla. Murió en el acto, convertida en un tronco desmembrado que cayó sobre su hija. Más misiles impactaron un instante después. La casa se derrumbó. Layla se agarró durante la caída a lo que había sido su madre. Quedó atrapada entre los escombros, inmovilizada de cuello para abajo. Las ruinas habían formado una cámara de aire sobre su cabeza; por alguna grieta se colaba el aire y un poco de luz; enfrente estaba la cara de su madre, un rostro feo y difunto, con los ojos casi en blanco apuntando hacia arriba y la lengua colgando como la de un cordero degollado. Todo lo que esa mujer significaba minutos antes se había convertido en nada. Una lección inolvidable a una semana de su décimo cumpleaños.

Layla fue rescatada veinticuatro horas después, era la única superviviente. La gente lo creyó un milagro. Cuando tenía catorce, su colegio fue bombardeado y ella fue de las pocas personas que salió con vida. El discurso de Hamás la atrajo y se dejó captar, por ello el Tzahal intentó matarla en uno de sus asesinatos selectivos. Todos los miembros del convoy más algunos transeúntes fallecieron en el ataque. Ella salió incólume del conglomerado de hierros que fue su transporte. Tras ese tercer capítulo se convirtió en icono de invulnerabilidad. La comparaban con Arafat. Y antes de que llegara a encarnar un símbolo demasiado poderoso, el Estado Mayor israelí elevó la prioridad de neutralizarla. Lo intentaron en un par de ocasiones más, pero lo único que consiguieron fue rodearla de cadáveres. Entonces, el jefe de seguridad de Hamás la hizo llamar.

—Déjame que te explique una historia, Layla Idriss ben Abdallah. Durante la segunda guerra mundial, la resistencia holandesa tuvo su propio héroe. Era un mastodonte de casi dos metros, jovial, mujeriego e indestructible. Todo el mundo lo adoraba. Siempre volvía de las misiones sin un arañazo a pesar de que, por lo general, habían sido un fracaso táctico y los alemanes habían matado o capturado a la mayoría de su comando. La gente admiraba su valentía, era sabido que a la hora de atacar siempre salía el primero, gritando y vociferando como un muyahidín adolescente. Era un ídolo, un ídolo necesario para la época; la gente era feliz de tener en su bando al holandés invencible. Pero no es que fuera invencible, lo cierto es que, allí donde él y su grupo atacaban, los nazis siempre estaban sobre aviso y al único al que no disparaban era al gigantón loco que iniciaba los asaltos. Era un traidor, simplemente. Se suicidó el día que los aliados iban a interrogarle.

—¿Me estás sugiriendo que yo haga lo mismo? —preguntó Layla con un tono afiladísimo.

—No lo sé, Layla. ¿Debo sugerírtelo?

—Deberías avergonzarte por ello.

—No. No lo creo. Mi tarea es proteger, y eso hago. Me parece demasiado...

curiosa la manera en que evitas la muerte. Y demasiada casualidad que los tres campos de entrenamiento donde recibiste instrucción hayan sido destruidos.

—No es casualidad que la Fuerza Aérea israelí detecte nuestros campos de entrenamiento, son demasiado grandes. Como ya dije en su momento, deberíamos hacer divisiones más pequeñas, ganarían en mimetismo y podríamos reubicarlas con mayor frecuencia y facilidad. Esto por un lado. Y en cuanto a la muerte, no soy yo quien la evita a ella sino al revés.

Al interrogador se le había quedado la boca seca. No tenía ganas de enfrentarse a esa chica, en sus ojos refulgía una verdad más incisiva que un escalpelo láser. Inspiró profundamente, desvió la mirada y recordó los hechos; además, esa chica solo tenía diecinueve años. No debía dejarse avasallar.

—Bueno, Layla, es raro que digas que no evitas la muerte cuando aún no has matado.

—Eso se puede arreglar.

Por un momento, el jefe de seguridad se vio con un pie en la tumba; pero no, la chica solo estaba jugando. Él no se arredró y se atrevió a picarla.

—¿Te atreverías a actuar?

—Por supuesto. Bajo mis propias órdenes. Solo necesito un lugar donde guardar el explosivo.

—Sabes que las cosas no funcionan así, Layla.

—Funcionarán. Ya verás. Y si en seis meses no he cumplido mi parte, permitiré que me llames traidora públicamente y no a escondidas, como haces ahora.

Tras el órdago, Layla se levantó y se dirigió hacia la puerta, sin más. El hombre se sentía como si le acabaran de arrancar todas las muelas. Por nada en el mundo deseaba volver a ver a esa chica, no mientras estuviera viva. Antes de que saliera del despacho la llamó, le pasó la dirección de un parking en Haifa y la despidió con prisa.

Layla cambió de identidad, se mudó, consiguió trabajo, estableció relaciones y dedicó horas de sueño a fabricar explosivos en su mínimo apartamento. No utilizó el parking que le asignaron; tras vigilarlo de lejos durante los primeros dos meses intuyó algo malo, siempre había por allí alguien merodeando en actitud demasiado natural, personas sin un solo detalle destacable, prototipos de agentes de incógnito. Era posible que la hubieran vendido.

Faltaban seis semanas para que acabara el plazo que ella misma se había fijado, tenía amosal suficiente para dos coches bomba, pero su objetivo no era una calle con sus peatones, era más refinado. Dejó el trabajo para dedicarse a tiempo completo a las dos mujeres que limpiaban la sinagoga Maor Yehuda. Cuando tuvo controladas sus rutinas eligió la presa más fácil. Fue a visitarla el día anterior al que libraba su compañera. La mujer vivía en pareja con su marido; con un cuchillo Layla los mató a ambos y durmió allí mismo. Salió al alba para no cruzarse con ningún vecino.

Llevaba puesta la ropa de la difunta, se había teñido y peinado como ella y caminaba de igual modo, solo tuvo que mantener la cabeza gacha para suplantarla en la sinagoga, el vigilante ni siquiera separó la vista del televisor. Durante una hora estaría sola en el edificio. Del cuarto de mantenimiento cogió la taladradora y una escalera. Subió al último piso de gradas, hizo agujeros en los pilares a diferentes alturas y en los huecos colocó los tubos de amosal que traía adheridos al cuerpo. De una falsa barriga sacó los detonadores y un temporizador, a continuación lo preparó todo. Antes de bajar, cerró el acceso a la planta con un cordón de terciopelo y un cartel de «Recién barnizado». Acabó barriendo el polvo de las perforaciones y volvió a su piso para ver la tele. Quedarse a contemplar en directo el resultado de su labor era un placer inútil y peligroso, tendría que conformarse con el resultado final en dos dimensiones. La imagen, tomada desde el aire por un helicóptero, la llenó de satisfacción. De acuerdo con su diseño de demolición, el techo se había desplomado sobre los asistentes al oficio religioso. Las primeras estimaciones hablaban de veinticinco víctimas mortales, entre ellas dos eminentes rabinos. Apagó el televisor, se preparó una tetera y se la bebió entera, sin prisa, observando a través de la ventana el caos circulatorio que su atentado estaba causando. Sin lugar a dudas, había sido un buen comienzo.

Una nueva era de terror se avecinaba. El hecho de que nadie reivindicara el acto sumió a la sociedad hebrea en un desconcierto exasperante. Necesitaban saber a quién culpar y no podían. Layla disfrutaba con ese clima, y temía que se acabara en cuanto diera parte.

Volvió a Ramala cuatro meses después, cuando los pasos fronterizos se desbloquearon un poco. El jefe de seguridad de Hamás vio cómo sus peores temores se hacían realidad cuando Layla le relató lo ocurrido.

—Pero ¿es que estás loca?! ¿Sabes lo que eso significa?! —La palestina calló, mientras le miraba con desagrado—. ¡No, no sabes lo que significa! ¡Significa que si alguien se entera de esto estamos muertos! ¿Entiendes?! ¡Muertos! ¡Tú, yo, todos! ¡Todos muertos! ¡Joder, Layla! ¡Que no somos Al Qaeda!

—No, no somos Al Qaeda. A nosotros no nos inventaron los americanos. Nosotros somos fruto de esta tierra, de su sufrimiento, de su invasión. Y por ello seguiremos luchando. Tú prefieres morir lentamente. Adoras esta agonía. Te hace sentir seguro. Yo digo que hay otra vía. Puede que no funcione, pero no acabará peor.

El hombre revivió una escena ya conocida, esa chica le había secado la saliva. Lo único que deseaba era verla desaparecer. Y se cumplió.

Layla empezó a predicar su método sin apoyo ni críticos. Las autoridades palestinas no veían ningún peligro en esa chica de veinte años con exceso de suerte. Cualquiera

día los israelíes conseguirían eliminarla. Pero, pese a los intentos del Mosad, la pequeña Idriss se mantuvo siempre un paso por delante, ilocalizable. Su discurso no hablaba de yihads ni de setenta y dos vírgenes para el mártir que se inmolará. Ni siquiera prometía un funeral multitudinario. Hablaba de paciencia, de recabar datos, de convertirse en otro y, llegado el momento propicio, de golpear con fuerza y huir. Lo de escapar era lo más novedoso; para algunos era un signo de cobardía. Layla les corrigió: no era cobarde salir con vida, pues así el soldado podía volver a atacar, con más experiencia y ambición que en la acción precedente. Poco a poco su filosofía fue cuajando. Sus discípulos no eran muchos, pero sí aplicados. Primero fueron los ignorados, luego los rabiosos y, finalmente, los desencantados con ganas de hacer algo grande. Al cabo de un año comenzó la escalada más sangrienta en Israel desde ya nadie sabía cuándo. No pasaba un mes sin que alguien bien integrado en Jerusalén, Tel Aviv o Haifa pasara a cuchillo a los trabajadores de su empresa, incendiara su bloque de viviendas o envenenara los productos de un supermercado. El terror se hizo norma y la convivencia imposible. El primer ministro israelí mandó atacar y aislar, cada vez con más dureza. No le sirvió de nada. El nivel de vida del pueblo palestino, degradado durante décadas, no empeoró en demasía. Asfixiados por la presión popular y cansados de las protestas internacionales por sus respuestas desmedidas e indiscriminadas, Likud y Avodá consensuaron un cambio de estrategia. Desmantelaron asentamientos y relajaron el sitio en Gaza. A cambio, exigieron a los mandamases palestinos control sobre sus infiltrados; para acabar de motivarlos, repartieron unos cuantos millones de dólares bajo mano que aceleraron los llamamientos a la calma. El mundo árabe al completo se dejó engatusar y renegó abiertamente de esos agentes libres. La opinión pública condenó con firmeza las acciones que se dieron a partir de entonces. Muchos seguidores de Layla volvieron al redil de Hamás, Hezbolá o Al Fatah. La tensión volvió a los niveles de antaño, la sociedad civil israelí recuperó el pulso al progreso y la palestina, al desamparo. Los más beneficiados fueron un puñado de líderes enriquecidos de golpe.

Un último maletín se sorteaba, lo ganaría el que anulara a la instigadora, la forma no importaba. Así Layla pasó de heroína a apestada. Cuando fue consciente de su delicada situación le entraron más ganas que nunca de matar. Los asesinos de su familia cumplían con su deber ideológico; por el contrario, esa cúpula, entre los que se contaban hasta primos carnales, se había dejado comprar por dinero, billetes infames, papel pintado. Si eso era lo que les interesaba, ella jugaría a lo mismo. De su justicia personalizada iba a sacar tajada.

Se esfumó de Ramala y llegó hasta Egipto. De allí pasó a Europa. Era la primera vez que la pisaba. A pesar de las diferencias, su buen instinto la guio donde podía hacerse con documentación aceptable. Para minimizar riesgos voló a Canadá y bajó a Estados Unidos por tierra, a través de su permeable frontera norte. Luego se mezcló en Nueva

York sin problemas. Tras un año y medio investigando, encontró lo que buscaba: la hora y los planos del lugar donde se iban a reunir los auténticos líderes ultraortodoxos. Se escondió en el inmueble dos días antes de la cumbre y uno antes del despliegue de vigilancia. A la hora señalada eliminó a dos guardias con un golpe de punzón en la nuca. Heredó sus armas y entró en la sala con naturalidad. Nueve hombres barbados, tocados con kipás ornamentadas, clavaron sus ojos en la recién llegada. La examinaron con arrogancia, sin inmutarse por las dos Uzis que portaba. Fue al presentarse cuando les cambió la cara. En esa misma sala se había votado una década antes la eliminación de Brahim Idriss. Su hija parecía haber venido a vengarlo. La sorpresa se centuplicó al explicarles que no. Layla tenía un plan para decapitar a Hamás y pedía tres millones de dólares para acometerlo. Dejó el número de una cuenta en Zúrich y se fue sin decir adiós. Nunca se supo si fue una decisión consensuada o la apuesta de un solo miembro, el caso fue que al día siguiente el dinero había sido ingresado.

Con el bolsillo lleno fue sencillo volver a casa de incógnito. Reinaba una paz relativa, pero los órganos sensibles mantenían sus férreos protocolos de seguridad. Su objetivo, no obstante, se permitía dos veces al mes visitas a un prostíbulo exclusivo para islamistas de renombre. La mejor manera de llegar hasta él era haciéndose pasar por una de las chicas.

El jefe de personal rechazó en primera instancia su solicitud de trabajo, luego le propuso una mamada para «ver qué se podía hacer». Layla se la chupó. El hombre, tras correrse en su boca, le dijo que lo sentía pero que lo hacía muy mal. Layla mostró su última carta: «Soy virgen. ¿Eso debe de valer algo, no?». El entrevistador se quedó boquiabierto; si eso era cierto, el negocio estaba hecho. Un ginecólogo confirmó la palabra de Layla y el empleador se alegró como si le hubiera tocado la lotería. El virgo fue subastado entre clientes vip; el máximo postor resultó ser un muftí seboso, famoso por su encendida defensa de los valores domésticos tradicionales. Había invertido las colectas de varias comunidades en cumplir su mayor fantasía. Quedó un poco decepcionado al encontrarse con la palestina, esperaba una adolescente o una niña, no una chica de veinte hecha y derecha. Se desquitó abofeteándola mientras se la follaba. A Layla no le afectó lo más mínimo. Sentir a ese gordo bañado en colonia barata chafándola en la cama no era más que un simple peldaño. Tenía una misión y deseaba cumplirla, le hacía feliz. En cierto modo, adoraba a ese gordo, el sexo con él la acercaba a su venganza. En cuatro días, aprovechando el tirón de su todavía estrecha vagina, fue penetrada por treinta hombres más. El número treinta y uno resultó ser su objetivo.

El responsable de Hamás babeó estúpidamente durante el estriptis de Layla. El muy idiota se dejó rodear el cuello con una media; cuando quiso darse cuenta del error ya no podía respirar.

La palestina necesitaba comprobar algo antes de marcharse. Entró a hurtadillas en el cuarto contiguo, el de un cliente que había llegado al mismo tiempo que el suyo.

En efecto, se trataba del jefe de seguridad. Layla siempre había sospechado que la había vendido al Mosad; no tenía pruebas, pero sí la certeza de que una muerte más la iba a reconfortar. El desdichado fornicaba en la postura del misionero con tantas ganas que no advirtió nada. Layla descolgó de la pared una lanza decorativa. La punta metálica era casi roma. De un salto subió a la cama para luego dejarse caer y clavar con todo su peso la lanza sobre la espalda del hombre. Él y la prostituta quedaron ensartados, clavados en el colchón. Ambos se agitaban como lagartijas empaladas. El único ruido que emitían era el burbujeo de la sangre que les fluía garganta arriba. Layla acercó su cara a la del jefe de seguridad; este se sobrepuso al pánico de una muerte inminente el tiempo justo para reconocer a su verdugo. Como despedida, la palestina le dedicó una sonrisa sardónica cargada de desprecio. En medio de la habitación apiló cojines y sábanas, roció el montículo con el tequila y el arak del minibar y le prendió fuego. Cuando el incendio estuvo suficientemente activo abrió la puerta. Esperó unos segundos a que el humo se extendiera por los pasillos y entonces comenzó a gritar: «¡Fuego! ¡Fuego!». Antes de que los guardias del lugar pudieran intervenir, seis equipos de escoltas entraban a saco en busca de sus protegidos. Las chicas corrían asustadas hacia cualquier salida. Amparada en el caos, Layla pudo desaparecer sin problemas.

Pasó las siguientes semanas sin preocuparse demasiado por permanecer oculta, a la espera de una reacción ajena que acabara con el sinsentido en que se había convertido su vida. Pero no ocurrió nada en absoluto; los únicos que se acercaron fueron unos mensajeros de Al Fatah y de los mártires de Al Aqsa para sondear su disponibilidad operativa. Les dio a entender que estaba abierta a sugerencias.

La mayor sorpresa le sobrevino al comprobar su cuenta suiza. Le habían transferido veinticinco mil dólares. El pagador no había dejado nombre alguno, solo un *nickname* y la dirección de un foro en internet.

El absurdo era completo, ya no importaba si vivía o moría, todos querían alquilar sus servicios. Se estaba librando una guerra y Layla detestaba ambos bandos. Se tomó tiempo para decidir su postura. Paseó entre las ruinas perennes de su ciudad natal, entre los niños de Hebrón que apedreaban tanques, entre sepelios dramáticos y manidos. Cruzó el muro para conocer mejor a los causantes. Encontró un vivero de consumidores y fanáticos, victimizados, genocidas, todos desgraciados a su manera. Los misericordiosos o esperanzados eran los menos entre los resentidos, adalides de un odio enquistado nacido en hornos crematorios. Merecían tanto el infierno como la tierra prometida; quizá para ellos fuera lo mismo. Y lo peor de todo era que esa conclusión también era aplicable a su propio pueblo. Cansada de cavilar se dejó llevar por las leyes del mercado.

Entró en el chat indicado por su último ingreso anónimo. El objetivo era tan judío como el instigador; si lo querían muerto por moderado, neutral o extremista a Layla

le traía sin cuidado, era un trabajo y la paga era buena. Pidió la mitad por adelantado y se la concedieron, entonces se puso manos a la obra.

Al potentado de Tel Aviv le protegía un fantástico dispositivo. Layla tardó tres meses en identificar a todos los escoltas, luego se puso a estudiar sus rutinas y puntos débiles. En esas estaba cuando alguien se le adelantó: una bomba estalló bajo el coche del objetivo mientras circulaba, murieron todos sus ocupantes. Quien hubiera perpetrado el golpe había sido invisible, audaz e insultantemente rápido. A Layla no le cabía duda de que se trataba de un profesional contratado al mismo tiempo que ella. Entró en el chat del contacto para confirmarlo y recibió un mensaje sencillo que la conminaba a devolver el inmerecido dinero. De no hacerlo, la palestina se veía más muerta que viva; por otra parte, era lo justo.

El episodio se repitió una vez más, de nuevo frente a sus narices. Seguía con los prismáticos a un magnate sirio cuando un francotirador le perforó el corazón. Su estrategia paciente y estudiada era válida para el terrorismo, pero no para asesinar a sueldo; si quería ganar en eficacia, necesitaba instrucción.

Los campos de entrenamiento islamistas no podían enseñarle nada nuevo, los conocimientos que precisaba requerían de profesores expertos y neutrales. Existían escuelas en medio mundo y ninguna resistía la comparación con la mejor: las Beatas. Su ubicación era un misterio. Layla tuvo que tirar de todos los hilos para conseguir una entrevista previa. Accedió a la dirección de la misma torturando al informador. Ese paso, como sospechaba, resultó ser una prueba de voluntad.

Sus credenciales eran más que suficientes y tenía el dinero de la matrícula. Con todo, se tomaron unos meses para valorar su solicitud. Le hicieron llegar unas coordenadas; correspondían a un punto deshabitado del desierto yemení. Tardó un par de días en personarse. Allí no había nadie ni nada salvo el canal tubular semienterrado de un oleoducto en desuso. Se acercó a una escotilla que sobresalía y la abrió. El interior del conducto estaba limpio, una plataforma sobre ruedas la esperaba. Se tumbó sobre ella y esta se puso en marcha. Fueron más de doce horas de trayecto a través de túneles mal ventilados. Cuando paró, unos encapuchados abrieron la escotilla sobre su cabeza, la ayudaron a salir y la acompañaron en jeep hasta un moderno complejo rodeado por los muros rojizos de una kasbah centenaria. Ya en el interior, la acompañaron al despacho de la directora y la dejaron a solas con ella. Era una mujer dura y bellísima de edad indefinida, aparentaba menos de cincuenta salvo por la experiencia en su mirada, que delataba muchísimos más. El mestizaje de los rasgos impedía a su vez catalogar su origen.

—Siéntate, Layla Idriss ben Abdallah. Esta será la penúltima vez que oigas tu nombre aquí dentro, la última será cuando te anuncie que has finalizado tu formación.

Aquí los nombres no existen, son innecesarios. Las clases son particulares y las prácticas, en solitario. Por supuesto que tendrás que interactuar con otras personas para aprender ciertos... aspectos, pero no tienen por qué conocerte y tú a ellas aún menos. Considéralas material escolar. —La directora soltó una risita hueca. Layla atendía al parlamento buscando una pista imposible en la voz de la mujer, aquel era el ser más ambiguo e indefinible con el que se había cruzado—. Aquí aprenderás disciplinas oscuras que no te enseñarían en ningún otro lugar. Por otra parte, si no las dominas en el plazo de dos años, serás expulsada. Esto no es una ONG y sabemos que no tienes dinero para que te permitamos repetir el curso. ¿Entiendes lo que significa? —Layla lo entendía perfectamente; la expulsión era un eufemismo, de allí saldría beata o muerta. Confirmó con un «sí» escueto—. Entonces no hay nada más que hablar.

»Tuyo es el burka que hay en el colgador que hay a tu espalda. Solo podrás quitártelo en tu celda o cuando el instructor te autorice. Está terminantemente prohibido contactar con otras internas, en caso de que se te descubra haciéndolo, ambas seréis “expulsadas”. Por lo demás, límitate a obedecer, sin dudas ni dilación.

»Ahora serás conducida a la clínica, nuestros cirujanos te vaciarán la matriz y te pulirán. Veo que te has cuidado, tienes buenos senos y eres relativamente guapa, mmm... detalles de simetría y poco más. Mejor para ti, así empezarás antes.

»Eso es todo, alumna. Esfuérate. Tu vida y la muerte de muchos dependen de ello.

Y volvió a reír de manera hueca mientras la despedía con un ademán indolente. Layla reprimió su desagrado y se levantó, impasible. Se colocó el burka y salió de la estancia aliviada. Esa mujer era la persona más poderosa con la que había tratado, le había dado la impresión de que controlaba cada átomo de oxígeno a su alrededor y que, de habérselo propuesto, los habría mutado en azufre o en lo que le viniera en gana.

Veintitrés meses más tarde, Layla comprendía ese despliegue de fuerzas a la perfección. Dominaba la energía corpórea como la mayor experta. La misma directora lo creía, había seguido los progresos de Layla incrédula y complacida. La palestina parecía destinada a convertirse en una plaga bíblica. Cuando la hizo llamar, Layla se sorprendió por el trato, rayano al de admiración materna.

—Has acabado la formación, Layla Idriss ben Abdallah, y sé que no temes haber suspendido. Ahora regresa al mundo y descubre qué puedes hacer con él. ¿Tienes algo que decir antes de tu partida?

Layla se dejó invadir por el ambiente cordial de la despedida y se atrevió a preguntar:

—¿No hay nada más que pueda enseñarme?

—Ja, ja. —A Layla la risa le pareció menos hueca de lo que recordaba—. Mi

querida chiquilla, créeme, si supiera algo más de lo que has aprendido, me guardaría de explicártelo.

»Márchate, Layla, y sigue mi consejo: sé ambiciosa, busca tu límite.

La mujer cerró su frase en un tono taxativo sin opción a réplica. Cien semanas antes Layla hubiera salido corriendo de esa habitación, mas en ese momento se veía capaz de provocar a su interlocutora y alargar la conversación. Y a pesar de sus ganas no vio claro de qué le serviría. Asintió agradecida y abandonó el despacho.

Le vendaron los ojos y tras tres días de trayecto ininterrumpido, y sin duda falseado, fue apeada en el mismo punto donde se introdujo en el oleoducto, con una cantimplora, un burka y un calzado artesano como únicas posesiones.

Nunca más se le volverían a adelantar. Completó antes que nadie todos los proyectos en los que se embarcó. Las nuevas técnicas resultaron mucho más útiles de lo que había imaginado. Los hombres de Oriente Medio, misóginos y confiados, eran manipulables a discreción. En un par de casos, más como probatura que por necesidad, Layla hizo que los objetivos se dieran muerte a sí mismos; uno saltó al vacío desde cuarenta metros, el otro se ahorcó con su corbata. Dada la facilidad con que finiquitaba encargos, se propuso buscar nuevos retos. Se pasó al espionaje industrial. El desafío la obligó a empaparse de nuevas tecnologías, encontraba divertido compilar la información deseada y desaparecer sin levantar sospechas. Le gustaba investigar, localizar, seducir e infectar con troyanos. Era un proceso incruento y delicado, pero no tardó en aburrirse.

Anhelaba algo más, algo intangible pero real que sí percibía cuando mataba. Se dijo a sí misma que lo hacía por el dinero, no le atraía la idea de ser una asesina en serie, si bien a medida que perfeccionaba sus métodos más realizada se sentía. Con cada ejecución superada, una meta invisible parecía acercarse. Por otra parte, también se convencía más y más de que esa meta era inalcanzable, como si ella misma se hubiera convertido en protagonista de una paradoja de movimiento de Zenón. Layla era Aquiles contra la tortuga o la piedra contra el árbol: se acercaba a su destino, sí, pero con cada muerte solo avanzaba la mitad del camino restante. Quizá solo necesitara un empujón final, en forma de masacre.

La idea no le ofrecía demasiada confianza, pero era la única que tenía. Tanteó docenas de organizaciones en busca de un proyecto sonado. Acabó optando por los milicianos chechenos. Su líder la recibió con los brazos abiertos, puso a su disposición un extenso servicio de Inteligencia, un arsenal bien surtido y la vida de varios fundamentalistas. Con todas estas herramientas planeó un golpe que desbancara en la memoria ciudadana el secuestro de la escuela de Beslan. En menos de una semana se hizo con los planos de un centenar de edificios civiles en Moscú. Los filtró en función de la cantidad de pilares maestros que podría volar con el explosivo del que disponía y la cantidad de víctimas potenciales. La última vez que

Rusia había sufrido un atentado de esas características los chechenos fueron culpados injustamente por ello: les alegraba repetir la acción con responsabilidad plena.

En general, los preparativos fueron tan bien que Layla se mostró suspicaz, ni siquiera el traslado de material a la capital se vio amenazado por un solo susto. El comandante checheno que supervisaba la acción trató de calmarla asegurando que todo estaba controlado. Pero, como Layla sabía, cuando la perfección es completa, la trampa es evidente. Siguió adelante con una leve variación: falseó su ubicación en todos los terminales de modo que nadie supiera dónde se encontraba en realidad. Así se ahorró escapar de la redada.

Doce horas antes del inicio del terror, las fuerzas especiales rusas irrumpían allí donde se escondía cada uno de los participantes; alguno tuvo el valor y los reflejos para inmolarse antes de ser detenido, pero el resto fue apresado. Todas las cargas fueron localizadas y desactivadas a una velocidad insólita. Fue una gran victoria política para el presidente, quien no tardó en insistir, con toda la nación apoyándole, en la necesidad de mantener el territorio de Chechenia bajo control militar.

Layla estaba decepcionada, más que por la traición indisimulada de la cúpula rebelde, por la oportunidad desvanecida. Difícilmente volvería a tener tres mil destinos pendientes de su orden condenatoria. Además, apenas había cobrado nada por adelantado, y lo más tedioso: estaba obligada a vengarse. Si permitía que la vendieran sin tomar represalias, el descrédito sería completo.

Tuvo que perderse entre bosques pelados, sobrevivir a un frío infame y matar a los pastores con los que se cruzó para que no delataran su posición. El acuartelamiento de la milicia estaba bien asegurado. Invirtió una semana en descubrir el lugar y el momento idóneos para infiltrarse. Durante ese tiempo se alimentó de bayas, hojas y raíces. En cada puesto de vigilancia rebajaba su ritmo cardiaco y respiratorio a mínimos de faquir. La mayor ventaja de esa base residía en su aislamiento, no se podía llegar en un vehículo motorizado sin ser detectado, ni permanecer en los alrededores más de cuatro días sin suministros. El paso por las Beatas le había dado a Layla aptitudes para vencer esos contras. En esos momentos, de sus funciones corporales o psíquicas la única que no consiguió domar completamente fue el enfado por ese trabajo extra. Layla se iba a resarcir con saña.

Penetró como el aire helado, llegó a la habitación del comandante cuando dormía, allí le ató y amordazó. En una sala contigua encontró lo que supuso el pago de los rusos por su doble juego: un harén. Lo formaban quince chicas semiinconscientes por el opio. La palestina las fue trayendo una a una frente al líder checheno para luego degollarlas de modo que la sangre cayera en cascada sobre el rostro del hombre. Ninguna se resistió, estaban demasiado narcotizadas; si se dieron cuenta en algún momento de que iban a ser sacrificadas lo aceptaron de buen grado. El comandante no parecía más espantado por el espectáculo que por la perspectiva de su propia muerte. Layla lo colocó en posición fetal, tomó una de sus pistolas y le disparó en el ano. Si por casualidad alguien en el batallón lo encontraba ya no importaba, la herida

era incurable. Al traidor le esperaban entre dos y seis horas de retortijones ardientes para saborear su hemorragia. Antes de escapar le cortó la lengua y lo volvió a amordazar para que no pudiera gritar ni rogar que lo mataran rápido; a Layla le pareció divertido. Acto seguido se esfumó como un espíritu demoníaco. Fue un paso más recorrido hacia un final que se alejaba.

La idea de la masacre reapareció como esperanza, quería llevarla a cabo, y lo haría en solitario.

Rebajó su caché para aceptar la oferta de unos refundados jemerres rojos. Solo le pidieron una acción de relieve internacional con al menos diez muertos asiáticos. Layla se trasladó a Singapur. No le costó seducir a un jefe de mantenimiento del aeropuerto Changi, colarse en su ordenador y estudiar el programa de reparaciones para las siguientes semanas. Luego se dedicó a buscar una presa entre los cientos de azafatas que poblaban la ciudad. A los pocos días encontró a la chica perfecta. Se parecían razonablemente y embarcaba al día siguiente y, lo mejor de todo, iba a volar en un Airbus 380, el avión de pasajeros más grande del mundo. La palestina acompañó a la asistente de vuelo de bar en bar. Cuando la creyó suficientemente borracha le propuso dar un paseo hasta el apartamento que Layla tenía alquilado. Una vez ahí la invitó a pasar; la azafata accedió, confiada. La hizo sentar mientras fingía ir a por bebida, cogió un estilete en la cocina, se acercó a la chica por detrás y se lo clavó en la nuca. Lo primero que hizo con el cadáver fue escanear sus retinas, a continuación un láser copió su dibujo sobre unas lentillas del color adecuado. Desnudó el cuerpo, se vistió con su ropa y reprodujo el peinado. Luego sacó moldes de las huellas dactilares, las imprimió sobre finísimas películas de goma adhesiva y las pegó sobre sus propias yemas. Comprobó la documentación, apagó las luces y salió del edificio. Fue al hotel de la difunta, donde nadie advirtió el engaño. Aguardó hasta el amanecer en la habitación, se aseó y vistió con el uniforme de la compañía. Hizo el *check out* antes que cualquiera de sus compañeros de vuelo. Tomó un taxi al aeropuerto. Pasó sin problemas todas las medidas de seguridad: verificación de huellas, examen de retina y arcos detectores. Lo peor ya había pasado, una vez en la zona mixta no era más que otra trabajadora de Singapore Airlines. A continuación, se coló en el cuarto de la limpieza, se desnudó, escondió el uniforme con cuidado, se puso el mono que mejor se le adaptó y se desmaquilló; de su bolso sacó una gorra mugrienta con la que se tapó el peinado, una identificación falsa que pinzó sobre su pecho izquierdo y una bolsa de lona vacía. Caminó con decisión y evitando contacto visual hasta el final de la terminal. En la zona que estaban rehabilitando, los obreros aún no habían llegado. Fue cuestión de dos minutos abrir el compartimento que hacía las veces de vestuario y cuarto de herramientas. Metió en la bolsa lo que esperaba

encontrar de acuerdo con la instalación que estaban llevando a cabo, una sierra de sable, las seis hojas más gruesas y las dos baterías que habían dejado cargando por la noche. Volvió sobre sus pasos, en el cuarto de la limpieza recuperó el uniforme de azafata y su bolso. Se vistió, colocó la sierra y demás componentes en su bolso de viaje; devolvió el mono a la pila de ropa sucia y añadió la bolsa de lona; en el lavabo, tiró al váter la gorra y la identificación y se volvió a maquillar. Layla pasó las horas siguientes observando el tráfico de tripulaciones mientras esperaba la llegada del piloto del avión. Cuando lo tuvo localizado, se acercó a él, moviéndose con estudiado atractivo. El aludido le dedicó una mirada, Layla la recogió y devolvió cargada de promesas. Supo al instante que había triunfado, el hombre ya no dejaría de pensar en ella. Era la técnica más compleja de las adquiridas con las Beatas y posiblemente la más útil; la llamaban «el hervor del timo». Combinaba seducción física primitiva con hipnotismo espontáneo. A la víctima se le encendía el pecho como si se acabara de enamorar y excitar al mismo tiempo y por primera vez.

Layla dio la bienvenida a los centenares de pasajeros que accedieron al aparato por la escalerilla de proa. El piloto, mientras tanto, no dejó de hacer viajes innecesarios para acercarse a ella y confirmar lo que se gestaba entre sus pulmones y piernas. Le dolió en el alma tener que encerrarse en la cabina para hacer despegar el avión. Cuando hubo alcanzado los veinte mil pies y fijado el rumbo, la chica que le sorbía el seso entró para servir café. El piloto adivinó el guiño de Layla y le sugirió a su segundo que diera un paseo. El copiloto se marchó, verde de envidia. Layla cerró bien la puerta, se giró hacia el hombre que babeaba y le soltó un derechazo. El piloto, aturdido y con la nariz partida no vio llegar ese segundo golpe que le dejó sin sentido. La palestina le sujetó bien la cabeza y se la giró de manera brusca y excesiva; un chasquido certificó la rotura del cuello. Se puso a los mandos del avión, desconectó el automático y viró en redondo con la misma precisión con la que había practicado en el Flight Simulator. El copiloto preguntó por el interfono si ocurría algo; Layla lo desconectó, dirigió el morro hacia el aeropuerto e introdujo en el ordenador las coordenadas coincidentes con el ciclópeo bulevar de tiendas, a esas horas poblado por cinco mil pasajeros en tránsito. El avión inició una caída en picado que duraría siete minutos. Varios puños aporreaban estúpidamente la puerta blindada. El policía aéreo mezclado entre el pasaje trató de reventar la cerradura disparando su arma; para su desgracia, Singapore Airlines había cumplido modélicamente las directrices de seguridad post 11-S. La cabina del piloto era inexpugnable. Mientras se sucedieron los irreflexivos intentos por detenerla, Layla destapó su pequeño bote de perfume y repartió la cola de impacto que contenía hasta bloquear las palancas de mando, los botones y los interruptores más estratégicos. Para acabar, cubrió las consolas con la espuma de un extintor. Ya nadie podría frenar al Airbus en su caída, ni aminorar su velocidad bajando el tren de aterrizaje, ni variar su dirección levantando los flaps de un ala, ni vaciar uno solo de los doscientos cincuenta mil litros de combustible.

La palestina observó el suelo acercarse; estaban a trece mil pies de altura y a

cuarenta y cinco kilómetros del edificio escogido. Faltaban cinco minutos para el impacto. Era el momento de huir.

Armó la cuchilla más larga en la sierra de sable, la puso en marcha y cortó de uno de los laterales de la cabina un rectángulo metálico de cuarenta por sesenta centímetros; se lo colocó bajo la chaqueta a modo de coraza delantera. Luego se fijó en bandolera, lo más prieta posible, la bolsa con los repuestos de la herramienta. Empuñando la sierra con una mano y asiendo la manija de la puerta con la otra, esperó. Fuera, con un carrito de comida a modo de ariete, intentaban derribar la puerta sin siquiera abollarla. Layla calculó la frecuencia de las embestidas y abrió justo cuando cargaban. Los que empujaban, al entrar de golpe sin resistencia, trastabillaron y el carrito volcó. En medio de la confusión, Layla salió corriendo cortando los dedos que osaron intentar agarrarla. Subió las escaleras hacia el piso superior sin que nadie la persiguiera, los que dejó atrás se afanaban por encontrar una solución de pilotaje. Los viajeros rezaban, lloraban o gritaban histéricos, pero todos permanecían en sus asientos. La palestina atravesó el pasillo hacia popa hasta llegar al punto exacto, el espacio entre las filas 186 y 187, justo debajo de los *cut-ins* de cola, los más fáciles de todo el fuselaje. Layla dejó un momento la sierra en el suelo y sacó de la bolsa unas gafas de natación tintadas, se las puso, recogió la sierra, se alzó sobre los reposabrazos de los asientos que tenía al lado y empezó a atravesar sólido entre finas chispas. Ante la alarma instantánea de los pasajeros adyacentes y de una azafata sentada en el cubículo más cercano, ella anunció: «Es un problema técnico; esto nos puede salvar», y la gente, ansiosa por creer, la creyó. De otro modo habría tenido que lubricar su hoja dentada con algo más de sangre. Se apresuró en su camino destructivo hacia el exterior y la sierra quedó bloqueada. Desmontó la hoja y calzó otra igual de gruesa, pero más corta. En el proceso se calmó, tenía tiempo suficiente, el metal cedería, tal como debía ceder en caso de emergencia para la entrada de un equipo de rescate. Los *cut-ins* estaban pensados para eso, eran una solución contrastada cuando el resto de vías de acceso a un avión eran impracticables. Ella no podía salir por las puertas, era imposible: en el caso de lograr desbloquear las barras interiores que las trababan, nunca podría romper el sello de presión sin un explosivo que, casi seguro, la condenaría. Era la primera lección que había aprendido sobre aviones, las puertas solo se pueden abrir hacia fuera y nunca a una velocidad mayor de ochenta nudos, la física lo prohíbe. Así que yendo a cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora y sin la desaconsejable ayuda de un explosivo plástico, se le ocurrió pensar en esas marcas rojas que se reparten por el exterior del avión, los puntos en los que aplicar una sierra potente para alcanzar el interior evitando revestimientos embarazosos y partes inquebrantables del esqueleto de la nave. Layla dedujo que, forzosamente, la vía se podría hacer a la inversa. Más le valía demostrarlo. Ya llevaba dos incisiones paralelas de cuarenta centímetros que seguían la misma dirección del pasillo, separadas entre sí por tres palmos. Había dejado de cortar a un dedo del exterior. Le quedaban dos minutos para unir las con un tercer

segmento que sí alcanzaría el aire libre. Una vez marcado, atacó hacia arriba por el centro hasta que un chorro de aire helado le dio en la cara. Fue ampliando el corte hacia los lados, feliz por no tener que cambiar de batería ni hoja, por no tener que asustar a algún pasajero molesto, por poder trabajar con calma. Sí, le iba a sobrar tiempo. Llegó a unir los tres cortes, perfiló los ángulos y tras un breve forcejeo del hierro contra el hierro, la fricción del aire empezó a hacer su trabajo. La salida se hizo visible. El techo sobre Layla se fue abriendo hacia afuera como una lata de sardinas. La palestina aguantó a pulso el efecto de absorción hasta que vio suficiente espacio para su cuerpo. La superficie combada de su escapatoria la salvó de morir cercenada por la mitad, y la plancha metálica que le protegía tórax y abdomen le evitó los efectos de un violentísimo golpe que podría haberle hundido el costillar. En el aire, su cuerpo poco aerodinámico quedó retrasado con respecto al Airbus. Se sacó la chaquetilla y la blusa dejando al descubierto una finísima mochila de licra adosada a la espalda. Tiró de un asa lateral y un pequeño parapente se liberó tras ella. Su velocidad de descenso aminoró sensiblemente pero continuaba siendo peligrosa. Con las cuerdas de guía maniobró para tomar tierra en las inmediaciones pantanosas del aeropuerto. Y mientras tanto, pudo contemplar su obra. Fuertes ráfagas de viento habían desviado el avión; ya no colisionaría con el núcleo comercial tan poblado, lo haría contra un 737 de Iberia estacionado en una pista secundaria, que por salir con retraso ya no saldría nunca. En un principio se lamentó por el cambio de carambola, pero enseguida se resignó y abrió bien los ojos para disfrutar del espectáculo, del colosal acontecimiento.

Mil diez personas murieron en el lapso de dos segundos. La combustión del queroseno carbonizó hasta tal punto los cuerpos que toda identificación se haría por ADN. Fue el triunfo de la ceniza sobre el plasma y los tejidos, de las llamas sobre el cabello, del humo sobre los órganos. El triunfo de Layla sobre mil vidas; su sentencia, frente a mil almas.

Ocurrió en ese instante; duró menos que nada, pero ocurrió. Un aullido eléctrico transformó su sangre en experiencias, deseos, palabras y sentimientos. Ocurrió que mil almas atravesaron su ser y la convencieron de lo imposible. Layla esperaba una respuesta, con suerte un castigo divino inapelable. Lo que encontró fue dolor y maravilla, un aviso carente y sobrado de significado. En ese instante de duración inexistente mil almas le hablaron, sin censura, comprensivas. Alabaron su coraje para luego reírse como duendes de su equivocación. Todo lo que Layla había avanzado lo había hecho en dirección contraria. Aquello que buscaba podía ser encontrado dando media vuelta y superando existencias. La verdad que le mostraban era premio y era pena, pero por encima de todo, era cierta.

El tiempo retomó su pulso y Layla el control sobre la tela que debía salvarla. Planeó cuanto pudo y aterrizó violentamente sobre fango; corrió hasta el primer núcleo habitado, robó un coche y se dirigió a su casa. Desde allí llamó al jefe de los nuevos jemerres rojos. «Ya tenéis vuestro atentado, ahora depende de vosotros

reivindicarlo o no.» Al final no lo hicieron; de haberse atrevido los habrían perseguido ipso facto hasta su completa desarticulación. Mil muertos abarcaban demasiadas nacionalidades, demasiados gobiernos de los que huir. La teoría oficial se basó en un ataque de locura por parte del piloto. El bulto volador que algunos aseguraron haber visto fue rápidamente olvidado.

Si debía deshacer su camino, Layla creyó acertado hacer una primera parada en las Beatas; al menos buscaría consejo. Para descubrir la situación exacta dibujó las estrellas tal como las recordaba, luego combinó los datos de su mapa celeste con los de un planisferio y la técnica del astrolabio. Las coordenadas resultantes tenían un margen de error de veinte kilómetros. Desde la ciudad más cercana se aproximó a pie, camuflada, viviendo como un animal del desierto. A las puertas de la kasbah decidió no mostrarse, prefirió colarse de incógnito como homenaje a su directora. Para salvar los últimos metros hasta el despacho de esta se vio obligada a noquear a un par de guardias. El hecho de no matarlos le pareció curioso, atrayente. Abrió la puerta de golpe, confiando en sorprenderla. La mujer estaba sentada en su butaca. Sin levantar la mirada de los papeles de su escritorio dijo:

—Sabía que volverías, pero no tan pronto.

—Entonces sabrá a qué he venido.

—Sí —aceptó la directora alzando la vista. Ya no volvería a bajarla—. Has descubierto algo y no logras interpretarlo. Crees que yo tengo la explicación.

—¿Es así?

—No. Pero sé quién la tiene. O mejor dicho, quién la tendrá.

Cerró la frase con determinación. Era obvio que le traspasaba el turno a Layla. Esta se tomó unos segundos. La respuesta al acertijo se le apareció inequívoca flotando en su mente. Con voz temblorosa leyó en voz alta:

—Yo.

—Efectivamente, pequeña. Pero no me preguntes cuándo. Solo puedo decirte que progresas más rápido que yo.

—¿Progreso? Lo dudo. Me sé en el lugar más alejado del que debiera. Todo lo que he aprendido solo me ha servido para ir más rápido en la dirección equivocada.

—Por supuesto que estás lejos; no obstante, yerras al culpar a tus conocimientos. Ellos no te han guiado, en todo caso te han transportado. Úsalos para avanzar en tu nueva dirección.

—¿Seguir matando?

—Es tu talento, lo sabes. No lo traiciones. Adóralo y subyúgalo a la vez. De momento solo te has dedicado a lo primero. Cuando te fuiste te aconsejé dos cosas: que fueras ambiciosa y que buscaras tu límite. Hoy mereces algo mejor: sigue siendo ambiciosa y descubre tu camino, solo hay límite cuando te rindes.

Eso era el final, y Layla lo sabía. Incluyó delicadamente la cabeza en señal de

agradecimiento, respeto y despedida. Salió del despacho, del complejo y se internó en la fría noche del desierto.

Los meses siguientes fueron de instrucción y perfeccionamiento, la idea ya no era matar más sino matar mejor. Los que se decían maestros de una u otra técnica resultaron decepcionantes. Tuvo que trasladarse miles de kilómetros hacia el este para aprender algo nuevo. Dos exyakuza, que tras abandonar a su jefe se refugiaban en las islas Kuriles, le mostraron los secretos más prácticos de los ninja. A cambio, Layla prometió ayudarles cuando vinieran a por ellos a cobrarse su deserción. Antes de que eso ocurriera la hicieron marchar, habían cogido cariño a la chica y no la querían ver muerta. Layla acató la petición de sus singulares profesores más que nada por experimentar qué se sentía al eludir un enfrentamiento; la lección, como todas las que aprendió allí, no fue demasiado fascinante.

A continuación se mudó a Tokio. Su condición femenina la privó de ser aceptada por ningún sensei reconocido, por la misma razón tampoco le ofrecieron trabajos interesantes, tan solo de guardaespaldas florero. En ese país nadie parecía dispuesto a saltarse sus tradiciones discriminatorias. Lo que más le impactó de ese periodo fue la historia de Yukio Kawabata, el asesino invisible del clan Nakata. Atraída por el reto que constituía, presentó su candidatura en cuanto supo que las tríadas buscaban a alguien que pudiera eliminarlo. Se había acostumbrado tanto al rechazo que no le afectó casi nada que no la escogieran.

Mientras esperaba llamadas que no llegaban, comenzó su estudio de creencias y religiones. El concepto budista de transmigración de las almas inició un proceso que mezclaba curiosidad, humor y esperanza. Había algo de verdad en esa idea de reencarnación, pero resultaba difícil calibrar su nivel. En aras de ampliar conocimientos, se sumergió en el mayor crisol del planeta, India y Nepal. En cada esquina un sabio distinto le regaló una verdad, o cuando menos, una falacia bien trabajada. Visitó cientos de comunidades y escuchó a sus respectivos gurús. Lo que Layla había sentido tras las mil muertes confirmaba retazos de diferentes teorías y al mismo tiempo las tiraba todas por tierra.

Llevaba dos años vagando tranquila, con la cabeza entretenida y el espíritu hibernado, como si estuviera de vacaciones. Entonces el destino la empujó hacia delante. Paseaba por una calle de Katmandú cuando, como tantas otras veces, se cruzó con un grupo de monjes budistas. El último de la fila, un niño que no superaba los ocho años, se paró frente a ella, la apuntó con el dedo y con cara de espanto la acusó: «Fuiste tú. Fuiste tú». El hindi de Layla era de nivel medio y le bastó para comprender. El resto de monjes volvieron sobre el rezagado que les explicaba excitado lo que había descubierto. Layla no se asustó, ni sintió el impulso de huir; se

quedó allí, expuesta al escrutinio de los fieles incrédulos. Finalmente, el jefe del grupo se acercó a ella y, con voz delicada, la invitó: «Por favor, ven con nosotros. A nuestro maestro le gustaría conocerte». La palestina aceptó sin reservas, convencida hasta el tuétano de que ese era el camino.

El templo estaba lejos, semiescondido en las montañas. El maestro la recibió de pie en una sala fría y seca, sin apenas decoración. Cuando Layla se le acercó, él señaló una alfombra para que se acomodara. Ambos se sentaron con las piernas cruzadas, cara a cara.

—Tu presencia aquí es bienvenida. Gracias a ti hemos identificado un lector.

—¿Un lector?

—El chico que te reconoció. Tú le has abierto su don. El lector de energías. Lo que vio en ti fueron los trazos de las energías de quien mataste, al mutar su estado te marcaron.

—¿Es eso lo que sentí?

—Es una forma de explicarlo, pero solo tú lo sabes realmente.

—Me marcaron, pero no me condenaron... ¿es normal?

—Algunas de tus víctimas te están agradecidas. Ya debes de saber que la humanidad es el grado más bajo de existencia.

—He llegado a sospecharlo.

—Pero a muchas otras les robaste el tiempo para mejorar. Esas te están vigilando.

—¿Y qué esperan de mí?

—Lo mismo que tú, lo mismo que todos. —El monje sonrió con simpleza. Layla devolvió el rictus, un tanto atribulada.

—Maestro, quisiera seguir conversando. Le pido permiso para quedarme un tiempo.

—No tienes por qué pedirlo, nuestra obligación es acogerte.

Los días se hicieron semanas y las semanas, meses. La mayor parte de los monjes aceptó la compañía de Layla con alegría, convivir con la palestina representaba una prueba de fe difícil y atractiva; pero una minoría veía en ella mucho más: la posibilidad de aprender, tutelar y compartir. A unos y a otros dejó asombrados por su dominio corporal y capacidad dialéctica. Las discusiones con ella eran largas y enriquecedoras. Nadie entendía que una mente tan privilegiada hubiera cometido los crímenes que se le atribuían. Antes del primer año, casi como respuesta a una duda incipiente, unos soldados chinos acamparon en las cercanías. La frontera con el Tíbet estaba relativamente cerca, lo más probable era que se hubieran desviado sin querer. A pesar de todo, Layla los estuvo observando hasta que se fueron. Por desgracia, sus conclusiones no eran tranquilizadoras. Esos hombres eran comandos, no podían haberse extraviado. Estaban reconociendo el terreno y ahí lo único que había era el templo. Layla se lo explicó al maestro; este frunció el ceño y le confesó:

—No me gusta. Deben de temer que se les escapen más tibetanos por los desfiladeros del norte. Pero no entiendo la razón, hace mucho que no llega ninguno.

—A mí se me ocurre que quizás quieran borrar su influencia en la zona. Traían consigo jalones de triangulación por láser. —El maestro enarcó las cejas, ignorante—. Sirven para guiar misiles, con precisión milimétrica. Las montañas nos protegen de un ataque convencional, pero no de este.

—Eso es absurdo.

—Absurdo o no, lo investigaré.

—De acuerdo, pero... no te excedas.

Layla acató la petición del maestro con sinceridad, al fin y al cabo era lo mismo que le había dicho la directora de las Beatas. No era cuestión de matar más, sino de hacerlo mejor. Viajó a Delhi lo más rápido que pudo, en el Palika Bazaar compró los ingredientes que necesitaba y volvió a toda prisa. Se pasó una semana dentro de la cocina del templo sin dejar entrar a nadie. Todo el mundo comió frío e intrigado. Layla abandonó los fogones con el producto de su trabajo guardado en una bolsita, se equipó mínimamente y regresó a los riscos. Los chinos no se hicieron esperar. Eran siete soldados de élite: tres binomios y un mando. Layla les permitió aproximarse al templo cuanto quisieron. Con este como centro, los binomios marcaron con los jalones-transpondedores un triángulo equilátero de dos mil metros de lado. Aprovechando la soledad del comandante, la palestina se adentró en el pequeño campamento, se deslizó hasta colocarse a su espalda, le agarró por el cuello y le tapó nariz y boca con un pañuelo empapado en cloroformo. Lo amordazó, ató de pies y manos y arrastró hasta el interior de la tienda de campaña comunal. Al examinar su PDA desbloqueada se reafirmó en sus sospechas. El ataque con misiles al templo era inminente, solo faltaba la confirmación por parte del capitán inconsciente. China se iba a justificar enarbolando la bandera de su particular guerra contra el terrorismo. La India no estaba en posición de responder contra la superpotencia por un puñado de monjes. El terminal incautado tenía más opciones accesibles de las esperadas; a Layla se le iluminó el rostro al comprobar que podía cambiar las coordenadas del blanco con un margen de error de medio kilómetro. Enseguida se le ocurrió el lugar idóneo donde redirigir los tierra-tierra, era una zona despoblada y suficientemente cercana para la autonomía de los misiles. Envío la orden de disparar y rogó con ironía ser escuchada. Luego fue en busca de los tres binomios. Para alguien acostumbrado a masacrar, fue costoso noquear en silencio y a pares. Una vez conseguido, reunió los siete cuerpos inconscientes y atados, alineó sus cabezas y espolvoreó sobre ellas el contenido de su bolsita. Los soldados reaccionaron con toses y estornudos; algunos recuperaron completamente el sentido, pero en cuestión de segundos dejaron de dar señales de vida. Layla los liberó y abandonó allí mismo.

Al cabo de un tiempo conoció el alcance exacto de su misión. Los misiles cayeron sobre un cuadrante desmilitarizado cercano a Pakistán. La autoría china era tan clara que la India y su vecino alzaron una queja conjunta en la ONU. Esa colaboración

accidental dio pie a conversaciones más profundas. La fiabilidad balística de la República Popular quedó en entredicho, la publicidad negativa degradó su fama varios enteros. Tras el fallido bombardeo, un equipo de acción rápida chino había rescatado los cuerpos de los siete comandos responsables de la chapuza. Ante la ausencia de signos vitales fueron enviados a la base médica de Shanghái para que se les practicara la autopsia. A medio camino, los cuerpos revivieron. La tripulación del avión militar se llevó un susto terrorífico cuando vieron las bolsas de plástico retorcerse como gusanos gigantes. Liberaron a sus compañeros, o lo que quedaba de ellos. Se habían convertido en zombis, auténticos muertos vivientes. El polvo blanco que Layla les había hecho aspirar era la maldición haitiana, el secreto vudú por excelencia, inventado para que tu enemigo muera enterrado, arañando la tapa de su ataúd. Pero el afectado por el polvo ya no es el mismo al despertar, le sobreviene un autismo irreversible. A los siete desgraciados los interrogaron para nada. Fueron condenados a muerte por traición. Antes de recibir una bala en la cabeza (pagada como multa por la propia familia), seguían farfullando tonterías sobre el espíritu de la montaña que los atacó. A pesar de que las autoridades borrarán toda referencia al fracasado proyecto antibudista, la historia corrió de boca en boca. A falta de dios, las supersticiones son igual de efectivas. Así creció el miedo a la frontera indo-tibetana en el seno del ejército rojo. A ningún general se le ocurrió proponer otra acción similar.

Durante los años que siguieron, Layla se entregó a la introspección de un modo jamás experimentado. Los monjes la ayudaron a descubrir los sectores más ignotos de su ser. Cartografiar su alma le resultó acongojante, no ya por las partes que suponía, sino por el infinito desconocido. De vez en cuando, como práctica en el espectro real, el maestro la enviaba a visitar otras congregaciones. Daba la casualidad de que siempre les atenazaba un peligro; unas veces era el acoso integrista; otras, expropiaciones forzosas; y las más, un aumento de los impuestos extraoficiales. En menos de un mes, la situación se calmaba por obra y gracia de la providencia. Sin ruido ni secuelas, Layla movía, torcía o retorcía las piezas necesarias para una pacificación espontánea. Disfrutó cuanto pudo de esa etapa; sabía que no era más que la preparación hacia el cambio clave que se avecinaba.

Fue en Bombay, en el templo budista Sarvoday. El maestro le pidió que investigara el asesinato de un refugiado. La víctima era un magnate de la heroína que había solicitado asilo: necesitaba desaparecer una temporada porque la competencia, decía, quería matarlo. Tenía razón. Su muerte era más que nada un problema de imagen para la comunidad, el maestro lo había dejado claro: «Cuando alguien se acoge a Buda debe sentirse seguro». La tarea de Layla consistía en descubrir y corregir los fallos de seguridad. Lo que encontró fue una obra de arte, una infiltración inmaculada, de belleza meditada; ni siquiera el objetivo había sufrido. La noche del

atentado alguien voló un depósito de agua a doscientos metros del templo, no hubo daños personales pero sí una crisis de servicios. Muchos monjes salieron a ayudar. Los asaltantes tendieron desde la terraza de un edificio vecino un cable que les unía con la cúpula central del templo, y accedieron al techado de este mediante una tirolina. Debían de tener los planos, porque solo colocaron cargas sobre la celda del narco. El ejecutor cayó medio segundo después que los ladrillos, de otro modo el objetivo habría podido escapar. Mientras este saltaba hacia la puerta, un filo artesanal le cercenó la cabeza. Por el agujero por el que había entrado el asesino, alguien le ayudó a salir de inmediato. Dispararon otro cable a la base de un muro exterior y volvieron a deslizarse con la tirolina. Cuando el religioso de guardia se acercó a comprobar el objeto de las explosiones y descubrió al invitado sin cabeza, el equipo atacante había desaparecido. Nadie en absoluto había visto nada. La secuencia estaba clara, pero algo turbaba a Layla. Allí había estado alguien más, un refuerzo, un observador... alguien. Sabía de su presencia pero no podía determinar sus pasos ni su función. Intuía su olor. Era el olor de la ventura.

Dio cuatro consejos de seguridad perimetral y volvió al norte.

—No logro olvidarlo, maestro, ni siquiera apartarlo. Tampoco puedo explicarlo, lo único que sé es que es cierto.

—¿Sientes curiosidad o deseo?

—Ansia. Dolorosa ansia.

—Pues sigue adelante. No te traiciones.

—No lo hago, pero me siento diferente. Tengo... miedo.

—¡Eso es fantástico! —exclamó el anciano—. ¡Acabas de elevarte un nivel sobre el abismo!

Se sintió estúpida por sonreír, y desencajada al notar una gota resbalando por su mejilla.

Con temor y excitación abandonó el templo y regresó a Bombay en busca de pistas. Lo primero que necesitaba saber era quién encargó el asesinato. No le costó encontrar al beneficiario de la defunción. Una noche con él y ya supo de la Agencia. Tras un año de discretos contactos y cibervigilancia apareció el nombre de su verdad: Lander B. Fue lista y no se apresuró, recabó datos sueltos con la paciencia de una hormiga disciplinada e insignificante. Anduvo muy lejos de llamar la atención. Lo que fue descubriendo solo se podía definir con la palabra «luz». Alguien con el mismo talento que ella lo estaba explotando con ingenio, fresca y vocación preciosista. Esa Agencia era el lugar donde no solo se veía, era el lugar donde se reconocía. Y ese nombre, Lander, representaba su fin.

Tenía suficiente información como para saber que nunca la aceptarían por las buenas; para ser tomada en serio debía demostrar que era la agente libre más válida sobre la Tierra. No se le ocurrió mejor carta de presentación que aparecer a las puertas de la

base secreta. La existencia de esta era un mito que Layla daba por cierto, la operación que investigó in situ y otras de las que tuvo noticia implicaban preparación minuciosa por parte de un grupo unido, algo imposible con un cuartel itinerante. Cuadrando fechas y desapariciones públicas, dedujo las filiaciones de Marko, Nenad, Mario, Siracusa y Yukio; calculaba la existencia de uno o dos miembros más sin identidad relevante. Los serbios y el japonés carecían de lazos afectivos que vigilar y los de Mario le habían desterrado. Solo quedó Siracusa. Layla llevaba pocos meses vigilando a sus padres cuando el lombardo les hizo una visita. Tras despedirse de ellos, desplegó un dispositivo antiseguimiento excesivo para un solo perseguidor, y tan eficaz que de haber habido más personas detrás, los habría detectado.

La palestina se vio obligada a empezar de cero y por el camino más largo, el de Lander B. Visitó el hospicio donde se crio, estudió su expediente, los perfiles del psicólogo, las fotos de su clase. Aquel niño feo con cara de adulto conmovía por la rabia y fuerza mostrada contra su mala estrella. Entrevistó al excapataz de la cadena de montaje y los vecinos. Empezó a sospechar sobre el verdadero significado de la «B». Se acercó lo justo al hampa para lograr información sin causar alarma. Llegó a Van Zeesaar y a su hija. Allí aprendió otra verdad sobre sí misma: nombrar a Lía le punzaba el estómago. Con más ímpetu y cautela siguió adelante, descubrió la química y su papel en la huida, llegó hasta Zihuatanejo, la frontera texana y la estación de autobuses. Ahí perdió el rastro y altas dosis de fe. Todas las pesquisas conducían a nada. Lander se había esfumado para reaparecer tres años después; Layla confiaba en encontrar la pista definitiva en ese vacío temporal. El germano se había instalado en algún lugar donde Van Zeesaar no lo encontrara. No podían existir muchos sitios así. Con la simple ayuda de un mapamundi y un compás empezó a trazar círculos de influencia, el poder del sudafricano o de sus aliados cubría dos terceras partes del globo terrestre. La sencillez del sistema de búsqueda auguraba respuestas de la misma índole, todo pasaba por buscar el punto más alejado de las áreas informantes. Tres fueron los más destacados. Vanuatu, la Antártida y Mongolia. Solo el tercero era accesible por tierra. Dedujo la ruta canadiense que Lander había tomado, conoció a un guardabosques que la convenció de su acierto y continuó animada hasta el desierto del Gobi. En esa mastodónica explanada encontraría la clave, así lo presentía. Se dedicó a cabalgar en todas direcciones como una turista excéntrica. Poco a poco los grupitos trashumantes se acostumbraron a verla. La invitaban a comer al cruzarse con ella, pero nada más, apenas hablaban con esa mujer inesperada que viajaba sola, no era un buen ejemplo para sus hijas. Layla perseveró inquebrantable en su política no invasiva. Para ganar algo más de respeto se inició en la disciplina del tiro con arco. Tardó año y medio en convertirse en experta. Compitió contra varios hombres y les ganó; estos no volvieron a hablar con ella. Evitó los torneos, pero continuó practicando, y el día de la reunión del solsticio de verano se dispuso a participar por última vez. Se clasificó para la final sin problemas, allí la esperaba uno de los patriarcas más populares. Layla le dejó ganar. El hombre se sintió tan aliviado como

orgullosa de ser el único miembro del clan no batido por la chica. Para dar más peso a su victoria la honró como a una igual acogéndola en su familia durante la semana de festejos. En ese marco relajado y alegre le confiaron la historia del peregrino que llegó del norte para cuidar de su pueblo, un héroe que salvó a sus hijas y que ahora las convertía en sanadoras de personas y animales. Esa era toda la información que necesitaba. Viajó a Ulan Bator, con unos pocos sobornos se coló en los registros de emigración, enseguida encontró las coincidencias que buscaba entre los permisos laborales. Cada año, tres chicas de la zona en cuestión eran contratadas para trabajar en Madrid.

Ya en España, investigó la empresa contratante; el campo al que se dedicaba no aparecía descrito, su domicilio social radicaba en una oficina abandonada, solo entre su cuerpo accionario había algún dato útil: el nombre de un expolítico ilustre. Layla estudió a fondo las actividades financieras del sujeto en los últimos diez años. Entre otras cosas, sobresalía por inusual la compra de un edificio barcelonés considerado patrimonio cultural. Alquiló un apartamento en el bloque más alejado de los que tuvieran vistas a su entrada. Puso plantas en el balcón y entre ellas el teleobjetivo de una cámara de vídeo. En medio año fichó a toda la plantilla entrando o saliendo, y se hizo con los expedientes de los miembros que no conocía, excepto con el de ese varón que parecía ruso. Su antropometría facial no constaba entre los archivos al uso. Logró hacerse con los más confidenciales, tampoco le sirvieron. Harta de buscar, decidió que era hora de presentarse.

Se duchó, se lavó el pelo con champú y suavizante, luego se aplicó una mascarilla revitalizante, se lo aclaró y secó con mimo. Se exfolió la cara. Se aceitó imperceptiblemente el cuerpo. Tardó más de la cuenta en escoger vestido, también en peinarse. Desechó la idea de perfumarse, ya olía suficientemente bien. Se maquilló embargada de lentitud y por último, se calzó. Había invertido en el proceso un tiempo excesivo, lo sabía y lo disfrutaba. Ese era el día en que solicitaba plaza en la Agencia y en la vida de Lander.

Acomodada sobre los cojines y alfombras de su búnker, Layla reintroducía por tercera vez el té de su vasito dentro de la tetera. Le gustaba mezclarlo como en el Magreb, era un bonito ritual que le procuraba calma. Calma que se esfumó al entrar el encargado de seguridad. Su cara reflejaba tal espanto que cualquiera diría que acababa de ver al diablo.

—Disculpe la interrupción, pero me temo que tenemos un problema.

—Explíquese.

—Un intruso ha burlado todas nuestras medidas y se ha presentado en la sala de control. Desarmado. Antes de que lo arrestáramos ha solicitado hablar con usted. Se ha presentado como señor Bō.

—Tráigalo aquí —le ordenó Layla, iluminada.

La palestina, en un arranque de felicidad pura, se abrazó a Lander en cuanto apareció. El hombre, aún esposado, esbozó una triste sonrisa. Los guardias le liberaron y los dejaron a solas. Layla le invitó a sentarse y le sirvió un vaso de té. Luego se sirvió ella, lo cató con agrado y preguntó:

—¿Empiezo yo?

—Por favor.

Una hora más tarde la chica acabó su relato. Lander permaneció en silencio mientras su cerebro encajaba las últimas piezas.

—Yo mismo le di los códigos y luego encerré a Sergey —explicó el germano—. Check lo tuvo tan fácil como quiso. Incluso pudo abrir un canal externo sin que os dierais cuenta, sobre todo si, como dices, Mario fue quien quedó a cargo de la sala de control. Así debió de recibir los vídeos trucados. Yo no me llevé los planos, apenas me llevé equipaje...

—¿Y por qué te fuiste?

Lander tragó saliva.

—Por motivos personales.

Layla resopló suavemente y renunció a indagar más. Lo que sí demandó fue la secuencia exacta de los acontecimientos.

Después de la llamada, Lander corrió donde Lía y la sacó de casa. En el exterior detectó a sus agentes emboscados, pero un cañonazo lejano aún le llamó más la atención. Aguzó el oído, el proyectil de artillería se aproximaba. Tras recibir la noticia de los timbrazos telefónicos, Check debía de saber que algo no iba bien, se apresuró a mandar a Nenad fuera de la sala en busca de Layla y procedió a iniciar el plan B, ordenar abrir fuego al ejército alquilado. Lander y Lía tuvieron que ponerse al descubierto para alcanzar un montículo que les sirviera de refugio. Durante la carrera, dos pistolas abrieron fuego sobre ellos. Lander conocía esa forma de disparar, adivinó a Marco tras los gatillos. El obús acertó de pleno en la casa, la onda expansiva lanzó a Mario varios metros hacia atrás. La silueta de Siracusa corrió a socorrerle y Lander aprovechó para atender a Lía.

Su amor, su gran amor, yacía en la arena con la mirada perdida, como si observara las estrellas. Y él no lo entendía, no parecía herida. La examinó mejor y encontró la causa. En el último paso una bala la había alcanzado en el oído y se había alojado en su cráneo. Una muerte instantánea. El amante, incapaz de aceptarlo, la apretó contra su pecho y lanzó un grito, apasionado y maldito, con la intención de resucitarla. La rabia de su fracaso le hizo levantarse en busca de un responsable o de otra bala para sí mismo. Delante esperaba Yukio, con la wakizashi desnuda pero en actitud indecisa. Se oyeron más cañonazos. Les estaban bombardeando. Antes de que llegara la lluvia egipcia, Yukio le dirigió una mirada cargada de significado. Tras años de kumites entregados, Lander la leyó mejor que escrita. Su hermano de armas se disculpaba, a él

también le habían engañado. Un silbido cada vez más agudo anunciaba la inminencia de los impactos. El japonés cerró los ojos, aparentemente dispuesto a ser despedazado, cuando de repente comenzó a saltar, zigzagueando hacia tierra firme, como un mono vidente que predijera dónde iban a caer los obuses. Mientras tanto, el germano se acogió al abrazo protector de su difunta amada, que con su cuerpo le salvó de una bandada de esquirlas mortales. Tras esa andanada el cielo ofreció una pequeña tregua.

Lander miró a Lía, posó la mano sobre su mejilla y se despidió con un lacónico «Adiós». A continuación, corrió en dirección opuesta a Yukio, hacia las aguas del lago. En la orilla tiró de una cuerda semienterrada, así retiró los lastres que mantenían hundida una moto acuática. Montó, arrancó y aceleró hacia el este. A su espalda una veintena de proyectiles reducían la isla a un círculo plano de arena humeante. De los laterales del carenado desenganchó alternativamente dos bolsas de plástico con cierre hermético; de su interior, una pistola ametralladora Heckler & Koch MP5K con cinco cargadores, y una espada envainada, larga y curva, la mejor amiga que hizo en China. Se ajustó la primera cerca del torso y la segunda a la espalda.

El cielo clareaba, las palmeras de su destino se definían, así como unas figuras sólidas que variaban de posición pese a la carencia de viento. Allí donde se dirigía le estaban esperando con ametralladoras ligeras. Lander viró en redondo y empezaron a disparar. La cercanía a la que pasaban las balas trazadoras sugería que se enfrentaba a tropas profesionales y no a soldados de reemplazo. Calculó que la única orilla libre de agresores debía de ser la oeste, aquella por la que se accedía a su isla. Yukio había huido por ahí, Mario y Siracusa también. Era una pequeña garantía, la única a la que acogerse. No había alcanzado tierra y los silbidos volvieron a surcar el aire. La situación era odiosa, dependiente del azar, iban a caer muchos obuses y cualquiera podía alcanzarle.

Le recordó a Zihuatanejo, solo que esta vez iba armado con filo, cañón y la mayor de las furias. Arenizó a todo gas sobre la playa y comenzó a correr hacia el origen de los cañonazos. A menos de un kilómetro las piezas de artillería dejarían de ser funcionales, a partir de ahí la lucha sería de hombre a hombre. Fueron cuatro mil metros de oraciones a través del palmeral. Lander no rogó por su vida ni por el alma de Lía, rogó por el sufrimiento y la muerte de todos los implicados en esa operación. Alguien desde el infierno debió de escucharle, un Belcebú hambriento de condenados sin ganas de prescindir de su mejor exterminador. Como homenaje a su protector, Lander le dedicó varias escuadras de mutilados. Su espada forjada de paz y equilibrio se convirtió en conductora de odio mientras la Heckler, agresora voraz, se encargaba de los más distantes. Fue una carnicería imprudente. Los cañones callaron y la posición de Lander quedó al descubierto. El germano se colocó el auricular de un teniente decapitado, así tuvo constancia de los movimientos egipcios. El grueso de las tropas que rodeaba el lago avanzaba veloz hacia el pueblo, contaban con atraparlo ahí. Más al este, una compañía de infantería motorizada aguardaba, desplegada.

Su mejor opción pasaba por retomar el plan inicial, debía alcanzar la orilla oeste del lago de manera discreta. La mayoría de las ametralladoras estarían siendo trasladadas, pero aún quedarían algunas de retén. Abandonó el subfusil y regresó rápido y sigiloso a las inmediaciones de la desintegrada morada. Los enemigos se acercaban confiados, no esperaban encontrarlo por ahí, le resultó fácil sortearlos. Lander cogió un pedazo de tronco de palmera reventado, lo empujó al lago y se parapetó bajo media rama que todavía quedaba. A simple vista no era más que otro objeto flotante con los que el bombardeo había llenado el agua. El sol salía a su espalda, los puestos de ametralladoras no advirtieron la aproximación de ese informe trozo de madera.

Lander salió a la superficie por una zona con algunos arbustos, atravesó reptando la línea enemiga y desenvainó. La espada silenciosa liberó el camino hacia su medio de transporte. Cerca de la orilla, al abrigo de las datileras, bajo un palmo de arena, Lander encontró el asa de una plancha de madera. Tiró de ella con fuerza. Era la tapa de una enorme caja enterrada, en su interior una trail de mil centímetros cúbicos con doble depósito preparada para recorrer quinientos kilómetros sin repostar. Al este se encontraría una compañía, hacia el norte o hacia el sur sería localizado por satélite e interceptado en pleno desierto, pero si tiraba hacia el oeste lo último no podía ocurrir, era cuestión de alcanzar territorio libio antes que algún helicóptero le diera caza.

Siguieron cuarenta minutos de conducción suicida a través de las dunas. Al oír los rotores pensó que todo había acabado; sobre el *erg*, la línea divisoria entre los dos países no estaba señalada y, en cualquier caso, dudaba de que sus perseguidores fueran a respetarla. Pero de repente cambiaron las perspectivas. Otro sonido de helicóptero se unió esperanzador, era un aparato libio, suspendido sobre el punto que debía marcar su frontera. Bajo él, varios transportes esperaban a Lander, y no para matarlo; si hubieran compartido intenciones con los egipcios estos les habrían permitido entrar a por él. Los libios habían observado en sus propios satélites los movimientos de tropas vecinas y tenían curiosidad por conocer el trofeo por el que tantos medios invertían. Las aves de presa aceptaron su derrota y le dejaron en paz, el precio que iban a cobrar por el germano no justificaba una declaración de guerra.

Ya detenido, Lander pidió entrevistarse con el jefe de Estado, y recalcó: «Con el auténtico rais»; la información que obraba en su poder, adujo, era demasiado sensible para compartirla con ninguna otra persona. A Muamar el Gadafi, que seguía el incidente de cerca, le impresionó el desparpajo de ese soldado/espía/asesino único. Llevaba más de una década gobernando en la sombra, evitando los focos que tanto le gustaban con tal de mantener viva la patraña de su muerte y su adorado poder. Echaba de menos la diversión.

Durante una cena cordial, Lander le confesó todo lo sucedido desde la entrada en escena de los minipulsos. Se sinceró a tumba abierta, sereno como aquel que lo ha perdido todo y es libre de empezar de cero. El rais aceptó la palabra del germano como un regalo preciado y exclusivo. En agradecimiento le refirió la situación:

—Mucha gente ha llamado a nuestra puerta desde que estás aquí. Ofrecen favores, reconocimiento, incluso dinero. Como si algo de todo eso nos hiciera falta...
»Dime, Lander, ¿qué crees que debo hacer?
—Matarlos de miedo. Dejarme marchar.
—¿Y tú qué harás fuera?
—Ruido.
Muamar el Gadafi sonrió, ladino. Se tomó unos instantes.
—¿Qué necesitas?
—Documentación, prótesis faciales y transporte hasta Ramala.
—¿Ramala?
—Sí. Espero encontrar ahí a mi última asesina leal.

Con este último apunte Layla se sintió honrada, pero obligada a corregirle.

—No creo que sea la última leal, Lander. El engaño de Check fue perfecto. Era obvio que nos habías abandonado.
—Pero tú sospechaste.
—No lo hice.
—Entonces, ¿por qué?

Como Lander un rato antes, Layla tragó saliva antes de responder: «Por motivos personales». Luego desvió la vista a un lado; Lander lo hizo hacia abajo. Veinte segundos incómodos se sucedieron. Al veintiuno, el germano cambió de tema.

—Van Zeesaar debe de estar ya desarrollando los planos. Con sus medios, tendrá minipulsos operativos en un par de meses, y la cadena de montaje en cinco.
—Podrá cambiar el mundo.
—Nosotros también podemos, Layla.
—Pues hagámoslo.

Lander sonrió conmovido por el apoyo, su mirada cristalina anunciaba pasión y excelencia, deber apreciado, fortuna de pronunciar la palabra sagrada. Venganza.

La pareja abandonó el país más rápida que discreta. Con Van Zeesaar y sus aliados siguiéndoles los pasos, el disimulo era inútil, la cuestión era correr. Necesitados de ayuda, buscaron a Mario y Siracusa. Las informaciones les llevaron hasta una villa en la Toscana, propiedad de la familia Bandettini. Los dos italianos se encontraban tomando el sol cuando la frase de Lander les hizo saltar de sus tumbonas.

—Vuestra seguridad perimetral es un asco.
—¡Lander! —exclamó Mario—. ¡Lander y Layla! Habéis venido a... a...
—No han venido a eso —le tranquilizó Siracusa—, si no, no te quedaría aliento con el que preguntar. Pero no deja de ser curioso.

Layla explicó la traición de Check y la suya propia al avisar a Lander. Ya fuera

por tacto o simple indiferencia, ni Mario ni Siracusa quisieron profundizar en el segundo punto. Cuando la palestina acabó el relato, Siracusa tomó el relevo. Entendieron que algo iba mal tras el primer cañonazo, pero Mario se mantuvo firme en posición disparando sobre los blancos. Al caer el obús quedó inconsciente. Su compañero lo reanimó a tiempo de evitar el grueso de la siguiente serie de bombas. Luego corrieron hacia el sur, donde toparon con una línea bien formada de patrullas egipcias. De haber sido menos se hubieran enfrentado a tiro limpio, pero no tenían balas suficientes para todos, así que se entregaron. Los detuvieron dos días sin maltrato ni interrogatorios, al tercero los condujeron a El Cairo y se apearon en la embajada italiana. Desde allí, y tras hacer cuatro llamadas, ya estaban de vuelta.

—Ahora estoy seguro de que nos liberaron como cebo —concluyó Siracusa—. Van Zeesaar debe de estar ahora mismo vigilándonos con sus satélites. Él esperaba vuestra visita más que nosotros.

—Posiblemente —aceptó Lander—, pero no es relevante. Mientras estemos en Italia su influencia es limitada, y no nos tocará en casa de un Bandettini. Lo que de verdad importa es si puedo contar con vosotros, otra vez. La última.

Mario y Siracusa se miraron con serena complicidad, estaban preparados para responder, habían hablado de ello.

—Verás —comenzó Mario—, llevamos tres meses y medio aquí, pensando en lo que pasó. Salimos vivos de milagro, bueno, como cebo, como dice Sir. He podido hablar con mi tío, de hecho fue él quien me llamó cuando aterrizamos en Roma. Ha cambiado su opinión sobre nosotros. Alguien debió de contarle lo del coreano que nos jodió el Mundial. Bueno, el caso es que nos ha... restituido, más o menos. Lo que no podemos es hacer la mariquita en público, por lo demás nos ofrece casa y trabajo.

»Nos gusta la idea, Lander. Aquí podemos ver a nuestras familias. Los dos las detestamos, sí, pero no podemos vivir sin ellas; al fin y al cabo son nuestros padres y hermanos, los de verdad. La Agencia se parecía, pero no es lo mismo, y ha habido traiciones... No podemos volver a confiar los unos en los otros. Yo solo confío en Sir y aún creo que me la estoy jugando.

Layla quedó asombrada por la elocuencia de Mario; su amante lombardo lo miraba orgulloso, y Lander, perplejo. Finalmente, el germano asintió comprensivo. Se acercó al calabrés y le ofreció la mano; este no la estrechó y empezó a excusarse con voz trémula.

—No sé si puedo, Lander. Hay otra cosa... que no me quito de la cabeza. Lía van Zeesaar y tú, teníais algo... algo como Sir y yo. Yo disparé y... no sé si es correcto.

—Era tu misión —dijo Lander—. No le des más vueltas. —Y con estas palabras le rodeó con sus brazos. Luego se volvió hacia Siracusa—. Parece que nuestro chaval se ha hecho un hombre.

—Espero que no signifique que yo me estoy haciendo viejo.

—Claro que no, milanés. Estás mejor que nunca.

—Para no saber mentir, queridísimo Lander, esta vez lo has hecho muy bien.

Horas más tarde, Lander y Layla circulaban hacia Suiza en un coche robado con matrícula falsa. Habían cambiado tres veces de vehículo en sendos párking. Estaban seguros de haber burlado cualquier seguimiento, sin embargo, la tensión les atenazaba. Ambos estaban pensando en lo mismo, sin ánimo de reconocerlo, ni siquiera a sí mismos. Pensaban en Lía, en las palabras de Mario; «Teníais algo», había dicho. Mientras Lander se torturaba con la pérdida de ese «algo», Layla se asfixiaba de envidia por no tenerlo, ni haberlo tenido. Llegaron a Berna sin decirse una palabra. La incomunicación era tal que al registrarse en el hotel el personal vio en ellos al paradigma del matrimonio.

Durante los dos días siguientes, Layla se dedicó a oficiar de secretaria de un jefe que pivotaba entre notarías y sucursales bancarias. Tras los óbitos comprobados de Paulo y Nenad, Lander quedó a cargo de sus cuentas de ahorro. Reunió el montante y lo transfirió a la fundación amazónica del carioca, luego dejó instrucciones sobre su propio dinero y las reservas de la Agencia. Si no existía contraorden en el plazo de tres meses, todo debía ser enviado a la misma cuenta de antes. La hacienda Laneiro estaba a un paso de multiplicar por seis su extensión, solo hacía falta que Lander muriera o no necesitara el dinero.

La siguiente etapa transcurrió en Escocia. La intuición del germano les condujo al posible escenario de un capítulo oculto en el expediente de Bill, y no se equivocó, pero llegaron tarde. El irlandés había pasado semanas atrás por esa granja perdida. Sus ancianos moradores habían cenado con él, y un tanto apesadumbrados, le habían devuelto el perro amigo que una vez les trajo. Consintieron porque, tal como explicaron, el animal escogió: reconoció en Bill a su amo.

De camino al aeropuerto, Lander valoró el imprevisto:

—Eso nos retrasa.

—No será para tanto. Buscamos un calvito con barba que viaja en compañía de un perro con tres patas. No puede haber muchos.

—Bill sabe esconderse. Ha venido hasta aquí desde el desierto egipcio sin dejar rastro y sin ayuda.

—¿Sin ayuda? ¿Quieres decir que Check...?

—No. Seguro que no. Bill es listo. Después de lo de Siwa no se habrá dejado ayudar por nadie. Estoy convencido. Apuesto a que está buscando un lugar donde instalarse y olvidarse de todos nosotros.

—Entonces, aunque lo encontremos, ¿crees que nos ayudará?

—Creo que sabré motivarle.

—Fantástico, Lander, pero sigo sin ver claro el próximo paso.

—El próximo paso es Yukio. Nos vamos a Okinawa.

Desde el encuentro con los italianos, las fuerzas que los cercaban se habían redoblado. Layla lo advertía en detalles tan nimios que solo una agente entrenada

podía entrever. El enemigo los sabía vivos y activos, seguramente estaría nervioso. Ella y Lander huían hacia delante, que no es más que otra forma de ataque. No alcanzaba a adivinar a cuánto se pagaría la pista que facilitara sus cabezas, pero a tenor del celo que transpiraban muchos uniformados debía de ser una cifra muy muy alta.

Tuvieron que extremar precauciones y maquillarse de continuo hasta quedar deformes. Era un proceso lento, necesario y castigador. La palestina sufría retocando el rostro de Lander, lo tenía tan cerca y lo sabía tan lejos...

Entre trenes y aviones llegaron a Singapur tras seis días de máxima alerta y poquísimas horas de sueño. Debían descansar y ese lugar les era propicio; estaban en el territorio de las tríadas, la sombra del sudafricano era apenas testimonial. En la habitación del hotel, Lander aceptó el ofrecimiento de Layla y se fue a dormir el primero. Durante esa guardia, la palestina sintió de todo menos sueño. Recordaba la ciudad, olía igual que esa noche en que engatusó a una azafata. Al día siguiente había matado a mil diez personas; lo cierto es que fueron algunas más, heridos que agonizaron y familiares con pena suicida, pero en el mismo instante, mil diez. Se suponía que aquello había sido un punto de inflexión, un giro coperniquiano hacia respuestas mejores, hacia senderos de verdad y, sin embargo, allí se encontraba de vuelta, lamentando que en ese infierno que provocó no estuviera Lía van Zeesaar. Tanto entrenamiento, tanta sabiduría, y en sus entrañas nada más que celos, celos colmados como faraones, celos vergonzantes e invencibles por ir dedicados a una muerta. Layla quería ese «algo» que Lander compartía con Lía incluso cuando el cuerpo de esta se hallaba en periodo de descomposición. Esa cosa existía, también Mario y Siracusa la conocían, Paulo la regalaba, Nenad la había vivido y Lander la santificaba con su venganza en ciernes, contumaz y gloriosa. El problema para Layla no era dudar del sentimiento, era tenerlo por cierto y jodidamente doloroso. Que no le fuera ofrecido podía soportarlo, pero en modo alguno resistiría dejar de ofrecerlo ella. Como un reflejo, dirigió la vista a la cama y observó a Lander descansar. Nada tenía sentido. La mejor asesina de la historia, ahora estúpida y débil, hincando la rodilla por amor, un amor que le partió las costillas cuando fue aceptado, que casi la mata por eso y que muy probablemente acabaría haciéndolo. Sin duda era una mierda, sí. La mejor mierda de todas.

Podría haber aguantado dos días más sin dormir y con la atención intacta, pero Lander se levantó a la hora pactada y la relevó. La chica se tumbó sobre el colchón con deseo, entregada al calor heredado como se entregaría a un amante real. Esa temperatura era, en cierto modo, su hombre. Pegada a él, se sumió en un plácido sueño.

Llegaron a Okinawa sin una dirección concreta. Tuvieron que sobornar a media docena de funcionarios del registro de la propiedad para que les ayudaran. En más de

una ocasión, Yukio, borracho, le había hablado a Lander de la casa donde pensaba retirarse. Incluso le había mostrado algunos bocetos arquitectónicos y decorativos de los que luego enviaba a Japón, donde, según él, una amiga se encargaba de hacerlos realidad. Era una pista lacia, contaban con un croquis nefasto basado en los recuerdos de Lander más las fechas aproximadas en que el terreno debió de ser comprado y la construcción iniciada. Fueron filtrando basándose en la distancia con el centro urbano más próximo, luego con el núcleo habitado y por último, con la carretera. El lugar aislado que buscaban existía.

Dejaron el coche donde acabó el asfalto, a doce kilómetros de la supuesta casa. Layla, mientras caminaba a través del bosque y la hojarasca otoñal, todavía dudaba que fueran a encontrar algo, el proceso de investigación carecía de empirismo. Pero los árboles se dispersaron y ahí apareció, sobre una loma, en el punto deducido, esa construcción de diseño único. Al fijarse un poco más se encontró con Yukio, de pie en el jardín, observando su aproximación con los brazos cruzados, como si hiciera rato que los estuviera esperando. La palestina dejó que Lander llegara un par de pasos antes. Este se plantó frente al nipón y explicó escuetamente:

—Fue Check. Ella nos engañó a todos. —Yukio asintió con firmeza, esa información le bastaba—. Estoy preparando una respuesta. Quiero que participes.

—Hablemos.

Los tres se descalzaron y entraron en la casa. La distribución y el mobiliario eran de una exquisitez esplendorosa; el espacio era calmo, rutilante, de orgullosa delicadeza. El anfitrión se paró junto a una puerta corredera.

—Aquí dentro, pero a solas —dijo excluyendo a la palestina.

—No —discrepó Lander—. Ella también estará. Fue Layla quien me salvó.

Yukio se envaró al oírlo, digirió el significado y le entregó a la chica una reverencia devota. Luego ofreció el tatami para que se sentaran. Yukio lo hizo justo delante de Lander, dando a entender que la conversación iba solamente con él.

—Mi vergüenza es absoluta. Me volví contra ti. Engañado o no, es imperdonable.

—Amigo mío, en cierta ocasión te pedí que si buscaba el poder, me mataras. Se puede decir que seguías mis órdenes fielmente.

Yukio meneó la cabeza, como aturdido.

—Vosotros, los... occidentales, siempre complicáis las cosas. Me dejé convencer por ti una vez, luego por Check y ahora tú vuelves... Escapé solamente para explicártelo y quedar en paz; estaba seguro de que vendrías.

»No me arrepiento de haberte conocido. Ha sido un honor. Y un gran honor formar parte de tu proyecto, pero cada vez pienso más en Nakata, en si no debería haber muerto con él, y después de atacarte ya no sé si soy un ronin o algo peor. Es imperdonable, Lander. Hay manchas que no se pueden limpiar.

—Esta sí, Yukio. Ven conmigo.

—No me lo pidas. Mi cabeza duele cuando empezáis a hablar. No os comprendo. Creo que nunca lo he hecho. Yo solo te esperaba para decírtelo.

»Quiero acabar ya. Mis enemigos son tantos que casi me vencen por las noches. No quiero que eso pase. Me cuesta acabar con ellos. Me despierto cansado de la batalla.

»Lander, solo te esperaba. Quería que me acompañaras, me honraría tu ayuda.

—No pienso ayudarte en lo que estás pensando.

—¿Por qué?

—Porque antes te debo un combate. —Los ojos del japonés se encendieron ilusionados—. Pero si gano yo, serás tú quien me ayude.

Yukio apretó la mandíbula y aceptó la condición.

Les llevó a una sala grande donde una mujer limpiaba. Yukio la ignoró por completo y señaló las cien armas que colgaban de las paredes. «Escoge», le ordenó. Había todo tipo de tonfas, naginatas, pequeñas piezas arrojadizas, espadas y algún bō. Lander examinó la colección con cuidado. Contaba con que Yukio justaría con su wakizashi legendaria y una katana normal, así que la mayor parte de lo expuesto resultaba inútil. Finalmente optó por dos sables de origen chino y diseño clásico, estaban lo suficientemente bien forjados como para resistir los superiores filos japoneses y la longitud sumada de sus hojas era mayor que las que presuntamente iba a utilizar Yukio. Lander acertó en su pronóstico, el japonés sacó de una cajonera su pareja de armas blancas preferida. Al ver la elección de Lander hizo un gesto de conformidad, luego sonrió, más torcido que de costumbre, y tras una feroz lucha interna se atrevió con el primer chiste de su vida: «Pensé que escogerías el bō». «No», replicó Lander, «si no, te ganaría demasiado pronto». El japonés rio como un niño pequeño.

Layla no podía creerlo. Ese tipo hecho de piedra se carcajeaba minutos antes de jugarse la vida contra el que posiblemente era su mejor amigo. Lo peor de todo era que la escena emanaba una lógica imposible, incluso un halo de diversión. Siguió a los contendientes hasta el jardín, aparcó silogismos fracasados de antemano y se dispuso a disfrutar.

Los duelistas quedaron enfrentados el uno contra el otro a cinco metros de distancia. Iban descalzos y vestían solo el pantalón. De no haber testigos, pensó Layla, se habrían quitado más ropa.

La primera embestida de Yukio fue toda una declaración de intenciones. Lander se vio obligado a retroceder quince pasos para recuperar una distancia de seguridad, el más mínimo error en su guardia le habría costado la vida; contraatacó con decisión, los centímetros de más en sus golpes de derecha estaban causando serios problemas al japonés, su adorada espada corta le dejaba en desventaja. En el primer piso, tras una ventana, Layla vio a la mujer de la casa observando el duelo, tenía las manos sobre la boca y los ojos desorbitados, estaba sufriendo horrores. Layla, para su desgracia, la comprendía, ella también temblaba. Yukio cambió de táctica, saltó

inesperadamente adelante, directo hacia el pecho de Lander cuando este armaba el brazo. El germano giró sobre sí mismo, como una peonza ladeada, y tras ciento ochenta grados golpeó con la empuñadura de su espada izquierda la cabeza del japonés, acompañándolo en su movimiento. A pesar de eso, el impacto fue muy duro y le abrió una brecha en la coronilla. Yukio rodó dos volteretas con las espadas extendidas a los flancos a modo de eje imaginario, se puso en pie de manera natural y se giró veloz para encarar a Lander, que mantenía la posición. Quería darle tiempo a Yukio para que notara la herida y la derrota parcial; el alemán se había cobrado la primera sangre. Visiblemente afectado, el nipón tensó su postura, apuntó su diestra hacia delante e inició la carrera gritando. Layla creyó que volaba, sus pies apenas rozaban el suelo. Lander lo esperaba con las espadas en bajo, casi paralelas, marcando ese ángulo reservado a los elegidos. El ímpetu de Yukio le iba a perder, su ataque era temerario, prácticamente inconsciente. Parecía que el japonés se lo apostaba todo al poder de su filo con un tajo vertical. Lander cruzó sus antebrazos a media altura y justo cuando la katana comenzaba su descenso relámpago se agachó y los separó con toda su fuerza. Las espadas chinas hicieron tijera, interceptaron la de Yukio y, con un quejido agudo de fisión, la partieron. La inercia del movimiento dejó a Lander con los brazos abiertos, una décima desprotegido, lo justo para que Yukio revelara su secreto, una wakizashi lenta que se había colado a ras de suelo, invisible, para luego elevar su filo con precisión hasta la base del mentón de Lander; allí frenó su trayectoria. Layla se quedó helada, con la boca entreabierta. Yukio dilató un segundo su circunstancia de campeón, después retiró su espada corta y sentenció: «Ahora me ayudarás». «Será un honor», aceptó Lander.

El que nunca había fallado con su histórica espada, tampoco lo hizo durante el seppuku. En honor al arma que le dio nombre, prescindió de la daga ritual y la sustituyó por su wakizashi. «Wakizashi» fue la única palabra que, tras una hora de meditación, escribió sobre un abanico de guerra en lo que debía de ser su poema de despedida. Impoluto, salió al jardín, colocó ese abanico abierto sobre la hierba y se arrodilló de cara a un ocaso que ya no vería finalizar. Se abrió el quimono blanco por el pecho, se liberó de las mangas y las fijó bajo las rodillas para no caer indecorosamente hacia atrás durante la ceremonia. Tomó el arma y, sin pensar en pausas dramáticas, se la clavó bajo el costillar izquierdo, continuó la rajadura en horizontal hacia la derecha, volvió hacia el centro y completó el desentrañamiento subiéndolo hasta el esternón. Layla contempló la secuencia con admiración, casi nadie logra marcar los tres pasos, la mayoría desfallece de dolor y ella lo sabía, lo valoraba. Lander, en su papel de kaishakunin, levantó la katana que debía culminar el acto. Antes de ser decapitado, Yukio, con sangre brotando de su boca, dijo claramente: «Iie». Así frenó la katana en el aire. Sus excompañeros vieron cómo el guerrero, en un esfuerzo imposible, se empapaba una mano en el rojo y con ella

dibujaba sobre el abanico, bajo la anterior palabra, su manera de definir amistad, el ideograma que significa «bō». Acto seguido, enderezó su espalda, musitó «Hai» y Lander atacó su cuello.

Se oyó la cabeza caer y a continuación un gemido, el de la mujer japonesa, que, apoyada en el quicio de la puerta de la casa, se desmayaba por la impresión. Layla la reanimó y la acompañó a su cuarto. Allí la dejó durmiendo, víctima de un sueño súbito; cuando al rato despertó, Lander y Layla ya habían enterrado el cuerpo de su, técnicamente, marido. Yukio Kawabata era la única persona que había hecho algo bueno por ella.

Lander conducía envuelto en tristeza, sombrío como nunca. Layla tardó kilómetros en atreverse a hablar.

—¿Dónde vamos ahora?

—A ver a un traficante de juguetes.

—¿Tokio?

—Tokio.

Tras esa rotura de silencio le costó menos repetir, veinte minutos después:

—Esa mujer... ¿qué será de ella?

—La ley la ampara. Heredará todos los bienes. No le faltará de nada. Ni a ella ni a su hija.

—¿Yukio tenía una hija? No lo sabía.

—Él tampoco.

Si antes estaba sombrío, tras esa frase se volvió tenebroso.

Durante los días siguientes Layla no dijo nada que no fuera obligado. Temía a Lander, exhalaba desgracia. Mencionar la paternidad de Yukio le había recordado la suya, más que probable, ocultada y luego robada. Mirarle era ver una herida incurable, abierta y tratada con cal. Layla sufría por él la misma tortura, multiplicada por la impotencia de no ser nadie más que la chica que le condenó a vivir. Y a ese dolor se sumaban los propios, por ser cómplice de una venganza que no le incumbía, dedicada a su rival cadáver, más viva para Lander que ella misma. Todo indicaba que la perra de Lía incluso le había dado un hijo; ni siquiera en esa función básica podía competir Layla.

Ella era una diosa en la cama capaz de enamorar artificialmente a cualquier hombre o mujer, de deslumbrar con una sola mirada de fuerza hipnótica, pero todas esas aptitudes de nada servían con aquel a quien amaba. Lander neutralizaba sus poderes y, paradójicamente, a Layla le encantaba. Esa indefensión era lo mejor que había sentido, el miedo vivaz que la elevaba un nivel sobre el abismo. Esa certeza serena siempre acababa salvándola. Además, su nueva debilidad tenía ventajas; al

convivir de manera estrecha, Lander se había desnudado varias veces frente a ella, ciertos instintos aparcados por la tragedia afloraron sin avisar, Layla experimentaba una adolescencia tardía. Ella, que conocía la ubicación de todos los corpúsculos de Krause ajenos, empezó a jugar con los propios en la intimidad de la ducha. Sus dedos se hacían nudosos y firmes como los de Lander, así se dejaba acariciar por él. Su memoria perfecta recuperaba el cuerpo del germano en cada detalle; lo creía impecable, sus rizos, su barba, su pecho, su piel incorrupta, sin piercings, dilataciones, agujeros o tatuajes, decorada únicamente con cicatrices, recuerdos de los combates más igualados. Era un dios y ella su esclava, mortal y excitada.

Lander golpeó la puerta metálica con los nudillos, varias veces, aparentemente en código. Estaban en el callejón de un callejón a las afueras de Tokio. La mirilla se abrió para volverse a cerrar enseguida. Un sumotori en chándal les dejó pasar. Dentro, dos hombres les cachearon a conciencia, dieron su conformidad y les mostraron el camino. Atravesaron un pasillo y llegaron al almacén. Las estanterías repletas se alzaban hasta el techo. Los productos expuestos provocaron en Layla sorpresa. Esperaba armas, radioelectrónica o impresoras de lentillas, eso es lo que entendió cuando Lander dijo «juguetes», pero su jefe había hablado en sentido literal. Lo que tenía delante era eso, juguetes.

—No entiendo qué hacemos aquí —confesó Layla.

—Buscar un regalo para Bill. Allá donde está viviendo seguirá escudriñando la red en busca de cómics y muñecos. Necesitamos algo que le enamore a él y a los menos competidores posibles, luego lo ofertamos en eBay y esperamos a que muerda el anzuelo.

—Es un tanto...

—Endeble. Lo sé. Pero es lo único que tenemos. Sentía debilidad por unos robots...

—Sí, los Transformers; pero le interesaban los primeros que salieron al mercado en los años ochenta, no los modelos posteriores. Más de una vez me habló de ello.

—Muy bien, Layla, sin ti no habría sabido empezar —reconoció Lander sin tapujos—. Ve por ese pasillo, yo iré por este. Solo nos han dado una hora.

A la palestina le costaba mantener la concentración. Las cajas y paquetes de colores prometían una diversión que a ella le fue vedada. Era una acumulación de ocio que no comprendía del todo, y aún menos los precios marcados. Según le contó Lander después, el dueño del negocio contaba con un excelente equipo de rastreadores y ladrones que robaban a coleccionistas de todo el mundo y en muchos casos les revendían su propia mercancía. La gente podía llegar a hipotecar su casa por recuperar a sus héroes. A medio plazo empezó a especular comprando novedades con visos de revalorizarse. Un tamagotchi vivo de primera generación había multiplicado su precio por cincuenta; en ese almacén había doscientos. El hombre a la larga

enfermó de «completismo», el mal típico de sus clientes; gastaba lo que ganaba en ampliar su stock, atraído por cualquier cosa que alguien hubiera deseado de niño. Cada vez se resistía más a vender piezas únicas, iba camino de convertirse en un loco friki en quiebra con la mayor ludoteca del mundo.

Layla siguió leyendo nombres, intentando ignorar las cajas, con sus dibujos y fotos. Star Wars, Barbie, Nintendo, Ultraman, Action Comics, Spectrum... entre todos componían una serie mágica. Se estaba dejando embelesar cuando Lander reapareció:

—Ya lo tenemos, espero.

Fueron a un hotel, le hicieron fotos a la adquisición y la sacaron a subasta virtual en nombre de un vendedor reputado. El señuelo era un avión de treinta centímetros que se convertía en robot. En las primeras veinticuatro horas hubo catorce interesados; cinco tenían IDs relacionadas con cómics y cultura *underground*, una pista gratuita que Bill jamás facilitaría, tres se retiraron demasiado rápido de la puja; a los seis restantes les enviaron un correo aceptando su última oferta. Los seis se apresuraron a facilitar sus direcciones, querían recibir cuanto antes al más poderoso de los Autobots. Dos habitaban en las inmediaciones de Nueva York, uno en Los Ángeles, otro en Berlín, otro cerca de Osaka y el último en Goolwa, Australia. Lander se puso a caminar por la habitación pensando en voz alta.

No podemos comprobar los cinco lugares, nos llevaría demasiado, y con cada viaje nos exponemos.

Layla, abstraída, tecleaba en el ordenador. Un minuto después anunció:

—Si alguno de esos es Bill, es el que está en Goolwa.

—¿Cómo lo sabes?

—Fíjate en esos gráficos. Comparativamente, es de largo el lugar con menos cucarachas.

Bill vivía en una casita prefabricada con un gran jardín descuidado. Cuando abrieron la puerta exterior, un viejo perro lanudo se acercó cojeando a saludarles. Layla se agachó a acariciarlo.

—Tú debes de ser Polo, ¿a que sí?

Bill, desde la puerta de la casa, respondió por el animal:

—Sí, es Polo, el peor guardián que se haya visto. Venga, pasad dentro, se está más fresco.

Se notaba que el irlandés no recibía visitas. Apenas había muebles, tuvo que buscar entre las habitaciones para reunir tres sillas. Seguidamente fue a la cocina y volvió

con tres cervezas. Abrió su lata y la conversación a la vez:

—La verdad es que no me apetece tocar el tema, pero sé que en el futuro me arrepentiré por no confirmarlo. Fue Check, ¿verdad?

—No te culpes —dijo Lander—. Nos engañó a todos.

—Sí, joder, pero yo además me acostaba con ella.

Layla esperó unos segundos a que aliviara su indignación, luego preguntó:

—¿Cuándo sospechaste?

—El desierto me aclaró las ideas. Tuve muchos días para pensar en ello, en el complot por parte de Check. Hasta me imaginé lo que vuestra presencia demuestra, que fuiste tú, Layla, la que llamó para avisar. Era la opción menos extravagante de todas las que se me ocurrieron, pero alucino que controlara el ejército egipcio.

—La ayudó Peter van Zeesaar —aclaró Lander—. De hecho, trabaja para él.

—Mmm... Entonces lo que me extraña es que yo salvara el pellejo.

»Tras el primer disparo de artillería las comunicaciones quedaron cortadas. No nos pudimos reagrupar. Los demás... —musitó en tono pesimista.

—A Mario y Siracusa los dejaron ir. Yukio escapó por sus propios medios, no sabemos muy bien cómo. Creo que atravesó las líneas enemigas por el sur cuando estas empezaron a perseguirme hacia el oeste.

—Sí, no le debió costar mucho. Yo hice lo mismo en el flanco norte. ¿Y Nenad?

—Baja —explicó escueto Lander.

Bill permaneció unos instantes callado.

—Entiendo. Como Paulo. Y como Marko, porque tanto si las imágenes de nuestro chaval estaban trucadas como si no, es de ingenuos pensar que aún está vivo. Joder... lo mejor será pensar que está con su padre en algún lugar mejor.

—No es difícil —apuntó el germano.

Bill captó la amargura infinita de sus palabras y rápidamente dedujo el porqué.

—Lía estaba allí, ¿no es cierto? Lo vuestro no era un engaño.

—No, no lo era.

—No sé qué decir, Lander. Lo siento.

El hombre maduro asintió frente al pésame. Layla se atrevió a quebrar el silencio antes de que se hiciera incómodo.

—En parte estamos aquí por ella. Buscamos apoyos para vengarla. A Lía, a Marko, a Nenad y, casi seguro, también a Paulo.

—Apoyos para una venganza —resumió Bill—. Una forma muy curiosa para decir «suicidas». No, no me interrumpáis. Si lo que decís es cierto, y apuesto a que sí, pretendéis enfrentaros a la mejor genio estratega, ahora aliada con un billonario que posee cientos de empresas en los tres sectores, un tipo capaz de sacrificar a su propia hija por darte caza a ti, Lander.

»Mirad, me parece fantástico que queráis vengaros, pero os recuerdo que esa no era la función de la Agencia.

—Perdona, Bill, Layla ha hablado de más por mi culpa, no la estoy informando

como se merece. Tienes razón en todo lo que has dicho, nos hemos embarcado en una misión... complicada, pero no he venido a reclutarte. La Agencia ya no existe, murió cuando Check nos vendió. He venido a pedirte un favor basado en el principio que nos rigió: el equilibrio. Ahora mismo eres la única persona que no trabaja para Van Zeesaar capaz de diseñar un minipulso.

—Soy consciente y ya he empezado, pero me llevará meses cuadrarlo.

—Tranquilo, Van Zeesaar utilizará su arma en secreto, en su propia seguridad y en sabotajes puntuales. Si cuando tú acabes los planos, el cabrón sigue vivo, jódete la ventaja, publícalos en la red. Si para entonces está muerto, olvídate del tema, alguien lo hará por ti.

—¿Y cómo se supone que puede morir Van Zeesaar?

—Tengo un plan. Y necesita de tu talento.

—¿Otro favor?

—No, esto es un regalo. Voy a hacer que cumplas tu sueño. —Lander descargó en la terminal de Bill cientos de fotos y planos técnicos del Cornelius, rascacielos mítico, sede de la banca Van Zeesaar, ciento cincuenta pisos levantados junto a la orilla del extremo sur de Ciudad del Cabo—. De aquí a un mes el objetivo tiene previsto pasar todo el día entre la última y la penúltima planta.

—¿Qué quieres que haga, Lander? ¿Te ayudo a buscar una entrada?

—No, lo que quiero es derribar ese monstruo y que caiga sobre el mar.

Bill palideció, extasiado por la idea. Layla pensó que Lander había perdido el juicio.

—¿Y el personal? ¡El Cornelius estará repleto de trabajadores!

—Créeme, Layla —le pidió el germano—, no habrá más bajas que las voluntarias.

La respuesta, lejos de apaciguarla, le mordió el estómago. Si debía escoger entre dos mil muertes civiles o el sacrificio de Lander, prefería las dos mil, y le daba igual si por ello se ganaba un infierno más profundo del que tenía reservado. Sus temores se acrecentaban a medida que oía el planteamiento de la acción. Dado que suponían la presencia de minipulsos, debían prescindir de los detonadores comunes, un simple barrido bastaría para fundirlos. Los mecanismos de relojería, por muy precisos que fueran, eran ligeramente falibles. Solo quedaba una opción: que alguien activara las cargas desde dentro con mecha ultrarrápida. O lo hacía un robot que no tenían o una persona que moriría. No había más que dos candidatos y sabía que el jefe no la iba a escoger.

Durante el día y medio siguiente una Layla aterrada observó a Bill trabajar alegremente en su ansiada demolición. Le costaba reprimir las ganas de degollarle. Mientras, Lander se paseaba tranquilo, como si la cosa no fuera con él.

Cuando Bill acabó de perfilar el sistema, comenzaron las explicaciones. Los

explosivos no eran el fuerte de Lander y Layla no quería escuchar, así que todo costó más de lo previsto. Al final, el irlandés les entregó datos, diseños, fórmulas y simulaciones grabadas por duplicado y les invitó a una última cerveza. La palestina quería evaporarse, detestaba esa escena, los tres sentados en el porche, fingiendo que la vida era maravillosa. Lander, ajeno a su asco, hablaba con llaneza.

—La casa, ¿te la has comprado?

—Estoy de alquiler antes de decidirme, pero es posible que sí, que acabe comprándola. Parece que a Polo también le gusta.

—¿Necesitas dinero?

—No, no. Tengo de sobra para mi estilo de vida.

—¿Y algún plan de futuro?

—Lo de los minipulsos me tiene atareado. Aparte de eso... no sé. Le caigo bien al dueño de un pub, me ha pedido que le ayude los fines de semana.

—Parece entretenido.

—Sí, bueno, por conocer gente. Algún día entrará una irlandesa gorda, me enamoraré de ella y tendremos unos hijos horribles. Eso me gustaría.

—Es un plan genial, Bill. ¡Por cierto! ¡Casi me olvido! ¡Todavía no te he dado tu muñequito!

—¿Muñequito?

—Layla, estaba en tu bolsa, ¿lo traes?

—Sí, claro.

La palestina se sintió más idiota que en toda su vida entregando el obsequio al cómplice de su peor pesadilla. Al sacar el robot de la bolsa, Bill se puso a reír, encantado.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Esto no es un muñequito! A ver si os enteráis, ¡un respeto por Jetfire! ¡El auténtico Jetfire de Hasbro!

—Me alegro de que te guste, pero vigila lo que compras por internet. Te pueden seguir el rastro.

—Muy ingenioso, Lander. Tomo nota. Y yo que pensaba que nunca me escuchabais.

—De hecho, fue Layla quien acertó.

—Pues gracias, Layla. Es el mejor regalo que jamás me ha hecho nadie.

—No es un regalo —apuntó la chica—. Al fin y al cabo lo has pagado tú.

—¡Ja, ja, ja! ¡Es verdad! Bueno, no os entretengo más.

»Lander, gracias por todo —dijo, agridulce, estrechándole la mano—. Layla, espero verte algún día. Ya sabes dónde estoy.

—Sí, claro.

A punto de tomar el enésimo avión a Singapur, los pensamientos de Layla sonaban tan fuerte que casi se podían oír. Había evaluado la situación desde todos los ángulos

y solo encontró un modo de resolverla. Ella respiraba por Lander, no iba a permitir que se matara. Su deber era sustituirle.

—Lander.

—¿Sí?

—Necesito que vivas.

—Y viviré.

—Más de un mes, me refiero.

—Esa es mi intención. Y también debe ser la tuya.

—Pero, entonces, ¿quién volará los pilares? —le interrogó, perdida.

—Alguien que me lo debe.

¿Sería posible? Un rayo de esperanza atravesó el pecho de Layla. Las seis letras de «futuro» bailaban resucitadas.

Durante la mayor parte de su vida la principal característica de Sergey fue la bondad, en su caso maldita, desventaja absoluta de los pardillos, sopor confortable para dejarse explotar. La lacra de los peones, de los hombres prescindibles, enfermedad hereditaria traspasada de padres a hijos, viga de aire para construir invenciones tales como la amistad. De todos sus falsos tesoros, ese era de largo el más preciado.

Sergey adoraba a sus amigos, para él eran lo más importante. Con mucho esfuerzo y generosidad logró vertebrar a un puñado de hombres que solo traslados, esposas e hijos consiguieron desunir. Al final quedó un trío que creyó por siempre indivisible.

De entre los otros dos miembros, si hubiera tenido que escoger un «mejor amigo», aunque solo fuera por antigüedad, se habría decantado por Bert. Lo conoció a los diez años, durante unas colonias en el lago Baikal; a esa edad las chicas ya iban detrás de él y poco más tarde también los chicos, pero para pegarle. Bert era tan guapo como arrogante, solo gracias a las mediaciones de Sergey mantuvo la absoluta simetría de sus facciones. Tras muchos líos de faldas se había casado con una chica maravillosa, guapa y sencilla que bebía los vientos por él. Bert tenía fallos, pero no engañaba a su esposa. Sergey consideraba la fidelidad condición sine qua non para tenerlo en tan alta estima. La máxima maldad de Bert consistía en sacar de la productora donde trabajaba las grabaciones de un cásting de biquinis para verlo con su grupo bebiendo vodka.

El último del trío era Adamsky; barrigón, ojos pequeños y hundidos, mandíbula prominente y otros rasgos neandertales, su sonrisa era su arma, tan diáfana y dulce como la de un niño mongólico. Sergey había coincidido con él en la universidad que luego abandonaron, ninguno de los dos pudo seguir pagándola. Luego Adamsky consiguió trabajo en el departamento de seguridad de un hotel de lujo, como él mismo decía: «En un puesto para hijos de puta». Cumplía tan bien su labor que no habían dejado de promocionarle.

Sergey era barman en una coctelería de Kazán y tan bueno en su trabajo que todos los clientes le pedían a él. Su jefe y su compañera se limitaban a abrir refrescos y a cobrar, muchas veces ni a eso. Se sabía explotado, mal pagado y sospechaba que le engañaban en el reparto de propinas, pero la situación puertas afuera era aún peor; y le gustaba lo que hacía. Servía cada copa como si fuera la última voluntad de un condenado a muerte. Tenía una técnica sobresaliente, e intuición para variar según cuándo, cómo y por quién fuera pedida la bebida; pero el ingrediente secreto que no se cansaba de revelar eran sus ganas. Si equivocaba unas gotas o se despistaba en la preparación, se disculpaba y volvía a empezar. Nadie se quejaba si tardaba, la perfección valía cualquier espera.

El tercer pilar en la existencia del ruso era su prima Taya, a la que veía como una hermana adolescente. Al morir los padres de él, sus tíos le acogieron una temporada; fue entonces cuando se dejó encandilar por la que siempre sería su debilidad. Cuando Sergey consiguió empleo y se emancipó, la relación continuó siendo estrecha. Quedaban al menos una vez cada quince días, se confesaban mutuamente los problemas y terminaban la cita riéndose de ellos. A pesar de su triste sueldo, el ruso se las arreglaba para hacerle a la chica un buen regalo al año, algo caro y efímero que la reventara de ilusión. Adoraba ejercer de padrino, le llenaba de orgullo; y aunque no hubiera mediado tan buena sintonía, habría actuado igual, seguro, como muestra de agradecimiento a sus tíos. En cuestión de horas se había encontrado huérfano, sin casa y sin posibilidad de seguir estudiando. Como su tío definió amargamente, fue una historia muy rusa.

Los padres de Sergey, un soldador y una cocinera, se deslomaban para que su hijo pudiera ir a la universidad. El primer fin de semana en años que ambos tuvieron libre decidieron darse un pequeño homenaje. Con el coche prestado del jefe del hombre, se fueron a un hotelito perdido en la montaña. Les sorprendió una nevada y quedaron bloqueados a medio camino. Cuando los encontraron estaban abrazados, con los dientes prietos y la piel azul. De nada serviría reclamar una indemnización por la calefacción que no funcionó, ellos no eran los titulares del seguro. El equilibrio de la economía doméstica era tan precario que el mismo día del funeral llegó un taxativo aviso de desahucio.

Su tío le dio techo, comida y el contacto con la coctelería. Estuvo dos meses a prueba sin cobrar, al tercero empezaron a pagarle.

Su apartamento era mínimo, veinte metros cuadrados repartidos entre un lavaboducha y una estancia donde hacer vida. No era mucho, ni siquiera para un camarero de esa degradada región, pero a Sergey le bastaba. Tenía nevera, un hornillo, un sofá cama y una televisión con auriculares para aislarse del ruido de los vecinos. No preveía mudarse hasta que los libros que apilaba en las esquinas fueran tantos que no pudiera moverse; al ritmo que leía dudaba que eso ocurriera jamás.

En diez años, su biblioteca solo contaba con doscientas obras, la mayoría biografías. Le gustaba, como hacía tras la barra, atender a vidas ajenas, ejemplares o no. Sergey escuchaba o leía condicionantes y resultados, lo hacía sin juzgar, como mero espectador, y luego pensaba en ello. Su conclusión siempre era la misma, no había patrón explicativo, cada persona era un mundo con sus propias reglas. Personalmente no se habría cambiado por nadie. Las grandes inteligencias eran las más conscientes de sus limitaciones; los hombres de armas morían por ellas o deseando que así hubiese sido; los genios vivían atribulados entre la euforia y la depresión, proclives a la adicción y a la pobreza. Era evidente que la posteridad no ofrecía claras ventajas. Por desgracia, el anonimato tampoco.

Los hombres que frecuentaban su bar se cubrían de contradicciones. Aquel que manejaba su empresa con mano de hierro se dejaba humillar por una esposa frígida; el abogado homosexual enamorado de su compañero adoraba irse con este de putas y follárselas juntos en una habitación con espejos para poder correrse viendo el culo de su amado; un exitoso vendedor de coches, experto mecánico, confesaba tras el tercer black russian no saber conducir y soñar con jubilarse sin haber tenido que sacarse el carné.

Cuando la noche era floja y volvía al apartamento sin historias que descifrar, se dedicaba a sí mismo, a compararse, sin ánimo de respuesta, con sus amigos. Bert era más guapo y las chicas le miraban, pero Adamsky era más feo y, por algún motivo, el que más ligaba; quizás se debiera a su método agresivo, o más probablemente, a su billetera cargada y su contrato indefinido; en el Kazán del siglo XXI esos dos elementos excitaban a cualquier nativa. Sergey era más inteligente, de largo, pero no más listo, por eso su trabajo era, también de largo, el peor pagado. Les ganaba en educación, cultura e ingenio; les avasalló al ajedrez (ergo en táctica) mientras se atrevieron a jugar, y a una noche podía competir en gastos. Pese a todo, inexplicablemente, las chicas preferían al mongoloide o al casado fiel. Era del mismo modo inexplicable que Sergey se supiera el más feliz de los tres.

Había algo en Bert y Adamsky que les dejaba continuamente insatisfechos, una especie de tumor invasivo que les impedía estar agradecidos con la vida; inconformismo, ambición o simple miedo hacia sí mismos, el caso es que por bien que les fueran las cosas se reunían con Sergey sin dar muestras de ello. Lo anecdótico se convirtió en problema a partir de los treinta. Adamsky salía con una chica joven y dulce de la que se decía enamorado; Bert acababa de embarazar a su esposa. Los dos aceptaban su suerte con recelo, como si fuera un premio de consolación. Poco a poco desarrollaron un vacío injustificado, caprichoso, egoísta. Reclamaban a Sergey más atención cada día, y al tiempo, se la negaban a él. El barman conocía esos síntomas, los había observado miles de veces. No estaban preparados para sus nuevas responsabilidades o directamente las detestaban. Adamsky solo pensaba en todas las chicas a las que debía renunciar y Bert estaba celoso del competidor que se le avecinaba. Descargaron sus frustraciones en la cocaína. Pasaron de consumidores ocasionales a ocasionalmente no consumir. Siempre que salían había rayas de por medio y cada noche aparecían más pronto. Sergey no se quedó de brazos cruzados; reunió a sus amigos una tarde y les expuso su preocupación. Ambos reconocieron los hechos a medias y agradecieron el interés, pero por dentro vivieron esa sesión como una auditoría no solicitada. Dejaron de llamarle tan a menudo y el barman se vio solo. Si hubiera tenido paciencia, habría podido disfrutar de las mejoras que estaban por llegar; a la gente tan generosa la soledad les beneficia. Pero moría de pena, quería recuperar a esas personas en las que tanto había invertido. Tal era el miedo a perderlas que no era consciente de que ya no existían, de que habían cambiado. Lo que no tardó en detectar fue la merma en la diversión cuando estaba con ellos; era

difícil reírse con dos personajes en otro plano. No hizo un solo gesto censurando sus continuos viajes al lavabo, se limitó a abstenerse de acompañarles. La calidad de los chistes se resintió instantáneamente. Se habían convertido en nuevos ricos, solo hablaban de dinero, de vinos y de diferentes calidades de coca. Sergey permanecía en silencio noches enteras, aburrido, a la espera de que se les bajara la tontería. El ambiente empeoró. Bert comenzó a recordar todas las pérdidas de virginidad en las que había participado, utilizaba un inquietante tono lascivo, de violador. Adamsky no le iba a la zaga, se quejaba de lo cerrado que tenía el culo su novia y luego proponía ir de putas, medio en serio medio en broma. Pocas semanas después Bert reconocía abiertamente, ahíto de orgullo, que tenía una amante. Sergey se guardó de dar una opinión, por muy clara que la tuviera. Adamsky, animado por el ejemplo del guapo del grupo, se lanzó a ponerle a su pareja todos los cuernos posibles. Sergey tampoco dijo nada. Fue para él una temporada asquerosa. Quedó más con Taya para compensar. Su prima ya tenía diecisiete años y estaba preciosa. Había conseguido un buen trabajo con el que pagarse las salidas nocturnas. A pesar de su edad, gestionaba esa etapa repleta de descubrimientos con una madurez descomunal. Sergey confiaba en ella más que en nadie en el mundo, solo le preocupaba que preguntase por Bert de vez en cuando, estaba claro que a la chica le gustaba, aunque fuera a nivel platónico.

La capacidad de resistencia del ruso se quebró definitivamente durante una cena. Unas horas antes, Adamsky había descrito con violenta alegría cómo había hecho que una camarera de planta se la chupara a cambio de no despedirla por robar jabón. Bert continuó con el tema de las hazañas sexuales explicando cuán excitante era follarse a su amante en la cama que compró su esposa y cómo le gustaba correrse en el coño de la dueña con el morbo de que encuentre un pelo de la otra en ese momento. No eran historias nuevas, Sergey solo necesitaba un poco de tiempo para archivarlas, pero en esa ocasión no lo tuvo porque las engañadas aparecieron en el restaurante. Sus respectivos hombres las recibieron con amabilidad, divertidos por el encuentro. Al rato la mesa estaba llena de comida para cinco. La novia de Adamsky se preocupaba por la cara de cansado de su pareja. «Ha sido un día duro», explicó el felado. La mujer de Bert preguntó a su marido si sabía por qué la factura de teléfono no venía detallada desde hacía unos meses; «Debe de ser un error», mintió. Lo cierto era que había pedido a la compañía que se la enviaran en formato resumido para no dejar constancia de las llamadas y mensajes a su amante. Como los otros dos hombres estaban al corriente creyó oportuno regalarles un guiño. A Sergey se le cerró el estómago, no podía con tanta perversidad. Era injusto. Era cruel. Era mentira. Dijo encontrarse indispuerto y dejó al par de desaprensivos jugando con sus confiadas compañías. Sergey quería a esas chicas, las había querido desde el principio, eran las elegidas por sus amigos y les hacían felices. No era agradable tener que renunciar a ellas, y aún peor, abandonarlas a su mala suerte. Los días posteriores se concentró en este aspecto. Evitó contactar con Bert y Adamsky mientras buscaba solución a sus problemas de conciencia. ¿Era lícito permitir una injusticia, desentenderse de alguien

bueno a quien quieres, a quien deseas lo mejor? El dilema desembocaba en un conflicto de intereses que solventó con el principio de antigüedad. Antes de entregar su amistad a las chicas, se había comprometido con Bert y Adamsky. Para atenuar aún más los periódicos remordimientos se agarraba a la teoría de la ceguera conveniente; quizás las chicas sí sospechaban, pero preferían no indagar porque ya les iba bien la vida como estaba.

Finalmente, Sergey había aceptado el déficit que le suponía relacionarse con esos dos e intentó pasar página. No llevaba ni un mes de tristeza menguante cuando Bert fue a buscarlo a la salida del trabajo. Para zafarse, Sergey alegó cansancio, pero no hubo forma, el amigo insistió en que tenía que hablarle. Sergey cedió. En su mísero piso escuchó las últimas desventuras del guapo. Debido al estrés y al consumo de drogas había sufrido una crisis de ansiedad. En medio de ese capítulo crítico había tenido una revelación: su hijo venía a salvarle. Iba a ser el padre perfecto. Luego empezó a divagar sobre el milagro de la vida, la legación de su sangre, la transmisión de genes y toda una colección de tópicos. Sergey escuchó tan educadamente como a disgusto. Si se había decidido a querer al niño, genial, pero que no le vendiera que la reproducción en curso era algo más que la incubación de un parásito en el vientre de su mujer. Bert, para bien o para mal, se autoanuló como individuo a partir de entonces. Se dedicó en cuerpo y alma a agasajar a la embarazada y decorar la habitación del niño.

Adamsky se quedó colgado y volvió a llamar a la puerta de Sergey. Como este no le reía las gracias, rebajó su alimentada mezquindad hasta hacerse soportable. Sergey creía que recuperaba a su amigo y otra vez se vieron con asiduidad. El mongoloide seguía enganchado a la coca, pero si Sergey estaba presente esnifaba con algo más de mesura; el barman veía en ese detalle un primer paso para superar la adicción. Se dejó llevar por el vago indicio y su fe renació sin base. Se sentía feliz, y poco le importaba la falta de fundamento.

Su ánimo despegó totalmente la noche que conoció a Lara. Fue en un bar. Había más mujeres de lo habitual, como bien señaló Adamsky. Algunas eran prostitutas; allí, en Kazán, era común encontrar chicas ejerciendo, aunque fuera ocasionalmente. No había trabajo ni posibilidades de escape, los únicos negocios prósperos en la ciudad eran las agencias matrimoniales y los cafés-internet; toda mujer soltera, separada o divorciada había rellenado fichas y adjuntado fotos que debían servir de pasaporte hacia una vida mejor; depositaban las esperanzas en los catálogos y en el chat, no en los bares, allí se iba en busca de un trago gratis y quizá algo más. Sergey vio a Lara en una esquina y dejó de prestar atención a su compañero. La chica no encajaba en el lugar, bebía agua y simulaba leer; pasaban los minutos y no adelantaba una página. Estaba tensa y apenada, como si la hubieran forzado a sentarse sola.

—¿Qué miras? —preguntó Adamsky.

—Esa chica... es guapa.

—¡Ah! ¡Es Lara! ¡Ya me la he tirado! Voy a llamarla.

El nombre, el dato sexual y la perspectiva de conocerla colisionaron en su cabeza como tres locomotoras. El choque múltiple le dejó con la boca seca y sin capacidad de reacción. Al grito de Adamsky, Lara fue a sentarse con ellos. Sergey no dijo nada, se quedó observando a los otros dos conversar amigablemente. Diez minutos después, Adamsky se levantó para hacer una de sus periódicas visitas al lavabo; antes de emprender el camino le dijo algo a Lara al oído. Sergey dedujo que la estaba invitando a coca. La chica esculpió una sonrisa y declinó el ofrecimiento; un instante después, a solas, preguntó a Sergey:

—¿Tú no vas?

—No.

—Eso está bien.

La conversación acabó ahí mismo. Ninguno de los dos abrió un nuevo tema; estaban muy incómodos, como si se cayeran fatal o se gustaran demasiado. Volvió Adamsky euforizado y su diarrea verbal zanjó el problema del silencio; por una vez su público lo agradeció. Lara aguantó otros diez minutos y se fue a dormir. Tras esa partida, a Sergey le sobrevino un ataque de sueño.

El resto de esa semana trabajó pendiente en exclusiva de su próximo día libre. Soñaba pasarlo leyendo en ese bar del encuentro, con la esperanza latiendo por una repetición.

Tardó mucho, pero apareció. Por la manera en que barrió el interior con su mirada, Sergey supuso que buscaba a alguien. De hecho, lo buscaba a él; y al encontrarlo, Lara se descompuso. El ruso estaba demasiado ocupado simulando entereza para darse cuenta de nada. La chica lanzó un saludo casual; Sergey lo devolvió con frialdad. Tanto se esforzaron por aparentar desinterés que acabaron en la misma mesa casi de milagro. Las horas transcurrieron cálidas e intrigantes. Con cada respuesta se duplicaban las preguntas. Se morían por saber y al tiempo temían mostrarse, pues las verdades no resultaban tan brillantes como hubieran deseado. Solo eran dos anónimos con ganas de parecer mejores. Lara era profesora de inglés y a eso se ceñía; Sergey aceptó las reservas y no inquirió sobre qué hacía en el bar sola esa noche ni sobre su relación con Adamsky. A cambio él explicó cuánto disfrutaba mejorando recetas clásicas de cóctel y lo mucho que gustaban a sus clientes; obvió el tema de su mísera soldada y larguísimo turno. Se citaron en siete días, una semana que les mantuvo vibrantes, un poco más lejos del suelo que estaban acostumbrados a lamer.

El segundo encuentro resultó perfecto, tal como desearon; en consecuencia, el siguiente intermedio fue menos llevadero. Tras la tercera velada, la tierra de Sergey sufrió seísmos a diario. En su mundo había algo que no controlaba; era un horror, un martirio, y sin duda, lo mejor que le había pasado nunca.

Durante una visita de Taya pudo compartir sus sentimientos. La joven se emocionó como él y le animó a declararse. Sergey aceptó el consejo. El sábado saldría antes, iría a buscar a Lara y se lo diría. Pero llegó el sábado y el jefe le negó el permiso, había un grupo de borrachos con ganas de seguir bebiendo. Temía que Lara se cansara de esperar, o aún peor, se creyera plantada. No había forma de contactar con ella, no tenía móvil, por eso llamó a Adamsky; le suplicó que fuera al bar donde habían quedado y que la entretuviera hasta que le dejaran salir. El cocainómano aceptó sin reparos. La jornada de Sergey se alargó dolorosamente, cada nuevo mojito que le pedían le pellizcaba el alma. Con la cantidad de mezclas maravillosas que sabía hacer, esa banda de incultos se limitaba al brebaje cubano, inventado a principios del siglo XX para sofisticar un mal ron a ojos de otros incultos, los turistas americanos que huían de la ley seca. A pesar de la rabia que le invadía no perdió ápice de profesionalidad, siguió troceando la menta a mano, picando el hielo a golpes, ajustando las medidas con cuidado y retocando el vaso con gusto. Llevaba tiempo, pero esos hombres no tenían la culpa de que se hubiese enamorado. Finalmente se retiraron y Sergey quedó libre.

Corrió al bar de la cita; ya había cerrado. Llamó al móvil de Adamsky; desconectado. Enfurecido, se puso a dar patadas y puñetazos a las paredes hasta que una teoría lógica lo serenó: Lara y Adamsky se habían ido a casa a dormir, si no le habrían avisado. Era lógica, pero imperfecta. En la cama, desvelado, rogó a Dios mil veces por un poco de suerte.

Adamsky le vino a ver por la mañana.

—¡Qué zorra esa Lara! ¡Cómo la chupa! —La cara de Sergey se encendió al instante—. ¡Joder, tío! ¡No me digas que te gusta! ¡Pero si es una puta!

Lo que siguió fue una historia barata y endiabladamente posible. Adamsky había bebido de más y Lara aprovechó para tentarle: una mamada a mitad de precio. «¡Es una viciosa!», exclamó contento, «¡Se lo tragó todo y eso que no hacía falta! Y le debió de gustar porque se olvidó el abrigo... ahora ya tiene excusa para venir a por más leche, ja, ja, ja». Al poco se marchó y dejó a Sergey hundido. Estaba tan solo como antes, pero ya no se sentía cómodo, sino despreciado. El suplicio duró pocas horas, no iba a eternizar la agonía. Él tenía algo que decir, su queja justa iba a ser escuchada.

Esa misma noche coincidió con Lara, la chica pareció contrariada al verle. Sergey, serio y decidido, fue directamente al grano. Le explicó lo que había sentido por ella y sus esperanzas de ser correspondido. No le importaba lo que hubiera hecho en el pasado, para él todo empezó cuando se conocieron. Pero estaba claro que se había equivocado. No la juzgaba a ella, se juzgaba a sí mismo y se declaraba imbécil. Solo un apunte a Lara: que tuviera cuidado con su poder porque podía hacer daño a gente buena. La chica se quedó a cuadros, en su tez no había rastro de su antigua

palidez, estaba roja de angustia enfurecida; respiró hondo y le pidió a Sergey que le aclarara las razones de lo anterior.

—Ya sabes. Lo tuyo con Adamsky de ayer. Me lo ha contado.

—¿Qué? ¿Qué te ha contado?

—Todo, lo del sexo...

—¿Qué?! ¡Eso es mentira!

Lara narró a continuación su versión de los hechos. Era una historia de terror. Adamsky había aparecido en el bar, según él por casualidad. Cuando Lara le preguntó por Sergey contestó que no vendría, que había quedado con su novia oficial. Decepcionada, se dejó invitar a unos vodkas. Conocía a Adamsky desde hacía tiempo, sus ánimos de consuelo sonaban sinceros. Al rato propuso a Lara seguir bebiendo en su casa. Ella se negó en un principio, pero acabó sucumbiendo ante su feroz insistencia. En el apartamento de Adamsky, no veía el momento de irse. El anfitrión preparó unas rayas, ella ignoró la invitación. Adamsky se las metió todas. Cargado de valor, preguntó: «¿Bueno, me la vas a chupar o qué?». Reconoció haber pasado miedo, el tipo parecía dispuesto a retenerla; le sonrió para que se confiara, agarró el bolso y salió disparada.

Sergey estaba mareado, no podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—Es mi amigo —concluyó—. Debo creerle a él.

—Lo entiendo —aceptó Lara—, pero te está mintiendo. Nunca nos hemos acostado. La noche que nos conocimos intentó besarme, y yo fui coqueta, lo reconozco, pero no pasó nada más. Y ahora... ¡por favor! ¿Por qué iba a acercarme a él o a nadie? Si eres tú quien... —Resopló y dejó la frase inconclusa.

Sergey la miró con pena, roto por dentro. No podía soportar el haber dedicado tantos años al cuidado de su verdugo. Era incapaz de asumir la salvajada.

—Lo siento, Lara. Es mi amigo. Debo creerle a él.

La chica dio un golpe en la mesa y se alejó maldiciendo.

El ruso pasó el resto del día dándole vueltas al asunto. Al final supo diferenciar qué quería creer, qué debía creer y qué creía realmente. Citó a Adamsky con carácter de urgencia y le sometió a un tercer grado. El cocainómano comenzó contestando tranquilo, luego se fue confundiendo y acabó haciéndose el indignado para no tener que decir más. Sergey le confesó su reunión con Lara. Adamsky, hecho un manojo de nervios, se revolvió:

—¿Cómo haces caso a esa puta georgiana?! ¡No tiene un rublo y se la chupa a cualquiera! ¿Es que no lo ves? ¡Si hasta tengo su chaqueta! Me duele que desconfíes de mí, soy tu mejor amigo.

Sergey asintió mecánicamente y regresó a su casa a meditar. Adamsky había caído en contradicciones leves, la clase de imprecisiones que varían entre relatos cuando el contenido es inventado. Luego estaban los ojos verdes de Lara; su

oscuridad era veraz como el tono de sus palabras. Pero ninguna de las dos cosas era concluyente para Sergey. Necesitaba una prueba absoluta de que se había equivocado de bando. Se fue a trabajar con el reto más importante de su vida quebrándole la cabeza. Dio con la solución mientras revolvía un gimlet: Adamsky vivía en un bloque de lujo con cámaras en la entrada; las grabaciones demostrarían cuánto había durado la visita de Lara. Hicieron caja y Sergey salió volando, tan seguro de su acción como temeroso del resultado. Llevaba efectivo encima para untar al portero. Le mostró un primer billete. El hombre tras el mostrador le miró incrédulo y se disculpó:

—Lo siento, señor, pero llega tarde. Uno de nuestros vecinos se interesó antes que usted. Le dimos el disco esta mañana.

Adamsky, tarado hijo de puta, pensó Sergey, *cubrirte las espaldas te señala como culpable*. Pasó la noche entre el asco del veredicto y la ilusión de un nuevo horizonte. Se había comportado como un hombre y eso era bueno. Al día siguiente iría al trabajo de Lara y le anunciaría su victoria sobre el odiado.

De todo lo que ocurrió también esa noche se enteraría más tarde, al detalle. En la otra punta de la ciudad, Adamsky y Bert se reían en el club de moda. El guapo se estaba pegando una última juerga antes de ser padre. Por una noche y aprovechando que su mujer ya estaba en el hospital, había aparcado su fanatismo y volvía a las andadas. Llevaba seis vodkas y un gramo cuando se encontró a Taya, que iba con varias amigas tan jóvenes como ella. Bert y Adamsky no perdieron la oportunidad de invitarlas a copas a cambio de babear sobre ellas. Medio gramo más tarde, Bert se creía suficientemente atractivo como para seducir a quien se le antojara. Taya fue la elegida. La chica le aguantó cordialmente, por ser amigo de su primo y porque le gustaba de siempre, pero en cuanto alargó las manos Taya le frenó en seco. Bert rio para quitar hierro al chasco de su intentona y Taya volvió a relajarse. El futuro padre propuso ir a una fiesta que celebraba su productora y prometió presentarle a algún famoso. A la chica le pareció genial. Adamsky se encargó de entretener a las demás y Bert se fue solo con Taya. Condujo hasta el extrarradio, la joven preguntó por qué.

—Voy a comprar algo que nos anime.

—Yo no quiero nada. Prefiero ir a la fiesta.

—Tranquila, será un momento.

La idea de Bert consistía en pillar más coca para él y éxtasis líquido para colarle a Taya en la bebida; el infiel no pensaba rendirse, tenía la casa para él y haría lo que fuera por dormir acompañado. Aparcaron frente a un bloque horrible con todas las ventanas cegadas. Bert salió del coche y Taya le siguió.

—No, tú quédate.

—Prefiero ir contigo, Bert. Tengo miedo.

El tipo aceptó a regañadientes, preocupado por cómo comprar el éxtasis líquido sin que Taya se enterase. Entraron en el edificio y comenzaron a subir por unas escaleras mal iluminadas. Entonces oyeron pasos apresurados, alguien estaba bajando rápido como un rayo. Cuando Bert tuvo contacto visual también adivinó una figura

que le perseguía y le pareció que llevaba un arma. Instintivamente dio media vuelta y empezó a bajar. Taya se quedó petrificada preguntando qué pasaba. Se oyeron disparos. Bert no se giró, continuó tan rápido como pudo hasta alcanzar su coche. Se metió dentro y huyó a toda velocidad. Si Taya se encontraba bien, ya cogería un taxi; y si le pasaba algo, que se encargaran otros, al fin y al cabo él no era médico, él era un futuro padre entregado a su esposa.

Sergey se estaba afeitando con minuciosidad, era posible que Lara acabara en unas horas acariciándole el rostro. Llamaron al teléfono, el ruso descolgó con desgana. Era su tío. Habían encontrado a Taya muerta.

Todo se fue a la mierda. Todo.

Dos días más tarde, durante el entierro, Sergey repasaba la historia oficial tal y como se la habían explicado los protagonistas. Sus examigos se habían encontrado con Taya y compañía por casualidad. Se animaron a ir a una fiesta, Bert y Taya juntos, las demás con Adamsky. Justo delante del coche, Bert cambió de idea y decidió irse a casa, pero no sin antes darle dinero a Taya para un taxi. Ella insistió en que no esperara a que lo cogiera, aseguró que estaría bien. Bert, cansado, le tomó la palabra y se marchó. Por lo visto Taya fue por libre a un peligroso dispensario de droga y allí se vio envuelta en un tiroteo. Una bala perdida le había atravesado el cuello. Murió desangrada en cuestión de tres minutos. A la policía le cuadraba la secuencia de los hechos, los padres no estaban para ponerla en duda, demasiado tenían con el dolor, pero Sergey se mostraba escéptico, la participación de Bert chirriaba. Había ido a verlo al hospital, donde estrenaba paternidad; Bert repitió su versión mecánicamente, sin mirarle a la cara, y acto seguido le pidió que se marchara porque no quería preocupar a su esposa. Sergey estaba seguro de que mentía. Acabó el sepelio y se encerró en su apartamento. Sí, Bert mentía; cuanto más lo pensaba, más se convencía, y al igual que con Adamsky, necesitaba la verdad.

Fue al escenario del crimen. Señales de tiza y pedazos de precinto policial demostraban el paso de los inspectores. Sergey preguntó a los vecinos dónde se había trasladado el mercadeo; le dieron una dirección a dos calles. El lugar parecía un calco de donde había estado. El tráfico de personas entrando y saliendo del inmueble era bastante continuado. Recordó las razones que le habían llevado allí y se decidió a subir. En el primer piso había un poco de cola, la gente llamaba a una puerta, hacía su pedido y metía el dinero a través de la rendija del buzón; al cabo de unos segundos salía por el mismo agujero el material solicitado. Cuando le tocó a Sergey se plantó frente a la puerta y dijo con seriedad:

—Quiero ver al responsable de seguridad.

—Si no vas a pedir, pírate, colgao —le ordenaron al otro lado.

—Lo que pido es hablar con el responsable de seguridad. He de preguntarle una cosa. Pagaré por la información.

—¿Eres poli o qué?

—No, soy camarero, y no me moveré de aquí hasta que me hagáis caso.

Las palabras de Sergey dejaron al camello desencajado, no tenía idea de con quién estaba tratando. Prefirió no arriesgarse y le mandó esperar en la calle unos minutos.

—Está bien —aceptó—, pero si en cinco minutos no ha bajado el responsable de seguridad, volveré a la cola.

El ruso jugaba con fuego y aun así se sentía cómodo. Cumplía una misión importante, buscaba respuestas sin miedo. Eso estaba bien, Taya le habría aplaudido. Era un camarero humilde y honesto, un camarero valiente con derecho a llamarse hombre, alguien a tener en cuenta porque iba a llegar hasta el final. Una voz detrás de él le sacó de su ensimismamiento.

—¿Quién eres y qué quieres?

Sergey se giró y vio a un tipo pálido de gesto torcido y desagradable. Sin titubeos, le respondió:

—Lo primero no importa. Lo que quiero es el vídeo de hace dos noches.

—¿Qué te hace pensar que existe?

—La cámara que tenéis apuntado al exterior. Si la habéis instalado aquí, donde lleváis un día, también la tendríais en la anterior base.

—Si le dijimos que no a la policía, ¿por qué a ti debería decirte que sí?

—Porque yo pago —dijo Sergey enseñando unos billetes.

—No es suficiente. El riesgo es alto.

—Olvídate del riesgo. Quédate el CD. Yo solo quiero verlo, una vez.

—Eso me gusta más. Espera aquí.

Al cabo de un rato, el hombre pálido bajó con un reproductor portátil. Cogió el dinero de Sergey y pulsó «Play». Era un plano de la calle; a pesar de la nocturnidad se distinguía bien a la gente; iluminados por las farolas entraban y salían a trompicones, cada fotograma correspondía a un segundo. Sergey avanzó hasta la hora señalada. No se sobresaltó al ver a Bert con su prima, lo esperaba. Tampoco le sorprendió que huyera, siempre lo supo un cobarde. Lo que sí le afectó con saña fue la impotencia que le embargó. Tras desenmascarar a Adamsky le quedó la certeza de Lara, un gran premio por sus agallas, pero en el caso de Bert no había compensación ni arreglo; Taya estaba muerta por su culpa y al día siguiente lo seguiría estando. Fue a verlo con la intención de explicarle todo eso, quizás así se sintiera mejor. Pero no hubo alivio en el encuentro. Bert, fuera de sí, acusó a Sergey de querer destruirle la vida, alegó que tenía mujer e hijo y le ordenó que los dejara en paz. El ruso quedó atónito ante esa reacción airada. El tipo creía que por haberse corrido nueve meses antes dentro de su mujer adquiriría patente de corso en lo referente a Taya; ser padre le hacía respetable e inmune a las acusaciones. Su desvergüenza era inabarcable. Entre

la pena y el escándalo Sergey fue en busca de Lara. Esperó en el bar habitual hasta que cerraron; no apareció. Se fue a dormir compungido, falto de apoyo. A la mañana siguiente se personó en la academia donde su amor impartía clases. El plan inicial era hacerlo con flores, pero la pérdida de Taya le había borrado el ánimo por los detalles.

—Buenos días, quisiera ver a Lara. ¿Podría decirle que Sergey está aquí?

La recepcionista le miró espantada.

—Pero ¿es que no lo sabe?

—¿Qué tengo que saber?

—Lara murió hace dos días. El funeral fue ayer.

El ruso, inerme, fulminado, cayó de rodillas al suelo. Se llevó las manos a la cabeza para que no reventara. Su corazón latía dubitativo, como pidiendo permiso; era tentador pero se abstuvo de detenerlo, al menos hasta entender el porqué. Se levantó como un hombre dispuesto a pedir explicaciones al mundo.

Siguieron semanas de investigación. Los datos que recabó no completaban la historia; tuvo que imaginar el contenido de las lagunas. Lara vivía en una habitación alquilada; debía tres meses a la casera, a ella la academia cinco; eran malos tiempos para la enseñanza. Había aprendido por libre, a base de mucho esfuerzo y a escondidas de sus padres; en su familia tener ambiciones era un drama, todos los miembros la torpedearon desde niña para que acatara su destino de pueblerina sumisa. El día que dejó su casa, con el único activo de su valor, fue el más grande de su vida. En la ciudad trabajó en mil sitios hasta lograr el puesto de profesora. Ese era su triunfo, su gran sueño. Con la crisis no se rindió, vendió todo lo que pudo con tal de superar la mala racha sin abandonar la docencia. Pero la mala racha se alargó demasiado y se vio acuciada por las deudas. Una amiga le habló de cómo conseguir un poco de dinero. Charlar con hombres solitarios no tenía por qué implicar sexo, algunos solo buscaban compañía. Por aquel entonces Lara solo comía una vez al día y necesitaba creer en algo. La primera vez que acudió al bar se sintió sucia y estúpida, un par de hombres le preguntaron su precio. Con un simple «no» les contestó. Regresó al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente hasta darse cuenta de que nadie se conformaba con palabras. Pasó una semana sin volver, pero el hambre la empujó de nuevo. Cada tarde se dejaba llevar por la presión del estómago, se sentaba en una mesa apartada y abría un libro para disimular; en ese momento, el orgullo la sabotaba. Ella sabía leer, no era una prostituta. La lucha entre su espíritu y sus entrañas se reeditaba puntualmente y duraba hasta la hora de cierre, en el transcurso decía que no a los que se acercaran e intentaba leer sin éxito. El dueño del local toleraba su presencia por el morbo que generaba, los hombres apostaban a ver quién la convencía. En el marco de ese juego entró Adamsky. Cuando Lara le rechazó él se hizo el ofendido. «No todos somos puteros», le dijo. La chica se vio obligada a disculparse; allí se inició lo que creyó amistad. Un mes después apareció Sergey. La existencia de la chica dio un

vuelco; de repente el hambre ya no dolía. Adamsky intuyó que perdía su ventaja y se lo jugó todo; tenía que ser el primero en follarse a la puta georgiana. No le salió del todo mal, solo debía atar unos cabos para que su versión fuera oficial. Se apresuró a engañar a su amigo, así eliminaba la competencia y de paso castigaba a Lara dejándola sin amor. La chica se defendió ante Sergey sin ánimo de victoria; veinticuatro horas más tarde volvió al bar acongojada, abrió su libro inútil y esperó a su caballero. Le estaba dando a la vida una última oportunidad; ella era buena y alguien debía saberlo. Pero Sergey no vino, estaba velando a Taya. Ella lo imaginó con Adamsky, tragándose sus mentiras. Ella ya no importaba. Difamada, destruida y hambrienta se puso a vagar por las calles. Se paró en mitad de un puente. Por debajo, el caudal del río Kazanka fluía salvaje, rugiendo a la calma. Nacer había sido una broma pesada. Era hora de terminarla. Traspasó la barandilla y una de dos: o se dejó caer o resbaló mientras se lo pensaba. El resultado fue el mismo. El agua helada la acogió sin preguntas, sin condiciones, como una auténtica amiga. El cuerpo fue encontrado por la mañana. La identificaron y enviaron al depósito. Como a todos los suicidas, le practicaron una autopsia fugaz, luego quedó a cargo de la municipalidad. Nadie se ofreció a pagar entierro o incineración así que le dieron tierra en la fosa común. Su nombre fue añadido por caridad en el responso de una misa; allí los compañeros le dieron el último adiós. En ese punto dejaba Lara de incidir sobre los mortales, excepto por un camarero.

Sergey había cambiado, aunque no acertaba a definir cómo. Después del trabajo solía ir al río para estar con ella, le hablaba de la inquietud punzante que por momentos le dominaba, le hablaba de los cócteles que había servido y de lo poco que estaba comiendo, le hablaba de un vecino tísico que no paraba de toser, y al final le hablaba del libro que le iba a regalar esa noche. Eran los de su colección, biografías de personajes a los que nunca igualarían; Sergey hacía un resumen y lo lanzaba al agua gritando «¡Lara! ¡Tú eras más importante!». Luego volvía a casa ahogado en lágrimas. Cuando se quedó sin libros dio el luto por acabado. Mirando el cauce se despidió: «Lo siento, Lara, ahora tengo que pensar en mí».

En cuanto empezó a hacerlo, se encontró ciego de rabia. Lo que había ocurrido no había forma de digerirlo; pensó seriamente en seguir a Lara, pero una visita de Adamsky le inspiró una idea mejor. El mongoloide se puso a hablar con Sergey como si nada hubiera ocurrido, le contó sus últimas andanzas y lo gordo que estaba el hijo de Bert; el cabrón hasta le enseñó una foto que debía utilizar para enternecer conquistas. Sergey disfrutó la perorata como nunca, la solución que buscaba se hacía más patente con cada frase. Bert y Adamsky, mezquinos, arrogantes, acomodados y desleales, los quería ver muertos.

Desde entonces, cada noche, el mismo proceso se repetiría. En la soledad de su apartamento se recargaba de ira, imaginaba a Bert con su cornuda y su vástago,

satisfecho de sí mismo como un abusador de patio; luego veía a Adamsky corriéndose en la cara de su última extorsionada; y después se recordaba a sí mismo defendiéndolos como ejemplos de amistad perfecta. El resto era fácil: reconvertir la cólera en planes de tortura, en gritos de arrepentimiento a los que desatender, en una muerte lenta y, por favor, dolorosa. Pasaron semanas y las fantasías permanecieron, se repetían más vívidas cada día. Sergey empezó a estudiar cómo llevarlos a cabo; lo hacía como ejercicio, era agradable, y también poco realista. Nunca conseguiría reunir a esos dos, darles su merecido y evitar la cárcel; esto último era indispensable, volver a pagar públicamente tras ajustar cuentas perpetuaba la injusticia. La carencia de medios para alcanzar sus fines le sumió en un estado repugnante de anomia. Su gracia se fue disipando sin que se diera cuenta, hasta que un cliente le llamó la atención. Era el señor Yashin, un señor mayor que siempre leía solo, tan discreto como sus guardaespaldas sentados aparte. El camarero acababa de servirle en su mesa esquinada.

—Sergey, llevas semanas empeorando. Este sour está imbebible.

—Pero usted me lo pidió muy dulce.

—Sí, pero no para matar diabéticos.

—Disculpe, señor Yashin. Se lo cambiaré.

—¡No! Sé que lo harás igual, o peor. Lo que tienes que hacer es resolver tus problemas.

—No sé a qué se refiere.

—¡Ya lo creo que lo sabes, Sergey! Te conozco desde hace diez años. Vengo casi cada tarde a tomarme un whisky sour o uno de tus manhattans agitados. Siempre han sido excelentes, los mejores del mundo. Eso también lo sabes. Yo ni siquiera he hablado a nadie de este lugar para que no se llenara más de lo que está. Me gusta tranquilo, aunque seguiría viniendo si estuviera a reventar. Lo haría por ti, chico. Pero desde hace tiempo no se distingue tu cóctel de los que preparan el inútil de tu jefe o la otra camarera subnormal.

—Lo siento mucho.

—Me alegro de que lo sientas, pero lo que debes hacer es arreglar tus problemas.

Sergey se sintió débil, humano. Las palabras del viejo le habían desarmado. Apretó los dientes y traspasó la línea, por primera vez iba a ser escuchado.

—No sé qué hacer, señor Yashin.

El hombre resopló.

—Siéntate —le ordenó, y Sergey obedeció, inseguro por el atrevimiento—. Tranquilo, mientras estés conmigo nadie te reclamará. —Hizo un gesto a sus escoltas y estos se colocaron a modo de biombo—. Venga, cuéntame.

—La verdad, no creo que...

—Verás, chaval, te lo voy a poner fácil: la ayuda desinteresada no existe, el fin siempre es uno mismo, y quien diga lo contrario es un jodido mentiroso; la gente actúa a cambio de pasta, sexo o la jodida redención divina. Yo te escucho por tus

cócteles.

—No pueden interesarle tanto.

—Eso lo juzgaré yo. Empieza.

Sergey pasó dos horas narrando los hechos. Yashin escuchó sin interrumpir, bostezando de vez en cuando. Llegó un punto en que el camarero empezó a redundar y su oyente le frenó:

—En resumen, que quieres ver a dos antiguos amigos muertos.

—No es solo eso. Debo hacerlo yo mismo.

—Eso te honra, Sergey, o te deshonra menos, según se mire.

—No importa, señor Yashin. Mire... gracias por escucharme.

—No te levantes aún, ¿quién te ha dicho que no te ayudaré?

—¿Por unas bebidas?

—Ja, ja, ja. Te subestimas. Ahora te toca a ti aguantarme. ¿Qué sabes de mí, Sergey?

—Que lleva escolta, que se sienta de espaldas a la pared, que le gusta más la glucosa que el azúcar en grano y que mi jefe le respeta.

—Me teme, que es diferente. No te planteas a qué me dedico, aunque sea bastante obvio. Me gusta. Cuanto menos sabes de los clientes, más fácil es encariñarse, ¿no es eso?

—Podría decirse.

—Te daré la información mínima para no caerte demasiado mal. Entré en el negocio a los doce años. Dejé de divertirme a los quince, pero fui demasiado cobarde para dejarlo; a los veinte ya era impensable sin una bala en el cráneo. Seguí adelante, más que nada por miedo a la muerte. Con el tiempo me hice un nombre, jugué bien mis cartas y me gané una parcela.

»En cuanto tienes poder, todo cambia. O comes o eres comido. No es divertido, es simple supervivencia. Dicen que tengo un imperio y me da igual, yo solo aspiro a despertarme mañana y resistir un día más. Es una vida de mierda, pero es la mía.

»Tengo sesenta y cinco años. Llevo más de cuarenta amenazado, y el único momento bueno, el que de verdad vale la pena, es el que paso aquí, con mi libro y con tu copa, y si para recuperarlo tienes que cargarte a un segurata cocainómano y a un productor de mierda, créeme que te ayudaré.

—Señor Yashin...

—Cállate. No quiero que digas nada. Recuerda que lo hago por mí.

Al cabo de una semana el viejo estaba en su despacho, aburrido entre balances y estimaciones; tras cada papel estudiado pensaba en el manhattan que se bebería en unos días. La policía ya había pasado su presupuesto por pasividad, ahora solo faltaba regatear un poco, reservar un matadero y que Sergey se citara con ese par de cretinos. Una figura armada interrumpió sus pensamientos. Reconoció su cara y supo lo que

significaba; años atrás se planteó alquilar sus servicios, lo desestimó por caro. Sus enemigos, por lo visto, habían aceptado el precio.

—Lander B. Vaya sorpresa. Los cabrones de Volvograd se han rascado el bolsillo... Bueno, ¿a qué estás esperando? ¿A que pida clemencia?

—No. Quiero la combinación de la caja.

—¿Ahora eres ladrón?

—Digamos que acepto propinas.

—¿Y yo qué gano?

—Una bala en la cabeza.

—¿Y si me niego?

—En el pulmón. Le aseguro que no vendrán a asistirle. Tardará cinco minutos en morir. Se le harán largos.

—Vete a la mierda, Lander. Lo que no quiero es morir, la forma me suda la polla.

—Es su elección —sentenció Lander apuntándole al pecho.

—¡Espera!

—¿Se lo ha pensado?

—No es eso. Mátame como te venga en gana, pero te doy la combinación a cambio de una última voluntad.

—Hable.

—Es un amigo. Prometí ayudarle.

Lander quedó asombrado con lo que oyó a continuación. El jefe del hampa, Yashin, el menos compasivo de todos los tártaros, quería despedirse del mundo con una buena acción, a su manera.

—Prometo hablar con él, nada más.

—Suficiente —aceptó el viejo—. Te convencerá. Ese Sergey se merece su venganza. En fin... 21, 12, 21, 1, 32, 2, 23.

El germano, más por economizar tiempo que por misericordia, disparó a la cabeza. En la caja encontró dinero de sobra para justificar una entrevista.

El barman estaba en ascuas. Pasaban los días y Yashin no volvía. La excitación le podía, sus cócteles habían mejorado levemente. Cuando Lander entró en el local se le cayó el vaso que estaba secando, en la mirada gris del recién llegado intuyó a un nuncio. Acabó su turno, cuadró la caja y se presentó.

—Hola, soy Sergey Adradov. ¿Ha venido usted a ayudarme?

—Ha habido un contratiempo, señor Adradov. El señor Yashin no podrá hacerse cargo.

—¡Vaya! —exclamó Sergey fastidiado.

—Quizás quiera compartir conmigo su historia.

—Es larga.

—No se preocupe.

El aura de Lander era cordial. Sergey accedió a abrirse por intuición y necesidad, al fin y al cabo no tenía nada que perder. Con precisión, el ruso fue relatando los hechos. Al final se giró sobre Lander para puntualizar:

—Usted pensará que estoy loco, que estoy sacando las cosas de quicio: «Total, por una amiga y su prima y, además, esos dos no las mataron». Pero ha de saber una cosa: mi prima era mi hermana y mi amiga, mi amada. Y por Dios que esos dos son responsables hasta la médula.

Lander esperó unos segundos. Cuando estuvo seguro de que Sergey no iba a hablar más, le expuso la situación:

—Verá, señor Adradov, creo en su derecho a castigar. El problema es que mi ayuda es cara. No veo cómo podría pagarme.

—Mi vida. Disponga de ella. Todo el mundo necesita alguien en quien confiar.

Lander se quedó pensativo, evaluando al camarero. No había en su actitud resquicio de falsedad. Necesitaba a alguien en la administración de su empresa, alguien que le ayudara a entrenar, y a buscar, alguien capaz, motivado y, sobre todo, leal. Con lo único que contaba, teóricamente, era con esto último.

—¿Aparte de como barman, señor Adradov, de qué más me puede servir?

—De cualquier cosa que se pueda aprender.

Lander relajó sus facciones, complacido por la respuesta.

—Muy bien, Sergey. Dame sus direcciones.

Dos días más tarde, Lander le fue a buscar a la salida del trabajo y le llevó en coche hasta la zona industrial, donde paró frente a un hangar.

—Ahí dentro tienes lo que querías. Faltan seis horas hasta que aparezca alguien. Si de verdad vas a hacerlo, aprovéchalas; una vez muertos ya no les dolerá nada.

Sergey asintió y se apeó del vehículo. La nave estaba vacía excepto por dos cuerpos atados a sendas sillas, los focos que los iluminaban y una mesa con instrumental. Cuando Bert y Adamsky vieron al ruso comenzaron a suplicar. Llevaban allí una hora, ya habían deducido quién estaba detrás del secuestro y diseñado ruegos y disculpas. Cuanto más hablaban, más usos se le ocurrían a Sergey para los utensilios preparados. Los presos comenzaron a culparse mutuamente, luego a insultarse, luego a pedir que matara al otro. Era indignante, tal como esperaba. Cogió una percha, se la mostró a los dos. No los había tocado y ya estaban confesando aquello que descubrió por su cuenta, más todos los detalles que lo empeoraban. Juraron estar arrepentidos. Les creyó. Pero ya era tarde.

Cuando el tiempo se cumplía, salió a avisar a Lander. Metieron los cadáveres en el maletero y subieron al coche.

—Ahora, Sergey, te dejaré en casa. Recoge tus cosas, las que quepan en una maleta pequeña. Pasaré a buscarte a mediodía. Mientras, me desharé de la carga.

—¿Eso es fácil?

—Lo será mientras haya restaurantes chinos.

Setenta y dos horas después, Sergey se encontraba en Barcelona decidiendo la distribución del que sería su hogar. Fue un trabajo ameno. Los hubo más duros, algunos casi imposibles, pero siempre cumplió. Aprendió inglés y castellano en pocos meses, informática al año e interiorismo sobre la marcha. Supervisó las obras que se hicieron en el sótano, se encargó del mantenimiento, de coordinar el servicio, de la limpieza y almacenaje del arsenal, de todo... y lo hizo a la perfección.

Más allá de la bondad matizada del proyecto de Lander, Sergey le iba a ser fiel en honor a su palabra, la de un hombre sincero y justo que regaló equivocadamente su amistad nobilísima. En los momentos duros, cuando creía ser superado por una tarea nueva y complicada, un rápido repaso le evitaba desfallecer. Adamsky y Bert se habían reído de él, tenían más suerte de la que merecían y encima le habían robado la suya; por ellos Lara y Taya habían muerto. Si se hubiera desentendido de la venganza, si hubiera callado como un cobarde, esos dos seguirían riendo, follándose a sus amantes y embarazando a sus parejas, sin contrición, ignorantes del sufrimiento. Las seis horas que le facilitó el germano habían sido maravillosas, como adelantos del paraíso; cada grito que provocó fue un homenaje a sus chicas. Los anzuelos, las brocas, los electrodos... por recuerdos como esos bien valía entregarse a Lander.

Y a él continuaba fiel.

Había vuelto a Kazán muerto de remordimiento. Se sentía responsable de la caída de la Agencia, durante el proceso de selección recomendó encarecidamente el fichaje de Check. La texana, en cuanto tuvo los códigos de la base y Lander se hubo marchado, cerró las comunicaciones de la sala de detención. Sergey esperó veinticuatro horas, por si era un fallo técnico, pero su interfono siguió mudo y nadie le trajo comida; la traidora iba a matarlo de inanición. No contaba con que Lander confiaba en él plenamente. El túnel bajo la ducha era un secreto que solo ellos compartían. Deseaba que el germano tuviera más secretos, algún as en la manga que le salvara el cuello. Y por si acaso lo conseguía, Sergey le esperaba en el mismo lugar donde se conocieron.

Pedir su antiguo puesto y ponerse el mandil fue cuestión de minutos. La coctelería recuperó el esplendor perdido con el regreso de su barman estrella. Tenía tanto trabajo que ni siquiera salía de la barra, solo servía las notas que le traían los camareros; en una de estas le llegó una comanda irrealizable: «Mesa 21: 1 Amor a la Tierra». Lander estaba allí. Había venido a buscarle.

Completó su jornada como un profesional. Cuadraron caja y salió a la calle. Se acercó al germano, apostado bajo un portal. Sin hablar, caminaron un trecho hasta un

banco frente al Kazanka. Se sentaron en él como si fuera costumbre; en cierto modo lo era, desde su regreso Sergey solía quedarse mirando las aguas y hablar imaginariamente con Lara. Sin apartar la vista del río dijo:

—Estoy preparado.

—Pero ¿sabes lo que te voy a pedir?

—Me lo ha dicho una amiga.

El dispositivo policial desplegado en Ciudad del Cabo era el mayor desde la muerte de Biko. Con la visita anual de Van Zeesaar se doblaban los efectivos, pero en esa ocasión el magnate había exigido más seguridad aún. Lander andaba suelto y tarde o temprano intentaría neutralizarle. Para ponérselo más difícil nunca se separaba del bebé; con su nieto cerca, el riesgo de bombas se reducía a cero. Con lo que no contaban ni él ni su consejera táctica era con la posibilidad de una baja voluntaria. Sergey destrozaba sus predicciones y además burlaba su seguridad. Su fisonomía y huellas estaban por fichar, su nombre completo les era un misterio, nadie sabía de dónde venía ni adónde había ido, no había manera de seguirle la pista. Era un hombre educado, sin antecedentes, sin deudas, sin historia, y no se parecía en nada al que estaban buscando; por eso alquiló sin problemas, en la misma ciudad, casa, vehículos y material legal. El resto lo compró Layla en Zimbabue, lo pasó a Sudáfrica de contrabando y lo transportó al sudeste con suprema discreción. Lander llegó por mar, en un trimarán de competición que constituía el último gasto de la Agencia, el resto del dinero se iría a Brasil. Coincidieron a veinte días de la fecha señalada.

La preparación fue dura, sobre todo por instruir a Sergey. El ruso se esforzaba de corazón, pero no era suficiente, le faltaba precisión y soltura a la hora de posicionar las cargas, también fallaba en la colocación de mecha y en la imitación del operario que debía colarle en el Cornelius. A falta de una semana, sentados en el salón, Layla le confesó a Lander sus reservas. Entonces entró Sergey contentísimo, cargado de bolsas.

—¿A que no sabéis lo que traigo? ¡Hielo, bebidas, un vaso Boston y coctelera! ¿Alguien quiere un Negroni?

Lander miró a Layla y le dijo con segundas:

—Lo hará bien, ya verás.

—¡Claro que lo haré bien! —exclamó el ruso—. ¡Es uno de mis cócteles preferidos! Además, no voy a arruinar con una mala bebida mi primera noche de bautizo.

—¡Es cierto! ¡Casi lo olvidaba! A ver, Layla, ¿se te ocurre algún tema?

—No. Que escoja Sergey. Es su noche.

—Ya has oído, Sergey. Tú decides.

—Mmm... no sé, no había pensado... ¿qué tal animales acuáticos?

—Válido. ¿Layla?

—Medusa.

—¿Sergey?

—Esturión.

—Bien. Yo seré Piraña.

—¿Y Bill? —preguntó Sergey—. Aunque no esté, también participa.

—Bill sería sin duda Pulpo Mutante.

—¿Y Check? —añadió secamente Layla—. Ella sí que participa.

Lander encajó la grosería sin resentimiento.

—Check será Lapa. Se quedará pegada a su roca cuando esta se venga abajo.

—Brindemos por ello —zanjó Sergey sirviendo la primera tanda—. ¡Por Medusa, Esturión, Piraña y Pulpo Mutante!

Layla levantó su copa un tanto reticente.

Hora y media más tarde, Lander, tras mezclar demasiado, se fue a dormir. La palestina aprovechó y dirigió la conversación donde de verdad le apetecía:

—Y, bueno, después de tantos años... has trabajado duro, a lo mejor preferías jubilarte antes que meterte en esto.

—Medusa, no soy tonto. No debes temer por Lan... Pir..., por la misión. No la voy a cagar, te lo juro. —Sergey adoptó una pose adusta, de confesión inapelable—. Verás, amiga, antes de la Agencia no viví bien. No tuve suerte. Pero convertí en realidad mi mayor deseo, aunque fuera algo feo.

»En otra vida quizás todo sea diferente. Me gustaría servir zumos de frutas a gente feliz, con eso me bastaría. En otra vida. Ahora tengo un papel, lo acato, quiero hacerlo. Debo. Cumplí mi sueño y he de pagar por ello.

Layla aceptó esas palabras con velada admiración. Dibujó una pequeña sonrisa y dijo: «Vete a dormir, Esturión, yo recojo. Mañana te espera un día duro».

A partir de esa noche Sergey progresó geoméricamente. Tales fueron los avances que Layla empezó a creer seriamente en el éxito. Ese hombre era un talento desaprovechado; con el debido adiestramiento todos los servicios secretos del mundo se lo hubieran rifado, incluso retocó con acierto detalles del plan maestro. El respeto de la palestina creció, si no por días, por horas. Le supo fatal la brevedad de la semana.

Tras la última cena, Lander se retiró enseguida y Layla se quedó callada, mirando el plato de postre vacío. Sergey esperó unos minutos, luego se fue a la cocina y volvió con dos vasos de chupito helados y una botella de licor de uva.

—Traigo esto para que tengas excusa.

—¿Excusa para qué?

—¡Para hablar, chica, para hablar! Hoy es el último día que me podrás disfrutar como barman. Aprovéchate, porque soy muy bueno, y no lo digo por cómo sirvo, lo digo por cómo escucho. Además, ja, ja, puedes contar con que me llevaré tus secretos

a la tumba.

—Eres increíble —le piropeó Layla con tristeza.

La chica llenó su vaso enano y lo vació en dos sorbos. Volvió a llenarlo y lo bebió en uno. A la tercera se mojó los labios, saboreó, respiró profundamente y se soltó.

—Debería saber enamorarle, esclavizarle en la cama, volverle loco, pero le miro y pierdo mi poder. Si tuviera una oportunidad, sé que lo haría fatal.

—¿Alguna vez has hecho el amor? No digo follar, digo «hacer el amor».

—No lo sé.

—Eso es que no. Tranquila, no te ofendas; yo tampoco. Pero sé con quién lo habría hecho.

»Mira, yo no era bueno en la cama, ninguna chica gritó ni me arañó la espalda, creo incluso que la mayoría de los orgasmos que provoqué eran fingidos, pero si lo hubiera hecho con esa chica, la que de verdad quería, estoy seguro, seguro, de que la habría matado de placer. La entrega se ha de notar a la fuerza.

—Supongo que sí, si el otro colabora, y eso lo veo imposible. Mi hombre no está por mí, está por alguien que ya se ha ido. Joder... es complicado, es una mierda. Lander sigue enamorado como si fuera a encontrarla en el más allá, y ni siquiera me atrevo a cuestionarlo. No sé... Houdini era escéptico, un genio que desenmascaraba videntes de pega, él le diría al jefe que es idiota, pero he estudiado casos de regresiones que me hacen pensar que si tanto se amaron, están destinados a reencontrarse en una vida futura.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»?

—Pues eso, burra, ¿y qué? Tú misma lo has dicho: «Más allá», «vida futura». Lo que cuenta es que tú estás viva y estás aquí. Hoy tu rival está muerta, eso por cojones ha de ser una ventaja, ¿no? Aprovecha la ocasión.

Layla asintió débilmente y volvió a estudiar el plato de postre. Sergey se levantó, se acercó a su lado, le puso la mano sobre el hombro y le dijo: «Yo no pude hacerlo». Acto seguido se marchó a su habitación.

Desde su cama notó las vibraciones de Layla caminando. Se alegró al descubrir que la chica lo iba a intentar; luego se puso a sufrir por ella. Lander y el ruso no eran muy diferentes; eran hombres agradecidos. Si Sergey iba a morir en pago a una venganza, Lander se dejaría amar en pago a la suya, y si no se dejaba, pensaba ir personalmente a su cuarto y decirle que era un imbécil. Afortunadamente para todos, no hizo falta. Los crujidos del somier, fuertes y secuenciados, hablaban de aceptación, de entrega, de generosidad. Y los gemidos y las risas hablaban del júbilo de la conquista.

Al despertarse, Sergey encontró una nota que alguien le había pasado bajo la puerta. No era la letra de Lander. «Dicen que Rusia es tierra de héroes y locos. Sergey, eres la

persona más cuerda que he conocido.» El hombre se hinchó de orgullo. *El héroe de Lara y Taya*, pensó, o al menos lo había intentado. Solo quedaba saldar una deuda.

La mañana era espléndida, uno de los días más soleados en la vida de Sergey. Le pareció perfecto. Entró en el edificio Cornelius como empleado de mantenimiento. Su acreditación le daba acceso a las primeras plantas; a Layla le había costado mucho conseguirla. Fue a la entrada de mercancías, varios paquetes a su nombre llegaron a la hora exacta.

—Eso es para mí —le dijo al guarda.

—Déjame echar un vistazo.

—Son cables y revestimientos. Para la planta técnica 1.

—Cables y revestimientos... —repitió el guarda mirando el interior con apatía—.

Muy bien, todo tuyo.

Cogió una grúa de almacén y trasladó las cajas a una esquina desierta. Las abrió y fue sacando material hasta llegar a la parte más inaccesible. Allí encontró mecha, explosivos y tubos rellenos de pasta inflamable. Lo metió todo en una gran bolsa de lona. Bajó al subnivel 2,5, una planta de calderas y bombas de refrigeración. El ruso aplicó la pasta inflamable por doquier; estaba compuesta de alquitrán, aceite de motor y acelerantes químicos, era la versión mejorada de los molotov inapagables, un invento sucio de Lander. El personal de seguridad entendió como lógica la presencia de Sergey en el lugar; desde sus monitores le observaban trabajar; no sabían qué estaba haciendo exactamente pero estaba claro que él sí. Comenzaron a preocuparse al verlo mojar con un líquido todas las paredes y el piso. El ruso debía hacerlo rápido, unir con gasolina los puntos marcados era sospechoso a la fuerza. Se colocó en la posición de salida y lanzó una cerilla encendida. En un instante las llamas lo invadieron todo. Era un buen incendio, controlado pero difícil de extinguir. El polvo de los extintores no serviría. La ayuda de los bomberos era obligada.

Sergey subió a la planta cuarta en ascensor; nadie los estaba utilizando, la alarma sonaba desde hacía un minuto y todos bajaban a la calle por las escaleras. De acuerdo con el plan de emergencia diseñado para el Cornelius, en menos de veinte minutos estaría desalojado, no quedaría nadie excepto los ocupantes de las dos últimas plantas, allí solo un fuego originado desde su interior implicaría peligro. Para salvaguardar las reuniones de cualquier interrupción, la cúspide del edificio poseía medidas de seguridad independientes, era un búnker a cuatrocientos metros del suelo. Una estructura de hormigón evitaba que un incendio afectara esos últimos pisos. Solo se podía acceder por un único ascensor con vestíbulo igualmente encofrado.

Van Zeesaar no iba a perder tiempo por un fuego en el sótano, detestaba esas jornadas de contabilidad y estrategia global. Quería acabar cuanto antes. Estaba estudiando

gráficas cuando atendió a la figura plantada a su lado que le desconcentraba, era su jefe de seguridad.

—Siento molestar, señor Van Zeesaar, pero creemos que el peligro es relevante.

—¿Por un incendio bajo tierra?!

—No es eso. El hombre que lo provocó sigue dentro. Está moviéndose entre las plantas cuarta y octava. Ha cegado las cámaras y no sabemos qué está haciendo.

—¿Pueden mostrarme su cara? —preguntó Check desde las sombras.

—Sí, aquí hay un plano lateral de cuando entró esta mañana.

La texana miró la pantalla y al momento reaccionó ordenando:

—Van Zeesaar, llame al helicóptero. No vamos pitando. Y usted, coja la nueva arma y barra esas plantas.

Sergey estaba en la sexta buscando el punto exacto donde colocar la última carga cuando, de repente, embozado por la estridente sirena, escuchó el sonido de una cisterna de baño. Se adentró un poco en la zona de lavabos y se encontró a una mujer saliendo de uno.

—¡Por favor, señora! ¡¿Qué hace usted aquí?! ¡Salga inmediatamente!

—No puedo, estoy esperando...

—¿¿Qué está usted esperando?!

—Será solo un momento. Es la caja fuerte. La alarma sonó justo cuando marqué el código. Es de apertura retardada, en un minuto se me abre, la vuelvo a cerrar y me voy corriendo.

—¡Debe dejarla como está! ¡Váyase ya!

—Solo falta un minuto. Si cuando vuelva mi jefe se la encuentra abierta, me mata.

—¡Y si se queda morirá! ¡Morirá seguro!

—¡No me haga reír! Estoy segura de que es un simulacro.

—¿¿No lo entiende?! ¡El edificio se va a derrumbar!

—¿Está usted loco? Harían falta explosivos, como en las Torres Gemelas.

—¡De eso le estoy hablando! ¡Mire lo que he encontrado! —gritó Sergey mostrándole el compuesto que iba a colocar; la mujer abrió exageradamente los ojos y por fin salió corriendo.

Pocos segundos más tarde, justo cuando colocaba la carga en su sitio, la alarma dejó de sonar en su piso; abajo seguía funcionando. Luego se apagaron las pocas luces que permanecían encendidas. Supuso a qué se debía; alguien rondaba con un minipulso. Reunió todas las mechas en un solo haz finísimo y transparente. Todavía no podía encenderlo, no hasta recibir la señal. Salió de la intersección de pasillos en la que se encontraba y se puso a gatear entre escritorios, dejando tras de sí un rastro de mecha. Oyó pasos acercarse. Sin armas de ningún tipo, optó por esconderse bajo la mesa de un despacho. El tipo que circulaba paró frente a la puerta, emitió un

chasquido y siguió adelante. Sergey adivinó en ese ruido el disparo de un minipulso, se sacó del oído el microauricular fundido y lo sustituyó por otro recién montado. Seguía sin recibir nada. Se internó con sigilo en un laberinto de archivadores y al fondo del todo la encontró: la famosa caja fuerte; era una Chubbsafes de las grandes, ciento cincuenta y tres centímetros de alto, cincuenta y cinco de ancho, noventa y cinco de profundidad y un blindaje mínimo de ocho, y lo más importante de todo, la puerta estaba abierta de par en par. A Sergey se le ocurrió un plan propio de dibujos animados, el único problema residía en que no podría cerrar la puerta antes de la explosión, la mecha, más que ultrarrápida, se podía definir como instantánea. En cualquier caso, era un buen sitio para esperar. Vacío la caja de estantes y se acurrucó dentro con la puerta ajustada. Comprobó sus mecheros, dos Zippo y dos Clipper, y se dispuso a resistir los nervios.

De Layla no podía saber nada, podían rastrearla; Lander sería el único emisor. Sergey imaginó a la palestina en posición con el trimarán. La seguridad de Van Zeesaar tenía que vigilar el tráfico marítimo cercano al edificio, desde un barco estable se podía disparar un misil tierra-tierra. Al menos una patrulla ya la habría abordado. Tras ser interrogada sobre su rumbo, habría sonreído como solo ella sabía y demostrado la inocencia de su equipaje y todo ese material para una travesía transoceánica. Convencidos y babeantes, la habrían dejado en paz o hubieran muerto equivocados; equivocados porque Layla no estaba allí para disparar ningún misil, esa era una opción inviable por el tema de las bajas. Desde el principio quedó claro que no habría victoria parcial; se tenía que hacer bien, como siempre. En esos dos pisos finales respiraban banqueros, escoltas, Check y Van Zeesaar, pero también un inocente, un niño pequeño que merecía salvarse.

Sonidos de electricidad estática y crepitaciones asustaron al ruso: Lander acababa de encender su micro. Eso significaba que había aterrizado en el helipuerto de la azotea. Esa mañana se había infiltrado en el hangar del sudafricano. Cuando el piloto titular fue al lavabo, un lazo de metal se ajustó a su cuello y le estranguló. El germano lo desnudó y se puso su ropa. Al rato apareció el copiloto. Lander le noqueó, le inyectó la misma solución que dejó a Nakata autista y fueron juntos a montar guardia hasta que su jefe les reclamó. A pesar de que el casco con lentes le tapaba la mayor parte de la cara, se retocó con prótesis lo que quedaba visible. También se había colocado en la garganta un modulador que le cambiaba la voz. Eso desorientaba a Sergey, iba a confiarlo todo a la orden de un extraño.

—Esturión, aquí vienen.

El conjunto de vips se acercaba en fila al aparato. El copiloto miraba ausente hacia delante. Lander salió y abrió las compuertas.

—¡Vayan ocupando los asientos más alejados, por favor!

Van Zeesaar iba el tercero, con el niño en brazos. Check le seguía. Lander gritó para hacerse oír por encima de las aspas:

—¡Por favor, señor Van Zeesaar! ¡Permítame al niño mientras se acomoda!

El sudafricano se lo ofreció. Lander fue a cogerlo, pero Check se le adelantó. Con el bebé en su poder se alejó unos pasos y chilló:

—¡Es una trampa! —Padre y abuelo se quedaron helados. Check siguió hablando estridente y vencedora—. ¡Has fallado, Lander! ¡Ya no puedes hacer nada!

—Te equivocas. ¡Ahora, Esturión!

El ruso encendió la mecha. En cuatro décimas de segundo, cuarenta y tres cargas repartidas entre cinco plantas explotaron. La base del edificio sufrió un hachazo en forma de cuña. El Cornelius era talado como un árbol y se precipitaba hacia el mar.

Check perdió estabilidad. No estaba preparada para eso. Había ganado la partida, pero el tablero se venía abajo. Lander aprovechó el momento y se abalanzó sobre ella, le arrancó al niño sin miramientos, corrió hacia la cara este y saltó al vacío. En ese momento la inclinación del Cornelius era ya del quince por ciento. Van Zeesaar y compañía ni siquiera gritaban, se miraban unos a otros sin comprender. En el aire, el germano fijó al bebé entre sus piernas, se quitó la cazadora, lo retomó y lo metió dentro de una mochila frontal. Abrió el miniparacaídas justo a tiempo para planear un poco hacia el mar y aminorar la velocidad de caída. Se soltó los aparejos a dos metros del impacto y giró sobre sí mismo para amerizar de espaldas. El golpe le dejó sin respiración, no sin sentido. Se rehízo instantáneamente al notar el calor del bulto que llevaba delante y buceó hasta la superficie. Una enorme ola los engulló de nuevo, era el último coletazo del Cornelius.

Un minuto después, Layla estaba a su lado con el trimarán proa al viento. Lander subió raudo y comprobó el estado del niño; no lloraba, miraba asombrado como si todo se tratara de un espectáculo. La palestina viró ciento ochenta grados e izó el *spinnaker*.

El trimarán volaba. Layla gobernaba el timón con la vista fija hacia delante. Lander se acercó a ella con el pequeño en brazos. Recorrieron unas millas en silencio. La chica tragó saliva y, sin mirarle, dijo:

—Probablemente seas el padre.

—Sí. Y tú la madre.